Mehring, Franz
Marx, historia de su vida / Franz Mehring ; con prólogo de Luis Mattini.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Marat, 2013.
590 p. ; 20x15 cm.

ISBN 978-987-45176-0-9

1. Teorías Políticas. I. Luis Mattini, prolog. II. Título
CDD 320.1

Fecha de catalogación: 01/11/2013

Titulo: Marx: Historia de su Vida
Autor: Franz Mehring

Dirección editorial: Gustavo Riveiro y Martín Echenbaum
Primera edición: noviembre 2013

EDITORIAL MARAT
editorialmarat@gmail.com
15-5560-3236
15-5388-1445
www.facebook.com/editorial.marat

ISBN: 978-987-45176-0-9
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
impreso por: Tecnoediciones Grupo Editor, José Joaquín Araujo 3293, CABA, Argentina.

Diseño de cubierta e interior: Luciana Amado / www.lucianaamado.com
Corrección: David Levy



MARX

HISTORIA DE SU VIDA

POR FRANZ MEHRING

PRÓLOGO DE LUIS MATTINI
INCLUYE ANÁLISIS DE EL CAPITAL A CARGO DE ROSA LUXEMBURGO



EDITORIAL MARAT

ÍNDICE

ÍNDICE

CAPÍTULO IV - FEDERICO ENGELS

CAPÍTULO V - DESTERRADO EN BRUSELAS

CAPÍTULO VI - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

CAPÍTULO VII - DESTERRADO EN LONDRES

CAPÍTULO VIII – ENGELS-MARX

CAPÍTULO IX - LA GUERRA DE CRIMEA Y LA CRISIS

CAPÍTULO X - CONMOCIONES DINÁSTICAS

CAPÍTULO XI - LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL

CAPÍTULO XII - "EL CAPITAL"

CAPÍTULO XIII - AUGE DE LA INTERNACIONAL

CAPÍTULO XIV - OCASO DE LA INTERNACIONAL

CAPÍTULO XV - LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS

APÉNDICE

PRÓLOGO DE UN ATREVIDO

Por Luis Mattini

Escritor, autor de varias obras publicadas en Continente, Ediciones de la Campana, Planeta y colecciones independientes. Por su militancia en el PRT-ERP vivió clandestino en varios países y fue refugiado político en Suecia.

Los muchachos de esta flamante editorial, que se inaugura con esta obra, me han pedido que escribiera un prólogo para esta edición. Se trata de la biografía de Karl Marx escrita por Franz Mehring en 1918. Aparte de la inmensa satisfacción por este asombroso pedido, me pregunté qué podía decir yo de semejante obra distinto a lo que ya se haya dicho. O quizás me inquietó un poco no saber qué es lo que me da "derecho" a opinar aquí; tanto más cuanto que hay nada menos que un prólogo del propio autor.

Hecha esta salvedad de circunstancias, y viendo desde otro ángulo, digamos que en realidad me atrevo a decir algunas cosas que pueden ser interesantes luego de 55 años de militancia marxista guevarista en pro de proyectos que culminaron siendo derrotados uno tras otro.

Esta rigurosa biografía la leí cuando tenía 17 años, en 1959/60. El libro lo tomé prestado de la Biblioteca Popular José Ingenieros de Zárate; y fue casi como mi primera introducción al marxismo. Quedó incorporado en mi memoria sin recordarlo, por así decirlo. Y ahora, más de cinco décadas después, reaparece presente con una frescura inesperada y, para colmo de grato, en la iniciativa de unos jóvenes que me recuerdan tanto a mí mismo en aquella edad y en momentos en que los intelectuales más lúcidos de mi generación estamos dando vuelta como un guante toda la historia, para re-comprender ese terrible siglo XX y empezar de nuevo.

Luego, al pensar en este inesperado pedido, recuperé un poco cierto orgullo un tanto caído y recordé que la causa por la cual afortunadamente nunca fui ni estalinista ni trotskista, a pesar de que fui dirigente el PRT y luego tuve un fugaz paso por el PC, fue porque yo me inicié con los espartaquistas, o sea el marxismo alemán. Y el marxismo alemán fue el marxismo internacional casi por antonomasia, y Rosa

Luxemburgo su mayor exponente, acompañada de Carlos Liebknecht, Clara Zetkin y este biógrafo: Franz Mehring, amigo especial de Rosa.

Franz Mehring era, además, la cabal expresión de la cultura alemana, llamada –según palabras del propio Marx– a dejar ese legado civilizatorio a la clase obrera internacional. Fue el hombre que con sus artículos y sus libros puso al alcance del proletariado alemán no solo la filosofía clásica, Kant y Hegel, sino también sus grandes poetas: Lessing, Schiller y Goethe, para enseñar que el socialismo no es una cuestión de conciencia de la necesidad, o sea de la satisfacción de las necesidades materiales, no es cuestión de cuchillo y tenedor, sino un asunto de cultura, una nueva forma de vivir, una concepción del mundo. Por eso Mehring parece haber hecho suya, como nadie, la frase de Marx: "nada de lo humano me es ajeno", ya que una enorme masa de temas ocuparon su inteligencia y su incansable tesón. Como crítico literario analizó desde Calderón hasta Heine; desde los franceses hasta los rusos, sin perjuicio de sus profundos estudios filosóficos para consagrar su mayor talento y dedicación a la historia; en particular la historia del movimiento obrero socialista.

Porque además Mehring fue, como Marx, como Rosa, como décadas después fuera el Che, un poeta del pensamiento y la acción; y en tal sentido llevó a la práctica los postulados centrales del marxismo, entre ellos la afirmación de que los obreros alemanes, al heredar la filosofía clásica, estaban llamados a hacer del proletariado alemán el filósofo del proletariado universal, cumpliendo la conocida tesis: "no solo interpretar de diversas maneras el mundo, sino transformarlo". Como es sabido, para Marx el socialismo solo era posible sobre la base material y cultural creada por el capitalismo, y por tanto la revolución proletaria se iniciaría en los países centrales, con Alemania a la cabeza, no solo por ser parte del capitalismo desarrollado, sino fundamentalmente por la madurez ideológica y cultural de su clase obrera. Alguna vez se expresó la metáfora de que el marxismo fue un producto de la filosofía alemana, la política francesa y la economía inglesa. En ese sentido, la adopción de la teoría sobre la necesidad de la dictadura del proletariado, durante la inesperada y sorprendente toma del poder por parte de Lenin en la atrasada Rusia, recurriendo un poco amañadamente al sostén teórico de la rigurosidad del marxismo alemán, será aceptada solo provisoriamente –y a regañadientes– por Rosa Luxemburgo, con su premonitoria advertencia: "No hacer de la necesidad virtud", y también será lo que le lleve a Gramsci a decir, años después, que la revolución rusa fue la revolución contra Marx.

Por cierto, Mehring fue el hombre que tuvo el mayor y más intimo contacto con la obra de Marx, y quien asumió sin inconvenientes el juicio de Engels en el sentido de que Marx era un genio. A la muerte de Marx, su hija confió a Mehring la recopilación de la correspondencia de su padre y su edición con las notas aclaratorias que convinieran. Semejante confianza, que implicaba al mismo tiempo semejante responsabilidad, y enfrentar la hostilidad de otros socialdemócratas que reclamaban esa herencia política, fue un poderoso incentivo para luego encarar esta seria biografía que aquí se presenta.

El índice de la obra, dividida en 15 capítulos, indica ya, desde el vamos, la rigurosidad de este marxista y la magnitud de su trabajo. No es una simple biografía de un hombre. Es la historia de una vida y en vivo, lo cual hace que no pierda vigencia.

Cinco décadas de poder soviético, miles de rublos, millones de cursos y toneladas de papel volcados a la obra de Marx y Engels por el Instituto homólogo de Moscú, y su extensión a todas las repúblicas soviéticas, no produjeron una biografía profunda y completa como esta.

Como dije, yo la leí a los 17 años y recuerdo que más que sobre la vida y obra de Carlos Marx, creí recibir un profundo curso que afirmó mi marxismo, de tal modo que a lo largo de mi vida militante pude despegar lo que fue propio de coyunturas concretas y anecdótico, de lo conceptual. En medio de esa formidable seguridad intelectual que brinda el marxismo, aprendí, sin embargo, el rigor de distinguir al frío científico alemán disecando cada pieza del capital, del fogoso hombre de acción, del apasionado militante interviniendo en la lucha de clases y, por lo tanto, como cualquier mortal, pasible de confundir su expresión de deseo con la realidad, de cometer errores de interpretación, reconocidos los cuales, lejos de amilanarse potenciaba su reconsideración. Por eso la biografía de Mehring no es una "investigación" periodística, ni un tratado para la academia: es marxismo vivo.

La obra de Marx, es, después del cristianismo, el sistema de ideas que más influyó en el mundo occidental durante todo el siglo XX. Por eso es interesante la lectura actual de este profundo tratado después de los acontecimientos simbolizados en la caída del Muro de Berlín en 1989 y los hechos del siglo XX, que fueron quedando al desnudo con una crudeza mayor a la imaginada. Desnudez que nos lleva a los marxistas a asumir que el estalinismo fue un sistema perverso tan grave o peor que el nazismo. Leer esto, sin dudas, nos ayudará a comprender cómo se pensaron y se hicieron las cosas en su momento,

cómo fueron teniendo resultados inesperados, y nos enseñará a ser más cuidadosos con esos apresurados juicios históricos tan de moda hoy, en manos de profesionales cuya marca común es la falta de esa rigurosidad que caracterizó al marxismo alemán.

Mucho que aprender, y entre tanto que aprender, no es poca cosa asimilar a fondo esa rigurosidad, hoy ausente de la mayor parte de los medios intelectuales; rigurosidad que no por ser condición esencial de la ciencia, deja de ser importante, diría fundamental, también en el arte y otras formas de conocimiento.

La misma rigurosidad que permitió a un Franz Mehring encarar la biografía de ese monumento a la intelectualidad que fue Carlos Marx. Y de yapa, el comentario de Rosa Luxemburgo publicado al final del libro es una joya por demás elocuente.

Por lo tanto, esta decisión de los jóvenes editores es un hermoso regalo para las nuevas generaciones, a quienes me permito recordarles la afirmación de Freud en el sentido de que quien ignora el pasado, está obligado a repetirlo.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICIÓN

Este libro tiene su pequeña historia. Cuando se trató de editar la correspondencia mantenida entre Marx y Engels[1], Laura Lafargue, la hija de Marx, puso como condición para dar el permiso, en lo que de ella dependía, que yo interviniera en la redacción como su representante; el poder otorgado en Draveil con fecha 10 de noviembre de 1910 me autorizaba para introducir en la edición de las Cartas todas las notas, aclaraciones y supresiones que considerara necesarias.

En la práctica, no tuve necesidad de hacer uso de esta autorización. Entre los editores, o mejor dicho, el editor de las Cartas, Bernstein[2] –ya que Bebel[3] no hizo más que poner el nombre–, y yo no surgieron discrepancias importantes de criterio, y entendí, interpretando el mandato de la hija de Marx, que no debía ni tenía para qué entrometerla en esa tarea sin una razón apremiante o poderosa que lo justificara; por mi parte, no sentía tampoco inclinación alguna a proceder en ese sentido.

Las largas horas de trabajo que dediqué al examen de esta correspondencia vinieron a redondear la imagen que yo me había formado de Carlos Marx a lo largo de diez años de estudios, e involuntariamente surgió en mí el deseo de darle a esta imagen un marco biográfico, sobre todo sabiendo que con ello habría de producirle una gran alegría a su hija. Si yo me había ganado su amistad y su confianza, no era precisamente porque me tuviera por el más culto ni el más inteligente de los discípulos de su padre, sino simplemente porque creía ver en mí al que más había ahondado en su personalidad humana y el que más certeramente sabía exponerla. Por

---

[1] Publicada en 1913 en cuatro tomos. Se puede ver un inconcluso análisis de Lenin de este intercambio en http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1913corr.htm. (La presente y todas las notas posteriores pertenecen al Editor).

[2] Eduard Bernstein (Berlín, 6 de enero de 1850 - 18 de diciembre de 1932) fue un político alemán perteneciente al SPD, es considerado el padre del revisionismo y uno de los principales fundadores de la socialdemocracia.

[3] August Bebel (Colonia. 1840 - 1913) fue un destacado dirigente socialdemócrata alemán. Una de sus obras centrales es *La mujer y el socialismo*, ensayo escrito en 1883.

carta y de palabra, me aseguró bastantes veces que el relato que yo hacía en mi historia del partido[4] y, sobre todo, en mi edición de los escritos varios[5], refrescaba y hacía revivir en ella no pocos recuerdos de familia ya borrosos, y hacía que recobrasen materialidad no pocos de los nombres oídos frecuentemente en labios de sus padres.

Desgraciadamente, esta magnífica mujer murió mucho antes de que pudiera ver la luz la correspondencia de su padre con Engels. Pocas horas antes de ir voluntariamente a la muerte[6], me envió un cálido saludo de despedida. Había heredado las cualidades de su padre y yo tengo que mostrarle desde aquí, ya en su tumba, mi gratitud por haberme confiado para su edición tantos tesoros de la herencia paterna, sin que jamás hiciera el más leve intento por influir en mi juicio crítico ante esa tarea. Y así, sabiendo como sabía por mi historia del partido, cuántas veces y con qué energía había defendido yo el derecho de Lassalle contra Marx, no tuvo inconveniente en encomendarme las cartas de aquel a su padre, para su publicación.

¡Ya quisieran poseer siquiera un granito de la nobleza de esta gran mujer esos dos celosos guardianes del marxismo que, apenas puse manos en la ejecución de mi propósito biográfico, empezaron a soplar a todos los vientos el cuerpo de su indignación moral porque me había permitido exteriorizar en la revista *Neue Zeit*[7] algunas observaciones acerca de las relaciones de Lassalle y Bakunin con Marx, sin doblegarme, como era de rigor, a la leyenda oficial del partido! C. Kautsky[8] abrió el fuego acusándome de "antimarxismo" en general y en particular de un pretendido "abuso de confianza" contra la hija de Marx. Y como yo, sin hacer caso de eso, me obstinara con el propósito de escribir la biografía, sacrificó nada menos que sesenta páginas del espacio, que como se sabe es muy precioso, de la *Neue Zeit,* para dar cabida a un panfleto en el que N. Riazanof[9] –bajo una avalancha de acusaciones, cuya falta de escrúpulos solo es equiparable a su necedad– pretendía construir sobre mí la imagen del más vil de los traidores a Marx. He dejado que esta gente dijera la última palabra,

---

[4] *Historia de la Socialdemocracia alemana* (1897-98) de Franz Mehring. Se lo puede consultar en italiano en el CEDINCI: Mehring, Franz, *Storia della Socialdemocrazia tedesca* (1897-98], Roma, Riuniti, 1961,

[5] Se refiere a su libro *Escritos varios de Marx, Engels y Lasalle*, publicado en 1902.

[6] Se suicidó junto a su marido, Paul Lafargue, el 26 de noviembre de 1911.

[7] "Tiempos nuevos"; revista teórica de la socialdemocracia alemana.

[8] Carl Kautsky (1854-1938): teórico marxista, fue uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD).

[9] David Riazanov (1870-1937): bibliotecólogo e intelectual marxólogo ucraniano, director del Instituto Marx-Engels de Moscú tras la Revolución Rusa.

movido por un sentimiento que la cortesía me impide calificar, pero me debo a mí mismo la declaración de que su terrorismo doctrinal no me ha intimidado en lo más mínimo, razón por la cual seguiré exponiendo en esta obra las relaciones de Marx con Lassalle y Bakunin sin atenerme para nada a la leyenda del partido, obediente tan solo a los postulados de la verdad histórica. También aquí he querido, naturalmente, huir de toda polémica, si bien en las notas que figuran al final de esta obra examino algunas de las acusaciones más importantes que me hacen Kautsky y Riazanof, para mayor honra y provecho de quienes nos sigan como investigadores en este terreno, pues siempre me parecerá poco cuanto *se haga por* inyectar a los estudiosos del mañana, y cuanto antes, un sentimiento de soberano desprecio contra los ataques epilépticos de los sacerdotes marxistas.

Si Marx hubiera sido real y verdaderamente ese muchachito modelo tan aburrido que veneran en él los sacerdotes del marxismo, yo no me habría sentido jamás tentado a escribir su biografía. Mi admiración y mi crítica –y en ninguna buena biografía puede faltar ninguna de estas dos cosas, en dosis iguales– no pierden de vista jamás al hombre genial a quien nada le gustaba decir tanto ni con más frecuencia de sí que aquello de que nada humano le era ajeno. Hacerle vivir de nuevo, en toda su grandeza poderosa y áspera: tal es la misión que yo me he propuesto.

Y la meta me trazaba ya, una vez enfocada, el camino que habría de seguir. Toda obra de historia es a la par arte y ciencia, y lo es sobre todo cuando se trata de un estudio biográfico. No sé en este momento de qué cabeza surgió esa famosa idea de que los criterios estéticos no tienen nada que buscar bajo las bóvedas de la ciencia histórica. Yo, por mi parte, he de confesar, acaso para vergüenza mía, que más que a la sociedad burguesa odio a esos severos pensadores que con tal de dejar mal al bueno de Voltaire, decretan que no se puede escribir bien no escribiendo en un estilo aburrido. En este punto, el propio Marx merecía una sospecha, ya que, ateniéndose a los clásicos griegos, incluía a Clio[10] entre las nueve musas. Pero la verdad es que solo maltrata a las musas quien ha sido maltratado por ellas.

He de dar por supuesta, pues, la aquiescencia del lector a la forma por mí elegida; en cambio, en lo que refiere al contenido no tengo más remedio que pedir un poco de indulgencia. He tenido que luchar desde las primeras páginas con un imperativo: el de que el libro no

[10] Según la mitología griega, Clio es la musa de la Historia.

resultase demasiado voluminoso, y con ello inasequible e ininteligible aun para obreros avanzados; y a pesar de todo, no he podido evitar que excediese en cerca de doscientas páginas al volumen que primitivamente nos habíamos propuesto. ¡Cuántas veces he tenido que conformarme con poner una palabra donde hubiera querido poner una línea, una línea en vez de una página, y una página en lugar de un pliego entero! Lo que bajo esta coacción exterior más ha padecido ha sido el análisis de las obras científicas de Marx. Por eso, para evitar equívocos desde el primer momento, he querido suprimir del subtítulo tradicional en la biografía de todo gran escritor, "Su vida y su obra", la segunda parte; poniendo tan solo: "Historia de su vida".

Es indudable que la incomparable grandeza de Marx estriba, entre otras cosas, en el todo inseparable que en él forman, completándose y ayudándose mutuamente, el pensador y el hombre de acción. Pero no menos indudable es que el luchador prevalecía en él, en todo instante, sobre el hombre de pensamiento. En esto, todos nuestros grandes maestros y precursores pensaron lo mismo; todos ellos pensaron, para decirlo con las palabras de Lassalle, que de buen grado hubieran dejado inédito cuanto sabían con tal de que sonase, por fin, la hora práctica de la acción. Y nadie mejor que nosotros sabe cuánta razón tenían, en estos tiempos en que vemos, con un escalofrío de horror, cómo investigadores serios que se han pasado tres o cuatro años de su vida analizando los puntos y las comas de las obras de Marx, al llegar la hora histórica en que las circunstancias les permitían y les ordenaban obrar como él, no saben hacer otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno a su eje, como velas estridentes.

Pero no por esto he de ocultar que yo no me hubiese creído jamás con más títulos que nadie para cruzar todas las fronteras del inmenso campo del saber dominado por Marx. Para la empresa de trazar, dentro del cuadro de mi estudio, una imagen clara y resumida del segundo y tercer tomo de *El Capital,* he solicitado la ayuda de mi amiga Rosa Luxemburgo, y el lector sabrá agradecerle, como yo lo hago, la solicitud con que ha atendido mi deseo; la sección tercera del capítulo XII es obra suya.

Es para mí una gran satisfacción haber podido incorporar a esta obra, agregándole valor, un fruto de su pluma, como lo es el que nuestra común amiga Clara Zetkin-Zundel me haya autorizado para

lanzar a altamar mi barco con el amparo de su nombre[11]. La amistad de estas dos mujeres ha sido para mí un consuelo inapreciable en una época cuyas tormentas han barrido, como barre el viento de otoño las hojas secas, a tantos "campeones varoniles e indomables" del socialismo.

Franz Mehring
Steglitz-Berlín, marzo de 1918

[11] La edición alemana de esta obra está dedicada "a Clara Zetkin, heredera del espíritu marxista". Zetkin organizó la primera conferencia internacional de mujeres contra la Primera Guerra Mundial (1915); fue cofundadora de la Liga Espartaquista en 1916 junto a Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, que se opuso a la debacle de la socialdemocracia alemana frente a la Guerra. La Liga se transformó en 1919 en el Partido Comunista de Alemania.

CAPÍTULO I
AÑOS DE JUVENTUD

1. FAMILIA Y PRIMEROS ESTUDIOS

Carlos Enrique Marx nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818. De sus antepasados es muy poco lo que sabemos, pues los años de tránsito del siglo XVIII al XIX fueron en el Rin años de azares guerreros que dejaron su huella en el desbarajuste y asolamiento de los registros civiles de aquella comarca. Todavía es hoy el día en que no ha podido llegarse a una conclusión clara respecto a la fecha de nacimiento de Enrique Heine[12].

Afortunadamente, Carlos Marx vino al mundo en un período de mayor calma y, por lo menos, el año de su nacimiento lo sabemos con certeza. Pero, como hace unos cincuenta años hubiese fallecido, dejando un testamento nulo, una hermana de su padre, no fue posible averiguar, a pesar de todas las indagaciones judiciales que se hicieron para encontrar los herederos legítimos, la fecha del nacimiento y la muerte de sus padres, o sea de los abuelos paternos de Carlos Marx. El abuelo se llamaba Marx Levi, nombre que luego redujo al de Marx, y fue rabino en Tréveris. Debió de morir hacia el año 1780; por lo menos, ya no vivía en 1810. Su mujer, Eva Moses por su nombre natal, vivía todavía en 1810, y murió, por lo que puede conjeturarse, alrededor del año 1825.

Entre sus muchos hijos, hubo dos que se dedicaron al estudio: Samuel y Hirschel. Samuel se hizo rabino, ocupando el puesto de su padre en Tréveris, y tuvo un hijo, llamado Moses, que fue trasladado a Gleiwitz, villa silesiana, como aspirante a la misma dignidad. Samuel nació en 1781 y murió en 1829. Hirschel, el padre de Carlos Marx, nació en 1782, cursó la carrera de Jurisprudencia y se hizo abogado y luego consejero de justicia en Tréveris, donde en 1824 se bautizó, convirtiéndose al cristianismo con el nombre de Enrique Marx; murió en el año 1838. Estaba casado con Enriqueta Pressburg, una judía holandesa, entre cuyos antepasados se contaba, a lo largo de los siglos, según nos dice su nieta Eleanor Marx, toda una serie de rabinos.

---

[12] Heine (Düsseldorf, 13 de diciembre de 1797 - París, 17 de febrero de 1856) fue uno de los más destacados poetas y ensayistas alemanes del siglo XIX. Fue miembro de la Joven Alemania, un grupo de escritores que aspiraba, al mismo tiempo, a preservar la identidad nacional y difundir el liberalismo.

Murió en 1863. Este matrimonio dejó también una descendencia numerosa, si bien en el momento del reparto de la herencia, a cuyo expediente debemos estas noticias genealógicas, no vivían más que cuatro hijos: Carlos Marx, único varón, y tres hermanas suyas: Sofía, viuda de un abogado de Mastricht llamado Schmalhausen; Emilia, casada en Tréveris con un ingeniero llamado Conrady, y Lisa, casada con un comerciante de la Ciudad del Cabo apellidado Juta.

A sus padres, cuyo matrimonio había sido muy feliz, debió Carlos Marx, que era, después de su hermana Sofía, el hijo mayor de la familia, una infancia feliz y libre de cuidados. Sus "magnificas cualidades naturales" despertaban en su padre la esperanza de que se pondría algún día al servicio de la humanidad; su madre decía de él que era un niño de suerte, a quien todo le salía derecho. Pero Carlos Marx no fue, como Goethe, hijo de su madre, ni como Lessing[13] y Schiller[14], hijo de su padre. Su madre, velando cariñosamente por el esposo y los hijos, vivía consagrada por entero a la paz de su hogar; no llegó jamás a dominar el alemán ni tuvo la menor participación en las peleas intelectuales de su hijo, como no fuese para dolerse maternalmente de que Carlos, con todo el talento que Dios le había dado, no siguiese en la vida el camino derecho. Con el tiempo, parece que Carlos Marx llegó a entablar relaciones bastante íntimas con sus parientes maternos de Holanda, sobre todo con un "tío" Felipe, de quien habla repetidas veces con gran simpatía, llamándolo un "magnífico solterón", y que debió de acudir más de una vez a sacarlo de apuros.

También el padre, a pesar de que murió cuando acababa Carlos de cumplir los veinte años, parece que miraba alguna que otra vez con secreto temor a aquel "demonio" que llevaba dentro su hijo preferido. Pero lo que a él lo atormentaba no eran los cuidados mezquinos y penosos de la pobre madre por la carrera y el bienestar material de su hijo, sino el vago presentimiento de un carácter duro como el granito, sin la menor afinidad con el suyo, dulce y blando. Enrique Marx, que como judío, renano y jurista parecía revestido con una triple coraza contra los encantos de aquella Prusia de hidalgos rurales, era, a pesar de todo, un patriota prusiano: no en el sentido insípido y necio que hoy damos a esta palabra, sino un patriota prusiano por el estilo de aquellos que nosotros, viejos ya, alcanzamos todavía a conocer en hombres como Waldeck o como Ziegler: un hombre nutrido de cultura

---

[13] Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781) fue el escritor alemán más importante de la ilustración, uno de los padres de la reflexión estética alemana del siglo XVIII. Sobre él, Mehring escribió *La Leyenda de Lessing* (1892).
[14] Friedrich Schiller (1759-1805) fue un poeta, dramaturgo, filósofo e historiador alemán.

burguesa, creyente con la mejor fe del mundo en el viejo racionalismo fridericiano; un "ideólogo", en una palabra, de aquellos que tanto, y con sobrada razón, odiaban a Napoleón. Lo que este entendía por "ideología, esa necia palabra", era precisamente lo que alimentaba el odio del padre de Marx contra aquel conquistador que había dado a los judíos renanos la plenitud de sus derechos civiles y a los territorios del Rin el Código de Napoleón, aquella joya tan celosamente guardada por ellos y tan insaciablemente atacada por la reacción prusiana.

Su fe en el "genio" de la monarquía prusiana se mantuvo incólume hasta que el Gobierno de Prusia lo forzó a cambiar de religión, si quería conservar su empleo. Esta coacción ha sido aducida muchas veces, incluso por personas informadas, para justificar o excusar lo que no necesita justificación y ni siquiera excusa. Aun examinada su actitud por el lado exclusivamente religioso, un hombre como él, que confesaba, con Locke, Leibniz y Lessing, su "fe pura en Dios", no tenía ya nada que buscar en la sinagoga, y era natural que acudiese a refugiarse en la Iglesia Nacional Prusiana, donde entonces reinaba un racionalismo transigente, una especie de "religión nacional", contra la cual no había podido prevalecer ni el edicto prusiano de censura de 1819.

Pero, además, la abjuración del judaísmo no era tan solo, en los tiempos que corrían, un acto religioso, sino que entrañaba también –y primordialmente– un acto de emancipación social. Los judíos no habían participado en las prestigiosas tareas del espíritu de los grandes pensadores y poetas alemanes; en vano la luz modesta de un Moses Mendelssohn pretendió alumbrar a su "nación" la senda hacia la vida intelectual del país. Idéntico fracaso experimentaron un puñado de judíos jóvenes de Berlín al querer reanudar las aspiraciones de su precursor –precisamente por los mismos años en que Enrique Marx abrazaba el cristianismo–, aunque entre ellos se encontrasen hombres del calibre de Eduardo Gans y Enrique Heine. El primero, capitán de la aventura, viéndose fracasado, arrió bandera y se pasó al cristianismo. El propio Heine, que tan duramente lo maldijo –"ayer todavía un héroe, y hoy nada más que un canalla"–, habría de verse forzado, y muy pronto, a sacar también "entrada para la función de la cultura europea". Y ambos tuvieron su parte histórica en la obra del espíritu alemán del siglo XIX, mientras que los nombres de sus camaradas que, fieles a la causa, siguieron cultivando el judaísmo, se han esfumado sin dejar huella.

Durante muchos años, el tránsito al cristianismo fue, para los espíritus libres de la raza judía, un progreso en la senda de la civilización. Así ha de interpretarse también el cambio de religión

abrazado por Enrique Marx con su familia en el año 1824. Es posible que las circunstancias contribuyesen, también, ya que no a inspirar el hecho, por lo menos a apresurar el momento de su realización. Las persecuciones contra los judíos, que tomaron un giro tan violento durante la crisis agrícola de aquellos años, desataron también las furias antisemitas en las provincias del Rin, y un hombre de honorabilidad intachable como era el padre de Marx no tenía deber, ni tampoco –por miramiento hacia sus hijos– derecho a afrontar aquella ola de odio. También pudo ocurrir que la muerte de su madre, que debió de acontecer por aquel entonces, lo eximiese de ciertos escrúpulos de respeto y piedad filial, muy propios de su carácter, así como pudo también haber influido el hecho de que su hijo mayor cumpliese, precisamente en el año de conversión, la edad escolar. Cualesquiera que fuesen las causas, lo indudable es que el padre de Marx poseía ya esa cultura del hombre libre que lo emancipaba de todas las ataduras judías, y esta libertad era la que habría de transmitir a su hijo Carlos como precioso legado. En las cartas, bastante numerosas, que dirige a su hijo cuando era este ya estudiante, no encontramos ni una sola huella en la que hable la progenie semita; son todas cartas escritas en aquel tono paternal, prolijamente sentimental, y en aquel estilo epistolar del siglo XVIII, en que el auténtico alemán gustaba de soñar cuando amaba y en que descargaba sus furias cuando la ira lo poseía. Exentas de toda pedante obstinación, saben comprender y acatan de buen grado los intereses y las aspiraciones intelectuales del hijo; únicamente contra su idea de convertirse en un "vulgar poeta" muestran una aversión franca y perfectamente legítima. Cuando sus pensamientos abstraídos se parasen a soñar en el porvenir que le estaba reservado a su Carlos, aquel buen señor viejo del "cabello pálido y el espíritu un tanto rendido" tendría seguramente sus dudas acerca de si el corazón del hijo respondería a su cabeza. ¿Habría en él realmente –pensaría el padre– cabida para esos sentimientos, terrenos pero dulces, que tanto consuelo procuran al hombre en este valle de lágrimas?

Y sus dudas no eran seguramente infundadas, dado su modo de ver; aquel amor entrañado con que llevaba a su hijo "en lo más recóndito de su corazón" no lo cegaba, más bien al contrario, lo hacía penetrar el porvenir. Pero así como el hombre no alcanza nunca, por lejos que vea, a avizorar las consecuencias últimas de sus actos, Enrique Marx no pensaba, ni podía tampoco pensar, en que al transmitir a su hijo aquellos caudales de cultura burguesa como la riqueza más sólida con que lo equipaba para la vida, no hacía más que contribuir a dar vuelos

en él a aquel temido "demonio", del que no sabía si habría de ser "fáustico o celeste". Carlos Marx superó ya en el hogar paterno, como jugando, mucho de aquello que a un Heine o a un Lassalle costaran los primeros y más duros combates de su vida, y de cuyas heridas no llegaron nunca a reponerse.

¿Y a la escuela, qué debe a la escuela, a sus primeros años de estudio, Carlos Marx? Este aporte es ya mucho menos fácil de deslindar. Marx no habla nunca de sus compañeros de escuela, ni sabemos tampoco de ninguno que registrase sus recuerdos de él. Hizo sus estudios de bachillerato en el Gimnasio de su ciudad natal y pronto lo vemos graduado de bachiller; el título lleva la fecha del 25 de agosto de 1835, y es lo que suelen ser estos diplomas; vierte sobre la cabeza de aquel joven de brillante porvenir sus votos de triunfo y formula unos cuantos juicios esquemáticos acerca del rendimiento y valor en las diversas ramas del estudio. Hace resaltar, sin embargo, que Carlos Marx sabía traducir y glosar muchas veces hasta los pasajes más difíciles de los viejos clásicos, sobre todo aquellos en que la dificultad no residía tanto en el lenguaje como en las materias y en la complejidad del pensamiento; y que sus ejercicios de composición latina revelaban, en cuanto al fondo, riqueza de ideas y gran entendimiento del tema, si bien aparecían recargados con frecuencia por digresiones inútiles.

En el momento del examen, el examinado parecía no andar muy fuerte en religión ni en historia. En el ejercicio de composición alemana, sus jueces descubrieron una idea que les pareció "interesante" y que a nosotros, hoy, tiene que parecérnosla mucho más. El tema que le habían dado era este: "Consideraciones de un joven antes de elegir carrera". La calificación decía que el ejercicio de Carlos Marx se distinguía por su riqueza de ideas y su buena distribución sistemática, aunque el alumno seguía incurriendo en el vicio, que le era peculiar, de rebuscar exageradamente hasta encontrar expresiones raras y llenas de imágenes. Y enseguida se hace notar, reproduciéndola literalmente, esta observación del muchacho: "No siempre podemos abrazar la carrera a la que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla". Así despuntaba en él, ya en su adolescencia, el primer chispazo de la idea que de hombre habría de completar y desarrollar en todos sus aspectos, y que, corriendo el tiempo, iba a ser un mérito inmortal de su vida.

2. JENNY DE WESTFALIA

En el otoño de 1825, Carlos Marx se matriculó en la Universidad de Bona, donde pasó un año dedicado no tanto, seguramente, a estudiar Jurisprudencia, sino a hacer "vida de estudiante". Tampoco acerca de este período de su vida poseemos noticias directas, pero, a juzgar por lo que de él se refleja en las cartas de su padre, parece que este fue un año de expansión para su juventud. Más adelante, en un momento de indignación, el padre habría de hablar de aquella "vida salvaje"; por el momento, se limitaba a quejarse de las "cuentas a lo Carlos, sin ilación ni fruto". Y no nos extraña, pues la verdad es que a este gran teórico del dinero jamás le salieron bien las cuentas.

A su regreso de Bona, Carlos Marx, con sus benditos dieciocho años, entró en relaciones formales con una compañera de juegos de su niñez, amiga íntima de Sofía, su hermana mayor, la cual allanó todos los obstáculos que se alzaban ante la unión de aquellos dos corazones jóvenes. Y aquella hazaña del estudiante que acababa de pasar un año divirtiéndose fue, a pesar de todas las apariencias de muchachada caprichosa que tenía, el primer triunfo serio y el más hermoso que alcanzaba este hombre nacido para triunfar sobre los hombres: un triunfo que incluso al propio padre se le hacía "imposible de creer", hasta que se dio cuenta de que también la novia tenía "sus genialidades" y era capaz de sacrificios que no afrontaría cualquier muchacha vulgar.

En efecto, Jenny de Westfalia, además de ser una muchacha de extraordinaria belleza, tenía un talento y un carácter también extraordinarios. Le llevaba a Carlos Marx cuatro años, sin haber pasado de los veintidós; su hermosura joven y plena era festejada y cortejada por una multitud de pretendientes; hija de un alto funcionario de elevada posición social, le esperaba un brillante y seguro porvenir. Y he aquí que de pronto sacrificaba todas estas perspectivas por un porvenir –en opinión del padre de Marx– "inseguro y lleno de zozobras"; también en ella creía percibir el buen padre, de vez en cuando, aquel temor cargado de augurios que a él le inquietaba. Pero estaba seguro, segurísimo, de la "angelical muchacha", de la "encantadora", y le aseguraba a su hijo que nadie, ni un príncipe, se la arrebataría.

Los peligros y las zozobras del porvenir confirmaron con creces los temores que el viejo Marx pudiera concebir en sus sueños más desesperados, pero Jenny de Westfalia, de cuyos retratos juveniles irradia una gracia infantil, supo ser digna, con su indomable valor de

heroína, en medio de las torturas y los sufrimientos más atroces, del hombre a quien había elegido. No es que le ayudase a sobrellevar la pesada carga de su vida en el sentido doméstico de la palabra, pues ella, que había tenido una infancia y una juventud risueña, acostumbrada a la abundancia desde su cuna, no podía estar siempre a la altura de las pequeñas miserias de cada día, como lo hubiera estado una proletaria azotada por la vida, sino en un sentido mucho más elevado, comprendiendo y abrazando dignamente la obra que habría de llenar la vida de su marido y la suya propia. En todas sus cartas, de las muchas que se conservan, alienta un soplo de auténtica femineidad; esta mujer era una "naturaleza" en el sentido que Goethe da a esta palabra, sin asomo de falsedad en ninguna de las fibras de su ánimo, lo mismo en el delicioso tono de cuchicheo de los días alegres que en el dolor trágico de la Niobe a quien la miseria arrebata un hijo sin tener siquiera una pobre cajita para enterrarlo. Su belleza era orgullo de su marido, y cuando, a la vuelta de los años, unidos ya en matrimonio desde una generación, Marx se trasladara a Tréveris, en 1863, para asistir al entierro de su madre, le escribía desde la ciudad natal: "No queda día en que no pasee hacia la vieja casa de los Westfalia (en la calle de los Romanos), mucho más interesante para mí que todas las antigüedades de Roma, porque me recuerda los tiempos felices de mi juventud, aquellos en que sus muros albergaban mi mejor tesoro. Además, todos los días me están preguntando, cuándo unos, cuándo otros, por la muchacha *quondam* 'más hermosa de todo Tréveris', por la 'reina de sus bailes'. No sabes lo endiabladamente agradable que es, para un hombre, ver que su mujer sigue viviendo en la fantasía de una ciudad entera como una especie de 'princesa encantada'". Y en el lecho de muerte de su madre, él, que jamás había sido un sentimental, recordaba con un tono estremecido de melancolía aquellos días, los más hermosos de su vida, que la suerte le había deparado junto a esta mujer.

Los chicos formalizaron sus relaciones sin dar cuenta de ello, por el momento, a los padres de la novia, cosa que no dejó de inquietar al concienzudo padre de Carlos. Poco tiempo después, también ellos daban su consentimiento a la unión. Luís de Westfalia, consejero áulico de gobierno, no procedía, aunque otra cosa pareciera indicar su nombre y su título, ni de la nobleza rural de las orillas del Elba ni de la vieja burocracia prusiana. Su padre era aquel Felipe Westfalia que se cuenta entre las más nobles figuras de la historia guerrera. Secretario particular para asuntos civiles del duque Fernando de Braunschweig, que en la guerra de los Siete Años, a la cabeza de un ejército formado

por las más diversas gentes y pagado con dinero de Inglaterra, protegió victoriosamente el oeste de Alemania de los antojos conquistadores de Luis XV y de su Pompadour, el de Westfalia fue poco a poco subiendo hasta convertirse en generalísimo efectivo del duque, a despecho de todos los generales alemanes e Ingleses de su tropa. Y tan señalados eran sus méritos, que el rey de Inglaterra quiso nombrarle general ayudante de sus ejércitos, favor que Felipe rechazó. Solo se avino a domar su espíritu de hombre civil "accediendo" a recibir un grado de nobleza, por razones idénticas a las que obligaron a un Herder o a un Schiller a doblegarse y soportar la misma humillación: para unirse en matrimonio a la hija de una familia de barones escoceses que se presentó en el campamento del duque Fernando a visitar a una hermana casada con un general de las tropas auxiliares inglesas.

De esta unión nació Luis de Westfalia. Y si su padre le había legado un nombre histórico, la línea de sus antepasados maternos evocaba también recuerdos históricos que se remontaban hasta un lejano pasado; uno de sus ascendientes por línea directa de madre había muerto en la hoguera, luchando por implantar la Reforma en Escocia; otro, el conde Archibaldo de Argyle, había sido decapitado por rebelde en la plaza pública de Edimburgo, combatiendo contra Jacobo II desde el bando de las libertades. Esta tradición familiar inmunizaba a Luis de Westfalia desde el primer momento contra las jactancias de la nobleza rural prusiana, con su orgullo de mendigo, y contra la presuntuosa burocracia del Estado. Sirvió desde muy temprano al duque de Braunschweig y no tuvo inconveniente en continuar al servicio de este Estado cuando Napoleón incorporó el pequeño Ducado al reino de Westfalia, ya que, evidentemente, a él no le importaba tanto el güelfo de estirpe a quien servía como las reformas con que la conquista francesa ponía remedio a los males de su pequeño país natal. Pero no por eso dejó de mantenerse reacio al yugo extranjero, y en el año 1813 conoció la mano dura del mariscal Davoust. Desde Salzwedel, donde era consejero territorial y donde el 12 de febrero de 1814 nació su hija Jenny, fue trasladado, dos años más tarde, al Gobierno de Tréveris, como consejero. En el calor de su arrebato, el canciller del Estado prusiano, Hardenberg, tuvo de todas formas discernimiento suficiente para comprender que había que destinar a los territorios del Rin, recién conquistados y que, en el fondo de su corazón, suspiraban todavía por Francia, a los espíritus más capaces y más libres de los anhelos aristocráticos de la nobleza indígena.

Carlos Marx hablaba siempre de este hombre con la mayor devoción y gratitud. Su afecto hacia él era más que de yerno, y le llamaba su "caro amigo paternal", testimoniándole su "filial cariño". Westfalia podía recitar cantos enteros de Homero de cabo a rabo; se sabía de memoria la mayor parte de los dramas de Shakespeare, lo mismo en inglés que en alemán. En la "vieja casa de los Westfalia" Carlos Marx pudo recoger muchos consejos que no le brindaban en la suya propia ni en las aulas. El padre de Jenny, por su parte, siempre había sentido gran predilección por Carlos, y seguramente al autorizar la formalización de sus relaciones con ella tendría presente el matrimonio feliz de sus propios padres; a los ojos del mundo, también la hija de aquella antigua familia noble de barones había elegido un mal partido al casarse con el pobre secretario burgués.

En el hijo mayor de Luis de Westfalia no habrían de perdurar las tradiciones espirituales del padre. Resultó ser un burócrata arribista y algo peor; durante los años de reacción que sobrevinieron en Prusia después del 48, mantuvo, como ministro del Interior, las pretensiones de aquella aristocracia acartonada, hasta contra el jefe de Gobierno, Manteuffel, que era, a pesar de todo, un burócrata ingenioso. Entre este Fernando de Westfalia y su hermana Jenny no mediaban relaciones íntimas; a esto contribuiría también, acaso, el hecho de llevarle a Jenny quince años y de no ser más que medio hermano suyo, ya que su padre había estado casado antes en primeras nupcias.

En cambio, tuvo un auténtico hermano en Edgar de Westfalia, que se desvió hacia la izquierda de la senda de su padre, lo mismo que Fernando se desviaba hacia la derecha. Este Edgar firmó alguna vez los documentos comunistas de su cuñado Marx. No le fue, sin embargo, un camarada constante; cruzó el Océano, corrió en América diferentes vicisitudes, retornó a Europa y anduvo de acá para allá, sin encontrar asiento en ninguna parte; por todo lo que sabemos de él, debía ser un verdadero desordenado. Pero siempre conservó un gran cariño y una fidelidad inquebrantable hacia la hermana y Carlos Marx, que dieron su nombre al primer varón que tuvieron.

CAPÍTULO II
EL DISCÍPULO DE HEGEL

1. EL PRIMER AÑO EN BERLÍN

Antes de que Carlos Marx formalizara sus relaciones con Jenny de Westfalia, había dispuesto su padre que prosiguiera sus estudios en la capital; el documento, que aún se conserva, en el que Enrique Marx no solo da su consentimiento, sino que declara que es su voluntad que su hijo Carlos curse el próximo semestre en la Universidad de Berlín, continuando en esta los estudios de Jurisprudencia y Ciencias Camerales comenzados en Bona, lleva fecha del 1 de julio de 1836.

Las formalizadas relaciones de su hijo contribuían más a reforzar que a menoscabar la decisión tomada por el padre; es seguro que, ante las largas perspectivas de aquel noviazgo y con su natural cautela, creyese aconsejable tener separados a los novios durante un tiempo. Aparte de esto, puede que también influyera en la elección de Berlín su patriotismo prusiano, así como el hecho de que aquella Universidad no compartiese las magnificencias de la vida estudiantil que Carlos Marx había gozado ya bastante en Bona, según el modo de ver de su celoso padre. "Comparadas con esta casa de trabajo, las demás universidades son verdaderas tabernas", escribía Luis Feuerbach de la de Berlín.

Desde luego, no fue el mismo estudiante quien se decidió por Berlín, atendiendo a un deseo personal. Carlos Marx amaba su soleada tierra natal, y la capital de Prusia lo repelió todos los días de su vida. Lo que menos podía atraerle en ella era la filosofía de Hegel –que se había entronizado en aquella Universidad, moviéndose mucho más a sus anchas todavía que en vida del fundador–, por la sencilla razón de que le era perfectamente desconocida. Añádase a esto su gran alejamiento de la mujer amada. Es cierto que le había prometido contentarse con el sí para el mañana, renunciando para el presente a toda otra prueba externa de amor. Pero, aunque sea entre criaturas del temple de estas, los juramentos de amantes tienen siempre la ventaja específica de que se los lleva el viento. Carlos Marx contaría más tarde a sus hijos que su amor por la madre era en aquellos años el de un Rolando furioso, lo que explica que su corazón joven y ardiente no descansase hasta que lo autorizaron a escribirse con su novia.

Pero la primera carta de ella no llegó a sus manos hasta que ya llevaba un año entero en Berlín, y acerca de este año estamos, en cierto aspecto al menos, mejor informados que sobre ninguna otra época de su vida anterior ni posterior, gracias a una minuciosa carta dirigida a sus padres con fecha 10 de noviembre de 1837, "al cumplirse el año de mi estancia aquí, para exponer ante sus ojos la labor realizada". En este singular documento vemos ya en el adolescente al hombre entero que lucha hasta el agotamiento de sus fuerzas físicas y morales por alcanzar la verdad; su sed insaciable de saber, su inagotable capacidad de trabajo, aquella crítica inexorable de sí mismo y aquel espíritu batallador que aunque parecía extraviar a veces el corazón, no hacía más que aturdirlo un poco.

Carlos Marx quedó matriculado en la Universidad de Berlín el 22 de octubre de 1836. De las explicaciones académicas, no parece haberse preocupado mucho; en nueve semestres, no se inscribió más que en doce cursos, enseñanzas jurídicas obligatorias la mayoría de ellas, sin seguirlas todas ni mucho menos. Entre los profesores oficiales, el único que influyó, al parecer, en su formación fue Eduardo Gans. Siguió sus explicaciones sobre Derecho Criminal y Código Nacional prusiano, y el propio Gans dejó testimonio del "magnífico entusiasmo" con el que Marx asistía a los dos cursos. Pero más fuerza probatoria que estos testimonios, en los que la benevolencia suele abundar, tiene la despiadada polémica que Marx entabla, en una de sus primeras obras, con la escuela histórica del Derecho, contra cuya obstinación y falta de sentido, contra cuyo funesto influjo sobre la legislación y el desarrollo del derecho, había alzado su elocuente voz el jurista Gans, de formación filosófica.

Sin embargo, Marx, según él mismo nos dice, no cursaba los estudios profesionales de Jurisprudencia más que como una disciplina secundaria al lado de la Historia y la Filosofía, y en estos dos campos no se preocupaba para nada por seguir las lecciones de cátedra, aunque se hubiese matriculado, como era de rigor, en el curso de Lógica, que profesaba Gabler, sucesor oficial de Hegel y el más mediocre entre sus mediocres adoradores. El cerebro de Marx trabajaba ya en la Universidad por cuenta propia, y dominó en dos semestres una cantidad de saber que en veinte semestres no hubiera llegado a asimilarse con aquel sistema de cuchara en la boca de las clases académicas.

Al llegar a Berlín, lo primero que reclamó sus derechos fue el "nuevo mundo del amor". Este mundo, "embriagado de nostalgias y vacío de

esperanzas", se descargó en tres cuadernos de poesías, dedicadas todas ellas "a mi cara, eternamente amada Jenny de Westfalia", a cuyas manos llegaron ya en diciembre de 1836, "saludadas –como su hermana Sofía le comunicaba– con lágrima de alegría y de dolor". Un año después, en la extensa carta dirigida a sus padres, el poeta habría de juzgar bastante desdeñosamente aquellas criaturas de su musa. "Sentimientos volcados a sus anchas y sin forma, nada natural, todo construido como si se cayera de la luna, la más perfecta antítesis de lo que es y debe ser, reflexiones retóricas a falta de ideas poéticas". De todos estos pecados se acusa a sí mismo el joven poeta y, aunque añada como circunstancia atenuante que "acaso pueda invocar también un cierto calor en los sentimientos y su pugna por remontarse y cobrar impulso", estas plausibles cualidades solo concurrían en el sentido y en la medida, acaso, de las canciones a Laura de Schiller.

En general, sus versos juveniles respiran un romanticismo trivial en el que rara vez resuena una fibra auténtica. Además, la técnica del verso es torpe e inexperta, más de lo que fuera lícito cuando ya habían publicado sus poesías Heine y Platen. Tales fueron los primeros caminos extraviados por los que empezó a desarrollarse el rico talento artístico de Marx, del que sus obras científicas son el mejor testimonio. La fuerza plástica de su lenguaje entronca con los primeros maestros de la literatura alemana; él no era de esos espíritus ramplones que creen que escribir insoportablemente es la primera prenda de toda obra erudita, sino que daba gran importancia al equilibrio estético de sus obras. Y, sin embargo, hay que reconocer que entre las ricas ofrendas con que las musas lo habían adornado, no se contaba el talento versificador.

No obstante, como él mismo decía a sus padres en aquella extensa carta del 10 de noviembre de 1837, la poesía solo debía ser un quehacer accesorio; su deber era estudiar jurisprudencia, aunque se sintiese estimulado sobre todo por el afán de debatirse con la filosofía. Trabajó sobre Heinecio, Thibaut y las fuentes, tradujo al alemán los dos primeros libros de las Pandectas y propugnó por construir una filosofía jurídica sobre los dominios del derecho. De esta "desdichada obra" dice que tenía el propósito de extenderla hasta trescientos pliegos, cifra que probablemente sea una errata. Al final, se dio cuenta de la "falsedad de todo" y se echó en brazos de la filosofía, para construir un nuevo sistema metafísico y convencerse también, finalmente, una vez más, de cuán desorientadas iban sus aspiraciones. Además, tenía la costumbre de sacar extractos de todos los libros que leía, como hizo con el *Laocoonte* de Leasing, el *Erwin* de Solger, la *Historia del Arte* de

Winckelmann, la *Historia alemana* de Luden, etcétera, registrando de pasada sus reflexiones. Al mismo tiempo, se entretenía traduciendo la *Germania* de Tácito, y los cantos fúnebres de Ovidio, y se puso a estudiar por su cuenta, es decir, con ayuda de gramáticas, el inglés y el italiano, sin conseguir por el momento nada; leía el *Derecho criminal* de Klein y sus *Anales* y las últimas cosas de literatura, pero esto de pasada. El semestre volvía a cerrarse con "danzas de las musas y música satírica", cuando, de pronto, vio destellar a lo lejos, como un palacio de hadas inasequible, el reino de la verdadera poesía, y todas sus creaciones se vinieron a tierra.

Haciendo el balance de este primer semestre de estudios, resultaban "muchas noches pasadas en vela, muchos combates librados, muchas sugestiones de dentro y de fuera parecidas", pero sin grandes resultados positivos; la naturaleza, el arte y el mundo habían quedado abandonados y muchos amigos repelidos. Además, el organismo juvenil se hallaba resentido por el exceso de trabajo, y, siguiendo el consejo médico, Marx se trasladó a descansar a Stralau, que por entonces era todavía un tranquilo pueblo de pescadores. Pronto se repuso, para volver de nuevo a las contiendas del espíritu. En el segundo semestre, asimiló también una masa grande de las más diversas materias de conocimiento, pero cada vez se iba destacando con mayor claridad la filosofía de Hegel como polo inmóvil en medio de aquel desfile de fenómenos. Al principio, cuando Marx empezó a conocerla por la lectura de algunos fragmentos, no le hizo ninguna gracia su "grotesca melodía pétrea"; pero, aprovechando el descanso por una nueva enfermedad, la estudió de cabo a rabo, y fue a dar, además, con un "club doctoral" de jóvenes hegelianos, donde, a fuerza de discutir entre opiniones encontradas, se vio encadenado cada vez más "a la actual filosofía del mundo"; claro está que sin que por ella enmudeciese del todo la gran riqueza de sonidos que había en él, ni dejase de asaltarlo de vez en cuando "una verdadera furia irónica ante tanta negación".

Todo esto ponía de manifiesto Carlos Marx a sus padres en la mentada carta, y terminaba con la súplica de que le permitieran volver a casa entonces mismo, sin esperar a la Pascua del año siguiente, que era la fecha indicada por su padre. Quería cambiar impresiones detenidamente con este acerca del "constante vaivén" de su ánimo; estaba seguro de que no podría vencer aquellos "fantasmas soliviantados" más que estando cerca de sus queridos padres.

Esta carta, que tan preciosa es hoy para nosotros como espejo en que vemos proyectarse de cuerpo entero al Marx de los años juveniles, produjo, al ser recibida en su casa paterna, una pésima impresión. El padre, ya débil de salud, vio alzarse ante sí a aquel "demonio" que siempre había temido en su hijo, y que ahora temía doblemente desde que amaba como a una hija más a "cierta persona", desde que una familia honorabilísima se había visto movida a autorizar una relación que, a juzgar por las apariencias y según los derroteros del mundo, estaba llena de asechanzas y de tristes perspectivas para aquella amada criatura. Él no se había obstinado nunca en trazarle a su hijo la senda de la vida, aunque solo había una; la única que podía llevarle a cumplir con "sus sagradas obligaciones"; pero lo que ahora tenía ante sus ojos era un mar tempestuoso y embravecido, sin el menor puerto de refugio.

Por todas estas razones se decidió, a pesar de su "debilidad" –que él mejor que nadie conocía–, a "mostrarse por una vez duro", y en su respuesta del 14 de diciembre se mostraba "duro" a su modo, exagerando desmedidamente las cosas y dejando escapar aquí y allá un suspiro de melancolía. ¿Cómo había cumplido aquel hijo con su deber?, se preguntaba. Y él mismo se contestaba, en los términos siguientes: "¡¡¡Solo Dios sabe cómo!!! Viviendo en el mayor desorden, saltando de acá para allá, por todas las ramas de la ciencia, pasándose las horas muertas junto a la humosa lámpara de petróleo; entregándose al salvajismo bajo la bata de andar por casa y la cabeza enmarañada, como antes era la disipación junto al vaso de cerveza; rehuyendo toda compañía a despecho de las normas del buen decoro y aun de los miramientos debidos a su padre; reduciendo el arte de relacionarse con el mundo a las cuatro paredes del sucio cuarto donde seguramente, siguiendo el desorden clásico, las cartas de amor de Jenny y las amonestaciones bien intencionadas del padre, escritas acaso con lágrimas, servirían, despedazadas, para señales de lecturas; cosa que, después de todo, era preferible a que, por un desorden todavía más irresponsable, fuesen a parar a manos de terceros". Al llegar aquí, lo vence la melancolía y tiene que tomar unas cuantas pastillas de las que le ha recetado el médico, para recobrar fuerzas y seguir siendo inflexible. Ahora, censura severamente la mala administración de su hijo. "¡Y nuestro señor hijo, como si fuésemos unos banqueros, gasta en un solo año cerca de 700 táleros, faltando a todo lo convenido, faltando a todas las normas de la práctica, cuando los más ricos no gastan ni 500!" Claro está que Carlos no era un libertino ni un pródigo precisamente, pero ¿cómo un hombre que

andaba inventando sistemas nuevos y derribando los antiguos cada ocho o cada quince días, iba a ocuparse de tales pequeñeces? Todos metían la mano en su bolsillo y todos lo engañaban.

Y así, en el mismo estilo, seguía durante un gran trecho la reprimenda de su padre, para acabar desechando inexorablemente el pedido de Carlos. "Venir en este momento sería un absurdo. Y aunque sé de sobra que no te preocupan mucho las lecciones –sin perjuicio, naturalmente, de pagarlas–, quiero, por lo menos, guardar el decoro necesario. Yo no soy, ni mucho menos, esclavo de la opinión ajena, pero no me gusta que se murmure a costa mía". Y le decía que podría venir a casa por las vacaciones de Pascua o diez días antes de que comenzaran, pues tampoco quería ser, en esto, ningún pedante.

Por debajo de todas estas quejas, se percibe el reproche de que su hijo no tiene corazón, y como este reproche se le hizo a Carlos Marx en repetidas ocasiones, conviene que aquí, donde por primera vez nos sale al paso y donde más derecho tenía a formularse, digamos lo poco que acerca de esto puede decirse. Con ese tópico tan a la moda del "derecho a vivir su vida", que una civilización degenerada por los mimos ha inventado para disfrazar su cobarde egoísmo, no saldríamos, naturalmente, ganando nada; como tampoco ganaríamos mucho si acudiéramos a la vieja frase del "genio" a quien no puede medirse con la misma vara que a los demás mortales. Lejos de eso, en Carlos Marx la pugna incansable por conquistar la verdad suma brotaba de los pliegues más profundos del corazón. Marx no era, como él mismo dijera en una ocasión, con frase tosca, lo bastante necio para darle la espalda a los "dolores de la humanidad", o para decirlo con las palabras con que Hutten expresaba el mismo pensamiento: Dios lo había dotado de ese ánimo al que los dolores comunes hacen más daño y calan más en el corazón que en la sensibilidad vulgar. No ha habido nadie en ningún tiempo que hubiese hecho tanto como él por extirpar las raíces de esos "dolores de la humanidad". La nave de su vida no dejó de luchar ni un solo momento con tormentas y temporales, siempre bajo el fuego de sus enemigos; y aunque en lo alto del mástil flameara alegremente la bandera, a bordo de este barco no fue nunca placentera la vida, ni para el capitán ni para su tripulación.

Jamás se mostró Marx duro e insensible con los suyos. El espíritu luchador podía dominar quizás los sentimientos del corazón, pero no ahogarlos, y siendo ya un hombre maduro, Marx se quejaba muchas veces, amargamente, de que aquellos a quienes tanto quería sufrieran más que él mismo en persona bajo la carga férrea de la vida que le

había tocado en suerte. Pero tampoco el estudiante joven era sordo a los gritos de angustia de su padre; no solo prescindió de aquel viaje a Tréveris que tanto anhelaba, sino que renunció incluso a pasar allí las vacaciones de Pascua, para pena de su madre, pero para contento del padre, cuyo malhumor contra el hijo empezaba a calmarse. Aunque siguiera lamentándose, abandonaba ya sus exageraciones. En el arte de razonar lo abstracto —le decía— no podía competir con Carlos, y para estudiar la terminología antes de poder aventurarse en aquel arte sagrado, ya era demasiado viejo. Solo en un punto no servía de nada todo lo trascendente, y ante él guardaba prudente y elegante silencio el hijo: en lo tocante al vil dinero, cuya importancia para un padre de familia parecía seguir ignorando. Pero el buen padre, cansado ya, rendía las armas, y esta frase tenía un significado mucho más serio de lo que podía parecer, juzgando por el suave humor que volvía a deslizarse entrelíneas en aquella carta.

La carta lleva fecha de 10 de febrero de 1838. Acababa el padre de Marx de dejar el lecho, después de una dolencia de cinco semanas. La mejoría no fue más que pasajera; la dolencia, que parecía estar en el hígado, retornó, y fue en aumento hasta que, a los tres meses justos, el 10 de mayo de 1838, le ocasionó la muerte. Esta vino a tiempo para evitarle a aquel corazón de padre las decepciones que lo hubieran ido despedazando poco a poco.

Carlos Marx guardó siempre un sentimiento de gratitud hacia lo que para él había sido su padre. Y así como este lo llevara siempre en lo más hondo del corazón, el hijo guardaba siempre junto a él un retrato del padre, que, al morir, lo acompañó a la sepultura.

2. LOS NEOHEGELIANOS

Desde la primavera de 1838, en la que perdió a su padre, Carlos Marx pasó tres años más en Berlín, moviéndose dentro de la órbita de aquel círculo doctoral en cuyo ambiente se inició en los misterios de la filosofía hegeliana.

La filosofía de Hegel era considerada todavía, por entonces, como la filosofía oficial del Estado prusiano. El ministro de Instrucción Altenstein y su asesor, el consejero Johannes Schulze, la habían tomado bajo sus auspicios. Hegel glorificaba al Estado como encarnación de la idea moral, como la razón absoluta y el absoluto fin en sí, y por lo tanto principal derecho contra el individuo, cuyo deber supremo era ser miembro de ese Estado. Esta teoría política le venía al pelo a la

burocracia prusiana, pues en sus rayos transfiguradores quedaban bañados hasta los pecados de la persecución contra los demagogos.

Hegel, al formularla, no incurría en ninguna forma de hipocresía; su formación política explicaba que la monarquía, a la que los servidores del Estado se veían obligados a rendir su mayor esfuerzo, se le antojase como la forma de gobierno ideal; a lo sumo, consideraba necesaria una cierta colaboración indirecta en el régimen de las clases dirigentes, aunque siempre sujeta a restricciones fijas; de una representación popular con caracteres generales en un sentido constitucional moderno, no había ni qué hablar. En esto coincidía con el rey de Prusia y con Metternich, su oráculo.

Lo malo era que este sistema político, construido por Hegel para su uso personal, estaba en abierta e irreconciliable contradicción con el método dialéctico que como filósofo profesaba. El concepto del ser lleva aparejado el de la nada, y de la lucha entre ambos surge el concepto superior del devenir. Todo es y a la vez no es, pues todo fluye y se transforma sin cesar, sujeto a un proceso constante de génesis y caducidad. Por eso la historia no era más que un proceso de evolución sujeto a eternas conmociones, proceso ascensional que iba desde lo más bajo hasta lo más alto y que Hegel se proponía poner de relieve con su cultura universal en las más diferentes ramas de la ciencia histórica, aun cuando sólo fuese bajo la forma que cuadraba a su posición idealista; es decir, para demostrar que en todas las vicisitudes históricas se manifestaba la idea absoluta, que para Hegel era, aunque no supiese decirnos ninguna otra cosa acerca de ella, el alma vivificadora del universo.

Planteadas así las cosas, se comprende que la alianza pactada entre la filosofía de Hegel y el Estado de los Federicos y los Guillermos no podía ser más que un matrimonio por conveniencia, en el que los lazos maritales duraron mientras ambas partes vieron salvaguardados sus intereses. La ficción pudo sostenerse en los días de los acuerdos de Karlsbad y de las persecuciones contra los demagogos, pero ya la revolución de julio de 1830[15] imprimió a la política europea un empujón tan fuerte hacia adelante que el método filosófico de Hegel demostró ser mucho más resistente y sólido que su sistema político. Tan pronto

[15] La Revolución de 1830 es un proceso que comienza en Francia con la denominada Revolución de Julio o las Tres Gloriosas jornadas revolucionarias de París, que llevaron al trono a Luis Felipe I de Francia y abrieron el periodo conocido como Monarquía de Julio. Se extendió por buena parte del continente europeo; en Alemania se produjeron levantamientos, organizados por jóvenes estudiantes, que no consiguieron ir más allá de actos reivindicativos y propagandísticos, al ser duramente reprimidos por las potencias de la zona: el reino de Prusia y el Imperio austriaco.

como se ahogaron las salpicaduras, débiles ya de por sí, de la revolución de julio en Alemania, y restablecida la paz de los cementerios sobre el pueblo de los poetas y los pensadores, la nobleza prusiana se apresuró a seguir explotando la manoseada baratija del romanticismo medieval contra la moderna filosofía. Podía hacerlo con tanto más desembarazo cuanto que la adoración rendida a Hegel no era cosa suya, sino de la burocracia semioculta y, además, Hegel, aun glorificando el Estado burocrático, no hacía nada por conservarle al pueblo la religión, que era el alfa y el omega de la tradición feudal, como, en el fondo, lo era de todas las clases explotadoras.

Y aquí, en el terreno religioso, fue precisamente donde sobrevino el primer choque. Hegel había sostenido que las historias sagradas de la Biblia debían ser consideradas como profanas, pues a la fe no le compete el conocimiento de la historia real y corriente. Y David Strauss, un joven zuavo de la escuela, tomó en serio e hizo buenas estas palabras del maestro, exigiendo que la historia evangélica se entregase a la crítica histórica y abonando la razón de sus pretensiones con una *Vida de Jesús* que apareció en 1835 y que provocó una enorme sensación. Strauss entroncaba en su obra con el racionalismo burgués, acerca del cual tan despectivamente se pronunciara Hegel. Pero el don de la dialéctica le permitía plantear el problema de un modo incomparablemente más profundo que la forma en la que lo había hecho el viejo Reimanus, el "Innominado" de Lessing. Strauss no veía ya en la religión cristiana un fruto del engaño, ni en los apóstoles una cuadrilla de estafadores, sino que explicaba los elementos míticos del Evangelio como obra inconsciente de las primeras comunidades cristianas. Pero reconociendo una gran parte de los Evangelios como relato histórico de la vida de Jesús, viendo en este un personaje de la historia real e intuyendo siempre, en los puntos más importantes, un núcleo de verdad histórica.

Políticamente, Strauss era perfectamente inofensivo, como lo siguió siendo durante toda su vida. Un poco más reacia resonaba la nota política en los *Anales de Halle*, fundados en el año 1838 por Arnoldo Ruge y Teodoro Echtermeyer como órgano de los neohegelianos. Y aunque también esta revista tuviese su terreno propio en la literatura y en la filosofía y no se propusiese, en principio, otra cosa que contrarrestar la obra de los *Anales berlineses para la crítica científica*, órgano enmohecido de los hegelianos viejos, Arnoldo Ruge, que no tardó en hacer pasar enseguida a segundo plano a su compañero Echtermeyer, muerto prematuramente, había militado ya en las "Juventudes", purgando la atroz locura de la persecución contra los

demagogos con seis años de prisión en las cárceles de Kopenick y Kolberg. Cierto es que no lo había tomado trágicamente, sino que, habiéndose incorporado como docente libre a la Universidad de Halle, disfrutaba, gracias a un matrimonio afortunado, de una existencia apacible, que le permitía reconocer, a pesar de todo, la libertad y la justicia reinantes en el Estado prusiano. Y no hubiera tenido nada que objetar si en él se hubiese realizado aquel dicho malévolo de los mandarines prusianos viejos de que en Prusia, para hacer una carrera rápida, no había como ser un demagogo convertido. Pero, desgraciadamente para él, no fue así.

Ruge, sin ser ningún pensador original, ni mucho menos un espíritu revolucionario, tenía, sin embargo, la cultura, la ambición, el celo y el ardor combativo que hacían falta para dirigir bien una revista o un periódico científico. Él mismo se calificó una vez, bastante acertadamente, de comerciante en espíritu al por mayor. Sus *Anales* se convirtieron en centro de reunión de todos los espíritus inquietos, que entre otras virtudes tienen –alejados como están, en interés, del régimen del Estado– la de pasarse la mayor parte de la vida metidos en el refugio de la prensa. Los artículos de David Strauss cautivaban a los lectores bastante más de lo que hubieran podido hacerlo todos los teólogos del reino debatiéndose con ganchos y tenazas para demostrar la infalibilidad divina de los Evangelios. Y por mucho que Ruge asegurase que sus *Anales* seguían siendo "cristianos, hegelianos y prusianos de Hegel", Altenstein, a quien ya la reacción romántica traía acosado, no dio crédito a estas palabras, ni se prestó a colocar al servicio del Estado a Ruge en reconocimiento de su labor, como este tan encarecidamente le suplicaba. Gracias a esto, los *Anales* empezaron a darse cuenta de que era necesario ir desatando las ataduras que tenían prisioneras, en Prusia, a la libertad y a la justicia.

Entre los colaboradores de los *Anales* figuraban aquellos neohegelianos de Berlín, entre los que pasó Carlos Marx tres años de su juventud. En este club doctoral había docentes, profesores y escritores de edad juvenil. Rutenberg, a quien Carlos Marx, en una de las primeras cartas a su padre, llamaba "el más íntimo" de sus amigos berlineses, había enseñado Geografía en la Academia de cadetes de Berlín, de donde lo expulsaron bajo el pretexto de que lo habían encontrado una mañana borracho, tendido en la cuneta; la realidad era que recaían sobre sí sospechas de haber publicado ciertos artículos "malignos" en periódicos de Hamburgo y Leipzig. Eduardo Meyen había pertenecido a la redacción de una efímera revista en la que Marx publicó dos de sus poesías; las únicas, afortunadamente, que llegaron

a ver la luz. No ha podido saberse con certeza si ya por aquellos años en que Marx estudiaba en Berlín, pertenecía a este cenáculo Max Stirner, profesor en un colegio de señoritas; nada hay que permita afirmar que llegaron a conocerse personalmente. La cuestión no tiene tampoco gran interés, ya que entre Marx y Stirner no medió nunca la menor afinidad espiritual. En cambio, fue muy fuerte la influencia que ejercieron sobre Marx los dos miembros más destacados de aquel club: Bruno Bauer, en aquel tiempo docente libre en la Universidad de Berlín, y Carlos Federico Köppen, profesor de instituto.

Carlos Marx no había cumplido aún los veinte años cuando se incorporó a este grupo, pero, como tantas veces habría de sucederle a lo largo de su vida cuando entró en contacto con un nuevo grupo de personas, acabó por convertirse en el animador del club. Bauer y Köppen, que le llevaban unos diez años, se dieron cuenta enseguida de la superioridad espiritual del nuevo afiliado, y no podían ambicionar una alianza mejor que la de aquel muchacho que tanto podía aprender de ellos, como en efecto aprendió. "A mí amigo Carlos Enrique Marx, de Tréveris", reza la dedicatoria de aquella turbulenta obra de polémica publicada por Köppen en 1840, en el centenario del rey Federico de Prusia.

Köppen tenía un extraordinario talento histórico, como todavía hoy lo acreditan sus artículos de los *Anales*; a él se debe el primer estudio verdaderamente histórico del terror rojo en la gran Revolución Francesa. Sus críticas contra los historiadores de la época, los Leo Ranke, Raumer, Schlosser, etcétera, no pueden ser más felices ni más certeras. Probó su talento en los más variados campos de la investigación histórica, desde una introducción literaria a la mitología nórdica, que no desmerece las investigaciones de Jacobo Grimm y de Luis Uhland, hasta una magna obra sobre Buda, alabada por el propio Schopenhauer, a pesar de que no sentía grandes simpatías hacia el antiguo hegeliano. No tenemos más que fijarnos en cómo una mentalidad como Köppen imploraba al más terrible de los déspotas de la historia de Prusia, llamándolo "espíritu resurgido" y conjurándole a "pulverizar con su espada de fuego a todos los adversarios que se interponen ante nuestro país y le cierran el paso a la tierra de promisión", para transponernos inmediatamente a la realidad del ambiente en que vivían estos neohegelianos berlineses.

Conviene, sin embargo, que no olvidemos dos cosas. La reacción romántica, con todo su cortejo, trabajaba tenazmente para ensombrecer la memoria del "viejo Fritz". Era, como decía Köppen, "un

verdadero alboroto: trompetazos del Viejo y del Nuevo Testamento, redobles morales de tambor, gaitas edificantes, flautas históricas y otros pitidos discordantes, y de cuando en cuando, alguno que otro himno a la libertad, mugido en esa voz de bajo proteutón repleto de cerveza". Además, no existía ni una sola investigación de ciencia crítica en que se juzgase con cierta imparcialidad la vida y la obra del rey de Prusia, ni podía tampoco haberla, no siendo accesibles todavía, como no lo eran, las fuentes más importantes y decisivas para su estudio. La figura de Federico el Grande aparecía envuelta en la fama de un "racionalismo" que desencadenaba los odios de unos y la admiración de otros.

En realidad, Köppen se proponía volver a impulsar, con su obra, el racionalismo del siglo XVIII; Ruge decía de Bauer, Köppen y Marx que su característica era encajar con el racionalismo burgués, escribiendo, como nuevo partido filosófico de la Montaña, el *mene mene tekel upharsín* en el cielo tormentoso de Alemania. Köppen rebatía las "necias declamaciones" contra la filosofía del siglo XVIII y afirmaba que era mucho lo que se debía a los racionalistas alemanes, con toda su pesadez; que su único problema era no haber sido bastante racionalistas. Köppen lanzaba este reproche ante todo a los devotos incondicionales de Hegel, a aquellos "teólogos del concepto", a los "viejos bramanes de la lógica", que, sentados en cuclillas, sin que nada turbase su descanso eterno, se pasaban la vida leyendo con monótono canto nasal, una y otra vez, los tres sagrados Vedas, sin alzar la vista más que de tarde en tarde para echar una sensual mirada al mundo bailarín de las bayaderas. No es extraño que Varnhagen, desde el órgano de los hegelianos viejos, repudiase el libro de Köppen por "asqueroso" y "repugnante"; se sentía especialmente aludido, sin duda, en aquellas fuertes palabras en las que Köppen hablaba de las "ranas de charco, aquellos gusanos sin religión, sin patria, sin convicciones, sin conciencia, sin corazón, sin frío ni calor, sin alegrías ni dolores, sin amores ni odios, sin Dios y sin diablo, aquellas almas míseras que rondaban las puertas del infierno, sin méritos siquiera para entrar en él".

Köppen no ensalzaba en el "gran rey" más que al "gran filósofo". Pero, al hacerlo, incurría en un desliz mucho mayor del que, aun dentro de los conocimientos de la época, podía tolerarse. Escribía: "Federico no tenía, como Kant, una doble razón. Una razón teórica que se alzara con bastante sinceridad y valentía a manifestar sus escrúpulos y sus dudas y sus negaciones, y una razón práctica, tutelar, funcionaria pública, encargada de corregir todos los entuertos y de disculpar todas las muchachadas en que aquella incurría. Solo un estudiante en ciernes,

inseguro de lo que lee, podría sostener que la razón filosófico-teórica de Kant se le antojaba demasiado trascendente a la razón práctica del rey, y que el viejo Federico se olvidaba con mucha frecuencia del solitario de Sans-souci. Jamás desapareció en él el filósofo detrás del rey". Cualquiera que hoy se atreviese a repetir esta afirmación se ganaría, aun entre los historiadores prusianos, el reproche de estudiante en ciernes poco seguro de lo que dice. Pero no hace falta llegar a estos tiempos; ya en 1840 era un poco exagerado postergar la obra racionalista que llena de vida de un Kant a los chistes más o menos racionalizadores de aquel déspota prusiano con los ingeniosos franceses que se prestaban a servirle de bufones de la corte.

Todo esto no revela más que la indigencia singular y el gran vacío de la vida berlinesa, fatal para los neohegelianos arraigados allí. Y era natural que estos peligros se destacaran, más que en nadie, en el propio Köppen, quien antes reaccionaba contra ellos, y con quien se acusaran, sobre todo, en una obra polémica escrita con el corazón. A Berlín le faltaba aún el fuerte impulso que la industria, ya bastante desarrollada, daba en el Rin a la conciencia burguesa sobre sí misma; la capital prusiana no solo quedaba por debajo de Colonia, sino también de Leipzig e incluso de Königsberg. "Se creen terriblemente libres –escribía Walesrode, un prusiano oriental, hablando de los berlineses de la época– por pasarse el día sentados en el café, derrochando ingenio sobre los ciervos, el granizo, el rey, los sucesos del día, etcétera, etcétera, a la manera de los desocupados plantados en la esquina y en el mismo y consabido tono". Berlín no era, por el momento, más que una corte y una villa militar, cuya población pequeñoburguesa se vengaba con chismes malignos y mezquinos del servilismo cobarde que en público manifestaba a los carruajes y cortejos palaciegos. El verdadero hogar de esta oposición era el salón murmurante de aquel Varnhagen que se santiguaba solo con oír hablar del racionalismo fridericiano a la manera en que lo entendía Köppen.

No hay ninguna razón para dudar de que el joven Marx compartiese las ideas de aquella obra en que su nombre salió honrado por primera vez ante el público. Llevaba con su autor íntimas relaciones y se asimiló no poco el estilo de escritor de su viejo camarada. Siempre conservaron una buena amistad, aunque sus caminos en la vida se separasen rápidamente; al volver de visita a Berlín, unos veinte años después, Marx encontró en Köppen "al de siempre", y pasó con él unas cuantas horas dichosas y límpidas. Poco después, en 1863, su amigo moriría.

3. LA FILOSOFÍA DE LA PROPIA CONCIENCIA

Pero el verdadero jefe de los neohegelianos de Berlín no era Köppen, sino Bruno Bauer. Cuando más fervorosamente se lo consagró como discípulo legítimo y maestro fue cuando, con un gesto de soberbia especulativa, se alzó contra la *Vida de Jesús* del zuavo, provocando una fuerte réplica de Strauss. Altenstein, ministro de Instrucción de Prusia, extendió su mano protectora sobre aquella estrella henchida de esperanza que empezaba a lanzarse en el firmamento.

Pero, a pesar de esto, Bruno Bauer no era ningún arribista, y Strauss no se acreditaba como buen profeta cuando pronosticaba que acabaría tomando tierra en el "escolasticismo fosilizado" del cabecilla ortodoxo Hengstenberg. Lejos de eso, Bauer, en el verano de 1839, sostuvo un duelo literario con este personaje, obstinado en erigir en Dios del cristianismo a aquel Dios furioso y vengativo del Antiguo Testamento, duelo que, aun sin salirse de los límites de una polémica de tipo académico, bastó para que el senil y asustadísimo Altenstein sustrajera a su pupilo de las miradas recelosas de la tan vengativa como ortodoxa escuela. En el otoño de 1839, mandó a Bruno Bauer a la Universidad de Bona, como docente libre por el momento, pero con la intención de nombrarlo cuanto antes profesor en propiedad.

Pero ya por entonces había tomado Bruno Bauer, como revelan sobre todo sus cartas a Marx, un rumbo intelectual que habría de remontarlo por encima de Strauss. Inició una crítica de los Evangelios que le llevó a limpiar los últimos escombros que Strauss había dejado en pie. Bruno Bauer demostró, en efecto, que los Evangelios no contenían ni un átomo de verdad histórica, que todo en ellos era obra de la inventiva poética de los evangelistas; y demostró, asimismo, que la religión cristiana, religión secular de la antigüedad, no le había sido impuesta, como se pensaba, al mundo greco-romano, sino que era el más genuino producto de este mundo. De este modo, abría la senda única por la que podían investigarse científicamente los orígenes del cristianismo. Se comprende perfectamente que ese teólogo palaciego, de moda y de salón, llamado Harnack, especializado en recomponer los Evangelios en interés de las clases gobernantes, dijese no hace mucho, en tono insultante, que el camino iniciado por Bruno Bauer era una "tontería".

Cuando estas ideas comenzaron a madurar en el espíritu de Bauer, era Carlos Marx su inseparable camarada, en quien aquel veía, a pesar de ser nueve años más joven que él, a su aliado más capaz. Apenas había tenido tiempo para establecerse en Bona, cuando ya intentaba llevarse consigo a Marx, haciéndole llamamientos llenos de nostalgia.

Un club profesoral de Bona, le decía, era "filisteísmo puro" comparado con el club doctoral de Berlín, en el que soplaba siempre, a pesar de todo, un interés intelectual; y le decía que aunque en Bona se reía mucho, no había vuelto a reírse nunca con tantas ganas como en aquellos días de Berlín, con solo atravesar la calle con él. Le aconsejaba que acabara de una vez con el "despreciable examen" para el que fuera de Aristóteles, Spinoza y Leibniz, no había nada en el mundo, y que no siguiese consagrando tanto tiempo y tanta paciencia a aquella farsa absurda. Añadía que con los filósofos de Bona no iba a serle difícil lidiar, pero que creía inaplazable la publicación de aquella revista radical que ambos habrían de dirigir. Que no había manera de seguir soportando los chismes y las charlatanerías berlinesas, ni la languidez de los *Anales de Halle*; que Ruge le daba pena, pero ¿por qué no acababa de matar el gusano en su periódico?

Aunque estas cartas tengan a veces un tono revolucionario, conviene advertir que solo se trataba de una revolución filosófica, para la que Bauer contaba más con la ayuda que con la oposición del poder público. Acababa casi de escribirle a Marx, en diciembre de 1839, que Prusia parecía destinada a no avanzar más que por medio de una nueva batalla de Jena[16], batalla que sin duda no habría de librarse, por fuerza, en un campo sembrado de cadáveres, cuando, pocos meses después –muertos ya, casi al mismo tiempo, su protector Altenstein y el viejo rey–, conjuraba a la suprema idea del Estado prusiano, al espíritu familiar de la dinastía de los Hohenzollern, que desde hacía cuatro siglos había puesto sus mejores fuerzas en esa empresa, a reglamentar las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Bauer afirmaba que la ciencia no se cansaría de defender la idea del Estado contra las intromisiones de la Iglesia, y aunque el Estado se equivocase alguna que otra vez y se mostrase desconfiado con la ciencia, acudiendo contra ella con medidas de fuerza, estaba demasiado consustanciado con la razón para que sus equivocaciones fuesen duraderas. El nuevo rey agradeció el homenaje nombrando para ocupar la vacante de Altenstein al reaccionario ortodoxo Eichhorn, el cual se apresuró a claudicar ante las intromisiones de la Iglesia la libertad de la ciencia, allí donde ésta aparecía más entroncada con la idea del Estado: en la libertad de cátedra.

[16] Batalla que tuvo lugar el 14 de octubre de 1806 en la localidad alemana de Jena, perteneciente al antiguo ducado de Sajonia-Weimar, en el marco de las guerras napoleónicas que darían al emperador francés el dominio sobre Europa central.

La inconsistencia política de Bauer superaba ampliamente a la de Köppen, pues este podía equivocarse respecto a un Hohenzollern determinado y concreto, cuya talla descollaba por sobre el resto de la familia, pero nunca en lo tocante al "espíritu familiar" de la dinastía. Köppen no se había adentrado como Bauer, ni mucho menos, en la ideología hegeliana. Pero no debe perderse de vista que la miopía política de Bauer no era otra cosa que el reverso de su agudeza de visión filosófica. Había descubierto en los Evangelios el precipitado espíritu de la época en que se crearon, y esto lo llevaba a pensar, con bastante lógica, desde un punto de vista puramente ideológico, que si la religión cristiana, con su turbia fermentación de la filosofía greco-romana, había conseguido superar la cultura antigua, a la crítica libre y clara de la dialéctica moderna le habría de ser mucho más fácil sacudir la pesadilla de la cultura cristiano-germánica.

¿Qué era lo que le infundía esta imponente seguridad? La filosofía de la "propia conciencia". Bajo este nombre se habían agrupado en la antigüedad las escuelas filosóficas griegas que surgieron de la decadencia nacional de Grecia y contribuyeron más que ninguna otra a fecundar la religión cristiana: los escépticos, los epicúreos y los estoicos. En cuanto a hondura especulativa, no podían competir con Platón, ni compararse con Aristóteles en saber universal; Hegel los había tratado con bastante desdén. Su meta común era hacer al hombre individual, separado por un terrible cataclismo de cuanto hasta entonces lo había vinculado y sostenido, independiente de todo lo exterior a él, retrotrayéndolo a su vida interior, llevándolo a buscar su dicha en la paz del espíritu y del ánimo, asilo inconmovible aunque el mundo se derrumbase.

Pero, al encontrarse solo entre las ruinas de un mundo derruido, este yo agotado –razonaba Bauer– había sentido miedo de sí mismo y de su suprema potencia, y este miedo lo había llevado a enajenar y ceder la conciencia de sí mismo, erigiendo lo que era su propio poder universal como un poder ajeno y superior: el del soberano universal de Roma, del que irradiaban todos los derechos y que llevaba en sus labios la cifra de la vida y la muerte: el Señor de los Evangelios, que con el solo hálito de su boca subyugaba las rebeldías de la naturaleza o abatía a sus enemigos y que ya se anunciaba sobre la tierra como Señor y juez del mundo; en él. La conciencia del hombre se había creado un hermano, enemigo sin duda, pero no por eso menos hermano. La humanidad –continuaba razonando Bauer– había sido educada en la esclavitud de la religión cristiana, para de este modo preparar más concienzudamente el advenimiento de la libertad y

abrazarla con tanto o mayor fuerza cuando por fin ese día llegara: la propia conciencia del hombre, al recobrar la conciencia de sí misma, comprendiéndose y ahondando en las raíces de su ser, recobraría un poder infinito sobre todos los frutos de su renunciamiento.

Si prescindimos del ropaje del lenguaje filosófico de la época, veremos de un modo bastante sencillo y claro qué era lo que encadenaba a Bauer, a Köppen y a Marx a aquella filosofía griega de la propia conciencia. En el fondo, era el mismo nexo que los unía a la era del racionalismo burgués. Las viejas escuelas griegas cultivadoras de aquella idea estaban muy lejos de ostentar representantes tan geniales como los que en Demócrito y Heráclito podía ostentar la antigua escuela de los filósofos de la naturaleza, o las que en Platón y Aristóteles habría de revelar más tarde la filosofía de los conceptos; pero, no obstante, habían dejado una huella bastante profunda en la historia. Habían abierto al espíritu humano nuevas perspectivas, rompiendo las fronteras nacionales del helenismo y las fronteras sociales de la esclavitud, en las que todavía se movieran Platón y Aristóteles; habían fecundado de un modo decisivo el cristianismo primitivo, la religión de los dolientes y los oprimidos, que en manos de Platón y Aristóteles se trocaba en la Iglesia explotadora y opresora de los dominadores. Y aunque Hegel se expresara en términos bastante desdeñosos acerca de esta filosofía de la propia conciencia, no dejaba de poner de relieve todo lo que la libertad interior del sujeto había representado para la dicha del hombre en medio de aquel gran infortunio del Imperio romano, en que el puño de hierro arrebataba al espíritu individual todo lo noble y todo lo bello. Los racionalistas burgueses del siglo XVIII habían movilizado también, al servicio de su idea, a la filosofía griega de la propia conciencia: la duda de los escépticos, el ateísmo de los epicúreos, la convicción republicana de los estoicos.

Köppen hacia resonar esta misma nota cuando, en su obra sobre el héroe del racionalismo cuyo culto abrazaba, Federico el Grande, decía: "El epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo son las fibras nerviosas y las entrañas del organismo antiguo cuya unidad natural y directa determinara la belleza y la ética de la antigüedad y que, al morir esta, se desperdigaron. Federico el Grande supo asimilarse y practicar con una fuerza maravillosa estas tres virtudes, que son otros tantos momentos capitales de su ideario, de su carácter y de su vida". Marx atribuía una "profunda importancia", por lo menos, a lo que Köppen dice en estas líneas acerca de la síntesis o unidad orgánica de los tres sistemas con la vida griega.

Pero Marx, a quien este problema interesaba tanto por lo menos como a sus amigos, lo atacaba de otro modo. Él no buscaba la "propia conciencia del hombre como suprema y única divinidad" ni en el espejo cóncavo y deformador de la religión ni en los ocios filosóficos de un déspota, sino remontándose hasta las fuentes históricas de esta filosofía, cuyo sistema era también para él la clave de la verdadera historia del espíritu helénico.

4. LA TESIS DOCTORAL

Cuando Bruno Bauer, en el otoño de 1839, insistía sobre Marx para que terminase de una vez el "despreciable examen", no dejaba de asistirle cierta razón, pues ya llevaba cursados ocho semestres. Pero no es que supusiese en él miedo al examen, en el más deplorable sentido de esta palabra, pues de ser así no le hubiese incitado a lanzarse de sopetón contra los profesores de filosofía de Bona.

El carácter de Marx y su afán acuciante e insaciable de saber, que lo impulsaba a atacar apresuradamente los problemas más difíciles, unido a aquel espíritu crítico inexorable que le impedía resolverlos atropelladamente, imprimía ya entonces, como habría de imprimir a lo largo de su vida, un ritmo de lentitud a sus trabajos. Fiel a esta manera de ser, tuvo que hundirse, antes de comenzar a escribir, en las fosas más profundas de la filosofía griega; además, la exposición de aquellos tres sistemas de conciencia no era materia que pudiera despacharse en un par de semestres. Bauer, que producía con una rapidez asombrosa, demasiado asombrosa, no podía comprender la lentitud con que Marx trabajaba, y se impacientaba más todavía de lo que, andando el tiempo, habría de impacientarse alguna que otra vez Federico Engels, cuando Marx no encontraba medida ni tope para su afán crítico.

Además, el "despreciable examen" tenía su pro y su contra, que Bauer no veía, pero que Marx sí. Este se había decidido, ya en vida de su padre, por la carrera académica, sin que por eso se esfumara totalmente, allá en el fondo, la idea de abrazar una profesión práctica. Ahora, después de muerto Altenstein, comenzaba a desaparecer el mayor encanto de la carrera universitaria, el único que compensaba sus muchos inconvenientes: la relativa libertad que se reconocía a las enseñanzas de cátedra. Y Bauer no se cansaba de describir, bastante pintorescamente desde su puesto de Bona, lo deplorable que era aquel mundo de las pelucas académicas.

Pronto, el propio Bauer habría de tener ocasión de ver por sí mismo que las prerrogativas de investigación científica de un profesor prusiano tenían también sus límites. Al morir Altenstein, en mayo de 1840, quedó encargado del ministerio, durante varios meses, el director general Ladenberg, que fue lo suficientemente piadoso con la memoria de su difunto jefe como para no olvidarse de la promesa hecha por este de "confirmar" a Bauer con carácter definitivo en su cátedra de Bona. Pero, apenas se sentó Eichhorn en la silla ministerial, la Facultad teológica de Bona, a la que Bauer pertenecía, se opuso a su confirmación con el pretexto de que perturbaría la cohesión de la institución, con ese heroísmo admirable que despliegan los profesores alemanes cuando están seguros de interpretar los recónditos deseos de sus superiores jerárquicos.

Bauer conoció la decisión tomada cuando se disponía a regresar a Bona después de las vacaciones de otoño, que había pasado en Berlín. En el círculo de amigos se deliberó acerca de si no debía darse ya como realizada una rotura insoldable entre las tendencias religiosas y las científicas, ruptura que incapacitaba a quien abrazara las segundas para seguir perteneciendo, en conciencia, a la Facultad teológica. Pero Bauer, obstinado siempre en su opinión optimista del Estado prusiano, no quiso ceder ni aceptó, tampoco, la propuesta oficial que se le hizo de dedicarse a sus tareas de escritor, para lo cual contaría con la ayuda financiera del Estado.

Retornó lleno de ardor combativo a Bona, donde confiaba en provocar la crisis y hacerla culminar, en unión con Marx, que habría de seguirlo a allí en breve.

El plan de una revista radical editada por ambos seguía en pie, pero Marx no podía cifrar ya grandes esperanzas en la carrera académica que se le abría en la Universidad renana. Como amigo y cómplice de Bauer tenía que dar por descontada, desde el primer momento, una acogida hostil por parte de las comadres profesionales de Bona, y nada estaba más lejos de su ánimo que insinuarse servilmente a Eichhorn o a Ladenberg, como Bauer le aconsejaba, en la esperanza, perfectamente infundada por otra parte, de que una vez en Bona "todo se arreglaría". En cuestiones como estas, Marx mostraba siempre un gran rigor. Pero aunque se hubiese prestado a dejarse ir por este camino resbaladizo, puede asegurarse con toda certeza que no habría conseguido nada. Eichhorn habría de demostrar enseguida quién era y cómo pensaba. Trajo a la Universidad de Berlín al viejo Schelling, que se había hecho creyente en la revelación para dar con él,

por si todavía hiciera falta, el golpe de muerte a aquel tropel senil de hegelianos fosilizados, y castigó a los estudiantes de la Universidad de Halle, que en un respetuoso memorial dirigido al rey, como rector honorario suyo, se permitieron pedir que se diese una cátedra a Strauss en aquella Universidad.

Ante perspectivas tan poco alentadoras, Marx, con sus ideas neohegelianas, no tenía más remedio que renunciar al examen prusiano para el profesorado. Pero, aunque decidido a no dejarse maltratar por los fáciles cómplices de un Eichhorn, no por eso se retiró de la lucha. Todo lo contrario. Decidió doctorarse en una pequeña Universidad y publicar luego su tesis como testimonio de sus facultades y de su capacidad de trabajo, acompañada de un prólogo provocadoramente audaz, para luego instalarse en Bona y editar allí, con Bauer, la proyectada revista. Además, la Universidad no podría cerrarle tampoco sus puertas, por mucho que quisiera; por lo menos, según sus Estatutos, no tenía, como *doctor promutus* de una Universidad "extranjera", más que llenar unos cuantos trámites formales para que se le permitiese profesar desde la cátedra enseñanzas libres.

Marx llevó a término estos planes. El 15 de abril de 1841 recibió la investidura de doctor por la Universidad de Jena, sin su presencia personal, previa presentación de una tesis que versaba sobre el tema de las diferencias entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro. No era más que un fragmento de aquella obra magna en que se proponía estudiar, en su totalidad, el ciclo de la filosofía epicúrea, estoica y escéptica, poniéndolo en relación con toda la filosofía griega. Por el momento, se limitaba a exponer sobre un ejemplo aquellas relaciones, circunscribiéndose además a la filosofía primitiva.

Entre los antiguos filósofos griegos de la naturaleza, Demócrito era el que con más rigor lógico había desarrollado el materialismo. De la nada no sale nada; nada de cuanto existe puede ser destruido. Toda transformación no es más que una unión y separación de partes. Nada sucede casualmente, sino respondiendo a un fundamento y con una ley de necesidad. Nada existe fuera de los átomos y del vacío del espacio; todo lo demás es solo figuración. Los átomos son infinitos en número y de una variedad infinita de formas. Arrastrados eternamente por un movimiento de caída en el espacio infinito, los grandes, que ruedan con velocidad mayor, se precipitan sobre los pequeños; y los movimientos laterales y los torbellinos que esto

produce son el comienzo de la creación del mundo. Infinitos mundos se forman y tienden a desaparecer, simultánea y sucesivamente.

Epicuro hizo suya esta concepción de la naturaleza de Demócrito, pero introduciendo en ella ciertas alteraciones. La más célebre de todas consistía en la llamada "declinación de los átomos"; Epicuro afirmaba que los átomos "declinaban en su caída", es decir, que no caían en línea recta, sino desviándose un poco de la perpendicular. Esta imposibilidad física le había valido las burlas de muchos de sus comentadores, desde Cicerón y Plutarco hasta Leibniz y Kant: todos se mofaban de él, sin ver en esta figura más que al discípulo desfigurador de las doctrinas del maestro. Al lado de esta corriente, discurría otra para la que la filosofía de Epicuro era el sistema materialista más acabado de la antigüedad, debido a la circunstancia de haber llegado a nosotros en la poesía erudita de Lucrecio, a diferencia de la filosofía de Demócrito, de la que solo se conservaban unos cuantos fragmentos insignificantes, arrancados a la tormenta de los siglos. Aquel mismo Kant que calificaba a la declinación de los átomos como una "descarada" invención, veía en Epicuro, a pesar de todo, al filósofo más destacado de los sentidos, por oposición a Platón, el más destacado filósofo del intelecto.

Marx, por su parte, no entra a discutir en modo alguno la equivocación física de Epicuro; antes bien, reconoce su "inmensa impericia en la explicación de fenómenos físicos", haciendo ver que para Epicuro la perfección de los sentidos es la única piedra de toque de la verdad, y si los sentidos le decían que el sol no tenía más que medio metro de diámetro, no le reconocía otra magnitud. Pero Marx no se conformaba con despachar estas torpezas manifiestas dándoles un título honorífico cualquiera, sino que aspiraba a indagar la razón filosófica que andaba detrás de aquel sinsentido físico. Y procedió ajustándose a aquella hermosa frase suya estampada en una de las notas de la tesis, en honor a su maestro Hegel, a saber: que la escuela de un filósofo que incurriese en una acomodación, no debía proponerse por cometido desconfiar del maestro acomodaticio, sino explicar su acomodación por las imperfecciones del principio que la inspira o debe inspirarla, convirtiendo de este modo en un progreso de la ciencia lo que se quiere hacer pasar por un progreso de la conciencia.

Lo que para Demócrito era el fin, no era, para Epicuro, más que el medio para este fin. No se trataba, para él, de conocer la naturaleza, sino de formarse una visión de la naturaleza que su sistema filosófico pudiese apoyar. Si la filosofía de la propia conciencia, tal como la

formara la antigüedad, se había escindido en tres escuelas, los epicúreos representaban, según Hegel, la autoconciencia abstracto-individual, mientras que los estoicos daban expresión a la abstracto-general, ambos como dogmatismos unilaterales, frente a los cuales tenía que alzarse inmediatamente, por su misma unilateralidad, el escepticismo. Un historiador moderno de la filosofía griega ha expresado esta misma concatenación del modo siguiente: en el estoicismo y el epicureísmo se enfrentaban irreconciliablemente el lado individual y el lado general del espíritu subjetivo, el aislamiento atómico del individuo y su entrega panteísta al todo, con idénticas pretensiones, y esta contradicción venía a cancelarse en el campo neutral del escepticismo.

Pese a su meta común, entre los epicúreos y los estoicos mediaban grandes diferencias, informadas por su distinto punto de partida. La entrega al todo convertía a los estoicos, filosóficamente, en deterministas, para quienes la necesidad de cuanto sucedía se comprendía por sí misma y políticamente en decididos republicanos, mientras que en el terreno religioso no acertaban a emanciparse de un misticismo servil y supersticioso. Se acogían a Heráclito, en quien la entrega al todo había adoptado la forma de la más brusca autoconciencia y con quien, por lo demás, procedían con el mismo desprendimiento que los epicúreos con Demócrito. Estos, en cambio, de la mano de su principio del individuo aislado, se veían convertidos filosóficamente en indeterministas, que profesaban el libre arbitrio de cada hombre individualmente, y en lo político en mártires pacientes –el apotegma bíblico: someteos a la autoridad que tiene poder sobre vosotros, es un legado de Epicuro–; en cambio, los liberaba de todas las ligaduras de la religión.

En una serie de agudas investigaciones, Marx expone cómo se explica "la diferencia entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro". Para Demócrito, se trata tan solo de la existencia material del átomo; en cambio, Epicuro pone de relieve el concepto del átomo al lado de su realidad, la forma al lado de la materia; no le basta la existencia: investiga también la esencia, y no ve en el átomo solamente la base material del mundo de los fenómenos, sino que ve también el símbolo del individuo aislado, el principio formal de la propia conciencia individual y abstracta. Y si Demócrito deducía de la caída perpendicular de los átomos la necesidad de cuanto sucedía, Epicuro los desviaba un poco de la línea recta, pues ¿dónde quedaba si no –como en su poesía didáctica, dice Lucrecio, el más autorizado intérprete de la filosofía epicúrea– el libre arbitrio, la voluntad

arrancada a los destinos de los seres vivos? Esta contradicción entre el átomo como fenómeno y como esencia se nos revela a través de toda la filosofía de Epicuro y lo arrastra a aquella explicación ilimitadamente arbitraria de los fenómenos físicos que ya fuera objeto de burla en los tiempos antiguos. Solo en los cuerpos celestes se resuelven las contradicciones todas de la filosofía epicúrea de la naturaleza, pero contra su existencia general y eterna se estrella también el principio de la autoconciencia abstracta e individual. Este principio no tiene más remedio que abandonar todo disfraz y toda envoltura, y Epicuro, "el más grande racionalista griego", como Marx lo llama, lucha contra la religión, que con su mirada amenazadora atemoriza desde lo alto del cielo a los mortales.

Ya en su primera obra se nos revela Marx como espíritu original y creador, aun cuando –y precisamente por eso– tengamos que discutir en ciertos aspectos su interpretación de Epicuro. Pero por lo único que podemos protestar es porque Marx, llevando a sus últimas consecuencias lógicas, con gran agudeza, el principio fundamental de Epicuro, llegara a conclusiones más claras que su propio autor. Hegel había llamado a la filosofía epicúrea la vaciedad en principio, y es posible que su autor, que, como autodidacta que era, daba gran importancia al lenguaje llano de la vida, no fundamentara sus principios en el ropaje especulativo de la filosofía hegeliana con que Marx lo explica y comenta. Con este estudio, el discípulo de Hegel se extiende a sí mismo el certificado de mayoría de edad: su pulso firme domina el método dialéctico, y el lenguaje acredita esa fuerza medular de expresión que había tenido, a pesar de todo, el maestro, pero que hacía mucho tiempo que no se veía en el séquito de sus discípulos.

Y sin embargo, en estas páginas Marx sigue manteniéndose todavía de lleno en el terreno idealista de la filosofía hegeliana. Lo que al lector actual más choca, a primera vista, es el juicio desfavorable que formula sobre Demócrito. Dice de él que no hizo más que aventurar una hipótesis que era el resultado de la experiencia, pero no su principio enérgico, una hipótesis que no cobra realidad ni informa la investigación real de la naturaleza. En cambio, ensalza a Epicuro como creador de la ciencia de la atomística, a pesar de su arbitrariedad en la explicación de los fenómenos naturales, y a pesar de su autoconciencia abstracto-individual, que, como el propio Marx reconoce, da al traste con toda verdadera ciencia real, allí donde la individualidad no impera en la naturaleza de las cosas.

Hoy no necesita ya demostrarse que, en la medida en que rige una ciencia de la atomística, en la medida en que la teoría de las moléculas elementales y de los orígenes de todos los fenómenos por su movimiento ha pasado a ser la base de la física moderna y nos permite explicarnos las leyes del sonido, de la luz, del calor, de las transformaciones físicas y químicas de las cosas, esta teoría tiene por precursor a Demócrito y no a Epicuro. Pero, para el Marx de entonces, la filosofía, y más concretamente la filosofía de los conceptos, era hasta tal punto la ciencia por antonomasia que esto lo llevó a una concepción que hoy apenas comprenderíamos, si en ella no se revelase la esencia de su ser.

Para él, vivir fue siempre trabajar, y trabajar, luchar. Lo que lo alejaba de Demócrito era la ausencia de "principio enérgico"; era, como él mismo habría de decir más tarde, el "defecto capital de todo el materialismo anterior", a saber: que el objeto, la realidad, la sensoriedad, no acertaban a captarse más que bajo una forma corporal o intuitiva, no subjetivamente, no como práctica, no como actividad humana sensible. Por lo que Epicuro le atraía era por aquel "principio energético" con el que este filósofo se alzaba contra el peso opresor de la religión y osaba desafiarlo:

Sin que los rayos le aterrasen, ni los gruñidos de los dioses,
Ni la sorda cólera del cielo...

Es maravilloso el indomable ardor combativo que resplandece en el prólogo con el que Marx se proponía publicar su estudio, dedicándolo a su suegro. "La filosofía, mientras por su corazón absolutamente libre y dominador del mundo circule una gota de sangre, gritará siempre a sus adversarios, con Epicuro: 'No es ateo el que desprecia los dioses del pueblo, sino quien abraza las ideas del pueblo acerca de los dioses'". La filosofía no puede silenciar la confesión de Prometeo:

Dicho en pocas palabras, odio a todos los dioses.

Y a aquellos que se lamentan de que su posición burguesa ha empeorado, replica lo que replicaba Prometeo a Hermes, servidor de los dioses:

Jamás por tu servidumbre cambiaría yo
Mi desdichado destino, puedes estar seguro.

Prometeo es el santo y el mártir más sublime del calendario filosófico: Así terminaba este altanero prólogo de Marx, que hasta a su amigo Bauer le infundió miedo. Pero lo que a este se le antojaba "un exceso de pedantería" no era más que la confesión sencilla y recogida del hombre que habría de ser, con el tiempo, otro Prometeo, tanto en la lucha como en el martirio.

5. *ANÉCDOTA Y GACETA DEL RIN*

Apenas se había graduado Marx de doctor, cuando los planes que se había forjado a base de esto para su vida se vinieron a tierra, ante los nuevos desafueros de la reacción romántica.

En el verano de 1841, Eichhorn instigó desde el Ministerio a todas las facultades de Teología de Prusia, en una maniobra infame contra Bruno Bauer, por su crítica de los Evangelios. Con excepción de Halle y Konigsberg, todas ellas traicionaron el principio protestante de la libertad de cátedra, y Bauer no tuvo más remedio que abandonar el campo. Con esto se le cerraba también a Marx toda perspectiva de actividad académica en la Universidad de Bona.

A la par que esto ocurría, se hundía también el plan de sacar a luz una revista radical. El nuevo rey era partidario de la libertad de prensa, y mandó a preparar un decreto de censura más suave del que regía; el nuevo decreto fue promulgado a fines del año 1841. Pero poniendo por condición que la libertad de prensa no se saldría, por el momento, de los cuadros de su capricho romántico. Por si no estaba bastante claro, todavía lo aclaró más, durante el verano de 1841, en una orden de Gabinete por la que se conminaba a Ruge a redactar en lo sucesivo bajo la censura prusiana sus *Anales*, editados e impresos en Leipzig (ed. Vigand), pues de otro modo serían retirados de la circulación dentro del país. Con esto, Ruge pudo ya saber a qué atenerse respecto a su "libre y justiciera Prusia", y decidió trasladarse a Dresde, donde su revista reapareció el 19 de julio de 1841, con el nombre de *Anales Alemanes*. A partir de este momento, empezó a emplear el tono enérgico que Bauer y Marx habían extrañado en él hasta entonces, y ambos se decidieron a colaborar en su órgano, en vez de fundar una revista propia.

Marx no llegó a publicar su tesis doctoral. La finalidad inmediata que con esto perseguía no tenía ya razón de ser; y, según indicó más tarde su autor, decidió esperar para refundirla con su estudio de conjunto sobre la filosofía epicúrea, estoica y escéptica, propósito de cuya ejecución le tenían apartado una serie de "ocupaciones políticas y filosóficas de índole muy diversa".

Entre estas ocupaciones se contaba, en primer término, la de demostrar que no solo el viejo Epicuro, sino también el Hegel de los viejos tiempos había sido un ateo arquetípico. En noviembre de 1841 se publicó en las Prensas de Vigand un "Ultimátum" con este título: "Los trompetazos del Juicio final sobre Hegel, el ateo y el anticristo". Bajo la máscara de un autor creyente, este panfleto anónimo se lamentaba en un tono de profeta bíblico del ateísmo de Hegel, demostrándolo de la manera más conveniente por medio de citas tomadas de sus obras. El panfleto produjo una gran sensación, sobre todo porque nadie, ni el propio Ruge, supo ver en un principio lo que había debajo de aquella careta ortodoxa. Los "Trompetazos" habían salido de la pluma de Bruno Bauer, que se proponía continuarlo, en colaboración con Marx, para demostrar sobre otros aspectos de la obra de Hegel, la estética, la filosofía del derecho, etcétera, que el verdadero espíritu del maestro no vivía en los hegelianos viejos, sino en los jóvenes.

Pero entretanto fueron prohibidos los "Trompetazos", y el editor puso dificultades para continuar su publicación; además, Marx cayó enfermo y su suegro tuvo que permanecer también en cama, preso de una enfermedad que lo llevó a la tumba, después de tres meses, el 3 de marzo de 1842. En estas condiciones, era imposible, para Marx, "hacer nada bien". No obstante, envió a Ruge una "pequeña colaboración" el 10 de febrero de 1842, a la par que se ponía a disposición de su revista, en cuanto sus fuerzas se lo permitieran. El artículo de Marx versaba sobre el reciente decreto de censura, en que el rey ordenaba métodos más suaves. Este artículo inicia la carrera política de Marx. Punto por punto, va poniendo al desnudo, con una crítica tajante, el contrasentido lógico que se ocultaba en aquel decreto bajo el ropaje de un romanticismo confuso, apartándose bruscamente de aquellos filisteos "seudoliberales", llenos de júbilo, y hasta más de un neohegeliano que ya veía "remontarse el sol en el cenit", ante las nuevas "intenciones reales" a que daba expresión el citado decreto.

En la carta que acompañaba al artículo, Marx rogaba que lo publicaran cuanto antes, "si es que la censura no censura mi censura",

y sus temores no eran infundados. Ruge le contestó con fecha 25 de febrero, diciéndole que sobre los *Anales Alemanes* se había desencadenado la censura más despiadada: "imposible publicar su artículo". Le decía, también, que con los artículos rechazados por la censura había "ido reuniendo una selección de cosas muy bonitas y picantes" que querría publicar en Suiza con el título de *Anécdota filosófica*. Marx contestó el 5 de marzo dando su consentimiento entusiasta. "Dado el súbito renacimiento" de la censura sajona, le decía que no había que pensar en que se publicase su estudio sobre el arte cristiano, que habría de aparecer como segunda parte de los "Trompetazos". En vista de esto, se la brindaba a la *Anécdota* modificando su redacción, y le brindaba también una crítica del derecho natural en Hegel, en lo que afectaba a la constitución interior del país, con la tendencia a combatir la monarquía constitucional como algo híbrido que se contradecía y destruía a sí mismo de medio a medio. Ruge se prestó a publicarlo todo, pero lo único que recibió fue el articulo contra el decreto de censura.

El 20 de marzo, Marx se decidió a arrancar el artículo sobre el arte cristiano al tono de los "Trompetazos" y a la gravosa servidumbre a que lo tenía sujeto el estudio de Hegel, cambiándolo por una exposición más libre y, por lo tanto, más concienzuda; prometía tener listo el articulo para mediados de abril. El 27 de abril escribía diciendo que estaba "casi terminado", que Ruge "le perdonase unos pocos días más", añadiendo que el artículo que mandaría no sería más que un extracto sobre el arte cristiano, pues, sin darse cuenta, se le había ido convirtiendo entre las manos casi en un libro. El 9 de julio, Marx volvía a escribir diciendo que renunciaba a disculparse, si las circunstancias, "hechos desagradables", no lo disculpaban, y daba su palabra de que no pondría mano sobre nada mientras no se terminara los artículos para la *Anécdota*. Por fin, el 21 de octubre Ruge le avisó que la *Anécdota* estaba imprimiéndose, editada por la Oficina literaria de Zúrich y que le había reservado un espacio, si bien hasta la fecha lo había estado entreteniendo más con esperanzas que con realidades; pero él sabía tan bien como nadie todo lo que Marx podía realizar en cuanto se lo proponía.

Como Bruno Bauer y Köppen, Ruge, que le llevaba dieciséis años, sentía el mayor respeto por este valor joven que hacía pasar por tan duras pruebas a su paciencia de director de revista. Marx no fue nunca lo que se llama un autor cómodo, ni para sus colaboradores ni para sus editores; pero a ninguno de ellos se le pasó nunca por la cabeza achacar a la morosidad o la indolencia lo que solo era fruto de aquella

abundancia arrolladora de ideas y de aquel afán crítico acuciador que nunca se veía satisfecho.

En este caso concreto, había otra circunstancia que venía a justificar a Marx, aun ante los ojos de Ruge: un interés incomparablemente más potente que el filosófico comenzaba a cautivarlo. Con su artículo contra el decreto de cultura, había iniciado una campaña política que ahora proseguía desde la *Gaceta del Rin*, sin que le quedara tiempo para seguir hilando en la *Anécdota* la fibra filosófica.

La *Gaceta del Rin* había empezado a publicarse en Colonia el 19 de enero de 1842. En sus comienzos, había figurado más bien al lado del Gobierno que en la oposición. Desde los líos episcopales ocurridos en aquella región, allá por los años de mil ochocientos treinta y tantos, la *Gaceta de Colonia*, con sus ocho mil suscriptores, mantenía las pretensiones del partido ultramontano, que en el Rin era muy potente y daba mucho que hacer a la política policíaca del Gobierno. Pero no debe creerse que obraba por un impulso sagrado de entusiasmo hacia la causa católica, sino como negocio, para complacer a los lectores, a quienes no había que hablarles de las bendiciones de la providencia prusiana. El monopolio ejercido en la prensa de la región por la *Gaceta de Colonia* era tan fuerte, que su propietario eliminaba sistemáticamente, cerrándoles el paso, a cuanto periódico surgía queriendo hacerle la competencia, aunque fuese fomentado desde Berlín. Y la misma suerte amenazaba a la *Gaceta general del Rin*, autorizada en diciembre de 1839 por el departamento de censura –regía entonces para los periódicos el sistema de la concesión–, con el fin de romper aquel monopolio del periódico clerical. Pero a última hora, cuando ya todo parecía perdido, se formó una sociedad de vecinos pudientes, y entre todos reunieron un capital por acciones destinado a transformar fundamentalmente el periódico. El Gobierno alentó el propósito y confirmó provisionalmente para la *Gaceta del Rin*, que así habría de llamarse, la concesión otorgada al periódico anterior.

La verdad era que la burguesía de Colonia estaba muy lejos de querer plantear ningún tipo de dificultades al régimen prusiano, al que la masa de la población renana seguía considerando como un régimen intruso. Como los negocios marchaban bien, la burguesía abandonó su vieja francofilia y, después de fundada la Liga aduanera, llegó a pedir que se implantara la supremacía de Prusia sobre toda Alemania. Sus pretensiones políticas no podían ser más moderadas, y aún quedaban por debajo de sus reivindicaciones económicas, las cuales tendían a

que se diese facilidades al régimen capitalista de producción, muy desarrollado ya en aquellos territorios: plan de ahorros de la Hacienda pública, fomento de la red ferroviaria, rebaja de los costos judiciales y de las tasas postales, una bandera común y cónsules comunes para la Unión Aduanera, amén de todas esas otras peticiones que suelen figurar en las listas de deseos de la burguesía.

Resultó que dos de sus representantes jóvenes, a quienes se había encomendado el reclutamiento del cuerpo de redactores, dos abogados, Jorge Jung y Dagoberto Oppenheim, eran dos entusiastas neohegelianos, muy influidos por Moses Hess, hijo también de un comerciante renano, que, además de estar familiarizado con la filosofía de Hegel, se había familiarizado ya con el socialismo francés. Como era natural, buscaron los colaboradores del periódico entre sus compañeros, y principalmente entre los neohegelianos de Berlín, uno de los cuales, Rutenberg, se encargó incluso de redactar con carácter permanente el artículo alemán; Rutenberg fue recomendado para ese puesto por Marx, pero sin empeñar su honor por él.

Personalmente, Marx parece que estuvo desde el primer momento muy cerca del periódico. A fines de marzo, se dispuso a trasladarse de Tréveris a Colonia, pero se le hacía demasiado ruidosa la vida de esta ciudad y se instaló provisionalmente en Bona, de donde, entretanto, había desaparecido Bruno Bauer: "sería una lástima que no se quedara aquí nadie, a corromperles un poco las oraciones a estos santos". Desde aquí, comenzó a escribir artículos para la *Gaceta del Rin*, con los que pronto habría de descollar sobre los demás colaboradores.

Aunque las relaciones personales de Jung y Oppenheim fuesen la causa inmediata de que el nuevo periódico se convirtiera en palenque de los neohegelianos, no era fácil que la publicación tomara este sesgo sin la aprobación, ni mucho menos sin el conocimiento, de los verdaderos accionistas. Por poco astutos que fueran, no se les ocultaría que en la Alemania de entonces no podían encontrar colaboradores más capaces para el periódico. A estos neohegelianos no les ganaba nadie en su devoción por Prusia, y si la burguesía de Colonia encontraba algo de ininteligible o sospechoso en sus manejos, lo desdeñaría seguramente como algo de inocente muchachada. Lo cierto es que no creyó oportuno intervenir, aunque ya desde las primeras semanas llegaran de Berlín quejas acerca de la "tendencia subversiva" del periódico, amenazando con prohibirlo en cuanto finalizara el trimestre. A la providencia berlinesa la asustó sobre todo el nombramiento de Rutenberg, a quien se tenía por un terrible

revolucionario sujeto a severa vigilancia política. Todavía en las jornadas de marzo de 1848, Federico Guillermo IV temblaba ante él, creyéndolo el verdadero promotor de la revolución. Si, a pesar de todo esto, el Gobierno no fulminó sobre el periódico su rayo mortífero, se debió, sobre todo, a la actitud del ministro de Instrucción; a pesar de sus ideas reaccionarias, Eichhorn mantenía la necesidad de contrarrestar las tendencias ultramontanas de la *Gaceta de Colonia*, y aunque las de la *Gaceta del Rin* fuesen "casi más condenables", había que tener en cuenta –argumentaba el ministro– que este periódico solo manejaba ideas que no podían tentar a nadie que tuviese algo que perder.

Si era así, la culpa de eso no recaía precisamente en los artículos de Marx, cuyo corte práctico y cuya manera de atacar los problemas probablemente reconciliara a los accionistas del periódico mucho más con el neohegelianismo que los de Bruno Bauer y Max Stirner. De otro modo, no se explica que a los pocos meses de colaborar en ella, en octubre de 1842, lo colocasen ya a la cabeza de la publicación.

Marx acredita aquí, por primera vez, aquel talento incomparable que poseía para arrancar de las cosas tal y como eran: al son de su melodía, hasta los sucesos más fosilizados cobraban vida y salían a bailar.

6. LA DIETA RENANA

Marx emprendió, en una serie de cinco extensos estudios, la crítica de los debates de la Dieta provincial renana, que, un año antes, había funcionado durante nueve semanas en Düsseldorf. Las Dietas provinciales eran representaciones ficticias e imponentes del pueblo, con las cuales la Corona prusiana había querido disfrazar su violación de la Carta constitucional en el año 1815; deliberaban a puerta cerrada y se les reconocía competencia, cuando más, en asuntos comunales de menor cuantía. Desde que en el año 1837 habían estallado en Colonia y en Posen los conflictos con la Iglesia católica, no se las había vuelto a convocar; de la Dieta renana y de la de Posen había que esperar, más que de ninguna otra, tendencias de oposición, aunque se mantuviesen dentro de los cuadros ultramontanos.

Estas dignísimas corporaciones estaban a salvo de toda tentación liberal ya por el hecho mismo de su composición, pues solo podían figurar en ellas, por ser condición inexcusable, los terratenientes, siendo la proporción de la mitad de los mandatos para la gran propiedad señorial, la tercera parte para la propiedad urbana, y la

sexta parte para la propiedad campesina. Sin embargo, no en todas las provincias pudo implantarse este edificante principio en su íntegra belleza: en los territorios del Rin, recién adquiridos, no hubo más remedio que hacer algunas concesiones al espíritu de los tiempos; pero, con todo, los terratenientes de la nobleza seguían teniendo más de los dos tercios de los puestos, y como los acuerdos requerían de dos terceras partes de mayoría, nada se interponía ante su voluntad. A la propiedad urbana se le ponía por condición llevar diez años en las mismas manos para poder ser sus titulares elegibles; además, el Gobierno se reservaba el derecho a vetar la elección de todo funcionario local.

Estas Dietas eran objeto del desprecio más general. Sin embargo, Federico Guillermo IV, al subir al trono, volvió a convocarlas para el año 1841. Incluso llegó a ampliar un poco sus derechos, claro está que con el solo fin de engañar a los acreedores del Estado, con quienes la Corona se había comprometido, en el año 1820, a no solicitar nuevos empréstitos que no estuviesen autorizados y garantizados por la representación popular. En un manifiesto famoso, Juan Jacoby intimó a las Dietas provinciales a que reclamaran como un derecho propio el cumplimiento de la promesa constitucional del rey, pero sus palabras cayeron en el vacío.

Hasta la Dieta renana falló, incluso en las cuestiones de política eclesiástica, en que tanto temor infundía al Gobierno su futura actitud. Por dos tercios de mayoría desechó la propuesta, tan lógica desde el punto de vista liberal como desde el ultramontano, de que se llevara ante los tribunales al arzobispo de Colonia, arbitrariamente detenido, o se le repusiese en su dignidad. El problema constitucional no fue ni siquiera tocado por la Dieta, y una petición suscripta por más de mil firmas que se le envió desde Colonia, reclamando que las sesiones de la Dieta fuesen públicas, que sus debates se insertaran íntegra y diariamente en la prensa, que esta pudiera comentar libremente sus deliberaciones, así como los demás asuntos interiores del país, y finalmente, que se promulgase una ley de prensa para sustituir la censura, fue despachada por ella del modo más mezquino y lamentable. La Dieta se limitó a solicitarle al rey permiso para poder publicar los nombres de los oradores en las actas de las sesiones y, en vez de reclamar una ley de prensa y la supresión de la censura, se limitó a pedir una ley de censura que cerrase el paso a las arbitrariedades de los censores. Como suele ocurrirle, merecidamente, a todos los cobardes, sus modestas y serviles peticiones fueron desatendidas también por la Corona.

Cuando únicamente revivía la Dieta era cuando se trataba de proteger los intereses de la gran propiedad. Claro está que esta ya no podía soñar con restaurar, en los tiempos que corrían, las magnificencias del feudalismo. La población renana guardaba tal odio a aquella época, que la más leve tentativa de restaurarla la ponía en pie; con esto no había juegos, y así lo hicieron saber en Berlín los funcionarios que habían sido mandados de las provincias orientales para informar acerca de la situación. Los renanos no permitían que se tocara, principalmente, la libre divisibilidad del suelo, ni a favor de la "nobleza" ni a favor de los "labradores", aun a cambio de que la parcelación de la propiedad hasta el infinito se tradujera en un verdadero desmoronamiento, como, no sin razón, temía el Gobierno. La Dieta, unánime en esto con la provincia, desechó por 49 votos contra 8 la propuesta que el Gobierno hacía de poner ciertas trabas a la parcelación "para asegurar la existencia de una clase vigorosa de labradores". Para resarcirse de esta rebeldía, la Cámara votó con gran fruición las leyes que el Gobierno le propuso acerca de los robos de leñas y los atentados cometidos contra la propiedad en los cotos de caza, bosques, campos y tierras; en estas leyes, el interés privado de los propietarios convertía al Poder Legislativo en su amante regalada, sin sentir por eso la menor vergüenza.

Marx arremetió contra la obra legislativa de la Dieta con arreglo a un plan de gran envergadura. En el primer estudio, compuesto de seis largos artículos, analizó los debates sobre la libertad de prensa y la publicidad de las sesiones de la Dieta. El permiso de publicar los debates sin dar el nombre de los oradores era una de aquellas pequeñas reformas con que el rey había querido infundir un poco de vida a las Dietas, sin contar con que estas habrían de ser las primeras que se opusiesen resueltamente a la aplicación de semejante medida. Es cierto que la Dieta renana no fue tan allá en esto como las de Pomerania y Brandemburgo, que se negaron en redondo a publicar las actas de sus sesiones. Pero también en ella se revelaba esa necia arrogancia que hace de los elegidos una especie de seres divinos a quienes hay que guardar a salvo de toda crítica, y muy principalmente de la de sus electores. "La Dieta no soporta la luz del día, le son mucho más gratas la penumbra y el recogimiento de la vida apartada. Si toda una provincia se confía en unos cuantos individuos, hasta el punto de encomendarles la defensa de sus derechos, podrá ocurrir que estos individuos afortunados se rebajen a aceptar la confianza que la provincia les otorga, pero sería un disparate exigir que le pagasen con la misma moneda, entregándose confiadamente ellos mismos, sus vidas y sus personalidades, al juicio de

la provincia que acaba de darles su confianza". Véase con qué delicioso humor se burlaba Marx, ya desde el primer momento, de eso que más tarde habría de bautizar con el nombre de "cretinismo parlamentario" y que jamás pudo soportar.

Marx rompe por la libertad de prensa una lanza tan brillante y afilada como jamás se había esgrimido ni habría de volver a esgrimirse nunca. Sin asomo de envidia, confiesa Ruge: "No se ha dicho nunca, ni podría decirse, nada más profundo ni más fundamental acerca de la libertad de prensa y en favor suyo. Hemos de felicitarnos por la profundidad, el genio y el dominio soberano de ideas generalmente tan incomprensibles con que desde ahora cuenta nuestro público". En estos artículos, Marx hablaba, incidentalmente, del clima alegre y libre de su tierra, y todavía es hoy el día en que los baña un resplandor suave, como el sol que se derrama sobre las colinas cargadas de viñedos del Rin. Hegel había fustigado la "miserable subjetividad de la mala prensa, que tiende a corroerlo todo"; en sus artículos Marx se remontaba al racionalismo burgués –no en vano había dicho en la *Gaceta del Rin* que la filosofía de Kant no era más que la teoría alemana de la Revolución Francesa–, pero lo hacía equipado con todas aquellas perspectivas políticas y sociales que abría ante su espíritu la dialéctica hegeliana. Basta comparar sus artículos de la *Gaceta del Rin* con las "Cuatro preguntas", de Jacoby, para darse cuenta de todo el progreso que aquellos significaban; Marx no hace la más ligera alusión, ni de pasada, a aquella promesa de Constitución formulada por la Corona en el año 1815, a la que Jacoby estaba apelando constantemente como el alfa y el omega de todo el problema constitucional.

Pero, aun ensalzando a la prensa libre y viendo en ella el ojo siempre abierto del espíritu público, frente a la prensa sujeta a censura, con su vicio cardinal, la hipocresía, fuente de todos los demás, de todos esos vicios repugnantes aun desde un punto de vista meramente estético, que tienen su común denominador en la pasividad y en el abandono, no desconocía los peligros que también acechaban a la prensa libre. Un orador del estamento de la ciudad había reclamado la libertad de prensa como parte integrante de la libertad de industria. He aquí la réplica de Marx: "¿Acaso es libre la prensa degradada a industria? Es innegable que el escritor tiene que ganar con el trabajo de su pluma para poder existir y escribir, pero jamás existir y escribir para ganar. La primera libertad de la prensa consiste precisamente en no ser una industria. Al escritor que la prostituye convirtiéndola en medio material, le está bien empleada, como castigo a esa esclavitud interior, la esclavitud exterior de la censura; o, mejor dicho, ya su propia

existencia es su castigo". Durante toda su vida, Marx habría de corroborar prácticamente lo que aquí exige de todo escritor: sus trabajos fueron siempre fin y jamás medio; hasta tal punto lo fueron, para él y para cuantos lo rodeaban, que llegó a consagrarles, siempre que fue necesario, su propia existencia.

El segundo estudio comentando los debates de la Dieta renana versaba sobre la "historia arzobispal", como Marx escribió a Jung. Este estudio fue suprimido por la censura y quedó inédito, a pesar de que Ruge se ofreció a publicarlo en su *Anécdota*. Marx le escribía a Ruge, el 9 de julio de 1842: "No crea usted que aquí en el Rin vivimos en un paraíso político. Le aseguro que se necesita una tenacidad a prueba de todo para sacar adelante un periódico como el nuestro. Mi segundo artículo acerca de la Dieta, el referente a los líos eclesiásticos, ha sido tachado. En él, demostraba cómo los defensores del Estado se habían colocado en el punto de vista clerical y los defensores de la iglesia en el punto de vista del poder civil. Este incidente es bastante desagradable para el periódico, entre otras razones porque los bobos católicos de Colonia hubieran caído en ia trampa, y la defensa del arzobispo nos habría valido nuevos suscriptores. Por otra parte, no tiene usted idea de lo villanamente, de lo estúpidamente además, que han procedido los agentes de la fuerza con este figurón ortodoxo. Y el éxito ha coronado su obra, no puede negarse. Prusia ha tenido que besarle la sandalia al Papa a los ojos de todo el mundo, y nuestras máquinas gobernantes salen a la calle tan tranquilas, sin enrojecer de vergüenza". La alusión final se refiere a que Federico Guillermo IV, fiel a sus aficiones románticas, se había embarcado en negociaciones de paz con la Curia, que agradeció la buena voluntad dándole una bofetada de acuerdo con todas las normas del arte vaticano.

Pero no vaya a creerse, interpretando erradamente estas palabras de Marx a Ruge, que en ese artículo asumiese seriamente la defensa del arzobispo, para hacer caer en la trampa a los católicos de Colonia. Nada de eso. Cuando, comentando la detención, perfectamente arbitraria, del arzobispo por actos de carácter eclesiástico y la petición de los católicos, que reclamaban que se les procesara judicialmente, decía que los defensores del Estado abrazaban el punto de vista clerical, mientras que los defensores de la Iglesia se mantenían en el punto de vista del poder civil, razonaba con una lógica absoluta. Para la *Gaceta del Rin* era fundamental adoptar la actitud justa en aquel mundo revuelto, precisamente por las razones –entre otras– que Marx aducía también en su carta a Ruge, a saber: porque el partido

ultramontano, duramente combatido con el periódico, era el más peligroso en el Rin y la oposición se había ido habituando demasiado a librar sus campañas dentro de la Iglesia.

El tercer estudio, formado por cinco grandes artículos, analizaba los debates reñidos en la Dieta en torno a una ley sobre los robos de leña. Con este tema, Marx descendía a la "tierra llana", o como dijo en otra ocasión, expresando la misma idea: se veía sujeto a la incertidumbre de tener que tratar sobre intereses materiales que no estaban previstos en el sistema ideológico de Hegel. Y no puede negarse que, en estos artículos, el problema planteado por aquella ley no aparece tratado con la precisión que la hubiese enfocado años después. Se trataba de la persecución de la era capitalista en ciernes contra los últimos vestigios de la propiedad comunal sobre el suelo, de una cruel guerra de expropiación contra las masas populares; basta decir que de los 207.478 procesos criminales seguidos por el Estado prusiano en 1836, unos 160.000, o sea, cerca de las tres cuartas partes, se referían a robos de leña y a transgresiones contra la propiedad forestal, cotos de caza y guardería.

En los debates sobre la ley a la que nos referimos había triunfado en la Dieta renana, del modo más desvergonzado, superando incluso al proyecto del Gobierno, el interés expoliador de la gran propiedad privada. Enfrentándose con él, Marx, con su crítica tajante, tomaba partido "por la muchedumbre pobre y política y socialmente desposeída", pero no por razones económicas todavía, sino con argumentos jurídicos. Pedía que a los pobres, amenazados de ruina, se les garantizaran sus derechos consuetudinarios, cuya base veía él en el carácter oscilante de una propiedad que no tenía el sello manifiesto y claro de propiedad privada, pero tampoco de dominio comunal, en esa mezcla de derecho privado y derecho público con que nos encontramos en todas las instituciones de la Edad Media. Y aunque la inteligencia hubiese destruido estas modalidades híbridas y vacilantes de propiedad, aplicándoles las categorías abstractas del derecho privado tomadas de la legislación romana, en la práctica consuetudinaria de la clase pobre vivía un sentido jurídico instintivo, cuyas raíces eran positivas y legítimas.

Aunque, desde una mirada histórica, este estudio presente también todavía "cierto carácter vacilante", revela a pesar de eso, o precisamente por eso, qué era lo que en último término inspiraba a este gran campeón de las "clases pobres". Por todas partes, en la pintura que hace de las picardías con que los propietarios de los

bosques pisoteaban, en su provecho personal, la razón y la lógica, la ley y el derecho, atentando también muy directamente contra el interés público, para lucrar a costa de los pobres y los miserables, se ve rechinar los dientes, en este artículo, a toda la personalidad interior de quien lo escribiera. "Para capturar a los que atentan contra la propiedad de los bosques, la Dieta no se ha contentado con romperle al derecho brazos y piernas, sino que le ha atravesado también el corazón". Sobre este ejemplo, se proponía Marx demostrar qué era lo que daba de sí una representación por estamentos de los intereses privados puesta al frente de la obra legislativa.

En este análisis, Marx seguía ateniéndose firmemente a la filosofía hegeliana del derecho y del Estado. Pero no reverenciando al Estado prusiano como el Estado ideal, al modo de sus pedantes seguidores, sino contrastando la realidad del Estado prusiano con la pauta del Estado ideal que se desprendía de los supuestos filosóficos de que arrancaba el maestro. Marx veía en el Estado al gran organismo en que debían encarnar y realizarse la libertad jurídica, la libertad política y la libertad moral, y en que el ciudadano, súbdito suyo, al someterse a las leyes del Estado, no hacía más que obedecer a las leyes naturales de su propia razón, a la razón humana. En este punto de vista se colocaba todavía Marx para enjuiciar los debates de la Dieta relativos a la ley por los robos de leña, y si pudo poner fin a su cuarto estudio, que versaba sobre una ley relativa a los delitos forestales y a los cometidos en los cotos de caza y en las tierras, no logró finalizar el quinto, que habría de coronar la serie, tratando de la "cuestión terrena verdaderamente vital": el problema de la parcelación.

Compartiendo el punto de vista de la burguesía renana, Marx abogaba por la libre divisibilidad del suelo; restringirle al campesino la libertad de parcelación equivaldría a añadir a su pobreza física la pobreza jurídica. Pero el problema no quedaba liquidado con este punto de vista jurídico; el socialismo francés había puesto de relieve hacía mucho tiempo que la libre divisibilidad del suelo creaba un proletariado inerme, colocado, en el campo, en el mismo aislamiento atómico del artesanado en la ciudad. Para poder afrontar este problema, Marx no tenía más remedio que debatirse con el socialismo.

Seguramente, él mismo estaba convencido de esta necesidad, y no la hubiera rehuido, ni mucho menos, de haber podido llevar a término el plan que se había propuesto. Pero no lo logró. A la par que veía la luz en la *Gaceta del Rin* el tercer estudio, Marx era nombrado redactor del

periódico, y el enigma socialista se alzaba ante él cuando aún no estaba preparado para resolverlo.

7. CINCO MESES DE LUCHA

En el transcurso del verano, la *Gaceta del Rin* se había permitido hacer dos o tres pequeñas salidas al debate socialista; su autor era seguramente Moses Hess. Una de ellas consistió en reproducir un artículo tomado de una revista de Weitling sobre las casas de vecindad de Berlín, como aporte a un "problema importante de actualidad", tomando además de esa revista la reseña de un congreso científico celebrado en Estrasburgo, en el que se habían tratado también cuestiones socialistas, y añadiendo la observación bastante incolora de que la lucha de la clase desposeída por conquistar para sí las riquezas de la clase media podía compararse a la lucha de las clases medias contra la nobleza en el año 1789, si bien esta vez no dejaría de encontrarse una solución pacífica.

Estas inocentes manifestaciones bastaron para que la *Gaceta General de Augsburgo* acusase a la *Gaceta del Rin* de coquetear con el comunismo. La acusadora no tenía tampoco la conciencia muy limpia en este punto, pues en sus columnas habían aparecido artículos de Heine mucho más atrevidos acerca del socialismo y del comunismo francés. Lo que ocurría era que la *Gaceta del Rin* empezaba a minar su situación de prepotencia nacional e internacional dentro de la prensa alemana. Pero, aunque los fundamentos de su violento ataque no fuesen muy sólidos, no dejaba de estar formulado con cierta pérfida habilidad. Después de diversas alusiones a los hijos de comerciantes ricos que se entretenían jugando inocentemente con las ideas socialistas, sin pensar ni por asomo en compartir sus fortunas con los picapedreros de la catedral de Colonia y los cargadores del puerto, se arrancaba diciendo que era un extravío pueril, en un país tan atrasado económicamente como Alemania, amenazar a la clase media, que apenas empezaba a respirar desahogadamente, con la suerte de la nobleza francesa en 1789.

La réplica contra esta explosión venenosa fue el primer cometido que afrontó Marx ya como redactor; un cometido nada fácil, por cierto, para él, que no era hombre capaz de amparar cosas que creía "chapucerías", pero tampoco podía decir, desde las columnas del periódico, lo que opinaba del comunismo. Lo que hizo, pues, fue desplazar la batalla, dentro de lo posible, al campo enemigo, acusando

al propio acusador de antojos comunistas y confesando honradamente que la *Gaceta del Rin* no era periódico capaz de conjurar con una frase problemas por cuya solución se debatían dos pueblos. Lejos de eso, sometería a una crítica fundamental, "tras estudios detenidos y profundos", esas ideas comunistas a las que ahora, en su forma actual, no podía reconocer ni siquiera realidad teórica, y mucho menos, por lo tanto, desear ni aun tenerla por posible, realidad práctica; obras como las de Leroux, Considerant, y sobre todo el agudo libro de Proudhon, no podían despacharse fácilmente con unas cuantas ocurrencias superficiales de ocasión.

Es cierto que, andando el tiempo, Marx habría de decir que aquella polémica le había hecho tomar aversión a sus trabajos de redacción, aferrándose "codiciosamente" a la ocasión que se le presentaba para retornar a su cuarto de estudio. Pero cuando decía esto, en su recuerdo se entretejían, más de lo que fuera realidad, como suele acontecer, la causa y el efecto. La verdad era que Marx vivía todavía, por el momento, entregado en cuerpo y alma a aquella causa, a la que atribuía demasiada importancia para no romper, en gracia a ella, con los viejos camaradas de Berlín. Con estos, ya no había nada que hacer, desde que el decreto suavizando la censura había convertido el club doctoral, en el que, a pesar de todo seguía soplando "un interés por los problemas del espíritu", en una sociedad de "hombres libres", en la que se congregaban todos los literatos premarxianos de la capital prusiana, para juzgar a los revolucionarios políticos y sociales con la máscara de filisteos sublevados. Ya durante el verano le habían inquietado a Marx estos manejos, decía que una cosa era explicar su emancipación –deber de conciencia–, y otra cosa ponerse a gesticular y a vociferar desde el primer momento de un modo jactancioso. Pero aún abrigaba la esperanza de que, estando en Berlín Bruno Bauer, este evitara, por lo menos, que hicieran ninguna "tontería".

Pero Marx se equivocaba, desgraciadamente, al pensar así. Según noticias fidedignas, Köppen se mantenía al margen de aquellos manejos, pero no así Bruno Bauer, que no tuvo inconveniente en transformarse en abanderado de las tropas tartarinescas. Sus procesiones mendicantes por las calles, sus escenas de escándalo en los burdeles y en las tabernas, aquellas burlas de mal gusto de que hicieron objeto a un sacerdote indefenso, a quien Bruno Bauer, en la boda de Stirner, alargó las anillas de lata de una bolsa de punto diciéndole que para anillos nupciales eran bastante buenos; todo esto hizo que se concretaran en los compadres las miradas de todos los

filisteos domesticados, asombrados unos y llenos de espanto otros, pero puso al desnudo incurablemente la causa que decían representar.

Como no podía ser menos, estas inclinaciones de los antiguos amigos de Berlín contagiaban también su obra intelectual, y Marx sufría muchísimo con los artículos que mandaban a la *Gaceta del Rin*. Muchos de ellos caían bajo el lápiz rojo del censor, pero "tanto por lo menos como el censor –escribía Marx a Ruge– era lo que yo mismo me permitía tachar, en aquellos montones de mamarrachadas escritas en un estilo repugnante, preñadas de subversión universal y vacías de ideas, salpicadas de ateísmo y comunismo (que estos caballeros no han estudiado jamás), que nos enviaban Meyen y compañeros, acostumbrados con Rutenberg a una ausencia total de crítica, de independencia y capacidad de juicio, y acostumbrados también a considerar a la *Gaceta del Rin* como órgano sumiso suyo; pero yo no he creído que debía seguir tolerando, como hasta entonces, toda esta avalancha insustancial". He aquí la primera causa de que se "ensombreciese el cielo de Berlín", según la frase del propio Marx.

La ruptura se declaró en noviembre de 1842, en ocasión de una visita hecha por Herwegh y Ruge a Berlín. Herwegh estaba recorriendo Alemania, en aquel famoso viaje triunfal en que tuvo ocasión de conocer a Marx en Colonia, trabando con él rápida amistad; en Dresde se reunió con Ruge, e hicieron juntos el viaje a Berlín. En Berlín, no les hicieron ninguna gracia, como era natural, los manejos de los "libres". Ruge tuvo un encuentro muy duro con su colaborador Bruno Bauer porque este le quería "hacer tragar las cosas más ridículas", como por ejemplo la tesis de que había que destruir, en el terreno de los conceptos, el Estado, la propiedad y la familia, sin preocuparse para nada del aspecto positivo del asunto. Tampoco Herwergh demostró mucha complacencia hacia aquellos caballeros, los cuales se vengaron de su desdén pintando y criticando a su modo la conocida audiencia del poeta cerca del rey y su casamiento con una muchacha rica.

Ambas partes litigantes apelaron en su pleito a la *Gaceta del Rin*. Herwegh, de acuerdo con Ruge, rogó al periódico que insertase una noticia en que se reconocía que, si bien los de Berlín, individualmente, eran casi todos excelentes personas, con su romanticismo político, sus genialidades y sus jactancias estaban comprometiendo gravemente, como Ruge y él les habían dicho ya de palabra, la causa y el partido de la libertad. Max publicó esta noticia y se vio luego asaltado por una serie de cartas groseras de Meyen, portavoz del grupo.

Marx contestó al principio con una absoluta objetividad, sin entrar en la pelea e intentando encauzar debidamente la colaboración de los de Berlín. "Les rogué que se dejasen de razonamientos vagos, frases altisonantes y narcisismos, dando pruebas de mayor precisión, ahondando más en las situaciones concretas y revelando mayor conocimiento de las otras. Les declaré que reputaba inadecuado, más aún, inmoral, deslizar de contrabando, de pasada, en críticas de teatro, etcétera, los dogmas comunistas y socialistas, es decir, ideologías nuevas, y que me parecía obligado tratar el comunismo muy de otro modo y de una manera más fundamental, si se creía necesario hacerlo. Los invitaba, además, a que no criticasen tanto la política en la religión como la religión en la política, por cumplir así mejor a la naturaleza del periódico y a la cultura del público, ya que la religión carece en sí de contenido, no vive del cielo sino de la tierra, y se derrumba por sí misma, al derrumbarse la realidad invertida cuya teoría es. Y finalmente quería que, ya que se hablaba de filosofía, dejasen de jactarse tanto de ateísmo (como los niños que andan diciendo a todo el mundo, venga o no a cuento, que no tienen miedo al cuco), y se preocupasen más de difundir sus ideas entre el pueblo". Estas manifestaciones nos permiten echar una ojeada muy instructiva a las normas fundamentales a las que Marx se atenía para regir el periódico.

Antes de que estos consejos tuviesen tiempo de llegar a destino, recibió una "carta insolente" de Meyen, en la que este le exigía –ni más ni menos– que el periódico no "frenase", sino que diese "lo más que pudiera dar de sí"; es decir, que se expusiera a ser apartado por ampararlos. Marx, perdiendo ya la paciencia, escribió a Ruge: "Detrás de todo esto hay una aterradora dosis de vanidad, incapaz de comprender que, para salvar un órgano político, se pueden sacrificar, sin gran pérdida, a unos cuantos fanfarrones berlineses que no piensan más que en sus chismes personales... Ya puede usted imaginarse lo irritado que estaré y los términos, bastante duros, en que habré contestado a Meyen, cabiendo cómo estamos aquí, teniendo que soportar desde la mañana hasta la noche los tormentos más terribles de la censura, avisos ministeriales, quejas de autoridades, protestas de la Dieta, los lamentos de los accionistas, etcétera, etcétera, y que si sigo en este puesto es porque considero un deber estorbar la realización de las intenciones del Poder, en la parte que a mí me toca". En rigor, esto equivalía a romper con los antiguos amigos de Berlín, que habían tomado todos, quien más o quien menos, un triste giro político, desde Bruno Bauer, futuro colaborador de la *Gaceta de la Cruz* y del *Correo*, hasta Eduardo

Meyen, que habría de morir siendo redactor de la *Gaceta de Danzig*, riéndose de su vida perdida con aquel lamentable chiste de que solo podía burlarse de los ortodoxos protestantes, porque el propietario del periódico, un liberal, le había prohibido criticar el Syllabus del Papa, para no perder a sus suscriptores católicos. Otros se sumieron en la prensa oficiosa, y algunos hasta en la oficial, como Rutenberg, que murió, corriendo el tiempo, siendo redactor del *Boletín Oficial* del Estado de Prusia.

Pero por entonces, en el otoño de 1842, era todavía un hombre temido, y el Gobierno exigía que fuese apartado. Este se había pasado el verano torturando al periódico con la censura, pero dejándolo vivir, con la esperanza de que pereciera por sí mismo; el 8 de agosto, una de las autoridades superiores renanas, von Schaper, informaba a Berlín que el número de suscriptores aumentaba continuamente, habiendo subido de 885 a 1.820, y que la tendencia del periódico era cada día más hostil e insolente. Se añadía que la *Gaceta del Rin* había podido conseguir, no se sabe por qué medios, un proyecto de ley matrimonial extraordinariamente reaccionario, cuya publicación prematura indignó enormemente al rey, pues las nuevas trabas que pretendía poner al divorcio provocaron una violenta resistencia por parte de la población. El rey exigió que se amenazara al periódico con la suspensión inmediata, si no daba el nombre del que había facilitado el proyecto, pero los ministros no se prestaron a tejer la corona del martirio para el odiado periódico, sabiendo con seguridad que rechazaría tan indigna sugerencia. Se contentaron con alejar a Rutenberg de Colonia, ordenando, para no consumar la suspensión, que se nombrase un redactor que asumiese la responsabilidad por el periódico en lugar del editor Renard. Al mismo tiempo, nombraron para desempeñar las funciones de censor, en sustitución del que lo venía haciendo y que era ya célebre por su obstinación, un tal Dolleschall, a un asesor llamado Wiethaus.

Marx escribía a Ruge, el 30 de noviembre: "Rutenberg, a quien ya se le había retirado el artículo de asuntos alemanes (en el que su misión venía a consistir, sustancialmente, en puntuar), y a quien, gracias a mis instancias, se le había encargado el articulo francés, tuvo, merced a la estupidez inmensa de nuestros provincianos gobernantes, la suerte de pasar por peligroso, aunque no lo era para nadie más que para el periódico. La providencia prusiana, este *despotisme prussien, le plus hypocrite, le plus fourbe*[17], ahorró al gerente (Renard) un paso

[17] "Despotismo prusiano, el más hipócrita, el más falso".

desagradable, y el nuevo mártir, que ya por su fisonomía, su conducta y su lenguaje sabía representar con cierto virtuosismo la comedia del martirio, Rutenberg, explota la ocasión que se le depara, escribe al mundo entero, escribe a Berlín, diciendo que en él vive, desterrado, el principio de la *Gaceta del Rin* y que el periódico pone proa a una nueva actitud respecto al Gobierno". Marx menciona el incidente desde el punto de vista de lo que contribuyó a agudizar su discrepancia con los antiguos amigos de Berlín, aunque no tendría nada de particular que exagerase un poco al burlarse del "mártir" Rutenberg.

Su observación de que el alejamiento de Rutenberg fue "exigido violentamente", con lo cual se le ahorró a Renard, editor del periódico, un "paso desagradable", solo admite, a nuestro juicio, la interpretación de que la empresa cedió a la "violencia", sin intentar la menor tentativa para retener al expulsado. Claro es que estos intentos hubiesen resultado infructuosos, aparte de que había razones para ahorrarle al editor todo "paso desagradable", es decir, la necesidad de ser oído oficialmente, trance para el cual no era el más indicado aquel librero, totalmente ajeno a la política. La protesta escrita que se formuló contra la prohibición del periódico con que se amenazaba y que aparece suscripta por Renard, era obra de Marx, como lo acredita el borrador manuscrito que se conserva en la ciudad de Colonia.

En esta protesta, "sometiéndose a la fuerza" se accede al alejamiento provisional de Rutenberg y al nombramiento de un redactor responsable. La *Gaceta del Rin* se muestra asimismo dispuesta a hacer cuanto esté a su alcance para librarse de la suspensión, siempre y cuando eso sea compatible con el carácter y la misión de un periódico independiente. Promete que en lo sucesivo se impondrá, en relación con la forma, una mayor moderación que hasta allí, siempre, se entiende que así lo consienta el contenido. El escrito aparece redactado con una cautela diplomática de la cual probablemente no haya otro ejemplo en la vida de su autor; pero si bien sería injusto poner cada palabra en la balanza de precisión, no lo sería menos decir que Marx, en este documento de su juventud, violenta visiblemente sus convicciones. No hay tal, ni siquiera allí donde habla de las intenciones de amistad hacia Prusia que abriga el periódico. Sus simpatías prusianas se habían revelado no solo en sus artículos polémicos contra las tendencias prusófobas de la *Gaceta general de Augsburgo* y en su campaña de agitación por que la Liga aduanera se hiciese extensiva al noroeste de Alemania, sino también, y muy principalmente, en sus constantes alusiones a la ciencia alemana del norte por oposición a la superficialidad de las teorías

francesas y de las mantenidas en el sur de Alemania. La *Gaceta del Rin*, decía, era el primer "periódico renano y el único meridional de Alemania" que abogaba aquí por el espíritu nórdico alemán, con lo cual contribuía a ia unificación espiritual de las ramas separadas.

La suprema autoridad gubernamental renana, von Schaper, contestó a este escrito bastante desabridamente, diciendo que, aun cuando se apartase inmediatamente a Rutenberg y se diese el nombre de un redactor perfectamente aceptable, el otorgamiento o denegación de la concesión definitiva dependería de la conducta que el periódico siguiese. Únicamente para el nombramiento de nuevo redactor se les daba tiempo hasta el 12 de diciembre. Pero antes de que el nombramiento se efectuase, a mediados de diciembre, volvieron a romperse las hostilidades. Dos correspondencias enviadas al periódico desde Bernkastel acerca de la mísera situación de los campesinos del Mosela, movieron a Schaper a enviar al periódico dos rectificaciones, tan poco convincentes por su contenido como desmedidas e intolerables por su forma. La *Gaceta del Rin* se dispuso a poner una vez más al mal tiempo buena cara, y ensalzó la "serena dignidad" de aquellas rectificaciones, una lección para los hombres del Estado policíaco secreto, que serviría "para destruir recelos y consolidar la confianza". Pero, después de reunir los materiales necesarios, empezó a publicar, desde mediados de enero, una serie de cinco artículos, con pruebas documentales muy abundantes de que el Gobierno había reprimido con una terrible crueldad los gritos de angustia de los campesinos del Mosela. Esto dejaba en muy mal lugar y desautorizaba hasta los huesos a la suprema autoridad provincial del Rin. Tuvo, sin embargo, el dulce consuelo de saber que el 21 de enero de 1843 el Consejo de ministros reunido en Berlín, bajo la presidencia de S. M., había acordado la suspensión del periódico. Una serie de acontecimientos ocurridos al final del año habían irritado al rey: una carta porfiada y sentimental que aparecía dirigiéndole Herwegh desde Konigsberg y que la *Gaceta general de Leipzig* había publicado sin conocimiento suyo y contra su voluntad, el fallo del Supremo Tribunal absolviendo a Juan Jacoby del delito de alta traición y del de lesa majestad de que se le acusara y, finalmente, la confesión del Año Nuevo, en que los *Anales* abrazaban "la democracia, con sus problemas prácticos", hizo que los *Anales* fuesen inmediatamente prohibidos, al igual que –dentro del territorio de Prusia–, la *Gaceta general de Leipzig*. Ahora, le llegaba también la hora a la "hermana de prostitución del Rin", con tanta

más razón cuanto que la gaceta renana había fustigado duramente la represión contra los otros dos periódicos.

Para tramitar formalmente la suspensión del periódico, se invocó su carencia de concesión –"como si en Prusia, donde ni un perro puede vivir sin su correspondiente chapa policíaca, la *Gaceta del Rin* hubiera podido aparecer un solo día sin completar los trámites oficiales", comentaba Marx–, y como "razón de fondo" se daba la consabida habladuría de "las tendencias subversivas" del periódico; "la vieja cantinela de intenciones malignas, teorías sin base, ideas perniciosas, etcétera, etcétera", según palabras de Marx. Por consideración hacia los accionistas, se autorizaba al periódico a seguir publicándose hasta el final del trimestre. "Durante este periodo de agonía, ya en capilla, tenemos doble censura. Nuestro censor, un hombre honorable, está bajo la censura de von Gerlach, presidente del Gobierno del Rin, un estúpido sin más virtud que la obediencia pasiva; una vez compuesto el periódico, hay que presentárselo a la nariz policíaca para que lo huela, y si olfatea en él algo que no le parece cristiano o prusiano, el periódico no sale a la calle". Así le escribía Marx a Ruge. En efecto, el asesor Wiethaus fue lo suficientemente honrado para renunciar a la censura, y la sociedad filarmónica de Colonia le premió el hecho con una serenata. Para sustituirlo, fue enviado de Berlín el secretario ministerial Saint-Paul, y tan a conciencia cumplió con su oficio de verdugo, que la doble censura pudo ya ser suprimida el 18 de febrero.

La provincia del Rin tomó la suspensión del periódico como una injuria que a ella misma se le infería. El número de suscriptores subió rapidísimo a 3.200, y en Berlín no cesaban de recibirse pliegos cubiertos con miles de firmas, solicitando la revocación de aquella medida. Una comisión de accionistas que se trasladó a Berlín y solicitó audiencia con el rey no fue recibida por este; tampoco aquellas peticiones llegaban a sus manos, y hubieran ido a parar, sin dejar huella, al cesto de los papeles, si no fuera porque era menester tomar nota de los funcionarios firmantes para amonestarlos severamente. Lo que ya no estaba tan bien era que los accionistas pretendiesen conseguir, suavizando la actitud del periódico, lo que con sus gestiones no habían logrado; esta conducta fue, principalmente, la que movió a Marx a renunciar a su puesto de redactor jefe el 17 de marzo, sin que esto fuese obstáculo, naturalmente, para que hiciese todo lo posible por amargarle la vida a la censura hasta el último momento.

Saint-Paul era un joven bohemio, que en Berlín había girado por las tabernas con los "libres", y en Colonia tenía reyertas delante de los prostíbulos con los serenos. Pero era, a pesar de todo, un jovencito astuto que no tardó en descubrir dónde estaba el "eje doctrinal" de la *Gaceta del Rin* y la "fuente viva" de sus teorías. En los informes que enviaba a Berlín, hablaba con un respeto involuntario de Marx, cuyo carácter y cuyo espíritu se veía a todas luces que le imponía, a pesar del "profundo error especulativo" que decía haber descubierto en él. El 2 de marzo, Saint-Paul pudo notificar a Berlín que Marx había decidido, "en las actuales circunstancias", romper todo contacto con la *Gaceta del Rin* y abandonar el territorio prusiano. Los genios berlineses tomaron nota de esto, acotando que no se perdería nada con la ida de Marx, ya que sus "tendencias ultrademocráticas eran irreconciliables con el principio del Estado prusiano", contra lo cual no había nada que objetar. El día 18, el digno censor escribía, jubiloso: "*El spiritus rector* de la empresa, el doctor Marx, se apartó definitivamente ayer, haciéndose cargo de la redacción del periódico Oppenheim, persona realmente moderada y por lo demás insignificante... Yo estoy muy satisfecho con el cambio, y hoy no he invertido en la censura ni una cuarta parte del tiempo que antes le venía dedicando". Y haciéndole a Marx, en el momento de apartarse del periódico, un rendido homenaje, informó a Berlín que ahora podían dejar que el periódico se siguiera publicando, sin miedo alguno. Pero sus amos, que le ganaban en cobardía, le dieron instrucciones para que comprase secretamente al redactor jefe de la *Gaceta de Colonia*, un tal Hermes, intimidando al editor de este periódico, a quien la *Gaceta del Rin* le había demostrado la posibilidad de una peligrosa competencia: la jugada de ventaja prosperó.

El 25 de enero, es decir, el mismo día en que había llegado a Colonia la noticia de la suspensión del periódico, Marx escribía a Ruge: "A mí no me ha sorprendido nada. Ya sabe usted cómo interpreté, inmediatamente después de que se decretara, la instrucción de censura. No veo en esto más que una consecuencia, y reputo la suspensión del periódico como un progreso de la conciencia política, razón por la cual dimito. Además, ya se me hacía un poco sofocante aquella atmósfera. No tiene nada de agradable prestar servicios de esclavo, ni aun para la libertad, teniendo que luchar con alfileres en vez de luchar con mazas. Estaba cansado ya de tanta hipocresía, de tanta tontería, de tanta brutal autoridad, y de tanto silencio, tanto zigzagueo, tantas retiradas y palabrerío. El Gobierno se ha encargado,

pues, de devolverme la libertad... En Alemania, ya no tenemos nada que hacer. Aquí, lo único que uno consigue es falsearse a sí mismo".

8. LUIS FEUERBACH

En esta misma carta, Marx acusa recibo de la antología en que aparece publicado su trabajo político primerizo. Esta antología formaba dos volúmenes bajo el título: *Anécdota de la novísima filosofía y publicística alemana*, y había sido editada por la Oficina literaria de Zúrich, fundada por Julio Froebel como hogar para los fugitivos de la censura de Alemania. Había visto la luz a comienzos de marzo de 1843.

En ella, desfilaba una vez más la vieja guardia de los neohegelianos, aunque en sus filas ya no existía la cohesión de antes, y en el centro aquel audaz pensador que habría de enterrar toda la filosofía de Hegel, presentando el "espíritu absoluto" como el espíritu ya dimitido de la teología; es decir, como la fe en un espectro, que veía todos los misterios de la filosofía resueltos en la observación del hombre y de la naturaleza. Las "tesis provisionales para una reforma de la filosofía", publicadas por Luis Feuerbach en la *Anécdota*, fueron también para Marx una revelación.

Años más tarde, Engels habría de señalar como punto de arranque de la gran influencia ejercida por Feuerbach en la formación espiritual del joven Marx, *La esencia del cristianismo*, la obra más famosa de Feuerbach, publicada en el año 1841. Hablando de la "fuerza liberadora" de este libro, que era necesario haber vivido para poder imaginar, decía Engels: "El entusiasmo fue general, y todos nos hicimos, por el momento, feuerbachianos". Sin embargo, en los trabajos publicados por Marx en la *Gaceta del Rin* no se perciben todavía las influencias de Feuerbach: Marx no "saludó entusiasmado" la nueva concepción, a pesar de todas las reservas críticas, hasta los *Anales franco-alemanes* que empezaron a publicarse en febrero de 1844 y que ya en el título denotaban un cierto eco de las ideas feuerbachianas.

Ahora bien, como las tesis provisionales se contienen ya, indudablemente, en *La esencia del cristianismo*, podría pensarse que el error al que induce a Engels su recuerdo es poco significante. Sin embargo, tiene más importancia de lo que parece, pues desdibuja un poco las relaciones y los vínculos espirituales entre Feuerbach y Marx. Feuerbach no dejaba de ser un militante porque le agradara la soledad del campo. Pensaba con Galileo que la ciudad era una cárcel para el

espíritu especulativo, y la vida del campo, en cambio, el libro de la naturaleza, abierto ante los ojos de cuantos con su inteligencia supieran leer en él. Con estas palabras, Feuerbach defendía siempre, contra todas las objeciones, su vida solitaria en Bruckberg; él amaba la soledad del campo, no en el sentido apaciguador del que busca la "senda escondida", sino porque sacaba de ella las energías de luchador, inspirado por la necesidad del hombre de pensamiento que anhela concentrarse y que no quiere que el tumulto y el ajetreo lo distraigan de la observación de la naturaleza, fuente, para él, alumbradora de toda vida y de todos sus secretos.

El aislamiento campesino en el que vivía no era obstáculo para que Feuerbach peleara en primera línea la gran batalla de la época. Sus artículos daban a la revista de Ruge el filo más cortante y la punta más aguda. En *La esencia del cristianismo* demuestra que no es el hombre quien hace la religión, sino la religión la que hace al hombre. Esos seres superiores que crea nuestra fantasía no son más que la proyección fantástica de nuestro propio ser. Coincidiendo con el momento en que aparecía este libro, Marx se lanzaba a la lucha política, y esta lo situaba en medio del tumulto de la plaza pública, en la medida en que era posible hablar ya de esto; para esta lucha, no valían las armas forjadas por Feuerbach en su obra. Pero ahora, después de que la filosofía de Hegel se había demostrado incapaz para resolver los problemas materiales que se le plantearan en la *Gaceta del Rin*, salían a la luz las tesis provisionales de Feuerbach para una reforma de la filosofía, que venían a dar al hegelianismo como último refugio, último asidero racionalista de la teología, el golpe de muerte. Estas tesis no podían menos que producir en Marx una profunda impresión, aunque se reservase sus críticas.

En su carta del 13 de marzo, le decía a Ruge: "Los aforismos de Feuerbach me parecen desacertados en un punto: hacen demasiado hincapié en la naturaleza, sin preocuparse en los debidos términos de la política. Sin esta alianza, la filosofía actual no llegará a ser nunca una verdad. Ocurrirá, sin duda, lo que en el siglo XVI, en el que a los entusiastas de la naturaleza correspondía otra serie de entusiastas del Estado". En efecto, Feuerbach, en sus tesis, no tocaba la política más que con una observación de pasada, y lejos de superar a Hegel, quedaba por debajo de él. En este punto se interpuso Marx, investigando la filosofía del derecho y del Estado en Hegel tan concienzudamente como Feuerbach investigara su filosofía de la naturaleza y la religión.

En la carta dirigida a Ruge con fecha 13 de marzo hay otro pasaje que demuestra cuán profundamente estaba influido Marx, en aquellos momentos, por Feuerbach. Ni bien llegó a la conclusión de que ya no podía vivir sujeto a la censura de Prusia, ni respirando aire prusiano, tomó la resolución de marcharse de Alemania, pero no sin la que era su novia. El 25 de enero había escrito ya a Ruge preguntándole si tendría trabajo en el *Mensajero alemán*, una revista que Herwegh se proponía editar en Zúrich; pero sus planes se vieron frustrados antes de poder ejecutarse, pues Herwegh fue expulsado de la ciudad suiza. Ruge le hizo otras propuestas de colaboración, entre ellas la de redactar en común los antiguos *Anales*, transformados y bautizados de nuevo, pidiéndole que, en cuanto estuviese libre de su "tormento de redacción" en Colonia, se acercase a Leipzig para dialogar acerca del "lugar de nuestro renacimiento".

Marx asentía a esto, en su citada carta del 13 de marzo, adelantándose a expresar "provisionalmente" sus convicciones acerca de "nuestro plan" del siguiente modo: "Cuando conquistaron París, algunos invasores propusieron para el trono al hijo de Napoleón bajo regencia; otros, a Bernadotte, y otros, por fin, a Luis Felipe, pero Talleyrand contestó: 'O Luis XVIII o Napoleón, no hay más principio que este, todo lo demás es intriga'. Lo mismo digo yo: 'Fuera de Estrasburgo (o a lo sumo, Suiza), lo demás no es principio, sino mera intriga'. Libros de más de veinte pliegos no son libros para el pueblo. A lo más que podríamos aventurarnos sería a lanzar cuadernos mensuales. Suponiendo que los *Anales alemanes* fuesen autorizados de nuevo, a lo sumo llegaríamos a hacerle balbucear unas cuantas palabras al difunto, y eso, hoy en día, no basta. En cambio, unos *Anales franco-alemanes* serían ya un principio, un acontecimiento con consecuencias, una empresa con la que podría uno entusiasmarse". En estas palabras, se percibe un eco de las tesis de Feuerbach, donde se dice que el verdadero filósofo, el filósofo identificado con la vida y con el hombre, tenía que llevar en sus venas sangre galo-germana. Su corazón tenía que ser francés y su cerebro alemán. El cerebro reforma, pero el corazón revoluciona. Solo hay un espíritu donde hay movimiento, hervor, pasión, sangre, sensualidad. Fue el *esprit* de Leibniz, su principio sanguíneo materialista-idealista, el que sacó a los alemanes de su pedantería y de su escolasticismo.

En su carta del 19 de marzo, Ruge se mostró plenamente de acuerdo con este "principio galo-germánico", pero la tramitación del asunto se dilataría, todavía, varios meses.

9. BODA Y DESTIERRO

En aquel agitado año de sus primeras intervenciones públicas, Marx tuvo que luchar también con algunas dificultades de carácter doméstico. No le gustaba hablar de estas cosas, y solo lo hacía cuando la amarga necesidad lo obligaba; muy al contrario de esos míseros filisteos a quienes la preocupación de sus pequeñas miserias hace olvidarse de Dios y del mundo, él ponía siempre por encima de sus necesidades, por apremiantes que fuera estas, "los grandes problemas de la humanidad". La vida habría de depararle abundantes posibilidades para ejercitarse en esta virtud.

Ya en la primera manifestación suya que ha llegado a nosotros acerca de sus "miserias privadas" se revela de un modo significativo la idea que él tenía de estas cosas. Disculpándose con Ruge por no haberle podido enviar los escritos que le prometiera para la *Anécdota*, le escribía el 9 de julio de 1842, después de enumerar otros obstáculos: "el resto del tiempo se me pasó desperdigado y malhumorado por las más repelentes controversias de familia. Mi familia me puso una serie de dificultades en el camino que, a pesar de su holgura, me exponían momentáneamente a las angustias más agobiantes. Pero no voy a importunarlo a usted con el relato de estas miserias privadas; es una verdadera fortuna que los asuntos públicos incapaciten a toda persona de carácter para irritarse por los asuntos privados". Esta prueba de extraordinaria fortaleza de carácter es la que tanto indigna a los filisteos de hoy y de siempre, con su irritabilidad para todo lo privado, contra el "descorazonado" y frío Marx.

No conocemos nada en concreto acerca de aquellas "repelentes controversias familiares" a las que Marx hace alusión; solo volvió sobre ellas, en términos muy generales, al referirse a la fundación de los *Anales franco-alemanes*. Le escribió a Ruge que, tan pronto como el plan tomara cuerpo y fuese firme, se trasladaría a Kreuznach, donde, desde la muerte de su marido, residía la madre de su novia, y allí se casaría, quedándose a vivir algún tiempo en casa de su suegra, "ya que, antes de poner manos a la obra, conviene que tengamos terminados algunos trabajos... Puedo asegurarle a usted, sin ninguna clase de romanticismo, que estoy enamorado de los pies a la cabeza, pero muy seriamente. Llevamos siete años comprometidos, y mi novia ha librado por mí los más duros combates, hasta sentir resentida su salud, unas veces con sus parientes pietistas[18] y aristocráticos, para

[18] El pietismo fue un movimiento luterano fundado por Philipp Jakob Spener durante el siglo XVII y que tuvo desarrollo hasta el siglo XVIII.

quienes el 'Señor del cielo' y el 'señor de Berlín' son dos objetos igualmente adorables y otras veces con mi propia familia, en la que anidan algunos curas y otros enemigos míos. Mi novia y yo hemos tenido en estos años más conflictos innecesarios y dolorosos que mucha gente tres veces más vieja, de esa que está hablando siempre de su experiencia en la vida". Esta sobria alusión es lo único que ha llegado a nuestro conocimiento acerca de aquellas luchas en la época de su noviazgo.

No sin esfuerzo, aunque relativamente pronto, y sin necesidad de que Marx se trasladara a Leipzig, fue asegurada la publicación de la nueva revista. Froebel se decidió a asumir las funciones editoriales, una vez que Ruge, persona acomodada, le prometió integrarse con 6.000 táleros, como accionista, en la Oficina literaria. En el proyecto fueron consignados 500 táleros para Marx como sueldo de redactor. Con esta perspectiva, se casó con su Jenny el 19 de junio de 1843.

Aún faltaba decidir el sitio en que habrían de aparecer los *Anales franco-alemanes*. La elección oscilaba entre Bruselas, París y Estrasburgo. La capital de Alsacia hubiera llenado mejor que ninguna otra los deseos del joven matrimonio, pero la decisión recayó a favor de París, después que Froebel y Ruge hicieron allí y en Bruselas algunas gestiones personales. Aunque en Bruselas la prensa tenía un margen de libertad mayor que en París, con sus garantías y sus leyes septembrinas, la capital francesa ofrecía mayores ventajas que la belga para dominar la vida alemana. Ruge escribía, dándole ánimos a Marx, que podría vivir en París con 3.000 francos o poco más.

De acuerdo a sus planes, Marx pasó los primeros meses de su matrimonio en casa de su suegra; en noviembre, trasladó su residencia a París. El último signo de vida que de él se conserva en su tierra natal, al cerrarse este periodo de su vida, es una carta dirigida desde Kreuznach a Feuerbach el 23 de octubre de 1846, pidiéndole un artículo para el primer cuaderno de los nuevos *Anales*, y concretamente una crítica de Schelling: "De su prólogo a la segunda edición de *La esencia del cristianismo* creo poder inferir que tiene usted guardado *in petto* no poco acerca de esa bolsa de aire. Sería un magnífico *debut*. Schelling ha sabido poner el cebo con gran habilidad a los franceses, empezando por el flojo y ecléctico Cousin y acabando por el genial Leroux. Pierre Leroux y sus iguales siguen teniendo a Schelling por el hombre que ha sustituido al idealismo trascendente por el idealismo racionalista, a la idea abstracta por la idea de carne y hueso, a la filosofía profesional por la filosofía

universal... Prestaría usted un gran servicio a nuestra empresa, y mayor aún a la verdad, si nos diese una característica de Schelling ya para el primer número. Es usted el hombre indicado para hacerlo, por ser precisamente el reverso de Schelling. El pensamiento sincero –hay que creer lo que hay de bueno en nuestros enemigos– de la juventud de Schelling, que no había en él madera para realizar, fuera de la imaginación, más energía que la vanidad, más impulso que el ocio, más órgano que la irritabilidad de una asimilación femenina, este pensamiento de su juventud, que en él no pasó de ser un sueño juvenil fantástico, ha cobrado en usted cuerpo de verdad, de claridad, de seriedad varonil... Por eso yo lo considero a usted el adversario necesario y natural, el legítimo adversario de Schelling, ya que a ello le hacen acreedor sus dos majestades, la de la naturaleza y la de la historia". ¡Cuánta amabilidad hay en esta carta y cómo resplandece en ella la alegre esperanza de una gran campaña!

Pero Feuerbach no accedió al pedido. Ya se había negado con Ruge, después de aplaudir la nueva empresa, sin que la invocación a su "principio galo-germánico" hubiese bastado para seducirlo. Sus escritos habían provocado ya la cólera de los poderosos, el bastón policíaco cayó sobre todo lo que había en Alemania de libertad filosófica y los filósofos de la oposición que no querían rendirse cobardemente huyeron al extranjero.

Feuerbach no era alguien que se rindiera, pero no era tampoco hombre que se lanzara osadamente a las olas que empezaban a erigirse en torno a aquel paraje mortuorio. El día en que Feuerbach contestó, lleno de afectuoso interés, pero con una negativa, a las palabras fogosas con que Marx lo reclamaba, fue el día más negro de su vida. A partir de aquel día, vivió ya enterrado para siempre en el más completo aislamiento espiritual.

CAPÍTULO III
DESTERRADO EN PARÍS

1. LOS *ANALES FRANCO-ALEMANES*

La nueva revista no nació bajo buena estrella; no llegó a ver la luz más que un número doble, publicado a fines de febrero de 1844.

El "principio galo-germano" o, según la transcripción que Ruge hacía de él, la "alianza intelectual entre alemanes y franceses", no logró realizarse. El "principio político" de Francia repudiaba abiertamente el capital que Alemania le aportaba a aquella unión, el "golpe de vista lógico" de la filosofía hegeliana, que habría de servirle de brújula segura en las regiones metafísicas, en las que Ruge veía navegar a los franceses sin timón, desafiando al viento y a la tempestad.

Cierto es que si –según nos dice– se pensó, en un principio, en ganar para la causa de la revista a Lamartine, Lamennais. Luis Blanc, Leroux y Proudhon, la lista no podía ser más abigarrada. Solo Leroux y Proudhon tenían alguna idea de lo que era la filosofía alemana; el segundo vivía apartado en su rincón provinciano, y el primero había colgado, por el momento, los hábitos de escritor, para reflexionar sobre la invención de una máquina de componer. Los demás se negaron, por fantasías religiosas o de otro tipo, incluso Luis Blanc, que veía nacer del ateísmo filosófico la anarquía política.

En cambio, la revista conquistó una prestigiosa legión de colaboradores alemanes. Además de los dos editores, figuraban entre ellos Heine, Herwegh, Juan Jacoby, nombres todos de primer rango, y en segunda fila pueden mencionarse los de Mosses Hess y F. C. Bernay, un joven jurista del Palatinado, a los que venía a unirse el más joven de todos, Federico Engels, que por primera vez, después de varias tentativas literarias, entra en la palestra de la lucha desde estas columnas, con la visera alta y la armadura bruñida. Pero también esta legión era harto heterogénea; en ella había quienes no sabían nada o sabían muy poco de la filosofía hegeliana, y menos todavía del "golpe de vista lógico"; pero lo más grave fue que entre los dos directores de la revista se produjo enseguida una discordia que imposibilitaba toda colaboración.

El primer número doble de la revista, que habría de ser el único que se publicara, empezaba con una "correspondencia" mantenida

entre Marx, Ruge, Feuerbach y Bakunin, un joven ruso que se había unido a Ruge en Dresde, publicando en los *Anales alemanes* un artículo muy comentado. Son, en conjunto, ocho cartas firmadas con las iniciales de sus respectivos autores; tres corresponden a Marx, tres a Ruge, una a Bakunin y otra a Feuerbach. Más tarde, Ruge confesó que aquella "correspondencia" era una pieza dramática compuesta por él, aunque utilizando "fragmentos de cartas auténticas"; y, en efecto, la recogió en sus *Obras completas*, si bien –cosa significativa– con notables mutilaciones, suprimiendo la última carta, firmada por Marx, donde se encierra la clave de toda la correspondencia. El contenido de las cartas no permite dudar ni un momento que proceden de los autores cuyas iniciales llevan al pie y, en cuanto cabe enfocarlas como una composición armónica, puede asegurarse sin temor que es Marx quien lleva la batuta en este concierto, sin que, por otra parte, entremos a discutir las modificaciones que haya podido hacer Ruge en sus cartas, así como en las de Bakunin y Feuerbach.

Marx, que cierra el capítulo de la "Correspondencia", es también quien lo inicia, con un breve presagio lleno de fe: la reacción romántica lleva a la revolución; el Estado es una cosa demasiado seria para convertirlo en burla; por mucho que un barco cargado de necios parezca navegar por las aguas impulsado por el viento, adonde corre es a estrellarse contra el destino, precisamente porque los necios de la tripulación no lo creen así. Ruge contesta a esta carta con una larga tirada jeremíaca hablando de la imperecedera paciencia ovejuna de los filisteos alemanes, en un tono "acusador y desesperado", como el propio autor habría de decir más tarde, o como Marx le replicó inmediatamente, en los siguientes corteses términos: "Su carta es un buen lamento, un canto funeral que corta la respiración, pero dista muchísimo de ser política", Si el mundo pertenece al filisteo, vale la pena que nos preocupemos por estudiar a este rey de la creación, que llena el mundo con sus huestes, como los gusanos el cadáver; mientras la monarquía no tenga otro material, tampoco el monarca podrá ser más que el rey de los filisteos. Más despierto y animoso que el padre, el nuevo rey de Prusia había pretendido cancelar sobre sus propias bases aquel Estado filisteo, pero mientras siguieran siendo lo que eran, no tenía que pensar en convertir en hombres verdaderos y libres ni a sus súbditos ni a sí mismo. El retorno al viejo Estado fosilizado de esclavos y servidores había sido inevitable. Pero esta situación desesperada infundía esperanzas nuevas. Marx apuntaba a la

incapacidad de los señores y a la pereza de los esclavos y los súbditos, que dejaban marchar las cosas como Dios quería que marcharan; afortunadamente, pues de ese modo marchaban hacia la catástrofe. Y apuntaba también a los enemigos del filisteísmo, a todos cuantos pensaban y sufrían en el reino y que habían llegado a una inteligencia, aunque solo fuese sobre el sistema pasivo de perpetuación de los viejos súbditos, pues no pasaba día sin que enrolaran a nuevos reclutas al servicio de la nueva humanidad. Y era aún más rápido el proceso con que la red de las ganancias y del comercio, de la propiedad y de la explotación de los hombres conducía a una ruptura en el seno de la actual sociedad, ruptura que el actual sistema no conseguiría soldar, porque, incapaz como era de curar ni de crear nada, no hacía más que existir y disfrutar. No había, pues, más misión que poner el mundo viejo a la luz cruda del día y construir positivamente el nuevo.

Bakunin y Feuerbach escriben a Ruge, cada uno a su modo, pero los dos infundiéndole ánimos. A continuación, este se declara convencido "por el nuevo Anacarsis y el nuevo filósofo". Feuerbach había comparado la muerte de los *Anales alemanes* con la tragedia de Polonia, donde los esfuerzos de unos cuantos hombres se mostraban impotentes, en medio del charco que era la vida de un pueblo putrefacto. Comentando estas palabras, dice Ruge en una de sus cartas a Marx: "Es verdad. Y así como a Polonia no la salva la fe católica ni la libertad aristocrática, a nosotros no nos emancipará tampoco la filosofía teológica ni la ciencia noble. Solo podremos continuar nuestro pasado rompiendo resueltamente con él. Los *Anales* han desaparecido, la filosofía de Hegel pertenece al pasado. Fundemos un nuevo órgano en París, para juzgarnos a nosotros mismos y a toda Alemania con una absoluta libertad y una sinceridad inexorable". En esa carta, le promete ocuparse del aspecto mercantil del asunto y le pide a Marx que se manifieste acerca del plan de la revista.

Marx, que había pronunciado la primera palabra, pronuncia también la última. Dice que es evidente la necesidad de crear un nuevo centro en que se congreguen las cabezas verdaderamente pensantes e independientes, pero si acerca de la razón de ser no puede reinar mayor claridad, la confusión que reina acerca de la meta es grandísima. "No solo se ha declarado entre los reformadores una anarquía general, sino que todos tienen que confesarse a sí mismos que no abrigan la menor idea acerca de lo que quieren y a lo que aspiran. Y, sin embargo, este es otro de los méritos de las nuevas corrientes, que no aspiran a anticipar dogmáticamente el mundo,

sino que pretenden descubrir el nuevo por la crítica del antiguo. Hasta ahora, los filósofos habían guardado la solución de todos los enigmas en el cajón de su mesa, y el necio mundo elemental no tenía más que abrir la boca, para que le cayeran en ella, ya fritas y todo, las palomas de la ciencia absoluta. La filosofía se ha secularizado, y la prueba más contundente de esto es que la conciencia filosófica desciende a la arena de la lucha, con todos sus tormentos, y no solo exteriormente, sino de un modo intrínseco. Pero si la construcción del futuro y la creación acabada y definitiva para todos los tiempos no es cosa nuestra, no podemos vacilar un momento acerca de nuestro deber de la hora: la crítica despiadada de cuanto existe, despiadada incluso en la ausencia de preocupación por los resultados a los que conduzca y por el conflicto con los poderes existentes". Marx no pretende izar ninguna bandera dogmática; el comunismo, tal y como lo profesaban Cabet, Dezamy, Weitling, no podía ser, para él, más que una abstracción dogmática. El interés capital de la Alemania de entonces estaba concentrado en la religión, a cuyo reverso venía la política: era vano pretender oponerles ningún sistema, cualquiera que él fuese, el *Viaje a Icaria* por ejemplo; lo que había que hacer era arrancar de ellas y de su verdadera realidad.

Marx desecha la opinión de los "socialistas crasos", para quienes las cuestiones políticas no eran dignas de atención. Él entendía que del conflicto del Estado político, de la contradicción entre su destino ideal y sus supuestos reales, se podía deducir donde quiera la verdad social. "Nada hay, pues, que nos impida empalmar nuestra crítica a la crítica de la política, a la adopción de posiciones en política; es decir, a las luchas reales. Haciéndolo así, no nos enfrentamos con el mundo doctrinariamente, esgrimiendo un nuevo principio y exclamando: ¡He aquí la verdad, póstrate de rodillas ante ella! Brindamos al mundo, deducidos de los principios del mundo, nuevos principios. No le diremos: déjate de tus luchas, que son tiempo perdido; nosotros te daremos la bandera de la verdad. Nos limitamos a demostrarle aquello por lo que verdaderamente lucha y lo obligamos a asignarse, aun contra su voluntad, esa conciencia". De este modo resume Marx el programa de la nueva revista: infundirle a la época la conciencia (filosofía crítica) de sus luchas y sus deseos.

Esta "conciencia crítica", clara en Marx, no llegó a serlo nunca para Ruge. Ya la "Correspondencia" demuestra claramente que Marx era el propulsor y Ruge el impulsado. Téngase en cuenta, además, que Ruge cayó enfermo al llegar a París y apenas pudo ocuparse de la redacción de la revista. Esto paralizó su principal capacidad, para la

que Marx le parecía "demasiado minucioso". No pudo dar a la revista la forma ni la orientación que creía más adecuadas, ni publicar en ella siquiera un trabajo propio. No obstante, desaprobó completamente el primer número. Encontró en él "cosas notabilísimas, que producirían en Alemania una gran sensación", aun cuando censuraba que "se hubiesen servido también algunos platos poco sazonados", que él hubiera retocado un poco si no hubiesen tenido que publicar el número con tanto apuro. De no haber surgido ciertos obstáculos exteriores, seguramente la publicación de la revista hubiera continuado.

En primer lugar, los recursos de la Oficina literaria se agotaron enseguida, y Froebel declaró que no podía llevar adelante la empresa. En segundo lugar, el Gobierno prusiano, en cuanto supo de la publicación de los *Anales franco-alemanes*, movilizó contra ellos todas sus fuerzas.

Cierto es que sus pretensiones no encontraron gran acogida ni siquiera por parte de Metternich; y mucho menos, naturalmente, en Guizot. Los prusianos se contentaron con enviarles un oficio a las autoridades gubernamentales de todas las provincias, el 18 de abril de 1844, notificándoles que los *Anales* constituían figura de delito, por tentativa de alta traición y de lesa majestad; en ese oficio se ordenaba que se instruyera a la policía, procurando hacer el menor ruido posible, para que Ruge, Marx, Heine y Bernay fuesen detenidos y secuestrados sus papeles, en cuanto pisaran territorio prusiano. La medida era bastante inocente, mientras el pájaro volase fuera de la jaula. Pero la conciencia remordida del rey de Prusia empezaba a ser peligrosa, por el miedo maligno con que posaba la guardia en las fronteras. En un vapor del Rin fueron confiscados cien ejemplares y cerca de Bergzabern, en la frontera franco-palatina[19], más de doscientos; dada la tirada relativamente pequeña de la revista, eran dos reveses bastante sensibles.

Sabido es que los conflictos internos suelen agudizarse cuando a ellos se les unen las dificultades externas. Según la referencia de Ruge, fueron estas las que aceleraron, e incluso provocaron, su ruptura con Marx. Y es posible que haya algo de verdad en esto, ya que Marx, en cuestiones de dinero, era de una indiferencia soberana, mientras que Ruge se caracterizaba por su recelo de comerciante. No tuvo reparo en aplicar al sueldo que a Marx se le había señalado el sistema del *truck*,

---

[19] El Condado Palatino del Rin o Palatinado es la denominación histórica del territorio del Conde Palatino, que fue un Estado independiente hasta 1803.

pagándole en ejemplares de la revista; en cambio, se indignó ante la aparente sugerencia de arriesgar su fortuna para que la empresa continuara, ignorando como ignoraba todo lo referente al negocio editorial. No creemos que Marx hubiese apuntado a Ruge esta sugerencia, que él se hizo a sí mismo, imponiéndosela como deber, en una situación parecida. Le hablaría, seguramente, de no abandonar ante el primer fracaso, y Ruge, que ya había enfurecido ante la pretensión de que contribuyese con unos cuantos francos a la impresión de los trabajos de Weitling, vería en esto un atentado peligroso contra su billetera.

Además, el propio Ruge deja entrever las verdaderas causas de la ruptura, diciendo que fue directamente provocada por una disputa en torno a Herwegh, a quien él, "con demasiada violencia acaso", había llamado "miserable", mientras que Marx insistía en asegurarle un "gran porvenir". En el fondo del asunto, fue Ruge y no Marx quien acertó: Herwegh no tuvo ningún "gran porvenir", y la vida que ya entonces hacía en París parece que era, en efecto, bastante dudosa; el propio Heine la fustigaba duramente, y Ruge acuerda en que Marx tampoco estaba satisfecho con él. No obstante, el cordialísimo error honra al "mordaz" y "avinagrado" Marx, más que al "honorable" y "noble" Ruge, que no debía jactarse tanto de su instinto para las cosas malas. Aquél ponía todas sus esperanzas en el poeta revolucionario; este no veía, cuando juzgaba a las personas, más que al burgués intachable.

Y esta era, en realidad, la raíz profunda de aquel accidente insignificante que separó para siempre a los dos amigos. La ruptura no tuvo, para Marx, la importancia objetiva, de principio, que habrían de tener después, por ejemplo, sus rupturas con Bruno Bauer o con Proudhon. Como revolucionario, reprimiría durante mucho tiempo, seguramente, su indignación contra Ruge, hasta que la disputa en torno a Herwegh, suponiendo que se desarrollase tal y como Ruge la pinta, incrementó su irritación.

El que quiere conocer a Ruge en el aspecto mejor de su personalidad debe leer las memorias publicadas por él veinte años después de esto. Sus cuatro volúmenes llegan hasta la muerte de los *Anales alemanes*, época en que la vida de Ruge cobra el prestigio de una vida modelo para aquella avanzada literaria de maestros de escuela y estudiantes que abogaban por una burguesía alimentada de pequeñas ganancias y grandes ilusiones. Estas memorias encierran una muchedumbre de graciosos cuadros costumbristas

tomados de la infancia del autor, que se desarrolló en la tierra llana de Rügen y en la baja de Pomerania, y nos dan una imagen vívida de aquella época de exuberante movimiento juvenil y de rechazo a la demagogia, sin igual en la literatura alemana. La desgracia de este libro fue haber aparecido en un momento en que la burguesía de Alemania se despedía de sus grandes ilusiones, para dedicarse al gran lucro; esto hizo que las memorias de Ruge pasaran casi desapercibidas, al tiempo que otro libro semejante, pero mucho más mediocre, histórica y literalmente, el libro de Reuter, desencadenaba una verdadera tempestad de aplausos. Ruge había sido verdadero miembro del movimiento de juventudes, con el que Reuter no había llegado nunca a identificarse; pero a la burguesía, que ya por entonces coqueteaba con las bayonetas prusianas, le hacía gracia el "áureo humor" con el que Reuter tomaba a la chacota los desafueros infames del ataque contra los demagogos; mucha más gracia que aquel "humor desvergonzado" con que Ruge, según la frase áspera de Freiligrath, escribía que a él no lo habían metido en el bolsillo los canallas y que los muros de la prisión lo habían hecho libre.

Pero, precisamente, leyendo las plásticas páginas de Ruge comprende uno, con una gran claridad, que el liberalismo anterior a marzo no era, pese a todas sus frases, más que pura farsa y que sus portavoces eran todos, y seguirían siendo, mientras viviesen, unos consumados filisteos. Ruge era, de todos ellos, el que poseía más carácter, y dentro de sus trabas ideológicas no puede negarse que luchó valerosamente. Sin embargo, aquel mismo carácter fue el que reveló su verdadera personalidad, tan pronto como en París se encontró con los grandes contrastes de la vida moderna.

Y si con el socialismo había podido arreglarse, viendo en él un juego de filósofos humanistas, el comunismo de los artesanos de París le infundió el pánico del buen burgués que no ve en peligro precisamente su pellejo, sino su billetera. Olvidándose de que en los *Anales franco-alemanes* había extendido el certificado de defunción de la filosofía de Hegel, aún no hacía un año, saludaba ahora la aparición del libro de Stirner, la expresión más maniática de aquella filosofía, viendo en ella la obra que venía a pulverizar la obra del comunismo, la más necia de todas las necedades, el nuevo cristianismo predicado por los simples, cuyo ideal era un miserable redil.

Entre Marx y Ruge se habían roto los puentes para siempre.

2. LEJANA PERSPECTIVA FILOSÓFICA

Después de esto, los *Anales franco-alemanes* eran ya una criatura muerta. Si sus dos directores no podían seguir juntos mucho tiempo más, poco importaba el cuándo y el cómo se separaran; más aún, cuanto antes sobreviniese la ruptura mejor. Bastaba con que Marx hubiese dado un gran paso hacia adelante, con su "conciencia crítica".

Marx publicó en la revista dos artículos: la *Introducción a una crítica de la filosofía del derecho en Hegel*[20], y un comentario a dos trabajos de Bruno Bauer sobre la cuestión judía. A pesar de la gran diferencia de tema, estos dos artículos guardan entre sí, por su contenido de ideas, una gran afinidad. Algún tiempo después, Marx habría de resumir su crítica de la filosofía jurídica hegeliana diciendo que la clave para la inteligencia del proceso histórico no había que buscarla en el Estado, que tanto ensalzaba Hegel, sino en la sociedad, que él tanto desdeñaba; pues bien, este tema aparece tratado más a fondo en el segundo artículo que en el primero.

Desde otro punto de vista, estos dos artículos guardan entre sí una relación de medio a fin. El primero nos da un resumen filosófico de la lucha proletaria de clases; el segundo, un resumen filosófico de la sociedad socialista. Pero ni uno ni otro surgen como disparos, sino que ambos revelan, con una rigurosa disciplina lógica, el proceso mental de su autor. El primero entronca directamente con Feuerbach, de quien dice que ha apurado sustancialmente la crítica de la religión, condición previa de toda crítica. Es el hombre quien hace la religión, no la religión la que hace al hombre. Pero el hombre –apunta Marx– no es ningún ser abstracto, que flota fuera del mundo. El hombre es el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad, que hacen surgir a la religión como una conciencia invertida del mundo, porque también ellos son un mundo al revés. Luchar contra la religión es, por lo tanto, indirectamente, luchar contra este mundo del que la religión es el aroma espiritual. Y surge así como misión de la historia establecer la verdad del más acá, después de borrado el más allá de la verdad. Por lo que la crítica del cielo se convierte en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho y la crítica de la teología en la crítica de la política.

Pero en Alemania –prosigue Marx– esta misión histórica solo puede cumplirla la filosofía. Si negamos la situación alemana de 1843, apenas si

[20] Marx, K. (2004): *Introducción a una crítica de la filosofía del derecho en Hegel*, Ediciones del Signo, Buenos Aires.

habremos llegado, contando por la era francesa, al año 1780, ni mucho menos al foco de la época actual. Sometiendo a la crítica la realidad político-social moderna, se ve que queda al margen de la realidad alemana; aplicada a esta, no captaría su objeto. Para probar sobre un ejemplo que la historia alemana, semejante en esto a un conscripto torpe, no había tenido hasta entonces otra misión que repetir los movimientos de sus instructores, Marx posa su atención sobre uno de los "problemas capitales de los tiempos modernos": el de las relaciones entre la industria y el mundo de la riqueza con el mundo político.

Este problema ocupa a los alemanes bajo la forma de los aranceles aduaneros, el sistema prohibitivo, la economía nacional. Alemania empieza donde Francia e Inglaterra terminan. El estado de cosas añejo y putrefacto contra el que estos países se revuelven teóricamente y que solo soportan como se soportan las cadenas, es saludado en Alemania como la aurora de un risueño porvenir. Mientras que en Francia y en Inglaterra el problema es: economía política, o sea, predominio de la sociedad sobre la riqueza, en Alemania se plantea así: economía nacional, es decir, predominio de la propiedad privada sobre la Nación. Inglaterra y Francia pugnan por desatar el nudo; Alemania apunta a apretarlo.

Pero los alemanes, ya que no viven históricamente en la actualidad, moran filosóficamente en ella. La crítica de la filosofía alemana del derecho y del Estado, que ha tenido en Hegel su más consecuente encarnación, la sitúa en el foco de sus problemas más candentes. Marx adopta aquí una actitud resuelta ante las dos corrientes que habían discurrido paralelas en la "Creación del Rin" y ante Feuerbach. Este había arrinconado la filosofía como un hierro viejo; Marx dice que si se quiere cultivar los gérmenes reales de vida, no debe olvidarse que el verdadero germen de vida del pueblo alemán ha residido siempre en su cerebro. Y a los "caballeros del algodón y héroes del hierro" les dice: tienen razón en querer extirpar la filosofía, pero no podrán extirparla sino realizándola. Para contestar a su viejo amigo Bauer y a cuantos lo siguen, no tiene más que invertir los términos: hacen bien en querer realizar la filosofía, pero solo podrán realizarla extirpándola.

La crítica de la filosofía del derecho plantea problemas para cuya solución no hay más que un medio: la práctica. ¿Cómo puede Alemania llegar a una práctica que esté a la altura del principio, es decir, a una revolución por medio de la cual no solo se vea elevada al nivel de los pueblos modernos, sino a la altura humana que estos pueblos se habrán

de proponer como cercano porvenir? ¿Cómo puede, dando un salto mortal, dejar atrás, no solo sus murallas, sino también las murallas de los pueblos modernos, que ahora, vistas desde la realidad, le tienen que parecer una liberación de las que a ella la aprietan?

El arma de la crítica no puede, naturalmente, suplantar la crítica de las armas, el poder material solo puede derrocarse con otro poder material, pero también la teoría se convierte en fuerza efectiva en cuanto se adueña de las masas, y se adueña de las masas tan pronto como se hace radical. Sin embargo, una revolución radical necesita de un elemento pasivo, de una base material; en los pueblos, la teoría no se ha realizado nunca más que en la medida en que da realización a sus necesidades. No basta que la idea clame por realizarse; es necesario que la realidad misma clame por la idea. Y precisamente por aquí es por donde parece quebrarse Alemania, donde las distintas esferas no se enfrentan unas con otras dramáticamente, sino épicamente, donde hasta la propia satisfacción moral de la clase media no descansa más que en la conciencia de ser la representante general de la mediocridad burguesa de todas las demás clases, donde no hay una sola esfera, dentro de la sociedad burguesa, que no haya sufrido una derrota antes de haber tenido tiempo de festejar la victoria, que no revele su mezquindad antes de haber tenido tiempo de revelar su grandeza; y así no hay en todo el país una sola clase que, antes de entablar luchas con la clase que está por encima de ella, no se vea arrastrada a la lucha con la que queda por debajo.

Pero esto no demostraba que en Alemania fuera imposible la revolución radical, la revolución general, sino que no era posible la revolución a medias, la meramente política, aquella que deja en pie las columnas del edificio. Era imposible porque en este país no se daban las condiciones previas que estos movimientos necesitan: de un lado, una clase que, partiendo de su situación concreta, emprenda la emancipación general de la sociedad y libere a la sociedad en conjunto, aunque solo sea bajo el supuesto de que la sociedad toda se encuentre en la situación que hoy es específica de esta clase, poseyendo, por ejemplo, dinero o cultura, o pudiendo adquirirlo cuando se le antoje; de otro lado, una clase en que se concretan todas las faltas de la sociedad, una esfera social específica que necesariamente tiene que ser considerada como el crimen notorio de la sociedad entera, de tal modo que la liberación de esta esfera se identifique con la propia liberación de cuantos componen la sociedad. La significación general negativa de la nobleza y de la

clerecía francesa condicionaba la significación general positiva de la burguesía, entonces rebelde y al margen.

De la imposibilidad de la revolución a medias infiere Marx la "posibilidad positiva" de la revolución radical. Y preguntándose en qué reside esta posibilidad, contesta: "En la formación de una clase cargada de cadenas radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no es clase alguna de la sociedad burguesa, de un estamento que implica la disolución de todos los estamentos, de una esfera a quien sus sufrimientos universales prestan un carácter universal y que no puede reivindicar para sí ningún derecho aparte, porque el desafuero que contra ella se comete no es ningún desafuero específico, sino la injusticia por antonomasia; que no puede invocar ningún título histórico, sino solamente el título humano; que no es parcialmente incompatible con las consecuencias, sino solamente incompatible con los fundamentos del Estado alemán; de una esfera, en fin, que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las demás esferas de la sociedad, emancipándolas al mismo tiempo a ellas; que representando, en una palabra, la total pérdida del hombre, solo puede volver a encontrarse a sí misma encontrando de nuevo al hombre perdido. Esta disolución de la sociedad es el proletariado". En Alemania, el proletariado empieza a formarse con el naciente movimiento industrial, pues esta clase no se alimenta de la miseria natural y espontánea, sino de la pobreza artificialmente producida; no es la masa humana oprimida mecánicamente por la gravitación de la sociedad, sino la que surge de su disolución aguda, y muy principalmente de la disolución de la clase media, si bien paulatinamente van formando también en sus filas, como es natural, la miseria espontánea y primitiva, y la servidumbre cristiano-germana de la gleba.

Si la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, la filosofía le brinda al proletariado las armas espirituales, y tan pronto como el rayo de la idea haya prendido bien en este candoroso suelo popular, sonará la hora de la emancipación de los alemanes como hombres. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La filosofía no podrá realizarse sin la extirpación del proletariado, ni el proletariado se extirpará sin hacer realidad la filosofía. Cuando todas estas condiciones internas se hayan cumplido, el gallo galo cantará la aurora de la resurrección alemana.

Por su forma y su contenido, este artículo se destaca sobre los primeros de cuantos se han conservado, entre los trabajos de

juventud de Marx; el seco esbozo que dejamos hecho de sus ideas capitales no puede dar ni siquiera una remota idea de la riqueza rebosante de pensamientos que expresa con su forma epigramática y concisa. Los profesores alemanes que no veían allí más que un estilo grotesco y un increíble mal gusto, se limitaban, con esto, a poner al desnudo, impúdicamente, su propio estilo grotesco y su mal gusto lamentable. También Ruge encontraba los "epigramas" de este artículo "demasiado artificiosos" y censuraba aquel estilo "informe y superforme", pero por debajo de él veía acusarse un gran "talento crítico", aunque "a veces degenerase en dialéctica un tanto petulante". El juicio no va del todo desorientado. No puede negarse que, en sus años jóvenes, Marx se complacía a veces en oír resonar sus armas recias y fortalecidas. Es natural, la petulancia es una de las notas de todo genio juvenil.

Por ahora, no es más que una perspectiva filosófica lejana la que este artículo descubre en el porvenir. Más adelante en el tiempo, Marx habría de demostrar con insuperable fuerza lógica, como nadie, que ninguna Nación podía remontar de un salto mortal las etapas necesarias de su proceso histórico. Pero estos esbozos iniciales salidos de sus manos no puede decirse que sean falsos: son sencillamente vagos, desdibujados. Y aunque en detalle las cosas se hayan desarrollado de otro modo, en conjunto no han hecho más que confirmar la verdad de su previsión. Esta verdad aparece atestiguada, a la par, por la historia de la burguesía y la del proletariado.

3. SOBRE LA CUESTIÓN JUDÍA[21]

El segundo artículo publicado por Marx en los *Anales franco-alemanes*, aunque no tan cautivador en la forma, casi supera incluso al otro, en relación con el talento para el análisis crítico. En él investiga la diferencia entre la emancipación humana y la emancipación política, tomando como base dos estudios de Bruno Bauer sobre la cuestión judía.

Por entonces, este problema no había caído, todavía, en las cuencas del antisemitismo y filosemitismo de mesa de café en las que hoy se debate. Un sector de la población, cuyo vigor como titular principalísimo del capital comercial y usurario crecía día a día, se veía despojado, por razones religiosas, de todos los derechos civiles, salvo de aquellos que a título de privilegio se le otorgaban para el ejercicio

[21] Marx, K. (2012): *Sobre la cuestión judía*, Libros de Anarres, Buenos Aires. Disponible en http://losdependientes.com.ar/uploads/m5myc82vr.pdf.

de la usura. El más famoso representante del "despotismo ilustrado", el filósofo de Sans-souci[22], dio el edificante ejemplo, confiriendo la "libertad de banqueros cristianos" a los judíos adinerados que lo ayudaban a fabricar moneda falsa y a realizar otras operaciones financieras bastante sospechosas; en cambio, a un filósofo como Moses Mendelssohn, le toleraba, aunque a duras penas, en sus Estados, y no precisamente porque fuese un filósofo que se esforzaba en introducir a su nación en la vida espiritual alemana, sino porque desempeñaba el cargo de tenedor de libros de uno de aquellos judíos palaciegos privilegiados. Si el banquero lo despedía, el filósofo quedaba proscripto.

Tampoco los racionalistas burgueses –con algunas excepciones– se escandalizaban demasiado cuando se dejaba por fuera de la ley por motivos religiosos a todo un sector de la población. La fe israelita les repelía como modelo de intransigencia religiosa, de la que el cristianismo había aprendido su oficio de "censor humano". Y los judíos, por su parte, no demostraban mayor interés por el racionalismo. Se regocijaban viendo a los racionalistas hundir el cuchillo crítico en el cuerpo de la religión cristiana, por ellos tan detestada, pero cuando le llegaba el turno a la religión judía ponían el grito en el cielo, clamando traición contra la humanidad. Y reclamaban la emancipación política de los judíos, pero no en un sentido de equiparación de derechos, ni con la intención de renunciar a su posición privilegiada, sino, más bien al contrario, atentos a reforzarla y dispuestos en todo momento a sacrificar los principios liberales en cuanto estos se opusieran a sus intereses de casta.

La crítica religiosa de los neohegelianos se había hecho extensiva, naturalmente, al judaísmo, en el que ellos veían la avanzada del cristianismo. Feuerbach había analizado la fe judía como la religión del egoísmo. "Los judíos se han mantenido con su fisonomía característica hasta los tiempos actuales. Su principio, su Dios, es el principio más práctico del mundo: el egoísmo bajo la forma de la religión. El egoísmo aglutina, concentra al hombre sobre sí mismo, pero lo hace teóricamente limitado, infundiéndole indiferencia hacia cuanto no se relaciona directamente con su propio bienestar". De modo semejante se expresaba Bruno Bauer, quien reprochaba a los judíos el haber anidado en los resquicios de la sociedad burguesa para explotar sus elementos inseguros, semejante en esto a los dioses de Epicuro, que moraban en espacios intermedios del mundo, libres de todo trabajo

[22] Se refiere al Rey Federico II de Hohenzollern.

concreto. La religión judía –proseguía Bauer– era toda ella astucia animal para satisfacer las necesidades de los sentidos; y acusaba a los judíos de haberse opuesto desde el primer momento al progreso histórico, creándose, en su odio a todos los pueblos, la más aventurera y mezquina de las vidas nacionales.

Pero, a diferencia de Feuerbach, que pretendía explicar la esencia de la religión judaica por el carácter del pueblo judío, Bauer, a pesar de toda la hondura, la audacia y la agudeza que Marx elogiaba en sus estudios sobre la cuestión judía, no acertaba a enfocarla más que a través del cristal teológico. Los judíos, decía, solo podrán remontarse a la libertad, igual que los cristianos, superando su religión. El Estado cristiano no podía, por su carácter religioso, emancipar a los judíos, ni estos podían tampoco, por su carácter religioso, mientras no cambiaran, ser emancipados. Cristianos y judíos tenían que dejar de ser lo que eran por su religión, cristianos y judíos, para convertirse en hombres libres. Y como el judaísmo, en cuanto a religión, había sido superado por el cristianismo, el judío tenía que recorrer un camino más largo y espinoso que el cristianismo para llegar a la libertad. A juicio de Bauer, los judíos no tenían más remedio que someterse a la disciplina del cristianismo y de la filosofía hegeliana, si querían llegar a ser libres.

Marx, por su parte, replicaba que no era suficiente investigar quién habría de ser el emancipador y quién el emancipado, sino que la crítica debía indagar de qué clase de emancipación se trataba, si de la emancipación política meramente o de la emancipación humana. Había Estados en los que los judíos vivían emancipados políticamente, en el mismo plano que los cristianos, sin que por eso estuviesen humanamente emancipados. Tenía, entonces, que mediar alguna diferencia entre la emancipación política y la humana.

La sustancia de la emancipación política –proseguía– era el Estado moderno, en su fase más acabada, el Estado cristiano perfecto, pues el Estado cristiano-germano, el Estado de los privilegios, no era más que un Estado imperfecto, teológico todavía, sin la pureza política de aquel. Ahora bien: el Estado político en su fase más acabada no exigía de los judíos la abjuración del judaísmo, como no exigía de hombre alguno el abandono de su religión; este Estado había emancipado a los judíos y no tenía más remedio, por su propia esencia, que emanciparlos. Allí donde la Constitución del Estado proclama el ejercicio de los derechos políticos independientemente del credo religioso, nos encontramos al mismo tiempo con que los

hombres sin religión son considerados al margen del decoro. Eso quiere decir que la existencia de la religión contradice a la realización acabada del Estado. Emancipar políticamente al judío, al cristiano, al hombre religioso en general, equivale a emancipar al Estado del judaísmo, del cristianismo, de la religión en general. El Estado puede liberarse de esa traba sin que el hombre, como tal, se vea libre de ella, y esto es precisamente lo que marca sus fronteras a la emancipación política.

Marx sigue desarrollando esta idea. El Estado, como tal, niega la propiedad privada: el hombre declara, en el terreno político, abolida la propiedad privada, al abolir el requisito de un censo de fortuna para ser elector o elegido, como en muchos Estados norteamericanos libres se ha hecho. El Estado proclama abolidas las diferencias de nacimiento, de profesión, de cultura, de ocupación, y lo hace a su modo, proclamándolas como diferencias no políticas, y llamando a cuantos forman el pueblo, sin atender a ninguna de esas diferencias, a participar por igual de la soberanía. Pero esto no quiere decir que el Estado no deje subsistir la propiedad privada, la cultura, la ocupación a su modo; es decir, como propiedad privada, como cultura, como ocupación, permitiéndoles que sigan viviendo y manifestándose con su carácter peculiar. Muy lejos de abolir estas diferencias de hecho, el Estado existe gracias a ellas, aunque solo se sienta y se crea Estado político, y aunque proclame su carácter de generalidad en oposición a esos elementos que lo integran. El Estado político acabado y perfecto es, por su esencia, la vida genérica de la humanidad, por contraposición a su vida material. Pero todos los elementos que condicionan esta vida egoísta siguen trajinando al margen del Estado y de su esfera en la sociedad burguesa como otras tantas cualidades y características de esta sociedad. La relación que guardan entre sí el Estado político y sus elementos condicionantes, ya sean estos de carácter material, como la propiedad privada, o de índole espiritual, como la religión, es la pugna entre el interés general y el interés privado. El conflicto del hombre como creyente de una determinada religión y como ciudadano de un Estado, el conflicto entre la religión que profesa y su ciudadanía y los demás hombres como miembros de la comunidad, se reduce, en última instancia, al divorcio entre el Estado político y la sociedad burguesa.

La sociedad burguesa es la base del Estado moderno, como la esclavitud era la base del Estado antiguo. El Estado moderno reconoce esta genealogía al proclamar los derechos del hombre, que al judío le competen, lo mismo que le compete el goce de los derechos políticos.

Los derechos del hombre reconocen y sancionan al individuo egoísta de la sociedad burguesa y la dinámica desenfrenada de los elementos espirituales y materiales que forman su contenido vital en la actual situación, el contenido de la vida burguesa actual. No emancipan al hombre de la religión, sino que le confieren la libertad religiosa; no lo emancipan de la propiedad, sino que le confieren la libertad de ser propietario; no lo emancipan de la infamia de la ganancia, sino que le confieren la libertad industrial. La revolución política ha creado la sociedad burguesa, reduciendo a escombros el abigarrado régimen feudal, todos aquellos estamentos, gremios y corporaciones que eran otras tantas expresiones del divorcio que mediaba entre el pueblo y su colectividad; creó el Estado político como incumbencia general, el verdadero Estado.

Marx lo resume así: "La emancipación política es la reducción del hombre, por una parte, a miembro de la sociedad burguesa, a individuo egoísta e independiente; por otra parte, su reducción a ciudadano del Estado, a persona moral. Solo cuando el hombre individual y verdadero absorba en sí al ciudadano abstracto del Estado, para tornarse en ser genérico como tal hombre individual, con su vida empírica, su trabajo individual y sus condiciones individuales; solo cuando el hombre haya reconocido y organizado sus fuerzas propias como fuerzas sociales, sin que, por lo tanto, separe ya de su persona la fuerza social bajo forma de fuerza política, solo entonces, podremos decir que la emancipación humana se ha consumado".

Faltaba aún examinar la afirmación de que el cristiano era más susceptible de ser emancipado que el judío, afirmación que Bauer había pretendido explicar por las características de la religión judaica. Marx parte de Feuerbach, quien había interpretado la religión semita por el carácter judío, y no a la inversa. Pero supera incluso a Feuerbach, al indagar el elemento social específico que se refleja en la religión judaica. ¿Cuál es, se pregunta, la razón secular del judaísmo? Es, contesta, la necesidad práctica, el beneficio propio. ¿Cuál es el culto secular del judío? El lucro. ¿Cuál su Dios terrenal? El dinero. "Ahora bien, la emancipación del lucro y del dinero, es decir, del judaísmo práctico y real, sería la propia emancipación de nuestra época. Una organización social que suprimiese las condiciones que permiten el lucro, es decir, la posibilidad del lucro mismo, haría imposible al judío. Su conciencia religiosa se evaporaría como una nube en la atmósfera real de la sociedad. Por otra parte, si el judío reconoce como nulo este modo suyo práctico de ser y trabaja por cancelarlo, trabajará, arrancándose a su anterior desarrollo, por la emancipación humana,

volviéndose, pura y simplemente, contra la suprema expresión práctica de la humana degradación". Marx reconoce en el judaísmo un elemento general, presente, antisocial, exaltado hasta el grado que hoy presenta y en el que necesariamente se disolverá, por la evolución histórica, a la que tan celosamente han contribuido, en este deplorable respecto, los propios judíos.

Con este artículo, Marx consiguió dos cosas. En primer término, poner al desnudo las raíces de las relaciones entre la sociedad y el Estado. El Estado no es, como pretendía Hegel, la realidad de la idea moral, la razón absoluta y el absoluto fin en sí, sino que tiene que contentarse con el papel, mucho más modesto, de amparar la anarquía de la sociedad burguesa, que lo erige como su guardián: la lucha general de unos hombres contra otros, de unos individuos contra otros individuos, la guerra de todos los individuos, destacados unos frente a otros por su sola individualidad, la dinámica desenfrenada de sus elementos vitales sueltos, la propiedad, la industria, la religión, cuando en realidad es su inhumanidad y su esclavitud más refinada.

En segundo término, Marx descubre que las cuestiones religiosas del día no tienen, en el fondo, más que una significación social. Para indagar el desarrollo del judaísmo no acude a la teoría religiosa, sino a la práctica industrial y comercial, de la que la religión judía es, a su juicio, un reflejo imaginativo. El judaísmo práctico no es más que la consumación del mundo cristiano. En una sociedad burguesa comercial y judaizada como la nuestra, el judío tiene un puesto de derecho propio y puede reclamar la emancipación política, como el goce de los derechos generales del hombre. Pero la emancipación humana implica una nueva organización de las fuerzas sociales, que haga al hombre dueño y señor de sus fuentes de vida; en trazos borrosos, empieza a dibujarse ya, en este artículo, la imagen de la colectividad socialista.

En los *Anales franco-alemanes*, Marx sigue sembrando todavía en tierra filosófica, pero en los surcos que abre su arado crítico germina ya el principio de una concepción materialista de la historia que pronto, bajo el sol de la civilización francesa, va a ser fruto sazonado.

4. CIVILIZACIÓN FRANCESA

Dada la manera de trabajar de Marx, es muy probable que los dos artículos sobre la filosofía del derecho en Hegel y la cuestión judía los

hubiese esbozado ya en Alemania, durante los primeros meses de su feliz matrimonio. Pero en ellos se ve ya cierta preocupación por la Gran Revolución Francesa, lo cual parece indicar que Marx se lanzó al estudio de su historia tan pronto como su estancia en París le permitió ponerse en contacto con sus fuentes, a la vez que con las fuentes que informan su historia preliminar, el materialismo francés, y su historia posterior, el socialismo.

París podía jactarse, pues tenía títulos para eso, de ir a la cabeza de la civilización burguesa. En la revolución de julio de 1830, la burguesía francesa, tras una serie de ilusiones y catástrofes que trascienden a la historia universal, consolida por fin las conquistas de la gran revolución de 1789. Sus talentos se desperezan placenteramente, pero aún no está vencida, ni mucho menos, la resistencia de los viejos poderes, cuando se alzan en el horizonte otros nuevos, y se entabla, en incesante vaivén, una lucha de espíritus sin precedente en ningún otro país de Europa, y mucho menos, naturalmente, en Alemania, donde reina un silencio sepulcral.

Marx se lanza a este oleaje, del que su espíritu saldrá acerado, a pecho descubierto. No precisamente como un halago, lo cual refuerza la virtud probatoria, escribía Ruge a Feuerbach, en mayo de 1844, que Marx leía mucho y trabajaba con una intensidad extraordinaria, pero sin acabar nada, dejándolo todo empezado y debatiéndose sin cesar en un mar de libros. Y añade que está en un estado de irritación y violencia, sobre todo cuando ha trabajado hasta enfermar, pasando tres y hasta cuatro noches seguidas sin acostarse. Ha vuelto a abandonar la crítica de la filosofía hegeliana y se propone aprovechar la estancia en París, cosa que Ruge encuentra muy acertada, para escribir una historia de la Convención Nacional, para la que tiene reunidos los materiales y concebida una serie de puntos de vista muy interesantes.

Marx no llegó a escribir la historia de la Convención, lo cual no le quita crédito, más bien se lo da, a las noticias de Ruge. Cuanto más ahondaba Marx en la historia de la revolución de 1789, más movido tenía que sentirse a renunciar a la crítica de la filosofía hegeliana como clave para explicarse profundamente las luchas y las aspiraciones de aquellos tiempos, y tanto menos podía reducirse a la historia de la Convención que, aun representando un máximum de energía política, de poder político y de inteligencia política, se había demostrado impotente para ponerle límites a la anarquía social.

Fuera de las exiguas noticias de Ruge, no poseemos, desdichadamente, testimonio alguno que nos permita seguir en

detalle la marcha de los estudios emprendidos por Marx durante la primavera y el verano del año 1844[23]. Pero a grandes rasgos, no es difícil relatar el curso que siguieron las cosas. El estudio de la Revolución Francesa puso a Marx en contacto con aquella literatura histórica del "Tercer Estado" que había surgido bajo la restauración borbónica, cultivada por grandes talentos, y que se remontaba a investigar la existencia histórica de su clase hasta el siglo XI, presentando la historia de Francia desde la Edad Media como una serie ininterrumpida de luchas de clases. A estos historiadores –entre los cuales menciona a Guizot y a Thierry– debía Marx el conocimiento del carácter histórico de las clases y de sus luchas, cuya anatomía económica le habrían de revelar luego los economistas burgueses, y principalmente Ricardo. Marx protestó siempre contra el hecho de que se atribuyera a él el descubrimiento de la teoría de la lucha de clases; lo que reivindicaba para si era, pura y simplemente, el haber demostrado que la existencia de las clases va aparejada a determinadas luchas históricas que orientan el desarrollo de la producción, poniendo en claro que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado y que esta dictadura no representa más que el tránsito a la abolición total de las clases y a la instauración de una sociedad sin clases. Estas ideas fueron formándose en Marx durante su destierro en París.

El arma más brillante y más afilada que el "Tercer Estado" esgrimía contra las clases gobernantes en el siglo XVIII era la filosofía materialista. Marx se aplicó también celosamente a su estudio durante su estadía en París, preocupándose menos por aquellas corrientes que arrancaba de Descartes y que conducía a las ciencias naturales, que de aquella otra que, partiendo de Locke, desembocaba en la ciencia social. Helvetius y Holbach, quienes transportaron el materialismo a la vida social, destacando como puntos de vista capitales de su sistema la igualdad natural de las inteligencias humanas, la unidad entre el progreso de la razón y el progreso de la industria, la bondad natural de la humanidad y la omnipotencia de la educación, fueron también los astros que iluminaron los trabajos del joven Marx en París. Este bautizó su doctrina con el nombre de "humanismo real", como había hecho también con la filosofía de

[23] En esta época Marx escribe los llamados *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (se puede consultar el texto en la edición de Colihue, 2006 o en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/index.htm). Fueron publicados por primera vez en 1932, catorce años después de que Mehring escribiera esta biografía.

Feuerbach; pero el materialismo de Helvetius y Holbach se había trocado ya en la "base social del comunismo".

El París de aquella época ofrecía una ocasión maravillosa para realizar el propósito, ya enunciado por Marx en la *Gaceta del Rin*, de estudiar el comunismo y el socialismo. Aquí, sus miradas se encontraban con un cuadro de una riqueza de ideas y de figuras que casi aturdía. La atmósfera espiritual estaba saturada de gérmenes socialistas, y hasta el *Journal des Débats*, el periódico clásico de la aristocracia financiera gobernante, al cual el Gobierno pasaba una cuantiosa subvención anual, no conseguía apartarse de esta corriente, aunque se limitara a publicar en su folletín las que podríamos llamar novelas socialistas espectaculares de Eugenio Sué. En el polo contrario estaban los pensadores geniales como Leroux, alumbrados ya por el proletariado. Y entre uno y otro polo se alzaban las ruinas de los saint-simonianos y la secta activísima de los fourieristas, que tenían en Considérant a su caudillo y en la *Democracia pacífica* su órgano, los socialistas cristianos, como el sacerdote católico Lamennais, el antiguo revolucionario Buchex, los socialistas pequeñoburgueses como Sismondi, Buret, Pecquer y Vidal, sin olvidar la amena literatura, sobre la que de vez en cuando ciertas obras importantes, como las canciones de Beranger, o las novelas de Jorge Sand, proyectaban luces y sombras socialistas.

Pero lo característico de todos estos sistemas socialistas era que contaban siempre con el buen sentido y la benevolencia de las clases poseedoras, quienes esperaban poder convencer, por la propaganda pacífica y las armas de la persuasión, de la necesidad de las reformas o transformaciones sociales que predicaban. Y aun cuando todos ellos habían salido de los desengaños de la Gran Revolución, aborrecían la senda política que los había llevado a estos desengaños; era necesario ayudar a las masas oprimidas, ya que ellas no podían ayudarse a sí mismas. Todas las sublevaciones obreras de la década del treinta habían fracasado, y la verdad era que sus caudillos más resueltos, hombres como Barbes y Blanqui, carecían de toda teoría socialista y de medios prácticos concretos para una revolución social.

Pero esto hacía que el movimiento obrero creciese rapidísimamente. Enrique Heine, con la mirada profética del poeta, expresaba del siguiente modo el problema planteado: "Los comunistas son el único partido de Francia que merece ser tomado en consideración sin reservas. La misma atención reclamaría yo para las ruinas del saint-simonismo, cuyos partidarios viven

todavía, escudados bajo los más extraños nombres, y para los fourieristas, que siguen actuando y agitándose afanosamente. Pero a estos hombres honorables no los mueve más que el nombre, la cuestión social como tal cuestión, el concepto tradicional; no los impulsa la necesidad demoniaca, no son los siervos predestinados de los que se vale la suprema voluntad universal para realizar sus inmensos designios. Más tarde o más temprano, la familia dispersa de Saint-Simon y todo el estado mayor de los fourieristas se pasarán a las filas cada vez más nutridas de los ejércitos comunistas y, siguiendo el mandato de la áspera necesidad, asumirán el papel de los padres de la Iglesia". Estas líneas fueron escritas por Heine el 15 de junio de 1843, y aún no había transcurrido el año desde que fueran estampadas, cuando llegaba a París el hombre que, obedeciendo el mandato de la áspera realidad, habría de realizar lo que el poeta, en su lenguaje metafórico, esperaba de los saint-simonianos y de los fourieristas.

Aún no había salido de Alemania, seguramente, ni abandonado el terreno filosófico, cuando Marx condenaba la construcción del porvenir y la tendencia a plasmar conclusiones acabadas para todos los tiempos, a plantar banderas dogmáticas, votando también contra el parecer de esos "crasos socialistas" para quienes ocuparse de cuestiones políticas era incompatible con la dignidad. Recordemos que decía que no bastaba que la idea clamase por hacerse realidad, sino que era necesario que la realidad gritase también por erigirse en idea, y en su doctrina se cumplía esta condición. Desde la represión de la última sublevación obrera en el año 1839, el movimiento obrero y el socialismo comenzaban a converger, partiendo de tres puntos distintos.

El primero era el partido democrático-socialista. Su socialismo no tenía nada de vigoroso, pues el partido se componía de elementos pequeñoburgueses y proletarios, y los tópicos inscriptos en sus banderas, organización del trabajo y derecho al trabajo, eran otras tantas utopías pequeñoburguesas irrealizables dentro de la sociedad capitalista. En esta, el trabajo se halla organizado como necesariamente tiene que estarlo en semejante tipo de sociedad: como trabajo asalariado que presupone la existencia del capital y que solo puede abolirse con este. Lo mismo sucede con el derecho al trabajo, aspiración solamente realizable mediante la propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo, es decir, con la abolición de la sociedad burguesa, en cuyas raíces se negaban solemnemente a meter el hacha los caudillos de este partido, Luis Blanc, Ledru-Rollin, Fernando Flocon, muy preocupados por no pasar por comunistas ni por socialistas.

Pero, por muy utópicas que fuesen las metas sociales que se proponía, este partido representaba, a pesar de todo, un notable avance, puesto que pisaba la senda política que habría de llevar a ellas. Este partido declaraba que toda reforma social sería imposible sin una reforma política, y que la conquista del poder político era la única palanca que podía salvar a las masas oprimidas. El partido democrático-socialista reclamaba la implantación del sufragio universal, y este postulado encontró un vivo eco en el seno del proletariado, que, cansado ya de conspiraciones y golpes de mano, aspiraba a esgrimir armas más eficaces para sus luchas de clases.

Mayores eran las huestes que se congregaban en torno a la bandera del comunismo obrero desplegaba por Cabet. Cabet, que había empezado siendo jacobino, se pasó al campo del comunismo por la senda literaria, influido por la utopía de Tomás Moro. Cabet abrazaba esta doctrina abiertamente, con la misma decisión con la que el partido democrático-socialista la repudiaba, si bien coincidía con él en cuanto afirmaba que la democracia política era necesaria como etapa de transición. Esto hizo que el viaje a Icaria, donde Cabet intentó delinear la sociedad del mañana, fuese mucho más popular que las geniales fantasías futuristas de Fourier, con las que aquella mezquina concepción no podía ni siquiera compararse.

Finalmente, del seno del propio proletariado empezaron a alzarse algunas voces claras y vibrantes, que denotaban inequívocamente que esta clase empezaba a salir de la tutela. Marx conocía ya a Leroux y a Proudhon, cajistas de imprenta ambos y pertenecientes, por lo tanto, a la clase obrera, desde los tiempos de la *Gaceta del Rin*, donde había prometido estudiar a fondo sus obras. Su interés por estos autores se explica, a mayor abundancia, sabiendo que ambos pretendían entroncar con la filosofía alemana, aunque incurriendo los dos en grandes errores. De Proudhon nos dice el propio Marx que se pasaba largas horas, noches enteras a veces, pretendiendo explicarle la filosofía hegeliana. Permanecieron unidos durante algún tiempo, para separarse enseguida otra vez, pero al morir Proudhon, Marx reconoció de buen grado el gran impulso que su primera actuación había dado al movimiento y que había influido, indudablemente, en él mismo. En la obra primeriza de Proudhon, en la que, renunciando ya a toda utopía se somete a la propiedad privada -considerada como causa de todos los males sociales- a una crítica fundamental y despiadada, Marx veía la primera manifestación científica del proletariado moderno.

Todas estas corrientes encauzaron al movimiento obrero y lo llevaron a fundirse con el socialismo. Pero, además de estar en contradicción unas con otras, todas incurrían en nuevas contradicciones consigo mismas, cosa natural, ya que estaban dando los primeros pasos. A Marx lo que más le interesaba, después del estudio del socialismo, era el estudio del proletariado. En julio de 1844, Ruge escribe a un amigo común de Alemania: "Marx se ha lanzado al comunismo alemán que bulle aquí; socialmente se entiende, pues mal podría encontrar nada interesante políticamente en estos tristes manejos. Una herida tan leve como la que aquí puedan inferirle estos aprendices y artesanos, que además no pasan de media docena, bien puede Alemania resistirla sin necesidad de tratamiento". Pronto habría de ver Ruge por qué Marx tomaba tan en serio "los manejos" de aquella "media docena de aprendices".

5. EL *VORWAERTS* Y LA EXPULSIÓN

Acerca de la vida personal de Marx en el destierro de París no poseemos grandes datos. Allí tuvieron el primer hijo, una niña, y su mujer hizo un viaje para ver a su familia y presentársela. Marx seguía manteniendo el antiguo trato con los amigos de Colonia, quienes contribuyeron con una ofrenda de mil táleros a que este año fuese tan fecundo para él.

Marx mantenía estrechas relaciones con Enrique Heine, y contribuyó en su parte a que el año 1844 representara un punto de apogeo en la vida del poeta. Él fue quien lo ayudó a sacar del entierro el "Cuento de invierno" y la "Canción de los tejedores", así como las sátiras inmortales contra los déspotas de Alemania. Su trato con el poeta no fue largo, pero le guardó siempre fidelidad, a pesar de que los clamores escandalizados de los filisteos acerca de Heine eran todavía más fuertes que los que provocaba Herwegh; Marx calló incluso, generosamente, cuando el poeta, en su lecho de muerte, lo invocó como testigo falso para justificar la inocencia de la pensión anual que le había estado pasando el Gobierno de Guizot. Marx, que de muchacho había soñado en vano con ceñir a su cabeza el laurel de la poesía, guardó siempre una viva simpatía por el gremio de los poetas y una gran indulgencia para sus pequeñas debilidades. Entendía que los poetas eran seres raros a quienes había que dejar marchar libremente por la vida, y que no se les podía medir por el rasero de los otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco, si se quería que cantaran; con ellos, no valían las críticas severas.

Pero en Heine Marx no veía solo al poeta, sino que veía también al luchador. En la polémica entre Borne y Heine, que había acabado por ser, en aquellos días, una especie de piedra de toque de los espíritus, tomó resueltamente partido por el segundo. Decía que el trato necio que se le había dado a la obra de Heine sobre Borne por los asnos cristiano-germanos no tenía precedente en ninguna otra época de la literatura alemana. A Marx no lo desvió jamás de su camino el clamor que se alzaba contra la pretendida traición del poeta y que llegó a contagiar hasta a hombres como Engels y Lassalle, aunque fuese en su temprana juventud. "Nosotros no necesitamos de muchos signos para comprendernos", escribía Heine a Marx en una ocasión, disculpando "los enredosos garabatos de su escritura", pero la frase tenía un sentido más profundo que aquel en que se empleaba.

Marx estaba todavía sentado en los bancos de la escuela cuando Heine descubría ya, en el año 1834, que el "sentido liberal" de nuestra literatura clásica se revelaba "mucho menos entre los eruditos, los poetas y los literatos" que "en la gran masa activa, entre los artesanos y los industriales"; diez años más tarde, viviendo Marx ya en París, descubriría que "los proletarios, en su asalto contra lo existente, poseían como caudillos a los espíritus más avanzados, a los grandes filósofos". Para comprender en todo su alcance la libertad y la seguridad de este juicio, hay que saber que, hasta entonces, Heine había derramado sus sátiras más mordaces sobre aquellos políticos de mesa de café de los conventículos de emigrados, en los que Borne representaba el papel del gran tiranicida. Heine supo comprender el abismo de diferencia que había entre aquellas murmuraciones y la obra de Marx.

Lo que le atraía de Marx era el espíritu de la filosofía alemana y el espíritu del socialismo francés, su repugnancia irreductible contra la pereza cristiano-germana, aquel falso teutonismo que quería modernizar un poco con sus tópicos radicales el ropaje de la vieja estupidez germánica. Los Massmann y los Venedey, que siguen viviendo en las sátiras de Heine, pisan sobre las huellas de Borne, por mucho que este sobresaliese sobre ellos en espíritu y en ingenio. Borne carecía de todo sentido para el arte y la filosofía, fiel a su célebre frase de que Goethe había sido un siervo en verso y Hegel un siervo en prosa. Pero no se crea que, al romper con las grandes tradiciones de la historia alemana, entroncaba por ninguna afinidad espiritual con las nuevas potencias culturales del occidente de Europa. Heine, por su parte, no podía renunciar a Goethe ni a Hegel sin destruirse a sí mismo, y se abalanzó sobre el socialismo francés con sediento afán,

como sobre una fuente nueva de vida espiritual. Sus obras siguen viviendo frescas y radiantes, despertando la cólera de los nietos, como en su tiempo despertaran la de los abuelos; en cambio, las obras de Borne han caído en el olvido, y no tanto por el "trotecito de can" de su estilo como por su tenor.

"No me había imaginado a Borne, a pesar de todo, tan repugnante ni tan mezquino", dice Marx, saliendo al cruce de los chismes y murmuraciones que hacía correr contra Heine cuando todavía eran amigos, y que los herederos literarios de aquel fueron lo bastante torpes como para publicar, arrancándolos al secreto de sus papeles póstumos. Sin embargo, Marx, pese a todo, no hubiera puesto en duda el carácter indiscutiblemente honrado del murmurador si hubiera llegado a escribir acerca de esta polémica, como era su intención. No hay en la vida pública, seguramente, jesuitas mayores que esos radicales ilimitados y apegados a la letra que, escondiéndose en el manto delgado de sus virtudes, no retroceden ante ninguna sospecha, cuando se trata de poner en duda la honradez de los espíritus más capaces y más libres, a quienes es dado penetrar en las profundas raíces de la vida histórica. Marx estuvo siempre al lado de estos y nunca junto a aquellos; conocía a fondo, por propia experiencia, a esa raza cargada de virtudes.

Años más tarde, Marx hablaba de algunos "aristócratas rusos" que lo habían apañado en París, durante su destierro, aunque añadiendo que no era precisamente para jactarse. La aristocracia rusa, decía, se educaba en las Universidades alemanas y se iba a París a pasar los años de juventud. Por todas partes acechaba insistentemente, buscando los mayores extremismos que podía ofrecerle la civilización occidental, lo cual no era obstáculo para que en cuanto entraban al servicio del Estado se portaran como unos bandoleros. Al decir esto, Marx debía de aludir a un tal conde Tolstoy, agente secreto del Gobierno ruso, o a otros pájaros parecidos; no quería aludir, con seguridad, a aquel aristócrata ruso en cuya formación espiritual tanto influyó él por aquellos tiempos: Miguel Bakunin. Este confesó el ascendiente en momentos en que ya sus caminos se habían separado radicalmente; en el pleito Marx y Ruge, Bakunin tomó partido resueltamente a favor de Marx y en contra de Ruge, que había sido hasta entonces su protector.

Este pleito volvió a encenderse en el verano de 1844, ahora de un modo público. En París se publicaba, desde principio de año, bisemanalmente, el *Vorwaerts*, periódico que no tenía, por cierto, un

origen muy selecto. Lo había creado para sus fines un tal Enrique Bornstein, personaje que se dedicaba a negocios de teatro y de *la* publicidad, poniendo como contribución una abultada propina que había recibido del compositor Meyerbeer; por Heine sabemos cuánta importancia daba a la publicidad en gran escala, sin duda porque necesitaba de ella, este músico palaciego prusiano, tan aficionado a vivir en París. Pero, como buen comerciante que era, el fundador del periódico creyó oportuno tender sobre él un manto patriótico y puso al frente de su dirección a Adalberto van Bornstedt, un antiguo oficial prusiano, a la postre espía universal, confidente de Metternich y agente a sueldo del Gobierno de Berlín, todo en una pieza. El hecho es que, al aparecer los *Anales franco-alemanes*, el *Vorwaerts* los saludó con una andanada de insultos, que no sabe uno cómo calificar más acertadamente, si de estúpidos o de repugnantes.

Pero el negocio, a pesar de sus buenas partes, no prosperaba. Para sacar adelante una expeditiva fábrica de traducciones creada por Bornstein, cuya misión era poner a disposición de los teatros alemanes, con una increíble celeridad, las últimas novedades de la escena parisina, no hubo más remedio que buscar el modo de denostar a los jóvenes talentos dramáticos de Alemania, lo cual exigía a su vez, si se quería conseguir lo que se buscaba acerca de los buenos burgueses, ahora en rebeldía, que el periódico balbuceara algo de "progreso moderado", renunciando a los "extremismos" de izquierda y de derecha. En la misma situación de necesidad se encontraba el propio Bornstedt, si no quería alarmar a los círculos de emigrantes, en los que tenía que seguir transitando, con aire sospechoso, para poder cobrar su sueldo de confidente. Pero el Gobierno prusiano fue tan ciego que no comprendió sus propias necesidades, ni los esfuerzos de los que pretendían salvarlo, y prohibió la circulación del *Vorwaerts* en sus territorios, medida que trasplantaron también a sus otros gobiernos alemanes. En vista de esto, Bornstedt renunció, a comienzos de mayo, a seguir representando la comedia, pero no así Bornstein. Este quería sacar adelante sus negocios fuera como fuese, y se dijo, con esa sangre fría del especulador avezado, que ya que el Gobierno de Prusia prohibía el periódico, no había más camino que condimentarlo con todas las especias propias de un periódico clandestino, que ya el buen burgués se las arreglaría para recibirlo por debajo de cuerda. Vio, pues, el cielo abierto cuando el exaltado y juvenil Bernay le ofreció un artículo salpimentado y, después de algunos choques, le encomendó al articulista la dirección literaria del periódico, en la

vacante del ex oficial prusiano. A falta de otro periódico, empezaron a colaborar también en él diversos emigrados, pero sin connivencia alguna con la redacción, cada cual bajo su propia y exclusiva responsabilidad.

Entre los primeros que acudieron, estaba Ruge. También este tuvo, al principio, unos cuantos choques, firmados con su nombre, con Bornstein, en los cuales llegó incluso a defender los artículos publicados por Marx en los *Anales franco-alemanes*, como si estuviese plenamente identificado con él. Dos meses después de esto, volvió a publicar otros dos artículos, un par de acotaciones breves acerca de la política prusiana, y un largo artículo lleno de chismes sobre la dinastía de Prusia, en el que hablaba del "rey bebedor" y de la "reina coja", de su matrimonio "puramente espiritual", etcétera. Estos artículos ya no aparecían firmados con su nombre, sino por "un prusiano", lo que podía echar sobre los hombros de Marx su paternidad. Ruge era concejal en Dresde, y así había sido inscripto en la embajada sajona de París; Bernay era bávaro, del palatinado renano; mientras que Bornstein era natural de Hamburgo y, aunque había vivido mucho en Austria, no había residido jamás en Prusia.

¿Qué fines perseguía Ruge con aquella firma confusionista puesta al pie de su artículo? No es posible saberlo ya, hoy. Lo cierto es que se había ido despertando en él, como revelan sus cartas a sus amigos y parientes, un odio furioso contra Marx, a quien cubría de insultos tales como un "verdadero miserable", "judío desvergonzado" y otros por el estilo; otro hecho indiscutible es que, dos años más tarde, dirigiría una súplica arrepentida al ministro prusiano del Interior, delatando a sus compañeros de destierro en París y echando encima de estos "jóvenes anónimos", a sabiendas de que mentía, los pecados cometidos por él mismo desde el *Vorwaerts*. Pero cabe también, a pesar de todo, que Ruge firmase así sus artículos para dar mayor fuerza y evidencia a sus afirmaciones sobre la política prusiana. En este caso, cometía, por lo menos, una gran ligereza, y se comprende que Marx se apresurase a parar el golpe del pretendido "prusiano".

Lo hizo, naturalmente, de una manera digna de él. Tomando las dos o tres observaciones más o menos objetivas que Ruge había hecho acerca de la política prusiana, despachó aquel largo artículo lleno de murmuraciones antidinásticas con esta nota, puesta al pie de su réplica: "Razones especiales me obligan a declarar que el presente artículo es el primero que entrego a las columnas del *Vorwaerts*". Fue el primero y, dicho sea de paso, el último también.

El problema que en el fondo se debatía era la sublevación de los tejedores silesianos en el año 1844, que Ruge había calificado de suceso sin importancia; le había faltado, decía, el alma política, y sin alma política no cabía revolución social. Marx replicaba, con razones que ya había expuesto, sustancialmente, en su artículo sobre la cuestión judía. El poder político no podía curar ningún mal social, por la sencilla razón de que al Estado no le era dado cancelar situaciones de las que él mismo era un producto.

Marx se volvía severamente contra el utopismo, afirmando que era una quimera querer realizar el socialismo sin revolución, pero se volvía también, y con no menos rigor, contra el blanquismo, haciendo ver que la inteligencia política engañaba al instinto social cuando lo quería hacer avanzar por medio de pequeñas intentonas estériles. Marx explica en este artículo, con brevedad epigramática, lo que es la revolución: "toda revolución cancela la vieja sociedad; en este sentido, toda revolución es social. Toda revolución derroca el poder antiguo, y al hacerlo, toda revolución es política". No tenía sentido hablar, como Ruge, de una revolución social con alma política; lo racional era exigir una revolución política con alma social. La revolución de por sí –el derrocamiento del poder existente y la supresión de las condiciones tradicionales– era un acto político. El socialismo necesitaba de este acto político, en cuanto necesitaba que lo existente se destruyera y anulase. Pero allí donde comenzaba su actividad organizadora, donde apuntaba su fin en sí, su alma, el socialismo desgarraba ya la envoltura política.

Con estas ideas, Marx volvía a empalmar con el artículo sobre la cuestión judía y pronto la sublevación de los tejedores silesianos vino a confirmar lo que había dicho acerca de la languidez de la lucha de clases en Alemania. Su amigo Jung le había escrito desde Polonia que en la "*Gaceta* de esta ciudad había ahora más comunismo que antes en la del Rin"; que aquel periódico había abierto una suscripción para las familias de los tejedores caídos y presos, y que con el mismo fin se habían recaudado cien táleros entre los funcionarios principales y los comerciantes más ricos de la ciudad, en una comida de despedida dada al Presidente del Gobierno; que por todas partes se despertaban en la burguesía grandes simpatías hacia los rebeldes peligrosos; "lo que en usted era, hace todavía unos cuantos meses, una posición audaz y completamente nueva, se ha convertido casi en la evidencia del lugar común".

Marx ponía de relieve aquel movimiento general de opinión, favorable a los tejedores, contra el menosprecio del que Ruge hacia

objeto a su sublevación. "Pero la pequeña resistencia de la burguesía contra las tendencias y las ideas sociales" no lo movía a engaño. Preveía que el movimiento obrero ahogaría las simpatías y los conflictos en el seno de las clases gobernantes, conjurando sobre su cabeza, tan pronto como consiguiese un poder decisivo, la hostilidad toda de la política. Marx ponía al desnudo la profunda diferencia que mediaba entre la emancipación burguesa y la emancipación proletaria, demostrando que aquella era un producto del bienestar social, mientras que esta era fruto de la miseria social. El vacío existente entre la comunidad política y el Estado era, según él, la causa de la revolución burguesa, el aislamiento entre el ser humano y la comunidad de los hombres, la raíz de la revolución proletaria. Y como el aislamiento de este ser y de esta comunidad era incomparablemente más completo y más irresistible, más espantoso, más preñado de contradicciones que el aislamiento de la comunidad política, su extirpación, aunque no fuese más que como fenómeno parcial, como había sucedido en la sublevación de los tejedores silesianos, tenía mucho más de infinito; del mismo modo que el hombre tenía más de infinito que el ciudadano, miembro del Estado, y la vida humana mucho más que la vida política.

Partiendo de esta premisa, era natural que Marx juzgase aquella sublevación de un modo muy diferente al de Ruge.

"En primer lugar, hay que traer al recuerdo la canción de los tejedores, este audaz estandarte de lucha, en el que el proletariado grita desde el primer instante de un modo violento, tajante, agresivo, despiadado, su incompatibilidad con la sociedad de la propiedad privada. El alzamiento silesiano comienza precisamente por donde terminan los alzamientos franceses e ingleses, por la conciencia de lo que es el proletariado. Los tejedores sublevados no destruyen solamente las máquinas, rivales del obrero, sino también los libros comerciales, los títulos de la propiedad; y mientras que todos los demás movimientos se enderezaban, en un principio, contra el señor industrial exclusivamente, contra el enemigo visible, este se vuelve a la par contra el banquero, contra el enemigo solapado. Finalmente, no ha habido un solo alzamiento obrero inglés que se llevara con tanta bravura, serenidad y perseverancia".

A este propósito, Marx recordaba los geniales escritos de Weitling, tan superiores en ciertos aspectos, teóricamente, a los de Proudhon, aunque en su ejecución les fuesen a la zaga. "¿Dónde podía presentar la burguesía –sin excluir a sus filósofos ni a sus eruditos– una obra semejante a la de Weitling: *Garantías de la armonía y la libertad*,

respecto a la emancipación de la burguesía, su emancipación política?" Si se compara la tímida y pagada mediocridad de la literatura política alemana con estos comienzos literarios gigantescos y brillantes de los obreros alemanes; si se comparan estos gigantescos zapatos de niño del proletariado con la insignificancia de los zapatos políticos rotos de la burguesía alemana, hay que profetizar una talla atlética para nuestra Cenicienta. Marx llama al proletariado alemán el teórico del proletariado europeo, reservando al inglés el título de su economista y al francés el de su político.

La posteridad ha confirmado el juicio de Marx acerca de la obra de Weitling. Era una obra genial para su época, tanto más genial si se considera que el sastre alemán abrió el cauce a la inteligencia del socialismo y el movimiento obrero, adelantándose a Luis Blanc, a Proudhon, y más eficazmente que ellos. Lo que hoy nos sorprende es lo que Marx dice acerca del significado histórico del alzamiento de los tejedores silesianos. Le atribuye tendencias que le eran manifiestamente ajenas, y Ruge, presentando el movimiento como una simple rebelión nacida del hambre, parece enfocarlo mucho más certeramente que él. Y sin embargo, vuelve a revelársenos aquí, de un modo más contundente, lo que ya habíamos visto en la disputa en torno a Herwegh: que lo peor que puede ocurrirle a los filisteos al enfrentarse con el genio es tener razón. Pues, a fin de cuentas, un corazón grande vence siempre sobre una inteligencia pequeña.

Aquella "media docena de aprendices" de la que Ruge hablaba tan desdeñosamente, mientras Marx se aplicaba con celo a su estado, se habían organizado en la Liga de los Justicieros, formada allá por la década del treinta, cuando se desarrolló en Francia el movimiento de las sectas, viéndose complicada en su última derrota del año 1839. Esta derrota fue beneficiosa en cierto modo para la Liga, puesto que los elementos desperdigados no volvieron a reunirse en su viejo centro de París, sino que trasplantaron la organización a Inglaterra y a Suiza, donde la libertad de reunión y de asociación les brindaba un mayor margen de acción, infundiendo a estas ramas desprendidas mayor fuerza que al viejo tronco. El grupo de París estaba bajo la dirección de Hermann Ewerbeck, un alemán de Danzig, traductor de la utopía de Cabet y apresado entre las redes del utopismo moralizante de este autor. Weitling, que dirigía la agitación del grupo en Suiza, estaba muy por encima de él en potencia espiritual, y, por lo menos en cuanto a decisión revolucionaria, le ganaban también los jefes londinenses de la Liga: el relojero José Moll, el zapatero Enrique Bauer y Carlos Schapper, un antiguo estudiante de

la escuela forestal, que se ganaba la vida unas veces como cajista de imprenta y otras veces como profesor de idiomas.

Marx debió tener noticia, por primera vez, de la "impresión imponente" que causaban estos "tres hombres de verdad" por Federico Engels, quien lo visitó en París en septiembre de 1844, de paso por esta capital, donde permaneció diez días en contacto con él. Durante esta visita, Marx y Engels pudieron comprobar los muchos puntos de coincidencia que había entre sus ideas, como ya habían revelado sus respectivos artículos en los *Anales franco-alemanes*. Contra estas concepciones se había declarado posteriormente su amigo de otros tiempos, Bruno Bauer, en un periódico literario fundado por él, y su crítica llegó a conocimiento de ambos precisamente por los días en que estaban reunidos. Se decidieron sin más dilaciones a contestarle, y Engels puso inmediatamente por escrito lo que habría de decir. Pero Marx, fiel a su modo de ser, tomó el asunto más por lo profundo de lo que en un principio había pensado, y después de un trabajo esforzado de varios meses, reunió veinte pliegos impresos, a los que puso fin en enero de 1845, al tiempo que finalizaba también su estadía en París.

Al hacerse cargo de la dirección del *Vorwaerts*, Bernay arremetió firmemente contra el "conglomerado cristiano-germano" de Berlín, sin cometer delito de "lesa majestad". Por su parte, Heine no cesaba de disparar sus flechas encendidas contra el "nuevo Alejandro" sentado en el trono de Berlín. La monarquía legítima hacía llover peticiones sobre la policía de la monarquía burguesa ilegítima, para que se descargara con un acto de fuerza sobre el periódico. Pero Guizot era duro de oído; a pesar de todas sus ideas reaccionarias, era un hombre culto y sabía, además, la alegría que iba a dar a la solapada oposición si se prestaba a servir de siervo de los déspotas prusianos. Pero empezó a ablandarse cuando el *Vorwaerts* publicó un "infame artículo" acerca del atentado del intendente Tschech contra Federico Guillermo IV. Después de tratar el asunto en el Consejo de Ministros, Guizot se mostró dispuesto a proceder contra el *Vorwaerts* por dos conductos: por la vía policial, deteniendo al redactor responsable del periódico por no haber prestado la garantía necesaria, y por la vía penal, procesándolo por instigación al regicidio.

En Berlín dieron su conformidad a la primera medida, pero, una vez ejecutada, resultó ser una oportunidad perdida; Bernay fue condenado a dos meses de cárcel y a trescientos francos de multa, por no haber prestado la garantía exigida por la ley; pero el *Vorwaerts* declaró

inmediatamente que en lo sucesivo se publicaría como revista mensual, para lo cual no se exigía garantía alguna. En cambio, el Gobierno de Berlín desechó resueltamente el segundo ofrecimiento, inducido por el temor, probablemente fundado, de que el jurado de París no se prestara a violentar su conciencia por hacerle un favor al rey de Prusia. Los prusianos siguieron conspirando con Guizot para que se expulsara de Francia a los redactores y colaboradores del periódico.

Después de largas y trabajosas negociaciones, el ministro francés se rindió a discreción, gracias –como por entonces se dijo y como Engels subrayó, muchos años más tarde, en su discurso sobre la tumba de la mujer de Marx– a la desagradable mediación de Alejandro de Humboldt, emparentado con el ministro prusiano de Negocios Extranjeros. Últimamente, ha pretendido lavarse la memoria de Humboldt respecto a esta acusación, con el pretexto de que en los archivos prusianos no ha aparecido huella alguna de aquellas negociaciones, pero esto no prueba mucho, en primer lugar porque los documentos acerca de este triste asunto no se han conservado completos, y en segundo lugar porque de estas cosas no suele dejarse testimonio escrito. Todo lo que han aportado de realmente nuevo las investigaciones hechas en los archivos demuestra más bien que tuvo que mediar necesariamente un acto decisivo tras bastidores. Con quien más furiosos estaban en Berlín era con Heine, que había publicado en el *Vorwaerts* once de sus más filosas sátiras contra el régimen prusiano y contra el propio rey. Pero Heine era precisamente, para Guizot, el punto más delicado del asunto. Se trataba de un poeta de fama europea, a quien los franceses consideraban casi un prestigio nacional. Esta grave objeción de Guizot debió contársela en el oído al embajador prusiano en París –ya que el propio Guizot no la habría de expresar en persona– algún pajarito, pues el 4 de octubre el señor embajador comunicaba de pronto a Berlín que no creía que hubiera razones para considerar como miembro de la redacción del periódico a Heine, el cual solo había publicado en sus columnas dos poesías, y en Berlín no pusieron reparo alguno.

Gracias a esto, Heine quedó al margen de la maniobra, pero en cambio se dio la orden de expulsión, con fecha 11 de enero de 1845, contra una serie de emigrados alemanes por haber escrito en el *Vorwaerts*, o simplemente por sospecharse que lo habían hecho. Entre los expulsados se encontraban Marx, Ruge, Bakunin, Bornstein y Bernay. Algunos de ellos pudieron salir a flote; Bornstein obligándose a renunciar a toda ulterior intervención en el periódico. Ruge subiendo y bajando escaleras, visitando al embajador de Sajonia y a varios

diputados franceses para convencerlos de que era un súbdito sumiso y leal. Estos manejos no estaban hechos, naturalmente, para Marx, que trasladó su residencia a Bruselas.

Su destierro en París había durado poco más de un año, pero, por ser tan corto, había sido la etapa más importante de sus años de aprendizaje y peregrinación; rica en sugestiones y experiencias, más rica todavía por la conquista de un compañero de armas, aquel del que tanto necesitaba, más y más cuanto más tiempo transcurría, para dar cima a la gran obra de su vida.

CAPÍTULO IV
FEDERICO ENGELS

1. OFICINA Y CUARTEL

Federico Engels nació en Barmen, el 28 de noviembre de 1820. No fue precisamente el ambiente familiar el que le infundió las ideas revolucionarias, ni a ellas lo arrastró tampoco la penuria personal, sino su clara inteligencia: le ocurrió como a Marx, en ambos aspectos. Su padre era un fabricante bien acomodado, de ideas conservadoras y ortodoxas; en cuanto a la religión, Engels tuvo que vencer mayores obstáculos que Marx.

Se dedicó al comercio, después de haber cursado en el Instituto de Elberfeld hasta un año antes del examen de bachiller. Como Freiligrath, se convirtió en un magnífico comerciante, sin que el "vil comercio" llegara a infiltrarse jamás en su corazón. Lo vemos retratado por primera vez de cuerpo entero en las cartas que, a los dieciocho años, siendo meritorio en la oficina del cónsul Leopold de Brema, dirige a los hermanos Graber, dos amigos del colegio, ahora estudiantes de teología. En estas cartas, apenas se habla de comercio y de negocios. Solo alguna que otra alusión, como esta: "Incluso en el escritorio de la oficina, hoy no tuvimos la garganta seca". Ya en su juventud, como sería luego en su madurez, Engels era un buen bebedor; y aunque no fuera a la famosa "Taberna del Conejo" de Brema a soñar, como Hauff, ni a cantar, como Heine, no deja de hablarnos, con crudo humor, de las "grandes borracheras" que experimentó alguna que otra vez bajo aquellas venerables bóvedas.

También él, como Marx, hizo sus primeros ensayos poéticos, convenciéndose no menos rápido que aquel de que en este jardín no crecían los laureles para su frente. En una carta fechada el 17 de septiembre de 1838, es decir, antes de cumplir los dieciocho años, declara que lo han convencido los consejos de Goethe "para jóvenes poetas", curándolo de sus ilusiones para con esta carrera. Se refiere a los dos pequeños estudios de Goethe en los que el viejo maestro explica que la lengua alemana ha llegado a tan alto grado de perfección, que a cualquiera puede expresarse, si le place, en ritmos y en rimas, sin que deba asignar al hecho demasiada importancia. Goethe cierra sus consejos con esta "frase rimada":

Advierte joven, a tiempo
que hay talentos muy notables
para acompañar las musas,
pero que como guías no valen.

El joven Engels se encontró perfectamente retratado en estos consejos, y comprendió que sus rimas no iban a aportarle gran cosa al arte. Seguiría ejercitándose en ellas únicamente como "complemento agradable", según la frase de Goethe, y estamparía alguna que otra poesía en un diario, "ya que otros tan asnos como yo, y aún más, lo hacen, y puesto que con esto no voy a alzar ni a bajar tampoco el nivel de nuestra literatura". El tono jocoso y campechano al que Engels fue siempre tan aficionado, no ocultaba tampoco ningún espíritu frívolo en aquellos años de juventud: en la misma carta a la que acabamos de aludir, les pedía a sus amigos que le enviaran desde Colonia libros populares, el Sigfredo, el Eulenspiegel, Elena, Octaviano, los Mentecatos, los Hijos de Heymon, el doctor Fausto, y decía que estaba estudiando a Jacobo Bohmes. "Es un alma sombría, pero profunda. La mayor parte de las cosas hay que estudiarlas con los cinco sentidos, para comprender algo".

Su tendencia a profundizar le hizo aborrecible a Engels, ya en su temprana juventud, la superficial literatura de la "joven Alemania". En una carta escrita poco después de aquella, el 10 de enero de 1839, dedica unas cuantas injurias a estos "caballeros", muy principalmente por lanzar al mundo en sus libros cosas que en el mundo no existen. "Este Teodoro Mundt ensucia el mundo con su señorita Taglioni, haciéndola bailar con Goethe; se adorna con plumas tomadas de Goethe, de Heine, de Rahel y Stiegletz; nos cuenta los más sabrosos absurdos acerca de Bertina; pero todo de un modo tan moderno, tan moderno, que por fuerza tiene que ser delicioso para las damas jóvenes, frívolas y vanidosas que lo lean... ¡Y qué decir de este Enrique Laube! Este caballero produce sin inmutarse todo lo que se le ocurre, caracteres que no existen, cuentos de viaje que no lo son, absurdo tras absurdo, ¡es espantoso!" El joven Engels hacía notar el "nuevo espíritu" en la literatura del "trueno de la revolución de julio", "la más bella expresión de la voluntad popular, desde la guerra de la Independencia para acá". Entre los representantes de este espíritu contaba a Beck, a Grün y a Lenau, a Immermamm, a Platen, a Borne y a Heine, y, finalmente, a Gutzkow, a quien ponía, con certero juicio, sobre todos los demás astros de la "joven Alemania". En el *Telégrafo*, una revista dirigida por este "magnífico y honrado hombre", publicó

Engels, según una carta suya del 1 de mayo de 1839, un artículo, pero rogando que se guardara la más estricta discreción, pues de otro modo podía costarle "infernales dolores de cabeza".

Si el joven Engels no se dejaba engañar acerca de la nulidad estética de las obras de la "joven Alemania", ni por sus largas tiradas de libertad, no perdía de vista tampoco, pese a esta falta de valor estético, los ataques ortodoxos y reaccionarios que se dirigían contra el movimiento. En este terreno, abrazaba abiertamente el bando de los perseguidos, se afirmaba él mismo como "joven alemán", y amenazaba a uno de sus amigos en estos términos: "Ten en cuenta tú, Fritz, que vas para pastor, que podrás ser todo lo ortodoxo que quieras, pero si se te ocurre hacerte pietista, tendrás que habértelas conmigo". Estos reflejos expresaban también, indudablemente, la manifiesta preferencia que sentía por Borne, cuya obra contra el denunciante Menzel consideraba, estilísticamente, como la primera obra de Alemania. Heine tenía que conformarse, en cambio, con verse tildado de "pillo" alguna que otra vez. Eran los días de la gran indignación contra el poeta, cuando el joven Lassalle escribía en su diario: "¡Y este hombre ha desertado de la causa de la libertad! ¡Y este hombre ha cambiado el gorro jacobino que cubría sus nobles rizos por un sombrero de copa!"

Pero no fueron ni Borne ni Heine, ni ningún otro poeta, quienes le trazaron a Engels, en su juventud, la senda de la vida, sino que fue su propia estrella la que lo forjó como hombre. Procedía de Barmen y vivía en Brema, los dos grandes baluartes del pietismo en el norte de Alemania: la emancipación de estas trabas abre la gran cruzada liberadora que llena su gloriosa vida. Siempre que pugna con la fe de su infancia, su voz cobra una ternura desacostumbrada en él. "Rezo diariamente, me paso casi el día entero rezando por la verdad, lo que he venido haciendo desde que despuntó en mí la primera duda, y sin embargo no puedo retornar a la fe... Se me caen las lágrimas al escribirte, me siento estremecido, pero presiento que no me perderé, que tarde o temprano encontraré a Dios, por el que clama todo mi corazón. También esto es testimonio del Espíritu Santo, y bajo este signo viviré y moriré, aunque la Biblia diga una y mil veces lo contrario". En este duelo espiritual, el joven Engels pasa de las manos de Hengstenberg y Krummacher, los jefes de la ortodoxia de la época, después de atravesar, con más asombro que otra cosa, por Schleiermacher, a manos de David Strauss, y confiesa a sus amigos teológicos que ya no hay retorno para él. Un verdadero racionalista podrá tal vez retornar de sus explicaciones naturales de los misterios y

de sus superficiales escrúpulos morales a la camisa de fuerza ortodoxa, pero la especulación filosófica no puede descender de las "alturas bañadas por el sol" a los "valles neblinosos" de la ortodoxia. "Estoy a punto de hacerme hegeliano. No sé todavía si me haré o no, pero Strauss me ha descubierto en Hegel luces que no me desagradan. Además, su filosofía de la historia (la de Hegel) parece hecha para mí". La ruptura con la Iglesia lo llevó de la mano a la herejía política. Ante un discurso clerical de homenaje al rey de Prusia, al hombre de la ofensiva contra los demagogos, este joven exaltado exclama: "Yo no espero nada bueno más que de aquel príncipe en cuyos oídos resuenan todavía las bofetadas de su pueblo y las ventanas de cuyo palacio fueron apedreadas por la revolución".

Con estas ideas, Engels se remontó, pasando por el *Telégrafo* de Gutzkow, a la región de los *Anales alemanes* y de la *Gaceta del Rin*. En los dos órganos colaboró alguna que otra vez durante su año de servicio voluntario, que prestó desde octubre de 1841 hasta octubre de 1842 en el regimiento de artillería de la Guardia de Berlín, en el cuartel situado en el Kupfergraben, no lejos de la casa donde vivió y murió Hegel. Su nombre literario de guerra, Federico Oswald, tras el que se había refugiado sin duda para no herir los sentimientos conservadores y ortodoxos de su familia, fue mantenido por él, ahora "sirviendo al rey", por razones de mucho más peso. Consolando a un escritor a quien había criticado duramente en los *Anales alemanes*, escribía Gutzkow, el 6 de diciembre de 1842: "El triste mérito de haber sacado de la pila literaria a F. Oswald me corresponde, desgraciadamente, a mí. Hace unos años, un aprendiz de comerciante llamado Engels mandó de Brema varias cartas sobre el Wuppertal. Las corregí, taché las personalidades que me parecían demasiado claras, y las inserté. Después, me remitió varias cosas más, todas las cuales fueron arregladas por mí. De pronto, se opuso a estas correcciones, se dedicó a estudiar a Hegel y se pasó a otros periódicos. Poco antes de que apareciera la crítica contra usted, le envié quince táleros a Berlín. Así son todos estos novatos. Lejos de estarnos agradecidos, ya que gracias a nosotros pueden pensar y escribir, el primer acto que cometen es un parricidio espiritual. Naturalmente, toda esta maldad no significaría nada, si la *Gaceta del Rin* y el periódico de Ruge no les diesen facilidades". Es el cacareo de la gallina que ve saltar al agua al pato a quien empolló creyéndolo pollito de su raza.

Engels, que en la oficina era un buen comerciante, en el cuartel fue también un buen soldado; desde ahora y hasta el final de su vida, la ciencia militar se contará entre sus estudios favoritos. En este estrecho

y constante contacto con la práctica de la vida diaria, se compensaba felizmente lo que a su conciencia filosófica pudiera faltarle de profundidad especulativa. Durante el año de voluntario, alternó alegremente con los "libres" de Berlín y tomó parte, con dos o tres artículos, en sus luchas, cuando todavía su movimiento no había degenerado en lo que más tarde habría de llegar a ser. En abril de 1842 apareció como trabajo anónimo, en una editorial de Leipzig, su obrita de 55 páginas, titulada *Schelling y la Revelación*, en la que criticaba "la última tentativa de reacción contra ia filosofía libre", la tentativa de Schelling, llamado a una cátedra en la Universidad de Berlín, para golpear con su fe en la revelación la filosofía hegeliana. Ruge, que creía el escrito obra de Bakunin, saludó su publicación con un elogio muy halagador: "Este joven amable deja atrás a todos los burros viejos de Berlín". Este pequeño escrito mantenía todavía, llevándolo a sus últimas consecuencias, el neohegelianismo filosófico; pero no estaban desorientados otros críticos, tampoco, cuando veían en él una mezcla exaltada de poesía y filosofía.

Por aquella misma época, bajo la impresión, todavía reciente, de la destitución de Bruno Bauer, Engels publicó en Leumünster, cerca de Zúrich, anónimo también, un "poema histórico cristiano" en cuatro cantos, que era una sátira al "triunfo de la fe" sobre el "diablo mayor", "forzosamente dominado". En este poema, hacía también abundante uso del privilegio que tiene la juventud de desdeñar toda crítica transigente; sirvan de prueba de su arte los siguientes versos, en los que Engels se retrata a sí mismo y a Marx, a quien aún no conocía personalmente:

Pero el que más a la izquierda avanza, a grandes zancadas,
es Oswald, chaqueta gris, calzones color canela
–color canela por dentro, también–; Oswald montagnard
de pura cepa, vestida la zalea, aborrascados
los cabellos. Un instrumento acaricia, y es la guillotina
en que sin descanso viene acariciando una cavatina;
sin cesar atruena el canto infernal, y la tonada
sin cesar ruge y resuena:
Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!
¿Quién es el que avanza luego con estrépito salvaje?
Un moreno muchachote de Tréveris, un auténtico
monstruo, avanza, sin pararse, a grandes saltos avanza
y truena, lleno de ira, como si quisiera asir
la vasta lona del cielo y a puño traerla a tierra,
ambos brazos extendiendo a todo lo ancho del aire,

el recio puño cerrado, blandiéndolo sin descanso,
como si diez mil demonios tirasen de su chaqueta.

Al terminar el servicio militar, a fines de septiembre de 1842, Engels volvió a casa de sus padres, de donde, dos meses después, salió para Manchester como viajante de la fábrica de hilados Ermen & Engels, de la que su padre era socio. De paso por Colonia, hizo una visita a la redacción de la *Gaceta del Rin,* donde vio por primera vez a Marx. El encuentro fue muy frío, pues coincidió precisamente con los días en que Marx había roto con sus antiguos amigos de Berlín. Engels sentía cierto recelo contra él por las cartas de los hermanos Bauer, mientras que Marx veía en Engels a un aliado y correligionario de los berlineses.

2. CIVILIZACIÓN INGLESA

Engels pasó en Inglaterra, durante su primera estancia, veintiún meses seguidos, época que viene a representar en su vida lo que para Marx representó el año de destierro en París. Ambos se habían formado en la escuela de la filosofía alemana, y partiendo de ella habían llegado en el extranjero a resultados idénticos; Marx se compenetró con las luchas y las aspiraciones de la época a la luz de la Revolución Francesa; Engels, estudiando la industria inglesa.

También Inglaterra había tenido su revolución burguesa; la había tenido, incluso, un siglo antes que Francia, y por lo tanto bajo condiciones incomparablemente menos propicias y desarrolladas. Esta revolución había concluido con una transacción entre la aristocracia y la burguesía, instaurando una monarquía común a ambas. La "clase media" inglesa no tuvo que hacer contra la monarquía y la nobleza una guerra tan larga y tan obstinada como el "Tercer Estado" en Francia. Pero, mientras que los historiadores franceses solo comprendieron retrospectivamente que la lucha del "Tercer Estado" había sido una lucha de clases, en Inglaterra la idea de la lucha de clases surgió, por así decirlo, de las raíces vivas tan pronto como el proletariado, al dictarse la carta de reforma del año 1832, se lanzó a la lucha con las clases dominantes.

La diferencia se explica teniendo en cuenta que la gran industria removió el suelo inglés mucho más profundamente que el de Francia. Se ve cómo, a través de un proceso histórico casi tangible, destruye las viejas clases y crea otras nuevas. La estructura interna de la moderna sociedad burguesa era mucho más transparente en Inglaterra que en

Francia. La historia y el carácter de la industria inglesa le enseñaron a Engels que los hechos económicos, a los que los historiadores solo venían asignando un papel insignificante, cuando le asignaban alguno, tenían, al menos en el mundo moderno, una potencia histórica decisiva, y constituían la base sobre la cual se erigía el moderno antagonismo de clases. También le enseñaron que este antagonismo, allí donde se había llegado a desarrollar plenamente, gracias a la gran industria, determinaba, a su vez, la formación de los partidos políticos, las luchas entre estos partidos y, por consiguiente, la historia política en general.

Era natural, dada su profesión, que Engels enfocara en primer término el terreno económico. En los *Anales franco-alemanes*, donde Marx había comenzado publicando una crítica de la filosofía del derecho, él comenzó dando a luz una crítica de la economía política. Este pequeño estudio, pletórico todavía de turbulencia juvenil, revela ya, sin embargo, una rara madurez de juicio. Solo a un profesor alemán se le podía ocurrir calificarlo de "obrita notablemente confusa"; Marx dijo de él, tanto más certeramente, que era un "ensayo genial". Un "ensayo" porque las afirmaciones de Engels en estas páginas acerca de Adam Smith y de Ricardo no agotan el tema ni son siempre exactas, y muchas de las objeciones que formula contra ellos habían sido ya formuladas antes que él, seguramente, por los socialistas ingleses o franceses. Pero era con todo un ensayo genial, en el que se pretendía derivar todas las contradicciones de la economía burguesa de su fuente real y verdadera: la propiedad privada. En este estudio, Engels está ya por encima de Proudhon, que solo sabía combatir la propiedad privada desde el mismo terreno de esta institución. La exposición de Engels acerca de los efectos humanos degeneradores del sistema capitalista, acerca de la teoría de la población de Malthus, acerca de la fiebre cada vez más ardiente de la producción capitalista, acerca de las crisis comerciales de la ley del salario, de los progresos de la ciencia, que, sojuzgados por la propiedad privada, acaban siempre por convertirse, de medios de emancipación de la humanidad, en medios para reforzar la esclavización de la clase obrera, etcétera, encerraba ya los gérmenes fecundos del comunismo científico en su aspecto económico, que Engels fue, en efecto, el primero en descubrir.

Él se expresaba siempre, hablando de esto, en términos excesivamente modestos. Así, decía que había sido Marx el que había dado a sus tesis económicas "la forma clara y definida"; "Marx –decía en otra ocasión– tenía más talla, veía más lejos, y su mirada abarcaba más y más rápido que la de todos nosotros juntos"; otra vez, aseguraba que sus

descubrimientos los hubiese hecho también Marx por su cuenta, más tarde o más temprano. Pero lo cierto es que en aquel periodo inicial y en el terreno en que habría de librarse, después, la batalla definitiva, las primeras insinuaciones partieron de Engels, y Marx no hizo sino recibirlas. Indudablemente que Marx era, de los dos, la cabeza filosóficamente más clara, y sobre todo la más disciplinada, y si nos empeñáramos en este juego de pros y contras, que no tiene absolutamente nada que ver con la investigación histórica, solo por diversión, podríamos fantasear acerca de si Engels hubiera resuelto como lo resolvió Marx, en su forma francesa más complicada, el problema al que ambos proporcionaron solución. Pero lo cierto es –aunque se haya negado sin razón– que Engels lo resolvió también, con no menos fortuna, en su forma inglesa, harto más simple. Si enfocáramos su crítica de la economía política desde un punto de vista estrictamente económico, tendríamos no poco que reprocharle; lo que hay en ella de característico y hace de sus páginas un notable progreso en el mundo de la ciencia lo debía su autor a la escuela didáctica de Hegel.

El punto de partida filosófico se revela también, casi tangible, en el segundo artículo publicado por Engels en los *Anales franco-alemanes*. En él describe la situación de Inglaterra a la luz de una obra de Carlyle, que considera como el único libro digno de ser leído en la cosecha literaria de todo un año, pobreza que resalta, también, en significativo contraste con la riqueza de Francia. Engels hace, siguiendo a Carlyle, una observación acerca del agotamiento espiritual de la aristocracia y la burguesía inglesas; el inglés culto, en el que se fija el continente para juzgar el carácter nacional inglés, es –dice Engels– el esclavo más despreciable que hay bajo el sol, pues vive asfixiado por prejuicios que son, principalmente, prejuicios religiosos. "La parte de la nación inglesa desconocida en el continente, los obreros, los parias de Inglaterra, los pobres, son los únicos verdaderamente respetables en este país, pese a todas sus asperezas y a su gran desmoralización. De ellos tiene que partir la salvación de Inglaterra, pues en ellos hay todavía materia moldeable; no poseen la cultura, pero tampoco poseen prejuicios; tienen todavía energía que gastar por una causa nacional, tienen todavía un porvenir por delante". Engels hacía notar cómo, para decirlo con Marx, la filosofía empezaba a aclimatarse en este "candoroso suelo popular"; la *Vida de Jesús*, de Strauss, que ningún escritor honorable se había atrevido a traducir ni ningún librero prestigioso había osado editar, había sido vertida al inglés por un maestro socialista y circulaba en cuadernos de a penique entre los obreros de Londres, Manchester y Birmingham.

Engels traducía los pasajes "más bellos", a "fragmentos maravillosamente bellos" del libro de Carlyle, en el que pintaba la situación de Inglaterra con los más sombríos colores. Pero no podía compartir las medidas salvadoras propuestas por el autor: una nueva religión, un culto panteísta de los héroes y otras cosas por el estilo; en este punto, Engels se acogía a Bruno Bauer y a Feuerbach. Todas las posibilidades religiosas estaban agotadas, incluso las del panteísmo, que las tesis de Feuerbach en la *Anécdota* habían anulado para siempre. "El problema, hasta aquí, ha sido siempre este: ¿Qué es Dios? La filosofía alemana ha resuelto este problema así: Dios es el hombre. Al hombre le basta con conocerse a sí mismo, con medir por sí mismo todas las condiciones de vida, juzgándolas por su ser y organizando el mundo de un modo verdaderamente humano, de acuerdo a los postuladas de su propia naturaleza; de este modo, habrá resuelto el enigma de nuestra época". Y así como Marx había interpretado inmediatamente el hombre de Feuerbach como el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad, Engels veía en la esencia del hombre la historia, que es, "para nosotros, el alfa y el omega", a la que "nosotros" colocamos más alto que ninguna otra corriente filosófica anterior; más alto incluso que Hegel, quien no la tomaba, en el fondo, más que como piedra de toque para comprobar la verdad de sus cálculos lógicos.

Es extraordinariamente sugestivo seguir paso a paso los dos artículos publicados por cada uno de los dos, por Engels y por Marx, en los *Anales franco-alemanes* y ver cómo germinan en ellos las mismas ideas, aunque distintamente coloreadas, vistas aquí a la luz de la Revolución Francesa y allí a través de la industria inglesa, es decir, de las dos grandes conmociones históricas de las que data la historia de la sociedad burguesa moderna, pero iguales, en el fondo, unas a otras. Marx había deducido de los derechos del hombre el carácter anárquico de la sociedad burguesa; Engels explicaba del siguiente modo la libre competencia, "la categoría capital del economista, su hija predilecta": "¿Qué pensar de una ley que solo es capaz de imponerse a costa de esas revoluciones periódicas que son las crisis comerciales? Sí, es cierto, se trata de una ley natural, de una ley que descansa en la inconsciencia de las partes interesadas". Marx llegaba a la conclusión de que la emancipación humana no se llevaría a cabo mientras el hombre no se convirtiera en un ser genérico, mediante la organización de sus fuerzas personales como fuerzas de la sociedad; Engels, por su parte, decía: produzcan conscientemente, como hombres, no como

átomos desperdigados sin la conciencia de pertenecer a un género, y acabarán con todas estas contradicciones artificiosas e insostenibles.

Como se ve, la analogía rayaba casi en la coincidencia literal.

3. LA SAGRADA FAMILIA[24]

Su primer trabajo en colaboración fue para liquidar su conciencia filosófica, y revistió la forma de una polémica contra la *Gaceta general literaria* que Bruno Bauer y sus hermanos, Edgard y Egbert, venían editando en Charlotemburgo desde diciembre de 1843.

En este órgano, intentaban los "libres" berlineses fundamentar su ideario, o lo que ellos llamaban su ideario. Bruno Bauer había sido invitado por Froebel a colaborar en los *Anales franco-alemanes*, pero, después de muchas vacilaciones, se abstuvo; al hacerlo, no se limitaba a ser fiel a su propia conciencia filosófica: era que la conciencia personal de sí mismo había sido sensiblemente herida por Marx y Ruge. Sus mordaces alusiones a la *Gaceta del Rin*, de "santa memoria", a los "radicales", a los "listos del año 1842", etcétera, tenían, a pesar de todo, un fondo justo. La rapidez y la facilidad con que la reacción romántica había destruido los *Anales alemanes* y la *Gaceta del Rin*, en cuanto estos órganos dejaron la filosofía para pasarse a la política, y la absoluta indiferencia con que la "masa" había contemplado este "ametrallamiento" del "espíritu", habían arraigado en él la convicción de que por este camino no se iba a ningún lado. Para él, la salvación estaba en volver a la filosofía pura, a la teoría pura, a la crítica pura; y, en efecto, nada ni nadie se opondría a este plan de levantar un gobierno omnipotente del mundo en la esfera de las nubes ideológicas.

El programa de la *Gaceta general literaria*, en lo que tenía de tangible, aparece expresado en estas palabras de Bruno Bauer: "Hasta aquí todas las grandes acciones de la historia fracasaron desde el primer momento y discurrieron sin dejar atrás ninguna huella profunda, por el interés y por el entusiasmo que la masa ponía en ellas; otras veces, acabaron de un modo lamentable porque la idea que albergaban era tal que por fuerza tenía que contentarse con una reflexión superficial, no pudiendo, por tanto, concebirse sin el aplauso de la masa". El abismo entre el "espíritu" y la "masa" informaba como

[24] Marx, K. y Engels, F. (2008): *La Sagrada Familia: o Crítica de la crítica crítica y la Crítica moralizante o la moral crítica*, Claridad, Buenos Aires. Disponible en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/sagfamilia/index.htm.

una constante *leit-motiv* la labor de este periódico. Para él, según sus propias palabras, el espíritu no tenía más que un enemigo, que ya conocía: las ilusiones y la superficialidad de la masa.

No es extraño, pues, que la revista de Bauer, con esta ideología, juzgase de un modo despectivo todos los movimientos de "masas" de la época, el cristianismo y el judaísmo, el pauperismo y el socialismo, la Revolución Francesa y la industria inglesa. La semblanza que de esta revista trazó Engels es casi cortés: "Es –decía, retratando el periódico– y seguirá siendo una vieja solterona, la filosofía de Hegel ajada y acartonada, que cubre de adornos y cosméticos su cuerpo reseco y marchito, convertido en la más repelente abstracción, y busca en vano un pretendiente por toda Alemania". En realidad, lo que hacía era llevar al absurdo la filosofía hegeliana. Hegel, que hacía cobrar conciencia al espíritu absoluto únicamente en el filósofo *a posteriori*, como espíritu universal y creador, venía a decir, en el fondo, que este espíritu absoluto hacía de la historia un reflejo proyectado en la imaginación, y se precavía con buen cuidado contra el equívoco de considerar como espíritu absoluto al propio individuo filosófico. Los Bauer y sus secuaces se tenían por encarnación personal de la crítica, del espíritu absoluto, que obraba en ellos, y gracias a ellos, en contraposición consciente con el resto de la humanidad: la virtud del espíritu universal. Este vapor tenía que disiparse rápidamente, por fuerza, aun en la atmósfera filosófica de Alemania. La *Gaceta general literaria* no encontró gran acogida, ni siquiera en el sector de los "libres"; no colaboraban en ella ni Köppen, muy retraído por lo demás, ni Stirner, quien lejos de ayudarla conspiraba contra ella; tampoco consiguieron la colaboración de Meyen ni de Rutenberg, y los Bauer tuvieron que conformarse, con la única excepción de Faucher, con firmas de segunda o tercera línea, como la de un tal Jungnitz y la seudónima de Sziliga, perteneciente a un oficial prusiano llamado V. Zychlinski, muerto en el año 1000 siendo general de infantería. No había pasado un año cuando toda esta fantasmagoría se vino a pique, sin dejar huella; el periódico de Bauer no solo estaba muerto, sino que había caído en el más completo olvido, cuando Marx y Engels salieron a la arena pública a darle batalla.

Este hecho no favoreció mucho a su primera obra en colaboración, aquella "crítica de la crítica crítica", como la bautizaron en un principio, cambiándole luego el titulo por el de *La sagrada familia*, a propuesta del editor. Los adversarios se burlaron enseguida de ellos, diciendo que venían a matar lo que ya estaba muerto y enterrado, y también Engels, al recibir el libro ya impreso, opinaba que estaba muy

bien, pero que era excesivamente voluminoso, que el soberano desprecio con que en él se trataba a la crítica crítica contrastaba visiblemente con los veintidós pliegos del volumen, que la mayoría de sus páginas serían inasequibles para el público y que, en general, no interesarían. Todos estos reparos son ahora, naturalmente, mucho más fundados que cuando se publicara el libro; en cambio, este tiene hoy, con el tiempo transcurrido, un encanto que difícilmente podía permitirse en el momento de su publicación, o que por lo menos no podía percibirse al modo de hoy. Un crítico moderno dice, después de censurar todas las sutilezas escolásticas, los retorcimientos de palabras e incluso los retorcimientos monstruosos de pensamiento de la obra, que ella contiene algunas de las más bellas revelaciones del genio, que él pone, por la maestría de la forma, por la concisión apretada y pulida del lenguaje, entre las páginas más maravillosas que jamás salieron de la pluma de Marx.

En estos fragmentos de la obra, Marx se nos revela como maestro de aquella crítica productiva que sustituye la figuración ideológica por el hecho positivo, que crea destruyendo y construye derribando. A los tópicos críticos de Bruno Bauer contra el idealismo francés y la Revolución Francesa, Marx opone unos cuantos esbozos brillantísimos de estas manifestaciones históricas. Saliendo al cruce de las charlatanerías de Bruno Bauer acerca del divorcio entre el "espíritu" y la "masa", la "idea" y el "interés", Marx contesta fríamente: "La idea ha quedado en ridículo siempre que se ha querido separar del interés". Todo interés de masa históricamente triunfante –prosigue Marx– ha sabido siempre, al pisar la escena del mundo en forma de idea, trascender a sus verdaderos límites para confundirse con el interés humano en general. Es la ilusión a la que Fourier llama el tono de cada época histórica. "El interés de la burguesía en la revolución de 1789, lejos de 'fracasar', lo 'conquistó' todo y alcanzó el 'triunfo más completo', pese a lo mucho que desde entonces se ha disipado el *pathos* y a lo que se han marchitado las flores 'entusiastas' con que este interés adornó su cuna. Tan potente era que arrolló victoriosamente la pluma de un Marat, la guillotina de los terroristas, la espada de Napoleón y el crucifijo y la sangre azul de los Borbones". En 1830 –continúa–, la burguesía realizó los deseos de 1789, con la diferencia de que ahora su formación política era completa; con el Estado representativo constitucional no aspiraba ya, precisamente, al ideal del Estado ni a la salud del mundo, ni a ningún fin humano general, sino que bajo ese manto oficial, aspiraba sencillamente a imponer su poder exclusivo y a sancionar políticamente su interés

particular. La revolución no había fracasado más que para aquella masa que no abrigaba, bajo la idea política, la idea de su interés real, cuyo verdadero principio de vida no coincidía, por lo tanto, con el principio de vida de la revolución, cuyas condiciones reales de emancipación diferían sustancialmente de las condiciones bajo las cuales podían emanciparse la burguesía y la sociedad en general.

A la afirmación de Bruno Bauer de que el Estado mantenía en cohesión los átomos de la sociedad burguesa, Marx replicaba que lo que los mantenía en cohesión era el ser átomos solamente en la imaginación, en el cielo irreal en que se proyectaban, pero en la realidad algo radicalmente distinto de los átomos; no egoístas divinos sino hombres egoístas. "Solo la superstición política se imagina hoy que la vida social necesita del Estado para mantenerse cohesionada, cuando en realidad es el Estado el que debe su cohesión a la vida social". Y recogiendo las manifestaciones despectivas de Bruno Bauer en torno a la importancia de la industria y la naturaleza para la ciencia histórica, Marx le pregunta si es que la "crítica crítica" creía poder siquiera plantear el conocimiento de la realidad histórica práctica del hombre ante la naturaleza, ante las ciencias naturales y la industria. "Del mismo modo que separan el pensar de los sentidos, el alma del cuerpo, separan la historia de las ciencias naturales y de la industria, para ir a buscar la cuna de la historia no a la tosca producción natural de la tierra, sino al reino vaporoso de las nubes, al cielo".

La defensa que Marx hace de la Revolución Francesa frente a la "crítica crítica", la asume Engels en relación con la industria inglesa. Para eso, tenía que vérselas con el joven Faucher, el único de los colaboradores del periódico de Bauer que le daba un poco de importancia a la realidad terrena; y es divertido ver con qué justeza analizaba entonces aquella ley capitalista del salario que, veinte años más tarde, al aparecer en escena Lassalle, habría de repudiar como un producto satánico, calificándola de "podrida ley ricardiana". A pesar de las muchas faltas graves que Engels le descubriera –Faucher ignoraba, por ejemplo, en el año 1844, que en 1824 habían sido derogadas las prohibiciones inglesas contra la libertad de coalición[25]–, tampoco dejaba de incurrir en ciertos excesos escolásticos, y hasta caía en un error sustancial, si bien era muy distinto al de Faucher. Este se burlaba de la ley sobre la jornada de diez horas de lord Ashley, calificándola de "medida superficial", que no clavaba el hacha en ninguna de las raíces

[25] Se entiende por *coalición* al acuerdo temporal de un conjunto de trabajadores para realizar un reclamo o una serie de reclamos específicos.

del árbol; Engels la consideraba, con "toda la pujante masa de Inglaterra" por la expresión, muy moderada ciertamente, de un principio absolutamente radical, puesto que no solo ponía, sino que clavaba muy hondo el hacha en la raíz del comercio exterior, lo que equivalía a clavarla en la raíz del sistema fabril. Engels, y con él Marx, veía por entonces en el *bill* de lord Ashley la tentativa de ponerle a la gran industria una traba reaccionaria, que la sociedad capitalista se encargaría de hacer saltar cuantas veces tropezara con ella.

Engels y Marx no se han despojado por completo todavía de su pasado filosófico; ya en las primeras líneas del prólogo los vemos oponer el "humanismo real" de Feuerbach al idealismo especulativo de Bruno Bauer. Reconocen sin reservas las geniales doctrinas de Feuerbach y su gran mérito al esbozar con mano maestra los rasgos capitales de la crítica de toda metafísica, poniendo al hombre en el lugar que ocupaba la vieja baratija, sin excluir la infinita conciencia de sí mismo. Pero se les veía dejar atrás, una y otra vez, el humanismo de Feuerbach para avanzar hacia el socialismo, para pasar del hombre abstracto al hombre histórico; y es maravillosa la agudeza de percepción con que saben orientarse entre el oleaje caótico del socialismo. Ponen al desnudo el secreto de los devaneos socialistas en que se entretiene la burguesía satisfecha. Hasta la miseria humana, esa miseria infinita condenada a la limosna, le sirve a la aristocracia del dinero y de la cultura de juguete para divertirse, de medio para satisfacer su amor propio, para acariciarse en su soberbia y su vanidad. No tienen otra explicación las interminables ligas de beneficencia de Alemania, las sociedades de beneficencia de Francia, los quijotismos filantrópicos de Inglaterra, los conciertos, los bailes, las representaciones teatrales, las comidas para pobres y hasta las suscripciones públicas a favor de los damnificados por catástrofes y accidentes.

Entre los grandes utopistas, es Fourier el que más aporta al acervo especulativo de *La sagrada familia*. Pero Engels distingue ya entre Fourier y el fourierismo; y dice que aquel fourierismo aguado que predicaba la democracia pacífica no era más que la teoría social de una parte de la burguesía filantrópica. Tanto él como Marx hacen hincapié en lo que jamás habían podido comprender ni los grandes utopistas: en el desarrollo histórico y en el movimiento autónomo de la clase obrera. Replicando a Edgar Bauer, escribe Engels: "La crítica crítica no crea nada, es el obrero quien crea todo, hasta el punto de sacar la vergüenza a la cara a toda la crítica, en cuanto a sus frutos espirituales; de esto pueden dar testimonio los obreros ingleses y franceses". Y Marx demuestra que no existe tal divorcio irreductible entre el "espíritu" y la "masa",

observando, entre otras cosas, que a la crítica comunista de los utopistas le había respondido inmediatamente, en el terreno práctico, el movimiento de la masa; había que conocer –decía– el estudio, el afán de saber, la energía moral, el hambre insaciable de progreso de los obreros franceses e ingleses, para tener una idea de toda la nobleza humana de este movimiento.

Es fácil comprender, pues, dicho esto, que Marx no podía dejar pasar sin una calurosa repulsa aquella deplorable traducción y aquel comentario, todavía más deplorable, con que Edgar Bauer había calumniado a Proudhon desde las columnas de su periódico. Es, naturalmente, una argucia académica eso de que Marx, en *La Sagrada Familia*, glorificase al mismo Proudhon a quien, doce años después, habría de criticar tan duramente. Marx se limitaba a protestar porque el chusmerío de Edgar Bauer desfiguraba las verdaderas ideas de Proudhon, ideas que él consideraba tan innovadoras en el terreno económico como las de Bruno Bauer en el terreno teológico. Lo cual no era obstáculo para que pusiese de relieve la limitación ideológica de uno y otro, cada cual en su campo.

Proudhon consideraba la propiedad como una contradicción lógica, desde el punto de vista de la economía burguesa. Marx, en cambio, sostenía: "La propiedad privada como tal, como riqueza, se ve forzada a mantenerse a sí misma de pie, manteniendo con eso de pie a su antítesis, el proletariado. He aquí el lado positivo de la antítesis, la propiedad privada, que encuentra en sí misma su propia satisfacción. Por su parte, el proletariado, como tal, se ve forzado a superarse a sí mismo, superando con eso la antítesis que lo condiciona y lo hace ser lo que es. He aquí el lado negativo de la antítesis, su inestabilidad intrínseca, la propiedad privada corroída y corrosiva. De los dos términos de esta antítesis, el propietario privado es, por lo tanto, el partido conservador; el proletariado, el partido destructivo. De aquel parte la acción encaminada a mantener la antítesis; de este, la acción encaminada a destruirla. Es cierto que la propiedad privada se impulsa a sí misma, en su dinámica económica, a su propia disolución, pero es por un proceso independiente de ella, inconsciente, ajeno a su voluntad, impulsado por la lógica de las cosas, pues esta la lleva a engendrar el proletariado como tal, la miseria consciente de su miseria física y espiritual, consciente de su degradación humana, con la cual supera ya su propia degradación. El proletariado no hace más que ejecutar la sentencia que la propiedad privada decreta contra sí misma al engendrar al proletariado, como ejecuta también la que el trabajo asalariado decreta contra sí misma al engendrar la riqueza ajena y la

miseria propia. El proletariado, al triunfar, no se erige, ni mucho menos, en dueño y señor absoluto de la sociedad, pues si triunfa es a costa de destruirse a sí mismo y a su enemigo. Con su triunfo, el proletariado desaparece, como desaparece la antítesis que lo condiciona, la propiedad privada".

Marx se defiende terminantemente de la objeción que se le hace de convertir a los proletarios en dioses, al asignarles esta misión histórica. "¡Todo lo contrario! El proletariado puede y debe necesariamente emanciparse a sí mismo, porque en él, en el proletariado culto, se ha consumado prácticamente la abstracción de toda humanidad, incluso de toda apariencia de humanidad, porque en las condiciones de vida del proletariado cobran su expresión más inhumana todas las condiciones de vida de la actual sociedad, porque el hombre, en su seno, se ha perdido a sí mismo, pero conquistando, al mismo tiempo, no solo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, directamente, por imperio de una necesidad absolutamente coercitiva, imposible de esquivar, el deber y la decisión –expresión práctica de la necesidad– de alzarse contra esa situación inhumana. Pero el proletariado no puede emanciparse sin superar sus propias condiciones de vida. Y no puede superar sus propias condiciones de vida sin superar, al mismo tiempo, todas las condiciones inhumanas de vida de la sociedad que se cifran y compendian en su situación. No en vano tiene que pasar por la dura pero forjadora escuela del trabajo. No se trata de saber qué es lo que tal o cual proletario, ni aun el proletariado en bloque, se proponga momentáneamente como meta. De lo que se trata es de saber qué es el proletariado y qué misión histórica se le impone por imperio de su propio ser; su meta y su acción histórica están visible e irrevocablemente predeterminadas por la propia situación de su vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual". Y Marx insiste una y otra vez en afirmar que una gran parte del proletariado inglés y francés tiene ya conciencia de su misión histórica y que trabaja incansablemente por llevar a esta conciencia la más completa claridad.

Junto a muchos pasajes verdes y lozanos de que aflora, rebosante de vida, *La Sagrada Familia* contiene también trayectos resecos y ajados. Hay dos capítulos, principalmente, los dos largos capítulos consagrados a analizar la increíble sabiduría del honorable señor Szeliga, que someten a una dura prueba a la paciencia del lector. Si queremos formarnos un juicio de esta obra, debemos tener presente que se trata, a todas luces, de una improvisación. Coincidiendo con los días en que Marx y Engels se conocieron personalmente, llegó a

París el octavo cuaderno de la revista de Bruno Bauer, en el que este, aunque de un modo encubierto, no por eso menos mordaz, combatía las ideas expuestas por ambos en los *Anales franco-alemanes*. Entonces se les ocurriría seguramente la idea de contestar al antiguo amigo en un tono alegre y burlón, con un pequeño panfleto que habría de aparecer rápidamente. Así parece indicarlo el que Engels escribiese inmediatamente su parte, que abarcaba menos de un pliego impreso, quedándose asombrado cuando supo que Marx había convertido el folleto en una obra de veinte pliegos; le parecía "curioso" y "cómico" que, siendo tan pequeño su aporte, su nombre figurase en la portada del libro, y hasta en primer lugar. Marx debió acometer el trabajo a su manera, concienzudamente, como todo lo que hacía, faltándole seguramente, según la conocida y tan verdadera frase, tiempo para ser breve. Cabe también que se extendiera todo lo posible para ampararse en la libertad de censura de la que gozaban los libros de más de veinte pliegos.

Por lo demás, los autores anunciaron esta polémica como precursora de otras obras en que, cada uno por su cuenta, fijarían su actitud ante las nuevas doctrinas filosóficas y sociales. Cuán seriamente lo prometían, lo demuestra el hecho de que Engels ya tenía terminado el original de la primera de estas obras a las que se aludía al recibir el primer ejemplar impreso de *La sagrada familia*.

4. UNA FUNDAMENTACIÓN SOCIALISTA

La obra a la que nos referíamos es: *La situación de las clases obreras en Inglaterra*[26], publicada en el verano de 1848 por el editor Wigand, de Leipzig, el antiguo editor de los *Anales alemanes*, en cuya casa había aparecido también hacía unos meses *El único*, de Stirner. Stirner, uno de los últimos retoños de la filosofía hegeliana, fue rápidamente devorado por la estúpida sabiduría del sistema capitalista; Engels, en cambio, construyó con sus libros los cimientos de aquellos teóricos alemanes –que eran casi todos– a quienes la corrosión de las especulaciones hegelianas de Feuerbach arrastró al campo del comunismo y el socialismo. En este libro se describe la situación de la clase obrera inglesa en toda su espantosa realidad, típica del régimen de la burguesía.

[26] Engels, F. (1974): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Diáspora, Buenos Aires. En versión para descargar en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/.

Alrededor de cincuenta años más tarde, cuando Engels reeditó su obra, la calificó como una fase del desarrollo embrional del socialismo internacional moderno. Añadiendo que así como el embrión humano continúa reproduciendo, en su fase evolutiva más incipiente, las branquias de nuestros antepasados, los peces, este libro descubría por todas partes huellas de uno de los antepasados con el que cuenta en su árbol genealógico el socialismo moderno: la filosofía clásica alemana. Y es cierto, pero estas huellas son ya mucho menos notorias que en los artículos publicados por Engels en los *Anales franco-alemanes*; en este libro ya no se menciona para nada a Bruno Bauer ni a Feuerbach, y al "amigo Stirner" solo un par de veces, para burlarse un poco de él. En esta obra, la filosofía alemana no ejerce ya una influencia regresiva, sino francamente progresiva.

El verdadero centro de gravedad de la obra no reside precisamente en la pintura de la miseria proletaria engendrada en Inglaterra bajo el imperio del régimen capitalista de producción. En este terreno Engels había tenido ya algunos otros precursores: Buret, Gaskell y otros, a quienes cita reiteradas veces. Tampoco era la auténtica indignación contra un sistema social que castigaba a las masas obreras con los más atroces sufrimientos, ni el relato conmovedoramente verídico de estos sufrimientos o la compasión verdadera y profunda hacia sus víctimas, la que daba a esta obra su color peculiar. Lo más asombroso, a la par que lo más importante históricamente que había en ella, era la agudeza y el certero golpe de vista con el que el autor, que no tenía más de veinticuatro años, captaba el espíritu del régimen capitalista de producción y acertaba a deducir de él no solo el auge, sino también la crisis de la burguesía, no solo la miseria, sino también la salvación del proletariado. El eje medular de la obra estaba en demostrar que la gran industria creaba la clase obrera moderna, haciendo de ella una raza humanamente degradada, condenada intelectual y moralmente a la animalidad y físicamente expoliada, a la par que demostraba cómo esta clase obrera moderna, por imperio de una dialéctica histórica cuyas leyes se ponen al descubierto con detalle, conducía y necesariamente tenía que conducir, mediante su desarrollo, al derrocamiento del poder que la creaba. En la fusión del movimiento obrero con el socialismo, veía esta obra el triunfo del proletariado sobre Inglaterra.

Solo quien había asimilado en su sangre y en su carne la dialéctica hegeliana, sacándola de la cabeza para ponerla a andar, podía ser capaz de escribir una obra como aquella. Su autor consiguió lo que se proponía: hacer de su libro una fundamentación socialista. Sin embargo,

la gran impresión que produjo al publicarse no obedecía precisamente a esto, sino a su interés puramente material; y si esta obra –como dijo, con cómica pedantería, un engreído académico– hizo al socialismo "apto para la cátedra universitaria", sería tal vez por las lanzas roñosas que tal o cual profesor tiró contra ella. Pero cuando la crítica erudita más se infló fue cuando vio que no se producía la revolución que Engels creía oír llamar a las puertas de Inglaterra. Él mismo habría de decir, y con razón, cincuenta años más tarde, que lo maravilloso no era que se hubiesen frustrado muchas de las profecías hechas por él, en su "ardor juvenil", sino que se hubieran realizado tantas, aunque él las hubiese anunciado en un "porvenir demasiado próximo".

Este "ardor juvenil" que enfocaba tantas cosas en un "porvenir demasiado próximo", no es hoy el menor de los encantos de este libro precursor. Sin estas sombras no sería concebible su luz. La mirada genial que sabe ver en el porvenir traspasando el presente, ve el futuro, por verlo más claro, más cercano que el sano sentido común, incapaz de hacerse la idea de que puede llegar un día en que no le sirvan la sopa caliente a las doce en punto. Además, no era Engels el único que oía, entonces, la revolución llamando a las puertas de Inglaterra; también los oía el *Times*, órgano director de la burguesía inglesa, con la diferencia de que el temor de la conciencia remordida solo veía incendios y asesinatos donde la profética mirada social veía levantarse de los escombros una vida nueva.

Pero no era esta la única obra en la que Engels se sintió acuciado, durante el invierno de 1844 a 1845, por su "ardor juvenil". Aún estaba forjándola sobre el yunque, cuando ya tenía otros hierros caldeándose en el fuego; eran, además de la continuación de esta obra, que no pretendía ser más que un capítulo de un extenso trabajo sobre la historia social de Inglaterra, una revista mensual que habría de editar en colaboración con Moses Hess, una biblioteca de autores socialistas extranjeros, una crítica de Mist, y varias cosas más. No se cansaba de insistirle a Marx, con quien se topaba constantemente, para que desarrollase la misma afanosa actividad. "Procura darle un remate a tus obras de economía, aunque no estés del todo satisfecho; lo mismo da, el momento es propicio y hay que machacar el hierro antes de que se enfríe... no hay tiempo que perder. Procura, pues, terminar antes de abril; haz como yo, fíjate un plazo dentro del cual te obligues a terminar sea como sea, y asegúrate una rápida impresión. Si no puedes imprimirlo ahí, mándalo a Mannheim, a Darmstadt o a otro sitio. Lo importante es que sea pronto". Hasta de la "curiosa" extensión de *La sagrada familia* se consolaba Engels, pensando que estaba bien, pues de

esa manera "saldrían a la luz muchas cosas que de otro modo se hubiesen quedado enterradas, quién sabe por cuánto tiempo, en los cajones de tu mesa". ¡Cuántas veces, a lo largo de la vida de Marx, habrían de resonar en sus oídos estas llamadas del amigo!

Pero si Engels era impaciente en sus conminaciones, era en cambio el más paciente de los amigos cuando el genio, en sus duras luchas consigo mismo se veía además acosado por las grandes miserias de la vida ruin. En cuanto llegó a Barmen la noticia de que Marx había sido expulsado de París, Engels creyó necesario abrir inmediatamente una suscripción "para repartirnos entre todos, comunistamente, los gastos extraordinarios que eso te ocasione". Y después de informarle de la "buena marcha" de la suscripción, añadía: "Pero como no sé si eso bastará para ayudar a tu instalación en Bruselas, no hay que decir que pongo con el mayor placer a tu disposición los honorarios de la primera cosa inglesa que espero cobrar, en parte al menos, de un momento a otro, y de los que, por el momento, puedo prescindir, sacándole algún dinero al viejo. Por lo menos, esos perros no tendrán el gusto de causarte apuros pecuniarios con su infamia". Engels había de proteger infatigablemente a su amigo contra aquella "fruición de los perros" durante toda una vida.

Este Engels, que en sus cartas juveniles se nos muestra tan rápido y expeditivo, no tenía nada de ligero. Aquella "primera cosa inglesa", de la que hablaba tan superficialmente, ha resistido los embates de siete décadas; era una obra que hacía época, el primer gran documento del socialismo científico. Veinticuatro años tenía Engels cuando lo escribió, sacudiendo ya el polvo de las pelucas académicas. Pero este hombre no era uno de esos talentos precoces que florecen rápidamente en el aire caliente de una estufa para marchitarse con el mismo apuro. Su "ardor juvenil" surgía del auténtico fuego solar de una gran idea que habría de llenar con su calor toda su vida, como llenaba su juventud.

Por el momento, vivía en la casa de sus padres; era "una vida tranquila y apacible, en un hogar honrado y lleno del santo temor de Dios", como "el más brillante filisteo" no podría soñarla mejor. Pronto se cansó de ella, y solo las "caras tristes" de sus padres lo movieron a aventurarse a una nueva tentativa comercial. De todos modos, tenía decidido marcharse en primavera, por lo pronto, a Bruselas. Los "disgustos familiares" se agudizaron considerablemente como consecuencia de una campaña de propaganda comunista desarrollada en Barmen-Elberfeld, en la que él tuvo una participación muy activa. Le

escribió a Marx informándole de tres mítines comunistas, el primero de los cuales había congregado a cuarenta espectadores, el segundo ciento treinta y el tercero doscientos. "La cosa marcha magníficamente. No se oye hablar más que de comunismo y no pasa día sin que recibamos nuevas adhesiones. El comunismo del Wuppertal[27] ya es una verdad, y casi una potencia". Sin embargo, esta potencia se esfumó ante una simple orden de la policía, y el cariz que presentaba no podía ser más singular; el propio Engels decía que solo el proletariado se mantenía ausente de este movimiento comunista por el que casi empezaba a entusiasmarse la parte más necia, más indolente y más vulgar del pueblo, ya que no se interesaba por nada en el mundo.

Esto no estaba muy a tono con lo que acababa de escribir acerca de las ideas del proletariado inglés. Pero así era este hombre: un magnífico muchacho de los pies a la cabeza, siempre en guardia, vivaz, con un certero golpe de vista, infatigable y no curado de ese bendito atolondramiento que tan bien sienta al entusiasmo y al arrojo juveniles.

[27] Wuppertal es una ciudad de Alemania, perteneciente al estado federado de Renania del Norte-Westfalia, formada a partir de la unión de Elberfeld, Barmen y otros poblados menores.

CAPÍTULO V
DESTERRADO EN BRUSELAS

1. LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Desterrado de París, Marx se trasladó con su familia a Bruselas. Engels temía que también en Bélgica lo molestaran, como en efecto sucedió, ya desde los primeros momentos.

Inmediatamente después de llegar a Bruselas, firmó –según informe suyo a Heine– en la *Administration de la Sûreté publique* una declaración comprometiéndose a no publicar nada sobre temas políticos dentro de las fronteras del reino. Y no pudo completar el trámite con la conciencia tranquila, debido a que no tenía ni la intención ni los medios para hacer semejante cosa. Como el Gobierno prusiano continuaba maniobrando sobre el ministerio belga respecto a su expulsión, Marx, antes de que acabara el año, el 19 de diciembre de 1845, renunció a su nacionalidad, dejando así de pertenecer al Estado de Prusia.

Pero ni entonces ni después habría de abrazar la ciudadanía de ningún otro Estado, a pesar de serle ofrecida la de Francia, en condiciones muy honrosas, por el Gobierno provisional de la República, en la primavera de 1848. Marx se abstuvo siempre de dar este paso, al igual que Heine; en cambio, Freiligrath, que tantas veces se ha querido presentar como modelo de alemán y ostentosa contracara de aquellos dos "canallas sin patria", no tuvo ningún inconveniente en naturalizarse inglés en el destierro.

En la primavera de 1845, Engels se trasladó a Bruselas, y juntos Marx y él emprendieron un viaje de estudio por Inglaterra, que duró unas seis semanas. En este viaje, Marx, que ya en París había empezado a estudiar a Max Culloch y a Ricardo, pudo sondear más concienzudamente las obras de los economistas ingleses, aunque solo le fuese posible, según nos dice, consultar los "libros que tenía a mano en Manchester" y los extractos y obras que poseía Engels. Este, que ya durante su primera estancia en Inglaterra había colaborado en el *New Moral World*, órgano de Owen, y en el *Northern Star*, periódico de los cartistas, renovó las viejas relaciones, con lo cual ambos amigos entraron en contacto con los cartistas y con las figuras del socialismo.

Al regreso de este viaje, emprendieron un nuevo trabajo en común. "Decidimos –dice Marx, volviendo más tarde sobre esto, bastante lacónicamente– analizar en común el contraste de nuestras doctrinas con las enseñanzas ideológicas de la filosofía alemana, lo cual equivalía en realidad a romper con nuestra conciencia filosófica del pasado. Llevamos a cabo nuestro propósito bajo la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana. Llevaba ya algún tiempo el original de la obra, que completaba ya dos grandes volúmenes, en poder de la editorial, cuando nos avisaron que la nueva situación producida no permitía dar el libro a la luz. En vista de esto, abandonamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones sin gran sacrificio, pues habíamos alcanzado lo que nos proponíamos: llegar a conclusiones claras ante nosotros mismos". Los ratones cumplieron con su misión, en el sentido más literal de la palabra. Y los restos que de esta obra se conservan explican perfectamente que los autores no tomaran demasiado a pecho su mala suerte[28].

Si ya su polémica a fondo –y aun acaso demasiado a fondo– con los Bauer era difícilmente digerible para el lector, estos dos nutridos volúmenes, de unos cincuenta pliegos en total, se les habrían hecho todavía más difíciles. La obra llevaba por título: *La ideología alemana, crítica de la filosofía alemana novísima en sus representantes Feuerbach, Bruno Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en sus varios profetas.* Años más tarde, Engels habría de decir, amparándose en su memoria, que solamente la crítica dedicada a Stirner ocupaba, por lo menos, tanto espacio como el libro del propio autor criticado, y los fragmentos que luego se publicaron prueban que la memoria no lo engañaba. Se trata, como nos lo revela la misma *Sagrada familia* en sus capítulos más áridos, de una prolija superpolémica, y aunque no falte alguno que otro oasis en el desierto, la vegetación no abunda. Allí donde aparece la agudeza dialéctica de los autores, es para degenerar enseguida en minucias y alardes pedantes y, a veces, bastante mezquinos.

Es cierto que el gusto moderno en estos temas es mucho más complicado que el de entonces. Pero esto no resuelve el problema, sobre todo si nos fijamos en que los autores habían dado ya pruebas, y las seguían dando y las darían siempre, de poseer un agudo sentido crítico, vena epigramática y un estilo que no pecaba precisamente de prolijo. La razón está en el estrechísimo círculo en el que se libraban

---

[28] Marx, K. y Engels, F. (2010): *La ideología alemana*, Losada, Buenos Aires. Se puede descargar en http://www.socialismo-chileno.org/biblioteca/La_IA_marx.pdf. El texto se mantuvo inédito en su versión completa hasta 1932, catorce años después de que Mehring escribiera esta biografía.

aquellas batallas del espíritu; a lo cual hay que añadir, en la mayor parte de los casos, los pocos años de los contendientes. Es un fenómeno semejante al que la historia literaria tiene ocasión de observar en Shakespeare y los dramaturgos de su época: el autor se esfuerza por exprimir lo más que puede un giro o una expresión, por achacar a las palabras del adversario las mayores necedades mediante una interpretación equivoca o literal, intentando siempre a llevar a último término la expresión; su ingenio no se orienta hacia el gran público, sino a la inteligencia refinada de los profesionales. Muchas de las cosas que hoy no acertamos a apreciar, o ni siquiera a descubrir, en la literatura de Shakespeare, nacen de que al crear sus historias se guiaba siempre, aunque no tuviese conciencia de esto, por la preocupación del juicio que su obra merecería de Green y Marlowe, de Jonson, de Fletcher, de Beaumont.

Acaso pueda explicarse de esta manera el tono que, consciente o inconscientemente, empleaban Marx y Engels para polemizar con los Bauer, los Stirner y demás compadres de argucias. Nos interesaría mucho, sin duda, conocer la parte dedicada a Feuerbach, que seguramente no sé limitaría a la crítica negativa, pero, por desgracia, este capítulo de la obra no llegó a terminarse. Sin embargo, algunos aforismos sobre Feuerbach, escritos por Marx en 1845 y publicados por Engels con el correr del tiempo, son un claro indicio de su actitud ante este autor[29]. Marx echa de menos en el materialismo feuerbachiano lo mismo que de estudiante había echado de menos en Demócrito, el precursor materialista: el "principio enérgico"; para él, el defecto sustancial de todas las corrientes materialistas conocidas hasta entonces estribaba en no concebir la sensoriedad y la realidad más que bajo la forma de intuición o de objeto, pero no como actividad humana sensible, como prédica, es decir, subjetivamente. Así se explica, según Marx, que este aspecto activo que el materialismo abandona, solo sea desarrollado por el idealismo, pero nada más que de un modo abstracto, ya que esta corriente desconoce, como es lógico, la actividad real y sensible. O dicho de otro modo: Feuerbach se excedió repudiando por entero a Hegel, cuando lo indicado era arrancar la revolucionaria dialéctica hegeliana del mundo de las ideas para transportarla al mundo de la realidad.

Engels, siempre intrépido, le había escrito a Feuerbach, estando todavía en Barmen, para ganarlo para la causa del comunismo.

---

[29] Se refiere a las *Tesis sobre Feuerbach*, que se pueden consultar en el apéndice de *La ideología alemana* o en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm.

Feuerbach le contestó en tono afectuoso, pero –de momento al menos– rehuyó la invitación. Si, como se proponía, venía al Rin durante el verano, Engels lo "convencería" de que se trasladara a Bruselas. Provisionalmente, se conformó con enviarle a Marx como "magnífico agitador" a Hermann Kriege, un discípulo del filósofo.

Pero Feuerbach no apareció por el Rin, y las obras que siguió publicando vinieron a demostrar que seguía siendo el mismo. Tampoco Kriege confirmó las esperanzas puestas en él; aunque llevó la propaganda comunista al otro lado del océano, habría de producir trastornos incalculables en Nueva York, y sus perturbaciones influyeron también negativamente en la colonia comunista que empezaba a formarse en Bruselas en torno a Marx.

2. EL "VERDADERO" SOCIALISMO

La segunda parte de la obra proyectada habría de dedicarse a la crítica del socialismo alemán a través de sus varios profetas, analizando críticamente "todas las doctrinas insípidas y trasnochadas del socialismo germano".

Se aludía aquí a figuras como Moses Hess, Carlos Grün, Otto Lüning, Hermann Pütmann y otros, que habían ido formando una cuantiosa literatura, en la que abundaban, sobre todo, las revistas: el *Gesellschaftsspiegel*, publicado en cuadernos mensuales, desde el verano de 1845 hasta el de 1846, los *Rheinische Jahrbücher*, y el *Deutsches Bürgerbuch*, del que vieron la luz dos volúmenes anuales, correspondientes a los años 1845 y 1846, el *Westfalisches Dampfboot*, revista mensual que empezó a publicarse también en 1846, subsistiendo hasta la revolución alemana, y, finalmente, algunos diarios, como la *Gaceta de Tréveris*.

El curioso fenómeno bautizado por Grün con el nombre de "verdadero socialismo", nombre que Marx y Engels emplean siempre en un sentido satírico, tuvo una vida fugaz. Desapareció, sin dejar huella, en 1848; el primer tiro de la revolución puso fin a su existencia. Esta corriente no contribuyó en nada a la formación espiritual de Marx, que se enfrentó con ella, superándola críticamente, desde el primer momento. Sin embargo, el brusco juicio que hace de estas doctrinas en el *Manifiesto comunista* no refleja de una manera exacta su actitud ante semejante socialismo; durante una época, lo tuvo por un néctar capaz, a pesar de todas aquellas absurdas gesticulaciones, de fermentar un vino. Y lo mismo, y más enfáticamente aún, Engels.

Este formaba con Moses Hess la redacción del *Gesellschaftsspiegel*, en el que Marx colaboró también con un artículo. Ambos colaboraron asimismo con Hess en la *Brüsseler Zeit* de diversos modos, y casi parecía como si este autor se hubiera compenetrado de lleno con sus ideas. Marx solicitó en repetidas ocasiones la colaboración de Heine para los *Anales renanos*, y si no suyos, esta revista, lo mismo que el *Deutsches Bürgerbuch*, dirigidas ambas por Püttmann, llegó a publicar algunos trabajos de Engels. En el *Westfalisches Dampfboot* colaboraron ambos amigos: Marx publicó en las páginas de esta revista el único fragmento de la segunda parte de *La ideología alemana* que hasta hoy ha visto la luz[30]: la crítica aguda y profunda de un folletín de Carlos Grün acerca del movimiento social en Francia y Bélgica.

La circunstancia histórica de que el llamado "verdadero socialismo" se formara también de los restos de la filosofía hegeliana ha movido a algunos a sostener que Engels y Marx habían abrazado también en un principio aquellas doctrinas, que luego, al separarse de ellas, criticaron con redoblado rigor. Pero esto no es verdad. Lo que ocurre es que ambas corrientes desembocaron en el socialismo arrancando de Hegel y Feuerbach, pero mientras que Marx y Engels se preocupaban por estudiar la esencia de este socialismo en la Revolución Francesa y la industria inglesa, los "verdaderos" socialistas se contentaban con traducir las fórmulas y los tópicos del socialismo a su "corrompido alemán de hegelianos". Marx y Engels se esforzaron cuanto pudieron por enaltecer esas doctrinas considerándolas, con mucha equidad, como un producto de la historia alemana. Grün y compañía no tenían por qué protestar ante una comparación tan halagadora como era la que contrastaba sus doctrinas socialistas, consideradas como una especulación ociosa acerca de la realización de las esencias humanas, con la interpretación que daba Kant a los actos de la Gran Revolución Francesa, concebidos como leyes de la voluntad verdaderamente humana.

En sus esfuerzos pedagógicos por orientar el "verdadero socialismo", Engels y Marx no ahorraron indulgencia ni rigor. En el *Gesellschaftsspiegel* de 1845, Engels, en su calidad de codirector, dejó pasar al bueno de Hess deslices que no se le podían ocultar; pero en el *DeutschesBürgerbuch* de 1846, empezó a calentarle ya las orejas. "Una pequeña dosis de 'humanidad', como modernamente la llaman, otra pequeña dosis de 'realización' de esta humanidad, o, mejor dicho, monstruosidad; otra dosis, ya más pequeña, sobre la cuestión de la propiedad –de tercera o cuarta mano–, un puñadito de

[30] Ver nota 28.

lástimas para el proletariado, de organización del trabajo, la miseria de la asociación para levantar el nivel de las clases necesitadas: todo esto, unido a una insigne ignorancia de la economía política y de la realidad social, forma el famoso sistema, al que aún vienen a chuparle la última gota de sangre, el último vestigio de energía y agresividad, la tan decantada imparcialidad teórica, el 'equilibrio absoluto' de la idea.¡Y con esta cosa tan aburrida hay quien pretende desencadenar en Alemania la revolución, poner en marcha el proletariado, hacer pensar y obrar a las masas!" Su preocupación por el proletariado y las masas reportaba muy de cerca la actitud adoptada por Marx y Engels ante el "verdadero socialismo". Y si de todos sus representantes atacaban con mayor violencia que a ninguno a Carlos Grün, era porque, aparte de sus mayores debilidades, viviendo en París, sembraba la confusión entre aquellos obreros e influía en Proudhon de un modo fatal. Nada tiene de extraño que en el *Manifiesto Comunista* le diesen la espalda al "verdadero" socialismo con una gran dureza y hasta con una alusión bastante clara a su antiguo amigo Hess, ya que aquellas páginas tenían por misión provocar un movimiento práctico de agitación en el proletariado internacional.

Así se comprende también que, estando como estaban dispuestos a perdonar a estos autores la "inocencia pedante" con que "profesaban y declamaban" a los cuatro vientos y tan solemnemente "sus torpes ejercicios escolares", no lo estuviesen tanto a pasar por alto el apoyo que al parecer dispensaban a los gobiernos. La lucha de la burguesía contra el absolutismo y el feudalismo anteriores a las jornadas de marzo habría de brindarle, por lo visto, la "ocasión esperada" para lanzarse por la espalda sobre la oposición liberal. "Los gobiernos absolutos de Alemania, con su cortejo de clérigos, maestros de escuela, aristócratas y burócratas, tenían en esas doctrinas un magnífico espantapájaros contra la burguesía, que empezaba a levantar cabeza. Era el complemento dulce de los terribles latigazos y las balas de fusil con las que esos mismos gobiernos trataban a las revueltas obreras". Estas palabras eran duramente exageradas en relación con el asunto y perfectamente injustas en lo que refería a las personas.

El propio Marx había aludido en los *Anales franco-alemanes* a la peculiar situación de Alemania, donde la burguesía no podía alzarse contra los gobiernos sin que el proletariado tomara partido contra la burguesía. La misión del socialismo, según esto, no podía ser otra que apoyar al liberalismo donde continuara siendo revolucionario y combatirlo donde degenerase en reacción. Este objetivo no era fácil de

cumplir; el mismo Marx y el mismo Engels defendieron como revolucionarios al liberalismo, en ocasiones en las que contenía ya tendencias reaccionarias. Cierto es que, por su parte, los "verdaderos" socialistas caían no pocas veces en el pecado contrario, en el pecado de combatir al liberalismo en bloque, con lo cual no hacían más que beneficiar al Gobierno. Los que más se distinguieron en esto fueron Carlos Grün y Moses Hess, y el que menos Otto Lüning, director del *Westfalisches Dampfboot*. Pero estos pecados eran más por torpeza e ignorancia que por la intención de apoyar a los gobiernos. En la revolución, que firmó la sentencia de muerte de todas sus figuraciones, integraron siempre el ala izquierda de la burguesía; ninguno de estos "verdaderos" socialistas desertó de su campo para entrar en el Gobierno, y uno de ellos, Moses Hess, formó parte, como militante, de las filas de la socialdemocracia. Entre todos los matices del socialismo burgués de entonces, y aun del de hoy, seguramente no habrá ninguno que pueda tener, en este punto, la conciencia tan tranquila como este.

Todos estos hombres sentían un gran respeto por las figuras de Marx y Engels, para quienes estaban siempre abiertas las columnas de sus revistas, aun cuando a veces se vieran maltratados por ellos en su propia casa. No era la perfidia, sino la ignorancia franca y sincera la que les impedía abandonar sus falsas posiciones. En sus labios florecía con especial preferencia ese viejo cantar que tanto aman los buenos filisteos: ¡silencio, silencio, no hacer ruido! Era el consabido tópico de que en un partido nuevo había que levantar un poco el brazo y, cuando la discusión fuera obligada, guardar al menos el tono correcto, no herir, no repeler; prestigios como Bauer, Ruge, Stirner, no podían ser allí objeto de ataques demasiado duros. Ya le podían ir con esas cantinelas a Marx, al hombre que dijo: "Lo característico de estas viejas comadres es querer suavizar y endulzar los combates librados dentro del partido". Pero esta sana actitud también era comprendida por ciertos socialistas "verdaderos"; en José Weydemeyer, cuñado de Lüning, y redactor del *Westfalisches Dampfboot*, encontraron Marx y Engels a uno de sus partidarios más leales.

Weydemeyer, un antiguo teniente de artillería prusiano, que había abandonado la carrera militar por sus convicciones políticas, formaba parte de la redacción de la *Gaceta de Tréveris*, periódico influido por Carlos Grün, y esto lo llevó a establecer contacto con los integrantes del verdadero "socialismo". En la primavera de 1846 se trasladó a Bruselas, no sabemos si para conocer a Marx o a Engels, o por otras razones, pero lo cierto es que se relacionó rápidamente con ambos, sin

dejarse influir por los lamentos que despertaban sus críticas despiadadas, de las que tampoco se libraba Lüning, su cuñado. Weydemeyer, que era westfaliano, tenía algo de ese temperamento sereno y grávido, pero leal y tenaz, que se le asigna a su raza. Como escritor no se distinguió nunca por gran talento; de regreso en Alemania, aceptó un puesto de geómetra en las obras del ferrocarril de Colonia a Minden, colaborando fortuitamente en el *Westfalisches Dampfboot*. Con su sentido práctico, quiso ayudar a Marx y a Engels a remediar una dificultad que se les iba haciendo cada vez más sensible: la carencia de editor.

En el Literarisches Kontor, editorial de Zúrich, les cerró las puertas el rencor de Ruge: a pesar de reconocer, como lo reconocía, que era difícil que Marx pudiera escribir algo malo, le puso a su socio Froebel el puñal en el pecho para que se abstuviese de toda relación editorial con él. Wigand, casa de Leipzig en la que editaban la mayor parte de los neohegelianos, había rechazado ya en otra ocasión una crítica dirigida contra Bauer, Feuerbach y Stirner. Era, pues, una magnífica perspectiva la que abría Weydemeyer en su tierra westfaliana, reuniendo a dos comunistas ricos, Julio Meyer y Rempel, dispuestos a ofrecer el dinero necesario para una empresa editorial. Tenían el plan de invertir el capital, inmediatamente, nada menos que en tres producciones: *La ideología alemana*, una biblioteca de autores socialistas, y una revista trimestral que sería dirigida por Marx, Engels y Hess.

Pero, al llegar la hora de desembolsar, los dos capitalistas fallaron, pese a haberse comprometido de palabra con Weydemeyer y con el propio Hess. Surgieron "dificultades económicas", que vinieron a paralizar en el instante oportuno su espíritu de sacrificio comunista. Amargo desengaño que Weydemeyer agudizó todavía más al ofrecer el original de *La ideología alemana* a otros editores que se lo rechazaron. Y por si esto fuera poco, intentó reunir entre los correligionarios de la región unos cuantos cientos de francos para remediar la extrema miseria de Marx. Sin embargo, como su carácter era noble y honrado, Marx y Engels no tardaron en olvidar estas pequeñas indiscreciones cometidas por él.

Por fin, el original de *La ideología alemana* quedaba entregado sin remedio a la crítica roedora de los ratones.

3. WEITLING Y PROUDHON

Mucho más emocionante, desde el punto de vista humano, y más importante también, que la crítica de los filósofos poshegelianos y de los "verdaderos" socialistas, son las polémicas entabladas por Marx contra dos proletarios geniales, que tanto influyeron en él en un principio.

Weitling y Proudhon tuvieron su cuna en las fosas de la clase obrera; eran las suyas personalidades sanas y fuertes, sumamente dotadas, y tan favorecidas por el medio, que no les hubiera sido difícil escalar posiciones de excepción, esas raras posiciones de las que se nutre el tópico filisteo de que las filas de la clase gobernante están abiertas para todos los talentos de la clase trabajadora. Pero ambos despreciaron esta carrera, para abrazar voluntariamente la de la pobreza y luchar por sus hermanos de clase y de pasión.

Siendo como eran hombres robustos y fornidos, llenos de fuerza medular, predestinados por naturaleza al goce de la vida, se impusieron las más duras privaciones para consagrarse a sus ideales. "Una estrecha cama, compartida no pocas veces por tres personas entre las paredes de una angosta habitación, una tabla como mesa de trabajo, y de vez en cuando una taza de café negro"; así vivía Weitling, cuando su nombre infundía ya espanto en los grandes de la tierra, y de igual forma vivía Proudhon, en su cuartucho parisino, en momentos en que ya tenía fama europea: "metido en un chaleco de punto y calzados los pies en zuecos".

En ambos se mezclaban la cultura alemana y la francesa. Weitling era hijo de un oficial francés, y acudió rápidamente a París, tan pronto como tuvo edad para hacerlo, a beber en las fuentes del socialismo. Proudhon era oriundo del viejo condado libre de Borgoña, anexado por Luis XIV a Francia; y no era difícil ver en él la cabeza germana. Lo cierto es que, tan pronto como tuvo independencia de juicio, se sintió atraído por la filosofía alemana, en cuyos representantes Weitling no alcanzaba a ver más que espíritus confusos y nebulosos; Proudhon, en cambio, no tenía palabras para fustigar a los grandes utopistas, a quienes aquél debía lo mejor de su formación.

Estas dos figuras del socialismo compartieron la fama y la mala estrella. Fueron los primeros proletarios modernos que aportaron una prueba histórica de que la moderna clase obrera es lo bastante fuerte e inteligente para emanciparse a sí misma; los primeros que rompieron el círculo vicioso al que estaban adscritos el movimiento obrero y el socialismo. En este sentido, su labor hizo época; su obra y

su vida fueron ejemplares y contribuyeron fructíferamente a los orígenes del socialismo científico. Nadie volcó mayores elogios que Marx sobre los comienzos de Weitling y Proudhon. En ellos, veía confirmado como realidad viviente lo que el análisis crítico de la filosofía hegeliana solo le había brindado, hasta entonces, como fruto de la especulación.

Pero, además de la fama, aquellos dos hombres compartieron también la mala estrella. A pesar de toda su agudeza y del alcance de su visión, Weitling no llegó a remontar nunca los horizontes del aprendiz artesano alemán, como Proudhon tampoco superó los del pequeño burgués parisino. Y ambos se separaron del hombre que supo consumar gloriosamente lo que ellos habían iniciado de un modo tan brillante. No fue por vanidad personal ni por despecho, aunque ambas cosas apuntaran también, más o menos visibles, conforme la corriente de la historia los iba haciendo sentirse eliminados. Sus polémicas con Marx revelan que no sabían sencillamente hacia dónde navegaba este. Fueron víctimas de una mezquina conciencia de clase, cuya fuerza era tanto mayor cuanto más inconscientemente actuaba en ellos.

Weitling se trasladó a Bruselas a comienzos del año 1846. Cuando su campaña de agitación en Suiza se paralizó, por efecto de sus contradicciones internas y de la brutal represión de la que luego fue objeto, buscó refugio en Londres, donde no pudo llegar a entenderse con los integrantes de la Liga de los Justicieros. Fue presa de su cruel destino precisamente por querer huir de él acogiéndose a un antojo de profeta. En vez de lanzarse de lleno al movimiento obrero inglés, en una época en la que la agitación cartista alcanzaba una gran altura, se puso a trabajar en la construcción de una gramática y una lógica fantásticas, preocupado por crear una lengua universal, que en lo sucesivo habría de ser su quimera preferida. Se arrojó precipitadamente a empresas para las que no poseía capacidad ni conocimientos de ninguna especie, y así fue cayendo en un aislamiento espiritual que lo separaba cada vez más de la verdadera fuente y raíz de su fuerza: la vida de su clase.

Al trasladarse a Bruselas, realizó el acto más razonable de su vida, pues si había alguien que podía curarlo moralmente, ese hombre era Marx. La noble hospitalidad con que este lo recibió, no solo nos la atestigua Engels, sino que la confirma y reconoce el propio Weitling. Pero pronto habría de demostrarse que era imposible llegar a un entendimiento espiritual entre ellos; en una reunión de los comunistas de Bruselas celebrada el 30 de marzo de 1846, Marx y Weitling

tuvieron un encuentro violentísimo; en una carta dirigida por este a Hess, tenemos la prueba de que las ofensas partieron del segundo. Estaban en curso las negociaciones para fundar la editorial ya mencionada y Weitling dejó asomar la acusación de que se trataba de apartarlo de sus "fuentes de ingreso" y reservar para otros las "traducciones bien pagas". Sin embargo, Marx siguió haciendo por él todo lo que pudo. Por informes procedentes también del propio Weitling sabemos que Hess le escribió a Marx desde Verviers, con fecha 6 de mayo, en estos términos: "Ya sabía yo, conociéndote, que tu aversión contra él no habría de llegar hasta el punto de cerrarle herméticamente la billetera, mientras tuvieses algo en ella". Y Marx no nadaba precisamente en la abundancia.

Pocos días después, Weitling dio lugar a la ruptura definitiva. La campaña de propaganda de Kriege en Estados Unidos no cumplió con las expectativas puestas en ella, entre otros por Marx y Engels. *El tribuno del pueblo*, semanario publicado por Kriege en Nueva York, promovía, en términos infantiles y pomposos, un fanatismo fantástico y sentimental que nada tenía que ver con los principios comunistas y que solo podía contribuir a desmoralizar en el más alto grado a la clase obrera. Pero lo peor era que Kriege, no contento con esto, se dedicaba a dirigir grotescas cartas a los millonarios yanquis, mendigando unos cuantos dólares para el periódico. Y como se hacía pasar por representante literario del comunismo alemán en Estados Unidos, era natural que los verdaderos representantes de la organización protestaran contra una conducta que tanto los comprometía.

El 16 de mayo, Marx, Engels y sus amigos acordaron formular una protesta razonada por medio de una circular dirigida a sus correligionarios, enviándosela en primer lugar a Kriege, con ruego de publicación en su periódico. Weitling fue el único que excusó su adhesión, con pretextos triviales, alegando que *El tribuno del pueblo* era un órgano comunista perfectamente adecuado al ambiente estadounidense y que el Partido Comunista tenía enemigos muy potentes y numerosos como para apuntar las armas hacia Estados Unidos, sobre todo hacia amigos y correligionarios. No contento con esto, dirigió una carta a Kriege, advirtiéndole contra los que suscribían la protesta, que eran todos, según él, unos "hábiles confabuladores". "Todas las preocupaciones de la Liga, podrida de dinero y formada por entre doce y veinte individuos, están absorbidas por la lucha contra mí, pobre reaccionario. Después de que me hayan decapitado a mí, decapitarán a otros, luego a sus

amigos, y por último, cuando ya no tengan a quién matar, se cortarán el cuello ellos mismos. Para esta batahola no les falta dinero, disponen de sumas gigantescas; yo, en cambio, no encuentro editor. Me han dejado solo con Hess, a quien también niegan el agua y el fuego". El propio Hess habría de abandonar sin demora a este hombre cegado por la pasión.

Kriege reprodujo la protesta de los comunistas de Bruselas, tomada luego de sus columnas por Weydemeyer para el *Westfalisches Dampfboot*, pero publicando al pie la carta de Weitling, o por lo menos sus pasajes más duros, para que hicieran de contraprueba. Luego, hizo que la Asociación de Reformas Sociales, una organización obrera alemana que había tomado por órgano a su semanario, nombrara a Weitling redactor, enviándole el dinero para el pasaje. Así desapareció Weitling de Europa.

Por los mismos días del mes de mayo, empezó a delinearse también la ruptura entre Marx y Proudhon. Para suplir la falta de un periódico, Marx y sus amigos se valían, como en el caso de Kriege, de circulares impresas o litografiadas; además, se preocupaban de mantener correspondencia periódica con las principales capitales en las que existían centros comunistas. En Bruselas y Londres funcionaban ya oficinas de correspondencia de este tipo, encontrándose en vías de organización la de París. Marx escribió a Proudhon, requiriendo su ayuda. Proudhon prometió prestarla, en una carta fechada en Lyon el 17 de mayo de 1846, aun cuando –decía– no podía comprometerse a escribir mucho ni con cierta frecuencia. Valiéndose de la ocasión que le brindaba esta carta, creyó oportuno dirigirle a Marx una prédica moral en la que a este pudo revelársele, ya bien patente, el abismo abierto entre los dos.

Proudhon se mostraba ahora partidario de un "antidogmatismo casi absoluto" en cuestiones económicas. Marx, le decía, debía cuidarse mucho de no caer en la contradicción de su conciudadano Martín Lutero, quien, después de derribar la teología católica, no había sabido hacer nada mejor que fundar una nueva teología protestante, con gran ostentación de anatemas y excomuniones. "No demos nuevo trabajo al género humano con nuevos desvaríos, brindemos al mundo el ejemplo de una sabia y sagaz tolerancia, no queramos pasar por apóstoles de una nueva religión, aunque esta sea la religión de la razón y de la lógica". Proudhon pretendía, pues, ni más ni menos que los "verdaderos" socialistas, mantener esa agradable confusión, cuya

destrucción era para Marx el primer paso obligado de toda propaganda comunista.

Proudhon no quería ni oír hablar de aquella revolución en la que tanto tiempo había creído: "Prefiero quemar la propiedad a fuego lento antes que dar más alimento a los propietarios por medio de otra noche de San Bartolomé". A este problema prometía dar un minucioso tratamiento en una obra que tenía ya a medio imprimir, sometiéndose de buen grado al látigo de Marx, en espera de su revancha. "Y ya que hablamos de esto, le diré que creo que las ideas de la clase obrera francesa coinciden con mi posición; nuestros proletarios sienten una sed tan grande de ciencia, que no saldría bien parado quien no supiese ofrecerles para beber otra cosa que sangre". Para terminar, Proudhon rompía una lanza en defensa de Carlos Grün, contra cuyo hegelianismo mal digerido lo advirtiera Marx. Le decía que, por su ignorancia del alemán, tenía que acudir a Grün y Ewerbeck para estudiar a Hegel y Feuerbach, a Marx y Engels. Que Grün se proponía traducir al alemán su último libro, y que sería muy útil y honroso para todos que Marx lo ayudara a sacar adelante esta traducción.

El final de la carta tenía un cierto aire de burla, aunque no pretendiera serlo, indudablemente. Y a Marx no podía agradarle verse retratado en aquella jerga retórica de Proudhon como un vampiro ávido de sangre. Los manejos de Grün tenían que despertar en él cierto recelo, y a esto sin duda se debió, aun cuando hubiese otros motivos emparentados, que Engels decidiera trasladarse temporalmente a París en agosto de 1848, encargándose de informar del movimiento de aquella capital, que seguía siendo el centro más importante para la propaganda comunista. Era necesario también informar a los comunistas de París de la ruptura con Weitling, de la aventura editorial westfaliana y de todo cuanto levantara o pudiese levantar polvareda, tanto más cuanto que no podían fiarse para nada de Ewerbeck, y mucho menos de Bernay.

Al principio, los informes de Engels, dirigidos unos a la oficina de correspondencia de Bruselas y otros a Marx personalmente, venían colmados de esperanza, pero poco a poco fue demostrándose que Grün había "envenenado" lastimosamente el asunto. Y cuando, al aparecer en el otoño, la anunciada obra de Proudhon se vio que no hacía más que hundirse en el pantano en que ya braceaba la carta, Marx dejó caer sobre él el látigo, tal como Proudhon deseaba, pero sin

que este llegara a concretar su prometida revancha más que con unos cuantos insultos groseros.

4. EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Proudhon había dado a su libro este título: *Sistema de las contradicciones económicas*, y este subtítulo: *La filosofía de la miseria*. Marx tituló su obra polémica de respuesta: *La miseria de la filosofía*[31], escribiéndola en francés para de este modo triunfar más fácilmente sobre su adversario. Pero no lo consiguió. La influencia de Proudhon sobre la clase obrera francesa y el proletariado de los países latinos en general, lejos de disminuir, se acentuó, y Marx tuvo que luchar durante muchos años con el proudhonismo.

Esto no merma, sin embargo, ni mucho menos, el valor de su obra polémica, ni siquiera su importancia histórica. Esta obra es piedra angular no solo en la vida de su autor, sino en la historia de la ciencia. En ella, se desarrollan científicamente, por primera vez, los puntos de vista fundamentales del materialismo histórico. En las obras anteriores, estos puntos de vista relucen con brillo de chispas; más tarde, Marx habría de resumirlos en forma epigramática; pero aquí, en este libro escrito contra Proudhon, los vemos desplegarse ante nosotros con toda la claridad persuasiva de una polémica triunfante. Y la exposición y fundamentación del materialismo histórico es el aporte científico más considerable que debemos a Carlos Marx; representa para las ciencias de la historia lo que la teoría de Darwin para las ciencias naturales.

Engels tuvo una cierta participación en esta doctrina, mayor de lo que en su modestia reconoce, si bien se atiene a la verdad cuando asigna la fórmula clásica en la que se recoge la idea fundamental a su amigo, como obra exclusivamente suya. Cuenta Engels que, al trasladarse a Bruselas en la primavera de 1845, Marx le expuso, ya perfectamente desarrollada, la idea capital del materialismo histórico, el pensamiento cardinal de que la producción económica y la estructuración social de cada época de la historia, calcada necesariamente sobre aquella, forma la base sobre la que se erige la historia política e intelectual de ese periodo; que, por tanto, toda la historia de la humanidad es una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadas y explotadoras, dominadoras y

---

[31] Marx, K. (2010): *Miseria de la filosofía*, Edaf, Madrid. También disponible en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/.

dominadas, en los diferentes estadios de la evolución social, pero que esta lucha ha llegado por fin a una fase en que la clase explotada y oprimida, el proletariado, no puede emanciparse ya de la clase que la explota y oprime, de la burguesía, sin al mismo tiempo emancipar para siempre y por entero a la sociedad de la explotación y la opresión.

Este pensamiento cardinal es el que Marx dispara contra Proudhon en su obra polémica, como el foco en el que vienen a converger una muchedumbre de rayos de luz. Apartándose bruscamente de la prolijidad tan cansadora de la que adolecían a veces sus polémicas contra Bruno Bauer y Stirner, el estilo tiene aquí una claridad y una síntesis incomparables; ya el barco no zozobra, traído y llevado por el oleaje cenagoso, sino que surca, con las velas desplegadas, las aguas movidas.

La obra se divide en dos partes: en la primera, Marx se nos revela, para citar una frase de Lassalle, como un Ricardo convertido al socialismo; en la segunda, como un Hegel venido al campo de la economía. Ricardo había demostrado que el cambio de mercancías en la sociedad capitalista se ajustaba a las horas de trabajo contenidas en ellas; este "valor" de las mercancías era el que Proudhon aspiraba a ver "constituido de tal modo que, coincidiendo la cantidad de trabajo, se cambiaran los productos de uno por los de otro, reformándose la sociedad para convertir a todos sus miembros en obreros, entre los que se estableciera un intercambio directo de cantidades iguales de trabajo". Esta deducción "igualitaria" de la teoría de Ricardo no era nueva: ya la habían establecido los socialistas ingleses, intentando llevarla a la práctica por medio de "bancos de intercambio", que no tardaron en quebrar.

Marx demostraba ahora que la "teoría revolucionaria" que Proudhon creía haber descubierto para la emancipación del proletariado no era más que una fórmula bajo la cual se escondía la moderna esclavitud de la clase obrera. De su ley del valor, Ricardo había deducido lógicamente la ley del salario; el valor de la mercancía, fuerza de trabajo, se mide por el tiempo de trabajo necesario para producir los objetos que el obrero necesita como sustento de su vida y para la perpetuación de la especie. Es una ilusión burguesa, una quimera, creer que puede existir un intercambio individual sin antagonismos de clase, confiar en implantar dentro de la sociedad burguesa un estado de armonía y de justicia eterna en el que nadie pueda enriquecerse a costa de otros.

Marx recoge la verdadera realidad en estas palabras: "En el instante mismo en que comienza la civilización, empieza la producción a erigirse sobre el antagonismo de las profesiones, los estamentos, las clases, reducidos todos en último término al que se erige entre el trabajo acumulado y el de cada día. Sin antagonismo, sin choque, no existe progreso: a esta ley ha obedecido hasta hoy la civilización. Hasta aquí, las fuerzas productoras de la sociedad se han desarrollado bajo el imperio de este antagonismo de clase". Proudhon, por medio de su idea del "valor constituido", pretende asegurar al obrero el producto, cada vez mayor, que crea en cada una de sus jornadas de trabajo gracias al progreso del trabajo común; pero Marx demuestra que el desarrollo de las fuerzas productivas que permiten al obrero inglés de 1840 producir veintisiete veces más que el de 1770 responde a condiciones históricas, nacidas todas del antagonismo de clases: acumulación de capitales privados, régimen de salarios. No puede existir remanente de trabajo, concluye Marx, sin que existan unas clases que se beneficien y otras que se perjudiquen.

Proudhon citaba el oro y la plata como las primeras pruebas de su "valor constituido", afirmando que era la consagración soberana del cuño del Estado la que convertía a estos metales en dinero. Marx refuta de plano esta tesis. El dinero, dice, no es un objeto: es una relación social que, como intercambio individual, corresponde a un determinado régimen de producción. "En efecto, hace falta ignorar en absoluto la historia para no saber que los soberanos de los Estados se han tenido que someter siempre y en todas partes a los factores económicos, sin poder dictarle nunca su ley. La legislación política y la burguesa no hacen, en realidad, más que proclamar y protocolizar la voluntad de los factores económicos... El derecho es, sencillamente, el reconocimiento oficial del hecho". El cuño del Estado no imprime al oro el valor, sino el peso; el oro y la plata sientan al "valor instituido" como al santo las armas; precisamente por su condición de signos de valor son las únicas mercancías que no se ajustan a su costo de producción, como lo demuestra que puedan ser sustituidos en la circulación por el papel. Es este un punto puesto en claro por Ricardo hace ya mucho tiempo.

Marx alude a la meta comunista, demostrando que la "exacta proporción entre la oferta y la demanda", indagada por Proudhon, solo era posible establecerla en tiempos en que los medios de producción tenían carácter limitado y en que el intercambio se desarrollaba dentro de confines extraordinariamente angostos, en que la demanda imperaba sobre la oferta y el consumo gobernaba la producción. Todo

esto había desaparecido al nacer la gran industria, a la que ya sus propios instrumentos forzaban a producir en cantidades cada vez mayores, que no podía esperar a la demanda ni estar pendiente de ella, que tenía que recorrer por fuerza, fatalmente, en constante sucesión de estaciones, el tránsito de la prosperidad a la depresión, a la crisis, al colapso, de aquí a la nueva prosperidad, y así incesantemente. "En la sociedad actual, en la industria basada en un régimen de intercambio individual, la anarquía de la producción, fuente de tanta miseria, es a la par la causa de todo progreso. Tenemos, pues, a la fuerza, que elegir uno de los dos términos del dilema: u optamos por guardar las proporciones justas del pasado con los medios de producción del presente, en cuyo caso seremos reaccionarios y utópicos en una pieza, o abrazamos el progreso sin la anarquía, pero no hay más remedio para esto que renunciar al intercambio individual, si queremos conservar las fuerzas productivas".

Todavía más importante que el primero es el segundo capítulo de la obra dirigida contra Proudhon. Si en aquel, Marx tiene que vérselas con Ricardo, frente al cual no adopta aún una actitud de completa indiferencia científica –todavía compartía sin asomo de crítica, entre otras ideas suyas, la ley del salario–, en este se ve cara a cara con Hegel, es decir, en su propio elemento. Proudhon desfiguraba lamentablemente la dialéctica hegeliana. Se aferraba a su lado reaccionario, según el cual el mundo de la realidad se deriva del mundo de la idea, negando el lado revolucionario de la doctrina: la autonomía y libertad de movimientos de la idea, que pasa de la tesis a la antítesis, hasta desplegar a lo largo de esta lucha aquella unidad superior en la que se armoniza el contenido sustancial de ambas posiciones, cancelándose todo lo que de contradictorio había en su forma. Proudhon, por su parte, distinguía en toda categoría económica un lado bueno, ponderado por los economistas burgueses, y el lado malo, fustigado por los socialistas, y con sus fórmulas y síntesis creía remontarse a la par sobre unos y otros.

He aquí lo que Marx tiene que objetar a esta pretensión: "M. Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y el comunismo, y no se da cuenta de que queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles económicos; de los socialistas, porque carece de la penetración y del valor necesarios para alzarse, aunque solo sea en el terreno de la especulación, sobre los horizontes de la burguesía. Pretende ser la síntesis y no es más que un error sintético; pretende flotar sobre burgueses y

proletarios como hombre de ciencia, y no es más que un pequeño-burgués, que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el socialismo". Cuidando, naturalmente, de no leer *necio* donde Marx dice *pequeño-burgués*, no es el talento de Proudhon lo que se pone en duda, sino su incapacidad para saltar sobre las fronteras de la sociedad pequeño-burguesa.

Nada más fácil, para Marx, que demostrar la precariedad del método seguido por Proudhon. Escindido el proceso dialéctico en un lado bueno y otro malo, y concebida una de las categorías como antídoto de la otra, la idea quedaba exánime, muerta, sin fuerza para trasponerse y descomponerse en categorías. Como auténtico discípulo de Hegel que era, Marx sabía perfectamente que ese lado malo que Proudhon quería extirpar, era precisamente el que hacía la historia, retando al otro a combate. Si se hubiera querido conservar lo que había de bello en el feudalismo, la vida patriarcal de las ciudades, el esplendor de la industria doméstica en el campo, el desarrollo de la manufactura urbana, borrando del cuadro cuanto fuese sombra –la servidumbre de la gleba, los privilegios, la anarquía–, no se habría conseguido más que destruir todos aquellos elementos que desencadenaron la lucha, matando así en germen a la burguesía; pues esa aspiración equivale, en realidad, a la empresa absurda de borrar la historia.

Marx plantea el problema en sus verdaderos términos, del modo siguiente: "Para poder formarse un juicio exacto de la producción feudal, es preciso enfocarla como un régimen de producción basado en el antagonismo. Es necesario investigar cómo se producía la riqueza en el seno de este antagonismo, cómo las fuerzas productivas se iban desarrollando, a la par que se acentuaba la oposición entre las clases, cómo una de estas clases, el lado malo, el lado social, fue creciendo incesantemente hasta que llegaron a la madurez las condiciones materiales para su emancipación". Este mismo proceso histórico lo descubre Marx en la burguesía. Las condiciones de producción en las que esta se desarrolla no tienen un carácter simple y uniforme, sino complejo y antagónico; en la misma proporción en la que crece la burguesía, va desarrollándose en su seno el proletariado, y pronto se define y acentúa también la posición mutua de lucha entre ambas clases. Los economistas son los teóricos de la burguesía; los comunistas y socialistas, los teóricos del proletariado. Para que estos dejen de ser unos soñadores utópicos entregados a la búsqueda fantástica de sistemas y preocupados por la posesión de una ciencia mágica que cure todos los males de las clases oprimidas, es preciso que el proletariado adquiera el desarrollo

suficiente para constituirse como clase, y que las fuerzas productivas existentes en el seno de la burguesía se desarrollen también en el grado necesario para dejar traslucir las condiciones materiales previas a la emancipación del proletariado y a la formación de la nueva sociedad. "Pero, a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse, con trazos cada vez más claros, la cruzada proletaria, aquellos no tienen ya para qué ir a buscar la ciencia a sus cabezas; ahora, les basta con saber ver inteligentemente lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en órganos de esa realidad. Mientras se limitan a indagar la ciencia y a construir sistemas especulativos, mientras no han traspuesto los umbrales de la lucha, no ven en la *miseria* más que la *miseria*, sin penetrar en el fondo verdaderamente revolucionario que en ella se aloja y que viene a echar por tierra la vieja sociedad. A partir de este instante, la ciencia se convierte en fruto consciente del movimiento histórico; deja de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria".

Las categorías económicas no son, para Marx, más que otras tantas expresiones teóricas, otras tantas abstracciones de la situación social. "Los factores sociales están íntimamente ligados a las fuerzas productivas. Con la adquisición de nuevas fuerzas productivas, el hombre cambia su régimen de producción, y al cambiar su modo de ganarse la vida, cambian también todas sus relaciones sociales... Y este mismo hombre que organiza sus relaciones sociales de acuerdo a su régimen material de producción, modela también los principios, las ideas, las categorías, de acuerdo a su situación social". Marx compara a esos economistas burgueses que hablan de las "instituciones eternas y naturales" de la sociedad burguesa con los teólogos ortodoxos, para quienes su religión, la religión creada por ellos, es una revelación divina, y las demás, puras invenciones humanas.

Marx sigue demostrando acerca de toda una serie de categorías económicas –división del trabajo y maquinaria, competencia y monopolio, propiedad del suelo y renta, huelgas y sindicatos obreros–, que Proudhon adujera para fundamentar su método, la precariedad de este. La división del trabajo no es una categoría económica, como Proudhon pretende, sino una categoría histórica que asume las formas más diversas a través de los distintos períodos de la historia. Su existencia está condicionada, en el sentido de la economía burguesa, a la fábrica. Pero la fábrica no surge, como lo entiende Proudhon, por un acuerdo amistoso de los trabajadores, ni surge siquiera en el seno de los antiguos gremios; el precursor del taller moderno hay que buscarlo en el comerciante y no en el viejo maestro del oficio.

La competencia y el monopolio tampoco son categorías naturales, sino sociales. La competencia no incentiva la industria, sino el comercio; no lucha por el producto, sino por la ganancia; no es una necesidad del alma humana, como creía Proudhon, sino que nace de las necesidades históricas en el transcurso del siglo XVIII, del mismo modo que, por efecto de otras necesidades históricas, puede desaparecer en el XIX.

No menos falso es creer, como hace Proudhon, que la propiedad del suelo no tiene base económica alguna, sino que descansa en consideraciones psicológicas y morales, solo remotamente relacionadas con la producción de la riqueza; la renta de la tierra tiende, según él, a atar al hombre con vínculos más fuertes a la naturaleza. "La propiedad se ha desarrollado de modo distinto y bajo condiciones sociales muy diferentes en cada período de la historia. Explicar la propiedad burguesa equivale, por lo tanto, a exponer las condiciones sociales de producción bajo la era de la burguesía. Solo la metafísica y la jurisprudencia pueden hacerse la ilusión de concebir la propiedad como relación independiente y sustantiva". La renta del suelo –o sea, el remanente que queda después de deducir del precio de los productos de la tierra el costo de producción, incluyendo las ganancias e intereses usuales del capital– surge bajo un determinado régimen social, y solo puede subsistir bajo este. No es otra cosa que la propiedad del suelo en su modalidad burguesa: la propiedad feudal sometida a las condiciones de producción de la burguesía.

Finalmente, Marx pone de relieve la importancia histórica de las huelgas y los sindicatos, de las que Proudhon no quería saber nada. Por mucho que los economistas y los socialistas, aunque inspirados por razones opuestas, quieran disuadir al obrero de manejar estas armas, las huelgas y los sindicatos se desarrollan paralelamente a la gran industria. No importa que la competencia venga a dividir al obrero por el lado de sus intereses: hay un interés común que los une, y es el interés de mantener el nivel de sus salarios; la idea común de la defensa los asocia al sindicato, que contiene todos los elementos para una futura disputa, lo mismo que la burguesía empezó a aglutinarse en asociaciones parciales contra el señor feudal, para constituirse al cabo como clase, y, una vez constituida como clase, transformar la sociedad feudal en burguesa.

El antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra, lucha que, al alcanzar su punto de apogeo, implica una total revolución. El movimiento social no excluye al

político, pues no existe movimiento político que no tenga simultáneamente carácter social. Solo en una sociedad sin clases dejarán las evoluciones sociales de representar revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, la ciencia social, en vísperas de toda fundamental reorganización de la sociedad, no puede tener más lema que este: "Luchar o morir; la guerra violenta o la nada. Es el dilema inexorable". Con estas palabras de Jorge Sand termina la obra polémica de Marx contra Proudhon.

En este trabajo, en el que se desarrolla el materialismo histórico bajo toda una serie de criterios sustanciales y decisivos, Marx subraya *también* definitivamente su actitud ante la filosofía alemana, remontándose a Feuerbach para retornar a Hegel. La escuela hegeliana oficial estaba en quiebra. No había sabido hacer otra cosa que convertir la dialéctica del maestro en patrón rutinario, aplicándolo sin ton ni son a cuanto se le ponía enfrente. De esos hegelianos podía decirse, como en efecto se dijo, que no sabían nada de nada y escribían de todo.

Feuerbach firmó su sentencia de muerte al liquidar el concepto especulativo; el contenido positivo de la ciencia volvía a prevalecer sobre el costado formal. Pero el materialismo feuerbachiano carecía del "principio enérgico"; no acertaba a separarse del campo de las ciencias naturales, y solo esclarecía el proceso histórico. Marx no podía darse por satisfecho con esto, como aquellos viajantes y predicadores de materialismo, los Büchner y los Vogt, cuyo mezquino y ridículo modo de pensar le hizo decir a Feuerbach que estaba de acuerdo con este materialismo en cuanto miraba hacia el pasado, pero no en lo que decía en relación con el futuro. "El pobre caballo de mala muerte que arrastra el carro de la inteligencia burguesa al uso se detiene perplejo, naturalmente, ante la trinchera que separa la esencia del fenómeno, la causa del efecto: es lógico, pero el que se vea forzado a cabalgar sobre este accidentado y peligroso terreno de los pensamientos abstractos, debería procurar traer otra caballería". Son palabras tomadas de Engels.

Sin embargo, los hegelianos no eran Hegel; los discípulos podían ser modelo de ignorancia, pero el maestro figuraba entre las cabezas más claras y profundas de la humanidad. Había en su pensamiento un rasgo de sentido histórico que lo diferenciaba de todos los demás filósofos y le había permitido formarse una concepción magnífica de la historia, aunque fuese bajo una forma puramente idealista, una forma que lo veía todo, por decirlo así, como reflejado en un espejo cóncavo,

representándose la historia del mundo como una especie de experimento práctico, realizado para contrastar los progresos de la idea. Feuerbach no llegó a asimilar totalmente este contenido positivo de la filosofía de Hegel, que los hegelianos luego dejaron perderse.

Marx lo recogió, pero le dio una vuelta, para arrancar no de la "idea pura", sino de los crudos hechos de la realidad, con lo cual confirió al materialismo de una dialéctica histórica a la par que de un "principio enérgico" que no se conformaba con explicar la sociedad, sino que aspiraba a transformarla.

5. *DEUTSCHE BRÜSSELER ZEITUNG*

Marx encontró dos editores, uno para la versión alemana en Bruselas y otro para la francesa en París, que decidieron a publicar su obrita polémica contra Proudhon, aunque los gastos de impresión corrieran por cuenta suya; la obra vio la luz a fines del verano de 1847, y coincidiendo con esto, le fueron abiertas las columnas de la *Deutsche Brüsseler Zeitung*, desde donde pudo hacer propaganda pública de sus ideas.

Este periódico había empezado a publicarse bisemanalmente a comienzos del año, dirigido por aquel mismo Adalberto N. Bornstedt que redactara en otro tiempo el *Vorwaerts* de Bornstein y que había estado a sueldo de los gobiernos austríaco y prusiano. El hecho aparece hoy documentado por información de los archivos de Berlín y de Viena, sin dejar margen para la duda; lo que no sabemos es si este personaje seguía siendo en Bruselas agente de la policía. Las sospechas a las que su actuación dio lugar se vieron contrarrestadas por las denuncias que la embajada prusiana de Bruselas formuló al Gobierno belga contra su periódico. Cierto es que esto podía ser también un ardid para acreditar a su director a los ojos de los elementos revolucionarios congregados en torno a él, pues ya sabemos que los defensores del trono y el altar no suelen tener muchos escrúpulos en la elección de medios para sus augustos fines.

De todos modos, Marx no creyó nunca que Bornstein los traicionara. No se ocultaban las faltas de su periódico, pero, a pesar de ellas, reconocía sus méritos, entendiendo que lo indicado era remediar sus defectos en vez de refugiarse detrás del cómodo pretexto que ofrecía el nombre dudoso de su director. El 8 de agosto, Marx escribía a Herwegh en los siguientes términos, llenos de reproches: "Unas veces porque no nos agrada el hombre, otras veces

porque nos desagrada la *mujer*, *cuándo* es la tendencia, cuándo el estilo, cuándo el formato e incluso la distribución de lo que nos parece peligroso... Estos alemanes tienen siempre mil máximas y aforismos preparados para justificar la inacción y dejar pasar tontamente las oportunidades. En cuanto surge la posibilidad de hacer algo, los gana la perplejidad". Viene luego un suspiro de amargura, diciendo que a sus trabajos les ocurre lo mismo que a la *Brüsseler Zeitung*, y una enérgica maldición contra esos burros que toman a mal que prefiera publicar en francés a quedarse inédito.

No sabemos si estas palabras de Marx deben interpretarse en el sentido de que pasara un poco por alto las dudas que Bornstein despertaba simplemente para "no desaprovechar la oportunidad", pero aunque así fuera, no habría razón para reprochárselo. La posibilidad que se ofrecía era demasiado propicia, y hubiera sido necio dejarla escapar por una simple sospecha personal. En la primavera de 1847, la penuria de la hacienda había obligado al rey de Prusia a convocar la Dieta unificada, en la que se refundían las representaciones provinciales que venían funcionando, y que era, por lo tanto, una corporación de tipo feudal y por estamentos, semejante a la que idénticas circunstancias obligaran a Luis XVI a convocar en la primavera de 1789.Las cosas en Prusia no se desarrollaron con la misma rapidez que en Francia; pero, no obstante, la Dieta no desataba los cordones de la bolsa y hacía saber al gobierno, sin muchas vueltas, que no autorizaría ningún recurso en tanto no se ampliaran sus derechos y se regularizaran sus convocatorias. Y como la penuria financiera apremiaba, era evidente que la danza habría de continuar, más temprano o más tarde; no había tiempo que perder.

En esta órbita de preocupaciones se mueven los artículos escritos por Marx y Engels para el periódico de Bruselas. Comentando los debates de la Dieta prusiana sobre el librecambio y el régimen de protección arancelaria, apareció en sus columnas una crítica que, aunque anónima, procedía visiblemente, por su contenido y su estilo, de la pluma de Engels. Este había llegado por entonces a la conclusión de que la burguesía alemana necesitaba un arancel alto para no perecer entre las uñas de la industria extranjera y acumular las energías necesarias para sobreponerse al absolutismo y al feudalismo. Inspirándose en estas razones, Engels recomendaba al proletariado que apoyara la agitación arancelaria; pero no lo impulsaba, en esta recomendación, otro fundamento. Lejos de eso, y aun entendiendo que List, la mayor autoridad de los arancelarios, había producido siempre los mejores frutos de la literatura

económica burguesa de Alemania, añadía que toda la obra gloriosa de este autor estaba copiada de Ferrier, escritor francés, autor teórico del sistema continental, y precavía a los obreros para que no se dejaran engañar por la retórica del "bienestar" de la clase trabajadora que alzaban como pomposo estandarte de sus campañas egoístas lo mismo unos que otros, los librecambistas y los partidarios del arancel. El salario del obrero no sufría alteración bajo ninguno de los dos sistemas, y si él defendía el arancel era simplemente como "medida burguesa progresiva". Tal era también la posición adoptada por Marx.

Obra común de ambos, es un extenso artículo dedicado a repeler un ataque del socialismo cristiano-feudal. Este ataque se había publicado en el *Rheinischer Beobachter*, órgano recientemente fundado en Colonia por el Gobierno para poner a los obreros en contra de la burguesía de la región renana. Fue en sus columnas donde recibió el espaldarazo, como él mismo cuenta en sus Memorias, el joven Hermann Wagener. Marx y Engels no podían ignorar, estrechamente relacionados como lo estaban con Colonia, de quién provenía el ataque; la sátira del "calvo consejero municipal" es, por decirlo así, el ritornelo constante de su artículo. Wagener formaba parte, a la postre, del Gobierno de Magdeburgo.

Esta vez, el órgano gubernamental se valía del fracaso de la Dieta prusiana como cebo para su campaña cerca de los obreros. La burguesía –decía el periódico–, al denegar sus créditos al Gobierno, demostraba que no le preocupaba más que una cosa, llegar al poder, y que el bienestar del pueblo le era indiferente; que echaba al pueblo por delante para intimidar al Gobierno, tomándolo como carne de cañón en la conquista del poder. La respuesta de Marx y Engels está al alcance de la mano de cualquiera. El proletariado –replican– no se deja engañar por la burguesía ni por el Gobierno; se limita a preguntar qué satisface mejor sus propios fines, si el predominio de la burguesía o la hegemonía del Gobierno, y para contestar a esta pregunta le basta con establecer una simple comparación entre el estado actual de los obreros alemanes y el de los franceses o ingleses.

El periódico gubernamental lanzaba esta exclamación demagógica: "¡Oh, pueblo bienaventurado! Has triunfado en el terreno de los principios. No importa que no sepas lo que es eso, ya te lo explicarán tus representantes, y mientras los oyes hablar horas y horas, acaso llegues a olvidar el hambre que te aqueja". Marx y Engels contestaban a esto, ante todo, con una sátira mordaz, diciendo que bastaba ver

cómo quedaban impunes esas exteriorizaciones fustigantes, para convencerse de la libertad de la que disfrutaba la prensa alemana. Pero luego advertían que el proletariado había sabido comprender tan certeramente la batalla librada en el terreno de los principios, que no reprochaba al Parlamento el haberla ganado. Si no se hubiese limitado a reclamar la ampliación de sus derechos corporativos, sino el tribunal del jurado, la igualdad ante la ley, la abolición de las prestaciones personales, la libertad de prensa, la libertad de asociación y una verdadera representación popular, habría encontrado en la clase proletaria el más decidido y firme apoyo.

Después de esto, los autores pasaban a pulverizar todas aquellas piadosas prédicas sobre los principios sociales del cristianismo que pretendían oponerse a las doctrinas comunistas. "Los principios sociales del cristianismo han tenido ya dieciocho siglos para desenvolverse, y no necesitan que un consejero municipal prusiano venga ahora a desarrollarlos. Los príncipes sociales del cristianismo justificaron la esclavitud en la antigüedad, glorificaron en la Edad Media la servidumbre de la gleba y se disponen, si es necesario, aunque frunciendo un poco el ceño, a defender la opresión moderna del proletariado. Los principios sociales del cristianismo predican la necesidad de que exista una clase dominante y una clase dominada, contentándose con formular el piadoso deseo de que aquella sea lo más benéfica posible. Los principios sociales del cristianismo dejan la desaparición de todas las infamias para el cielo, justificando con esto la perpetuación de esas mismas infamias sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo ven en todas las maldades de los opresores contra los oprimidos el justo castigo del pecado original y de los demás pecados del hombre o la prueba a que el Señor quiere someter, según sus designios inescrutables, a la humanidad. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de la propia persona, el envilecimiento, el servilismo, la humildad, todas las virtudes del canalla; el proletariado, que no quiere que se lo trate como canalla, necesita mucho más de su valentía, de su sentimiento de propia estima, de su orgullo y de su independencia, que del pan que se lleva a la boca. Los principios sociales del cristianismo hacen al hombre miedoso y trapacero, y el proletariado es revolucionario". Este proletariado revolucionario es el que Marx y Engels capitanean, dando con él batalla a todo ese fuego de artificio de las reformas sociales de la monarquía. Ese pueblo, que agradece los puntapiés y las limosnas con los ojos arrasados de lágrimas, no existe más que en la fantasía de los reyes; el verdadero pueblo, el

proletariado, es, según la frase de Hobbes, un muchacho robusto y malicioso, y el ejemplo de Carlos I de Inglaterra y el de Luis XVI de Francia demuestran la suerte que les espera a cuantos reyes lo pretenden engañar.

El artículo cayó como granizo sobre el sembrado feudal-socialista, pero algunas piedras fueron a parar a campos ajenos. Marx y Engels, que habían defendido siempre con gran razón la conducta del Parlamento al negar todo recurso a un Gobierno haragán y revolucionario como aquel, le hacían demasiado honor al sujetar a idéntico punto de vista la denegación de un impuesto sobre la renta propuesto por el Gobierno a la burguesía. Se trataba, en realidad, de una emboscada tendida por el Gobierno a la burguesía. La iniciativa de abolir los tributos de molienda y matanza, que tanto agobiaban a los obreros de las grandes ciudades, acudiendo, como medida principal para nivelar el desequilibrio financiero, a un impuesto sobre la renta que gravase sobre las clases acomodadas partió primitivamente de la burguesía renana, que se inspiraba, al obrar así, en razones idénticas a las que movieran a la burguesía inglesa en su campaña contra el impuesto sobre los granos.

El Gobierno aborrecía resueltamente esta petición, que iba contra los grandes terratenientes, sin que esta clase pudiera esperar, a cambio de la abolición de los impuestos de molienda y matanza –que solo se cobraban en las grandes ciudades– una baja de salarios del proletariado, al que explotaba. No obstante, el Gobierno presentó al Parlamento un proyecto de ley recogiendo aquellos deseos, pero fue con la pérfida intención de desprestigiarlo ante la opiniónpública, haciéndose popular a costa suya, pues daba por descontado que una corporación feudal y por estamentos como era aquella, no habría de acceder en modo alguno a una reforma fiscal que tendía a desgravar, aunque solo fuera pasajeramente, a las clases trabajadoras a costa de las clases acomodadas. Ya la votación previa sobre el proyecto de ley, en la que casi todos los príncipes, todos los *junkers* y todos los funcionarios votaron en contra, pudo convencer al Gobierno del acierto de sus previsiones. Tuvo, además, la gran suerte de que una parte de la burguesía, temerosa de ver triunfar el proyecto, se pasara ruidosamente al otro campo.

Las plumas oficiales se encargaron enseguida de explotar el caso, presentando la denegación de aquel impuesto como una prueba concluyente del juego mentiroso de la burguesía: al *Rheinischer Beobachter* no había manera de correrlo de esta argumentación.

Marx y Engels tenían mucha razón al decirle a su "consejero municipal" que era "el mayor y más desvergonzado ignorante en asuntos económicos" si afirmaba que un impuesto sobre la renta podía remediar ni un ápice de la miseria social, pero no tenían ninguna duda cuando defendían la denegación del impuesto solicitado como una medida legítima contra el Gobierno. Al Gobierno no le afectaba para nada este golpe, y financieramente más lo fortalecía que lo debilitaba respetarle el tributo de molienda y matanza, que funcionaba admirablemente y daba un gran rendimiento, en vez de sustituírselo por un impuesto sobre la venta, que le daría grandes dolores de cabeza, pues si bien habría de pesar sobre las clases acomodadas, no estaba exento, como nos revela la experiencia, la antigua y la moderna, de veleidades. En este caso concreto, Marx y Engels seguían considerando revolucionaria a la burguesía allí donde, en realidad, ya era reaccionaria.

Táctica contraria seguían con mucha frecuencia los "verdaderos" socialistas, y es perfectamente explicable que, en momentos en los que la burguesía empezaba a tener cubierto el riñón, Marx y Engels volvieran a enfrentarse con esta tendencia. Así lo hicieron en una serie de folletines publicados por Marx en la *Deutsche Brüsseler Zeitung* contra "el socialismo alemán en verso y en prosa", y en un artículo, inédito hasta hoy, firmado por Engels pero redactado, seguramente, por ambos. En estos trabajos, ajustan las cuentas con el costado estético-literario del "verdadero" socialismo, su costado más flojo, o el más fuerte, según se mire. En esta crítica de Marx y Engels contra la obra artística de los socialistas alemanes, no siempre se guarda debida consideración con los fueros del arte, sobre todo en aquel citado artículo inédito, donde se juzga con excesiva dureza el espléndido *Ça ira!* de Freiligrath. Las *Canciones del pobre*, de Carlos Beck, no merecieron tampoco de Marx otro juicio que el severísimo de "ilusiones pequeño-burguesas". Sin embargo, en esta crítica se predice ya la triste suerte que habría de correr, cincuenta años más tarde, el pretencioso naturalismo, con estas palabras: "Beck canta la cobarde miseria pequeño-burguesa, el *pauvre honteux*[32], con sus sórdidas, devotas e inconsecuentes aspiraciones, no al proletario orgulloso de sí mismo que se yergue, revolucionario y amenazador". Al lado de Beck, hay que citar al desventurado Grün, quien, en un libro del que ya nadie se acuerda, maltrata a Goethe "desde el punto de vista humano", pretendiendo construir el "verdadero hombre"

---

[32] "Pobre tímido".

con todo lo que había de mezquino, de aburrido y de vulgar en el gran poeta.

Más importante que estas pequeñas escaramuzas es un extenso estudio en el que Marx critica el radicalismo retórico habitual, con no menos dureza que el socialismo fraseológico de los gobiernos. En una polémica con Engels, Carlos Heinzen explicaba por la teoría del poder la injusticia del régimen de la propiedad, y llamaba cobarde y necio a todo aquel que, declarando la guerra al burgués por sus riquezas, dejaba en paz el monarca con su poder. Aunque Heinzen era un vocinglero y no merecía que se le prestara la menor atención, sus opiniones reflejaban fielmente los gustos del vulgo "ilustrado". La monarquía, según él, solo debía su existencia al hecho de que los hombres hubiesen carecido durante siglos enteros de dignidad moral y de sano sentido común; pero ahora, recobrados estos preciosos bienes, todos los problemas sociales desaparecían ante este candente dilema: ¿monarquía o república? Esta ingeniosa concepción venía a completar justamente la ingeniosa idea de los príncipes, según la cual los movimientos revolucionarios eran siempre obra de la mala voluntad de unos cuantos demagogos.

Marx salía al cruce de esto demostrando, a la luz de la historia alemana muy principalmente, que es la historia la que hace a los príncipes y no al revés, los príncipes a la historia. Ponía de relieve los orígenes económicos de la monarquía absoluta, que nace en el periodo de transición en el que los viejos estamentos feudales tienden a desaparecer y el brazo villano de la Edad Media se va convirtiendo en la moderna burguesía. El que en Alemania se desarrollara tardíamente y se mantuviese en el poder por más tiempo que en otros sitios, se explica por el raquitismo de la clase burguesa alemana. Son, pues, razones económicas las que explicaban la exaltación de los príncipes a su poder reaccionario. La monarquía absoluta, que empezó favoreciendo el comercio y la industria, y alentando el desarrollo de la burguesía, como condiciones necesarias para el poder nacional de los reinos y el esplendor de la propia corona, se interponía ahora como un obstáculo, tan pronto como la industria y el comercio se convertían en armas peligrosas puestas en manos de una clase burguesa poderosa y fuerte. Apartando la mirada, ya temerosa y empañada, de la ciudad, cuna de su esplendor, la volvía al campo, abonado con los cadáveres de sus gigantescos enemigos.

El estudio abunda en fecundos puntos de vista. Pero no era tan fácil dar la batalla al "sano sentido común" del buen burgués. Pasaron

muchos años y Engels volvió a esgrimir contra Dühring[33], en favor de Marx, esta misma teoría del poder desarrollada aquí por Marx contra Heinzen, en defensa de Engels.

6. LA LIGA COMUNISTA

En 1847, la colonia comunista de Bruselas se había desarrollado considerablemente. Entre los agrupados no figuraba ningún talento que pudiera compararse con los de Marx y Engels. Por momentos, parecía que Moses Hess o Guillermo Wolff, colaboradores ambos de la *Deutsche Brüsseler Zeitung*, aportarían el tercer elemento que faltaba. Pero no fue así. Hess no lograba liberarse de sus intrigas filosóficas, y el juicio duro y humillante que sus obras encontraron en el *Manifiesto comunista* determinó la ruptura definitiva con sus autores.

Su amistad con Guillermo Wolff era más reciente; no había llegado a Bruselas hasta la primavera de 1846, pero resistió a todos los vendavales, hasta la temprana muerte de Wolff. Sin embargo, este no era un pensador original, y como escritor no solo les llevaba a Marx y Engels la ventaja de su claridad y fácil comprensión. Descendía de la clase campesina de Silesia, sujeta a vasallaje hereditario, y a costa de sacrificios indecibles había logrado ingresar a las aulas universitarias, donde nutrió el odio fogoso que lo poseía contra los opresores de su clase, en el estudio de los grandes pensadores y poetas de la antigüedad. Después de girar unos cuantos años como demagogo por las fortalezas silesianas, se estableció para dar clases particulares en Breslau, donde tuvo incesantes peleas con la burocracia y la censura, hasta que la perspectiva de nuevos procesos lo impulsó a salir al extranjero para no pudrirse en las cárceles prusianas.

De los tiempos de Breslau data su amistad con Lassalle. En el destierro, habría de hacerse amigo de Marx y Engels, y los tres cubrieron su tumba con laureles inmarchitables. Wolff era de esas esencias nobles que, como dijo el poeta, pagan con lo que son; su carácter firme como el roble, su lealtad inquebrantable, su conciencia escrupulosa, su altruismo inmaculado, su modestia jamás desmentida, hacían de él un militante revolucionario modelo y explican el gran respeto con el que, pese a todo el amor y todo el odio, habian de él amigos y adversarios.

---

[33] Se refiere a Engels, F. (1972): *El anti-duhring o la revolución de la ciencia de Eugenio Duhring: introducción al estudio del socialismo*, Claridad, Buenos Aires. Se lo puede consultar en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/anti-duhring/index.htm.

Aunque un poco más apartados, figuraban también, en el grupo congregado en torno a Marx y Engels, Fernando Wolff y Ernesto Dronke, autor de un libro excelente sobre el Berlín anterior a marzo, condenado a dos años de reclusión por un delito de lesa majestad que habían creído encontrar en sus páginas, y evadido de los muros de Weseil. Estaba asimismo en el grupo Jorge Weerth, conocido de Engels ya desde los tiempos de Manchester, cuando aquel residía en Bradford representando una casa alemana. Weerth era un poeta auténtico, libre por lo tanto de toda la pedantería del gremio de los poetas; también él murió prematuramente, sin que hasta ahora haya habido una mano devota que se preocupase de reunir los versos dispersos de este gran cantor del proletariado militante.

A estos trabajadores del espíritu vinieron a unirse luego unos cuantos obreros manuales muy capaces, a cuya cabeza estaban Carlos Wallau y Esteban Dorn, ambos cajistas de la *Deutsche Brüsseler Zeitung*.

Bruselas, capital de un Estado que quería pasar por modelo de monarquía civil, era el centro más indicado para entablar relaciones internacionales, al menos durante el tiempo en el que París, que seguía considerándose como foco de la revolución, se hallara bajo la amenaza de las célebres leyes de septiembre. Marx y Engels mantenían en Bélgica buenas relaciones con hombres de la revolución de 1830; en Alemania, sobre todo en Colonia, contaban con viejos y nuevos amigos, entre los que mencionaremos a Jorge Jung y a los médicos d'Ester y Daniels; en París, Engels estableció contacto con el Partido Socialista Democrático y principalmente con sus representantes literarios, Luis Blanc y Fernando Flocon, director de la *Reforma*, órgano del partido. Relaciones más estrechas mantenían con la fracción revolucionaria de los cartistas ingleses, con Julián Harney, redactor del *Norther Star*, y Ernesto Jones, formado y educado en Alemania. Estos jefes cartistas influían espiritualmente en los *Fraternal Democrats*, organización internacional en la que también estaba representada la Liga de los Justicieros, en la persona de Carlos Schapper, José Moll y otros.

De esta Liga partió en enero de 1847 una iniciativa importantísima. Organizada como Comité de Correspondencia Comunista en Londres, mantenía relaciones con el Comité de Correspondencia de Bruselas, pero en un plano de mutua frialdad. De un lado, reinaba cierto recelo contra los "intelectuales" que no podían saber cuáles eran las necesidades del obrero; de otro, cierta desconfianza contra los "erizos", es decir, contra la limitación artesano-gremial de horizontes que

cerraba, en buena medida, las perspectivas de la clase obrera alemana por aquella época. Engels, que en París luchaba hasta lo indecible por sustraer a los "erizos" franceses de la influencia de Proudhon y Weitling, tenía a los "erizos" de Londres como los únicos capaces de ajustarse a razones. Sin embargo, cuando la Liga de los Justicieros, en otoño de 1846, lanzó una proclama sobre el conflicto del Schleswig-Holstein, le aplicó el calificativo de "porquería", afirmando que sus representantes habían aprendido de los ingleses el absurdo de ignorar la realidad y la incapacidad para enfocar una perspectiva histórica.

Más de diez años después, Marx se expresaría en los siguientes términos respecto a su actitud de entonces ante la Liga de los Justicieros: "Publicamos al mismo tiempo una serie de folletos impresos y litografiados, en la que sometíamos a una crítica despiadada aquella mezcolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que formaba por entonces la doctrina secreta del grupo, proclamando el análisis científico y profundo de la estructura económica de la sociedad burguesa como la única base teórica posible, desarrollando en forma popular que no se trataba de implantar un sistema utópico cualquiera, sino de participar, con conciencia propia de esto, en el proceso histórico de transformación de la sociedad que se estaba desarrollando ante nuestros ojos". A la eficacia de estas manifestaciones le achaca Marx que la Liga Comunista enviara a Bruselas, en enero de 1847, a uno de sus directivos, el relojero José Moll, para invitarlos a él y a Engels a ingresar en la Liga, decidida a abrazar sus ideas.

Desgraciadamente, no se ha conservado ninguno de esos folletos de agitación de los que habla Marx; solo conocemos la circular dirigida contra Kriege, a quien, entre otras cosas, se acusa de profeta y emisario de una secta secreta, la llamada Liga de la Justicia. Kriege –se dice en esa circular– mistifica el verdadero desarrollo histórico del comunismo en los distintos países de Europa, queriendo representar sus orígenes y progresos, de un modo fabuloso y romántico, como obra de las inconscientes intrigas de esa secta, y difundiendo quién sabe cuántas fantasías megalómanas acerca de sus virtudes.

El hecho de que esta circular influyera, como influyó, en el ánimo de la Liga de los Justicieros, demuestra que sus afiliados eran algo más que "erizos", que habían aprendido de la historia inglesa más de lo que Engels quería reconocerles. Supieron juzgar la circular, a pesar de lo mal que en ella se trataba a su "secta", mucho mejor que Weitling, el cual, aun sin tener nada por qué afligirse, tomó inmediatamente

partido por Kriege. La verdad era que el tráfico cosmopolita de Londres había sido más saludable para la Liga que el aire de Zúrich y aun que el de París. Creada para la propaganda entre obreros alemanes, no tardó en asumir, trasplantada a la gran urbe, un carácter internacional. El contacto constante con los expatriados de todos los países del mundo y la observación directa del movimiento cartista inglés, cada vez más encrespado, fue despabilando las miradas de sus directivos, abriendo ante ellos horizontes nuevos y dejando atrás la ideología artesana. Al lado de los viejos caudillos Schapper, Bauer y Moll, e incluso superándolos, empezaron a destacarse por su capacidad teórica el miniaturista Carlos Pfander, natural de Heilbronn, y el sastre Jorge Eccarius, oriundo de la Turingia.

El poder, extendido de puño y letra de Schapper y fechado el 20 de enero de 1847, con que Moll se presentó ante Marx en Bruselas y luego ante Engels en París, es un documento cauteloso; autoriza al portador para informar acerca de la situación del grupo y dar detalles concretos sobre todos los puntos de importancia. De palabra, el emisario se expresó más libremente. Invitó a Marx a ingresar a la organización y refutó las reservas que este, en un principio, le expuso, asegurándole que la junta directiva se proponía reunir en Londres un congreso federal con el objetivo de aprobar y proclamar en un manifiesto, que se haría público como doctrina de la Liga, las ideas críticas expuestas por Marx y Engels. Pero era necesario que estos salieran al paso de los elementos renuentes y anticuados, razón por la cual no tenían más remedio que incorporarse al grupo.

Así lo hicieron. Pero en el congreso, celebrado durante el verano de 1847, no se consiguió, por el momento, más que una organización democrática de la Liga, propia de un grupo de propaganda que, si bien habría de actuar en secreto, se mantenía alejado de todo manejo conspirativo. La Liga se organizó por comunas, en las que los afiliados no podían ser menos de tres ni más de diez, en círculos, círculos dirigentes, junta directiva y congreso. Como fines de la organización, se proclamaban el derrocamiento de la burguesía, el triunfo del proletariado, la abolición de la sociedad antigua cimentada sobre el antagonismo de clase y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada.

De acuerdo con el carácter democrático de la Liga, titulada a partir de ahora Liga Comunista, los nuevos estatutos se sometían a la deliberación de las distintas comunas, reservándose su discusión y aprobación definitiva para un segundo congreso, que se celebraría a

fines del mismo año y redactaría un nuevo programa. Marx no llegó a asistir al primer congreso, pero si figuraron en él Engels, en representación de las comunas de París, y Guillermo Wolff, representando a las de Bruselas.

7. PROPAGANDA EN BRUSELAS

La Liga Comunista se proponía como misión primordial fundar en Alemania asociaciones de cultura obrera que le permitieran realizar una propaganda pública, a la par de contemplar y reforzar sus cuadros con los elementos más capaces de estas organizaciones.

La reglamentación era en todas partes la misma. Un día de la semana se destinaba a la discusión, otro a entretenimientos sociales (canto, declamación, etcétera). Además, se organizaban bibliotecas en el seno de la sociedad y, dentro de lo posible, clases para instruir a los obreros en los conocimientos más elementales.

En consonancia con este mismo patrón se fundó también la asociación obrera alemana, creada en Bruselas a fines de agosto, y que no tardó en contar con cien afiliados. La presidían Moses Hess y Wallau, y Guillermo Wolff desempeñaba las funciones de secretario. La asociación celebraba reuniones los miércoles y los domingos por la noche. Los miércoles se trataban problemas de importancia relacionados con los intereses del proletariado; los domingos, Wolff solía hacer un resumen político semanal, trabajo para el que pronto demostró grandes aptitudes. Luego, se organizaban entretenimientos colectivos, en los que participaban también las mujeres.

El 27 de septiembre, esta asociación organizó un banquete internacional, para demostrar que los obreros de los diferentes países abrigaban entre sí sentimientos fraternales. En aquellos tiempos, había cierta tendencia a elegir el banquete como forma de propaganda política, con objeto de evitar la intromisión policíaca de los mítines. Pero el banquete del 27 de septiembre respondía a orígenes y fines particulares. Había sido organizado –según escribió Engels a Marx, ausente allí– por Bornstedt y otros integrantes descontentos de la colonia alemana, "para rebajarnos a un papel secundario junto a los demócratas belgas y engendrar una sociedad mucho más universal y grandiosa que nuestra miserable asociación obrera". Sin embargo, Engels supo desarmar a tiempo la maniobra; llegaron incluso –a pesar de lo mucho que se resistió "por su terrible aspecto de chico"– a nombrarlo vicepresidente con el francés Imbert,

dejando la presidencia de honor del banquete al general Mellinet y la presidencia efectiva al abogado Jottrand, ambos viejos militantes de la revolución belga de 1830.

Se sentaron a la mesa ciento veinte comensales, belgas, alemanes, suizos, franceses, polacos, italianos y un ruso. Después de una serie de discursos, se decidió fundar en Bélgica una asociación de reformistas, semejante a la de los *Fraternal Democrats* de Inglaterra. Para la comisión preparatoria de los trabajos fue elegido también Engels. Obligado a abandonar Bruselas días más tarde, le escribió una carta a Jottrand, recomendándole a Marx para ocupar su puesto, para el que indudablemente lo habrían elegido, de haber estado en el banquete. "En realidad, no será Marx quien pase a cubrir mi vacante en la comisión, ya que yo no hacía otra cosa que representarlo". En efecto, al constituirse definitivamente, en los días 7 y 15 de noviembre, la Sociedad Democrática para la unión de todos los países, fueron elegidos vicepresidentes Imbert y Marx, confirmándose a Mellinet y a Jottrand para la presidencia honoraria y efectiva, respectivamente. Los estatutos fueron firmados por sesenta demócratas belgas, alemanes, franceses y polacos; las principales figuras alemanas, además de Marx, eran Moses Hess, Jorge Weerth, los dos Wolff, Guillermo y Fernando, Esteban Born y Bornstedt.

El primer acto público celebrado por la Sociedad Democrática fue el que se organizó el 20 de noviembre para festejar el aniversario de la revolución polaca. En nombre de los alemanes habló Esteban Born, que fue muy aplaudido. Marx hizo uso de la palabra como representante oficial de la sociedad, en el mitin organizado en Londres por los *Fraternal Democrats* el mismo día y con el mismo objeto. Su discurso tuvo un tono enfáticamente revolucionario y proletario: "La vieja Polonia se ha hundido, y no seremos nosotros precisamente quienes anhelemos su resurrección, pero no solo se ha hundido la vieja Polonia, sino también la vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la sociedad del pasado. Esta pérdida de la sociedad antigua no lo es para quienes nada tenían que perder en ella, que es lo que le sucede a la gran mayoría de los países actuales". En el triunfo del proletariado sobre la burguesía, Marx veía la señal para la emancipación de todas las naciones oprimidas, y en el triunfo de los proletarios ingleses sobre la burguesía de Inglaterra, el paso decisivo para el triunfo de todos los oprimidos sobre sus opresores. No era en Polonia donde habrían de emanciparse los polacos, sino en Inglaterra. Y si los cartistas lograban abatir a sus enemigos interiores, abatirían también a toda la sociedad.

En su respuesta al mensaje transmitido por Marx, los *Fraternal Democrats* se expresaban en el mismo tono. "Su representante, nuestro amigo y hermano Marx, les dirá con cuánto entusiasmo fue saludada aquí su persona y aclamada la lectura de su mensaje. Todos los ojos resplandecían de placer, todas las voces gritaban su alegría, todas las manos se alargaban fraternalmente hacia su representante... Aceptamos con la más viva satisfacción la alianza que nos proponen. Nuestra asociación lleva más de dos años de vida sin otro lema que este: todos los hombres son hermanos. En la fiesta celebrada en ocasión del último aniversario de nuestra fundación, abogamos por que se creara un congreso democrático de todas las naciones, y nos complace altamente ver que ustedes dan pública expresión a aspiraciones idénticas. Es necesario que contra la conspiración de los reyes se alce ya la conspiración de los pueblos... Estamos convencidos de que para hacer triunfar la fraternidad universal hay que dirigirse al verdadero pueblo, a los proletarios, a los hombres que vierten día tras día su sangre y su sudor bajo el avasallamiento de los sistemas sociales imperantes... Son los que habitan las cabañas, los desvanes y los sótanos, los que empuñan el arado, los que trabajan en la fábrica, junto al yunque, los que recorrerán un día, los que ya empiezan a recorrer hoy, juntos, la misma senda, como portadores de fraternidad y únicos salvadores posibles de la humanidad". Los *Fraternal Democrats* proponían celebrar un congreso democrático general en Bruselas, en septiembre de 1848, para contrarrestar en cierto modo el congreso de librecambistas que se había reunido en septiembre del 47 en la misma capital.

Pero no era el mensaje aportado a los *Fraternal Democrats* la única misión que Marx llevaba a Londres. Inmediatamente después del mitin de homenaje a Polonia, en el mismo local, sala de reuniones de la Asociación Comunista de Cultura Obrera, fundada en 1840 por Schapper, Bauer y Moll, se celebró el congreso convocado por la Liga Comunista para aprobar definitivamente los estatutos y discutir el nuevo programa. A este congreso asistió también Engels, que fue especialmente desde París; el 27 de noviembre se reunió en Ostende con Marx y atravesaron juntos el Canal. Después de unos diez días de debate, recibieron ambos el encargo de resumir en un manifiesto para el público los principios comunistas.

A mediados de diciembre, Marx retornó a Bruselas y Engels, pasando por Bruselas, a París. Parece que no se apuraron mucho para cumplir con el encargo que les habían encomendado; la junta directiva

de Londres dirigió el 24 de enero de 1848 una enérgica amonestación a los directivos de Bruselas, para que le hicieran saber al ciudadano Marx que se procedería contra él si para el 1 de febrero no se había recibido aún en Londres el manifiesto del Partido Comunista, cuya redacción se le había asignado. No es posible saber con certeza a qué se debería aquella dilación: tal vez, al modo concienzudo con el que trabajaba Marx o al alejamiento geográfico de Engels; también cabe pensar que los de Londres se impacientaron al tener noticias de que Marx seguía desarrollando activamente en Bruselas su campaña de propaganda.

El 9 de enero de 1849, Marx pronunció en la Sociedad Democrática un discurso sobre el librecambio. Ya lo había querido pronunciar antes, en el congreso de librecambistas celebrado en Bruselas, pero no lo había logrado. En él, demostraba y combatía el engaño de los librecambistas al levantar como bandera de agitación el "bienestar de la clase obrera". Pero, aunque el librecambio beneficiara en un todo al capital en detrimento de la clase trabajadora, Marx, a pesar de ello –o por ello mismo, precisamente– reconocía que ese sistema se ajustaba a los principios de la economía política burguesa. Era la libertad del capital, que rasgaba las vestiduras nacionales que lo oprimían, para poder desenvolver plenamente, sin trabas, su capacidad. El capital corroía las viejas nacionalidades y agudizaba el antagonismo entre burguesía y proletariado. Con esto, no hacía más que acelerar la revolución social, y era en este sentido revolucionario que Marx votaba por el sistema de la libertad de mercado.

Al mismo tiempo, se defendía contra la sospecha de abrigar tendencias arancelarias, y demostraba que al abogar por el librecambio no contradecía, ni mucho menos, su defensa de los aranceles alemanes como "medida de progreso burgués". Marx, al igual que Engels, enfocaba el problema de los aranceles y del librecambio desde un punto de vista estrictamente revolucionario. La burguesía alemana necesitaba del arancel como arma contra el absolutismo y el feudalismo, como medio para concentrar sus fuerzas, para comerciar libremente en el interior del país y para construir la gran industria, que no tardaría en verse sometida al mercado internacional, es decir, al librecambio, en mayor o menor extensión. El discurso fue entusiastamente recibido por la Sociedad Democrática, que acordó cubrir los gastos de su impresión en lengua francesa y flamenca.

Más importantes y trascendentales que este discurso fueron, sin embargo, las conferencias pronunciadas por Marx en la Asociación Obrera Alemana sobre el capital y el salario. Marx partía de la idea de

que el salario no era precisamente la participación del obrero en la mercancía por él producida, sino la parte de las mercancías ya creadas con las que el capitalista compra una determinada suma de trabajo productivo. El precio del trabajo se determina ni más ni menos que como el precio de otra mercancía cualquiera: por el costo de producción. El costo de producción del trabajo corriente incluye los gastos necesarios para asegurar la existencia y la reproducción del obrero. La suma de estos gastos forman el salario, sometido, como el precio de toda mercancía, a las oscilaciones del mercado, que en algunas ocasiones lo hacen crecer por encima del nivel del costo de producción y en otras lo ubican por debajo; compensadas estas oscilaciones, resulta el salario mínimo.

Marx pasa luego a investigar el capital. A la definición de los economistas burgueses, según los cuales el capital es trabajo acumulado, responde en estos términos: "¿Qué es un esclavo negro? Un individuo de la raza negra. Las dos definiciones son iguales. Un negro es un negro. Pero, bajo determinadas condiciones, se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es, naturalmente, una máquina para hilar algodón. Deben generarse condiciones especiales para que se convierta en capital. Apartada de estas circunstancias, la máquina no tiene carácter de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar es todavía el precio del azúcar". El capital es una relación social de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa. Para que una suma de mercancías, de valores de cambio, asuman el carácter de capital, es necesario que se erijan en poder social autónomo; es decir, en poder de una parte de la sociedad, incrementándose además por el intercambio con la energía de trabajo inmediata y viva. "La existencia de una clase que solo posee su capacidad de trabajo es la condición indispensable del capital. El imperio del trabajo acumulado, pretérito, materializado, sobre el trabajo inmediato y vivo, es lo que convierte el trabajo acumulado en capital. El capital no consiste precisamente en poner el trabajo acumulado al servicio del trabajo vivo como medio para fomentar la producción. Consiste en poner el trabajo vivo al servicio del trabajo acumulado como medio para conservar e incrementar su valor de cambio". Capital y trabajo se condicionan y hacen surgir recíprocamente.

Los economistas burgueses deducen de aquí la identidad de intereses del capitalista y del obrero, y es cierto que el obrero perece si el capital no le ofrece ocupación, y que el capital se hunde si no explota al obrero. Cuanto más rápido sea el incremento del capital

productivo, cuanto más florezca la industria, y más se enriquezca la burguesía, más mano de obra necesita el capitalista y más caro se vende el obrero. Para que este pueda vivir aceptablemente, por lo tanto, es una indispensable que el capital productivo se desarrolle con la mayor fuerza posible.

Marx hace notar que, en este caso, todo aumento sensible del salario presupone un incremento tanto más intenso del capital productivo. Si crece el capital, puede ocurrir que suban los salarios, pero lo que desde luego subirá rápidamente son las ganancias. La situación material del obrero ha mejorado, pero ha sido a costa de su situación social; el abismo social que lo separa del capitalista es ahora más hondo. Decir, pues, que la condición más propicia para los salarios es el rápido incremento del capital, equivale a decir que cuanto más rápidamente la clase obrera aumente y amplíe la riqueza del poder enemigo que la gobierna, más favorables serán las condiciones que se le brinden para seguir trabajando en el incremento del capital y de su poder. ¡Y aún tiene que dar gracias de que la dejen forjarse las cadenas de oro con que la arrastra a la zaga de sí la burguesía!

Sin embargo, sigue exponiendo Marx, el desarrollo del capital y el crecimiento del salario no son hechos tan inseparables como pretenden los economistas burgueses. No es cierto que cuanto más engorda el capital mejor alimenta a sus esclavos. El incremento del capital productivo implica la acumulación y concentración de capitales. Su centralización acarrea una división del trabajo más acentuada y una tecnificación cada vez mayor. La división del trabajo, al acentuarse, destruye las aptitudes especiales del obrero, suplantando su trabajo calificado por un trabajo que puede desarrollar cualquiera, con lo cual no hace sino aumentar la competencia dentro de la clase trabajadora.

Esta competencia se agudiza con un sistema de división del trabajo que permite a un obrero trabajar por tres. Y al mismo resultado conducen, en un grado todavía mayor, las máquinas. Al aumentar el capital productivo, el industrial capitalista se ve obligado a trabajar con medios cada vez mayores; de este modo, arruina al pequeño industrial, forzándolo a entrar en las filas del proletariado. Además, como el tipo de interés baja en la proporción en que se acumulan los capitales, una serie de pequeños rentistas, que ya no pueden vivir de sus rentas, tienen que abrazar el camino de la industria y convertirse en proletarios.

Finalmente, cuanto más crece el capital productivo, tanto más obligado se ve a producir para un mercado cuyas necesidades desconoce. La producción va anteponiéndose al consumo, la oferta tiende a imperar sobre la demanda, las crisis son cada vez más frecuentes y más intensas, cada vez se producen más terremotos industriales de esos en los que el mundo comercial solo puede salir a flote sacrificando a los dioses del infierno una parte de la riqueza, de los productos, e incluso de las fuerzas productivas. El capital no solo vive del trabajo. Es un señor refinado y bárbaro al mismo tiempo, que arrastra consigo a la tumba a los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de obreros que perecen en las crisis. Así, concluye Marx, al crecer el capital, crece mucho más rápidamente la competencia entre los obreros, y con esta decrecen en la misma proporción la ocupación y los medios de vida de la clase trabajadora, a pesar de lo cual el rápido incremento del capital sigue siendo la condición más propicia para el trabajo asalariado.

Desgraciadamente, solo se ha conservado este fragmento de las conferencias dadas por Marx a los obreros alemanes de Bruselas. Pero basta para juzgar la seriedad y la profundidad de análisis con que realizaba esta propaganda. No tenía esta opinión, sin embargo, Bakunin, que, expulsado de Francia por un discurso pronunciado en el aniversario de la revolución polaca, llegó a Bruselas por aquellos días. El 28 de diciembre de 1847 escribía a un amigo ruso: "Marx sigue perdiendo el tiempo lastimosamente y echando a perder a los obreros, a los que se empeña en convertir en pensadores. Las mismas locuras teóricas y la misma vanidad insatisfecha de siempre". E incluso era más duro el juicio que formulaba sobre Marx y Engels en una carta dirigida a Herwegh: "En una palabra, mentira y necedad, necedad y mentira. No hay manera de respirar en esta sociedad ni una sola bocanada de aire fresco. Me mantengo alejado de ellos y he declarado de manera terminante que no quiero entrar en sus manufacturas comunistas ni tener nada que ver con ellos".

Estas palabras de Bakunin son interesantes, no por la irritabilidad personal que en ellas parece leerse –Bakunin había formulado y aun habría de formular sobre Marx juicios muy distintos a estos–, sino porque ya se percibe en ellas aquel antagonismo que habría de desatar luchas tan violentas entre los dos revolucionarios.

8. *EL MANIFIESTO COMUNISTA*[34]

Entretanto, fue enviado a Londres para su impresión el original del *Manifiesto comunista.*

Los autores habían comenzado sus trabajos preliminares después de consensuarse en el primer congreso la redacción de un programa comunista, postergando para el segundo su aprobación. Era natural que los teóricos del movimiento se ocuparan de este trabajo. Marx, Engels y Hess redactaron anteproyectos orientados a tal fin.

De ellos, solo se ha conservado uno, acerca del cual Engels escribía a Marx el 24 de noviembre de 1847, o sea poco antes de reunirse el segundo congreso: "Medita un poco la profesión de fe. Creo que lo mejor sería prescindir de la forma de catecismo y darle el título de *Manifiesto comunista.* Como no habrá más remedio que hacer en él algo de historia, no podremos mantener su forma actual. Llevaré el que yo he hecho aquí, de estilo sencillo en el relato, aunque muy mal redactado con una prisa atroz". Engels añadía que el proyecto no había sido sometido aún a las "comunas" de París, si bien confiaba en que, salvo algunos pequeños detalles, aprobarían todo.

El proyecto al que Engels se refiere conserva todavía, íntegra, su forma catequística, la cual hubiera beneficiado antes que perjudicado su fácil comprensión para las masas. Para la agitación del momento reunía, indudablemente, mejores condiciones que el manifiesto actual, con el que, por lo demás, coincide totalmente en cuanto a las ideas en él desarrolladas. Engels, al renunciar sin vacilación a sus veinticinco preguntas y respuestas, para dar preferencia a una exposición histórica del tema, se acreditaba como un hombre concienzudo; el manifiesto en el que se predicaba el comunismo como un hecho histórico universal debía ser –para decirlo con el historiador griego– una obra perenne y no un escrito polémico de lectura fugaz.

Su forma clásica es, en efecto, la que ha asegurado al *Manifiesto comunista* el lugar perdurable que ocupa en la literatura universal. No es que con esto queramos, naturalmente, hacer una concesión a esos pintorescos eruditos que, destacando unas cuantas frases sueltas, pretenden demostrarnos que los autores del *Manifiesto* plagiaron a Carlyle o Gibbons, a Sismondi o no sabemos quién. Todo eso son puros desvaríos; el *Manifiesto* tiene, respecto a esto,

---

[34] Marx, K. y Engels, F. (2009): *El manifiesto comunista*, Antídoto, Buenos Aires. Disponible en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm.

un carácter absolutamente propio y original. Claro está que no se encierra en él una sola idea que sus autores no hubiesen expuesto ya en obras anteriores. El *Manifiesto* no era una revelación: no hacía más que resumir el ideario de quienes lo habían escrito en un espejo cuyo cristal no podía ser más reluciente ni su marco más escueto. En cuanto cabe juzgar por el estilo, parece que Marx tuvo una participación principal en la redacción definitiva, si bien Engels, como demuestra su proyecto, no veía menos claras que aquel las ideas recogidas, debiendo considerarse copartícipe de la obra en un mismo plano.

Dos tercios de siglo han transcurrido desde que se publicó el *Manifiesto*, setenta años durante los cuales el mundo ha pasado por potentes conmociones económicas y políticas; estos cambios no podían menos que dejar su huella en el *Manifiesto*. El proceso histórico ha seguido, en ciertos aspectos, derroteros distintos y, sobre todo, una marcha mucho más lenta que la prevista por sus autores.

Cuanto más se enfocaba su mirada en la lejanía, tanto más cerca creían verla. Podemos afirmar, sin embargo, que estas sombras eran indispensables, pues sin ellas no hubiese surgido la luz. Es un fenómeno psicológico observado ya por Lessing en esos hombres "que saben mirar certeramente al porvenir": "Transformaciones para las que la naturaleza necesita de milenios, han de consumarse, para ellos, en el instante de sus vidas". Marx y Engels no se equivocaron precisamente por milenios, pero sí por unas cuantas décadas. Al redactar el *Manifiesto*, enfocaban el sistema de producción capitalista y su desarrollo en una altura que apenas si ha llegado a alcanzar hoy. En el proyecto de Engels, esta idea encuentra una expresión todavía más acentuada que en el *Manifiesto*, al decir que en los países civilizados se explotaban fabrilmente la mayoría de las ramas del trabajo, en casi todas las cuales la manufactura había sido desplazada por la industria.

Contrasta singularmente con esto el número relativamente pobre de partidos obreros reseñados en el *Manifiesto comunista*. El más importante todos, el cartismo inglés, estaba todavía plagado, como los demás, de elementos pequeñoburgueses, y no digamos el partido socialdemócrata de Francia. Por su parte, los radicales suizos y aquellos revolucionarios polacos que hacían de la emancipación campesina condición previa para la emancipación nacional, no eran más que sombras proyectadas sobre la pared. Los propios autores harían notar, años más tarde, lo reducido que era por entonces el campo de acción del movimiento proletario, del que se hallaban alejados, principalmente,

Rusia y los Estados Unidos. "Era la época en la que Rusia formaba la última gran reserva de la reacción en Europa y en la que la emigración a los Estados Unidos absorbía las fuerzas excedentes del proletariado europeo. Ambos países proveían a Europa de materias primas, brindándole a la par mercado para sus productos industriales. Ambos representaban, por lo tanto, bajo uno u otro aspecto, pilares y puntos de apoyo del orden social de Europa". ¡Cuánto y de qué modo cambió esto a la vuelta de una generación, hasta llegar a los tiempos presentes! ¿Pero real y verdaderamente se puede decir que el *Manifiesto* haya fracasado porque aquel "papel altamente revolucionario" que asignara al régimen capitalista de producción resultase más extenso y potente de lo que previeron sus autores?

Es evidente, por otra parte, que la cautivadora y magnífica exposición que se hace en el primer capítulo del *Manifiesto* de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, aun siendo como es de una verdad insuperable en sus rasgos fundamentales, describe de modo muy conciso el proceso de esta lucha. Hoy, no podría manifestarse en términos tan generales el hecho de que el obrero moderno –a diferencia de las clases oprimidas antiguas, a quienes se les garantizaba por lo menos las condiciones dentro de las cuales podían sustentar su vida de esclavos–, lejos de ganar con los progresos de la industria, va hundiéndose más y más por debajo del nivel de vida de su clase. Por marcada que sea esta tendencia en el régimen capitalista de producción, no puede negarse que hay ciertos sectores de la clase obrera a quienes la sociedad capitalista les garantiza un nivel de vida material superior, incluso, al de las capas pequeñoburguesas.

Debemos abstenernos, sin embargo, de concluir de aquí, como hacen los críticos burgueses, la falsedad de la "teoría de la pauperización", cuyos orígenes se achacan al *Manifiesto comunista*. Esta teoría, es decir, la tesis según la cual el sistema de producción capitalista empobrece a las masas de los países en que predomina, existía mucho antes de aparecer el *Manifiesto Comunista*, antes de que sus autores pusieran la pluma sobre el papel. Esta tesis había sido sostenida por los pensadores socialistas, por los políticos radicales y, antes que por nadie, por los economistas burgueses. La ley de la población de Malthus se esforzaba por justificar la "teoría de la pauperización" como una ley natural y eterna. Esta "teoría" reflejaba una práctica en la que tropezaba hasta la legislación de las clases gobernantes. Se fabricaban leyes de pobres y se construían dobleces para pobres, donde la pauperización era considerada una culpa imputable a los propios pauperizados, y digna de castigo. Marx

y Engels, lejos de haber inventado la "teoría de la pauperización", tomaron en un principio partido contra ella, pues, sin negar un hecho tan indiscutible y por todos comprobado como la pauperización de las masas, demostraban que este hecho no respondía a ninguna ley natural y eterna, sino que era un hecho histórico, el cual podría y habría de ser, más tarde o más temprano, eliminado por efecto del mismo sistema de producción que lo generaba.

En este aspecto, solo cabe hacerle al *Manifiesto Comunista* una acusación; a saber: que no supo liberarse totalmente de los influjos de la "teoría de la pauperización" burguesa. Seguía inspirándose en el criterio de la ley del salario, tal como la desarrollara Ricardo bajo la influencia de la teoría malthusiana; de aquí el desdeñoso juicio que le merecen las luchas por incrementos de salarios y las organizaciones sindicales obreras, en las que solo ve, sustancialmente, un campo de maniobras donde la masa obrera se ejercita para la lucha política de clases. Los autores del *Manifiesto comunista* no veían todavía en el *bill* inglés de las diez horas, como habrían de ver más tarde, el "triunfo de un principio"; en las condiciones capitalistas no representaba, a sus ojos, más que una traba reaccionaria puesta a la gran industria. Resumiendo, el *Manifiesto* aún no reconocía las leyes de fábrica ni las organizaciones sindicales como etapas en el camino de la emancipación proletaria que habría de conducir a la transformación de la sociedad capitalista en socialista y que es necesario recorrer, luchando, hasta la meta, si no han de ser estériles los primeros triunfos, arrancados a costa de tantos sacrificios.

El *Manifiesto*, cargando con esta preocupación, exagera al enfocar la respuesta defensiva del proletariado contra las tendencias pauperizadoras del sistema de producción capitalista exclusivamente desde el punto de vista de una revolución política. Tenía fija la mirada en los precedentes de las revoluciones inglesa y francesa; esperaba que sobrevinieran unas cuantas décadas de guerra civil y de guerras de pueblos, en cuyo calor de estufa el proletariado conquistaría rápidamente su mayoría de edad política. Donde más claro relieve cobra el modo de ver de los autores es en las líneas dedicadas a destacar los objetivos del Partido Comunista en Alemania. Aquí, el *Manifiesto* aboga por la unidad en un frente del proletariado y la burguesía, mientras esta actúe revolucionariamente, contra la monarquía absoluta, el régimen feudal de la tierra y la pequeña burguesía, pero sin descuidar ni por un segundo el infundirle a la clase obrera la clara conciencia del antagonismo y la hostilidad que separan a la burguesía y el proletariado.

"Los comunistas –continúa el *Manifiesto*– tienen fija su mirada con especial atención en Alemania, porque saben que este país se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque este cambio se efectuará bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea y con un proletariado mucho más fuerte que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y por lo tanto la revolución alemana burguesa no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria". En efecto, la revolución burguesa alemana se desencadenó apenas apareció el *Manifiesto*, pero las condiciones en las que se realizó generaron un efecto contrario al previsto: la revolución burguesa quedó a medio camino y, pocos meses más tarde, los combates parisinos de junio curaron a la burguesía, y muy principalmente a la alemana, de todo antojo revolucionario.

Los dientes del tiempo han dejado, como no podía menos, ciertas marcas en alguno que otro pasaje de este *Manifiesto*, que se diría esculpido en mármol. Ya en 1872, en el prólogo a una nueva edición, reconocían sus propios autores que estaba "en parte anticuado", si bien podían añadir legítimamente que las ideas generales en él desarrolladas no habían perdido nada de su valor; ni lo perderán mientras siga peleándose en el mundo ese gran duelo histórico entre la burguesía y el proletariado. En el capítulo primero se desarrollan con una maestría insuperable los puntos de vista más salientes de esta lucha, en el segundo se esbozan las ideas fundamentales del comunismo científico moderno, y en el tercero, consagrado a la crítica de la literatura socialista y comunista, aunque el examen no abarca más que hasta el año 1847, tan profundo es el análisis que no ha surgido desde entonces ni una sola tendencia, dentro del socialismo o del comunismo, a la cual no pueda hacerse extensiva la crítica allí desarrollada. Y hasta la predicción del cuarto y último capítulo sobre el desarrollo de los hechos en Alemania ha sido confirmada por la realidad, aunque no fuese en el mismo sentido en el que la formularan sus autores: la revolución burguesa alemana, ahogada en germen, no fue más que un preludio del pujante desarrollo de la lucha proletaria de clases.

Inconmovible en sus verdades fundamentales y rico en enseñanzas hasta en sus errores, el *Manifiesto comunista* es ya un documento incorporado a la historia universal, a través de la cual resuena, potente, el grito de guerra con que sella su página final: ¡Proletarios del mundo, uníos!

CAPÍTULO VI
REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

1. JORNADAS DE FEBRERO Y MARZO

El 24 de febrero de 1848 la revolución arrojó del trono al rey de la burguesía francesa. La conmoción llegó hasta Bruselas, pero el rey Leopoldo, un Coburgo, acosado por los cuatro costados, supo salir más hábilmente del trance que su suegro en París. Prometió a sus ministros, diputados y alcaldes liberales que abandonaría el trono si así lo deseaba la nación, y este rasgo generoso bastó para conmover los corazones de los estadistas de la burguesía, alejando de ellos toda idea rebelde.

El rey, en vista de esto, ordenó a sus tropas que disolvieran todas las reuniones y asambleas del pueblo en la plaza pública, y abrió una cruzada policíaca de persecución contra los refugiados extranjeros. Marx fue tratado con especial hostilidad, pues, no contentos con detenerlo a él, detuvieron también a su mujer, a quien tuvieron encerrada toda una noche, mezclada entre prostitutas. El comisario de policía autor de esta infamia fue luego destituido, y los detenidos puestos inmediatamente en libertad, dejando en curso tan solo la orden de expulsión.

Por lo demás, esta arbitrariedad era perfectamente superflua, pues Marx ya tenía todo preparado para trasladarse a París. El comité de Londres, en el que residía el poder central de la Liga Comunista, transfirió sus facultades al comité de Bruselas, inmediatamente después de que estallara la revolución de febrero. El comité belga las transmitió a su vez a Marx el día 3 de marzo, ya bajo el estado de guerra que de hecho regía, dándole poderes para que reuniera una nueva junta central en París, adonde Marx había sido invitado a reintegrarse por medio de una comunicación, muy honrosa para él, del Gobierno provisional, suscripta por Flocon y fechada el 1 de marzo.

Ya el 6 de marzo, apenas llegado a París, Marx tuvo ocasión de demostrar su mirada serena y profundidad al oponerse a los planes aventureros de los alemanes residentes en aquella capital, quienes, reunidos en asamblea, acordaron pasar a Alemania, armados, para encender allí la revolución. El plan había sido forjado por Bornstedt, personaje equívoco, que desgraciadamente consiguió ganar para su

idea a Herwegh. También se mostraba partidario de ella, aunque luego se arrepintiera, Bakunin. El Gobierno provisional apoyaba estos planes, no por entusiasmo revolucionario, sino con la perversa idea de quitarse de encima a los obreros extranjeros, dada la gran crisis de trabajo reinante; asignó a cada repatriado alojamiento y 50 centavos de plus de campaña por día hasta la frontera. A Herwegh no se le pasaba por alto el "motivo egoísta que animaba al Gobierno, al querer desprenderse de muchos miles de braceros que le hacían competencia a los franceses", pero, con su falta de sentido político, siguió adelante con la aventura, hasta que esta encontró lamentable su fin en Niederdossenbach.

Marx, oponiéndose resueltamente a este aventurerismo revolucionario, que no tenía razón de ser, triunfante ya la revolución en Viena desde el 13 de marzo y en Berlín desde el 18, no dejó por eso de contribuir a alentar de un modo eficaz la revolución alemana, de la que estaban tan pendientes los comunistas. En uso de sus poderes, formó un nuevo comité central, compuesto, mitad y mitad, por integrantes procedentes de Bruselas (Marx, Engels, Wolff) y de Londres (Bauer, Moll, Schapper). Este comité acordó una proclama que contenía diecisiete reivindicaciones formuladas "en interés del proletariado alemán, de las clases humildes y de los campesinos pobres", y entre las cuales estaban la implantación en Alemania de la República, una e indivisible, la entrega de armas al pueblo, la nacionalización de las propiedades de los príncipes y de los señores feudales, de las minas, canteras y medios de transporte, creación de talleres nacionales, educación general, pública y gratuita, etcétera. Estas reivindicaciones de la propaganda comunista solo tendían a destacar, naturalmente, las líneas generales del movimiento, y nadie mejor que Marx sabía que no podrían realizarse de un día para otro, sino como consecuencia de un largo proceso revolucionario.

La Liga Comunista era demasiado débil para poder acelerar, como organización autónoma, el movimiento revolucionario. Resultaba que su reorganización en el continente no había pasado de los primeros pasos. Pero esto no era tan grave, pues ahora que la revolución venía a brindar a la clase obrera los recursos y la posibilidad de una propaganda pública, la Liga no tenía realmente razón de ser. En vista de esto, Marx y Engels fundaron en París un club comunista alemán, en el que disuadieron a los obreros de incorporarse a la columna de Herwegh, para retornar por su cuenta al país y trabajar allí por el movimiento revolucionario.

Así lograron enviar a Alemania unos cuantos cientos de obreros, para quienes consiguieron, por intermedio de Flocon, los mismos beneficios concedidos por el Gobierno provisional a las huestes de Herwegh.

De este modo, volvieron a Alemania la mayoría de los afiliados, gracias a los cuales pudo acreditarse la Liga como una magnifica escuela preparatoria para la revolución. Allí donde el movimiento tomaba un incremento cualquiera, había indefectiblemente un afiliado a la Liga impulsándolo: Schapper en Nassau, Wolff en Breslau, Esteban Born en Berlín, y así sucesivamente. Tenía razón Born cuando le escribía a Marx: "La Liga está desperdigada, en todas y en ninguna parte". Como organización en ninguna, como propaganda por todas partes, en cuanto sitio estuvieran las condiciones efectivas para una lucha de emancipación del proletariado, cosa que, a decir verdad, solo ocurría en una porción relativamente pequeña de Alemania.

Marx y sus amigos más cercanos se lanzaron sobre la región del Rin, por ser la zona más avanzada de Alemania, donde además el Código de Napoleón les brindaba una mayor libertad de movimiento que las leyes prusianas vigentes en Berlín. En Colonia consiguieron apropiarse de los preparativos hechos por elementos demócratas y algunos comunistas para sacar un gran periódico. Pero había todavía no pocas dificultades que vencer, y Engels pasó por el desengaño de comprobar que el comunismo, que creía arraigado en aquel territorio, distaba mucho todavía de ser una realidad, cuando más un poder: la revolución, al hacerse cuerpo, lo había reducido a un espectro. Con fecha de 25 de abril, escribía desde Barmen a Marx, residente en Colonia: "Aquí va a ser difícil colocar ni una sola acción. Esta gente le teme más que a la peste a la discusión de los problemas sociales; llaman a esto espíritu de motín... Al viejo no hay manera de sacarle un cuarto. Para él, la *KolnerZeitung* es ya el colmo de la insubordinación; si pudiera, con mayor gusto nos largaría mil balas de fusil que mil táleros para el periódico". No obstante, Engels consiguió colocar catorce acciones, y el 1 de junio empezó a publicarse la *Nueva gaceta del Rin*.

Como director figuraba Marx, y entre los redactores, Engels, Dronke, Weerth y los dos Wolff.

2. JORNADAS DE JUNIO

Aunque la *Nueva gaceta del Rin* se titulaba "órgano de la democracia", no lo era precisamente en el sentido de una oposición

parlamentaria cualquiera. No era este, por cierto, el honor al que aspiraba; lejos de eso, creía urgentemente necesario vigilar de cerca a los demócratas, y no solo no abrazaba como ideal la república tricolor, sino que anunciaba que, una vez implantada esta, se situaría en la vereda de enfrente.

Inspirándose en las normas del *Manifiesto Comunista*, tomaba como misión impulsar el movimiento revolucionario tal y como la realidad lo ofrecía. Esta táctica respondía a una inminente necesidad; en junio empezaba ya a desmoronarse el terreno revolucionario conquistado dos meses antes. En Viena, donde el antagonismo de clases no había cobrado todavía pleno desarrollo, imperaba una alegre anarquía; en Berlín, la burguesía solo tenía el timón en la mano para volver a entregárselo a los sectores vencidos en marzo; en los pequeños y medianos estados de Alemania montaban la guardia unos ministros liberales, que no se distinguían precisamente de sus antepasados feudales por el orgullo demostrado ante el trono, sino por una mayor flexibilidad de cintura, y la Asamblea Nacional de Frankfurt, órgano soberano a cuyo cargo implantar la unidad en Alemania, resultó ser, desde que inauguró sus sesiones el 18 de mayo, un club de charlatanes impenitentes.

La *Nueva gaceta del Rin*, desde su primer número, ajustó las cuentas a todo este mundo de fantasmas, y lo hizo de un modo tan minucioso que la mitad de sus accionistas, ya de por sí pocos, emprendieron la retirada. Y no es que el periódico pidiese mucho de la penetración y arrojo de los héroes parlamentarios. Criticando el republicanismo federal defendido por la izquierda del parlamento de Frankfurt, sostenía que una federación de monarquías constitucionales, pequeños principados y republiquitas, con un gobierno republicano a la cabeza, no podía aceptarse como estructura definitiva del país. Y añadía: "No es que nosotros levantemos la bandera utópica de que se vaya a proclamar desde ahora la república alemana una e indivisible, pero exigimos del llamado Partido Radical Demócrata que no confunda el punto de partida de la lucha y del movimiento revolucionario con su meta. La unidad alemana y la constitución alemana solo pueden surgir como resultantes de un movimiento en que tanto los conflictos interiores como la guerra con el Oriente impulsarán a llegar a una conclusión. La constitución definitiva del país no puede implantarse por decreto, pues va asociada a un movimiento por el que el país habrá de pasar. No se trata, pues, de poner por obra tal o cual opinión, tal o cual idea política; se trata de saber penetrar en los derroteros del movimiento. La Asamblea

Nacional no tiene, por ahora, más que dar los primeros pasos prácticamente factibles". Pero la Asamblea Nacional hizo algo que parecía prácticamente imposible, según todas las leyes de la lógica: eligió al archiduque austríaco Juan, regente del país, encauzando al movimiento hacia el rezago de los príncipes.

Más importantes fueron los acontecimientos sucedidos en Berlín. El Estado prusiano era, dentro de las fronteras alemanas, el enemigo más peligroso de la revolución. Esta lo había vencido en la jornada del 18 de marzo; pero el fruto de la victoria fue a parar, por las condiciones históricas del momento, a las manos de la burguesía, y a esta le faltó tiempo para traicionar a la revolución. Con objeto de mantener la "continuidad jurídica", o lo que es lo mismo, de negar sus orígenes revolucionarios, el ministerio burgués de Camphausen-Hansemann convocó una Dieta unitaria, encomendando a esta corporación feudal por estamentos la empresa de echar las bases para una constitución de tipo burgués. Así surgieron las leyes del 6 y 8 de abril, la primera de las cuales promulgó sobre el papel una serie de derechos civiles como normas directivas para la nueva constitución, mientras que la segunda decretaba el sufragio universal, igualitario, secreto e indirecto, para elegir unas Cortes que pactarían con la corona la nueva constitución del Estado.

Este famoso principio del "pacto" entre el rey y las Cortes venía, prácticamente, a robar la victoria alcanzada el 18 de marzo por el proletariado de Berlín sobre las tropas prusianas de la Guardia. Si los representantes de la nueva Asamblea necesitaban ser aceptados y refrendados por la corona, era que esta seguía conservando sus prerrogativas, seguía dictando su voluntad, y no había más remedio que someterla por medio de una segunda revolución, que el ministerio de Camphausen-Hansemann hacía cuanto estuviese a su alcance para impedir. El Gobierno obstruyó del modo más mezquino a las Cortes, reunidas el 22 de mayo; se erigió como "escudo de la dinastía" y dio a la contrarrevolución, todavía acéfala, una cabeza, trayendo de Inglaterra, adonde lo había desterrado el 18 de marzo la ira de las masas, al príncipe de Prusia, heredero del trono y solapado reaccionario.

El Parlamento berlinés no estaba, ni mucho menos, a la altura de su misión revolucionaria, aunque no pudiera moverse tampoco, totalmente, en aquel mundo quimérico y soñado de la Asamblea Nacional de Frankfurt. Se ajustó a reconocer el principio del "pacto", que le dejaba a merced del trono, hasta que el 14 de junio, como la población de Berlín volviera a manifestarse, esgrimiendo de nuevo el

puño con su asalto a la Armería, los diputados tuvieron que tomar una actitud un poco más resuelta, aunque siempre quedándose a medias. En la crisis, salió del ministerio Camphausen, continuando Hansemann. La diferencia entre ellos estaba en que aquel aún se sentía atormentado por ciertos vestigios de ideología burguesa, mientras que este servía sin vergüenza ni escrúpulo a los intereses materiales y escuetos de su clase. Para eso, no encontró mejor camino que arrastrarse a los pies del rey y de los terratenientes, corromper al Parlamento y maltratar violentamente a las masas, superando en todas estas acciones a sus antecesores. La contrarrevolución lo veía actuar con buenos ojos, sin oponerse, naturalmente, a sus manejos.

El periódico de Marx se para decididamente, desde el primer momento, ante este fatal proceso. Demuestra que Camphausen, sembrando la reacción en un sentido favorable a la gran burguesía, la cosecha de un modo que solo puede favorecer al partido feudal. Fustiga al Parlamento de Berlín y principalmente a la izquierda, solicitándole que tome una actitud decidida, y enfrentándose con la indignación de los parlamentarios porque en el asalto de la Armería se destruyeron unas cuantas banderas y armas, aplaude el certero instinto del pueblo, que no solo se levanta revolucionariamente contra sus opresores, sino también contra las brillantes ilusiones de su propio pasado. Y advierte a las izquierdas contra la fascinación de los triunfos parlamentarios, que los viejos poderes están siempre dispuestos a conceder, con tal de quedarse con las posiciones de mando y los resortes de supremacía.

El periódico pronosticaba un lamentable fin para el ministro Hansemann, al pretender implantar el régimen de la burguesía, pactando con el viejo Estado policíaco y feudal. "En esta dual y contradictoria empresa, el régimen burgués al que se aspira y su propia existencia como gobierno se hallan amenazados a cada instante por el imperio de la reacción absolutista y feudal, y sucumbirán ante ella, más temprano o más tarde. La burguesía no podrá hacer triunfar su régimen sin tomar como aliado momentáneo al pueblo, sin actuar con un carácter democrático más o menos definido". El periódico trataba con una punzante sátira, también, los esfuerzos que hacía la burguesía para convertir la emancipación de los campesinos en el más legítimo objetivo de una revolución burguesa. "La burguesía alemana de 1848 ha traicionado indecorosamente a los campesinos, sus más naturales aliados, carne de su carne, sin los cuales tendrá que rendirse impotente ante la nobleza". La revolución

alemana de 1848 venía, así, a quedar reducida a una grotesca parodia de la revolución francesa de 1789.

Y por otra razón, además: porque esta revolución no había triunfado por sus propias fuerzas, sino como satélite de otro movimiento, el francés, que daba al proletariado participación en el Gobierno. Y esto, que no justificaba y ni siquiera disculpaba la traición de la burguesía alemana contra la revolución, la explicaba perfectamente. Pero en aquellos mismos días de junio, en los que el ministro Hansemann comenzaba a cavarse su propia fosa, empezó también a disiparse esta pesadilla que le oprimía el pecho. Vino aquella espantosa represión, que duró cuatro días y en la que el proletariado de París fue desangrado por los partidos y por todos los sectores de la burguesía, unido para brindar sus servicios de verdugo al capital.

La *Nueva gaceta del Rin* levantó del suelo la bandera de los "victoriosos derrotados". Y Marx señaló a la democracia, con palabras animosas, su puesto en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado: "¿Es que nosotros, se nos preguntará, no tenemos lágrimas, suspiros, palabras de condolencia para las víctimas sacrificadas a la ira del pueblo, para la Guardia nacional, para la Guardia móvil, para la Guardia republicana, para las tropas de línea? Ya se encargará el Estado de esas viudas y de esos huérfanos, ya vendrán decretos glorificando a esos héroes, solemnes cortejos acompañarán sus restos hasta la tumba, la prensa oficial los declarará inmortales, toda la reacción europea, de Oriente a Occidente, cantará sus hechos gloriosos. Pero ¿y los plebeyos desgarrados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los médicos, tildados de ladrones y de incendiarios, forzados a castigos por la gente honesta, con sus mujeres y sus hijos precipitados a una miseria sin nombre, con sus mejores sobrevivientes deportados al otro lado del mar? La prensa democrática tiene el derecho, tiene el privilegio de colocar sus laureles sobre estas frentes sombrías y amenazadoras".

Este magnífico artículo, en el que todavía hoy arde el fuego de la pasión revolucionaria, le costó al periódico la otra mitad de sus accionistas.

3. LA GUERRA CONTRA RUSIA

La guerra contra Rusia era el eje en torno al cual giraba la posición de la *Nueva gaceta del Rin* en cuestiones de política extranjera. El periódico veía en Rusia al enemigo de la revolución, un enemigo

poderoso y terrible, que se lanzaría infaliblemente contra ella en cuanto el movimiento se extendiera por toda Europa.

En esto no estaba desorientado. Por aquellos días en los que predicaba la guerra revolucionaria contra Rusia, el zar –cosa que por entonces no podían saber los redactores del periódico, pero que hoy atestiguan los documentos de los archivos– brindaba al príncipe de Prusia la ayuda del ejército ruso para volver a implantar por la fuerza el despotismo destronado, y en efecto, al año de esto, el oso ruso salvaba al despotismo austriaco, aplastando con su mano la revolución húngara. La alemana no lograría vencer sin destruir la autocracia prusiana y austriaca, y esta aspiración no podría nunca lograrse sin derribar previamente el poder zarista.

El periódico esperaba de la guerra contra Rusia un desencadenamiento de fuerzas revolucionarias semejante al que la Revolución Francesa de 1789 había logrado mediante la guerra contra la Alemania feudal. Tratando como trataban a la nación alemana en *canaille*, según la frase de Weerth, era lógico que sus redactores fustigaran con toda energía las acciones con las que los alemanes venían atentando desde hacía setenta años contra la libertad y la independencia de otros pueblos: contra Estados Unidos, contra Francia, contra Italia, contra Polonia, contra Holanda, contra Grecia. "Ahora que los alemanes sacuden su propio yugo, es menester que cambie también radicalmente su política para con otros pueblos, si no queremos que en las cadenas echadas sobre otras naciones quede prendida nuestra naciente y apenas descubierta libertad. Alemania se liberará conforme vaya dejando libres a los pueblos vecinos". Y el periódico denunciaba aquella política maquiavélica que, tambaleándose en el interior del país, en las bases de su poder, se complacía en provocar hacia el exterior un mezquino odio de raza, repugnante con el carácter cosmopolita de los alemanes, para de este modo paralizar las energías democráticas, desviar hacia otro lado la atención y encauzar por un canal de desagüe la lava revolucionaria, forjando así las armas para la represión fronteras adentro.

Sin oír "los bramidos y redobles patrióticos de la prensa alemana casi unánime", abogó desde el primer instante por la causa de los polacos en Polonia, por la de los italianos en Italia, por la de los húngaros en Hungría. Fustigó aquel "profundo maquiavelismo", aquella "paradoja histórica", de que en el mismo instante en el que los alemanes luchaban contra sus gobiernos, emprendieran bajo el mando de estos mismos gobiernos una cruzada contra la libertad de

los países oprimidos de Polonia, Hungría, Italia. "Para la Alemania revolucionaria, no debe existir más que una guerra, la guerra contra Rusia, en la que puede purgar los pecados del pasado, adquiriendo vigor y venciendo en ella a sus propios autócratas; en la que puede, como corresponde a un pueblo que sacude las cadenas de una larga y perezosa esclavitud, redimirse pagando la propaganda de la civilización con la sangre de sus hijos y emanciparse al emancipar a las naciones oprimidas".

Entre estas naciones, por ninguna abogaba tan apasionadamente el periódico como por Polonia. El movimiento polaco de 1848 se limitaba a la provincia prusiana de Posen; la Polonia rusa había quedado postrada por la revolución de 1830, como la austriaca por la insurrección de 1846. La población polaca de Prusia se levantó bastante modestamente, sin llegar casi, en sus exigencias, a lo que ya le prometieran los tratados de 1815, jamás cumplidos: la sustitución de las guarniciones militares por tropas del país, y la provisión en los naturales de todos los empleos. En los primeros momentos de pánico que siguieron al 18 de marzo, las autoridades de Berlín les prometieron proceder a una "reorganización nacional". Aunque abrigando ya, naturalmente, la secreta intención de faltar a la promesa. Los polacos fueron lo bastante ingenuos para creer en la buena voluntad de Berlín, desde donde, entretanto, se excitaban los ánimos de la población alemana y judía, incentivando sistemáticamente una guerra civil, cuyos orígenes se debieron en absoluto y cuyos horrores respondieron casi totalmente a la acción de Prusia. Los polacos, obligados a la violencia por la violencia, lucharon valerosamente, resistiendo más de una vez, como ocurrió por ejemplo el 30 de abril en las cercanías de Miloslaw, a un enemigo muy superior en armas y número, hasta ponerlo en franca huida; pero a la larga las guadañas polacas no tuvieron más remedio que rendirse a los cañones prusianos.

En la cuestión polaca, la burguesía alemana se comportó, como siempre, con la misma falta de inteligencia y lealtad. Antes de los acontecimientos de marzo había sabido comprender certeramente la íntima relación que existía entre la causa alemana y la polaca, y todavía después del 18 de marzo sus sabios habían proclamado solemnemente, en el llamado Anteparlamento de Frankfurt, que la reconstitución de Polonia era deber sagrado de la nación alemana. Pero esto no podía ser obstáculo para que Camphausen, el presidente del Gabinete, esgrimiera también ante esta cuestión el látigo del junker prusiano. Faltó de la manera más infame a la promesa de "reorganización nacional", arrancándole a la provincia de Posen un

pedazo tras otro de territorio, más de dos terceras partes en total, para incorporarlos a la Federación Alemana, por acuerdo de la Dieta Federal, cuando esta daba ya las últimas bocanadas bajo el desprecio del mundo enteró. La Asamblea nacional de Frankfurt tenía que decidir ahora si reconocía o no como miembros legítimos de su seno a los diputados elegidos por los territorios desmembrados de aquella provincia. Después de tres días de debates, abrazó el partido que de ella era de esperar: este hijo espurio de la revolución sancionaba la infamia de los poderes contrarrevolucionarios.

Los ocho o nueve artículos, algunos de ellos muy extensos, de la serie dedicados a comentar estos debates, y que contrastaban con el despectivo laconismo en el que solía mantenerse frente a los charlatanes parlamentarios, revela lo mucho que la *Nueva gaceta del Rin* se interesaba por el asunto. Es el trabajo más extenso que vio la luz en sus columnas. A juzgar por el contenido y el estilo, debieron redactarlo en colaboración Marx y Engels, escribiendo éste la mayor parte, como lo denotan las huellas clarísimas de su mano.

Lo que primero llama la atención en este trabajo, y lo que más lo honra, es la magnífica sinceridad con que pone al descubierto la maniobra estéril realizada con Polonia. Pero la indignación moral de la que Marx y Engels eran capaces –mucho más capaces de lo que puede imaginarse el honesto filisteo– no tenía ni el más remoto parecido con aquella compasión sentimental que un Roberto Blum, por ejemplo, dedicaba en Frankfurt a la maltratada Polonia. El festejado y elocuente orador de la izquierda tuvo que resignarse a ver calificados sus arrebatos, y no sin razón, de "necias vulgaridades", todo lo altisonantes y augustas que se quiera, pero vulgaridades al fin. No llegaba a comprender que aquella traición cometida con Polonia era, al mismo tiempo, una traición contra la revolución alemana, a la que se privaba de ese modo de un arma preciosa e insustituible contra el mortal enemigo zarista.

Marx y Engels englobaban también entre "las más necias vulgaridades" esas prédicas de "conciliación entre todos los pueblos del mundo", que, sin detenerse a contemplar la situación histórica ni el grado de desarrollo social de los pueblos, no sabían más que conciliar a todo trapo; para ellos, la "justicia", la "humanidad", la "libertad", la "igualdad", la "fraternidad", la "independencia de los pueblos", eran otras tantas frases más o menos morales, que sonaban muy bien, pero que no querían decir nada ni resolvían nada, histórica ni políticamente. Esta "mitología moderna" los sacaba de quicio. Sobre

todo en aquellos arrebatados días de la revolución, en los que no reconocían más que un lema: en pro o en contra.

Los artículos de la *Nueva Gaceta del Rin* sobre Polonia estaban animados por esa auténtica pasión revolucionaria que los ponía muy por encima de toda la fraseología polacófila de la democracia al uso, y perduran todavía como elocuente testimonio de la penetrante agudeza para el análisis de sus autores. No están, sin embargo, exentos de errores, en lo que a historia polaca se refiere. Tenían razón al decir que la campaña por la independencia de Polonia solo podía triunfar dando a la par el triunfo a la democracia agraria sobre el absolutismo patriarcofeudal; pero no era cierto que los polacos lo reconocieran así desde la constitución de 1791. También se equivocaban los autores al sostener que la vieja Polonia, aquella de la democracia noble, llevaba ya mucho tiempo muerta y sepultada en el año 1848, pero dejando en el mundo un robusto heredero en la Polonia de la democracia campesina. Marx y Engels veían en los nobles polacos, que luchaban con una magnifica bravura en las barricadas europeas para arrancar a su pueblo del abrazo de las potencias orientales en el que perecía, a los representantes de la nobleza polaca, en tanto que los Lelewel y los Mieroslawski, endurecidos y purificados bajo el fuego de los combates, se alzaban sobre su clase, ni más ni menos que como los Hutten y los Sickingen se habían alzado en otro tiempo sobre la aristocracia feudal alemana o, menos remotamente, los Clausewtz y los Gneisenau sobre la nobleza rural de Prusia.

Marx y Engels no tardaron en rectificar este error; lo que Engels no llegó nunca a retirar fue el juicio despectivo formulado en el periódico sobre las guerras de independencia sostenidas por las naciones y nacioncitas eslavas del sur de Europa. Todavía en el año 1872, Engels seguía manifestando en este punto lo mismo que en 1849 manifestara en la polémica sostenida con Bakunin. El corresponsal de la *Nueva Gaceta del Rin* en París, Ewerbeck, expresó en julio del 48, desde las columnas del periódico, la sospecha de que el revolucionario ruso fuese un agente de su Gobierno, sospecha reiterada luego por una información de la Agencia Havas. Sin embargo, la noticia resultó ser falsa y la redacción se rectificó inmediatamente en términos de absoluta lealtad. Poco después, a fines de agosto o comienzos de septiembre, Marx emprendió un viaje a Berlín y Viena, renovando aquí las viejas relaciones de amistad con Bakunin, cuya expulsión de Prusia, efectuada en octubre, combatió duramente desde el periódico. Engels encabezaba también su polémica contra una proclama de Bakunin dirigida a los esclavos con la declaración de que se trataba de "un amigo nuestro",

pero sin que por ello dejase de arremeter con una gran dureza objetiva contra las tendencias paneslavistas de la proclama.

La pauta la daba también aquí el interés apasionado por la revolución. En las luchas sostenidas por el Gobierno de Viena contra los revolucionarios alemanes y húngaros, los eslavos de Austria habían abrazado –con la excepción de los de Polonia– el partido reaccionario. Ellos fueron los que tomaron por asalto la ciudad sublevada de Viena para entregarla a la despiadada venganza de S. M. Católica; por los días en que Engels publicaba su artículo contra Bakunin, esos mismos eslavos salían al campo a guerrear contra los húngaros insurrectos, cuyas campañas revolucionarias seguía y analizaba Engels, con gran dominio de la materia, en la *Nueva Gaceta del Rin*, poniendo en sus artículos una apasionada simpatía, que lo llevaba a exagerar el grado de desarrollo histórico de los pueblos magiar y polaco. Bakunin exigía que se garantizara a los eslavos austriacos su independencia, postulado que Engels comentaba de este modo: "¡Ni por asomo! A esta fraseología sentimental que nos habla de fraternidad en nombre de las naciones más contrarrevolucionarias de Europa, nosotros contestamos que la rusofobia, el odio contra Rusia, era y sigue siendo la primera pasión revolucionaria de todo alemán; que desde la revolución, a este odio ha venido a unirse la checofobia y la croatofobia, el odio contra esos pueblos eslavos, contra los cuales habremos de unirnos en decidida acción terrorista con los polacos y los magiares, si queremos asegurar la revolución. Ahora sabemos ya dónde están concentrados sus enemigos: en Rusia y en los pueblos eslavos de Austria, y no habrá frases ni apelaciones a ningún vago porvenir democrático de esos países suficientes para disuadirnos de que tratemos como amigos a los que son nuestros enemigos". Engels terminaba jurando inexorable y mortal enemistad al "pueblo eslavo traidor a la causa de la revolución". No era tan solo un exceso de ira por los servicios de lacayo prestados por los eslavos a la reacción europea el que dictaba estas líneas. Engels negaba a los pueblos eslavos –exceptuando a Polonia, a los rusos y tal vez a los eslavos de Turquía– todo porvenir histórico, "por la sencilla razón de que los demás carecían todos de las más elementales condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales, para gozar de independencia y viabilidad". La lucha por su emancipación nacional los convertía en instrumentos ciegos del zarismo, sin que las bienintencionadas ilusiones que se forjaban los paneslavistas demócratas pudieran nada contra esto. El derecho histórico de los grandes pueblos civilizados a desarrollarse revolucionariamente estaba –añadía Engels– por encima de las luchas de esos pueblos raquíticos e impotentes por lograr su independencia, aun cuando en aquel gran avance se marchitara,

pisoteada, más de una dulce flor nacional; con esto no se hacía más que capacitar a esas pequeñas naciones para incorporarse a un proceso histórico que, de quedar abandonadas a su propia suerte, las dejaría al margen. En 1882, cuando los anhelos de emancipación de los países balcánicos vinieron a chocar con los intereses del proletariado europeo, Engels aconsejó a este que prescindiera de aquellos instrumentos del zarismo, pues en política están de más las simpatías románticas.

Engels se equivocaba al negar a las pequeñas naciones eslavas todo porvenir histórico, pero la idea fundamental que inspiraba su posición era indiscutiblemente exacta, y la *Nueva Gaceta del Rin* la mantuvo con toda firmeza en un caso en el que venía a resultar asociada con las "simpatías románticas del filisteo".

4. LAS JORNADAS DE SEPTIEMBRE

Se trataba de la guerra que el Gobierno prusiano le había declarado a Dinamarca después del 18 de marzo por mandato de la Confederación alemana, con motivo del pleito de Schleswig-Holstein.

Holstein era territorio alemán, enclavado dentro de la Confederación: Schleswig quedaba fuera de las fronteras de esta; y era, por lo menos en su parte norte, predominantemente danés. Los dos ducados estaban unidos desde hacía varios siglos, por la dinastía reinante, al reino de Dinamarca, cuya extensión y población no excedía en mucho a las de aquellos; pero había una diferencia, y era que en Dinamarca regía también la sucesión por línea femenina, mientras que en los ducados solo se admitía la línea masculina. Estos estaban unidos entre sí por una "estrecha unión real", y esta indivisibilidad les aseguraba la independencia propia de un Estado. Tales eran las relaciones existentes entre Dinamarca y los dos ducados de acuerdo a los pactos internacionales, pero en la práctica ocurría que como el espíritu alemán había venido reinando en Copenhague hasta los confines del siglo XIX, el idioma alemán era reconocido como idioma oficial del reino de Dinamarca, y la aristocracia de los dos ducados gozaba de un gran predominio en las cancillerías danesas. Durante las guerras napoleónicas, las diferencias nacionales se agudizaron: en los tratados de Viena, Dinamarca pagó con la pérdida de Noruega la lealtad que mantuviera hasta última hora con el heredero de la Revolución Francesa, y acosada, forzada a luchar por su existencia como Estado, se lanzó a la anexión de aquellos dos ducados, con tanto más apuro en cuanto que la extinción paulatina de los herederos varones de su

dinastía hacia inminente la adjudicación de esos territorios a otra rama, separación definitiva a la cual el reino dinamarqués no podía resignarse. Dinamarca procuró ir emancipándose poco a poco de las influencias alemanas, y para ello, como era demasiado pequeña para alentar un nacionalismo propio, procuró cultivar artificialmente el escandinavismo, esforzándose por unirse a Noruega y Suecia hasta conformar un universo cultural independiente.

Los esfuerzos del Gobierno danés por apoderarse íntegramente de los ducados del Elba, encontraron aquí una resistencia tenaz, que no tardó en convertirse en la causa nacional alemana. Alemania, en aquella época de florecimiento económico, se dio cuenta, sobre todo después de fundarse la Unión Aduanera, de la importancia que aquella pequeña península, situada entre dos mares, tenía para su tráfico comercial y marítimo, y saludó con creciente entusiasmo el movimiento de oposición que venía formándose en los ducados contra la propaganda dinamarquesa. La canción "Schleswig-Holstein, bañados por los mares, vigías de la cultura alemana", se convirtió desde el año 1844 en una especie de himno nacional.

Y aunque el movimiento no rompía el ritmo tedioso y somnoliento de una agitación como tantas anteriores a la revolución de marzo, los gobiernos alemanes no podían mantenerse completamente al margen. En el año 47, cuando el rey Cristián VIII de Dinamarca, preparando un golpe de fuerza decisivo, en una carta abierta se dirigió al ducado de Schleswig y a una parte del de Holstein, como parte integrante del Estado danés, hasta el Consejo Federal se puso de pie para formular una tibia protesta, en vez de declararse incompetente, que era la práctica que seguía, siempre que se trataba de proteger a la población alemana contra las violencias y los desafueros de los príncipes.

La *Nueva Gaceta del Rin* no sentía, naturalmente, la menor afinidad con aquel entusiasmo burgués de mesa de bar por los territorios "bañados por los mares". Para ella, este movimiento no era más que el reverso de aquel escandinavismo al que fustigaba, como un "movimiento de admiración hacia la vieja nacionalidad nórdica, brutal, sucia y pirata, hacia aquel profundo y devoto recogimiento, incapaz para expresar en palabras sus sentimientos e ideas exaltados, pero muy capaz para expresarlos en hechos, en violencia y malos tratos contra las mujeres, en borracheras permanentes y en una cólera furiosa alternada con lacrimosos sentimentalismos". La situación se complicaba por la curiosa circunstancia de que, bajo las banderas reaccionarias del escandinavismo, luchaba en Dinamarca el partido de la oposición burguesa, el partido de

los "daneses juramentados", que aspiraban a la danificación del ducado de Schleswig y a la expansión de los dominios económicos de Dinamarca, para consolidar después todo el Estado por medio de una Constitución moderna, mientras que la lucha de los ducados por sus fueros tradicionales representaba, en mayor o menor medida, una lucha en torno a privilegios feudales y a menudencias dinásticas.

En enero de 1848, subió al trono de Dinamarca Federico VII, último vástago de la línea masculina, y siguiendo el consejo de su moribundo padre, se puso a preparar una Constitución liberal conjunta para Dinamarca y los dos ducados. Al mes, estalló en Copenhague la revolución de febrero, desencadenando un turbulento movimiento popular. La revolución entregó el poder al partido de los anexionistas, que se pusieron inmediatamente a trabajar con una gran vehemencia por la realización de su programa, que consistía en la anexión del Schleswig hasta la línea del Eider. Los ducados reaccionaron, desprendiéndose de la hegemonía de la corona danesa, con su ejército de siete mil hombres a la cabeza, y formaron en Kiel un gobierno provisional. En él predominaba la nobleza, y en vez de desencadenar las fuerzas del país, que hubieran podido enfrentarse perfectamente con la potencia dinamarquesa, se fue a implorar auxilio al Consejo Federal y al Gobierno prusiano, de quienes no tenía por qué temer deterioro alguno para sus privilegios feudales.

En ambos encontró una amable recepción, ya que la "defensa de la causa alemana" que aquí se les brindaba venía a depararles un recurso excelente para reponerse de los golpes aplastantes de la revolución. El rey de Prusia sentía la apremiante necesidad de restaurar, en una brillante parada militar contra la inerme Dinamarca, los prestigios de su guardia, que el 18 de marzo había salido tan maltrecha de las barricadas. El monarca prusiano odiaba a los anexionistas daneses como engendros revolucionarios, pero sin simpatizar tampoco con los habitantes de los ducados, en quienes condenaba la rebeldía contra la autoridad instituida por Dios; así, entonces, ordenó a sus generales que tramitaran del modo más expeditivo aquel "servicio de vasallaje a la revolución", haciendo saber en Copenhague, por medio de un emisario, el coronel von Wildenbruch, que su deseo era, por encima de todo, mantener los ducados a su duque y rey, y que si intervenía era solamente para impedir que en el movimiento se mezclaran, sembrando la indisciplina, los elementos radicales y republicanos.

Pero Dinamarca no se tragó el anzuelo. Se apresuró a invocar la protección de las grandes potencias, e Inglaterra y Rusia se la concedieron

con mucho agrado. Su auxilio le permitió a la pequeña Dinamarca zarandear a la gran Alemania como a un mocoso. Mientras los barcos de guerra daneses le inferían las más sensibles heridas al comercio alemán, las tropas de la Confederación, que habían invadido los ducados del Elba a las órdenes del general prusiano Wrangel y que, a pesar de su deplorable estrategia, habían dispersado a las fuerzas danesas, muy escasas en número, vieron sus esfuerzos totalmente contrarrestados por la intervención diplomática de las grandes potencias. A fines de mayo, Wrangel recibió órdenes de Berlín para que retirara sus tropas de Jutlandia, y el 9 de junio la Asamblea nacional acordó reclamar el litigio de los ducados como asunto de su competencia en cuanto inherente a la nación alemana, y velar por el honor de esta.

La guerra fue entablada, en efecto, en nombre de la Confederación Alemana, y lógicamente le competía dirigirla a la propia Asamblea nacional y al príncipe de la casa de Habsburgo, instituido el 28 de junio como regente del imperio. Pero el Gobierno prusiano, sin fijarse en esto, cediendo a las presiones de Inglaterra y Rusia, concertó con Dinamarca, el 28 de agosto, el armisticio de Malmó, con vigencia de siete meses, menospreciando por entero las condiciones formuladas por el regente y por su emisario. Las normas de la tregua no podían ser más desprestigiantes para Alemania: se disolvía el Gobierno provisional de Schleswig-Holstein, entregándose la suprema dirección a un danés, mientras durara el armisticio; además, se declaraban derogados los decretos del Gobierno provisional y se separaban las tropas de ambos ducados. Alemania también salía perjudicada militarmente, ya que la tregua se pactaba para los meses invernales, en los que la flota danesa quedaba inmovilizada para el bloqueo de las costas alemanas, mientras que los hielos hubieran permitido a sus enemigos atravesar las aguas heladas del pequeño Bell, tomar a Fuen y poner en un grave aprieto a Dinamarca.

Las primeras noticias del armisticio concertado cayeron como un rayo en la Asamblea nacional de Frankfurt por los primeros días de diciembre, mientras los diputados, "embriagados en sus chácharas, como los escolásticos de la Edad Media", se entretenían en discutir horas y horas los "derechos fundamentales" que habría de garantizar sobre el papel la futura Constitución. El 5 de septiembre, en un arrebato de ira, la Asamblea acordó oponerse a la ejecución del armisticio, provocando con esto la dimisión del Gabinete.

La *Nueva Gaceta del Rin* tomó este acuerdo con viva satisfacción, aunque sin hacerse respecto a él ningún tipo de ilusiones. Remontándose por encima del régimen de los tratados internacionales, reclamaba la

guerra contra Dinamarca, para plegarse al rumbo de la historia. "Los daneses son un pueblo que depende enteramente de Alemania, tanto en el aspecto comercial e industrial, como en el político y en el literario. Es harto sabido que la capital efectiva de Dinamarca no es Copenhague, sino Hamburgo; que Dinamarca recibe todos sus víveres, lo mismo los literarios que los materiales, de Alemania, y que la literatura dinamarquesa –con la única excepción de Holberg– no es más que un eco apagado de la alemana... Con el mismo derecho con el que los franceses se han anexionado a Flandes, Lorena y Alsacia y acabarán por anexionarse, más temprano o más tarde, Bélgica, con ese mismo derecho, que es el de la civilización contra la barbarie, el progreso contra el estancamiento, se apodera Alemania del Schleswig... La guerra que estamos sosteniendo en aquellos ducados es una verdadera guerra nacional. ¿Quién se puso desde el primer momento de parte de Dinamarca? Las tres potencias más contrarrevolucionarias de Europa: Rusia, Inglaterra y el Gobierno prusiano. Este mantuvo, mientras pudo, una guerra de apariencias; recuérdese la nota de Wildenbruch, la rapidez con la que ordenó, obedeciendo a sugerencias anglo-rusas, la evacuación de Jutlandia, y finalmente, el armisticio. Prusia, Inglaterra y Rusia son las tres potencias que más tienen que temer de la revolución alemana y de su primer fruto, la unidad de nuestro territorio. Prusia, porque ello equivale a su muerte como Estado; Inglaterra, porque ya no podrá seguir explotando el mercado alemán; Rusia, porque ese triunfo llevará la democracia, no solo hasta las orillas del Vístula, sino hasta las del Duna y el Niéper. Prusia, Inglaterra y Rusia se han conjurado contra los ducados del Elba, contra Alemania y contra la revolución. La guerra que probablemente saldrá de los acuerdos de Frankfurt será una guerra de Alemania contra Prusia, Inglaterra y Rusia. Y esta guerra es precisamente la que está necesitando apremiantemente el movimiento alemán, que empieza a adormecerse: una guerra contra las tres grandes potencias de la contrarrevolución, una guerra que le permita a Alemania asimilarse de una vez a Prusia, que haga de la alianza con Polonia una inexcusable necesidad que provoque la inmediata emancipación de Italia, que se encamine directamente contra los viejos aliados contrarrevolucionarios de Alemania, desde 1792 hasta 1815, una guerra que ponga a la 'patria en peligro' y, al ponerla, la salve, condicionando el triunfo de nuestro país al triunfo de la democracia".

Lo que la *Nueva Gaceta del Rin* proclamaba clara y concisamente en estas líneas, lo sentían también, con su certero instinto, las masas revolucionarias; de cincuenta millas a la redonda acudían a Frankfurt miles y miles de hombres, dispuestos a seguir luchando por la revolución. Pero, como había dicho muy bien el periódico, estas nuevas

luchas hubieran bastado por sí solas para deshacer la Asamblea nacional, que al suicidio por heroísmo prefirió el suicidio por cobardía. El 16 de septiembre ratificó el armisticio de Malmó, y las izquierdas, con excepción de unos pocos diputados, no fueron tampoco capaces para reunirse en Convención revolucionaria. No hubo más que unas pequeñas contiendas y barricadas en Frankfurt, que el honrado regente dejó con toda intención que se desarrollaran, tomando esto como pretexto para traer un fuerte destacamento de tropas concentradas en la fortaleza federal de Maguncia y poner al Parlamento soberano bajo el poder de las bayonetas.

Al tiempo que esto sucedía, el ministro Hansemann se veía sorprendido en Berlín por el deplorable término que la *Nueva Gaceta del Rin* le tenía pronosticado. Al fortalecer el "Poder del Estado" contra la "anarquía", contribuía a poner otra vez de pie al viejo Estado prusiano burocrático, militar y policíaco, derrotado el 18 de marzo; sin poder arrancarle siquiera una concesión de respeto hacia aquellos intereses y beneficios materiales de la burguesía, gracias a los cuales traicionaba a la revolución. Subsistía ante todo, según suspiraba un diputado berlinés, "en su más total integridad, aquel viejo sistema militar, con el que había roto las jornadas de marzo", y desde los sucesos parisinos de junio, volvía a florecer la espada en la vaina. Era un secreto a voces que uno de los motivos primordiales que movían al Gobierno prusiano a concertar el armisticio con Dinamarca, era traer a Wrangel con las tropas de la guardia a los alrededores de Berlín para dar la batalla decisiva a la contrarrevolución. El Parlamento de Berlín, dándose cuenta del peligro, no tuvo más remedio que incorporarse un poco, y el 7 de septiembre acordó exigir del ministro de la Guerra una circular que previniera a los oficiales contra todo manejo reaccionario, indicándoles como un deber de honor la separación del ejército, en el caso de que sus convicciones políticas no se ajustaran al régimen constitucional.

No era mucho pedir, pues ya se habían dirigido varias circulares como esta a la burocracia civil, sin conseguir nunca nada, pero era desde luego más de lo que el militarismo podía consentirle a un ministerio burgués. El ministro Hansemann renunció, encargándose de formar gobierno el general Pfuel, un gobierno puramente burocrático, que dirigió enseguida al cuerpo de oficiales, con toda tranquilidad, la circular solicitada, dando así al mundo entero una prueba de que el militarismo ya no tenía nada que temer de los primates burgueses, y podía permitirse el lujo de burlarse de ellos.

De este modo, se cumplió en el Parlamento de Berlín la predicción del periódico de Marx, y las izquierdas se encontraron una buena mañana con que su bello triunfo parlamentario equivalía en la realidad a una derrota. Al clamor que se alzó en la prensa revolucionaria, diciendo que el triunfo de las izquierdas no podía explicarse más que por la presión ejercida por las masas del pueblo de Berlín sobre la Asamblea, la *Nueva Gaceta del Rin*, repudiando las tibias excusas de la prensa liberal, declaraba abiertamente "el derecho de las masas democráticas del pueblo a influir moralmente con su presencia en la actitud de las asambleas constituyentes. Es un viejo derecho revolucionario de los pueblos, al que desde las revoluciones inglesa y francesa jamás se ha podido renunciar. Al ejercicio de este derecho debe la historia casi todos los acuerdos un poco enérgicos de aquellas asambleas": alusión al "cretinismo parlamentario" que por aquellos días de septiembre del 48 se entronizaba en las asambleas de Frankfurt y Berlín.

5. LA DEMOCRACIA DE COLONIA

Las crisis de septiembre planteadas en Berlín y Frankfurt ejercieron también, de rebote, una fuerte influencia en Colonia.

La región del Rin constituía la preocupación más aguda de la contrarrevolución. Se encontraba invadida por tropas reclutadas en las provincias orientales: una tercera parte de los efectivos del ejército prusiano estaba concentrada en la provincia del Rin y en Westfalia. Contra estas fuerzas no servían de nada las pequeñas sublevaciones: se imponía, por lo tanto, la necesidad de darle a la democracia una organización firme y disciplinada, para cuando llegara el momento en que de la revolución a medias surgiera una verdadera revolución. La organización de la democracia concertada en Frankfurt, en un congreso integrado por ochenta y ocho ligas democráticas, solo llegó a tomar cuerpo en Colonia: en el resto de Alemania carecía por completo de firmeza y cohesión. La democracia de Colonia se componía de tres grandes organizaciones, cada una de las cuales contaba con varios millares de afiliados: la Sociedad Democrática, dirigida por Marx y por el abogado Schneider; la Asociación Obrera, a cuya cabeza estaban Moll y Schapper, y la Liga de Obreros y Patronos, a cuyo frente se encontraba, en primer término, Hermann Becker. Estas tres organizaciones, al ser designada la ciudad de Colonia como capital del Rin y de Westfalia, eligieron de su seno un Comité Central, que a mediados de agosto convocó allí un congreso de todas las agrupaciones renanas y westfalianas de tendencia democrática. En este congreso, al que acudieron cuarenta diputados, representando a

diecisiete agrupaciones, le fueron confirmados los poderes al Comité Central como representante de todo el Rin y de Westfalia.

El alma de esta organización, como de la *Nueva Gaceta del Rin*, era Carlos Marx. Marx tenía el talento de saber dirigir a los hombres, talento que la democracia al uso no le perdonaba. Carlos Schurz, que era un estudiante de diecinueve años, lo vio por primera vez en el Congreso de Colonia, y nos escribe su impresión, años más tarde, del siguiente modo: "Marx tenía entonces treinta años, y ya era el jefe consagrado de una escuela socialista. Aquel hombre bajo y fornido, de frente ancha, pelo y barba negros como la tez, y ojos oscuros y chispeantes, atrajo enseguida la atención general. Tenía fama de hombre muy versado en su especialidad, y no puede negarse que cuanto decía era interesante, lógico y claro. Pero yo no he conocido nunca un hombre de presentación más mortificante ni de tan insoportable arrogancia". Y este caudillo de la burguesía se acordó durante toda su vida de aquel tono mordaz y tajante con el que, como escupiendo, Marx pronunciaba la palabra "burgués".

Era la misma canción que, dos años más tarde, entonaba el teniente Techow, después de una conversación con Marx. "Marx me ha producido la impresión no solo de una superioridad poco común, sino de una gran personalidad. Si tuviera el corazón tan grande como la inteligencia, el amor tan grande como el odio, sería capaz de tirarme al fuego por él, y eso que no se ha recatado nada para darme a entender de diversas maneras el absoluto desprecio que sentía por mí, llegando a declarármelo sin ningún tipo de ambigüedades. Es el primero y el único de todos nosotros a quien le reconozco cualidades para gobernar y el talento de no perderse en minucias ante los grandes problemas". Luego, viene la consabida cantinela de que Marx es un hombre devorado por la más terrible ambición personal.

No coincide con estos el juicio formulado por Alberto Brisbane, el apóstol estadounidense del fourierismo, que vino a Colonia en el verano de 1848, como corresponsal del *New York Tribune* con Carlos Dana, director del periódico. "Allí conocí a Carlos Marx, jefe del movimiento democrático. Eran los tiempos en que empezaba a hacerse famoso; tendría poco más de treinta años, y era un hombre bajo y robusto, de trazos finos y abundante cabellera negra. Sus rasgos denotaban una gran energía y, detrás de su actitud contenida y serena, no era difícil adivinar el fuego y la pasión de un alma intrépida". No puede negarse, en efecto, sin faltar a la verdad, que Marx dirigió a la democracia de Colonia con serena y ponderada intrepidez.

A pesar de la gran conmoción que las crisis de septiembre generaron en sus filas, ni la Asamblea nacional de Frankfurt osaba arrojarse a la revolución, ni el ministro Pfuel declarar la contrarrevolución. Esto privaba de perspectivas a toda insurrección local, y no era extraño que las autoridades de Colonia estuvieran interesadas en provocar una intentona, para reprimirla sangrientamente sin necesidad de esforzarse mucho. Valiéndose de pretextos inventados, y a los que pronto habrían de renunciar ellas mismas, empezaron a perseguir judicial y policíacamente a los miembros del Comité Democrático Central y a los redactores de la *Nueva Gaceta del Rin*. Marx advirtió a sus amigos contra la perfidia de las autoridades al acecho, sosteniendo que en momentos en los que no se plantea ningún problema importante que afecte a todo el pueblo y que obligue a dar la batalla, estando, por lo tanto, cualquier intento condenado de antemano al fracaso, había que reprimir toda tentativa de alzamiento, tanto más cuanto que muy pronto habrían de ocurrir acontecimientos trascendentales, y era necesario no ponerse fuera de combate antes de que llegara el día decisivo: cuando la corona se atreviera a afrontar la contrarrevolución, llegaría para el pueblo la hora de una nueva revolución.

Sin embargo, cuando el 25 de septiembre circuló la noticia de que iban a detener a Becker, Moll, Schapper y Guillermo Wolff, se produjo un pequeño tumulto, y hasta se levantaron una cuantas barricadas, al correrse la voz de que se acercaban las tropas a disolver un mitin reunido en la plaza del Mercado Viejo; pero las tropas no aparecieron, y hasta que no se restableció plenamente el orden, no se atrevió el gobernador militar de la plaza a declarar en Colonia el estado de guerra. Inmediatamente fue suspendida la *Nueva Gaceta del Rin*, que dejó de aparecer el 27 de septiembre. Seguramente que aquel inexplicable golpe de fuerza, revocado por el Ministerio pocos días después, no tenía otra finalidad que herir de muerte al periódico. Y aunque no de muerte, sí lo dejó malherido y fuera de combate hasta el 12 de octubre, cuando pudo reanudar su publicación.

La redacción se dispersó, debido a que la mayoría de los redactores tuvieron que pasar la frontera para no ser encarcelados. Dronke y Engels fueron a refugiarse a Bélgica, y Guillermo Wolff al Palatinado, para reintegrarse a Colonia, unos tras otros, al cabo de algún tiempo; en los primeros días de enero de 1849, Engels se encontraba todavía en Berlín, adonde se trasladó, recorriendo a pie la mayor parte de Francia. Pero lo peor era que los recursos financieros del periódico no podían ser más escasos. Sus accionistas habían desertado poco a poco, y solo había podido ir saliendo del atasco con los productos de la venta, que

iba en aumento; después de este golpe, logró salir a flote gracias a que Marx se quedó con él "como propiedad personal suya", es decir, gracias a que sacrificó por él los escasos recursos que había heredado de su padre y los recursos que pudo conseguir liquidando su herencia futura. No es que él dijese una palabra sobre esto, pero el hecho aparece atestiguado por las cartas de su mujer y por las declaraciones públicas de sus amigos, que cifran en unos 7.000 táleros la cantidad destinada por Marx, durante los años de la revolución, a las tareas de agitación y al periódico. Pero lo importante no es, naturalmente, la cuantía de la suma, sino el saber que se esforzó por defender la fortaleza hasta que se le agotaron las municiones.

Marx se vio acorralado también en otro aspecto de su vida. Después de estallar la revolución, el 30 de marzo, el Consejo federal había acordado conceder los derechos electorales activos y pasivos para la Asamblea nacional a todos los fugitivos alemanes que retornaran al país y manifestaran su voluntad de reintegrarse a la ciudadanía. Este acuerdo había sido expresamente reconocido por el Gobierno prusiano. Marx llenó las condiciones que se le exigían para asegurarse la ciudadanía federal, considerándose con sobrados títulos para que no se le denegara la naturalidad prusiana. En efecto, el municipio de Colonia se la concedió inmediatamente, tan pronto como la solicitó en abril de 1848, y el comisario de policía de la ciudad, a quien Marx le hizo saber que no podía trasladar a su familia de Tréveris a Colonia sin que se le diesen ciertas garantías, le aseguró que las autoridades del distrito tampoco pondrían obstáculos a su solicitud, ya que, según una antigua ley prusiana, era preciso que ellas confirmasen el acuerdo municipal. Entretanto, se reanudó la publicación de la *Nuera Gaceta del Rin*, y el 3 de agosto Marx recibió un oficio del comisario de policía en el que este le comunicaba que el Gobierno de S. M., consideradas las circunstancias del caso, había decidido no hacer "por ahora uso de su facultad de reconocer a un extranjero la condición de súbdito prusiano, debiendo, por tanto, considerársele o, mejor dicho, seguir considerándolo como extranjero". El Ministerio del Interior desechó un fuerte y argumentado escrito de protesta que el interesado interpuso contra esta resolución con fecha 22 de agosto.

A pesar de todo, por ser un esposo y un padre que se desvivía por los suyos, trasladó a su familia a Colonia, sin ningún tipo de "garantías". Poco a poco, la familia había aumentado: a la primera hija, a la que le pusieron el mismo nombre de la madre, Jenny, y que nació en mayo de 1844, siguió en septiembre de 1845 una segunda niña, Laura, y al cabo de un tiempo, que no debió ser mucho, a juzgar por ciertos indicios, un niño, Edgar, el único cuya fecha de nacimiento no ha sido posible

averiguar. Acompañaba a la familia, como servidora inseparable ya desde los días de París, la fiel Elena Demuth.

Marx no era de esos que brindan la mano fraternal a cada nuevo conocido que les saluda, pero sí de los hombres que saben ser leales y hacen honor a la amistad. En aquel mismo congreso en el que, por lo visto, repelió con su insoportable arrogancia a gente que hubiera querido ser su amiga, conquistó en Schily a un abogado de Tréveris, y en Imandt a un maestro de Krefeld, una amistad de por vida, y si es cierto que el severo hermetismo de su carácter asustaba a los falsos revolucionarios, como Schurz y Techow, no lo es menos que en aquellos mismos días de Colonia supo atraer hacia sí, con la fascinación irresistible de su espíritu y de su afecto, a dos revolucionarios tan auténticos como Lasalle y Freiligrath.

6. FREILIGRATH Y LASALLE

Fernando Freiligrath le llevaba a Marx ocho años. En su juventud, se había nutrido de las ideas piadosas y experimentó los golpes de la antigua *Gaceta del Rin*, cuando, al ser expulsado Herwegeth de Prusia, prorrumpió en una canción satírica sobre el fracasado viaje triunfal de este poeta. Pero rápidamente la reacción anterior a las jornadas de marzo le hizo cambiar de idea y, exiliado en Bruselas, se encontró alguna que otra vez, de pasada, pero muy afectuosamente, con Carlos Marx, un "muchacho inteligente, simpático, afable y llano". Y conste que el juicio de Freiligrath era de mucho peso en estas cuestiones; aunque libre de toda vanidad, o acaso por esto mismo, tenía una sensibilidad muy fina para reconocer cuanto oliese de lejos a orgullo o pretensión.

Entre estos dos hombres no empezó a reinar una amistad real hasta el verano y el otoño de 1848. Los unía el mutuo respeto ante la intrepidez y la firmeza con que ambos sabían mantener los principios revolucionarios comunes que profesaban en el movimiento de aquella región. "Es –escribía Marx con sincero respeto, en una carta a Weydemeyer, refiriéndose a Freiligrath– un revolucionario auténtico y un hombre honrado y noble al más alto grado, elogio que yo no concedería fácilmente a muchos"; al mismo tiempo, animaba a su corresponsal a que tirara un poco de las barbas al poeta, pues al mundillo de los poetas, le decía, no conviene entrar más que cuando se le quiere arrancar alguna canción. Y Marx, que no solía sacar el corazón a los labios, escribía, dirigiéndose al propio Freiligrath en un momento de tensión: "Te diré sin vueltas que no me determino ni me

resignaré a perder por un error sin importancia a uno de los pocos hombres a quienes he querido como amigo, en el sentido más preciso de esta palabra". Cuando vinieron los tiempos difíciles, Marx no contó con más amigos fieles que Engels y Freiligrath.

Era natural que esta amistad, tan auténtica y tan timple, irritara y pareciese una necesidad a los filisteos de todos los tiempos. Tanto como la imaginación febril del poeta le juega una pasada infame al político, seduciéndolo para entrar en compañía de unos cuantos caballeros dudosos, es el demagogo demoníaco el que envenena con su aliento al cantor inocente y lo hace enmudecer. No valdría la pena detenerse ni un minuto en estos reproches, si no se nos hubiera querido suministrar como antídoto a este absurdo la no menos absurda medicina de convertir a Freiligrath en un socialdemócrata moderno, desfigurando totalmente su imagen. Freiligrath no fue nunca un revolucionario por convicción científica, sino por intuición poética; veía en Marx al caudillo revolucionario y en la Liga Comunista la avanzada de la revolución, un caudillo y una avanzada sin igual en la época, pero las argumentaciones e ideas históricas del *Manifiesto Comunista* no le fueron nunca del todo accesibles, y su ardiente fantasía no era de las que se conquistan con esa baratija, tan mísera y generalmente tan pobre, de la agitación.

Fernando Lassalle, que se unió tan íntimamente a Marx por aquellos días, era otro tipo de hombre. Tenía siete años menos que Marx y ya se había hecho célebre por su estridente campaña a favor de la duquesa de Hatzfeldt, maltratada por su marido y traicionada por los de su casta; encarcelado en febrero del 48 por supuesta instigación al robo de un arca, fue absuelto el 11 de agosto por el tribunal del jurado de Colonia, después de una brillante defensa, pudiendo entregarse ya a la lucha revolucionaria; dada "su infinita simpatía por toda fuerza grande", era natural que Mane, jefe del movimiento, ganara su admiración desde el primer instante.

Lassalle había pasado por la escuela de Hegel y dominaba perfectamente los métodos del maestro, sin dudar de su infalibilidad, pero sin incurrir tampoco en el servilismo del discípulo; durante una visita a París, entró en contacto con el socialismo francés, y allí fue donde el ojo visionario de Heine le auguró un gran porvenir. Sin embargo, las grandes esperanzas despertadas por este joven se veían amortiguadas por los conflictos de carácter, que aún no había llegado a vencer, empeñado como estaba, en una fuerte batalla contra la herencia degradante de una raza oprimida; en su hogar paterno

imperaba todavía la atmósfera oprimente del judaísmo polaco. Y en su cruzada por la condesa de Hatzfeldt hasta espíritus libres se resistían a veces a reconocer la verdad de lo que afirmaba y podía, desde ese punto de vista, afirmar con todo el derecho: que en este caso, como en todos los demás, no hacía más que combatir las miserias sociales de una época agonizante. Hasta Freiligrath, que no sintió nunca muchas simpatías por él, hablaba despectivamente de los "líos de familia" en torno a los cuales giraba, según Lassalle, toda la historia universal.

El propio Marx habría de expresarse, siete años más tarde, en términos parecidos, afirmando que Lassalle creía haber vencido al mundo por el simple mérito de haber procedido sin miramientos ni escrúpulos en un conflicto privado, como si un hombre de verdadero valor pudiera sacrificar diez años de su vida en semejantes nimiedades. Unos veinte años después, Engels afirmaba que Marx habría abrigado desde el primer momento una fuerte antipatía contra Lassalle, y que la *Nueva Gaceta del Rin* había procurado mantenerse lo más alejada posible de los procesos lassalleanos sobre el caso Hatzfeldt, para que no pareciera asociado en modo alguno, en estos asuntos, su nombre al de Lassalle. Pero en esto la memoria no le era del todo fiel. La *Nueva Gaceta del Rin* publicó informes minuciosísimos acerca del proceso promovido por el supuesto robo del arca, hasta el 27 de septiembre, día en que este asunto fue retirado de circulación, y estos informes atestiguan que el proceso tuvo también su cara oscura. Por una carta del propio Marx a Freiligrath sabemos, asimismo, que aquel contribuyó también, en cuanto sus escasas posibilidades se lo permitían, a ayudar a la condesa de Hatzfeldt y a sacarla de sus apuros en los momentos más difíciles, y cuando él mismo se vio urgido, después de marcharse de Colonia, y estando como estaba en una ciudad en la que tenía no pocos amigos antiguos, distinguió a Freiligrath y a Lassalle como los más íntimos de todos.

Engels tiene razón, seguramente, cuando dice que Marx le tenía, para emplear la palabra corriente, antipatía, lo mismo que él mismo a Freiligrath; esa antipatía que está por encima, o por debajo, de todo fundamento racional. Pero hay sobrados testimonios de que no se dejó arrastrar desde el primer momento por esa antipatía, hasta el punto de desconocer el profundo sentido que, pese a todo, inspiraba la conducta de Lassalle en el asunto de la condesa, ni mucho menos negar el fogoso entusiasmo por la causa de la revolución, sus grandes cualidades para actuar en la lucha de clases del proletariado y, por fin, la apasionada amistad con que su juvenil aliado lo seguía.

Es necesario ponderar cuidadosamente las relaciones que mediaron entre estos dos hombres y ver cómo se desarrollaron desde un principio; pero no precisamente para gracia de Lassalle, cuyos títulos históricos hace ya mucho tiempo que están fuera de toda duda, sino para disipar las sombras que pudieran cernirse sobre Marx en este asunto, que es el problema psicológico más difícil que encierra su vida.

7. LAS JORNADAS DE OCTUBRE Y DE NOVIEMBRE

Al reanudarse el 12 de octubre la publicación de la *Nueva Gaceta del Rin*, anunciando como nuevo miembro de la redacción a Freiligrath, tuvo la suerte de poder saludar la presencia de una nueva revolución. El 6 de octubre, el proletariado de Viena le propinó un fuerte puñetazo a los pérfidos planes de la contrarrevolución habsburgiana, que, después de los triunfos de Radetzky en Italia, aspiraba a aplastar a la Hungría rebelde con ayuda de los pueblos eslavos, para volverse luego contra la insurrección alemana.

Marx pasó en Viena varios días, desde el 28 de agosto hasta el 17 de septiembre, con objeto de ilustrar acerca de la situación a las masas de aquella capital. A juzgar por las escasísimas noticias de prensa que poseemos, no lo consiguió; cosa muy explicable, ya que los obreros vieneses se encontraban por entonces en un grado bastante incipiente de desarrollo. Por eso era mucho más estimable el instinto verdaderamente revolucionario con el que se opusieron a la marcha de regimientos destacados para luchar contra Hungría. Con esto, atraían hacia sí los primeros golpes de la contrarrevolución, nobilísimo sacrificio del que no se sentía tan capaz, ni mucho menos, la nobleza húngara. Esta pretendía luchar por la independencia de su país, alegando sus fueros y privilegios, y el ejército húngaro solo se atrevió a hacer una salida mediocre y vacilante que, lejos de ayudar al arrojo heroico de los insurrectos vieneses, no hizo más que empeorar su situación.

No se comportó mejor tampoco la democracia alemana. No podía ocultársele la importancia que tenía para ella el triunfo de los sublevados de Viena. Si en la capital austríaca triunfaba la contrarrevolución, era evidente que esta aventuraría también el golpe decisivo en la capital de Prusia, donde estaba al acecho, esperando el momento propicio. Pero la democracia alemana perdía el tiempo, embriagada con lamentos sentimentales, con estériles simpatías, con quejas y gritos de angustia al impotente regente del Imperio. El congreso democrático, reunido en Berlín por segunda vez a fines de

octubre, aprobó una proclama redactada por Ruge, a favor de la sitiada Viena, sobre la cual dijo muy certeramente la *Nueva Gaceta del Rin* que suplía la falta de arrojo revolucionario con un patetismo hipócrita de predicador que encubría una total ausencia de ideas y de pasiones. Sus llamamientos apasionados, vertidos por Marx con rígida prosa y por Freiligrath con magníficos versos, apelando a la única ayuda que podía prestarse a los vieneses, someter a la contrarrevolución en la propia casa, se perdían en el vacío.

Con esto, la revolución vienesa quedaba ya condenada a muerte. Traicionados en su propio país por la burguesía y los campesinos, apoyados solo por los estudiantes y una parte de la clase media, los obreros vieneses resistían heroicamente. Pero la noche del 31 de octubre, las tropas sitiadoras invadían la ciudad, y el 19 de noviembre ya flotaba en lo alto de la torre de San Esteban una gigantesca bandera amarilla y negra.

A la emocionante tragedia de Viena siguió, pisándole los talones, la tragicomedia grotesca de Berlín. El ministro Pfuel le cedió el puesto al ministerio presidido por Brandemburg, que ordenó al Parlamento retirarse a la capital provincial de Brandemburgo, y Wrangel entró a Berlín a la cabeza de los regimientos de la Guardia. Dispuesto a imponer esta orden con la fuerza de las bayonetas, Brandemburg, un Hohenzoller espurio, se complacía en compararse a sí mismo con un elefante que venía a aplastar a la revolución; la *Nueva Gaceta del Rin* estaba más acertada cuando decía de él y su compinche Wrangel que eran "dos hombres sin cabeza, sin corazón, sin ideas, con bigotes nada más", pero, ya por este solo hecho, el polo opuesto más indicado para enfrentarse con aquella venerable Asamblea de acuerdistas.

En efecto, los hombres de los "bigotes nada más" bastaron para intimidarlos. Es cierto que la Asamblea se negó a abandonar la capital, su lugar de residencia según la Constitución, y que, sobrecogida por los golpes que se sucedían unos a otros, por la disolución de las milicias civiles y la declaración del estado de guerra, acabó por declarar a los ministros reos de alta traición, denunciándolos... al fiscal. Pero en cambio se negó a aceptar el requerimiento que le hacía el proletariado berlinés para que, con las armas en la mano, restaurase el derecho pisoteado, y se contentó con proclamar "la resistencia pasiva", es decir con tomar la noble resolución de desnudar la espalda para recibir los golpes del enemigo. Luego, toleró que las tropas de Wrangel la hicieran peregrinar de salón en salón, hasta que por último, en un momento de explosión de carácter, parándose frente a las bayonetas

que invadían la sala, le denegó al Gobierno el derecho de disponer de los fondos del Estado y a recaudar impuestos, mientras no la dejaran celebrar libremente sus reuniones en Berlín. Pero, apenas se había liberado, cuando su presidente von Unruh, temblando por su estimado cadáver, convocó con urgencia a la Mesa para certificar protocolarmente que el acuerdo de denegación de impuestos, que ya circulaba tranquilamente por todo el país, no era firme, por falta de no se sabe qué requisito formal.

Fue la *Nueva Gaceta del Rin* la encargada de salir, con una actitud históricamente digna, al cruce del golpe de mano del Gobierno. Para esta, había llegado el momento decisivo de enfrentar a la contrarrevolución con una nueva revolución, y no pasaba un día sin que animara a las masas a contestar a la violencia con violencia. Era preciso que la resistencia activa actuara como cimiento de la resistencia pasiva, si no quería verse reducida a los espasmos de la ternera conducida al matadero. El periódico desenmascaraba despiadadamente todas las sutilezas y argucias jurídicas de la teoría del pacto, que la cobardía de la clase burguesa no hacía más que encubrir. "La corona está en su derecho al proceder contra la Asamblea como monarquía absoluta. Pero la Asamblea falta a su deber no plantándose frente a la corona, a su vez, como parlamento absoluto... Es natural que la vieja burocracia no quiera rebajarse a ser sierva de una burguesía sobre la que hasta ahora ejerció poderes despóticos. Es lógico que el partido feudal no quiera sacrificar sus títulos y sus intereses en el altar de la burguesía. Y, finalmente, lo es también que la corona considere a los elementos de la vieja sociedad feudal, de la cual ella es remate y apogeo, como su solar natural propio, viendo en cambio en la burguesía un sueño extraño y artificial que solo la sostiene a costa de menoscabarla. La fascinante "gracia de Dios" se vuelve, en manos de la burguesía, un vulgar título de derecho, los derechos de la sangre en un simple papel, el sol real en una modesta lámpara casera. Es, entonces, lógico que la corona no se deje engañar con palabras por la burguesía, al grito de "Brandemburgo al Parlamento y el Parlamento a Brandemburgo, vuelve a echarla en manos del pueblo, en manos de la revolución". La *Nueva Gaceta del Rin* traducía muy acertadamente la consigna de la revolución: el Cuerpo de Guardia al Parlamento y el Parlamento al Cuerpo de Guardia. Confiaba en que el pueblo triunfaría bajo esta consigna, y ya leía en ella el epitafio de la dinastía de Brandemburg.

Cuando el Parlamento de Berlín acordó decretar la ilegalidad de los impuestos, el comité central democrático, en una proclama firmada por

Marx, Schapper y Schneider, y fechada en 18 de noviembre, invitó a las organizaciones democráticas de la provincia del Rin a adherir a las siguientes medidas: negarse en todas partes a pagar los impuestos, oponiendo todo tipo de resistencia si trataran de cobrarse por la fuerza; organizar en todas partes la reserva para rechazar los ataques del enemigo; entregar armas y municiones a los carentes de recursos, a costa del municipio o por medio de aportes voluntarios; en caso de que las autoridades se negaran a reconocer y ejecutar los acuerdos del Parlamento, se instituirían comités de seguridad, a actuar de acuerdo con los municipios; los municipios que traten de resistir a la Asamblea legislativa se renovarán por medio de elecciones. Como se ve, el comité central democrático se lanzaba a hacer lo que el Parlamento de Berlín habría hecho, si el acuerdo de denegación de impuestos no hubiera sido una farsa. Aquellos héroes parlamentarios empezaron a temblar ante su propia valentía y corrieron a sus distritos a obstruir desde allí la ejecución de los acuerdos; luego, fueron a reunirse con la cabeza gacha a Brandemburgo, a continuar sus sesiones. Ya completamente desprestigiada la Asamblea, con todas estas claudicaciones, el Gobierno pudo disolverla tranquilamente, el día 5 de diciembre, confiriendo al país una nueva Constitución y una nueva ley electoral.

Con esto, quedaba inmovilizado también el comité central renano, en una provincia como aquella, abarrotada de armas. El 22 de noviembre, Lassalle, que había recibido con entusiasmo la proclama, fue detenido en Düsseldorf; en Polonia, el fiscal procedió contra los firmantes del manifiesto, pero sin atreverse a apresarlos. El 8 de febrero comparecían ante el tribunal del jurado de Colonia, acusados de incitación a la resistencia armada contra el Ejército y los funcionarios públicos.

En un discurso tajante, Marx repudió la argumentación del Ministerio Fiscal, demostrando que no era posible fundamentar en las mismas leyes infringidas por el Gobierno con su golpe de Estado acusación alguna contra la Asamblea, ni mucho menos contra los procesados. El vencedor en una revolución, añadía, puede colgar a sus adversarios, pero no condenarlos; quitarlos del medio como a enemigos vencidos, pero no juzgarlos como delincuentes. Era una cobarde hipocresía y una ficción de legalidad querer, una vez triunfante la revolución o la contrarrevolución, aplicar las leyes quebradas contra los defensores de esas mismas leyes. Y afirmaba que decidir cuál de los dos poderes, la corona o la Asamblea, había tenido razón, era, en tanto disputa histórica, competencia de la historia y no de un tribunal cualquiera.

Pero Marx iba más allá, y se negaba en absoluto a reconocer las leyes del 6 y el 8 de abril. Sostenía que eran producto de la arbitrariedad de la Dieta unitaria, hechas para ahorrarle a la corona la concesión de la derrota que le fuera infligida en las jornadas de marzo. Que no podía juzgarse de acuerdo a las leyes de una corporación feudal a un Parlamento que representaba a la sociedad burguesa moderna. Que era una ilusión jurídica creer que la sociedad descansaba en la ley, y no esta en la sociedad. "Este Código de Napoleón que tengo en la mano no ha creado la moderna sociedad burguesa. Es, por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo XVIII y desarrollada en el XIX la que encuentra en este código su simple expresión legal. En cuanto deje de ajustarse a las realidades sociales, dejará de ser un código para convertirse en un pedazo de papel. Será inútil que pretendan ustedes tomar las leyes viejas por fundamento de la nueva sociedad, como lo sería pensar que aquellas leyes crearon las condiciones viejas de las que surgieron". El Parlamento de Berlín, proseguía Marx, no supo comprender su misión histórica, tal como la revolución de marzo se la dictaba. El reproche que le dirige el Ministerio Fiscal de no haber respetado las mediaciones, es tan injusto que precisamente todas las desdichas y los desafueros radican en eso, en haber dejado de ser una convención revolucionaria para rebajarse a desempeñar el papel de una equívoca sociedad de mediadores y acuerdistas. "No estábamos ante ningún conflicto político de dos fracciones encontradas sobre el solar de una sociedad, sino ante el conflicto de dos sociedades, ante un conflicto social que revestía formas políticas; era la lucha entre la vieja sociedad burocrático-feudal y la moderna sociedad burguesa, la lucha entre la sociedad de la libre competencia y la sociedad de los gremios, la sociedad de la fe y la sociedad de la ciencia". Entre estas dos sociedades no podía haber paz ni acuerdo, sino una guerra de vida o muerte. Y la negativa a cotizar los impuestos no amenazaba, como el fiscal había sostenido graciosamente, las bases de la sociedad, sino que era un medio de legítima defensa de la sociedad contra el Gobierno, en quien aquella veía sus fundamentos amenazados. El Parlamento no había procedido legalmente al denegar el pago de impuestos; la ilegalidad, de haberla, estaba en la proclamación de la resistencia pasiva. "Declarada fuera de la ley la percepción de impuestos, ¿no es natural y obligatorio que se rechace por la fuerza del ejercicio forzado de la ilegalidad? Si los señores diputados, autores del acuerdo, rehuyeron la senda revolucionaria para no jugarse sus cabezas, el pueblo, puesto a ejercitar aquel derecho de negación de contribuciones, no tenía más remedio que situarse en el terreno revolucionario. La Asamblea no

poseía ningún derecho propio, sino los que el pueblo le había transferido para que los ejerciera y afirmase. Y un mandato, cuando no se cumple, queda cancelado. El pueblo, entonces, sale a la escena en persona, y obra por su cuenta, con plenitud de derechos. Cuando los reyes organizan una contrarrevolución, los pueblos, legítimamente, contestan con la revolución". Marx concluye diciendo que solo finaliza el primer acto del drama, cuyo resultado no puede ser más que uno: o el triunfo completo de la contrarrevolución, o una nueva revolución triunfante. Aunque acaso la revolución no pueda triunfar sino después de consumada la contrarrevolución.

Después de este discurso, hinchado de orgullo revolucionario, el jurado absolvió a los acusados, y su presidente se acercó al orador para darle las gracias por su lección magistral.

8. UN GOLPE POR LA ESPALDA

Con el triunfo de la contrarrevolución en Viena y Berlín, quedaba decidida la suerte de Alemania. La única conquista revolucionaria que perduraba era la Asamblea de Frankfurt, desprestigiada políticamente desde hacía mucho tiempo y entretenida en debates interminables en torno a una Constitución fantasmagórica, acerca de la cual solo cabía una duda: la de si moriría en la punta del sable austríaco o del prusiano.

La *Nueva Gaceta del Rin*, después de trazar, una vez más, en una serie de brillantes artículos, la historia de la revolución y la contrarrevolución en Prusia, dirigía la mirada anhelante para el nuevo año de 1849 al alzamiento de la clase obrera inglesa, de la que esperaba una guerra mundial. "Este país que convierte en proletarios suyos a naciones enteras, que abraza el mundo con sus ejércitos gigantescos, que ya una vez pagó de su bolsillo los gastos de la restauración europea, el país en cuyo seno más se han agudizado los antagonismos de clase, en que estos antagonismos revisten la forma más acusada y escandalosa del mundo: Inglaterra parece la roca contra la que se estrellan los embates revolucionarios, en cuya matriz palpita ya la sociedad nueva. Inglaterra domina el mercado mundial. Una conmoción que solo subvierta las condiciones económicas de un país del continente europeo, y aun el continente entero, sin comunicárselo a Inglaterra, es una tormenta en un vaso de agua. Las condiciones industriales y comerciales que rigen dentro de las fronteras de una nación, se encuentran determinadas por sus relaciones con otros países, por su conexión con el mercado mundial. Ahora bien: el mercado mundial se halla bajo la hegemonía de

Inglaterra, y en Inglaterra gobierna la burguesía". Cualquier conmoción social desencadenada dentro de Francia chocará, entonces, contra la hegemonía industrial y comercial de Gran Bretaña en el mundo. Es una vana ilusión pensar que ninguna reforma social relativa pueda implantarse en Francia ni aun en el continente europeo con carácter definitivo. Por su parte, la vieja Inglaterra solo puede derrocarse por medio de una guerra mundial que brinde al partido cartista, al partido obrero organizado de Inglaterra, las condiciones necesarias para levantarse triunfalmente en armas contra sus gigantescos opresores. Solo un movimiento que coloque a los cartistas al frente del gobierno inglés hará salir a la revolución social del reino de la utopía para traerla al terreno de la realidad.

Estas esperanzas quedaron fallidas al frustrarse la condición previa que las determinaba; postrada y maltrecha desde las jornadas de junio, la clase obrera de Francia no podía pensar en alzarse de nuevo. Después de la cruzada emprendida por la contrarrevolución europea, empezando por París y pasando por Frankfurt, Viena y Berlín, para cerrarse provisionalmente en las elecciones del 10 de diciembre con la exaltación del falso Bonaparte a la presidencia de la República francesa, la revolución se refugiaba en Hungría, encontrando en Engels, reintegrado por aquellos días a Polonia, al más elocuente y experto abogado. Fuera de esto, la *Nueva Gaceta del Rin* tuvo que limitarse a hostilizar con su tiroteo la contrarrevolución que se desencadenaba, y en esta guerra de guerrillas desplegó la misma intrepidez y la misma tenacidad que en las grandes batallas campales del año anterior. El Ministerio Fiscal del Reich premió su celo con un manojo de procesos, en los que se la calificaba como el peor de los periódicos de la peor prensa; la redacción agradeció el elogio saludando satíricamente al Gobierno del Reich como el más cómico de todos los gobiernos cómicos del mundo. Y como los junkers del poder central se complacían en ostentar, después del golpe de Estado de Berlín, su jactancioso "prusianismo", el periódico les dedicó esta certera sátira: "Nosotros, los habitantes del Rin, hemos tenido la suerte de ganar, en aquella gran partida de ajedrez de Viena, un Gran Duque del Bajo Rin, que no ha cumplido las condiciones bajo las cuales se le asignó su 'Gran Ducado'. Para nosotros, solo puede haber un rey de Prusia a través de la Asamblea de Berlín, y como para nuestro 'Gran Duque del Bajo Rin' no existe tal Asamblea, es evidente que el rey de Prusia no existe para nosotros. Hemos venido a ser súbditos del 'Gran Duque del Bajo Rin' por obra y gracia de una partida de ajedrez, en la que las piezas eran pueblos. Llegará un día en el que la venta de pueblos como esclavos no nos parezca tan natural, y entonces preguntaremos a

este Gran Duque por sus títulos posesorios". Así hablaba este periódico, en medio de las más desenfrenadas orgías de la contrarrevolución.

Uno extraña algo, sin embargo, en las columnas de la *Nueva Gaceta del Rin*, que confiaba encontrar muy en primer plano: noticias detalladas acerca del movimiento obrero de Alemania en aquella época. Este movimiento, que llegaba hasta los campos orientales del Elba, no era tan insignificante; tenía sus congresos, sus organizaciones, sus periódicos. Y su cabeza más capaz, Esteban Born, mantenía relaciones de amistad con Engels y con Marx desde los tiempos de Bruselas y de París; desde Berlín y Leipzig seguía colaborando en el periódico. Born comprendía perfectamente el *Manifiesto Comunista*, aunque no le fuera fácil infundir de un modo completo sus doctrinas en la conciencia de clase del proletariado, todavía demasiado incipiente en la inmensa mayoría de los obreros de Alemania. Pasaron algunos años antes de que Engels condenara con injusta dureza la propaganda desarrollada en aquellos tiempos por Born. Es perfectamente verosímil lo que Born cuenta en sus memorias, de las que Marx y Engels no llegaron a pronunciar nunca, durante los años de la revolución, una sola palabra de descontento acerca de su labor, lo cual no quiere decir tampoco que estuviesen identificados con ella en todas sus partes.

De todos modos, lo cierto es que, en la primavera de 1840, Marx y Engels empezaron a establecer contacto con el movimiento obrero producido al margen de sus influencias.

La poca atención que la *Nueva Gaceta del Rin* prestara en un principio a este movimiento, se explicaba, en parte al menos, por la existencia de un órgano especial de la Asociación Obrera de Colonia, que aparecía dos veces por semana, dirigido por Moll y Schapper, y sobre todo por el hecho de que aquella se había fundado como "órgano de la democracia", es decir, para la defensa de los intereses comunes de la burguesía y del proletariado, frente al absolutismo y el feudalismo imperantes. Y era, evidentemente, lo que urgía, porque ante todo había que preparar el terreno en el que el proletariado pudiera plantear su lucha contra el régimen burgués. Pero los elementos burgueses de esta democracia iban debilitándose cada vez más; cada nuevo intento, por poco serio que fuera, caía a pique. En el Comité Central de cinco miembros, elegido por el primer congreso democrático en junio de 1848, figuraban hombres como Meyen y Krieger, de vuelta ya de América, bajo cuya jefatura la organización iba degenerando rápidamente, degeneración que se reveló en proporciones aterradoras en el segundo congreso, celebrado en Berlín en vísperas del golpe de Estado. El nombramiento en este congreso de un nuevo Comité Central, en el que

figuraba d'Ester, amigo personal y político de Marx, no era, por el momento, más que una letra librada sobre el porvenir. En la crisis de noviembre se había visto ya cómo flaqueaba la izquierda parlamentaria de la Asamblea de Berlín, mientras que la de Frankfurt se iba hundiendo más y más en un pantano de intercambios lamentables.

Así las cosas, sobrevino el 15 de abril, en el que Marx, Guillermo Wolff, Schapper y Hermann Becker declararon que se separaban del Comité Democrático de Colonia. Su decisión se fundaba en los siguientes términos: "Entendemos que la actual organización de las ligas democráticas encierra elementos demasiado dispares para que pueda desarrollar una actividad útil al servicio de la causa. Somos de la opinión de que debe darse preferencia a un organismo en el que se unan estrechamente las apelaciones obreras, integradas por elementos homogéneos". A la par que esto sucedía, la Asociación Obrera de Colonia se apartaba de la Agrupación de Ligas Democráticas renanas y convocaba a un congreso provincial para el 16 de mayo a todas las sociedades obreras y de otra índole que comulgaran con los principios de la democracia social. Este congreso se pronunciaría acerca de una organización de las sociedades obreras del Rin y de Westfalia y de la necesidad o conveniencia de acudir al congreso de todas las sociedades obreras alemanas, convocado en Leipzig para el mes de junio por la Confraternidad Obrera de aquella capital, organización que encabezaba Born.

A estas declaraciones se había adelantado la *Nueva Gaceta del Rin*, que ya el 20 de marzo comenzó a publicar aquellos fogosos artículos de Guillermo Wolff sobre los mil millones de Silesia, que tanto sacudieron al proletariado campesino, y a reproducir, desde el 5 de abril, las conferencias pronunciadas por Marx en la Asociación Obrera de Bruselas, sobre el capital y el trabajo asalariado. Después de demostrar sobre las gigantescas acciones de masas del año 1848 que todo alzamiento revolucionario, por remota que pareciera su afinidad con la lucha de clases, solo podía triunfar con el triunfo de la clase obrera revolucionaria, el periódico emprendía ahora el análisis profundo y detallado de las condiciones económicas sobre las que descansaba la existencia de la burguesía y la esclavitud de la clase trabajadora.

Sin embargo, estos promisorios trabajos se interrumpieron debido a las luchas libradas en torno a la Constitución fraguada sobre el papel por la Asamblea nacional de Frankfurt, después de tan largos debates. De por sí, no merecía que nadie derramara por ella una gota de sangre; la corona imperial hereditaria que quería ponérsele a toda costa al rey

de Prusia no se diferenciaba demasiado de un sombrero de bufón. El rey no la aceptaba, pero tampoco la rechazaba; prefería negociar con los príncipes alemanes para la constitución del imperio, alentado por la secreta esperanza de que accederían a la hegemonía prusiana si lograba derribar con la espada de Prusia lo que todavía quedaba de fervor revolucionario en los pequeños estados alemanes.

Este despojo del cadáver de la revolución volvió a avivar por un instante la llama rebelde. Provocó una serie de revueltas a las que la Constitución daba nombre, ya que no contenido. Esta Constitución encarnaba, a pesar de todo, la soberanía de la Nación, que era la que se quería estrangular en ella, para erigir de nuevo la soberanía de los príncipes. En el reino de Sajonia, en el Gran Ducado de Badén y en el Palatinado de Baviera se luchaba con las armas en la mano por aquella Constitución, y en todas partes el rey de Prusia hacía de verdugo, para luego verse defraudado, a la hora de recibir la paga, por los soberanos que salvara. También en la provincia del Rin estallaron algunos brotes de insurrección, pero fueron ahogados en su germen por la superioridad arrolladora de las masas de soldados con las que el Gobierno había inundado la temida provincia.

Por fin, el Gobierno se sentía con valor para asestarle a la *Nueva Gaceta del Rin* el golpe de muerte. A medida que se multiplicaban en el país los indicios de un nuevo alzamiento contra el régimen, las llamas de pasión revolucionaria iban ocupando, cada vez más altas, sus columnas: los números extraordinarios de abril y mayo fueron otras tantas proclamas dirigidas al pueblo para que se preparara a realizar el asalto: fue por entonces cuando la *Nueva Gaceta* mereció de la *Kreuzzeitung* el elogio, que la honraba, de haber llegado a un punto culminante de insolencia que no había alcanzado siquiera el *Moniteur* de 1793. Ya hacía mucho tiempo que el Gobierno estaba anhelando clavarle la estaca, pero le faltaba valor para hacerlo. Los dos procesos entablados contra Marx solo habían servido, ante el ambiente que reinaba entre los jurados del Rin, para facilitarle nuevos triunfos. El asustadizo gobernador de la plaza no se atrevió a recoger la sugerencia que le hacían desde Berlín para que volviese a declarar el estado de guerra en Colonia. Se conformó con invitar a la dirección de policía a que expulsara a Marx por ser un “hombre peligroso”.

La dirección de policía se fue con su desconsuelo a las autoridades gubernamentales de Colonia, quienes, a su vez, acudieron a desahogarse al regazo de Manteuffel, como jefe suyo que era, en sus funciones de ministro del Interior. El 10 de marzo le notificaron que Marx seguía viviendo en Colonia sin permiso de residencia, y que el

periódico que dirigía no cesaba en sus campañas subversivas, encaminadas a derribar el orden existente y a implantar la república social, haciendo burla y escarnio de todo aquello que el hombre tenía por santo y digno de respeto; añadiendo que la insolencia y el buen humor con el que estaba escrito hacían que conquistara constantemente nuevos lectores. El comunicado daba cuenta de que la dirección de policía tenía reparos en expulsar a Marx, como el gobernador de la plaza se lo pedía, y que el Gobierno no podía menos que hacer suyos esos reparos, pues una expulsión como aquella, "sin ningún motivo externo concreto", "basada solo en las tendencias y campañas peligrosas del periódico", provocaría seguramente manifestaciones de protesta del Partido Democrático.

Habiendo leído este informe, Manteuffel acudió a Eichmann, presidente de la provincia del Rin, para pedirle su opinión. Eichmann contestó, el 29 de marzo, que la expulsión, aunque legalmente válida, no era conveniente en tanto que Marx no incurriese en nuevas infracciones. El 7 de abril, Manteuffel decidió no oponer reparos a la expulsión, pero dejando la elección del momento oportuno al arbitrio del Gobierno, con la advertencia de que mejor sería que la expulsión se decretara a raíz de una infracción cualquiera. Por fin, se llevó a cabo el 11 de mayo, pero sin fundarla en infracción alguna, sino en las tendencias peligrosas del periódico. Dicho en otros términos: el 11 de mayo el Gobierno se sintió ya lo suficientemente fuerte como para dar aquel golpe por la espalda, al que no se había atrevido, por temor, ni el 29 de marzo ni el 7 de abril.

El profesor prusiano que, no hace mucho, restableció sobre los documentos de los archivos este proceso histórico de la expulsión de Marx, no hizo más que confirmar documentalmente lo que la mirada profética del poeta ya le había sugerido a Freiligrath, a raíz de decretarse la expulsión, en aquel verso en el que habla de la "vileza reptante de los sucios calmucos de Occidente".

9. OTRA MANIOBRA COBARDE

Marx se encontraba fuera cuando se dictó la orden de expulsión. Aunque el periódico mantenía su auge y contaba ya con unos seis mil suscriptores, no había vencido, ni mucho menos, sus dificultades financieras: con los suscriptores aumentaban los desembolsos, que se hacían al contado, mientras que los ingresos solo se cotizaban periódicamente. Marx se contactó en Hamm con Rempel, uno de los dos

capitalistas que en 1846 se habían mostrado interesados en fundar una editorial comunista, pero el buen hombre seguía con los bolsillos abrochados, y se contentó con remitirlo a un ex teniente llamado Henze, que, en efecto, le adelantó al periódico 300 táleros, de cuya deuda se hizo cargo personalmente Marx. Henze, que más tarde resultó ser un espía, se vino con Marx a Colonia, huyendo de la policía que lo acosaba. En Colonia, Marx se encontró con la indecencia del Gobierno.

Con aquello, quedaba echada la suerte del periódico. Otros dos redactores pudieron ser expulsados igualmente por "extranjeros"; los demás estaban procesados. El 19 de mayo vio la luz el último número rojo, con los famosos versos de despedida de Freiligrath y unas palabras en las que Marx, desafiantemente, descargaba una lluvia de latigazos sobre las espaldas del Gobierno. "¿A qué esas estúpidas mentiras, a qué esas frases oficiales? Nosotros, que carecemos de miramientos, no vamos a exigirlos de ustedes. Cuando nos llegue el turno, no nos molestaremos en disimular ni disfrazar nuestro terrorismo. No seremos como los terroristas realistas, como los terroristas por la gracia de Dios y de la ley, brutales, despreciables y viles en la práctica, cobardes, huidizos y llenos de hipocresía en la teoría, y en ambos terrenos carentes de honor". El periódico advertía a los obreros de Colonia contra todo intento que, dada la situación militar de la ciudad, los perdería irremediablemente. La redacción les daba las gracias por su acogida, y terminaba diciendo que "su supremo lema sería siempre y en todas partes el mismo: la emancipación de la clase obrera".

Después de esto, a Marx solo le quedaba cumplir con los deberes que le incumbían como capitán del buque náufrago. Los 300 táleros que le prestó Henze, los 1.500 táleros de suscripciones que recibió por giro postal, las prensas, de su propiedad, todo, se puso a disposición para saldar las deudas contraídas por el periódico con los cajistas, los impresores, los vendedores de papel, los corresponsales, el personal administrativo y de redacción, etcétera, quedándose él únicamente con los objetos de plata de su mujer. Estos fueron a parar a la casa de empeños de Frankfurt, y las 200 guldas, poco más o poco menos, que por ellos obtuvo, eran todo el patrimonio con el que contaba la familia al salir de nuevo hacia el destierro.

Desde Frankfurt, Marx se dirigió con Engels al teatro de la insurrección triunfante en Baden y en el Palatinado. Desde Karlsruhe se trasladaron a Kaiserslautern, donde se entrevistaron con d'Ester, alma del Gobierno provisional. D'Ester comisionó a Marx por el Comité Central Democrático para que en París representara al Partido Revolucionario Alemán, cerca de la oposición que en la Asamblea nacional ocupaba la socialdemocracia de

entonces, en la que se preparaba una gran ofensiva contra los partidos del orden y su representante, el falso Bonaparte. De regreso, detenidos por las tropas adictas al Gobierno, por sospecharse su participación en el movimiento rebelde, fueron transportados a Darmstadt y de aquí a Frankfurt, donde los pusieron en libertad. Marx salió para París, mientras Engels retornaba a Kaiserslautern, para incorporarse como ayudante al cuerpo de voluntarios formado por el ex teniente prusiano Willich.

El 7 de junio Marx escribió desde París, informando de que allí imperaba una reacción realista más pavorosa que la de los tiempos de Guizot, pero que tampoco había sido nunca tan inminente la erupción arrolladora del volcán revolucionario. Sin embargo, estas esperanzas resultaron fallidas; la ofensiva preparada por la oposición fracasó, y de un modo bastante lamentable, por cierto. Un mes más tarde, habría de centrarse en su persona la venganza del vencedor; el 19 de julio, el prefecto de policía le transmitió una orden del ministro del Interior, intimándolo a fijar su residencia en el departamento de Morbihan. Era una maniobra cobarde, "la infamia de las infamias", como Freiligrath le escribiera a Marx al conocer la noticia. "Daniels me dice que Morbihan es la zona más insalubre de toda Francia, pantanosa y febril: son los pantanos pontínicos de la Bretaña". Marx no se sometió a esta "tentativa velada de asesinato". Por lo tanto, procuró dilatar la ejecución de la orden, apelando ante el ministerio del Interior.

Estaba en una situación urgida, consumidos ya sus magros ahorros, y acudió a Freiligrath y a Lassalle para que buscaran el modo de ayudarlo. Los dos hicieron cuanto pudieron, pero el primero se lamentó cerca de Marx por la indiscreción con la que el segundo trataba el asunto, haciendo de él tema de comentarios y charlas. A Marx le dolió mucho esto; el 30 de junio decía, contestando a la carta de Freiligrath: "Prefiero cien mil veces pasar apuros antes que aparecer mendigando públicamente. Ya le he escrito diciéndole lo que viene al caso. Estoy verdaderamente indignado". Lassalle supo disipar aquellas tinieblas, escribiéndole una carta que rebosaba de buena voluntad, aunque las seguridades que ofrecía de haber llevado el asunto "con extrema delicadeza", dejaran cierto margen de dudas.

El 23 de agosto Marx le notificaba a Engels que salía de Francia, y el 5 de septiembre le escribía a Freiligrath que su mujer iría a reunirse con él el día 15, aunque no sabía de dónde iba a sacar el dinero necesario para hacer el viaje e instalarse en su nueva residencia. Emprendía el camino hacia su tercer destierro, acompañado por la negra penuria, esta compañía fiel, demasiado fiel, que pocas veces ya habría de abandonarle.

CAPÍTULO VII
DESTERRADO EN LONDRES

1. *NUEVA GACETA DEL RIN*

En la última carta que Marx le escribió a Engels desde París le comunicaba que tenía muchas probabilidades de fundar en Londres un periódico alemán, habiendo asegurado ya parte de los fondos necesarios. Y le rogaba que saliera de Suiza, donde Engels se había refugiado después de fracasar el movimiento de Baden y el Palatinado, y se trasladara inmediatamente a Londres. Engels se puso enseguida en camino, emprendiendo el viaje desde Génova en un barco velero.

No ha podido saberse de dónde procedían los fondos con los que contaban para el proyecto, pero seguramente no eran muy abundantes; además, los fundadores calculaban que la revista no necesitaría durar mucho tiempo. Marx confiaba en que el mundo ardería en el lapso de tres o cuatro meses. El documento invitando a comprar acciones para la "*Nueva gaceta del Rin*, revista económico-política dirigida por Carlos Marx", aparece fechado en Londres el 1 de enero de 1850 y firmado por Konrad Schramm, como gerente de la empresa. En él se dice que la redacción de la nueva revista, después de haber participado en el sur de Alemania y en París en los movimientos revolucionarios del último verano, volvía a congregarse en Londres, acordando continuar desde allí la publicación del periódico; que este solo podría aparecer por el momento en forma de revista y en cuadernos mensuales de unos cinco pliegos de extensión, pero que tan pronto como sus posibilidades financieras se lo permitieran, saldría quincenalmente con el mismo formato y volumen, y de ser posible semanalmente, en forma de periódico, ajustándose al modelo de los grandes semanarios estadounidenses e ingleses, para luego, una vez que las circunstancias consintieran el regreso a Alemania, convertirse inmediatamente en un diario. La hoja terminaba invitando a comprar una o varias acciones de 50 francos cada una.

No debieron colocarse muchas acciones. La revista se imprimía en Hamburgo, donde una casa librera se encargó de editarla a comisión, quedándose con el 50 por ciento de los 25 silbergrosen a los que ascendía el precio de venta trimestral. No pareciera que el librero aportara un gran trabajo –algo totalmente comprensible, en realidad,

ya que la guarnición prusiana destacada en Hamburgo estaba muy cerca–, ni que su trabajo generara muchos frutos. Lassalle no llegó a reunir en Dusseldorf ni 50 suscriptores, y Weydemeyer, que pidió que le enviaran 100 ejemplares para colocarlos en Frankfurt, solo consiguió reunir, al cabo de medio año, 51 guldas; "por mucho que apremio a la gente, nadie se apresura a pagar". Con amargura muy explicable, la mujer de Marx escribía que el negocio había dado completamente en quiebra por la mala administración, sin que se supiera qué le había hecho más daño, si la remolonería del librero, de los gestores y de los amigos de Colonia, o el comportamiento de la democracia.

Tampoco dejó de tener algo de culpa en el fracaso la falta de preparación de la empresa en referencia a la redacción, confiada casi exclusivamente a Marx y a Engels. El original para el número de enero no llegó a la imprenta hasta el 6 de febrero. La posteridad tiene razones sobradas para agradecer que el proyecto, bien o mal, se realizara; unos meses más que se hubiese demorado y se habría visto frustrado sin remedio por el rápido descenso de las aguas revolucionarias. En los seis números de la revista que llegaron a publicarse se encuentran preciosos testimonios de "aquella magnífica energía, de aquella serena, clara y apacible conciencia propia que conformaba todo su ser" y con las que Marx, según palabras de su mujer, sabía alzarse sobre los mezquinos cuidados de la vida que lo asaltaban "de un modo indignante" todos los días y a toda hora.

Marx, y lo mismo Engels –este más todavía–, vieron siempre, sobre todo en su juventud, el futuro mucho más cercano de lo que estaba en realidad, ¡y cuántas veces creyeron tocar ya los frutos sembrados, cuando apenas comenzaba a abrirse la flor! Esto les valió no pocas veces el reproche de falsos profetas, que no es precisamente el mayor elogio que se le pueda hacer a un político. Conviene, sin embargo, no confundir las falsas profecías que surgen de la intrépida seguridad de una mente clara y aguda, y las que nacen de un vano espejismo de deseos acariciados. En el segundo caso, la decepción es agotadora, al eliminar sin dejar indicio un fuego de artificio; pero en el primero el desengaño fortalece, pues el espíritu razonador, incentivado por él, se presta a indagar las causas de su error y saca de ese análisis nuevos conocimientos.

Acaso no haya existido jamás un político que llegara en esta autocrítica a extremos de una veracidad tan inexorable como Marx y Engels. Nada más lejos de ellos que esa mísera menudencia que, colocada ante el más craso desengaño, todavía pelea por engañarse,

haciéndose creer que no se habría equivocado si tal o cual cosa no hubiera pasado como en realidad sucedió. Pero nada más lejos de ellos, tampoco, que esa barata sabiduría que adopta ante todo una posición de estéril pesimismo. No; ellos aprendían de las derrotas y sacaban de los reveses fuerzas redobladas para preparar la victoria final.

Con el fracaso del 13 de junio en París, el fiasco de la campaña constitucional en Alemania y la represión del movimiento revolucionario húngaro por el zar, quedaba cerrado un gran capítulo de la revolución. Únicamente en Francia, donde a pesar de todo aún no estaban echadas las últimas cartas, podía volver a prenderse su llama. Marx se aferraba a esta esperanza, pero esto no le impedía, más bien lo contrario, someter a una crítica despiadada, desnuda de ilusiones y optimismos, el curso anterior de la Revolución Francesa. Y allí donde los políticos ideológicos veían una maraña más o menos inextricable de luchas, para él, que se veía tocado en sus resortes vitales, en los antagonismos sucesivos no había caos ni confusión.

En este estudio, publicado en los tres primeros números de la revista, los problemas más complicados del día aparecían desentrañados frecuentemente con dos o tres frases epigramáticas. ¡Cuánto no habían hablado y discutido las mentes más ilustres de la burguesía y aun del socialismo doctrinario, en la Asamblea nacional de París, acerca del derecho al trabajo! Pues bien, a Marx le bastaban unas cuantas líneas para plasmar íntegramente la razón y la sinrazón histórica de este tópico: "En el primer proyecto constitucional, redactado antes de las jornadas de junio, figuraba todavía el derecho al trabajo, como la primera forma desmañada en la que se condensaban las reivindicaciones revolucionarias del proletariado. Este derecho se veía transmutado en el derecho a la asistencia pública, ¿y qué Estado moderno no sostiene, bajo una u otra forma, a sus pobres? El derecho al trabajo, entendido en un sentido burgués, es un contrasentido, un deseo piadoso bastante mísero, pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sometimiento a la clase obrera asociada, que vale tanto como decir la abolición del trabajo asalariado, del capital y de su régimen de reciprocidad". En la historia de Francia fue donde Marx descubrió por primera vez la lucha de clases como el motor del proceso histórico, viéndola destacarse allí con contornos perfectamente claros y clásicos desde los días de la Edad Media; nada tiene de extraño, entonces, que sintiera por la historia francesa una especial preferencia. Este estudio y los que habrían de seguirle sobre el golpe de Estado bonapartista y

sobre la Comuna de París, son las gemas de mayor valor que guarda el tesoro de sus obras históricas breves.

Los tres primeros números de la revista nos brindan, en el estudio que hace Engels de la campaña constitucional alemana, la estampa de una revolución pequeñoburguesa. Los resúmenes mensuales, en los que se analizaba principalmente la marcha económica de la política, eran obra de ambos. En el número de febrero apuntaban ya al descubrimiento de las minas de oro de California, como a un hecho que "tenía bastante más importancia que la revolución de febrero" y alumbraría resultados más significativos, todavía, que el descubrimiento de América. "Una costa de treinta grados de latitud de larga, una de las más hermosas y fértiles del mundo, hasta hoy poco menos que deshabitada, se convertirá ante nuestros ojos en un país rico y civilizado, densamente poblado por hombres de todas las razas, desde el yanqui hasta el chino, desde el negro hasta el indio y al malayo, desde el criollo y el mestizo hasta el europeo. El oro californiano se desparrama a en abundancia por toda América y por las costas asiáticas del Océano Pacífico, empujando a los pueblos bárbaros y ariscos a la corriente del comercio mundial, a la civilización. Por segunda vez se le va a imprimir al comercio mundial una nueva dirección... Gracias al oro californiano y a la incansable energía del yanqui, las dos costas del Mar Pacífico se verán pronto pobladas y abiertas al comercio y a la industria, como lo están hoy las costas del Atlántico y que en la Antigüedad y en la Edad Media representó el Mediterráneo; será la gran ruta marítima del comercio mundial, y el Océano Atlántico quedará reducido a la importancia de un mar interior, como el Mediterráneo hoy. La única salida que tienen los países europeos civilizados para no caer, cuando ese día llegue, en la misma postración industrial, comercial y política en la que en la actualidad se encuentran Italia, España y Portugal, está en una revolución social que sepa transformar a tiempo el régimen de producción y de intercambio de acuerdo a las necesidades de la propia producción, tal como se desprende de las modernas fuerzas productivas, facilitando así el alumbramiento de nuevas fuerzas que garanticen la superioridad de la industria europea y compensen los inconvenientes de su situación geográfica". Lo malo fue, y pronto habrían de reconocerlo así los autores de esta gran perspectiva, que la revolución se sumió en el descubrimiento del oro californiano.

De la colaboración de Marx y Engels proceden también las críticas de algunas obras en las que unas cuantas luminarias anteriores a marzo –el filósofo alemán Daumer, el historiador francés Guizot y el

genio original inglés Carlyle— se debatían con los problemas de la revolución. El primero procedía de la escuela hegeliana, y Guizot y Carlyle habían sido una influencia considerable, el primero en Marx y el segundo en Engels. Ahora, pesados los tres en la balanza de la revolución, resultaba que ninguno de ellos daba el peso. Los increíbles lugares comunes con los que Daumer predica "la religión de la nueva era", se sintetizan en esta "conmovedora imagen": la filosofía alemana se retuerce las manos y suplica junto al lecho de muerte de la madre que la amamantara, la ridícula burguesía alemana. El caso de Guizot demuestra cómo hasta las personas más inteligentes del *ancien régime*, de quienes no se puede negar que poseen, a su manera, talento histórico, pierden la cabeza por los hechos fatales de febrero, hasta el punto de empañárseles no solo la conciencia histórica, sino incluso la conciencia de su modo anterior de obrar. Finalmente, si la obra de Guizot demostraba que las capacidades burguesas decaían, los dos o tres folletos de Carlyle revelaban la decadencia del genio literario, esforzado por afrontar con su inspiración insospechada y profética las luchas históricas, en un momento de aguda crisis como aquel.

Marx y Engels, al poner de relieve en estas brillantes críticas los efectos desoladores producidos por la revolución sobre aquellas personalidades literarias anteriores a los sucesos de marzo, estaban muy lejos de atribuir, como a veces se les ha achacado, ningún tipo de virtud mística a la revolución. La revolución no creaba aquel cuadro que infundía un miedo mortal a los Daumer, a los Guizot y a los Carlyle; lo que hacía era desgarrar el velo que lo ocultaba. En las revoluciones, el proceso histórico no cambia de rumbo, sino que se acelerara; en este sentido, Marx llamó una vez a las revoluciones "locomotoras" de la historia. Esta necia confianza del filisteo en las "reformas pacíficas por la vía legal", reputada por muchos superiores a toda explosión revolucionaria, no podía ser ni fue nunca, naturalmente, propia de hombres como Marx y Engels: para ellos, la violencia era también una fuerza económica, la comadrona de toda sociedad nueva.

2. EL CASO KINKEL

La *Nueva Gaceta del Rin* dejó de aparecer regularmente, a partir del cuarto número, en abril de 1850. A esto contribuyó, en parte al menos, un pequeño artículo publicado en ese número, y del que ya los propios autores pronosticaban que provocaría "la indignación general de los

embaucadores sentimentales y de los charlatanes democráticos": era una crítica, breve pero demoledora, del discurso de defensa pronunciado por Gotfried Kinkel el 7 de agosto de 1849, ante el Consejo de Guerra de Rastatt, que falló su proceso como voluntario rebelde, y publicado a comienzos de abril del año siguiente en un periódico de Berlín.

De por sí, la crítica no podía ser más legitima. Kinkel había abjurado ante el Consejo de Guerra de la revolución y de sus compañeros de armas, aclamando al "príncipe de los cartuchos" y "al Imperio de los Hohenzollern", ante el mismo Consejo de Guerra que había mandado a veintiséis camaradas suyos delante del pelotón, donde habían muerto todos valientemente. Pero Kinkel, cuando Marx y Engels lo transformaron en objeto de sus ataques, estaba recluido en la cárcel, y la opinión veía en él a una víctima propiciatoria de la sed regia de venganza, de la que se decía que había cambiado la pena impuesta en la sentencia, mediante un acto de justicia de gabinete, por la degradante pena del presidio. Era natural que a muchos, sin ser precisamente "embaucadores sentimentales y charlatanes democráticos", no les pareciera bien que, encima, se lo atacara políticamente en tales circunstancias.

Hoy, abiertos ya los archivos y estudiado documentalmente el caso Kinkel, se ve que era un verdadero nido de confusiones tragicómicas. Kinkel había empezado siendo un teólogo ortodoxo; al abjurar de su religión, casándose con una católica divorciada, desencadenó una ola de odio irrefrenable por parte de los creyentes, que lo rodeó de una aureola de "héroe de la libertad" que no merecía y de la que no era digno. Entró en el partido al que pertenecían Marx y Engels por una verdadera "confusión": políticamente no había quien lo sacara de los tópicos de la democracia al uso, si bien la "maldita retórica" –según la frase de Freiligrath– adquirida en sus tiempos teológicos podía impulsarlo tan rápido a la extrema izquierda como a la derecha más rabiosa; de lo segundo era testimonio el Consejo de Guerra de Rastatt. Su modesto talento poético hizo que se destacara en la discusión por encima de otros demócratas de la misma calaña.

En el curso de la lucha constitucional, Kinkel se incorporó al cuerpo de voluntarios de Willich, en el que se habían enganchado también Engels y Moll. Se comportó valientemente, y en los últimos encuentros junto al Murg, donde cayó muerto Moll, fue herido por un tiro de refilón en la cabeza, y tomado prisionero. El Consejo de Guerra lo condenó a reclusión perpetua en un castillo, pero al "príncipe de los

cartuchos" o, como Kinkel lo llamaba respetuosamente en su defensa, a "la Alteza real de nuestro heredero de la Corona", no le pareció suficiente, y el auditor general de Berlín le solicitó al rey que uniera la sentencia, puesto que el reo había incurrido en pena de muerte, para someter el proceso a revisión.

Contra esto se pronunció el Gobierno, alegando que, si bien reconocía que la pena impuesta era demasiado suave para un delito de alta traición, creía aconsejable que se confirmara "indulgentemente" la sentencia, para congraciarse con la opinión pública. Al mismo tiempo, entendía que era "conveniente" que se ordenara el cumplimiento de la pena en un "establecimiento civil", ya que causaría una "gran sensación" que se tratara al reo como a un recluso de prisión. El rey accedió al pedido del Gobierno, y con eso aumentó "la gran sensación" que precisamente se trataba de evitar. A la "opinión pública" le pareció una sangrienta burla que el rey, "indulgentemente", mandara a la cárcel a un reo de alta traición, a quien el mismo Consejo de Guerra se contentaba con encerrar en un castillo.

Pero la opinión desconocedora de las sutilezas del régimen penal prusiano se equivocaba. Kinkel no había sido condenado a un arresto militar en prisión, sino a una pena militar de reclusión en un castillo, pena que revestía en su ejecución formas mucho más duras y repugnantes que las del presidio. A los reclusos en cárceles los hacinaban en celdas tenebrosas, diez y veinte en cada una, con una dura tarima por cama, mal alimentados, obligados a ejecutar los trabajos más viles, a limpiar los inodoros, barrer los pisos, etcétera, y al menor descuido oprimía sus carnes el látigo. De esta vida horrible era de la que el gobierno, por miedo a la "opinión pública", quería librar al preso Kinkel, pero de la "opinión pública", interpretándolo al revés, se alzaron murmullos de protesta; no se atrevió, ahora por miedo al "príncipe de los cartuchos" y a su rencoroso partido, a confesar abiertamente sus intenciones "humanas" y prefirió dejar al rey bajo el peso de una sospecha, que por fuerza habría de dañar, como en efecto dañó notablemente, su prestigio, aun ante los ojos de los leales.

Bajo la impresión de este fracaso, el Gobierno no quiso fomentar nuevas "sensaciones" con las torturas presidiarias de Kinkel, aunque solo osó ordenar que no se le aplicaran castigos corporales bajo ningún concepto. También le hubiera complacido eximir al preso de los trabajos forzados, y así lo hizo saber al director del presidio de Naugard, donde Kinkel estuvo recluido primero, que se atuviese en este punto a su personal responsabilidad. Pero aquel burócrata

militarizado, que tenía otras instrucciones, sometió al recluso a los trabajos de la prisión. Al saberse, se levantó por el país una gran ola de indignación; por todas partes corrían coplas y estampas del poeta martirizado. Pero pronto habría de confirmarse la vieja máxima de que la "indignación moral" del filisteo suele acabar en un gran ridículo. Alarmadas por los clamores de la opinión pública y más decididas que el Ministerio, aunque eso les valiera una denuncia fulminante por "ideas democráticas", las autoridades gubernamentales de Stettin ordenaron que se ocupara al recluso en trabajos de escritura. Pero el preso declaró espontáneamente que deseaba seguir trabajando como hasta entonces, porque le convenía realizar un pequeño esfuerzo físico, no incompatible con la actividad del pensamiento; lo prefería a pasarse el día copiando, con riesgo de picarse el pecho y enfermarse.

No era cierto, entonces, que en la cárcel lo maltrataran con especial perversidad por orden del rey, aun cuando la prisión se le hiciera muy dolorosa. Schnuchel, el director de la penitenciaria, era un burócrata militarizado, pero no tenía nada de monstruoso; tuteaba al preso, pero lo dejaba moverse durante unas cuantas horas al aire libre y tenía una comprensión humana para los infatigables esfuerzos de la mujer del recluso, que no se aplacaba pensando en liberar a su marido. En cambio, en Spandau, adonde trasladaron a Kinkel en mayo de 1850, lo trataban de usted, pero hicieron que se afeitara la barba y se rapara la cabeza; y el director, que era un reaccionario beato, lo atormentaba a todas horas con sus intentos de conversión y, apenas ingresó a la prisión aquel recluso "perdido", empezó a trenzarse con él en las peleas más repugnantes. Sin embargo, este traficante de almas no opuso, tampoco, muchos reparos cuando el gobierno pidió dictamen para resolver acerca de la solicitud cursada por la mujer del preso para que le permitieran emigrar a Estados Unidos, dando su palabra de honor de que renunciaría a toda labor política y de que no retornaría jamás a Europa. El director llegaba a sostener que, por lo que él podía juzgar de lo que conocía al preso, la residencia en Estados Unidos contribuiría a redimir rápidamente su alma. Pero añadía que era necesario tenerlo, por lo menos, un año recluido, para que la espada de la autoridad no quedara tan despuntada y tan menoscabada; que, transcurrido este plazo, no habría inconveniente en permitirle emigrar, a menos que su salud padeciera por la larga reclusión, si bien hasta entonces no se le notaba nada. Este dictamen fue ante el rey, quien demostró ser más rencoroso que sus ministros y los directores de sus prisiones. Su Majestad falló que al recluso Kinkel no se lo autorizara a

emigrar transcurrido el año de prisión, debido a que era necesario humillarlo más aún mediante nuevos procedimientos.

Si nos fijamos en el culto populachero del que se había hecho objeto a Kinkel, comprenderemos la repugnancia que tenía que provocar en hombres como Marx y Engels, que jamás pudieron resistir espectáculos de ese tipo. Ya en sus artículos sobre la campaña constitucional se había expresado Engels muy duramente respecto a las "víctimas cultas" de los hechos de mayo, mientras nadie se acordaba de los cientos y miles de obreros que cayeron luchando, que se estaban pudriendo en los calabozos de Rastatt o que, refugiados y aislados en el extranjero, conocían de cerca la cara de la miseria. Pero, aun dejando a un lado esto y limitándonos a las "víctimas cultas", había muchos que tenían que soportar, y los soportaban con gran entereza, destinos mucho más terribles que Kinkel, sin que nadie se acordara de ellos. Citaremos tan solo a Augusto Rockel, que como artista no tenía nada que envidiarle a Kinkel; recluido en la cárcel de Waldheim, lo maltrataron del modo más cruel, hasta llegar a los castigos físicos, sin conseguir, después de doce años de indecibles torturas, que implorara misericordia ni con la insinuación más leve, hasta que la reacción, estrellándose desesperada contra su orgullo, no tuvo más remedio que expulsarlo casi por la fuerza de la prisión. Y Rockel no era, ni mucho menos, el único caso de ese tipo. Sí lo fue, en cambio, Kinkel, dentro del suyo, cuando a los pocos meses de un régimen de reclusión bastante soportable, expuso su arrepentimiento ante el mundo entero publicando en los periódicos su discurso de defensa, tan adulador para la corona. La crítica dura y despiadada que Marx y Engels hicieron de este discurso no podía ser más legítima; y tenían razón al decir que con esto antes beneficiaban que perjudicaban a su autor.

Los derroteros que habría de seguir el asunto confirmaron su predicción. El entusiasmo producido en torno a la persona del preso aflojó los cordones de las alforjas burguesas, hasta el punto de que, sobornando a un vigilante de la cárcel de Spandau, Kinkel pudo ser liberado en noviembre de 1850 por Carlos Schurz. He ahí lo que el rey había conseguido con su rencor. Si aceptando la palabra de honor que había dado de apartarse para siempre de la política lo hubiera dejado emigrar, Kinkel habría caído rápidamente en el olvido de la gente, como hasta Jeserich, el director de la cárcel, era capaz de entender; ahora, la evasión rodeaba al preso de una nueva aureola y ponía al rey en ridículo.

Este supo, sin embargo, rehacerse a su real manera. Al recibir los informes sobre la evasión de Kinkel, tuvo una inspiración que él mismo, denotando con esto cierta honradez, calificó de poco honrada. La idea consistía en ordenar a su Manteufeel que, valiéndose de la "preciosa personalidad" de Stieber, descubriera y reprimiese un complot. Este Stieber había caído ya por entonces hasta tal punto en el desprecio de la gente, que el mismo director general de policía de Berlín, Hinckeldey, bastante rápido de conciencia cuando se trataba de perseguir a los enemigos políticos, se resistía obstinadamente a que se volviera a ingresar a ese personaje en los servicios policiales. Pero la voluntad real triunfó y Stieber pudo poner en escena, como ensayo, una bonita comedia de robo y perjurio: el proceso de los comunistas de Colonia.

Por sus muchas bajezas, esta maniobra dejaba chico el caso Kinkel, pero no sabemos ni de un solo burgués honorable que protestara contra ella. Es posible que esta agradable clase se propusiera demostrar con su silencio lo acertadamente que Marx y Engels habían sabido analizarla y definirla.

3. ESCISIÓN DE LA LIGA COMUNISTA

Por lo demás, el caso Kinkel tenía más importancia sintomática que efectiva. Ponía de relieve con mucha claridad las diferencias que separaban a Marx y a Engels de los emigrados de Londres, pero no era su manifestación más importante, ni mucho menos su causa.

Para saber qué era lo que unía a Marx y a Engels con los demás emigrados, y lo que de ellos los separaba, basta fijarse en los dos organismos a los que, además de la redacción de la *Nueva Gaceta del Rin*, consagraron su esfuerzo durante el año 1850: uno era el Comité de Refugiados, fundado por ellos junto a Bauer, Pfander y Willich, para ayudar a los emigrados que llegaban a Londres en cantidades cada vez mayores, conforme Suiza empezaba a mostrarle las uñas a los refugiados; el otro era la Liga Comunista, cuya reconstitución se imponía con mayor urgencia en tanto mayor era la falta de escrúpulos con que la contrarrevolución triunfante despojaba a la clase obrera de libertad de prensa, reunión y asociación, y de todos los recursos de propaganda en general. Puede decirse que Marx y Engels se solidarizaban humanamente con los emigrados, aunque no políticamente; que compartían sus desgracias, pero no sus ilusiones e ideas; que se sacrificaban hasta el último esfuerzo, pero sin estar ni un mínimo de acuerdo con sus convicciones.

Los refugiados alemanes, y mucho más los internacionales, formaban una masa confusa de elementos de lo más heterogéneos y contradictorios. Todos confiaban en una nueva revolución que les permitiera volver a sus países, y todos perseguían con los ojos fijos esa meta, lo cual parecía imprimirle cierta unidad al movimiento. Pero todos los esfuerzos por poner en marcha la acción fracasaban irremediablemente; se traducían, a lo sumo, en declaraciones sobre el papel, muy pomposas y retóricas, pero carentes de fundamento. Apenas se iniciaba la acción, empezaban las discordias internas, en términos verdaderamente lamentables. Estas discordias no nacían de las personas, aun cuando la situación en la que estas se encontraban las profundizara; su verdadera causa estaba en las luchas de clases, que habían orientado el rumbo hacia la revolución y subsistían en la emigración, por muchos esfuerzos que se hicieran para descartarlas mentalmente. Marx y Engels, comprendiendo desde el primer momento la esterilidad de estos intentos, se mantuvieron al margen de ellas, lo cual bastó para que las fracciones y fraccioncitas existentes entre los emigrados se unieran todas, ya que no en otra cosa, en la firme convicción de que Marx y Engels eran los verdaderos e incorregibles perturbadores de la armonía.

Ellos, por su parte, proseguían en Londres la lucha de clases proletaria que habían comenzado ya antes de la revolución. Desde el otoño de 1849, volvían a congregarse en la capital inglesa, casi en su totalidad, los antiguos miembros de la Liga Comunista, salvo Moll, muerto en la lucha, Schapper, que no llegó al verano de 1850, y Guillermo Wolff, que no se trasladó de Suiza a Inglaterra hasta un año después.

A los viejos afiliados, había que añadir nuevos nombres, entre los cuales se destaca el de Augusto Willich, un antiguo oficial prusiano que en la campaña de Baden y el Palatinado se había revelado como un gran jefe de milicias y al que Engels, ayudante suyo en aquella campaña, había traído al grupo; era un integrante valioso, pero teóricamente confuso. Y con él, un puñado de gente joven: el comerciante Conrado Schramm, el maestro Guillermo Pieper y, sobre todo, Guillermo Liebknecht, un estudiante universitario que había salido airoso de sus exámenes en las revueltas de Baden y en destierro suizo. Todos ellos se congregaron durante aquellos años en torno a Marx, aunque el más devoto y leal de todos fuera Liebknecht. De los otros dos, no siempre tiene Marx cosas agradables que decir; pero, aunque le dieran algunos disgustos, no debemos tomar al pie de la letra todo lo que dice de ellos en sus arrebatos de indignación. Cuando Conrado Schramm murió, joven todavía, arrebatado por la tisis, Marx lo llamó, ensalzando sus

virtudes, el "Percy Heissporn" del partido; de Pieper decía también que era, "a pesar de todo, un buen chico". Por mediación de Pieper, empezó a cartearse con Marx el abogado de Gotinga, Juan Miquel, que ingresaría poco después a la Liga Comunista. Marx sentía cierta estimación por él, por su inteligencia. Miquel se mantuvo durante varios años bajo la bandera de la Liga, hasta que retrocedió, con su amigo Pieper, al campo liberal, de donde procedía.

Marx y Engels redactaron, con fecha de marzo de 1850, una circular del Comité Directivo, que Enrique Bauer se encargó de llevar a Alemania como emisario y que tenía por objetivo reconstruir la Liga Comunista. En ella, se expresaba la idea de que era inminente una nueva revolución, "ya la provocara el alzamiento del proletariado francés o la invasión de la Santa Alianza contra la Babel revolucionaria". Y así como la revolución de marzo había llevado a la burguesía al poder, la nueva revolución le daría el triunfo a la pequeña burguesía, la cual volvería a traicionar a la clase obrera. Las relaciones entre el partido obrero revolucionario y los demócratas pequeñoburgueses se resumían en los términos siguientes: "La clase obrera se une a ellos para derribar a la fracción a cuyo derrocamiento aspira, alzándose contra ellos en todo aquello en que pretendan afirmarse por sí mismos. Los pequeñoburgueses se aprovecharían de la revolución que les diera el triunfo para reformar la sociedad capitalista, haciéndola más cómoda y más útil para su propia clase, y hasta cierto punto para los mismos trabajadores. Pero el proletariado no podía darse por satisfecho con esto solo. Mientras que los demócratas pequeñoburgueses, una vez cumplidas sus modestas aspiraciones, se esforzarían por ponerle un rápido fin a la revolución, los obreros deberían cuidarse de hacer de esta algo permanente, 'en tanto que no sean desplazadas del Gobierno todas las clases más o menos poseedoras', conquistado el poder para el proletariado y tan avanzada esté, no solo en un país, sino en todos los países importantes, la asociación de los proletarios, que cese entre ellos toda competencia, concentrándose en sus manos, por lo menos, las fuerzas productivas de primera importancia".

Consecuente con estos principios, la circular aconsejaba a los obreros que no se dejaran engañar por las prédicas de unión y reconciliación de los demócratas pequeñoburgueses, encaminadas a subirlos al carro de la democracia burguesa, sino que, manteniéndose en su propio terreno, se organizaran con la mayor fuerza y firmeza posibles para, una vez que triunfara la revolución, gracias a su energía y a su coraje, poder dictarle a la pequeña burguesía condiciones tales que el régimen de los demócratas

burgueses albergara ya el germen de su fracaso y facilitara notablemente su posterior desplazamiento por el régimen del proletariado. "Los obreros deberían ante todo, durante el conflicto y a raíz de la lucha, oponerse por todos los medios a la estabilización burguesa, obligando a los demócratas a llevar a la práctica las frases terroristas que hoy lanzan desde la oposición... Y, lejos de oponerse a los que llaman *excesos* a la ejemplaridad de la venganza del pueblo sobre determinados individuos y edificios públicos que son blanco del odio popular y que solo guardan recuerdos sombríos, la clase obrera no solo deberá tolerarlos, sino asumir, incluso, su dirección". La circular aconsejaba, además, que los obreros proclamaran en todas partes candidatos propios para las elecciones a la Asamblea Nacional, aun donde no tuviesen perspectiva alguna de triunfo, sin preocuparse para nada de la fraseología democrática. Claro está que en los inicios del movimiento no podrían proponer todavía ninguna medida directamente comunista, pero sí obligar a los demócratas a atacar por la mayor cantidad de flancos posibles el orden social vigente, perturbando su curso normal y comprometiéndose a centralizar en manos del Estado el mayor número posible de fuerzas productivas, transportes, fábricas, ferrocarriles, etcétera. Y, sobre todo, los obreros no deberían tolerar que, al abolirse el feudalismo, las tierras feudales se asignaran en libre propiedad a los campesinos, como en la Revolución Francesa, ya que esto mantendría al proletariado del campo y formaría una clase labradora pequeñoburguesa, condenada a recorrer el mismo calvario de pauperización y agobio de deudas del campesino francés. No. La clase trabajadora debería exigir que las tierras feudales confiscadas se declararan propiedad del Estado y se convirtieran en colonias obreras, para que el proletariado campesino organizado las pudiera cultivar, aplicándoles los métodos agrícolas de las grandes explotaciones. Con esto se conseguiría que el principio de la propiedad colectiva echara raíces inmediatamente en el régimen tambaleante de la propiedad burguesa.

Equipado con esta circular, el viaje de Bauer por Alemania fue muy fructífero. Bauer consiguió reanudar los cabos sueltos y tejer otros nuevos. Y conquistó, sobre todo, un gran influjo sobre los residuos de las sociedades obreras, campesinas, de jornaleros y de deportes que habían logrado hacerles frente a todas las furias de la contrarrevolución. Los miembros más influyentes de la Confraternidad Obrera fundada por Esteban Born se unieron también a la Liga, la cual, según el informe enviado a Zurich por Carlos Schurz –que estaba recorriendo por entonces Alemania por encargo de una organización de refugiados suizos–, había "sabido atraer a todos los elementos aprovechables". En un segundo envío, fechado en junio de 1850, la

junta directiva pudo hacer saber ya que la Liga se había afincado en una serie de ciudades alemanas, en varias de las cuales se habían formado comités directivos: en Hamburgo para el territorio de Sleswig-Holstein, en Swerin para Mecklemburgo, en Breslau para la Silesia, en Leipzig para Sajonia y Berlín, en Núremberg para Baviera, en Colonia para las provincias del Rin y de Westfalia.

En este mismo envío, se señalaba el distrito de Londres como el más fuerte de toda la Liga y el que subvencionaba casi exclusivamente sus gastos. Ese Comité era el encargado de dirigir, con carácter permanente, la Asociación de Cultura Obrera de Londres, en la que se concentraban los elementos más resueltos de la emigración; la directiva se encontraba, asimismo, en estrecho contacto con los partidos revolucionarios de Inglaterra, Francia y Hungría. Pero, desde otro punto de vista, Londres era el punto más débil de la Liga, ya que estaba constantemente expuesto a los debates y las rivalidades, cada vez más agudos y más desesperados, de los exiliados políticos.

En el transcurso del verano de 1850, la esperanza de que volviera a estallar pronto la revolución fue decayendo visiblemente. Al pueblo francés le fue arrebatado el sufragio universal sin que la clase obrera se levantara; ahora, el dilema ya solo giraba entre el pretendiente Luis Bonaparte y la Asamblea Nacional monarco-reaccionaria. En Alemania, la pequeña burguesía democrática abandonó la escena política, mientras la burguesía liberal tomaba parte en el despojo que Prusia estaba cometiendo sobre el cadáver de la revolución alemana. Pero Prusia se veía acosada en el reparto por los pequeños y medianos Estados, que bailaban todos al compás de Austria. Y de fondo aparecía la figura del zar, esgrimiendo el látigo sobre todo este panorama social alemán. A medida que bajaban las aguas de la verdadera revolución, aumentaban los esfuerzos febriles de los emigrados por fabricar una revolución artificial; cerrando los ojos ante todos los síntomas que amenazaban, ponían sus esperanzas en no se sabe qué milagros que ellos conseguirían con la energía de su voluntad. Paralelamente, iba aumentando el recelo contra todo tipo de crítica interna. Y así Marx y Engels, que observaban el curso de los hechos con mirada fría y serena, fueron enfrentándose cada vez más abiertamente con los demás emigrados. Era difícil que la voz de la lógica y la razón pudiera contener el mar de pasiones, en aquella masa de hombres desesperados. Mucho más difícil desde el instante en que el vértigo general se adueñó también del sector londinense de la Liga Comunista, llevando el disenso hasta los integrantes de la dirección.

En la sesión del 15 de septiembre de 1850 quedó planteada abiertamente la escisión. Eran seis miembros contra cuatro: Marx y Engels, y con ellos Bauer, Eccarius, Pfander, todos de la vieja guardia, y el joven Conrado Charamm, contra Willich, Schapper, Frankel y Lehmann, de los cuales solo tenía historia Schapper, un protorrevolucionario, como lo llamó Engels, de quien se apropió la pasión revolucionaria después de haber contemplado de cerca durante todo un año los horrores de la contrarrevolución, y que acababa de desembarcar en Inglaterra.

En aquella sesión decisiva, Marx definió el conflicto en los términos siguientes: "La minoría suplanta la posición crítica por la dogmática, la materialista por la idealista. Para ella, el motor de la revolución no es la realidad, sino la voluntad. Allí donde nosotros le decimos a la clase obrera 'tienen que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, no solo para cambiar la realidad, sino para cambiarlos a ustedes mismos, capacitándose para el poder', ustedes le dicen: '¡O subimos inmediatamente al poder o nos echamos a dormir! Allí donde nosotros le hacemos ver concretamente a los obreros de Alemania el desarrollo insuficiente del proletariado alemán, ustedes los adulan del modo más descarado, acariciando el sentimiento nacional y los prejuicios de casta de los artesanos alemanes, lo cual no negamos que los hará más populares. Hacen con la palabra *proletariado* lo que los demócratas con la palabra *pueblo*: la convierten en un icono". Estallaron discusiones violentísimas, y tan acalorados estaban los ánimos que Schramm llegó a desafiar a Willich; el duelo –reprobado por Marx– se celebró en Amberes, saliendo levemente herido el primero de los dos. No hubo manera de restablecer la concordia.

La mayoría pretendió salvar la Liga, desplazando su dirección a Colonia; este distrito se encargaría de elegir una nueva directiva, y el distrito de Londres se dividiría en dos, independientes el uno del otro y relacionados directamente con el Comité Directivo. El distrito de Colonia aceptó la demanda y eligió una nueva junta directiva, pero la minoría se negó a reconocerla. El mayor contingente de sus partidarios se concentraba en Londres, y sobre todo en la Asociación Alemana de Cultura Obrera, de la que Marx y sus allegados se fueron. Willich y Schapper fundaron una Liga aparte, que no tardó en degenerar en un juego de aventureros revolucionarios.

Marx y Engels fundamentaron su posición, más detenidamente que en la citada sesión del 15 de septiembre, en el número quinto y sexto

de su revista, edición doble con la que terminó su publicación en noviembre de 1850. Además del extenso estudio en el que Engels analizaba, desde la guerra campesina de 1525, puntos de vista histórico-materialistas, este número publicaba un artículo de Eccarius sobre el ramo de la sastrería en Londres, que Marx saludaba con estas palabras de alegría: "El proletariado, antes de arrancar su triunfo en las barricadas y en los frentes de batalla, anuncia el advenimiento de su régimen por una serie de victorias intelectuales". Eccarius, que trabajaba en uno de los talleres de sastrería de Londres, apuntaba a la derrota de la manufactura por la gran industria como a la obra del progreso histórico, a la par que reconocía en los frutos y creaciones de la gran industria las condiciones reales para la revolución proletaria, condiciones que la propia historia se encargaba de engendrar y que crecían incesantemente. En esta concepción netamente materialista, libre de todo sentimentalismo, y en este modo de enfocar la sociedad burguesa y su dinámica, Marx destacaba el gran progreso que suponía respecto a aquella crítica sentimental, moral y psicológica, que tanto habían ejercitado Weitling y otros obreros aficionados a escribir sobre la realidad social. Era un fruto de su incansable trabajo, el más grato de cuantos podía ambicionar.

Pero lo más importante que contenía este último número de la revista era el resumen político-económico de los meses de mayo a octubre[35]. En una extensa investigación, Marx y Engels ponían de manifiesto las causas económicas de la revolución y la contrarrevolución política, demostrando que, así como la primera había surgido de una aguda crisis económica, la segunda tenía su raíz en un nuevo incremento de la producción. Y llegaban a esta conclusión: "Mientras dure esta prosperidad general en la que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con toda la opulencia que la sociedad burguesa permite, no puede hablarse de verdadera revolución. Las revoluciones de verdad solo estallan en aquellos periodos en que chocan entre sí estos dos factores: las fuerzas productivas modernas y el régimen burgués de producción. Las discordias en las que están sumergidos los representantes de las diversas fracciones del orden en el continente europeo, distan mucho de ser base para una nueva revolución; lejos de eso, existen por la misma estabilidad momentánea de la situación y por el carácter tan burgués que esta tiene, aunque la reacción lo ignore. Contra ella se estallarán todos los esfuerzos de la reacción por contener el proceso de

[35] Marx, K. (2003): *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, Prometeo, Buenos Aires. O se puede leer en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/francia/.

la dinámica burguesa, como se estrellarán también todas las explosiones de indignación moral y todas las proclamas apasionadas de los demócratas. La nueva revolución solo podrá desencadenarse a la sombra de la nueva crisis. Y tan inevitable serán la una como la otra".

A esta clara y convincente posición se contraponía, como remate, un resumen del llamamiento hecho por un Comité Central Europeo, firmado por Mazzini, Ledru-Rollin, Darasz y Ruge, en el que se condensaban todas las ilusiones de los emigrados pretendiendo explicar el fracaso de la revolución por los celos y el egoísmo de sus caudillos y las opiniones personales encontradas de los diferentes conductores de pueblos, y profesando, por último, su fe en la libertad, la igualdad, la fraternidad, la familia, el municipio, el Estado, la patria; en una palabra, en un régimen social que, teniendo al pueblo como base, culminara en Dios y en su ley.

4. VIDA DE EXILIADOS

Aquellos días de noviembre señalaron casi matemáticamente el tránsito de la primera a la segunda mitad de su vida, e internamente también representan un cambio muy importante en la vida y en la obra de Marx. Él mismo tenía la sensación viva de que era así, como la tenía también Engels, con una percepción quizá todavía más clara.

"Cada vez se convence uno más –le escribía a Marx en febrero de 1851– de que la emigración acaba por convertir fatalmente en necio, idiota y vil rufián a todo el que no se retrae por completo de ese ambiente y se refugia en la posición del escritor independiente, sin andar preguntando por el que llaman partido revolucionario a diestra y siniestra". Contestación de Marx: "A mí me agrada mucho este aislamiento público en el que ambos nos encontramos ahora. Se ajusta totalmente a nuestra posición y a nuestros principios. Eso de andar haciéndose concesiones mutuas, de tener que aguantar, por cortesía, todas las mediocridades, y de compartir ante el público con todos estos asnos el ridículo que echan sobre el partido, se ha acabado". Y Engels, otra vez: "Por fin, volvemos a tener ocasión –por primera vez, desde hace mucho tiempo– de demostrar que nosotros no necesitamos popularidad ni apoyo de ningún partido de ningún país, y que nuestra posición está enteramente al margen de todas esas miserias. En adelante, solo seremos responsables de nosotros mismos... Por lo demás, en el fondo no tenemos grandes razones para lamentarnos de que esos *petits grands hommes* nos huyan; ¿no nos

hemos pasado, acaso, tantos y tantos años aparentando que Fulano o Mengano eran de nuestro partido, cuando en realidad no teníamos partido alguno, y gente a quien tratábamos como si fuera del nuestro, oficialmente al menos, ignoraban hasta los rudimentos básicos de nuestros trabajos?" Claro está que lo de "necio" y "rufián" no hay que tomarlo al pie de la letra; se trata de explosiones de pasión, y como tales deben considerarse; pero lo que en eso hay de cierto es que Marx y Engels veían, y con razón, una determinación salvadora en el hecho de apartarse radicalmente de las estériles disputas de los emigrados para dedicarse, según la expresión de Engels, a investigar científicamente en una "cierta soledad", hasta que llegaran hombres y tiempos capaces de comprenderlos.

Sin embargo, el apartamiento no fue tan rápido, tan nítido ni tan profundo como podría parecer, mirando las cosas retrospectivamente. En las cartas intercambiadas entre Marx y Engels durante los años que siguieron al retraimiento siguen encontrando un eco muy sonoro las luchas internas entre los emigrados. Era una consecuencia inevitable de los incesantes roces entre las dos fracciones en las que se escindiera la Liga Comunista. Además, Marx y Engels no tenían, ni por asomo, la intención de apartarse totalmente de las luchas políticas, aunque no quisieran inmiscuirse en las discrepancias entre los emigrados. No abandonaban su colaboración en los órganos cartistas ni pensaban tampoco, ni mucho menos, en resignarse a la desaparición de la *Nueva Revista del Rin.*

Las negociaciones entabladas con el editor Schabelitz, de Basilea, que se mostraba dispuesto a tomar en sus manos la continuación de la revista no dieron resultado alguno; Marx se puso en contacto con Hermann Becker para la edición de sus obras completas y, más adelante, de una revista trimestral que habría de aparecer en Lieja; Becker había fijado su residencia en Colonia, donde, después de serle suprimida la *Westdeutsche Zeitung*, que dirigía, regenteaba una pequeña empresa editorial. La detención de Becker, en mayo de 1851, hizo fracasar estos planes, cuando ya se había iniciado con un cuaderno la publicación de los "escritos completos, editados por Hermann Becker", que habrían de llenar dos volúmenes de veinticinco pliegos cada uno. Los que se suscribieran a ellos antes del 15 de mayo, los recibirían en diez cuadernos de a ocho silbergrosen; luego, cada tomo se vendería a razón de un tálero y quince silbergrosen. El primer cuaderno, único publicado, se agotó rápidamente, si bien la afirmación que hace Weydemeyer de que colocaron quince mil ejemplares no es

verosímil; en aquellos tiempos ya hubiese representado un éxito muy considerable la décima parte de esa cifra.

No dejaba de contribuir a estos planes editoriales la "imperiosa necesidad de un trabajo lucrativo" en la que Marx se encontraba. Vivía de una manera muy ajustada. En noviembre de 1849 nació su cuarto hijo, un niño, al que pusieron por nombre Guido. Lo criaba la propia madre, y he aquí lo que escribía: "El pobre angelito me ha bebido en la leche tantas penas y amarguras calladas, que no hace más que estar enfermo, presa de dolores los días y las noches. Desde que ha venido al mundo, no ha dormido bien una sola noche, dos o tres horas a lo sumo". La pobre criatura murió al año de nacer.

La familia de Marx se vio brutalmente desalojada de su primera casa de Chelsea porque, aunque le habían pagado puntualmente el alquiler, la señora que se las arrendaba, inquilina ella misma, tenía una deuda con el casero. Tras muchos esfuerzos y contratiempos lograron acomodarse en un hotel alemán situado en la Leicester Street, Leicester Square, de donde no tardaron en trasladarse al número 28 de la Deanstreet, Soho Square. Durante una media docena de años encontraron allí calma y sosiego en un par de cuartitos.

Pero con esto no estaban conjurados, ni mucho menos, los agobios. Todo lo contrario, cada vez era más angustiante su situación. A fines de octubre de 1850, Marx se dirigió a Weydemeyer, residente en Frankfurt, para que le sacara de la casa de empeños de aquella ciudad unos cuantos objetos de plata que tenía allí y se los vendiera, con excepción de un cubierto de niño que pertenecía a la pequeña Jenny y que habría que salvar por todos los medios. "Mi situación actual es tan apretada, que no tengo más remedio que sacar dinero de donde sea, para poder seguir trabajando". Eran los días en que Engels se trasladaba a Manchester para dedicarse al "aborrecido comercio", y seguramente que en esta determinación no dejaba de influir el deseo de poder ayudar a su amigo.

Por lo demás, ya se sabe que los amigos, cuando se necesitan, no abundan. "Lo que me duele verdaderamente hasta en lo más íntimo, y me hace sangrar el corazón –le escribía la mujer de Marx a Weydemeyer en 1850– es tener que ver a mi marido pasar por tantos trances mezquinos, verlo aquí solo, sin ayuda de nadie, a él, a quien con tan poco se lo ayudaría y que a tantos ha ayudado generosa y alegremente. Y no crea usted, querido Weydemeyer, que exigimos nada de nadie para nosotros mismos. Lo único que mi marido exigiría seguramente de aquellos que tantas ideas, tantos ánimos y tanto

apoyo tuvieron en él, sería un poco más de energía, de celo y de entusiasmo para la revista. Tengo el orgullo y el atrevimiento de decirlo así. Para él, no necesita nada. Y creo que nadie hubiese salido perdiendo nada con eso. A mí estas cosas me duelen, pero él piensa de otro modo. Jamás, ni en los momentos más terribles, pierde su seguridad en el porvenir, ni su buen humor siquiera, y para estar contento no necesita más que verme a mí un poco alegre y a los niños rondando y haciéndole caricias a su pobre madre". Y así como ella se preocupaba por él cuando los amigos enmudecían, él velaba por ella cuando aquellos mismos amigos hablaban más de lo necesario.

Al propio Weydemeyer le escribía Marx, en agosto de 1851:"Mi situación es, como puedes suponerte, bastante fastidiosa. Si esto dura mucho tiempo, acabará con mi mujer. Los desvelos constantes y toda esta mezquina y ruin campaña burguesa la tienen abatida. A esto viene a añadirse la infamia de mis enemigos que, incapaces de atacarme objetivamente, se vengan de su impotencia volcando sobre mí sus viles sospechas burguesas y las infamias más inconcebibles... Yo, por mí, me reiría de todas esas basuras, naturalmente, que no me quitan el sueño ni interrumpen un instante mis trabajos, pero ya comprenderás que a mi mujer, que no está bien de salud, que pasa los días enteros sumida en todas estas ingratas miserias burguesas, con el sistema nervioso destrozado, no le sirve precisamente de alivio que todos los días desfilen por aquí imbéciles para traer y llevar las fétidas emanaciones de las cloacas democráticas. Es increíble la indiscreción a la que llega en esto cierta gente". Hacía algunos meses –en marzo– habían tenido una niña, Francisca: el parto, aunque feliz, había postrado a su mujer unos días en cama, "más por preocupaciones burguesas que por causas físicas"; no había un centavo en toda la casa "y eso que, por lo visto, no hace uno más que explotar a los obreros y querer alzarse con la dictadura", le escribía Marx a Engels con tono de amargura.

Para él, encontraba refugio y consuelo inagotable en los trabajos científicos. Se pasaba los días, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, en la biblioteca del British Museum. Refiriéndose a los devaneos de Kinkel y Willich, escribía: "Esos simplones democráticos a quienes les viene la inspiración 'de lo alto' no necesitan, naturalmente, imponerse semejantes esfuerzos. ¿Para qué van a torturarse, esos hombres afortunados, con el estudio de los materiales económicos e históricos? ¡Es todo tan sencillo!, como solía decirme aquel pobre diablo de Willich. ¡Sí, es todo muy sencillo! En sus cabezas vacías. Ellos, ellos sí que son sencillos". Marx confiaba en terminar su *Crítica de la economía política* en unas pocas semanas, y salió inmediatamente a

buscar editor, sin que sus esfuerzos hicieran más que acarrearle nuevas decepciones.

En mayo de 1851 se trasladó a Londres un amigo fiel, en quien Marx podía confiar y con el que se mantuvo en estrecho contacto durante varios años: Fernando Freiligrath. Pero a este acontecimiento feliz no tardó en seguirle una mala noticia. El 10 de mayo fue detenido en Leipzig, durante un viaje de propaganda como enviado de la Liga Comunista, el sastre Nothjung, y los papeles que llevaba encima delataron a la policía la existencia de la organización. Inmediatamente fueron detenidos en Colonia los miembros del Comité Central; Freiligrath pudo escapar de las fuertes penas, sin sospechar siquiera el peligro que lo amenazaba. A su llegada a Londres, no hubo fracción ni fraccioncita entre los emigrados alemanes que no quisiera tener en sus filas al famoso poeta, pero este declaró que solo estaba con Marx y con sus fieles. Asimismo, se negó a acudir a una asamblea convocada para el 14 de julio y encaminada a saldar las diferencias existentes entre los emigrados. El intento fracasó, como habían fracasado todos los anteriores, y no sirvió más que para provocar nuevas discordias. El 20 de junio se fundó la Liga de Agitación, bajo el influjo espiritual de Ruge, y el 27 de Junio el Club de la Emigración, dirigido espiritualmente por Kinkel. Entre los dos organismos empezó a librarse desde el primer día un duelo encarnizado, principalmente en los periódicos de Estados Unidos.

Marx esparcía, naturalmente, mordaces sátiras sobre esta "guerra de ranas y ratas", a las que los caudillos repelían, tanto unos como otros, con sus procedimientos y su manera de pensar. En 1848, la *Nueva Gaceta del Rin* había comentado, con una especie de cariño artístico, los esfuerzos de Ruge por "redactar la razón de los sucesos", aunque tampoco faltaran en sus columnas algunas recias andanadas contra "Arnoldo Winkelried Ruge", el "pensador pomeranio", cuyas obras eran "el albañil" en quien venían "a refluir toda la fraseología y todas las contradicciones de la democracia alemana". Pero, pese a todo su confusionismo político, Ruge era, desde luego, otra clase de hombre que Kinkel, quien, desde su evasión de la cárcel, no hacía más que darse aires de personaje en Londres, "tanto en las tabernas como en los salones", según la frase de Freiligrath. Para Marx, este personaje cobró cierto interés al asociarse con Willich para especular fantásticamente sobre una nueva revolución organizada en base a una sociedad por acciones. El 14 de septiembre de 1851 desembarcaba Kinkel en Nueva York, con el encargo de acercarse a los refugiados prestigiosos como garantes de un anticipo nacional alemán, "por la suma de dos millones de dólares para fomentar la revolución

republicana inminente" y la formación de un fondo provisional de 20.000 táleros. Kossuth tuvo en un principio la genial idea de cruzar el Océano con aquel revolucionario pordiosero. Pero, aun entregado modestamente a sus fuerzas, Kinkel llevó la campaña con todas las de la ley; tanto el maestro como el discípulo predicaban en unos Estados contra la esclavitud y en otros en pro de ella.

Mientras los otros perdían el tiempo en esas aventuras, Marx iba entablando relaciones serias y eficaces con el Nuevo Mundo. En medio de sus agobios, cada vez mayores –"es casi imposible seguir viviendo de este modo", le escribía a Engels el 31 de julio–, todavía le quedaba tiempo para pensar en editar, junto a Guillermo Wolff, una correspondencia litografiada para los periódicos americanos; en este pensamiento estaba ocupado cuando, pocos días después, recibió del *New York Tribune*, el periódico más leído de Estados Unidos, por medio de uno de sus redactores, Dana, a quien conocía de los tiempos de Colonia, la invitación para colaborar de un modo constante en sus columnas. Como todavía no dominaba el inglés lo suficiente como para escribir en ese idioma, Engels lo sustituyó en los inicios, redactando una serie de artículos sobre la revolución y la contrarrevolución alemana. A poco de esto, Marx, por su parte, daba a la luz un trabajo alemán en el mercado estadounidense.

5. *EL 18 BRUMARIO*

José Weydemeyer, el viejo amigo de Bruselas, había pasado los años de la revolución luchando denodadamente desde la redacción de un periódico democrático de Frankfurt. Pero el periódico había sido suprimido por la contrarrevolución, cada vez más insolente, y desde que la policía descubrió la Liga Comunista, entre cuyos afiliados más entusiastas estaba él, Weydemeyer tenía a los sabuesos pisándole los talones.

Al principio se ocultó "en una tranquila taberna de Sachsenhausen", dispuesto a esperar que pasara la tormenta y a emplear su ocio en redactar una economía política vulgarizada para el pueblo; pero la atmósfera, lejos de limpiarse, se iba recargando cada vez más, y "a la larga, ni el diablo podía soportar aquello de andar escondido, deambulando por los rincones". Como hombre casado y padre de dos criaturas, no le ofrecían grandes perspectivas para salir adelante Suiza ni Londres, razón por la cual se decidió a emigrar a Estados Unidos.

Marx y Engels se resistían a perder de vista al fiel amigo. Era en vano que Marx se estrujase el cerebro buscando el modo de ubicarlo

como ingeniero, geómetra de los ferrocarriles o lo que fuera, "pues una vez allí, al otro lado del charco, ¿quién nos garantiza que no vas a perderte en el Far West? No nos sobran los buenos elementos y la gente capacitada, para que vayamos a dejarte ir tan tranquilamente". Sin embargo, si no podía ser de otro modo, también tenía sus ventajas el poseer un representante inteligente y capaz de la causa comunista en la metrópoli del Nuevo Mundo. "Una persona solvente como él es precisamente la que nos faltaba en Estados Unidos, y al fin y al cabo Nueva York también está en el mundo, y Weydemeyer es un hombre del que uno puede estar seguro de encontrar siempre que se lo necesite", escribía Engels. Aprobaron, entonces, los planes del amigo y el 29 de septiembre Weydemeyer embarcaba en el Havre para llegar a Nueva York, después de una tormentosa travesía de alrededor de cuarenta días.

El 31 de octubre, Marx le había enviado ya una carta aconsejándole que se estableciera como editor, para publicar en tiradas aparte los mejores artículos de la *Nueva Gaceta del Rin* y de su revista. Cuando Weydemeyer, después de maldecir en todos los idiomas a aquel espíritu mercantilista que en ningún lado de la tierra imperaba con tan repugnante desnudez como en el Nuevo Mundo, le notificó que ya a comienzos de enero esperaba poder lanzar un semanario bajo el título de *Revolución*, y que le rogaba que le enviaran rápidamente trabajos, Marx, todo fuego y pasión, se apresuró a agitar a todas las plumas comunistas, empezando por la de Engels, avisó a Freiligrath, del que Weydemeyer deseaba sobre todo una poesía, y comprometió también a Eccarius, a Weerth y a los dos hermanos Wolff. Criticó a Weydemeyer que en los anuncios de su revista no hubiese puesto también el nombre de Guillermo Wolff: "Ninguno de nosotros posee un estilo tan popular como el suyo. Es un hombre extraordinariamente modesto; razón de más para evitar cuidadosamente toda apariencia de que se prescinde o se cree poder prescindir de su colaboración". En cuanto a él, le anunciaba, además de un extenso estudio sobre una reciente obra de Proudhon, un trabajo acerca del "18 brumario de Luis Bonaparte[36]", comentando el golpe de Estado bonapartista del 2 de diciembre, que constituía por entonces el gran acontecimiento de la política europea y que había desencadenado una serie inacabable de publicaciones.

Entre ellas, había dos principalmente que se habían hecho famosas, generándole a sus autores ingresos considerables; el propio Marx habría

[36] Marx, K. (2005): *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Longseller, Buenos Aires. También se lo puede leer en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm.

de explicar más tarde las diferencias que separaban a estos comentarios del suyo, en los términos siguientes: "El *Napoleon le Petit*, de Víctor Hugo, se limita a lanzar unas cuantas diatribas crudas e ingeniosas contra el editor responsable del golpe de Estado. El hecho en sí mismo es, para él, como un rayo que bajara del límpido cielo. No ve en él más que un acto despótico, obra del arbitrio individual de una persona. No advierte que, con esto, lo que hace es engrandecer a esa persona en vez de empequeñecerla, reconociéndole un poder personal de iniciativa que no tendría paralelo en la historia del mundo. Por otra parte, el *Coup d'État* de Proudhon pretende explicar el golpe de Estado como producto de una evolución histórica que lo precede. Pero, sin saber cómo, resulta que la construcción histórica del golpe de Estado se convierte entre sus manos en una apología histórica del héroe de la jornada. Cae en el vicio de todos esos historiadores que se proclaman objetivos. Yo demuestro, por el contrario, que la lucha de clases creó en Francia condiciones y circunstancias que le permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe". Al publicarse, la obra de Marx pareció una pobre cenicienta, al lado de sus encumbradas hermanas, pero hoy estas ya no son más que polvo y ceniza, mientras que la de Marx resplandece con la luz de lo imperecedero.

En este trabajo, en el que destellan el espíritu y el ingenio, se aplica, con una maestría a la que nadie hasta entonces había llegado, la concepción materialista de la historia para investigar hasta los más recónditos fondos de un suceso contemporáneo. La forma no desmerece en nada al contenido. Todo es maravilloso en este libro. Empezando por el parangón magnífico de las primeras páginas: "Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que solo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse

atrás y las circunstancias mismas gritan: *¡Hic Rhodus, hic salta!* ¡Aquí está la rosa, ahora a bailar!" Y acabando con aquellas palabras proféticas y contundentes del final: "Cuando por fin el manto imperial caiga en los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la columna de Vendôme".

¡Y en qué condiciones produjo esta obra admirable! El que Weydemeyer tuviera que "parar" su semanario por falta de recursos, a partir ya del primer número, no era lo peor. "La crisis de trabajo –escribía desde Estados Unidos– que reina aquí desde el otoño, en proporciones jamás conocidas, opone grandes obstáculos a toda nueva empresa. A esto hay que añadir los diferentes procedimientos con los que se ha venido explotando a estos obreros de algún tiempo a esta parte: primero Kinkel, luego Kossuth, y la mayor parte de esta gente es lo bastante estúpida para entregarle un dólar a sus enemigos antes que un centavo a los defensores de sus intereses. El suelo americano ejerce una influencia corruptora sobre esta gente, y al mismo tiempo les da no sé qué arrogancia, haciéndolos mirar por encima del hombro a sus camaradas del Viejo Mundo". Sin embargo, Weydemeyer aún no pierde las esperanzas de poder resucitar su semanario como revista mensual; creía tener bastante con 200 miserables dólares para llevar a cabo la empresa.

Más grave era que Marx se sintiera enfermo, ya desde el 1 de enero, pudiendo trabajar solo a duras penas: "Hace muchos años que no me siento tan abatido, con este maldito padecimiento de las hemorroides, ni cuando caía sobre mí la lluvia de las injurias francesas". Pero lo que más lo agobiaba era la "basura del dinero", que no le dejaba ni un instante de respiro: "Hace una semana –escribía el 27 de febrero– que me veo reducido a la agradable situación de no poder salir de casa por tener todos los sacos empeñados, ni puedo tampoco probar un bocado de carne por falta de crédito". Por fin, el 25 de marzo pudo enviarle a Weydemeyer la última remesa de original, acompañada de una felicitación por el nacimiento de un pequeño revolucionario, que su amigo anunciaba: "¡Magnífico momento para venir al mundo! Cuando puede irse en siete días de Londres a Calcuta, ambos estaremos ya decapitados o dando ortigas. ¡Y Australia y California y el Océano Pacífico! Los nuevos ciudadanos del universo no acabarán de comprender cuán pequeño era nuestro mundo". Las grandiosas perspectivas de la historia humana le bastaban a Marx para conservar la alegría y el equilibrio espiritual en medio de todos sus apuros personales.

Días tristes le esperaban. En una carta fechada el 30 de marzo, Weydemeyer tuvo que hacerle comprender que no había ya esperanza de que su obra se publicara. Esta carta no se ha conservado, pero sí su eco, en otra, violentísima, de Guillermo Wolff, fechada el 16 de abril, el mismo día en que se enterró a otro hijo de Marx, "rodeados de oscuridad por todas partes y abandonados del modo más horrible por casi todos los amigos"; una carta llena de amargos reproches contra Weydemeyer, que tampoco vivía en un lecho de rosas y que hacía cuanto podía por su amigo.

Aquellas fueron unas Pascuas espantosas para Marx y su familia. El hijo muerto era la niña que había nacido hacía un año. En el diario de su madre encontramos estas palabras conmovedoras: "En la Pascua de 1852 se nos enfermó la pobrecita Francisca de una aguda bronquitis. Tres días estuvo luchando la pobre criatura entre la vida y la muerte. Sufrió mucho. Su cuerpito inanimado yacía en el cuartito trasero; los demás nos pasamos todos juntos al de adelante, y al caer la noche nos acostamos sobre el suelo. Allí estaban, con nosotros, los tres niños que aún nos vivían, y todos lloramos al angelito, cuyo cuerpo frío yacía ahí al lado. Su muerte ocurrió por los días en que mayor era nuestra pobreza. Corrí a casa de un emigrado francés, que vivía cerca de nosotros y que nos visitó días antes. Me recibió con mucho cariño y me dio dos libras esterlinas. Con ellas compramos la cajita en la que mi pobre niña reposa en el cementerio. La pobrecita se encontró sin cuna al nacer, y estuvo a punto de serle negado también el último refugio". En este día negro llegó la carta de Weydemeyer, con su mensaje de desgracia. Marx estaba preocupadísimo por su mujer, que hacía dos años que veía fracasar todas sus iniciativas.

Sin embargo, por aquellas horas de infortunio, llevaba ya una semana navegando una nueva carta de Weydemeyer, fechada el 9 de abril y que comenzaba así: "Una ayuda inesperada ha venido a vencer, finalmente, las dificultades que se oponían a la impresión del folleto. Después de enviarte la última carta, me encontré con uno de nuestros obreros de Frankfurt, un sastre, emigrado también este verano, que puso a mi disposición, inmediatamente, todos sus ahorros, unos cuarenta dólares". Gracias a este obrero pudo ver la luz pública, ya entonces, el *18 Brumario*. Weydemeyer no lo nombra siquiera, ¿pero qué importa su nombre? Lo que guiaba a este obrero era la conciencia de clase del proletariado, que jamás se cansa de sacrificarse generosamente por su emancipación.

Weydemeyer hizo del *18 Brumario* una tirada de mil ejemplares, de los cuales una tercera parte pasó a Europa, pero sin ponerse a la venta en las librerías; estos ejemplares fueron distribuidos por amigos del partido en Inglaterra y sobre todo en el Rin. No hubo ningún librero, ni aun los "radicales", suficientemente valiente como para poner a la venta un libro tan "inoportuno", ni se encontró tampoco nadie que quisiera editar la traducción inglesa hecha por Pieper y retocada por Engels.

Una circunstancia vino a aumentar el apuro que tenía Marx por encontrar editor: el proceso de los comunistas de Colonia, que siguió al golpe de Estado bonapartista.

6. EL PROCESO DE LOS COMUNISTAS DE COLONIA

Desde las detenciones efectuadas en mayo de 1851, Marx había seguido con vivo interés el curso de la investigación, aunque, por el momento, apenas podía hacerse nada, pues la acción judicial se paralizaba a cada instante, por falta de "hechos objetivos para la acusación", como lo atestiguaba incluso el Ministerio Fiscal del Tribunal de Apelación de Colonia. A los once acusados no se les pudo probar sino que estaban afiliados a una sociedad secreta de propaganda, hecho que el Código Penal no castigaba.

Pero era voluntad del rey que la "valiosa personalidad" de Stieber llevara adelante su "ensayo", brindando al público prusiano el espectáculo, tanto tiempo y con tanta justicia anhelado, de un complot descubierto y –sobre todo– reprimido, y Stieber era demasiado buen patriota para no plegarse a la voluntad de su señor y rey. Para comenzar dignamente, empezó con un robo con fractura, haciendo que uno de sus secuaces forzara la mesa del despacho de un tal Oswaldo Dietz, secretario en la Liga de Willich. Su certera intuición policíaca le decía que en los manejos irreflexivos e imprudentes de este grupo encontraría para el logro de su augusta misión posibilidades que el "partido de Marx" no le brindaba.

En efecto: valiéndose de algunos documentos robados y de todo tipo de espionajes, soplones y demás recursos policíacos, en los que la policía bonapartista, en vísperas del golpe de Estado, lo ayudó muy eficazmente, consiguió urdir una especie de "complot franco-alemán en París", que fue pretexto para que el jurado de París, en febrero de 1852, condenara a penas de prisión más o menos largas a unos cuantos desdichados obreros alemanes. Pero, por mucho que Stieber desplegó sus artes, no pudo conseguir establecer relación

alguna entre esto y los acusados de Colonia; el "complot franco-alemán" no proyectaba sobre ellos ni la sombra de una prueba. Por el contrario, lo que hacía era poner de relieve la enemistad existente entre el "partido de Marx" y "el partido de Willich-Schapper". En la primavera y el verano de 1852, estas diferencias se agudizaron, tanto más en cuanto Willich seguía haciendo causa común con Kinkel, cuyo regreso de Estados Unidos volvía a alimentar las discrepancias, ya de por sí bastante grandes, que reinaban entre los emigrados. Los emisarios no habían conseguido reunir los 20.000 dólares que se calculaban como fondo indispensable para el empréstito nacional revolucionario, sino solamente la mitad, y los emigrados democráticos no solo se quebraban las cabezas, sino que incluso llegaban a estrellárselas materialmente, discutiendo a qué habrían de destinarse esos fondos. Por último, se dispuso depositar las mil libras esterlinas –el resto se había ido en gastos de viaje y otras atenciones– en el Banco de Westminster, para las necesidades más apremiantes del primer gobierno provisional que se instituyera. No pudo dárseles tal empleo pero, por lo menos, todo aquel enredo condujo, después, a un resultado bastante satisfactorio: quince años más tarde, los famosos fondos ayudarían a la prensa de la socialdemocracia alemana a vencer no pocas dificultades, en sus comienzos.

No se habían acallado todavía los clamores en torno a este tesoro de los Nibelungos, cuando Marx y Engels retrataron a los héroes de los dos bandos de unos cuantos plumazos, que desgraciadamente no han pasado a la posteridad. El motivo ocasional de esto fue un coronel húngaro llamado Banya, que se les presentó con una patente extendida de su puño y letra por Kossuth, en la que se lo acreditaba como presidente de policía de los emigrados húngaros. En realidad, el tal Banya era un espía cosmopolita, y pronto habría de desenmascarar su condición, entregando al Gobierno prusiano el trabajo que Marx le confiara para un librero de Berlín. Marx lo puso inmediatamente en evidencia por medio de una denuncia firmada por él y publicada en la *Gaceta Criminal de Nueva York*, pero el trabajo se perdió sin que, hasta la fecha, haya podido recuperarse. Si el Gobierno prusiano pensaba que, al apoderarse de él, encontraría datos comprometedores para el proceso de Colonia, perdía el tiempo.

En sus esfuerzos desesperados por encontrar pruebas contra los reos, había ido dilatando la difusión pública del proceso por una cosa u otra, con lo cual no hacía más que aumentar la expectativa del distinguido público, hasta que, por fin, en octubre de 1862, no tuvo

más remedio que levantar el telón y dar comienzo al espectáculo. Como, a pesar de todas las deslealtades de la policía, no había manera de probar que los acusados tuvieran algo que ver con "el complot franco-alemán", es decir, con un complot fraguado por los secuaces de la policía durante su prisión preventiva, en el seno de una organización con la que vivían en abierta hostilidad, Stieber se decidió a dar un golpe sensacional, exhibiendo el "libro original de actas del partido de Marx": es decir, el libro de actas de las sesiones en las que Marx y sus correligionarios habían discutido aquellos planes infames para sacar de quicio el mundo entero. El tal libro de actas era una vil falsificación preparada en Londres por los secuaces Carlos Fleury y Guillermo Hirsch, bajo la dirección del teniente de policía Greif. No era necesario entrar en el análisis del absurdo contenido, para comprender que se trataba de una falsificación: bastaba fijarse en la forma y el aspecto externo del documento; pero Stieber contaba con la estupidez burguesa de los jurados, cuidadosamente escogidos, y con la severa fiscalización del correo, para cortar todo posible esclarecimiento desde Londres.

Sin embargo, este indecente plan fracasó por la energía y la agudeza con las que Marx supo hacerle frente, a pesar de no encontrarse preparado para una campaña agotadora, que habría de durar varias semanas. El 3 de septiembre le escribía a Engels: "Tengo a mi mujer enferma, a Jennita enferma, a Lenita con una especie de fiebre nerviosa. Al médico no podía ni puedo llamarlo, dado que no tengo dinero para medicamentos. Hace ocho o diez días que vengo alimentando a mi familia con pan y papas, y vamos a ver cuánto dura... He tenido que suspender los artículos para Dana, por no tener dinero para comprar periódicos... Lo mejor que podría ocurrirme sería que la señora de la casa me lanzara a la calle. Por lo menos, de este modo me vería exento de una partida de veintidós libras. Pero no hay que esperar de ella tanta complacencia. Pon encima al panadero, al lechero, al tipo del té, al de las hortalizas, la vieja deuda con el carnicero. No sé cómo voy a salir de este atranco. En estos ocho o diez últimos días, no he tenido más remedio que pedir prestados unos cuantos chelines y peniques a obreros; es lo que más odio, pero he tenido que hacerlo para no perecer". Así de desesperada era su situación por aquellos días, en los que hizo frente a adversarios poderosísimos; pero luchando se olvidaba, como su mujer, de todas las angustias domésticas.

Aún era dudoso el triunfo, cuando la mujer de Marx le escribía a un amigo estadounidense: "Todas las pruebas de la falsificación fueron

aportadas desde aquí, con lo cual mi marido se pasaba trabajando los días y las noches. Luego, había que copiarlo todo hasta seis y ocho veces, enviando las copias a Alemania por los más diversos conductos, por Frankfurt, París, etcétera, pues todas las cartas dirigidas a mi marido y las enviadas por él a Colonia eran intervenidas y secuestradas. En realidad, toda la lucha gira entre la policía y mi marido, a quien se le quiere achacar todo, hasta la dirección del proceso. Perdone usted que le escriba de un modo tan confuso, pero también yo he tenido que trabajar en esta empresa, y los dedos me arden de tanto copiar, A eso se debe el barullo de esta carta. En este momento llegan, mandados por Weerth y Engels, paquetes enteros de direcciones de comerciantes y de cartas comerciales imaginarias, para poder despachar más seguros los documentos. Nuestra casa está convertida en una gran oficina. Dos o tres personas escriben, otras andan de acá para allá, otras se ocupan de afilar los lápices para que los copistas puedan seguir escribiendo y aportando las pruebas de este escándalo inaudito en el que se halla complicado todo el mundo oficial. De vez en cuando se oye cantar y silbar a mis tres pobres niños, y su papá los llama al orden con palabras severas. ¡Crea usted que es una hermosura!"

Marx salió triunfante de esta lucha; la falsificación de Stieber pudo probarse a tiempo, y el Ministerio Fiscal no tuvo más remedio que renunciar al "desdichado libro de actas" como medio probatorio. Pero el triunfo fue fatal para una buena parte de los acusados. Aquellas cinco semanas de debates pusieron al desnudo un cúmulo tal de infamias policíacas, alentadas por las autoridades superiores del Estado prusiano, que la absolución de todos los acusados hubiera marcado ante el mundo con un hierro candente a ese Gobierno. Para que esto no sucediera, los jurados prefirieron violentar su honor, condenando por tentativa de alta traición a siete de los once procesados; al tabaquero Roser, al escritor Bürgers y al oficial sastre Nothjung a seis años, al obrero Reiss, al químico Otto y al abogado Becker a cinco años, y finalmente a Lessner, del gremio de sastres, a tres años de prisión. Fueron absueltos el dependiente Ehrhardt y los médicos Daniels, Jacoby y Klein. Pero uno de estos cuatro, pese a salir absuelto, encontró el castigo más duro de todos: Daniels murió poco años después de la tuberculosis que contrajera en la celda, durante el año y medio de prisión preventiva; Marx, a quien la viuda transmitió, en una carta conmovedora, el último saludo de su marido, experimentó una gran tristeza por aquella muerte.

Las demás víctimas de este *vergonzoso proceso* lo sobrevivieron muchos años, y algunos volvieron a encontrar acomodo en el mundo burgués, como Bürgers, que llegó a diputado progresista del Reichstag, y Becker, alcalde de Colonia y diputado prusiano años más tarde, y elemento muy bien considerado en el palacio y en el Gobierno por sus elevados sentimientos patrióticos. Pero no todos abandonaron sus banderas; Nothjung y Roser, fieles a la causa, militaron en el movimiento obrero moderno, en sus primeros tiempos, y Lessner sobrevivió bastantes años a Marx y a Engels, entre cuyos camaradas más leales del destierro se contaba.

Después del proceso de Colonia, se disolvió la Liga Comunista, y tras ella, poco después, el grupo de Willich-Schapper. Willich emigró a Estados Unidos, donde habría de conquistar una merecida fama como general de los Estados del Norte en la guerra de secesión, y Schapper retornó arrepentido junto a sus antiguos camaradas.

Entretanto, Marx se disponía a fustigar ante el mundo aquel sistema que había triunfado de un modo tan poco airoso ante el jurado de Colonia. Para esto, puso por escrito las revelaciones del célebre proceso contra los comunistas, que se proponía publicar en Suiza y, de ser posible, en Estados Unidos. El 7 de diciembre les escribía a sus amigos estadounidenses: “Les dará cierta gracia el folleto sabiendo que su autor, al escribirlo, estaba poco menos que recluido en su propia casa por falta de zapatos y de prendas de vestir; amenazado, además, como lo está todavía, de ver caer la miseria más espantosa sobre su familia. El proceso terminó de acorralarme, pues me obligó a dedicar cinco semanas enteras a trabajar por el partido contra las confabulaciones del Gobierno, abandonando todo otro trabajo lucrativo. Además, espantó a los libreros alemanes, con quienes yo esperaba cerrar trato para obtener algún dinero”. Pero el 11 de diciembre, Schabelitz hijo, que se había hecho cargo de la editorial, le escribía a Marx desde Basilea, diciéndole que ya estaba leyendo las primeras pruebas de galera. “Tengo la convicción de que el folleto producirá una gran sensación, pues es una obra maestra”. Schabelitz tenía proyectado imprimir dos mil ejemplares y venderlos a 10 silbergrosen, dando por supuesto que le secuestrarían al menos una parte de la edición.

Desgraciadamente, se la secuestraron toda, al pretender pasarla desde un pueblito de la frontera de Badén, donde estuvo seis semanas almacenada, al interior de Alemania. El 10 de marzo, Marx le comunicaba a Engels la mala noticia, con estas amargas palabras: “¡Y

todavía quieren que no pierda uno las ganas de escribir en estas condiciones! ¿Va uno a pasarse la vida entera trabajando *pour le roi de Prusse*[37]?" No pudo saberse cómo había ocurrido la cosa; los recelos que Marx tenía en un principio contra el editor no tardaron en disiparse. Schabelitz le comunicó que se disponía a distribuir en Suiza 500 ejemplares que había retenido, aunque no parece haber llevado a la práctica la idea; además, el asunto dejó en Marx un amargo resabio cuando, tres meses más tarde, el socio del editor, Amberger, se descolgó pasándole una cuenta de 424 francos por los gastos de impresión.

Lo que no pudo conseguirse en Suiza se consiguió en Estados Unidos, aunque claro está que aquí la publicación de las revelaciones no inquietaba tanto al Gobierno prusiano. Aparecieron en las columnas de la *New England Gaceta* de Boston, y Engels mandó a hacer a su costo 440 tiradas aparte, para difundirlas con ayuda de Lassalle por la provincia del Rin. La mujer de Marx sostuvo con este motivo una correspondencia con Lassalle, el cual desplegó bastante entusiasmo, aunque por las cartas cruzadas no hay manera de comprobar si se alcanzó o no el fin perseguido.

La publicación encontró un vivo eco en la prensa germano-americana, movilizada contra Marx por Willich, lo cual obligó a aquel a escribir un nuevo folleto polémico contra el atacante, publicado a fines de 1853 con este título: "El caballero de la noble conciencia". No vale la pena arrancar este escrito polémico del pasado en que yace. Como suele ocurrir en estos casos, ambas partes pecaron lo suyo, y Marx, triunfante en el empeño, no tuvo inconveniente en renunciar a su victoria. Ya en 1860 decía, hablando de los primeros años de emigración, que su defensa más brillante no había sido otra cosa que una transacción entre su historia y la historia contemporánea de los gobiernos y de la sociedad burguesa; y que, exceptuadas unas cuantas personas, solo podían reprochárseles sus ilusiones, más o menos justificadas por las circunstancias, y sus tonterías, producto necesario de la extraordinaria situación en la que, de repente y sin esperarlo, se había visto colocado.

Al preparar, en 1875, la segunda edición de sus revelaciones, Marx vaciló un instante acerca de si debía o no suprimir el capítulo dedicado a la fracción Willich-Schapper. Finalmente lo dejó estar, por parecerle que toda mutilación del texto equivalía a la falsificación de un documento histórico. Pero le añadió estas líneas: "La represión

[37] "Para el rey de Prusia".

violenta de una revolución deja en las cabezas de sus actores, sobre todo de los lanzados por ella al destierro desde su escenario natal, una conmoción que turba, durante un período más o menos largo, el conocimiento, aun de los más capaces. No aciertan a encontrar el rumbo de la historia, no se resignan a ver que la forma del movimiento ha cambiado. Y así se embarcan en aventuras conspirativas y en jugarretas pseudorrevolucionarias, igualmente comprometedoras para sí mismos y para la causa a la que sirven"; así se explican los errores de Schapper y Willich. Este ha demostrado en la guerra de secesión que era algo más que un fantaseador, y Schapper, campeón del movimiento obrero toda su vida, reconoció y confesó, a raíz de fallarse el proceso de Colonia, su momentáneo extravío. Muchos años después, en su lecho de muerte, un día antes de fallecer, hablaba con mordaz ironía de aquellos "tiempos atolondrados de la emigración", Por otra parte, las circunstancias en que estas revelaciones fueron escritas explican la dureza de ciertos ataques contra los que, sin darse cuenta, estaban sirviendo al enemigo común. "En momentos de crisis, el perder la cabeza equivale a delinquir contra el partido, y este delito reclama pública expiación". Magnificas palabras, sobre todo en tiempos en los que la preocupación por el "buen tono" campea sobre el respeto a la claridad de los principios.

Peleada una batalla y conquistada una victoria, Marx no era hombre de rencores mezquinos. En 1860, recogiendo algunas crudas alusiones de Freiligrath a los "elementos equívocos y repudiables" que se habían insinuado en la Liga, concedía más de lo que necesitaba conceder, cuando replicaba de este modo: "Las tormentas levantan siempre basura, las épocas revolucionarias no huelen nunca a agua de rosas, y nadie puede librarse en ellas de verse salpicado de lodo. Es natural; no hay escape". Pero enseguida añadía, con mucha razón: "Por lo demás, si se tienen en cuenta los esfuerzos sobrehumanos desplegados contra nosotros por todo el mundo oficial, y que, para aniquilarnos, vuelca sobre nosotros todo el Código Penal, si prestamos atención a todas las injurias que sobre nosotros vierte el hocico de esa 'democracia de la estupidez' que no podrá nunca perdonar a nuestro partido el tener más inteligencia y más carácter que ella, si nos detenemos a estudiar la historia contemporánea de todos los demás partidos y, por último, nos preguntamos qué es lo que, en realidad, se puede aducir contra el nuestro, llegaremos a la conclusión de que, en todo el siglo XIX, no hay ningún otro que se caracterice por su pureza".

Disuelta la Liga Comunista, se rompieron los últimos lazos que unían a Marx con la vida pública de su país. A partir de ahora, el destierro, "la patria de los buenos", se convertiría en su segunda patria.

CAPÍTULO VIII
ENGELS-MARX

1. GENIO Y SOCIEDAD

Decimos que Marx encontró en Inglaterra su segunda patria, pero conviene no tomar demasiado al pie de la letra este concepto. Es cierto que mientras estuvo en suelo inglés nadie lo molestó en su obra de agitación revolucionaria, que en última instancia tampoco se dirigía contra Inglaterra. El Gobierno de aquel "pueblo avaro y envidioso de mercaderes" poseía una dosis mayor de autoestima y de conciencia de sí mismo que los gobiernos del continente; estos, acusados por la voz de su conciencia, no sabían más que enviar a la policía, armada de picos y lanzas, a perseguir a sus adversarios, aun cuando no se salieran del terreno de la discusión y la propaganda.

Pero en otro sentido mucho más profundo, Marx no podía tener allí una segunda patria, cuando había penetrado, con mirada genial, en la verdadera entraña de la sociedad burguesa. La suerte del genio en el seno de esta sociedad es un capítulo en sí mismo, un largo capítulo, acerca del cual corren las opiniones más dispares, desde la inocente confianza en Dios del filisteo, para quien el genio acaba siempre triunfando, hasta aquellas palabras melancólicas de Fausto:

¡Ay del que muerde el fruto de la verdad y, necio insigne, no acierta a callarse sino que va ante el pueblo a confesarse: acaba siempre en la hoguera o en la cruz!

El método histórico desarrollado por Marx nos permite ahondar bastante en este problema. El filisteo le augura a todo genio el triunfo, más tarde o más temprano, precisamente por ser un filisteo, y si hay genios que no acaban en la cruz ni en la hoguera, es porque al final se resignan a no ser tampoco más que eso: filisteos. Jamás la sociedad burguesa habría acordado reconocer como prestigioso a un Goethe o a un Hegel si no hubieran vestido casacas.

La sociedad burguesa, que en este aspecto no es más que la forma más representativa de una sociedad de clase, tendrá todos los méritos que se quiera, pero nadie podrá afirmar que haya sido nunca una patria hospitalaria para el genio. Ni podría serlo aunque quisiera, porque precisamente en eso reside el rasgo intrínseco y característico

del genio, en sacar a la luz el impulso creador de una fuerza humana original contra los hábitos y las tradiciones, asaltando las barreras de las que tiene que rodearse toda sociedad de clase para poder vivir. Aquel solitario cementerio de la isla de Sylt que da albergue a los cadáveres anónimos arrojados por el mar en sus playas, ostenta esta inscripción piadosa: "La cruz del Gólgota es la patria de los expatriados". He aquí, retratada de un modo inconsciente, pero no por ello menos certero, la suerte del genio en nuestra sociedad: expatriado de ella, solo encuentra una patria al pie de la cruz del Gólgota[38].

A menos que se concilie de una u otra manera con la sociedad de clase en la que vive. Puesto al servicio de la sociedad burguesa para derribar la feudal, pareció conquistar un inmenso poder; pero este poder, que no era más que de apariencia, se desmoronó en cuanto quiso erigirse en autárquico, y el esplendor terminó en el monte de Santa Elena. Otras veces, el genio va a refugiarse en la casaca del buen burgués y, debajo de ella, llega a ministro del gran duque de Sajonia en Weimar o a profesor del rey de Prusia en Berlín. Pero ¡ay del genio que se enfrenta, independiente e inasequible, con la sociedad burguesa, que sabe leer en sus trabas internas la inminencia de su ruina y forja las armas que han de encajarle el golpe de muerte! Para este genio, la sociedad burguesa no guarda más que suplicios y tormentos, menos imponentes acaso en su aspecto exterior, pero interiormente mucho más crueles que la cruz del martirio de la sociedad antigua y las hogueras de la Edad Media.

Entre los hombres geniales del siglo XIX ninguno sufrió tan terriblemente bajo este destino como Carlos Marx, el más genial de todos. Desde los primeros años de su actividad pública, tuvo que luchar a brazo partido con la miseria diaria, y en Londres fue recibido por el destierro con todo tipo de calamidades; pero lo que podemos llamar su suerte verdaderamente prometeica comenzaba ahora, cuando tras largos y agotadores esfuerzos por imponerse, en la plenitud de sus fuerzas, se pasó años y décadas enteras acorralado día tras día por la privación más espantosa, por la degradante angustia del pan cotidiano. Y murió sin haber conseguido asegurarse una posición, por modesta que fuese, en el seno de la sociedad burguesa.

Y no es que llevase, ni mucho menos, una de esas vidas que el filisteo, en el sentido vulgar y orgiástico de la palabra, llama "genial". Su gigantesco vigor solo era igualado por su gigantesca aplicación. El

---

[38] Calvario o Gólgota es el nombre dado al monte o colina de las afueras de Jerusalén donde tuvo lugar la crucifixión de Jesús.

exceso de trabajo que colmaba sus días y sus noches comenzó a minar muy pronto su salud de hierro. Decía que la imposibilidad de trabajar era la sentencia de muerte para quien no fuese una bestia, y en sus labios estas palabras eran una amarga realidad. Una vez, enfermo y en reposo durante varias semanas, le escribía a Engels: "En estos días, totalmente incapacitado para trabajar, he leído las siguientes obras: *Fisiología*, de Carpenter, ídem de Lord, *Histología*, de Kolliker, *Anatomía del cerebro y del sistema nervioso*, de Spurzheim, y la obra de Schwann y Schleiden sobre la grasa celular". Y con todo esto este afán insaciable y acuciante de saber, Marx mantuvo siempre lo que había dicho de joven: que el escritor no podía trabajar para ganar, aunque se viera forzado a ganar para trabajar; jamás negó "la imperiosa necesidad de tener un trabajo lucrativo", que él sentía bien de cerca.

Pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ira o el odio, en el mejor de los casos contra el miedo, de un mundo hostil. Editores alemanes que presumían de su independencia, retrocedían asustados ante el nombre del desacreditado demagogo. No había partido alemán que no contribuyera a difamarlo, y si los trazos puros de su figura lograban destacarse entre aquella niebla artificial, la perfidia del silencio sistemático les hacía un vacío infame. Nunca el más grande pensador de una nación se le ocultó durante tanto tiempo y tan celosamente a los ojos de esta como en el caso de Marx.

La única relación que le daba, en Londres, un poco de terreno firme en el cual poder pisar, era la que mantenía con la *New York Tribune* y que sostuvo durante más de diez años, a partir de 1851. Con sus doscientos mil suscriptores, la *Tribune* era por entonces el periódico más leído y más rico de Estados Unidos, que además se había corrido un poco del plano puramente comercial de las empresas capitalistas con su campaña de agitación en pro del fourierismo. Las condiciones concedidas a Marx para su colaboración no eran, de por sí, desfavorables; se le encargaban dos artículos por semana, pagándole por cada uno la cantidad de dos libras esterlinas. Esto hubiera sumado una renta anual de unos cuatro mil marcos, con los cuales habría podido sostenerse, incluso en Londres, sin excederse mucho, por supuesto. Freiligrath, que se jactaba en broma de comer "el bife del destierro", no obtenía mayores ingresos de su actividad industrial.

No se trataba, naturalmente, ni por asomo, de juzgar si los honorarios asignados a Marx por el periódico correspondían al valor literario y científico de sus colaboraciones. Una empresa periodística capitalista se atiene a los precios del mercado, cosa perfectamente

lícita en la sociedad burguesa. Marx no exigía tampoco más, pero lo que sí podía exigir, aun de la sociedad burguesa, era que se le respetara el contrato de trabajo celebrado con él, y acaso también que se estimara un poco su trabajo. El comportamiento del periódico y de su director dejaba mucho que desear en este aspecto. Dana, que teóricamente se decía furierista, era en la práctica un yanqui acartonado; su socialismo se reducía, según dijo Engels en un momento de furia, a los desplantes y las fanfarronerías de un pequeñoburgués. Y aunque sabía perfectamente el colaborador que tenía en Marx, vanagloriándose no poco de él ante sus suscriptores y plagiando muchas veces como obra suya, en notas de redacción, las cartas que aquel le dirigía, provocando de vez en cuando la indignación legítima de su autor, no omitía ninguna de las desconsideraciones a las que el explotador capitalista se cree autorizado con el trabajador al que explota. No solo le reducía el sueldo a la mitad cuando los negocios iban mal, sino que se negaba rotundamente a pagarle los artículos no publicados, reservándose el derecho, que usaba extendidamente, de tirarlos al cesto de basura cuando no le placían. A veces, pasaban tres y hasta cuatro semanas enteras sin que ninguno de los trabajos enviados por Marx viera la luz. Tampoco se portaban mejor los dos o tres periódicos alemanes en los que logró una transitoria acogida, como la *Wiener Presse*. Con razón podía decir que sus trabajos periodísticos le rendían menos de lo que ganaba cualquier cajista de imprenta.

En 1853 anhelaba ya un par de meses de soledad y recogimiento para poder trabajar científicamente: "Me parece que no voy a conseguirlo nunca. Ya estoy cansado de tanto rellenar periódicos. Me roba muchísimo tiempo, me dispersa y no sirve para nada. Sí, todo lo independiente que se quiera, pero siempre sujeto al periódico y a su público, sobre todo, cuando se cobran los trabajos al contado, como yo. La actividad científica es algo completamente distinto a esto". Otro era ya el tono de sus palabras después de trabajar unos cuantos años bajo el suave cetro del director del *Tribune*: "Es en verdad repugnante verse condenado a tener que considerar como una suerte que le admitan a uno a trabajar en un papel secante de estos. Machacar huesos, molerlos y hacerlos sopa, como hacen los pobres en la *Workhouse*: a eso se reduce toda la actividad política a la que uno está condenado en tales empresas". Marx compartió toda su vida la suerte del proletariado moderno, no solo por la penuria con la que siempre vivió, sino también, y sobre todo, por la inseguridad y la zozobra de su existencia.

Cosas que antes solo sabíamos de un modo vago, las conocemos hoy en detalle, con un detalle que emociona, por sus cartas a Engels; por ellas sabemos que una vez se vio recluido en casa por no tener zapatos que calzar ni abrigo que ponerse, que otra vez se pasó una temporada sin disponer de los centavos necesarios para comprar papel para escribir ni periódicos, que en otra ocasión tuvo que salir a la caza de unos sellos de correos para poder enviarle un original al editor. Añádanse las disputas eternas con los tenderos y revendedores que le suministraban lo estrictamente necesario para vivir y a quienes no podía pagar. Y no hablemos del casero, amenazándolo a toda hora con embargarle los muebles. Y como último y constante refugio la casa de empeños, cuyos intereses usureros venían, encima, a comerle los últimos recursos, aquellos que hubieran podido ahuyentar de los umbrales de su casa al fantasma negro de la miseria.

Pero la miseria no se detenía en el umbral, sino que se sentaba a su mesa. Habituada desde su infancia a una vida fácil, su generosa mujer se tambaleaba entre las penurias de aquella vida de agobios y maldeciría, seguramente, alguna que otra vez su suerte. En las cartas de Marx no faltan vestigios de escenas domésticas, y hay un pasaje en el que dice que la mayor necedad que puede cometer un hombre de aspiraciones generales es casarse, atándose de pies y manos a las pequeñas miserias de la casa y la familia. Pero, siempre que los lamentos de su mujer lo impacientaban, la disculpaba y la justificaba, afirmando que ella sufría mucho más que él todas las humillaciones, calamidades y tormentos de su vida, no pudiendo tampoco refugiarse en el asilo de la ciencia, donde él encontraba la calma. El ver a sus hijos privados de muchas de las alegrías inocentes de la niñez los angustiaba a ambos por igual.

Esta triste suerte del genio se remontaba a las alturas de lo trágico por el hecho de que Marx abrazaba voluntariamente esta vida de tormento, sobreponiéndose a todas las tentaciones para arribar al puerto de salvación de una profesión burguesa, que hubiera podido desempeñar muy honrosamente. Por qué no lo hizo, nos lo dice él mismo con palabras simples y sobrias, sin asomo de afectación: "Yo necesito navegar hacia mi meta derechamente, y no puedo consentir que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero". Las cuñas de Efesto no clavaron a este Prometeo a la roca, sino a una voluntad de hierro, encaminada siempre a los fines más altos de la humanidad, con la seguridad inexorable de una aguja magnética. Todo su ser estaba hecho de acero flexible. Y es maravilloso ver cómo, en la misma carta en la que acaba de hablarnos de la miseria que lo

oprime, se para con asombrosa elasticidad para afrontar los problemas más difíciles, con la tranquilidad de espíritu del sabio a quien ni el más mínimo cuidado material le pone un surco en la frente pensadora.

Pero esto no quiere decir que no sintiera los golpes que la sociedad burguesa le daba. Sería de un necio estoicismo preguntar qué significan penas como las que Marx sufrió, para el genio destinado a imponerse a la posteridad. Sin incurrir en la vanidad tonta de esos literatos que no están contentos si no ven todos los días su nombre en el periódico, es evidente que toda energía productiva y creadora necesita que se le respete la órbita precisa para su desarrollo, y que el eco que despierta le infunda nuevas fuerzas para nuevas creaciones. Marx no era uno de esos charlatanes adoctrinadores y cargados de virtudes que tanto abundan en los dramas y en las novelas de mal gusto, sino un hombre afable y cordial, como lo era Lessing, y también él hubiera podido escribir aquellas palabras que desde su lecho de muerte dirigiera el gran crítico del teatro a su más viejo amigo de la infancia: "Sabes bien que no he sido nunca un hombre ansioso de fama. Pero la frialdad con la que el mundo suele manifestarse ante ciertas personas, dándoles a entender que no hacen nada a su gusto, es algo que mata, o por lo menos paraliza, cualquier energía". Es la misma amargura que tiñe las palabras de Marx cuando exclama, en vísperas de su quincuagésimo cumpleaños: "¡Medio siglo de trabajo, y siempre pobre!" Otra vez exclamaba que prefería mil veces hundirse cien metros bajo tierra que seguir vegetando de aquel modo. O bien se escapaba de su pecho el grito desesperado de que no quisiera ver ni a su peor enemigo patalear en el lodazal en el que él estaba hundido desde hacía ocho semanas, furioso, sobre todo, de que aquellas infamias le destrozaran la inteligencia y la capacidad de trabajo.

Pero no se crea que Marx fue nunca, a pesar de todo, un "perro horriblemente triste", como alguna vez, en tono de chiste, dijo de sí mismo. Seguramente que tiene más razón Engels al asegurar que en su amigo nunca tuvo albergue la tristeza. Marx se complacía en decirse de carácter duro, y esta dureza se fue fortaleciendo más y más sobre el yunque de la adversidad. El cielo risueño que se tendía sobre sus trabajos juveniles fue cubriéndose poco a poco de negras nubes de tormenta, de las que salían sus ideas como rayo incendiario, y sus juicios acerca de enemigos e incluso, alguna que otra vez, de amigos, cobraron con el tiempo una agudeza afilada y cortante, que no hería solamente a las almas débiles.

Marx no era, como algunos piensan, un frío y seco demagogo; pero no están menos desorientados los que, teniendo alma celosa de sargento, pretenden hacer de este luchador un títere carente de rigidez.

2. UNA ALIANZA SIN IGUAL

Sin embargo, Marx no debió el triunfo de su vida solamente a sus propias fuerzas, por poderosas que estas fueran. En cuanto puede humanamente juzgarse, hubiera sucumbido más temprano o más tarde y de un modo u otro, de no encontrar en Engels al amigo de cuya lealtad y espíritu de sacrificio podemos hoy formamos una idea completa por su correspondencia, ya publicada.

La calidad de esta amistad no tiene par en la historia. Nunca faltaron, ni faltan tampoco en la historia alemana, esos amigos célebres, tan identificados que entre ellos no hay mío ni tuyo, pero siempre queda en el fondo un residuo arisco de obstinación o de independencia, aunque no sea más que una secreta y recatada repugnancia a renunciar a esa personalidad que es, según las palabras del poeta, "la suprema dicha de los hijos de la tierra". Así, un Lutero no veía en Melanchthon, en resumidas cuentas, más que al erudito flojo de ánimo, y este en aquel al tosco labrador, y no hace falta tener demasiada percepción para penetrar, en las cartas intercambiadas entre Goethe y Schiller, en la secreta disonancia que reinaba entre el gran consejero de la corte de Weimar y el modesto poeta. La amistad que unía a Marx y a Engels estaba libre de este fondo de miseria humana; cuanto más se entretejían sus ideas y su obra, más resaltaba la personalidad propia de cada uno de ellos.

La diferencia de personalidades se notaba ya en su aspecto exterior. Engels era un germano, rubio, esbelto, con modales ingleses, según lo atestigua un observador de la época; pulcramente vestido siempre, se veía en él la disciplina no solo del cuartel, sino de la oficina en la que trabajaba: decía que con seis viajantes de comercio se comprometía él a organizar una rama de la Administración mil veces mejor y más eficazmente que con sesenta jefes de negocios, los cuales no sabían siquiera escribir legiblemente y hacían que uno les tomara odio, con sus garabatos, a todos los libros; con toda la respetabilidad propia de un bolsista de Manchester, hecho para los negocios y las diversiones de la burguesía inglesa, para sus cacerías de zorros y sus banquetes de Navidad. Engels era el obrero de la inteligencia y el luchador que en una casita situada en las afueras de la ciudad tenía albergado un

amor, una muchacha irlandesa de pueblo, en cuyos brazos iba a descansar cuando se sentía demasiado fatigado de los conflictos y las luchas de los hombres.

Marx era la otra cara de esta moneda: recio, fornido, con sus ojos chispeantes y su melena de león, negra como el ébano y clara muestra de su origen semita; lento en sus movimientos; un buen padre de familia agobiado, al margen de toda la vida social y mundana, en aquel centro cosmopolita, entregado al incesante trabajo de la inteligencia, comiendo apurado para volver a él, absorbido por él hasta altas horas de la noche; pensador incansable, para quien no había placer más alto que el pensamiento, auténtico heredero, en esto, de Kant, de Fichte y sobre todo de Hegel, de quien gustaba de repetir una frase: "El pensamiento más criminal de un malvado es más sublime y más grandioso que todas las maravillas del cielo", si bien sus pensamientos incitaban infatigablemente a la acción; poco práctico para las cosas pequeñas y genialmente práctico para las grandes; incapaz para llevar un presupuesto doméstico, pero de una capacidad incomparable para levantar y conducir un ejército que habría de cambiarle la cara al mundo.

Y si el estilo es el hombre, también como escritores mediaban entre ellos grandes dificultades. Los dos eran, cada cual a su modo, maestros del lenguaje, y los dos también genios para las lenguas: ambos dominaban toda una serie de idiomas y hasta de dialectos extranjeros. En esto, Engels superaba a Marx, pero cuando escribía en su lengua materna, aunque solo fuesen cartas –y mucho más, naturalmente, cuando eran otras obras– se ajustaba al idioma propio, libre de todos los pliegues y modismos extranjeros, aunque sin caer nunca en las ridículas exageraciones de los puristas. Escribía lisa y llanamente, con una transparencia y una fluidez tales que se pueden leer hasta en el fondo de la agitada corriente de su discurso.

Marx escribía con más premura y con un estilo más difícil. En las cartas de su juventud, semejantes en esto a las de Heine, se lo ve todavía claramente debatiéndose con el lenguaje, y en las escritas en sus años maduros, sobre todo las de Inglaterra, hay una jerga de alemán, inglés y francés, todo mezclado. También en sus obras abundan los términos extranjeros más de lo necesario, sin que falten en ellas, tampoco, anglicismos y galicismos, pero su dominio del alemán es tan grande que no puede ser traducido sin sufrir un gran deterioro. Engels, leyendo un capítulo de su amigo traducido al francés, en una versión cuidadosamente retocada por Marx, se

lamentaba de que aquellas páginas perdieran toda la fuerza, la savia y la vida. Goethe escribía a Frau V. Stein: "En materia de metáforas, no tengo nada que envidiarle a los refranes de Sancho Panza"; la plasticidad del lenguaje de Marx podía competir con los grandes "metafóricos", Leasing, Goethe y Hegel. Marx hacía suya aquella frase de Lessing de que en una expresión perfecta el concepto y la imagen formaban un todo como hombre y mujer; la sabiduría universitaria, empezando por el viejo magíster Guillermo Roscher y acabando por el docente titular más joven de nuestros días, habría de castigarlo duramente por este talento, echándole en cara el no haberse sabido expresar más que de un modo vago, "a fuerza de imágenes". Marx no acostumbraba a llevar hasta el fin los problemas tratados, sino que prefería dejarle al lector un margen para la reflexión; su discurso era como el juego de las olas sobre el fondo purpúreo del mar.

Engels reconoció siempre en Marx la superioridad del genio; a su lado, no quiso destacarse nunca en primer plano. Pero, en realidad, jamás fue un mero intérprete o auxiliar, sino que fue siempre un colaborador autónomo; su talento, si bien no se confundía con el de Marx, no era inferior a él. El propio Marx habría de confirmar, pasados veinte años, en una carta dirigida a su amigo, que, en los orígenes de su amistad y en una materia de decisiva importancia, Engels había aportado más de lo que había recibido: "Te constan dos cosas: primero, que a mí me llega todo más tarde, y segundo, que no hago más que seguir tus pasos", Engels, más rápido y expeditivo, se movía con más desenvoltura, y, si bien su mirada era lo suficientemente aguda y penetrante como para llegar enseguida al punto central de un problema o de una situación, no era, en cambio, lo bastante profunda para ponderar todo los pros y los contras que la decisión podía aparejar. Claro está que esta falta es, en un hombre de acción, una gran ventaja, y Marx no adoptaba ninguna resolución política sin antes pedirle consejo a Engels, quien solía dar enseguida en el clavo.

Era natural, dada esta corriente de fuerzas, que los consejos de Engels no fuesen tan fecundos en el terreno teórico como en materia política. Aquí, Marx solía llevar la delantera y nunca prestó oídos a las sugerencias de Engels para que terminara cuanto antes su obra científica capital: "No sé cuándo te convencerás de que no tienes por qué ser tan concienzudo en tus cosas y de que está sobradamente bien para el público. Lo principal es que lo escribas y se publique; las faltas que le encuentres no van a verlas los asnos". En este consejo se retratan de cuerpo entero los dos: Engels dándolo y Marx no siguiéndolo.

Por lo dicho se comprende que Engels estaba mejor preparado que Marx para la actividad periodística cotidiana; era –dice un amigo común de ambos– "una verdadera enciclopedia, dispuesto siempre a trabajar a cualquier hora del día o de la noche, bien comido o bebido o en ayunas, ligero de pluma e instruido como el diablo". Parece ser que, después de fracasada en otoño de 1850 la *Nueva Revista del Rin*, planearon una publicación sostenida por ambos: al menos, hay una carta de Marx y Engels, fechada en diciembre de 1853, en la que le dice esto; "Si hubiésemos emprendido a tiempo en Londres el negocio de la correspondencia, ni tú estarías ahora en Manchester, abrumado en la oficina, ni yo aquí, abrumado por las deudas". Si Engels optó por el puesto mercantil en la empresa de su padre, anteponiéndolo a las perspectivas de aquel "negocio", fue seguramente teniendo en cuenta la situación desoladora en la que se encontraba Marx y en espera de tiempos mejores, pero no porque fuera su propósito entregarse para toda la vida al "maldecido comercio". En la primavera de 1854, volvió a su cabeza la idea de retornar a Londres para seguir la carrera de escritor; fue la última vez que se vio asaltado por ella; a partir de entonces, tomó la firme resolución de aceptar para siempre el odioso yugo, no solo para poder ayudar a su amigo, sino para que el partido no perdiera su primera inteligencia. De otro modo, ni Engels hubiera podido realizar el sacrificio ni Marx aceptarlo; pues no se sabe qué requería más firmeza de juicio, si brindarlo o recibirlo.

Antes de verse elevado a copartícipe de la empresa, Engels, como simple empleado, no disfrutaba, ni mucho menos, de una situación próspera; pero desde el primer día en que se instaló a vivir en Manchester no hizo más que ayudar a su amigo incansablemente. Los billetes de una libra, de cinco, de diez, y luego de cien, pasaban de sus manos a Londres sin cesar. Y Engels no perdía nunca la paciencia, aunque Marx y su mujer, cuyo talento administrativo para el presupuesto doméstico no debía de ser muy grande, lo hicieran pasar por duras pruebas. Ocurrió una vez que Marx se olvidó de avisarle de una letra librada sobre él, encontrándose desagradablemente sorprendido el día de su vencimiento; en casos como este, Engels no hacía más que menear la cabeza con amistoso reproche. Otra vez, una de tantas en las que procedió a sanear su presupuesto doméstico, la mujer de Marx, con muy buena fe pero equivocadamente, ocultó una partida importante, con objeto de saldarla con sus ingresos caseros, volcando así, a pesar de toda su buena voluntad, los cimientos para nuevos agobios; Engels dejó al amigo la sentencia, un poco disimulada, de indignarse contra la "necedad de las mujeres", a las que

"no se las podía dejar de la mano", conformándose con esta advertencia bondadosa: procura que en lo sucesivo no vuelva a ocurrir.

Pero Engels no se limitaba a trabajar para su amigo durante el día, en la mesa del despacho y en la Bolsa, sino que sacrificaba también, en buena parte, las horas de descanso, desde la tarde hasta bien entrada la noche. Al principio, lo hacía para redactar o traducir las correspondencias inglesas para la *New York Tribune*, cuando todavía Marx no manejaba literalmente el inglés; pero aquella colaboración silenciosa y modesta continuó incluso después de desaparecer el motivo originario.

Y, sin embargo, todo esto no es nada comparado con el sacrificio más doloroso que realizara Engels, renunciando a la actividad científica para la que estaba capacitado por sus magníficas cualidades y su capacidad de trabajo poco común. Para tener idea de esto, hay que leer la correspondencia intercambiada por ambos, y fijarse por ejemplo, aunque solo fuera esto, en los estudios filológicos y de ciencia militar a los que Engels se consagraba con preferencia, debido a una "inclinación antigua" y, también, a las exigencias prácticas de la cruzada de emancipación del proletariado. Odiando como odiaba a los "autodidactas", y siendo sus métodos científicos de trabajo siempre sólidos y concienzudos, distaba mucho de ser, como distaba Marx, un simple erudito de biblioteca, y cada nuevo conocimiento adquirido le era doblemente precioso con tal de que pudiese ayudar enseguida a aliviar al proletariado de sus cadenas.

Se consagró al estudio de las lenguas eslavas, por la "consideración" de que "por lo menos uno de nosotros" habrá de prepararse para la acción próxima conociendo el idioma, la historia, la literatura y las instituciones sociales de las naciones con las cuales vamos a entrar inmediatamente en tensión. Los conflictos orientales lo llevaron al estudio de las lenguas orientales; el arábigo lo intimidaba, con sus cuatro mil raíces, pero "el persa es, como lenguaje, un juego de chicos"; esperaba dominarlo en tres semanas. Luego, vinieron las lenguas germánicas: "estoy metido de lleno en el Ulfilas, y ya tengo ganas de terminar de una vez con ese maldito gótico, que hasta ahora he estudiado de salto en salto. Con gran asombro, veo que sé mucho más de lo que creía y, si consigo una ayuda, espero que en dos semanas pueda despacharlo. Luego, les llegará el turno a las viejas lenguas nórdica y sajona, en las que tampoco estoy muy fuerte. Hasta ahora, trabajo sin diccionario ni ayuda alguna, nada más que con el texto gótico y el Grimm, al que encuentro magnífico".

Al plantearse, allá por la década del sesenta, la cuestión del Sleswig-Holstein, Engels se puso a estudiar "algo de filología y arqueología friso-inglesa-jutlandesa-escandinava", al reencenderse la cuestión irlandesa, "algo de celta e irlandés", etcétera. En el Consejo permanente de la Internacional, sus grandes conocimientos lingüísticos le prestaban servicios valiosos. "Engels tartamudea en veinte idiomas", se comentaba en aquellos momentos de excitación en los que se lo oía chasquear la lengua, en medio de sus discursos.

Sus rápidos y concienzudos estudios de ciencia bélica le valieron el sobrenombre de "general". También aquí se aliaban la "antigua inclinación" y las necesidades prácticas de la política revolucionaria. Engels contaba con la "enorme importancia que la *partie militaire* habría de cobrar en el próximo movimiento". Los oficiales que se pasaron al campo del pueblo durante los años de la revolución no habían dado muy buenos resultados. "No hay quien desarraigue de esta multitud de soldados –escribía Engels– su repugnante espíritu de cuerpo. Se odian unos a otros mortalmente; la más pequeña distinción obtenida produce en los demás una envidia de chico de escuela, pero contra la 'paisanería' son todos uno". La ambición de Engels, en sus estudios militares, era poder alzar la voz en los debates teóricos sin quedar en descubierto.

Apenas instalado en Manchester, se puso a "estudiar cosas militares", empezando por "lo más simple y ordinario, lo que exigían en los exámenes de ingreso de las academias y que, por lo tanto, había que suponer sabido por todos". Se puso a estudiar toda la organización del ejército, hasta en sus detalles técnicos más minuciosos: estadística elemental, sistema de fortificaciones, desde Vauban hasta el sistema moderno de los fuertes aislados, construcción de puentes y atrincheramientos de campaña, ciencia de las armas y construcción de cureñas de campo, sistema sanitario de los dispensarios, etcétera; finalmente, se consagró al estudio de la historia general de las guerras, aplicándose con especial cuidado a las obras del inglés Napier, del francés Jomini y del alemán Clausewitz.

Lejos de clamar contra la inmoralidad de las guerras, siguiendo las huellas superficiales del liberalismo, Engels se dedicó a estudiar la razón histórica de estos fenómenos, con lo cual provocó más de una vez la furia declamatoria de la democracia. Y si años antes un Byron había derramado su furia en ascuas sobre los dos caudillos que en la batalla de Waterloo le dieron el golpe de muerte al heredero de la Revolución Francesa como abanderados de la Europa feudal, quiso el

azar, de un modo muy significativo, que Engels, en sus cartas a Marx, trazara de Blücher y de Wellington dos siluetas históricas rapidísimas, pero tan claras y certeras que no necesitan rectificación ni retoque, aun dentro del estado actual de la ciencia de la guerra.

Engels tenía asimismo preferencia por las ciencias naturales, sin que tampoco en este terreno pudiera concluir sus investigaciones durante aquellos años en los que tuvo que entregarse a la actividad comercial para abrirle paso a los trabajos científicos más importantes de su amigo.

Todo esto era una tragedia, pero Engels no se lamentaba; ya estaba curado, como su amigo, de todo sentimentalismo. Consideró siempre como la mayor dicha de su vida el haber podido vivir cuarenta años al lado de Marx, aun a costa de que su figura gigantesca lo ensombreciera. Y cuando, al morir su amigo, se lo reconoció, durante más de diez años, como la figura preeminente del movimiento obrero internacional, no vio en esto una legítima reparación. Al contrario, siempre declaró que se le atribuía un mérito mayor al que le correspondía.

La amistad de estos dos hombres, entregados de lleno a una causa común a la que ambos ofrendaban un sacrificio, si no el mismo, igualmente grande, sin un mínimo de jactancia ni de lamentos, constituye una alianza sin par en nuestra historia.

CAPÍTULO IX
LA GUERRA DE CRIMEA Y LA CRISIS

1. POLÍTICA EUROPEA

Hacia fines de 1853, por los días en que Marx, mediante su pequeño panfleto contra Willich, daba por liquidada su campaña contra el "barullo democrático de la emigración y los anhelos revolucionarios", se abría, con la guerra de Crimea, un nuevo período de la política europea, al que habría de consagrar su atención vigilante durante los próximos años.

Sus opiniones acerca de la situación están expuestas principalmente en los artículos del *New York Tribune*. Por mucho que este periódico se esforzaba por rebajarlo a la categoría de simple corresponsal, Marx podía afirmar con razón que "solo se ocupaba excepcionalmente de escribir corresponsalías periodísticas en sentido estricto". Se mantenía fiel a sí mismo, como en todo, y ennoblecía estos trabajos lucrativos de su pluma, construyéndolos con laboriosos estudios e infundiéndoles, así, un valor de perpetuidad.

En gran parte, estos tesoros siguen sepultados, y no será tarea fácil sacarlos a luz. El *New York Tribune* trataba los envíos de Marx como materiales en bruto, por decirlo así, tirándolos al cesto de basura o al mar bajo su propio edificio, según su capricho, cuando no se le ocurría, que era con frecuencia, publicarlos como obra de la misma redacción. Todo esto dificulta extraordinariamente la identificación de los trabajos enviados por Marx al periódico estadounidense.

Desde hace relativamente poco, disponemos de una orientación valiosa para este fin en la correspondencia intercambiada por Marx y Engels. Gracias a esta, sabemos por ejemplo que la serie de artículos sobre la revolución y la contrarrevolución en Alemania, que se atribuían a Marx, fueron, en su mayor parte, obra de Engels, y sabemos también que este no se limitaba a redactar los artículos militares para el *New York Tribune*, como ya sabíamos, sino que colaboraba en el periódico con bastante asiduidad. Además de la ya mencionada serie de artículos, se han reunido también los publicados en las columnas del periódico sobre la cuestión oriental, pero esta colección es todavía más dudosa que la otra, en lo que incluye y en lo que deja fuera, aunque no se atribuya, como esta, a un falso autor.

Pero este análisis crítico no es el más difícil. Por mucho que Marx aumentara el nivel de la actividad periodística cotidiana, no podía sacarla fuera de sus propios cauces. No hay genio, por grande que sea, capaz de hacer nuevos descubrimientos o de alumbrar nuevas ideas dos veces por semana, coincidiendo precisamente con la salida del vapor, cada martes y cada viernes. Además, esta tarea diaria tiene que estar a la fuerza pendiente de las noticias del día y del ambiente, si no quiere acartonarse y caer en el aburrimiento. ¿Qué serían los cuatro voluminosos tomos de la correspondencia entre Marx y Engels, sin las cien contradicciones entre las que se movían, a través de las cuales avanzaban las grandes líneas directivas de su pensar y batallar?

Hoy, estas grandes directrices de su política europea, iniciada con la guerra de Crimea, están ya perfectamente claras, aun sin los abundantes materiales que esperan en las columnas de la *New York Tribune* a la mano que los saque de nuevo a la luz. En un cierto sentido, podemos decir que los autores dieron un viraje en círculo. El *Manifiesto comunista,* como más tarde la *Nueva Gaceta del Rin,* concentraba sus miradas en Alemania. Después, el periódico abogó apasionadamente por la independencia de Polonia, Italia y Hungría, y finalmente predicó la guerra contra Rusia, donde veían la más fuerte reserva de la contrarrevolución en Europa. Pero luego redirigió esta demanda de guerra cada vez más hacia Inglaterra, con lo cual la revolución social salía del reino de la utopía para entrar en la esfera de la realidad.

Esta "esclavitud anglo-rusa" que pesaba sobre Europa, fue la que Marx tomó de punto de partida para orientar su política europea ante la guerra de Crimea. Aclamaba esta guerra en cuanto prometía refrenar un poco la supremacía europea conquistada por el zarismo con la contrarrevolución triunfante, pero distaba mucho de identificarse con los procedimientos que las potencias occidentales empleaban contra Rusia. Y lo mismo pensaba Engels, para quien la guerra de Crimea era una gigantesca comedia de enredos, en la que había que preguntarse a cada paso: ¿quién es aquí el engañado? Los dos veían en este conflicto, tal como se involucraban Francia y sobre todo Inglaterra, una pseudoguerra, pese al millón de víctimas humanas y de los millones de libras que había acumulado como costo.

Y lo era, en efecto, en el sentido de que ni el falso Bonaparte ni Lord Palmerston, ministro de Asuntos Extranjeros de Inglaterra, aspiraban a tocar en el nervio vital al coloso ruso. Tan pronto como estuvieron seguros de que Austria frenaba la ola rusa en la frontera occidental,

desplazaron la guerra hacia Crimea, donde, después de un año de asedio, lograron conquistar la mitad de la fortaleza de Sebastopol. Con estos laureles, bien pobres por cierto, se conformaron, para terminar "suplicando" al "vencido" que les permitiera embarcar a sus tropas y volverlas, indemnes, a su país.

Era fácil ver por qué el falso Bonaparte no se atrevía a desafiar al zarismo a un duelo a matar o morir, pero los motivos de Palmerston no eran tan claros. Los gobiernos del continente le temían como a un agitador revolucionario, y los liberales de Europa lo admiraban como a un modelo de ministro constitucional y liberal.

Marx despejó el enigma, sometiendo a un profundo examen los libros azules y las actas parlamentarias de la primera mitad del siglo, y con ellas a toda una serie de informes diplomáticos depositados en el British Museum, para demostrar que desde los tiempos de Pedro el Grande hasta los días de la guerra de Crimea, los Gabinetes de Londres y Petersburgo no habían dejado de colaborar secretamente, sin que Palmerston fuera más que un instrumento a sueldo de la política zarista. Los resultados de estos estudios no dejaron de promover críticas y discusiones, y todavía es hoy el día en el que se discuten, sobre todo en lo que se refiere a Palmerston, aunque es indudable que Marx supo retratar la política lucrativa y la falta de escrúpulos de este hombre, con todas sus mediocridades y contradicciones, tanto más certeramente que los gobiernos y los liberales del continente, lo cual no quiere decir, necesariamente, que el ministro inglés estuviera a sueldo de Rusia. No nos importa tanto saber si Marx exageraba en esta afirmación, sino más bien definir su verdadera actitud. Jamás se apartaría de ella en lo sucesivo, entendiendo que es misión inexcusable de la clase obrera penetrar en los misterios de la política internacional, para frenar las conspiraciones diplomáticas de los gobiernos, o por lo menos, si otra cosa no era posible, denunciarlas.

Para él, era primordial dar la batalla a la barbarie, cuya cabeza residía en San Petersburgo y cuyos tentáculos llegaban a todos los gabinetes europeos. No solo veía en el zarismo a la gran bastilla de la reacción europea, que ya por el solo hecho de existir constituía una amenaza y un peligro permanentes, sino el enemigo principal, cuyas intromisiones constantes en los negocios del occidente de Europa obstruían y perturbaban el curso normal de las demás naciones, con el solo fin de conquistar posiciones geográficas que le aseguraran su hegemonía en el continente, para oponerse a la emancipación del proletariado europeo. La importancia decisiva atribuida por Marx a esto, influiría en adelante,

de un modo considerable, en su política obrera; mucho más de lo que ya había influido en los años de la revolución.

Aunque Marx, con esto, no hacía más que seguir la senda que ya se trazara en la *Nueva Gaceta del Rin*, ahora aquellas naciones, por cuya gesta de independencia se habían entusiasmado tanto él como Engels desde las columnas de este periódico, pasaban a segundo plano. No es que ninguno de los dos dejara de defender la independencia de Polonia, Hungría e Italia, no solo como un derecho de estos países, sino también como un interés de Alemania y de Europa. Pero ya en el año 1851, Engels dedicaba a los antiguos preferidos estas secas palabras: "Hay que hacerles ver a los italianos, polacos y húngaros, que cuando se discutan los problemas modernos deben morderse la lengua". Meses después hacía saber a los polacos que eran una nación liquidada, útil solamente como instrumento hasta que Rusia fuera arrastrada a la revolución. Los polacos, decía, no habían hecho nunca en la historia más que necedades valientes y camorreras. Ni aun contra Rusia habían hecho nunca nada que tuviese un valor histórico y representara siquiera la función progresiva de la propia Rusia respecto a Oriente. La hegemonía rusa, con todos sus vicios y toda su basura eslava, había llevado la civilización al Mar Negro y al Mar Caspio, al Asia central, a los baskires y a los Tártaros, y Rusia había asimilado muchos más elementos de cultura y sobre todo muchos más elementos industriales que la nación polaca, caballeresca e indolente por naturaleza. Estas afirmaciones estaban teñidas, en buena medida, por la pasión de las luchas entre los exiliados. Más tarde, Engels expresaría un juicio mucho más benevolente sobre Polonia, y en sus últimos años reconocería que había salvado al menos dos veces la civilización europea: con su alzamiento de los años 1792 y 1793, y con su revolución de 1880.

En referencia al héroe más celebrado de la revolución italiana, Marx afirmaba: "Mazzini no ve más allá de las ciudades, con su nobleza liberal y sus ciudadanos ilustrados. Las necesidades materiales de la población del campo italiano –tan explotada y sistemáticamente agobiada y embrutecida como la irlandesa– quedan, naturalmente, fuera del horizonte discursivo de sus manifiestos neocatólico-ideológico-cosmopolitas. Claro está que hace falta mucho valor para decirle a los habitantes de las ciudades y a la nobleza, que el primer paso para la independencia de Italia es la plena emancipación de los campesinos y la transformación de su sistema semicolonial en un régimen burgués de libre propiedad". A aquel Kossuth que tan altaneramente se movía en Londres le hizo saber Marx, por medio de

una carta abierta dirigida a su amigo Ernesto Jones, que las revoluciones europeas no eran otra cosa que la cruzada del trabajo contra el capital. No podían, en consecuencia, degradarse al nivel social y espiritual de un pueblo oscuro y semibárbaro como eran los magiares, estancado todavía en la semicivilización del siglo XVI e ilusionado con la quimera de eclipsar la magnificencia de Alemania y de Francia, y de arrancarle un aliento sonoro a la crédula Inglaterra.

Pero donde más se apartaba Marx de las tradiciones de la *Nueva Gaceta del Rin* era en lo referente a Alemania, debido a que ahora, lejos de concentrar en ella su atención, la dejaba casi por completo al margen. Es cierto que Alemania representaba por entonces un papel indeciblemente triste en la política europea, pudiendo pasar casi por un pachá ruso, pero, por explicable que ella fuera, la falta de contacto directo de Marx y Engels con la realidad alemana, que duró varios años, fue, en cierto respecto, realmente fatal. Y, sobre todo, el desdén que ambos, como oriundos de las provincias anexadas del Rin, habían sentido siempre contra el Estado prusiano, se recrudeció en los tiempos de Manteuffel-Westphalen hasta extremos que no podían estar en mayor desproporción con su inteligencia para comprender la realidad.

Testimonio elocuente de esto es el único caso en el que, por excepción, Marx se detiene a analizar la actualidad prusiana. Fue hacia fines del año 1856, cuando Prusia se fue a las manos con Suiza por la cuestión de Neuenburg. Este episodio movió a Marx, como le escribiría a Engels con fecha 2 de diciembre de 1856, a completar sus "conocimientos, bastante defectuosos, de historia prusiana", para llegar a la conclusión de que la historia universal no había producido nunca nada más piojoso. Sus manifestaciones en aquella carta y las que, días después, habría de reiterar más largamente en el *People's Paper*, órgano cartista, no nos revelan ni mucho menos el punto más alto de la concepción marxista de la historia. Al contrario, mucho tienen todavía, desgraciadamente, de los lamentos y las quejas contra la honesta democracia que el propio Marx parecía haber desterrado.

El Estado prusiano podía ser y era, sin duda, un bocado indigerible para cualquier hombre culto, pero no era fácil hacerlo agradable al paladar con el chiste y la sátira, hablando del "derecho divino de los Hohenzollern", de sus tres "máscaras o personajes" constantes: el pietista, el sargento y el bufón, burlándose de la historia prusiana como de una "crónica de familia poco limpia" en comparación con la "epopeya diabólica" de la historia austriaca, etcétera; todas cosas que,

si bien explicaban el por qué, dejaban el porque del por qué en el mayor de los misterios.

2. DAVID URQUHART, HARNEY Y JONES

A la vez y en idéntico sentido que en el *New York Tribune*, Marx colaboraba en el periódico de Urquhart y en los órganos cartistas.

David Urquhart era un diplomático inglés que había conquistado cierto prestigio, gracias a su conocimiento profundo de los planes rusos para hegemonizar el mundo y las campañas incansables que librara contra ellos; pero estos méritos se veían contrarrestados por su fanática rusofobia y su igualmente fanático entusiasmo por la causa turca. A Marx se lo ha tildado muchas veces de urquhartista, pero sin razón; tanto él como Engels siempre resaltaron más las exageraciones pintorescas de aquel hombre que sus verdaderos méritos. La primera vez que Engels lo menciona, en marzo de 1853, es para decir sobre él: "tengo en mi casa al Urquhart ese que presenta a Palmerston como a sueldo de Rusia. El tema se explica fácilmente: se trata de un escocés celta, con la cultura propia de un escocés sajón, romántico por sus tendencias y por su formación librecambista. El buen hombre se plantó en Grecia como filohelénico, y después de rondar tres años entre turcos se fue a Turquía, donde se le encendió el entusiasmo por esta nación. Está entusiasmado con el islam y profesa el siguiente principio: si yo no fuese calvinista, no sería más que mahometano". Engels, como se ve, encontraba el libro de Urquhart mera y extremadamente gracioso.

El punto de contacto entre Marx y Urquhart era la campaña contra Palmerston. Marx había publicado en el *New York Tribune* un artículo contra este ministro que, reproducido por un periódico de Glasgow, llamó la atención de Urquhart, y en febrero de 1853 este tuvo una entrevista con Marx, en la que lo recibió con el elogio de que sus artículos eran tan excelentes que parecían escritos por un turco. Como Marx replicó que él era "revolucionista", Urquhart sufrió una gran decepción, debido a que una de sus mantas era que todos los revolucionarios europeos servían, consciente o inconscientemente, a la causa del zarismo, creándoles dificultades a los gobiernos de Europa. "Es un verdadero monomaníaco", le escribía Marx a Engels, comentando la entrevista. Y añadía que no estaba de acuerdo con él en nada, y que así se lo había dicho, fuera del asunto Palmerston, tema en el que el hombre tampoco había precisado de su colaboración.

No conviene, sin embargo, tomar estas manifestaciones confidenciales tan al pie de la letra. Marx, por muchas que fueran sus críticas, reconoció públicamente en repetidas ocasiones los méritos de Urquhart, y no se moderó tampoco para decir que, si bien este no lo había convencido, había influido bastante en él. Era natural, entonces, que no pusiera reparo para entregar de vez en cuando un artículo para el periódico de Urquhart, el *Free Press* de Londres, dando su consentimiento, asimismo, para que difundiera en tiradas aparte algunos de sus trabajos para el *New York Tribune*. Estos panfletos contra Palmerston, de los que se hicieron varias tiradas de 15 y hasta 30 mil ejemplares, produjeron una gran sensación. Pero lo cierto es que Marx no sacó del escocés Urquhart más utilidad que del yanqui Dana.

Era casi imposible que hubiese una relación permanente entre ambos, por el hecho de que Marx era cartista, movimiento al cual Urquhart odiaba doblemente, en tanto librecambista y rusófobo, debido a que percibía en toda expresión revolucionaria el sonido del rublo. El cartismo no se repuso nunca de la fuerte derrota que sufriera el 10 de abril de 1848, pero mientras sus restos lucharon por revivir, Engels y Marx los apoyaron leal y valientemente, colaborando de un modo desinteresado en los órganos dirigidos por Jorge Julián Harney y Ernesto Jones: el *Red Republican*, el *Friend of the People* y la *Democratic Review*, que dirigía el primero, y las *Notes of the People* y el *People's Paper*, redactados por el segundo; todos periódicos de corta vida, menos el último, que se sostuvo hasta 1858.

Harney y Jones integraban la fracción revolucionaria del cartismo y eran de los elementos menos contaminados por la cerrazón insular de horizontes; tenían un papel directivo en la agrupación internacional de los *Fraternal Democrats*. Harney era hijo de marineros, formado en un contexto proletario; se había educado revolucionariamente en la literatura francesa y veía en Marat a su ideal. Tenía un año más que Marx y, por los tiempos en los que este dirigía la *Gaceta del Rin*, trabajaba en la redacción del *Northern Star*, órgano principal del cartismo. Aquí lo conoció en el año 1843 Engels, a quien Harney describió como "un hombre alto, de una juventud casi adolescente, que ya entonces hablaba un inglés maravillosamente correcto". En 1847, Harney conoció también a Marx y se unió a su círculo con mucho entusiasmo.

Su *Red Republican* publicó una traducción al inglés del *Manifiesto comunista*, junto a una nota al pie que decía que era el documento más revolucionario que había conocido el mundo. Su *Democratic*

Review, en tanto, tradujo los artículos de la *Nueva revista del Rin* sobre la Revolución Francesa, presentándolos como la "verdadera crítica" de los hechos de Francia. Pero pronto habría de retornar a su primer amor, en medio del conflicto de la emigración, separándose violentamente de Jones, de Marx y de Engels. Poco después, trasladó su residencia a la isla de Jersey, para pasar luego a los Estados Unidos, donde Engels lo visitó en el año 1888. Algún tiempo después, retornó a Inglaterra, donde murió a una edad avanzada como último testigo de una gran época.

Ernesto Jones descendía de un viejo linaje normando, aunque había nacido y sido educado en Alemania, donde residía su padre como agregado militar del duque de Cumberland, que habría de ser más tarde el rey Ernesto Augusto de Hannover. Este archirreaccionario, a quien la prensa inglesa acusaba de todos los crímenes, con la sola excepción del de suicidio, sacó de la fila al hijo de su agregado militar, pero sin que este padrinazgo ni las relaciones palaciegas de su familia dejaran una huella profunda en el niño. Ya de muchacho dio pruebas de una indomable libertad de espíritu, y de hombre supo resistir todas las tentativas que se hicieron para apresarlo en cadenas de oro. Contaría con unos veinte años cuando su familia retornó a Inglaterra, donde se consagró a las leyes y obtuvo el título de abogado. Sin embargo, sacrificó el porvenir que le aseguraban su gran talento y las relaciones aristocráticas de su familia para abrazar la causa del cartismo, y la defendió con tanto celo que en el año 1848 fue condenado a dos años de prisión. Como castigo por haber traicionado a su clase, sufrió el trato de los delincuentes comunes, pero salió de la celda sin corregirse, y desde el verano de 1850 mantuvo un trato constante con Marx y Engels –por su edad, ocupaba un lugar intermedio entre los dos– que duró cerca de veinte años.

Es cierto que tampoco esta amistad dejó de empañarse en algunos momentos: fueron desacuerdos semejantes a los que enturbiaron las relaciones con Freiligrath, de quien Jones era afín por su talento poético, o con Lassalle, que merecía de Marx un juicio semejante, aunque mucho más severo todavía, al formulado por él acerca de Jones en 1855: "A pesar de toda la energía, perseverancia y dinamismo que hay que reconocer en Jones, lo desperdicia todo con su griterío, su falta de tacto para atrapar todos los pretextos posibles de agitación y su afán inquieto por anticipar las cosas". Más tarde, cuando al disminuir incesantemente la agitación cartista, Jones se fue acercando al radicalismo burgués, habrían de sobrevenir choques aún más fuertes.

Pero, en el fondo, fue una amistad auténtica y sincera. En los últimos años, Jones vivió en Manchester practicando la abogacía, donde murió inesperadamente, en 1869, en la plenitud de sus fuerzas. Engels comunicó la triste noticia a Londres, con unas cuantas líneas de condolencia: "¡otro de los de la vieja guardia que se nos va!" Marx contestó: "La noticia ha producido una profunda pena en esta casa, naturalmente, pues era uno de los pocos viejos amigos". Unos días después Engels anunciaba que una gran procesión había acompañado su entierro, en el mismo cementerio en el que descansaba otro de los integrantes de la vieja guardia, Guillermo Wolff. "¡Fue una verdadera pérdida!", añadía. Después de todo, sus frases burguesas no habían sido más que pura hipocresía, y –terminaba– entre los políticos era el único inglés culto que había abrazado de lleno y verdaderamente la causa revolucionaria.

3. FAMILIA Y AMIGOS

Durante estos años, Marx se mantuvo alejado de los círculos políticos y de casi todo contacto social. Se retrajo por entero a su cuarto de estudio, que solo abandonaba para estar con su familia. Esta contaba desde enero de 1855 con un miembro más, una niña, a quien pusieron por nombre Eleanor.

Marx era, como Engels, un gran amigo de la infancia, y las pocas horas en las que dejaba de trabajar las dedicaba a jugar con sus hijos, que lo idolatraban, a pesar, o acaso por eso mismo, de que renunciaba a toda autoridad paterna sobre ellos; jugaban con él como con un camarada y le decían "el Moro", sobrenombre cariñoso al que le hacían acreedor su pelo negro y su tez morena. "Son los hijos los que tienen que educar a sus padres, y no al revés", solía decir. Le imponían, quisiera o no, el descanso dominical, para tenerlo para ellos el domingo entero. Las excursiones de los domingos por el campo y los descansos en cualquier taberna del camino, donde los excursionistas se sentaban a refrescarse con un vaso de cerveza y a comer un pedazo de pan con queso, eran los pocos momentos en los que el sol lucía entre las negras nubes amontonadas sobre la casa.

El lugar predilecto para estas excursiones eran Hampstead Heath, el campo de Hampstead, una loma sin urbanizar situada al norte de Londres y salpicada de árboles y matas. Guillermo Liebknecht nos describe con mucha gracia estas excursiones dominicales. Hoy, el campo ya no es lo que era hace setenta años, pero desde la vieja

hostería de "Jack Straws Castle", a cuya mesa se sentara tantas veces Marx, se disfruta todavía de una vista espléndida sobre aquel paisaje, con sus pintorescos cambios de valle y montaña, sobre todo los domingos, cuando la colina está poblada por una muchedumbre de gente alegre. Hacia el sur, se alza la gigantesca urbe con sus masas de edificios, coronados por la cúpula de la catedral de San Pablo y las torres de Westminster, en el horizonte lleno de penumbra se dibujan los cerros de Surrey, por el norte se ve una faja de tierra muy fértil y densamente poblada, salpicada de numerosos pueblitos, y hacia occidente se levantan las dos colinas gemelas de Highgate, donde Marx duerme el sueño eterno.

En esta humilde felicidad familiar vino de pronto a incrustarse como un rayo una desgracia; el día de Viernes Santo del año 1855, la muerte le sacó a su único hijo, un muchacho de unos nueve años llamado Edgar, y a quien nombraban cariñosamente como"Musch". Este hijo, que ya daba muestras de su gran talento, era el preferido de la casa y de todos sus amigos. "Ha sido una desgracia tan terrible, que difícilmente pueda describir cuán profundamente me ha afectado", escribía Freiligrath a Alemania.

Las cartas en las que Marx le informa a Engels de la enfermedad y la muerte de su hijo tienen un tono desgarrador. El 30 de marzo, le escribía: "Mi mujer ha estado una semana enferma de pura ansiedad, peor de lo que jamás ha estado. A mí me salta el corazón y me arde la cabeza, pero por supuesto tengo que hacerme el valiente. El niño no ha perdido durante toda la enfermedad, ni un momento, su carácter natural, bondadoso e independiente". Y el 6 de abril: "El pobre Musch ya no existe. Se me quedó dormido –literalmente hablando– en los brazos esta madrugada, entre las cinco y las seis. Jamás olvidaré el consuelo que nos ha proporcionado, en estos días espantosos, tu amistad. Ya comprenderás el dolor que me ha causado la muerte del niño". Y el 12 de abril: "Como podrás suponer, la casa es una desolación desde su muerte. Él era el que la alegraba y le daba vida. Me resulta imposible describir cuánto lo extrañamos. Yo, que he pasado por tantos infortunios, no he sabido hasta ahora lo que era sufrir de verdad... Solo una cosa me ha sostenido de pie, bajo todos estos tormentos espantosos: la idea de ti y de tu amistad, y la esperanza de que, juntos, aún haremos algo que valga la pena en este mundo".

La herida tardó mucho tiempo en cicatrizar. Contestando a una carta de pésame de Lassalle, Marx escribía el 28 de julio: "Dice Bacon que el hombre verdaderamente grande tiene tantos lazos que lo atan

a la naturaleza y al mundo, tantos objetos que despiertan su interés, que puede fácilmente perder uno sin dolor. Yo no me cuento entre esos hombres grandes. La muerte de mi hijo me ha sacudido el corazón y el cerebro, y sigo sintiendo la pérdida tan vivamente como si hubiese ocurrido ayer mismo. Mi pobre mujer también está destrozada". Y Freiligrath le escribía, con fecha 6 de octubre: "Me da mucha, muchísima pena ver que no acabas de sobreponerte a esa pérdida. Son cosas estas en las que no cabe hacer ni aconsejar nada. Comprendo y respeto tu dolor, pero trata de dominarlo, para que él no te domine a ti. Hacerlo no implicará traición alguna a la memoria de tu pobre hijo".

La ida de aquel niño era la culminación de una serie inacabable de enfermedades que venían persiguiendo a la familia desde hacía varios años. En la última primavera, el propio Marx había caído enfermo y, de hecho, nunca terminó de recuperarse. Su principal padecimiento era un problema en el hígado, que creía herencia de su padre. A estas enfermedades contribuían también, en buena parte, la mísera vivienda y el barrio malsano en que estaba ubicada. Durante el verano de 1854 había hecho estragos allí el cólera, atribuyéndose a que los canales de desagüe realizados por entonces pasaban por las fosas en las que estaban enterrados los muertos de peste del año 1665. El médico de la familia no dejaba de decirles que se fueran de aquella "zona embrujada de Soho Square", cuyo aire Marx venía respirando sin interrupción desde hacía varios años. Un nuevo duelo familiar habría de procurarles los recursos necesarios para hacerlo. En el verano de 1856, la mujer de Marx hizo un viaje a Tréveris con sus tres hijas, para abrazar por última vez a su vieja madre. Llegó a tiempo para cerrarle los ojos cansados, después de once días de sufrimiento.

La herencia no era grande; pero unos doscientos táleros fueron para la mujer de Marx, a los que vino a unirse, según parece, otra pequeñez heredada de los parientes de Escocia. Con todo esto la familia pudo, en otoño de 1856, trasladarse a una casita nueva, no lejos de su amado campo de Hampstead, situada en el 9 de la Graftonterrace, Maitlandpark, Haverstockhill. El alquiler anual ascendía a 36 libras. "Comparada con nuestras antiguas madrigueras, es una casa verdaderamente principesca –le escribía la mujer de Marx a una amiga–, y aunque toda la instalación, de los pies a la cabeza, no nos costó más de 40 libras (muchas de las cosas eran de segunda mano), al principio sentía un gran aire en el recibidor. Rescatamos de las manos 'del tío' toda la ropa de cama y los demás recuerdos de la gloria antigua, y una vez más pude disfrutar de aquellas servilletas de

damasco procedentes de Escocia. Y aunque todo aquel idilio duró poco, pues pronto las prendas regresaron, pieza tras pieza, a la misteriosa casa de las tres bolas, por unos días pudimos disfrutar de todas esa comodidad burguesa". Desgraciadamente, fue un respiro muy breve.

Tampoco los amigos se libraron de la parca. Daniels murió en el otoño de 1855, Weerth, en Haití, en enero de 1856, Conrado Schramm a comienzos de 1858, en la isla de Jersey. Marx y Engels trataron de dedicarles unas breves necrologías en la prensa, pero no tuvieron éxito. No paraban de quejarse de que la vieja guardia iba quedando reducida a un puñado de hombres, sin que vinieran nuevas generaciones a reforzarla. Y aunque en un principio se regocijaran en su "aislamiento público" y fuera inquebrantable la seguridad sobre el triunfo con la que los dos solitarios seguían la política europea como si representaran a una potencia más, la pasión de la política era en ambos demasiado fuerte como para no sentir la larga falta de un partido, pues no lo eran, como el propio Marx reconoció una vez, los pocos amigos que los rodeaban. Además, no había entre ellos ninguno que se acercara siquiera a la envergadura de sus ideas, salvo uno, que toda la vida les inspiró una invencible desconfianza.

En Londres, Marx era visitado a diario por Guillermo Liebknecht, sobre todo mientras aquel vivió en la Deanstreet, pero también él tenía que luchar a brazo partido con las privaciones, en su cuchitril, y lo mismo les ocurría a los viejos camaradas de la Liga Comunista, a Lessner y al carpintero Lochner, a Eccarius y a Schapper, el "pecador arrepentido". Los demás se habían diseminado: Dronke había ido a establecerse como comerciante en Liverpool, de donde pasó a Glasgow, Imandt era profesor en Dudee, Schily abogado en París, donde se contaba también entre el puñado de leales Reinhart, secretario de Heine en sus últimos años.

Pero también entre los más fieles, entre los elegidos, iba apagándose la llama combativa. Guillermo Wolff, que vivía bastante bien en Manchester dando clases, seguía siendo el mismo, "el hombre leal, honrado, plebeyo", como lo calificó una vez la mujer de Marx, pero con los años iban agudizándose en él las manías del solterón, y sus "principales batallas" las libraba ahora con la patrona por el té, el carbón y el azúcar. Intelectualmente, ya no representaba gran cosa en el exilio para sus viejos amigos. Freiligrath seguía siendo el amigo leal de siempre, y desde que en el verano de 1856 le confiaron la agencia en Londres de un banco suizo, procuraba auxiliar financieramente a Marx cuanto pudiese, sobre todo cubriéndole los honorarios del *New York*

Tribune, poco puntual en sus pagos. Freiligrath seguía inconmovible en sus convicciones revolucionarias, pero iba sintiéndose cada vez más lejos de las luchas del partido. Y aunque seguramente era sincero al decir que ningún revolucionario podía ser enterrado dignamente más que en el exilio, no podía negarse que el poeta alemán extrañaba su país. Y viendo a su mujer, a la que quería tanto, llena de nostalgia, y a sus hijos obligados a encender las luces del árbol de Navidad bajo cielo extraño, empezaron a terminársele las fuentes de la inspiración. Sufría mucho con el olvido de su patria, y se sintió aliviado cuando esta volvió, poco a poco, a recordar a su poeta famoso.

¡Y ni mencionemos la larga serie de los "muertos vivos"! Marx volvió a encontrarse en Londres con algunos de los compañeros de su primera época filosófica: con Eduardo Meyen, que seguía siendo el mismo sapo venenoso de siempre, con Faucher, secretario de Cobden y que, como tal, pretendía "hacer historia" librecambista, con Edgar Bauer, que la jugaba de agitador comunista y a quien Marx llamaba siempre el "clown". Con Bauer, que pasó una temporada en Londres con su hermano, se reunió Marx en repetidas ocasiones, recordando los años de juventud. Pero entre Marx y aquel hombre que se entusiasmaba con la fuerza primigenia de los rusos y no veía en el proletariado más que "plebe", a la que había que gobernar por la fuerza y la astucia, acallándola con unos centavos de aumento en el jornal cuando fuera inevitable, no había entendimiento posible. Marx encontró al amigo de su juventud visiblemente envejecido, un poco calvo y con los modales de un profesor pedante, pero en sus cartas a Engels habla extensamente de las conversaciones que sostuvo con aquel "señor viejo y agradable".

No hacía falta ir tan lejos para encontrar otros "muertos vivos"; también abundaban en el pasado reciente, y cada año que pasaba engrosaba sus filas. Entre ellos se contaban los viejos amigos del Rin: Jorge Jung, Enrique Bürger, Hermann Becker y otros. Algunos de ellos, como Becker y, más tarde, el honorable Miquel, se habían construido su esquema "científico". Para que el proletariado pudiera pensar en imponerse era preciso, ante todo –decían–, que la burguesía completara su triunfo sobre el feudalismo. He aquí la doctrina de Becker: "Mientras ese gusano que es la canalla de los intereses materiales siga trabajando, el andamiaje podrido del feudalismo se convertirá en polvo, y la historia, en cuanto el espíritu universal dé su primer aliento, derribará todo ese aparato externo para instaurar un orden de justicia". Era una bonita teoría, que tenía la ventaja de no comprometer a nada. Años más tarde, Becker sería nombrado alcalde

de Colonia y Miquel ministro de Hacienda de Prusia, y desde sus cargos le tomaron tal afición a la "canalla de los intereses materiales", que no quisieron saber nada más del "primer aliento del espíritu universal" ni de su "orden de justicia".

Marx difícilmente podía consolarse por la pérdida de aquellos dos hombres con la presentación, en la primavera de 1856,de un tal Gustavo Lewy, comerciante en Dusseldorf, que le ofrecería, como servida en bandeja, una insurrección obrera en las fábricas de Iserlohn, Solingen, etcétera. Marx se expresó en términos muy duros contra aquella necedad peligrosa y estéril, y mandó a decirles a los obreros, por medio de su emisario real o supuesto, que se mantuvieran en contacto con Londres y no hicieran nada sin previo acuerdo.

Desafortunadamente, no adoptó Marx la misma actitud de reserva ante el otro encargo que el emisario decía traer de los obreros de Dusseldorf, que era prevenirlo sobre Lassalle. Él era, según Lewy,un hombre poco confiable, que después de haber ganado el proceso de Hatzfeldt vivía bajo el infame yugo de la condesa, sostenido por ella y dispuesto a acompañarla a Berlín para formarle una corte de intelectuales, dejando a un costado a los obreros, como a instrumentos inútiles, para pasarse a la burguesía, y quién sabe cuántas cosas más. No es fácil que los obreros del Rin enviaran a Marx semejante misión; los mismos obreros que, años más tarde, suscribirían solemnes y entusiastas documentos afirmando que, durante los años del terror blanco, la casa da Lassalle en Dusseldorf había sido "el verdadero asilo donde el partido había encontrado auxilio decidido y valiente". Es mucho más probable que Lewy inventara esta misión, despechado con Lassalle, quien se había negado a concederle 500 táleros, de los 2.000 que le pedía.

Seguramente, si Marx hubiera sabido esto, se habría mostrado más reservado con el tal Lewy. Pero ya la noticia, por sí misma, era suficiente para despertar sospechas. Marx mantenía con Lassalle correspondencia bastante fluida, aunque no frecuente; lo consideraba desde siempre un compañero y amigo leal, tanto en lo personal como en lo político; él mismo había combatido los recelos que en la época de la Liga Comunista se manifestaban contra él entre los obreros del Rin, por verlo implicado en el asunto de la condesa de Hatzfeldt. Todavía no hacía un año desde que le contestara, en términos cordialísimos, sabiéndolo en París: "Me sorprende, naturalmente, sobremanera ver que estás tan cerca de Londres y que no te acercas aquí por unos días. Todavía espero que reflexiones y te des cuenta de lo rápido y barato

que es el viaje. Si no me estuvieran cerradas las puertas de Francia, iría a sorprenderte a París".

Teniendo en cuenta todo esto, es difícil entender por qué Marx le transmitió a Engels el 5 de marzo de 1856el relato de Lewy, añadiendo por su cuenta: "Todo esto no son más que cosas sueltas, destacadas y subrayadas. En conjunto, lo que nos ha contado nos produjo una sensación clara, a Freiligrath y a mí, pese a la debilidad que yo sentía por Lassalle y el recelo que siempre generaron en mí los chismes obreros". Expresó, también, que le había dicho a Lewy que no podía llegar a una conclusión sin oír más que a una parte, pero que la sospecha siempre era útil. Lassalle debía ser vigilado, aunque evitando por el momento cualquier tipo de escándalo público. Engels se manifestó de acuerdo con todo e hizo una serie de observaciones que en su boca generaban menos sorpresa, ya que él conocía menos a Lassalle. Que era una lástima de hombre, por su gran talento, pero que aquello ya no se podía tolerar; que Lassalle había sido siempre un hombre del cual desconfiar, que, como buen judío eslavo fronterizo, había procurado siempre, bajo el manto del partido, de servirse de todo el mundo para sus fines particulares, etcétera.

Marx cortó, entonces, toda correspondencia con quien, pocos años después, habría de escribirle diciéndole esta verdad: "Yo soy el único amigo que tienes en Alemania".

4. LA CRISIS DE 1857

Cuando Marx y Engels se retiraron, en otoño de 1850, de la vida de militantes en el partido, acompañaron el acto con esta declaración: "Una nueva revolución no podrá estallar hasta que estalle una nueva crisis. Pero tanto una como otra son inevitables". Desde entonces, no hicieron más que observar, y cada año con más impaciencia, los indicios de la crisis esperada. Liebknecht cuenta que Marx aventuraba, de vez en cuando, alguna profecía acerca de ella, entre las burlas de sus amigos. Y en efecto, al estallar la crisis, en el año 1857, Marx le hizo saber a Guillermo Wolff, por medio de Engels, que esa crisis, como iba a demostrar, debería haberse producido, si las cosas hubiesen seguido un curso normal, dos años antes.

La crisis comenzó en los Estados Unidos, y ya sus primeros síntomas se hicieron sensibles para Marx, al ver cómo el *New York Tribune* lo ponía a medio sueldo. Era un golpe muy doloroso, debido a que la familia, en su nuevo alojamiento, volvía a padecer la misma penuria

de antes, o tal vez mayor. Aquí, Marx no podía "ir tirando de un día para otro, como en la Deanstreet", dado que el presupuesto familiar era macho mayor. "No sé absolutamente nada respecto a lo que debo hacer y mi situación es, realmente, más desesperada que hace cinco años", le escribía a Engels el 20 de enero de 1857. Para Engels, la noticia vino como "un rayo que caía de un cielo limpio", pero se apresuró a ayudar al amigo, lamentándose tan solo de que no le hubiera escrito dos semanas antes. Acababa de comprarse, le decía, un caballo, para el que su padre le había mandado el dinero como un regalo de Navidad; "y me da rabia tener un caballo para pasear, mientras tú estás en Londres pasando agobios con tu familia". Tuvo una gran alegría cuando, dos meses después, Dana solicitó la colaboración de Marx para unos cuantos artículos sobre temas militares, a publicar en una enciclopedia que él dirigía. Engels estaba "tremendamente satisfecho" por el pedido, debido a que significaba una gran mano que podría liberar a Marx de sus eternos problemas económicos. A su compañero, a su vez, le decía que hiciera todos los artículos que pudiera, y que fuera organizándose, poco a poco, una especie de oficina.

Pero el proyecto fracasó, entre otras razones, por falta de gente. Además, las perspectivas estaban lejos de ser todo lo brillantes que Engels pensaba. Resultó que los honorarios no pasaban de un penique la línea, y aunque el trabajo fuera simple, Marx era demasiado concienzudo para hacer nada así nomás. Por lo que podemos juzgar a través de su correspondencia, no está justificado el juicio despectivo que Engels habría de formular, años más tarde, acerca de estos artículos, escritos unos por él y otros por Marx: "Simples trabajos comerciales, ni más ni menos; no hay que molestarse en desenterrarlos". De a *poco*, estos trabajos esporádicos fueron paralizándose, y creemos que la colaboración activa de ambos amigos en aquella enciclopedia no pasó de la letra *C*.

Además, se había topado desde el primer momento con un serio obstáculo; un padecimiento de las glándulas que obligó a Engels, en el verano de 1857, a pasar una larga temporada junto al mar. La salud de Marx también estaba delicada. Había sufrido un nuevo cólico hepático, tan fuerte que tenía que hacer muchos esfuerzos para poder trabajar lo indispensable. En julio, su mujer dio a luz a un niño muerto, en condiciones que le dejaron una terrible marca en su recuerdo. "Tienes que haberla pasado realmente mal para escribir así", le contestó Engels, preocupado; sin embargo, Marx declaró que era mejor posponer la discusión hasta que se encontraran, dado que se sentía incapaz de escribir sobre el asunto.

Pero en el otoño, al estallar la crisis en Inglaterra y pasar de aquí al continente, olvidó como por arte de magia todas sus torturas personales. "A pesar de la crisis financiera que atravieso, no me he sentido tan bien, desde 1840, como ahora", le escribía a Engels el 13 de noviembre. En su respuesta del día siguiente, Engels manifestaba su preocupación porque el desarrollo de la crisis pudiera precipitarse. "Creo que sería mejor que la crisis 'mejorara' hasta que asuma un carácter crónico, antes del segundo y definitorio golpe. La presión crónica es conveniente durante un cierto tiempo, para hacer entrar en calor a la gente. El proletariado golpea mejor cuando tiene un dominio mayor de la situación, más armonía y más unidad; tal como en los ataques de caballería, en los que conviene que los caballos puedan tomar carrera galopando un trecho antes. No me gustaría que las cosas se precipitaran antes de que el movimiento abarcara toda Europa, algo que iría en detrimento de la firmeza y la duración de la lucha. Todavía sería demasiado temprano, a mi parecer, en mayo o junio. Las masas deben estar tremendamente aletargadas por efecto de la larga etapa de prosperidad... Por lo demás, a mí me pasa lo mismo que a ti. Desde que la crisis colapsó en Nueva York, no encontraba calma en Jersey, y me siento muy bien en medio de esta hecatombe general. Se me había ido pegando al cuerpo toda la basura burguesa de los últimos años, pero ahora va a ser lavada y me siento otro. La crisis, ya lo estoy notando, me produce el mismo bienestar físico que un baño en el mar. En 1848 decíamos: ahora llega nuestra momento, y fue verdad que llegó en un cierto sentido, pero esta vez va en serio, esta vez nos jugamos la cabeza".

No fue así, sin embargo. La crisis tuvo, a su modo, consecuencias revolucionarias, pero distintas a las que Marx y Engels habían previsto. No es que se entregaran atolondradamente a ningún tipo de esperanzas utópicas; lejos de eso, lo que hacían era estudiar día tras día, con celosa paciencia, el proceso de la crisis. "Trabajo de un modo colosal –escribía Marx el 18 de diciembre–, la mayoría de los días hasta las cuatro de la mañana. Son dos los trabajos que tengo entre manos: 1° La escritura de los fundamentos básicos de la economía (es absolutamente necesario para el público penetrar en el fondo de la materia, y para mí, personalmente, sacarme ese peso de encima). 2° El estudio de la crisis actual. Acerca de esto –fuera de los artículos para el *Tribune*–, me limito a registrar apuntes, tarea que de todas formas me toma bastante tiempo. Quiero que para la primavera publiquemos juntos un panfleto sobre la historia de la crisis, a modo de interpelación al público alemán, para que este sepa que seguimos

vivos y que no hemos cambiado". Este plan no llegó a realizarse, debido a que la crisis no removió a las masas, y eso le dejó a Marx el tiempo libre que precisaba para desarrollar la parte teórica de su plan.

Hacía diez días que la mujer de Marx había escrito a Conrado Schramm, tendido en su lecho de muerte en Jersey: "Aunque la crisis estadounidense nos toca dolorosamente el bolsillo, ya que Carlos, ahora, no puede mandar al *Tribune* más que un artículo por semana en vez de dos, siendo él, con Bayard Tailor, el único corresponsal europeo que no ha sido cesanteado, puede usted imaginarse lo satisfecho que el 'moro' está. Han vuelto a él la capacidad y la facilidad de trabajo, y la frescura y alegría de espíritu de sus mejores épocas; hace varios años, desde nuestra gran desgracia, desde la pérdida de aquel hijo de mi corazón, al que nunca habré llorado lo suficiente, que no habíamos vuelto a verlo así. Carlos trabaja durante el día para ganar el pan y por las noches para concluir su *Economía*. Ahora, que este trabajo llegó a ser tan necesario, puede que tampoco le falte un mísero editor". Y no le faltó, en efecto, gracias a los esfuerzos de Lassalle.

Este había vuelto a escribirle a Marx en abril de 1857, en un tono amistoso, propio de los viejos tiempos, extrañado de que Marx guardara silencio tanto tiempo, pero sin sospechar la causa. Desoyendo los consejos de Engels, Marx dejó la carta sin contestar. En diciembre, Lassalle volvió a escribirle, pero esta vez con otro motivo: su primo Max Friedlander le suplicaba que ofreciera a Marx colaboración en la *Wiener Prease*, periódico a cuya redacción pertenecía Friedlander. Marx rechazó la oferta, alegando que si bien era "antifrancés", no por eso era menos "antiinglés", no pudiendo de ninguna manera escribir a favor de Palmerston. Y como Lassalle, a pesar de no tener nada de sentimental, se había sentido dolido por no haber recibido respuesta a su carta de abril, Marx le replicaba "concisa y fríamente" que no le había contestado por razones que era difícil explicar por escrito. Añadía unas cuantas palabras, entre las cuales decía que pensaba publicar una obra sobre economía.

En enero de 1853 llegó a Londres un ejemplar del *Heráclito*, de Lassalle, acompañado por algunos comentarios acerca del entusiasmo que la obra había despertado entre los intelectuales de Berlín. En una carta de diciembre, Lassalle le anunciaba su intención de hacerle llegar el libro. Los gastos de envío, dos chelines, "ya le prepararon una mala recepción". Pero tampoco el contenido de la obra mereció de Marx un juicio halagador. Aquella "enorme muestra" de erudición no lo impresionaba. Decía que no había nada más fácil que amontonar citas

cuando se disponía de tiempo y de dinero, y de la posibilidad de hacerse traer a su casa todos los volúmenes interesantes de la biblioteca de la Universidad de Bonn. También añadía que Lassalle se movía en aquel mundo filosófico hecho de retazos, con la gracia del que vestía por primera vez un traje elegante. Era juzgar con demasiada e injusta severidad la auténtica erudición de Lassalle; pero se explica muy bien que aquel libro provocara la antipatía de Marx por la misma razón que le valía, según él, el favor de los grandes profesores berlineses: encontrarse con un alma de historiador y de erudito en un hombre joven a quien se tenía por revolucionario. Como es sabido, la mayor parte de la obra había sido escrita más de diez años antes de publicarse.

A pesar de la "concisa y fría" respuesta de Marx a su carta, Lassalle no vislumbró que había algún problema. Interpretó mal –de buena fe sin duda, no de un modo intencionado, como Marx sospechaba– la necesidad de un intercambio verbal de impresiones, creyendo ingenuamente que Marx deseaba contarle algo en persona. Le contestó en febrero de 1858, con una carta sin malicia, describiéndole vivamente el éxtasis que se había apoderado de la burguesía berlinesa por la boda del heredero de la corona de Prusia con una princesa de Inglaterra, y ofreciéndose a proporcionarle un editor para su obra de economía. Marx accedió a esto, y ya a fines de marzo, Lassalle acordó con su propio editor, Francisco Duncker, el contrato de publicación, en condiciones más favorables que las que Marx esperaba. Este había propuesto que la obra apareciera por entregas, prestándose a renunciar a los honorarios de los primeros cuadernos. Sin embargo, Lassalle le consiguió tres "federicos" por cada pliego impreso, uno más que la tarifa habitual de profesor. El editor se reservaba únicamente el derecho a suspender la impresión a partir de la tercera entrega, si el público no respondía.

Más de nueve meses tardaría Marx, sin embargo, en terminar el original para la primera entrega. A su padecimiento en el hígado se le sumaban los problemas domésticos. La Navidad de 1858 fue la más "sombría y desconsolada" que viera aquella casa. Por fin, el 21 de enero de 1859 quedó listo el "desdichado original", sin que hubiera en toda la casa ni un centavo para certificarlo y despacharlo. "Seguramente, es la primera vez que alguien escribe acerca del dinero con tanta carencia de él. La mayoría de los autores que escribieron sobre este tema estaban en una magnífica armonía con el objeto de sus investigaciones". Así le escribía Marx a Engels, para suplicarle que le enviara el dinero necesario para los gastos de envío del original.

5. *CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA*[39]

Cuando Marx se sentó a escribirla, hacía alrededor de quince años que tenía entre manos el proyecto de hacer una gran obra de economía política, destinada a investigar de manera exhaustiva el modo de producción capitalista. Ya había concebido este plan antes de los sucesos de marzo, y la polémica con Proudhon no había sido más que una especie de pago a cuenta. Volvió a ocuparse de él después de las campañas revolucionarias, y el 2 de abril de 1851 le anunciaba a Engels: "Pronto terminaré con este pesado trabajo económico. Luego, me dedicaré en mi casa a la economía y en la Biblioteca del British Museum a otra ciencia. Esto ya empieza a cansarme. En el fondo, esta ciencia no ha hecho progreso alguno desde Adam Smith y David Ricardo, a pesar de las minuciosas investigaciones, hiperdelicadas muchas veces, que en ella se han hecho". Engels contesta: "Me alegro mucho de ver que vas a concluir la *Economía*. Realmente, el asunto ya se estaba estirándose más de la cuenta"; pero, como hombre prudente que era y buen conocedor del paño, añadía: "De sobra sé que, mientras exista un libro más o menos importante que no hayas leído, no te pondrás a escribir". Él era de la opinión de que, por muchas que fueran las dificultades que Marx tuviera, la principal la constituían siempre sus "propios escrúpulos".

Pero estos "escrúpulos" tenían su razón de ser, cosa que tampoco desconocía, en el fondo, el mismo Engels. El propio Marx explica, en el prólogo del primer cuaderno, cuáles fueron las razones que en el año 1851 lo impulsaron a retomar el trabajo: "Los inmensos materiales de historia de la economía política acumulados en el British Museum, la magnífica plataforma que era Londres para observar la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en la que parecía entrar esta con el descubrimiento del oro australiano y californiano". Añadía que su trabajo de ocho años para el *New York Tribune* lo había desviado notablemente de sus estudios. Pero hasta cierto punto, agregamos nosotros, ese inconveniente resultaba compensado por la ventaja de que aquella colaboración lo retrotraía al terreno de la lucha política, que siempre fue para él lo más importante. No en vano era la esperanza de que renaciera un movimiento obrero revolucionario la que lo sentaba a su escritorio para registrar por escrito lo que durante todos aquellos años no había dejado de ser el objeto de sus preocupaciones.

---

[39] Marx, K. (2000): *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México. También se lo puede leer en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm.

De eso son un testimonio elocuente sus cartas a Engels, sucesión ininterrumpida de disquisiciones sobre problemas económicos, verdaderos ensayos de economía muchas veces, a los que bien podemos aplicar nosotros mismos el epíteto de "hiperdelicados". Dos manifestaciones suyas tomadas al azar nos revelan el carácter que adoptaba, en esto, el intercambio de ideas entre los dos amigos. Engels habla en una de sus cartas de su "conocida pereza en *fait de théorie*", una pereza contra la cual su mejor yo protestaba, pero no lo suficiente como para ir hasta el fondo de la cuestión; en cambio, Marx, comentando en otra de sus cartas el "divertido" homenaje que un fabricante le hacía, diciéndole que parecía como si él también lo fuera, por el dominio de la materia, no puede reprimir este suspiro: "¡Si la gente supiese lo poco que yo sé de todas estas cosas!"

Claro está que, en uno y otro caso, hay que descontar, como es justo, la exageración humorística; pero, con todo, siempre llegaremos al resultado de que Engels aportaba un conocimiento mayor en cuanto al mecanismo interno de la sociedad capitalista, mientras que Marx penetraba con un poder de deducción más agudo en sus leyes dinámicas. Al comunicarle a su amigo el plan para el primer cuaderno de la obra, Engels le contestó: "Es realmente, un sumario muy abstracto, cosa difícil de evitar seguramente por la brevedad, y a mí me cuesta trabajo encontrar los nexos dialécticos, pues ya sabes que vivo alejado de la labor abstracta del pensamiento". En cambio, Marx se chocaba con sus dificultades para asimilar los informes que Engels le facilitaba, contestando a su cuestionario respecto al régimen que seguían los industriales y los comerciantes para calcular la parte de la renta que se apropiaban, y la que aplicaban a amortización de la maquinaria y del capital circulante desembolsado. No paraba de quejarse acerca de que en la economía política estuviera tan divorciado lo prácticamente interesante de lo teóricamente necesario.

Hay una razón que demuestra que Marx no se puso a redactar su obra hasta los años 1857 y 1858, y que, ya en esta fase, cambió su plan. En abril de 1858 se proponía todavía estudiar en el primer cuaderno "el capital en general", pero, a pesar de haber adoptado ese cuaderno el doble o el triple del volumen proyectado, no se refiere para nada al capital, sino que incluye solamente dos capítulos referentes a la mercancía y al dinero. Marx veía en esto una ventaja, y es que de este modo la crítica no podía tachar el libro de tendencioso, sin comprender que tenía a su alcance el arma, mucho más eficaz, del silencio.

En el prólogo resume su proceso de formación científica. No podemos menos que reproducir aquí las famosas líneas en las que sintetiza el materialismo histórico: "Mi investigación (de la *Filosofía del Derecho*, de Hegel), me condujo a la conclusión de que las relaciones jurídicas, lo mismo que las formas de gobierno, no pueden explicarse por sí mismas ni por lo que se llama la evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida que Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y los franceses del siglo XVIII, agrupa bajo el nombre de 'sociedad civil', y que la anatomía de esta sociedad civil hay que buscarla en la economía política. La conclusión general a la que llegué y que, una vez obtenida, me sirvió ya de hilo conductor para mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que responden a una determinada fase de progreso de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, su base real, sobre la que se erige el edificio jurídico y político, y a la que corresponden determinadas formas sociales de conciencia. El régimen de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual, en términos generales. No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las condiciones de producción imperantes, o para decirlo en los términos jurídicos equivalentes, con el régimen de propiedad dentro del cual se habían venido desarrollando. De formas propulsoras de las fuerzas productivas, aquellas condiciones se convierten en trabas para las mismas. Y así se abre una época de revolución social. Al transformarse la base económica de la sociedad, se transforma, más temprano o más tarde, el inmenso edificio erigido sobre ella. En un análisis de estas transformaciones, hay que distinguir los cambios materiales que afectan a las condiciones económicas de la producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas en una palabra, en las que los hombres cobran conciencia de este conflicto y toman partido en él. Y del mismo modo en que no se puede juzgar lo que es un hombre por lo que él piense de sí, no se puede tampoco juzgar estas épocas de transformación por la conciencia que ella se forme, sino que, por el contrario, hay que buscarle una explicación a esta conciencia en las contradicciones de la vida material, en el conflicto planteado entre las fuerzas sociales productivas

y las relaciones de producción. Una formación social no desaparece nunca hasta que no ha desarrollado íntegramente todas las fuerzas productivas de que es capaz, ni las nuevas etapas del régimen de producción entran en escena hasta que las condiciones materiales para su existencia no han madurado en el seno de la sociedad antigua. Por eso, la humanidad no se plantea nunca objetivos que no puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos solo surgen cuando ya existen, o por lo menos se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción: antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana".

En este cuaderno, titulado por su autor *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx traspasa definitivamente los límites de la economía política burguesa, que tiene sus principales representantes en Adam Smith y David Ricardo. Esta teoría culminaba en la determinación del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo; pero, al concebir la producción burguesa como forma natural y eterna de la producción social, consideraba la creación de valor como una propiedad natural inherente al trabajo humano, propia del trabajo individual y concreto de cada hombre de por sí, con lo que caía en una serie de contradicciones que no lograba resolver. Marx, por el contrario, no ve en la producción burguesa la forma natural y eterna, sino una simple forma histórica dada de la producción social, a la que habían precedido muchas otras. Y colocándose en este punto de vista, somete la cualidad del trabajo como fuente de valor a un profundo y concienzudo análisis; investiga qué clase de trabajo es el que crea valor y cómo y por qué, para llegar a la conclusión de que el valor no es otra cosa que trabajo cristalizado de esa manera.

De este modo, llega al "punto cardinal", en torno al cual gira toda la comprensión de la economía política: el doble carácter que presenta el trabajo en el seno de la sociedad burguesa. El trabajo individual, concreto, crea valores de uso; el trabajo social, abstracto, engendra valores de cambio. En cuanto creador de valores de uso, el trabajo es

característica de todos los tipos de sociedad; como actividad inteligente encaminada a la apropiación de elementos de la naturaleza, bajo una u otra forma, el trabajo es condición natural de la existencia humana, una condición de asimilación entre el hombre y la naturaleza, independiente de toda forma social. Pero este trabajo tiene por supuesto previo la existencia de una materia y no es, por lo tanto, la fuente única y exclusiva de lo que produce; es decir, de la riqueza material. Por mucho que varíe en los diferentes valores la proporción entre el trabajo y la materia prima, el valor de uso entraña siempre un sustrato natural.

El valor de cambio es distinto. Este no contiene ningún elemento natural: no tiene más fuente que el trabajo, que es también, por lo tanto, la única fuente de la riqueza, formada por valores de cambio. Considerado como un valor de cambio, un valor de uso vale exactamente lo mismo que cualquier otro, siempre y cuando esté presente en la proporción correcta. "El valor de cambio de un palacio puede perfectamente expresarse en una determinada cantidad de cajas de betún. Los fabricantes de betún de Londres lo saben bien, pues sus palacios no son otra cosa que la expresión de los miles y miles de cajas de betún fabricadas". El intercambio de mercancías, en el que se truecan unas por otras sin pensar para nada en sus propiedades naturales ni en las necesidades que tienden a satisfacer, refleja, a través de toda su pintoresca variedad, una unidad armónica: todas son fruto de un trabajo abstracto y uniforme, "que es siempre el mismo, actúe sobre oro, hierro, trigo o seda, como es siempre el mismo el oxígeno, ya se presente en el óxido del hierro, en la atmósfera, en el jugo de la uva o en la sangre humana". Y si la diferencia de los valores de uso responde a la diferencia del trabajo que los produce, es evidente que al trabajo creador de los valores de cambio le es indiferente la materia específica de los valores de uso, como le es también la forma específica del trabajo mismo. Se trata de un trabajo igual, homogéneo, abstracto, que no cabe distinguir ni fraccionar por el carácter, sino por la medida, por las diferentes cantidades que de él encarnan en valores de cambio de diferente magnitud. Estas diferentes cantidades de trabajo abstracto solo pueden medirse por el tiempo, por las fracciones naturales de tiempo invertido: por horas, días, semanas, etcétera. El trabajo cobra existencia viva en la jornada de trabajo, independientemente de su forma, contenido e individualidad. Consideradas como valores de cambio las mercancías no son más que determinadas fracciones de trabajo cristalizado, el tiempo de trabajo en ellas invertido. Y esta misma cantidad de trabajo

materializada en los valores de uso, que es la sustancia que los convierte en valores de cambio, o sea en mercancías, es la que determina la magnitud de su valor.

Este doble carácter del trabajo es la forma social característica que adopta en el régimen social de mercancías. En la fase de comunismo natural y primitivo con que nos encontramos en los umbrales de la historia de todos los pueblos cultos, el trabajo individual se encuentra directamente incorporado al organismo social. En los servicios y prestaciones naturales de la Edad Media, el lazo social del trabajo estaba en su carácter específico y no en su generalidad. En la familia rústico-patriarcal, donde las mujeres hilaban y los hombres tejían para el consumo familiar interno, el hilo y el paño eran productos sociales, el hilar y el tejer trabajos sociales dentro de las fronteras de la familia. Las relaciones familiares, con su régimen primitivo de división del trabajo, le imprimían al producto de este su sello típico: el hilo y el paño no eran objeto de intercambio como expresiones equivalentes de la misma cantidad colectiva de trabajo. Tenemos que llegar al régimen de producción de mercancías para que el trabajo individual se convierta en trabajo social, al adoptar la forma de su reverso inmediato, la forma general y abstracta.

Ahora bien: la mercancía es la unión directa del valor de uso y el valor de cambio, y además solo es tal con relación a otras. La relación de las mercancías entre sí constituye el proceso de cambio. En este proceso que los individuos, independientes unos de otros, contraen, la mercancía aparece y necesariamente tiene que aparecer a la vez como valor de uso y de cambio; es decir, como fruto de un trabajo concreto, destinado a satisfacer necesidades concretas, y como producto de un trabajo abstracto. El proceso de cambio de las mercancías tiene a la fuerza que desarrollar y resolver esta contradicción, según la cual el trabajo individual materializado en una determinada mercancía, presenta, a la par con su carácter concreto, un carácter abstracto y general.

Considerada como valor de cambio, toda mercancía es medida de valor de las demás. Y viceversa, esa mercancía concreta que sirve de contraste de valor para todas las demás, cobra existencia propia y genuina como valor de cambio; es decir que el valor de cambio se transforma en mercancía específica y exclusiva que, al convertir a sí a todas las demás, viene a materializar de un modo directo el trabajo abstracto, o sea la cantidad o tiempo de trabajo, del dinero. Así, viene a resolverse en una mercancía típica, la contradicción que la mercancía

como tal encierra, como valor específico de uso de equivalencia general, de utilidad para todo el mundo. Esta mercancía es el dinero.

En el dinero se cristaliza el valor de cambio de las mercancías, formando una mercancía peculiar. El dinero es un producto necesario del proceso de cambio, en el que se equiparan de hecho, unos con otros, varios productos del trabajo, convirtiéndose por eso materialmente en mercancías. Ha ido desarrollándose instintivamente por cauces históricos. El régimen material de trueque, forma elemental y primitiva del proceso de cambio, representa más bien la conversión incipiente de los valores de uso de mercancías que la de estas en dinero. A medida que se va desarrollando el valor de cambio y los valores de uso se van convirtiendo en mercancías, a medida que se va emancipando y adoptando formas más libres el valor de cambio, sin depender directamente del de uso, va precipitándose la formación del dinero. Al principio, desempeñan esta función una mercancía o varias, las de valor de uso más general: el ganado, el trigo, los esclavos. En esta tarea se turnan toda una serie de mercancías, más o menos idóneas. Hasta que, por último, la función se concreta en los metales preciosos, por la sencilla razón de que estos poseen las propiedades físicas necesarias de esa mercancía específica en que debe cristalizar la expresión pecuniaria de todas las demás, por exigirlo así directamente la naturaleza del valor de cambio: permanencia de su valor de uso, fácil divisibilidad, uniformidad de las partes e identidad de todos los ejemplares.

De los metales preciosos, es el oro, a su vez, el que va monopolizando las funciones propias de la mercancía dinero. Sirve de medida de valores, de criterio determinante de precios y de medio de circulación de mercancías. El salto mortal de la mercancía al dinero revela que el trabajo en ella acumulado tiene, en efecto, carácter abstracto, general y social. Todo objeto que no admita esta transustanciación falta a su destino de mercancía, y aun al de producto, porque si por algo es mercancía es porque no tiene valor de uso para su poseedor.

Marx demuestra de este modo cómo y por qué, en virtud de la cualidad de valor que le es inherente, la mercancía y el intercambio de mercancías tienen sí o sí que engendrar la antítesis de mercancía y dinero. En el dinero, que no es sino un objeto natural dotado de determinadas propiedades, Marx descubre una relación social de producción, y explica las confusas concepciones que de él se forman los economistas modernos por el hecho de que unas veces se

representan como relación social, la que creen, neciamente, aprehender como un objeto, y luego, en cuanto pretenden definirlo como relación social, vuelve a mostrárseles burlescamente como entidad material.

Al principio, el resplandor que despedían estas investigaciones críticas cegó más que iluminó, incluso a los amigos del propio autor. Liebknecht dijo que no recordaba haber leído nada que lo hubiera decepcionado tanto, y Miquel encontraba en la obra "pocas cosas realmente nuevas". Lassalle hizo observaciones muy hermosas acerca de la forma y el estilo, que ponía, sin atisbo de envidia, por encima de *Heráclito*, pero Marx no se equivocaba esta vez al deducir de estas "frases" la sospecha de que no había entendido "mucho de la parte económica". En efecto, Lassalle habría de demostrar muy pronto que no había comprendido lo que era precisamente el "punto cardinal", la distinción entre el trabajo creador de valores de uso y el trabajo que se traducía en valores de cambio.

Y si esto eran los amigos, ¿qué podía esperarse de los adversarios? En 1885 decía Engels que Marx había desarrollado la primera teoría fundamental sobre el dinero, aceptada tácitamente por todo el mundo; a los siete años de esto, se publicaba en la *Enciclopedia de las ciencias sociales*, obra maestra de la economía burguesa, un artículo sobre el dinero que ocupaba cincuenta columnas y en el que, sin mencionar para nada a Marx, no se hacía más que repetir los tópicos de siempre, para llegar a la conclusión de que el enigma del dinero seguía sin resolverse.

No tenía nada de extraño. Es natural que el dinero sea incognoscible para una sociedad que lo ha erigido en su dios.

CAPÍTULO X
CONMOCIONES DINÁSTICAS

1. LA GUERRA ITALIANA

La crisis de 1857 no había concluido en la revolución proletaria que Marx y Engels esperaban, pero no por eso dejó de tener ciertos efectos revolucionarios, aunque solo tomaran la forma de cambios dinásticos. Surgió el reino de Italia, al que le siguió, poco después, el Imperio alemán, mientras el Imperio francés desaparecía sin dejar marcas.

Estos cambios eran perfectamente explicables. La burguesía no afronta jamás sus propias batallas revolucionarias, y la revolución de 1848 le había sacado las ganas de volver a confiar en el proletariado para que peleara por ella. En esta revolución, y sobre todo en las acciones de junio en París, los obreros habían roto la tradición. No habían querido que se los siguiera considerando carne de cañón de la burguesía y habían reclamado para sí una parte, al menos, de los frutos de un triunfo logrado con su sangre y con sus puños.

Esto hizo que la burguesía concibiera, ya en los años de la revolución, la astuta idea de confiarse a otro poder que no fuera el proletariado, al cual ya no podía engañar, para que le sacara las papas del fuego; sobre todo en Alemania y en Italia, es decir, en aquellos países donde ni siquiera estaba instaurado el Estado nacional, del que las fuerzas de producción capitalista necesitaban para poder desarrollarse prósperamente. Para concebir esta idea no hacía falta romperse mucho la cabeza. Nada mejor que brindarle a un príncipe cualquiera el mando sobre todo el territorio nacional, con tal de que, en compensación, le dejara a la burguesía vía libre para sus exigencias de explotación y expansión. Claro está que para esto la burguesía tenía que claudicar en sus ideales políticos y conformarse únicamente con la satisfacción de sus intereses materiales, debido a que, al pedir la protección de un príncipe, se entregaba atada de pies y manos a su poder.

No tiene nada de raro que fueran precisamente los Estados más reaccionarios los que la burguesía eligió para coquetear con ellos durante los años de la revolución; en Italia, el reino de Cerdeña, aquel Estado "jesuítico-militar" donde, según la maldición del poeta alemán, "soldados y curas le chupaban la sangre al pueblo"; en Alemania, el

reino de Prusia, sobre el que pesaba la sorda opresión de la aristocracia rural del este del Elba. Por el momento, en ninguno de los dos países pudo llegar a la meta. El rey Carlos Alberto de Cerdeña, que había dado su consentimiento para transformarse en "espada de Italia", fue derrotado en el campo de batalla por las tropas austríacas y murió en el extranjero, fugado de su país. En Prusia, Federico Guillermo IV rechazó la corona imperial alemana que la burguesía del país le ofrecía en bandeja de oro, por considerarlo un honor puramente ilusorio, hecho de barro y arcilla; y prefirió despojar poco limpiamente al cuerpo de la revolución, hasta que no la espada, sino el látigo austríaco, le dio una buena clase en Olmütz.

Sin embargo, la misma prosperidad industrial que había determinado la revolución de 1848 era una fuerte palanca en manos de la burguesía alemana e italiana, aunque para manejarla necesitaran, de un modo cada vez más urgente, la conquista de la unidad nacional. Cuando la crisis de 1857 vino a recordar la caducidad de todos los esplendores capitalistas, las cosas empezaron a moverse. Primero en Italia, sin que por esto deba pensarse que el proceso capitalista estuviera aquí más avanzado que en Alemania. Todo lo contrario. En Italia aún no existían ni vestigios de la gran industria, y el antagonismo entre la burguesía y el proletariado no era todavía lo suficientemente fuerte como para generar desconfianza mutua. No menos importante era la circunstancia de que la desunión de Italia fuera consecuencia de la dominación extranjera, y que fuera un objetivo común de todas las clases liberarse de esa dominación. Austria tenía anexadas directamente a Lombardía y Venecia, e indirectamente el imperio se extendía sobre la Italia central, cuyos principitos obedecían las órdenes de la Corte de Viena. La lucha contra esta potencia foránea venía librándose sin freno desde la segunda década del siglo, dando lugar a las más crueles medidas de opresión, que a su vez no hacían más que incrementar la ira de los oprimidos. El puñal italiano seguía, como la sombra al cuerpo, al látigo austríaco.

Pero los atentados, los motines y las conspiraciones no bastaban para derribar la supremacía de los Habsburgo, contra la que habían chocado también, en los años de la revolución, todos los alzamientos italianos. La profecía de que Italia se incorporaría y se haría independiente por sus propios medios —*Italia fara da se*— había resultado ilusoria. Italia necesitaba, para sacudirse el yugo austríaco, la ayuda del extranjero, y para eso miró hacia Francia, la nación hermana. Es cierto que mantener la desunión de Italia y de Alemania era un principio tradicional de la política francesa, pero el aventurero

que ocupaba el trono de Francia en aquellos años era un hombre con quien se podía tratar. El segundo Imperio no podía limitarse decorosamente a las fronteras que el extranjero le había trazado al territorio francés después de la caída del primer emperador. Necesitaba hacer conquistas, aunque el falso Bonaparte, naturalmente, no podía seguir, como conquistador, el camino del Bonaparte real. Tuvo que conformarse con tomar de su pretendido tío el denominado "principio de las nacionalidades", presentándose en escena con el papel de Mesías de las naciones oprimidas y dando por supuesto que estas le pagarían por sus buenos artes con propinas abundantes de hombres y territorios.

Pero su situación no le permitía grandes campañas. Carecía de poder para entablar una guerra europea, y no digamos revolucionaria; como mucho podía llegar, contando con la venia de Europa, a embestir contra la cabeza de turco del continente, que a comienzos de la década del cincuenta había sido Rusia y al final de esta era Austria. El infame régimen de Bonaparte en Italia degeneró en un escándalo europeo, ya que la Casa de Habsburgo estaba peleada a muerte con los viejos amigos de la Santa Alianza: con Prusia por lo de Olmütz, y con Rusia por la guerra de Crimea. Atacando a Austria, Bonaparte podía estar seguro de contar con la colaboración de Rusia.

La situación interior de Francia reclamaba urgentemente una acción extranjera para restablecer el prestigio bonapartista. La crisis comercial de 1857 había paralizado la industria francesa y las maniobras del Gobierno para impedir que la crisis explotara con carácter profundo habían convertido el mal en crónico, haciendo que durara años y años el estancamiento del comercio francés. Esto sembraba la rebeldía por igual en la burguesía y en el proletariado, y hasta la clase campesina, que era la verdadera columna del golpe de Estado y del régimen, comenzaba a protestar; la gran baja de los precios del trigo en los años 1857 a 1859, decían, hacía que no fuera posible seguir trabajando la tierra en Francia, con los precios tan bajos y las pesadas cargas que pesaban sobre la agricultura.

En esta situación, Bonaparte se vio fuertemente solicitado por Cavour, primer ministro del reino de Cerdeña, que venía a restaurar las tradiciones de Carlos Alberto, pero manteniéndolas con muchísima más habilidad. Sin embargo, como no disponía más que de las armas impotentes de la diplomacia, avanzaba lentísimamente, tanto más cuanto que el carácter retraído e irresoluto de Bonaparte no estaba hecho para las decisiones rápidas. Pero el Partido Italiano de Acción se

las arregló para poner rápidamente en pie a este libertador de pueblos. El 14 de enero de 1858, Orsini y sus cómplices tiraron en París sus bombas contra el coche imperial, que quedó acribillado por setenta y seis astillas de granada. Aunque los ocupantes salieron ilesos del atentado, el falso Bonaparte respondió al susto mortal, como era de rigor en gente de su calaña, implantando inmediatamente un régimen de terror. Con esto, lo único que demostraba era que su imperio, después de siete años de gobierno, seguía parado sobre pies de barro. Una carta que le dirigió Orsini desde la cárcel infundió un nuevo terror a sus miembros. "No olvide usted —decía la carta— que la paz de Europa y la suya personal serán una quimera mientras Italia no sea independiente y libre". Al parecer, Orsini le hablaba todavía más claro en una segunda carta. No era la primera vez que Bonaparte, en los extravíos de su vida aventurera, caía en manos de los conspiradores italianos, y sabía que su venganza no era algo para tomarse en chiste.

En el verano de 1858 mandó a llamar a Cavour al balneario de Plombières, acordando con él la guerra contra Austria. Cerdeña obtendría la Lombardía y Venecia, redondeando sus territorios y extendiendo su reino a todo el norte de Italia, a cambio de lo cual Francia se quedaría con Saboya y Niza. Era una negociación diplomática en la que la libertad y la independencia de Italia quedaban muy en segundo plano. Sobre la suerte de la Italia central y meridional no se dispuso nada, aun cuando ambas partes tenían secretas aspiraciones respecto a estos territorios. Bonaparte no podía abandonar las tradiciones de la política francesa hasta el punto de trabajar para una Italia unida; su aspiración —combinada, además, con la de mantener la soberanía pontificia— era implantar una federación de dinastías italianas que, obstruyéndose unas a otras, le abrirían el paso a la influencia francesa; además, se debatía con el pensamiento de ofrecer a su primo Jerónimo un reino en la Italia central. Cavour, por su parte, contaba con el movimiento nacional, que le permitiría contrarrestar todas las tendencias dinástico-particularistas tan pronto como la Italia del norte se unificara y adquiriera un cierto poder.

En el año nuevo de 1859, Bonaparte recibió en una audiencia al embajador austríaco en París y le reveló sus planes; pocos días después, el rey de Cerdeña declaraba que no era sordo a los gritos de angustia de Italia. En Viena no pasaron desapercibidas las amenazas y la guerra se precipitó, siendo el Gobierno austríaco tan torpe que se dejó arrastrar al papel de agresor. Medio en quiebra como estaba, atacado por Francia y amenazado por Rusia, este Gobierno se

encontraba en una situación muy precaria, de la cual no podía sacarlo la tibia amistad de los tories ingleses. Intentó ganar para su causa a la Confederación Alemana, que, si bien no estaba obligada por los tratados a defender los territorios de ningún Estado confederado situado fuera de las fronteras alemanas, quizás mordería el anzuelo político-militar de que había que defender el Rin junto al Po, o lo que es lo mismo, que el interés de Alemania exigía la defensa del régimen intrusista de Austria en el norte de Italia.

En Alemania se había iniciado también, desde la crisis de 1857, un movimiento nacional que no se distinguía mucho del italiano. Le faltaba el incentivo de un invasor, y la burguesía alemana, desde los sucesos de 1848, le tenía un miedo insuperable al proletariado, aunque, en verdad, el riesgo que había corrido no era para temer. Pero las acciones de junio en París le habían abierto los ojos. Ahora, ya no era Francia su ideal sino Inglaterra, donde la burguesía y el proletariado parecían llevarse muy bien. La boda del príncipe heredero de Prusia con una princesa británica llevó al éxtasis a la burguesía prusiana, y cuando, en otoño de 1858, el rey, enfermo mental, le entregó el trono a su hermano y este se decidió a nombrar un gabinete liberal, por razones que muy poco tenían que ver con el liberalismo, aquel "júbilo bovino de la coronación", que Lassalle pinta con trazos de tan amarga sátira, estalló. Aquella digna clase renegó de sus propios héroes de 1848 para no molestar al príncipe regente y, lejos de pinchar cuando el nuevo ministerio dejaba todo tal como estaba, o poco menos, lanzó la famosa consigna de "no empujar", por puro temor a que el nuevo señor se fastidiara y barriera con la "nueva era", que solo existía a su antojo y que no era, en realidad, más que una vana sombra proyectada en la pared.

A medida que las nubes de la guerra se formaban, la marea iba creciendo en Alemania. El camino seguido por Cavour para la unidad en Italia era muy tentador para la burguesía alemana, que ya hacía un largo tiempo que había designado a Prusia para el papel representado por Cerdeña. Sin embargo, el ataque del enemigo secular francés contra la avanzada de la Confederación Alemana generaba en ella inquietudes y recuerdos que la perturbaban. ¿Retomaría este falso Bonaparte las tradiciones del auténtico? ¿Retornarían las jornadas de Austerlitz? ¿Volverían a crujir sobre Alemania las cadenas del invasor? Las plumas a sueldo de Austria no se cansaban de dibujar sobre la pared este espectro de terror, a la par que pintaban la estampa paradisíaca y futurista de una "gran potencia centroeuropea", que abarcaría, bajo la influencia preponderante de Austria, la

Confederación Alemana, Hungría, los territorios eslavo-rumanos del Danubio, Alsacia y Lorena, Holanda y quién sabe cuántas cosas más. Para contrarrestar esta campaña de propaganda, Bonaparte soltó, naturalmente, a sus propias plumas, que juraban y perjuraban que nada estaba más lejos del alma cándida de su amo y señor que la búsqueda de apoderarse de las orillas del Rin, y que la guerra contra Austria no tenía otro objetivo que los fines sublimes y augustos de la civilización.

En medio de este desconcierto de opiniones, el buen burgués no sabía qué esperar, si bien, poco a poco, empezaba a darle más crédito a la perorata de los Habsburgo que a la de Bonaparte. Aquellas quimeras resultaban más halagadoras para el patriotismo de bar, aparte de que hacía falta una fe demasiado fuerte para creer en la misión civilizadora del hombre de diciembre. Sin embargo, la situación era tan confusa que hasta hombres que eran verdaderos políticos, y políticos revolucionarios, perfectamente identificados con los problemas fundamentales, discrepaban acerca de la política que Alemania debía seguir ante la guerra italiana.

2. LA DISCORDIA CON LASSALLE

De acuerdo con Marx, Engels se puso inmediatamente en campaña, con su panfleto "El Po y el Rin", para el que Lassalle le buscó editor (Franz Duncker). Este panfleto se proponía por fin combatir la consigna austríaca de que había que defender el Rin junto al Po. Engels demostraba que Alemania no precisaba ni un solo metro de territorio italiano para su defensa y que Francia, en términos estrictamente militares, tenía mucho más derecho al Rin que Alemania al Po. Engels dudaba, entonces, que el dominio de la Italia del norte por Austria respondiera, para Alemania, a cuestiones militares; además, afirmaba que tampoco le convenía políticamente y que, al contrario, podía serle muy peligrosa, debido a que podría atraer sobre sí, por los abusos inauditos de los que el látigo austríaco hacía objeto a los patriotas italianos, el odio y la hostilidad fanática de toda Italia.

Pero Engels entendía que la cuestión suscitada en torno a la posesión de la Lombardía se debatía entre Italia y Alemania, y no entre Austria y Luis Napoleón. Frente a un tercero como Bonaparte, que se inmiscuía impulsado por su propio interés, en cierto aspecto antialemán, se trataba simplemente de mantener el dominio de una provincia a la que solo debía renunciarse por la fuerza, de defender

una posición militar que solo se dejaba cuando ya no pudiera defenderse. Frente a las amenazas bonapartistas, la consigna habsburgiana tenía, entonces, absoluta justificación. Si para Luis Napoleón el Po era un pretexto, su meta final tenía que ser el Rin. Solo haciéndose fuerte en el Rin como frontera podía consolidarse en Francia el régimen del golpe de Estado. Tal como decía el viejo refrán: "miento el saco y pido el burro". Si Italia se prestaba, porque le convenía, a hacer de saco, a Alemania no le agradaba, esta vez, representar el papel de burro. Si en el fondo se trataba de anexarse la orilla izquierda del Rin, Alemania no podía, de ningún modo, ceder pacíficamente el Po, y con él una de sus posiciones más fuertes, más aún, la más fuerte de todas. En vísperas de una guerra, como en el transcurso de la guerra misma, no había más remedio que ocupar todas aquellas posiciones desde las cuales se pudiera amenazar y hostigar al enemigo, sin detenerse por pruritos morales, ni a ver si esta conducta era o no compatible con la justicia eterna y con el principio de las nacionalidades. Era primordial defenderse como se pudiera.

Marx estaba plenamente de acuerdo con esta tesis. Cuando leyó el manuscrito del panfleto, le escribió a su autor: "¡Magnífico! La parte política está también espléndidamente tratada, y eso que no era fácil, ni mucho menos. El panfleto tendrá un gran éxito". Lassalle, en cambio, declaró que no entendía la actitud de Engels y, poco después de que apareciera el escrito, publicó su propio panfleto, con el título de: "La guerra italiana y la misión de Prusia", también editado por Franz Duncker. En él, Lassalle partía de premisas completamente diferentes y llegaba, en consecuencias, a conclusiones igualmente distintas; "monstruosamente falsas", según Marx.

Lassalle no veía en el movimiento nacional alemán, generado bajo la influencia de la amenaza de guerra, más que "absoluto odio contra Francia, pura francofobia (en la que Napoleón no era más que el pretexto, y el desarrollo revolucionario de Francia, la verdadera causa secreta)". Una guerra franco-alemana, en la que los dos pueblos civilizados del continente se enfrentaran por meras ilusiones nacionalistas, una guerra popular contra Francia, no impulsada por ningún interés de carácter nacional, sino que se nutriría moralmente de un nacionalismo patológico e hipersensible, de los desvíos del patriotismo y de una infantil y presuntuosa francofobia era, a los ojos de Lassalle, el peligro más espantoso que podía amenazar a la cultura europea, tanto a los intereses nacionales como a los intereses revolucionarios de Europa, el triunfo más monstruoso e incalculable del principio reaccionario desde marzo de 1848. Lassalle entendía que

era una misión vital de la democracia oponerse con todas sus fuerzas a semejante guerra.

Señalaba, en un análisis minucioso, que Italia no representaba ninguna amenaza seria para Alemania. La nación alemana estaba profundamente interesada en que la lucha por la unidad italiana triunfara, y las buenas causas no dejaban de serlo porque un mal hombre pusiera su mano en ellas. Si Bonaparte aspiraba, con la campaña italiana, a obtener algún beneficio, buscando un poco de popularidad para su figura, no había más que negárselo y hacer que la obra que encaraba por intereses personales fuera estéril para conseguir esos fines. Pero ¿cómo, por esa única razón, se iba a luchar contra lo que siempre se había deseado y codiciado? "De un lado, Alemania se encontraba con un mal hombre y una buena causa. Del otro lado, con una mala causa y... ¡qué tipo!" Lassalle traía el recuerdo del asesinato de Blum, los sucesos de Olmütz, Holstein, Bronzell, todas las infamias con las que se había manchado, a costa de Alemania, no el despotismo bonapartista sino la autocracia de los Habsburgo. El pueblo alemán no tenía el menor interés en impedir que se debilitara la potencia austríaca, ya que era necesario destruirla por completo para poder pensar en la unidad alemana. El día en que Italia y Hungría se emanciparan, les serían restituidos al pueblo alemán los doce millones de alemanes de Austria; hasta entonces, no podrían sentirse alemanes ni se podría pensar en una Alemania unificada.

Analizando en su totalidad la situación histórica de Bonaparte, Lassalle llegaba a la conclusión de que este hombre limitado, al que Europa daba, en general, tanta importancia, no podía pensar en conquistas, ni siquiera en Italia; mucho menos, naturalmente, en Alemania. Pero, incluso suponiendo que realmente se dejara llevar por fantásticos planes de conquistas, ¿qué razón había para que los alemanes demostraran un miedo impúdico? Lassalle se burlaba de los buenos patriotas que medían las fuerzas nacionales con el rasero de las jornadas de Jena, a quienes el miedo los volvía intrépidos y, temerosos de una ofensiva sumamente inverosímil de Francia, golpeaban ellos primero. Era claro como el agua que en una guerra defensiva contra una agresión francesa, Alemania podría desplegar y desplegaría fuerzas muy distintas a las que podría aplicar a una guerra de invasión, que además no conseguiría otra cosa que unir en torno a Bonaparte a la nación francesa y consolidar su trono.

Lassalle encontraría fundada una guerra contra Francia en el caso de que Bonaparte buscara retener para sí el botín arrancado a los

austríacos o construirle a su primo un trono en el centro de Italia. Si no se daba ninguna de estas dos cosas y, no obstante, el Gobierno prusiano se obstinaba en entablar una guerra de odio contra Francia, la democracia debía oponerse. Pero la simple neutralidad no bastaba. La misión histórica que Prusia tenía que cumplir, de acuerdo con los intereses de la nación alemana, era, al contrario, mandar a sus tropas contra Dinamarca, con el anuncio: "Si Napoleón quiere modificar el mapa de Europa en el sur de acuerdo al principio de las nacionalidades, nosotros haremos lo mismo en el norte. Y si Napoleón libera a Italia, nosotros le daremos la independencia al Sleswig-Holstein". Las dudas y la parálisis de Prusia, en este caso, no servirían más que para demostrar, una vez más, que la monarquía era incapaz, en Alemania, de sacar adelante una sola causa nacional.

Como consecuencia de este programa, Lassalle fue consagrado como una especie de profeta nacional, que auguró la política que luego habría de seguir Bismarck. Pero la guerra dinástica de conquistas desatada por Bismarck en 1864 para adueñarse de los ducados del norte, no tenía nada que ver con aquella guerra nacional revolucionaria que Lassalle predicaba en el año 1859; a lo sumo, tenía con esta el parecido del camello con el caballo. Lassalle sabía de sobra que el Príncipe Regente no afrontaría la misión pensada por él, pero no por eso dejaba de estar en su derecho de proponer un programa acorde a los intereses nacionales, aun cuando este programa, por el solo hecho de formularse, se transformara en un reproche contra el Gobierno; tenía perfecto derecho a impedir que las masas, excitadas, siguieran un camino falso, señalándoles el verdadero.

Pero, además de lo que decía públicamente en su panfleto, Lassalle tenía sus "segundas intenciones", que exponía en sus cartas a Marx y Engels. Sabía que el Príncipe Regente estaba interesadísimo en intervenir en la guerra a favor de Austria, y no tenía nada que objetar contra esto, dando por supuesto que la guerra habría de dirigirse muy mal y que de los vencimientos de estas letras saldría un capital para la revolución. Pero para esto era necesario que la guerra del Príncipe Regente apareciera, desde luego, a los ojos del movimiento nacional, como una guerra dinástica, totalmente ajena a los intereses de la nación. Una guerra impopular contra Francia sería, para Lassalle, un "inmenso golpe de suerte" para la revolución; en cambio, de una guerra popular dirigida por la dinastía no podían esperarse, según él, más que aquellas consecuencias contrarrevolucionarias que tan elocuentemente exponía en su panfleto.

Pensando así, era natural que no le pareciera clara la táctica que Engels aconsejaba en su escrito. Todo lo que tenía de brillante la argumentación de que Alemania no necesitaba del Po para su defensa militar, lo tenía de dudosa la conclusión de que, en caso de guerra, era primordial proteger esos territorios, estando obligada la nación alemana a apoyar a Austria contra la ofensiva francesa. Para Lassalle era evidente que una resistencia de Austria al ataque bonapartista no tendría más que consecuencias contrarrevolucionarias. Si Austria, haciéndose fuerte en los territorios anexados del norte de Italia y apoyada por la Confederación Alemana, salía triunfante, nadie podría poner trabas a su imperio sobre los territorios italianos, aquel imperio que Engels reprobaba tan duramente; además, con esto se consolidaría la hegemonía de los Habsburgo sobre Alemania, fortaleciéndose el miserable régimen de la Dieta federal, y aun suponiendo que Austria venciera al usurpador francés, lo único que conseguiría sería restaurar en el trono a la vieja dinastía borbónica, con lo cual no ganarían ni los alemanes ni los franceses, y menos todavía la causa revolucionaria.

Para comprender en todo su alcance la posición sostenida por Engels y por Marx, no hay que olvidar que también ellos tenían sus "segundas intenciones", y ambos obraban animados por la misma razón que Engels expone en una carta dirigida a Marx. "En Alemania es completamente imposible actuar de un modo abierto, política y polémicamente, en interés de nuestro partido". Sin embargo, las "segundas intenciones" de los amigos de Londres no aparecen tan patentes como las de Lassalle, porque si bien se conservan las cartas de este, no se conocen hasta hoy las escritas por ellos. Pero, enfocando en bloque su labor de publicistas en la época, no es difícil adivinarlo. En su segundo panfleto, "Saboya, Niza y el Rin", publicado por Engels un año después para combatir la invasión de Saboya y de Niza por Bonaparte, expone claramente las premisas de las que había partido en su primer panfleto. Eran, esencialmente, dos; o, mejor dicho, tres.

En primer lugar, Marx y Engels entendían que el movimiento nacional alemán era auténtico y genuino, que tenía un orden "elemental, instintivo, inmediato" y que arrastraría consigo a cuantos gobiernos se le resistiesen. La intromisión de Austria en Italia y el movimiento italiano de independencia les resultaba, por el momento, indiferente; creían que el instinto del pueblo demandaba una guerra contra Luis Napoleón, como representante de las tradiciones del primer Imperio francés, y que el instinto era correcto.

En segundo lugar, Marx y Engels partían de la premisa de que Alemania corría un serio peligro por la Alianza franco-rusa. Marx exponía en el *New York Tribune* que la situación financiera y de política interior del segundo Imperio había llegado a un punto crítico, en el que solamente una guerra exterior podía prolongar el régimen del golpe de Estado en Francia y, con él, la primacía de la contrarrevolución en Europa. En estos artículos expresaba sus temores de que la emancipación de Italia por Bonaparte no fuera más que un pretexto para mantener bajo el yugo a Francia, sometiendo a Italia al golpe de Estado, desplazando las "fronteras naturales de Francia hacia el interior de Alemania, convirtiendo a Austria en un instrumento ruso y forzando a los pueblos a una guerra de legítima e ilegítima contrarrevolución". Por su parte, Engels, como exponía en su segundo panfleto, entendía que la Confederación Alemana, al tomar partido por Austria, arrastraría a Rusia al campo de batalla, con el fin de conquistar para Francia la orilla izquierda del Rin, a cambio de tener las manos libres en Turquía. Para él, la intervención de Rusia era un momento decisivo.

Finalmente, Marx y Engels suponían que los gobiernos alemanes, y sobre todo aquellos "supersabios" de Berlín que habían aplaudido el acuerdo de paz de Basilea, por el que se cedía a Francia la orilla izquierda del Rin, y se frotaban las manos silenciosamente cuando los austríacos eran derrotados en Ulma y Austerlitz, le soltarían la mano a Austria en el medio del camino. Opinaban que los gobiernos alemanes se verían impulsados por el movimiento nacional, y sus esperanzas eran las que Engels expresaba en una carta dirigida a Lassalle, en la que había un pasaje que conocemos porque Lassalle lo reprodujo literalmente en su respuesta: "¡Viva la guerra, si los franceses y los rusos nos atacan al mismo tiempo y nos vemos con la soga al cuello, porque en esa situación desesperada no habrá partido que no se desgaste, desde los que ahora están en el poder hasta Zitz y Blum, y la nación, si quiere salvarse, no tendrá más remedio que lanzarse, por fin, a los brazos del partido más fuerte!" A lo cual observaba Lassalle que era muy cierto y que él se mataba en Berlín por demostrar que el Gobierno prusiano, si se embarcaba en la guerra, no haría más que trabajar por la revolución, siempre y cuando la guerra dirigida por el Gobierno fuese reprobada por el pueblo como una aventura contrarrevolucionaria del tipo de la Santa Alianza. Pero en todo caso, si sucedía lo que Engels creía, caerían al mismo tiempo el régimen federal alemán, la invasión de Austria en el norte de Italia y el golpe de

Estado francés; solo enfocándola así se entendía, en su verdadera dimensión, la táctica propuesta por él.

Como se ve, entre las dos partes no mediaban discrepancias fundamentales de criterio, sino "opiniones contradictorias en cuanto a los supuestos de hecho", como Marx decía un año después. No existía entre ellos disparidad de ideas nacionales ni revolucionarias. Ambos se proponían como fin supremo la emancipación del proletariado, y para alcanzar este fin era condición imprescindible la formación de grandes Estados nacionales. Como alemanes que eran, los tocaba más de cerca la unidad alemana, que reclamaba de un modo ineludible la superación de aquel régimen de particularismos dinásticos. Por eso no se preocupaban por los gobiernos alemanes y esperaban su derrota. La brillante idea de que, desencadenada una guerra entre los gobiernos, la clase obrera renunciara a su programa propio e independiente para poner su destino en las manos de las clases gobernantes no se les pasó jamás por la cabeza. Su espíritu nacional era demasiado auténtico y estaba demasiado arraigado en ellos, para dejarse engañar por las consignas dinásticas.

Lo que dificultaba y hacía compleja la situación era que la herencia de los años de la revolución empezaba a diluirse en los cambios dinásticos. Para mantenerse en el camino correcto, en medio de esta maraña de objetivos revolucionarios y reaccionarios, no bastaba con restringirse a los principios, sino que había que mirar de frente a los hechos. La realidad no permitió contrastar ninguna de las dos posiciones, pero precisamente el curso que tomaron las cosas y que impidió que eso pasara, revela con mucha claridad que Lassalle había sabido comprender los "supuestos de hecho", en el fondo, más acertadamente que Engels y Marx. Estos pagaron el costo, sin duda, de la falta de contacto directo con la realidad alemana; sobreestimaron, también, si no la ambición de conquista del zarismo, sus posibilidades prácticas de satisfacer esa ambición. Lassalle, por su parte, podía exagerar, reduciendo todo el movimiento nacional a la francofobia de los viejos tiempos, pero que ese movimiento no tenía nada de revolucionario lo demostró bien la criatura que, después de tan penoso parto, dio a luz: aquel engendro de la Liga Nacional Alemana.

También puede que Lassalle no apreciara debidamente el peligro ruso, del que su panfleto solo trata de pasada. Pero que este peligro era todavía bastante remoto, se puso de manifiesto cuando el Príncipe Regente de Prusia, tal como Lassalle había previsto, movilizó el ejército prusiano y solicitó de la Confederación Alemana la movilización de las

tropas de los Estados medianos y pequeños. Esta demostración militar bastó para infundirles pacifismo al hombre de diciembre y al zar. Instigado por un general ruso que compareció inmediatamente en el cuartel general francés, Bonaparte le ofreció la paz al derrotado emperador de Austria, renunciando incluso a la mitad de sus planes, hechos ya públicos; tuvo que conformarse con la Lombardía, dejando Venecia bajo el cetro de los Habsburgo. Confiado a sus propias fuerzas, no era quién para entablar una guerra europea, y Rusia se encontraba atada de pies y manos por los disturbios de Polonia, las dificultades de la emancipación de los siervos de la gleba y los golpes por la espalda de la guerra de Crimea, que aún no se había apagado del todo.

Con la paz de Villafranca terminó la disputa que venía sosteniéndose en torno a la táctica revolucionaria frente a la guerra de Italia, pero Lassalle, en sus cartas a Marx y a Engels, no se cansaba de volver sobre el tema, insistiendo una y otra vez en que su posición no era la acertada, como había venido a confirmar el giro tomado por las cosas en la realidad. Como no poseemos sus respuestas y Marx y Engels no llegaron a exponer sus ideas, como pensaban, en un manifiesto público, resulta difícil ponderar los pros y los contras de esta polémica. Lassalle podía remitirse, a su favor y con razón, al curso seguido por el movimiento de la unidad italiana, a la eliminación de las dinastías del centro de Italia gracias a la insurrección de sus maltratados "súbditos", a la conquista de Sicilia y de Nápoles por las legiones de Garibaldi y a la cruz y raya que todos estos sucesos pusieron en los planes bonapartistas, aun cuando finalmente fuese la dinastía de Saboya la que sorbió la nata de la leche.

Desgraciadamente, la disputa con Lassalle se incrementó considerablemente, por la insuperable desconfianza que Marx le tenía. No es que Marx no hubiese querido ganarse a aquel hombre, del cual decía que era un "hombre enérgico" que no tenía nada que buscar en el partido de la burguesía, y opinaba que su *Heráclito*, aunque torpemente escrito, era superior a todos los libros de los que podían jactarse los demócratas. Pero por muy sinceramente que Lassalle le ofreciera la mano y el corazón, Marx se creía siempre obligado a mantener con él cierta distancia diplomática, a tratarlo de un modo "hábil" para que no se excediera, y el primer incidente que surgía bastaba para despertar otra vez su desconfianza.

Cuando Friedlander hizo que Lassalle reiterara a Marx, esta vez sin condiciones, su invitación a colaborar en la *Wiener Presse*, pero sin insistir luego en el pedido, Marx sospechó que Lassalle le había

frustrado aquella posibilidad. Al imprimirse su *Economía política*, como la tirada se demoró desde febrero hasta fines de mayo, vio también en esto una "jugada" de Lassalle, que jamás le perdonaría. El verdadero culpable de la demora era el editor, quien para disculparse dio el pretexto de que había tenido que anteponer, por su carácter de actualidad, las obras de Engels y de Lassalle.

3. NUEVAS LUCHAS ENTRE LOS EXILIADOS

El carácter complejo de la guerra italiana resolvió viejos desacuerdos y provocó nuevos conflictos entre los emigrados.

Mientras que los fugitivos italianos y franceses combatían la fusión del movimiento de la unidad italiana con el golpe de Estado francés, una gran parte de los exiliados alemanes se disponía a repetir aquellas torpezas cuya primera edición les había generado un destierro de diez años. No es que compartieran, ni mucho menos, los puntos de vista de Lassalle, sino que se entusiasmaban con la "nueva era" por la gracia del Príncipe Regente, con la esperanza de que también a ellos los alcanzaría un rayo del nuevo sol; estaban poseídos por una verdadera "furia de amnistía", según la frase satírica de Freiligrath, y dispuestos a cualquier acto patriótico, si la "Alteza real", como Kinkel había pronosticado ya ante el consejo de guerra de Rastatt, se decidía a forjar con la espada la unidad del Imperio.

Kinkel se convirtió nuevamente en el portavoz de estas tendencias, con su *Hermann*, un semanario que empezó a publicarse el 1 de enero de 1859 y cuyo título antediluviano indicaba bien a las claras qué ideología tenía. Pronto se transformó en el órgano auténtico de aquella —para decirlo también con Freiligrath— "nostalgia patriótica", ansiosa de hundirse cuanto antes en el "bullicio liberal de los suboficiales prusianos". Esto hizo que el semanario de Kinkel se impusiera rápidamente, matando enseguida al *Nuevos tiempos*, un periodiquito obrero que editaba Edgar Bauer por encargo de la Liga de Cultura Obrera. Como el *Nuevos tiempos* vivía casi exclusivamente del crédito del impresor, se vinieron a pique tan rápido como Kinkel le ofreció a este la empresa mucho más beneficiosa y sólida del *Hermann*. Sin embargo, esta jugada no encontró el aplauso unánime ni aun en el seno de los exiliados burgueses; el librecambista Faucher creó un comité de ayuda financiera para proseguir con la publicación de *Nuevos tiempos*, rebautizándolo con el título de *El Pueblo*. De su redacción se encargó Elard Biskamp, un emigrado de Hesse que había colaborado en *Nuevos*

tiempos desde las provincias y que ahora abandonaba su puesto de maestro para dedicarse al renaciente periódico.

Biskamp fue a visitar inmediatamente a Marx, acompañado por Liebknecht, para solicitar su colaboración. Desde la hecatombe de 1850, Marx había roto todo contacto con la Liga de Cultura Obrera. Le disgustó incluso que Liebknecht reanudara personalmente relaciones con esta organización, si bien la opinión de Liebknecht de que un partido obrero sin obreros era una contradicción lógica, tenía bastante peso. No obstante, se comprendía perfectamente que Marx no lograra sobreponerse tan pronto a los desagradables recuerdos del pasado, y dejó "estupefacta" a una comisión de la Liga que fue a visitarlo con la declaración de que Engels y él no habían recibido sus títulos de representantes del partido proletario de nadie más que de sí mismos, refrendados por el odio general y personal con el que los enaltecían los partidos del Viejo Mundo.

Tampoco prestó mucho oído en un principio a la invitación que le hacían para colaborar en *El Pueblo.* Aunque aplaudía decididamente que no se dejara vía libre a los manejos de Kinkel y autorizaba a Liebknecht para ayudar a Biskamp en las tareas de redacción del periódico, personalmente no quería intervenir de un modo directo en ningún periódico pequeño ni de partido, que no estuviese dirigido por Engels y por él. Lo único que prometió fue hacer cuanto estuviera a su alcance por colaborar con la difusión del periódico, poner a su disposición de vez en cuando artículos del *Tribune* para que los reprodujese y facilitarle noticias e indicaciones verbales acerca de diferentes temas. A Engels le escribió diciéndole que consideraba a *El Pueblo* como un "periódico para pasar el tiempo", al estilo de lo que habían sido el *Vorwaerts* y *La gaceta alemana* de Bruselas. Pero que podía llegar el momento en que necesitaran urgentemente disponer en Londres de un periódico. Y que Biskamp merecía su colaboración, más teniendo en cuenta que trabajaba sin recibir salario alguno.

Sin embargo, Marx era un luchador demasiado impulsivo como para no salir a pelear con aquel "periodiquito para pasar el tiempo" cuando empezó a mostrarse molesto por los manejos de Kinkel. Invirtió no pocas energías y tiempo en mantenerlo a flote, no tanto con su colaboración, que parece haberse limitado, según él mismo dice, a unas cuantas noticias breves, como con sus esfuerzos por asegurar las condiciones materiales de existencia del periódico —que se publicaba, por cierto, en formato grande y con cuatro páginas—, para que pudiese vivir, por lo menos, al día. Ninguno de los pocos amigos del

partido se libró de contribuir con su donación, el primero de todos Engels, que colaboraba también activamente con la pluma, aportando artículos militares sobre la guerra italiana y sobre todo un importante estudio sobre la obra científica de su amigo, recién publicada, del cual no pudieron ver la luz ni el tercero ni el último artículo. El periódico agonizó a fines de agosto, y todo el fruto práctico que dieron los esfuerzos de Marx por sostenerlo en pie fue que el impresor, un tal Fidelio Hollinger, lo hiciera responsable de los descubiertos. La pretensión no podía ser más infundada, pero "como la banda de Kinkel no esperaba otra cosa para celebrar, dando un escándalo, y el personal que se había movido en torno al periódico no era el más indicado para una exhibición ante los tribunales", Marx salió del conflicto pagando unas cinco libras.

Sacrificios y cuidados impensablemente mayores habrían de costarle otra herencia que le traspasó *El Pueblo*. El 19 de abril de 1859, Carlos Vogt les había enviado desde Ginebra a varios emigrados de Londres, entre ellos Freiligrath, un programa político acerca de la actitud de la democracia alemana en la guerra de Italia, invitándolos a colaborar, en el tono de aquel programa, en un nuevo semanario suizo. Vogt, relacionado con los hermanos Folien, destacados integrantes del movimiento juvenil alemán, había sido uno de los referentes de la izquierda, con Roberto Blum, en la Asamblea Nacional de Frankfurt, y en los últimos momentos del parlamento agonizante figuró entre los cinco regentes del Imperio nombrados por él. Actualmente, residía como profesor de Teología en Ginebra, ciudad a la que representaba con Fazy, el *líder* de los radicales ginebrinos, en el Senado suizo. En Alemania mantenía vivo su recuerdo por medio de una intensa agitación a favor de un tipo de materialismo estrecho y científico-natural que desvariaba en cuanto pretendía pisar terreno histórico. Además, Vogt mantenía estas doctrinas, como Ruge acertadamente le reprochaba, con "atolondramiento escolar", tendiendo a indignar a los filisteos con sus tópicos cínicos, y cuando por fin lo consiguió, al sostener que "las ideas guardaban la misma relación con el cerebro que la bilis con el hígado o la orina con los riñones", hasta Luis Büchner, su compañero más cercano, rechazó aquella especie de racionalismo de segunda.

Freiligrath le solicitó a Marx un juicio acerca del programa político difundido por Vogt, y obtuvo esta lacónica respuesta: ¡política de mesa de café! A Engels le escribía comentando el asunto en términos más explícitos: "Alemania renuncia a sus territorios extraalemanes. No apoya a Austria. El despotismo francés es transitorio, el austríaco es

permanente. A ambos se les permite desangrarse. (Hasta se percibe cierta propensión hacia Bonaparte). Neutralidad armada de Alemania. Según Vogt dice saber de buena fuente, no hay que pensar en un movimiento revolucionario mientras vivamos. Por consiguiente, tan pronto como Austria se vea destruida por Bonaparte, empezará a desarrollarse en la patria, espontáneamente, un proceso liberal-nacional moderado bajo el auspicio del Príncipe Regente, y nada tendría de sorprendente que Vogt llegara a ser bufón de palacio en Prusia". La desconfianza con la que habla en estas líneas se volvió certeza para Marx cuando Vogt, que no pudo sacar adelante el semanario proyectado, editó sus *Estudios acerca de la situación actual de Europa*, cuya afinidad espiritual con las consignas bonapartistas era ya innegable.

Vogt se había dirigido también, a la par que a Freiligrath, a Carlos Blind, un emigrado badense, amigo de Marx desde los años de la revolución y autor de un artículo publicado en la *Nueva revista del Rin*, aunque no se contara entre sus más íntimos correligionarios. Blind figuraba más bien entre aquellos republicanos "serios" para quienes el cantón de Badén seguía siendo el ombligo del mundo. Engels sobre todo se reía mucho viendo a aquellos "hombres de Estado" cuya ideología, pese a toda su sombría sublimidad, solía reducirse a un respeto ilimitado a su propio yo. Este Blind se acercó a Marx para revelarle las traiciones de Vogt, de los cuales decía tener pruebas. Le aseguró que Vogt cobraba una subvención bonapartista por sus campañas, que había pretendido sobornar con treinta mil guldas a un escritor del sur de Alemania, habiendo hecho también intentos de soborno en Londres, y que ya en el verano de 1858, en una entrevista celebrada en Ginebra entre el príncipe Jerónimo, Napoleón, Fazy y compañía se había acordado la guerra de Italia, designándose al Gran Duque Constantino de Rusia como futuro rey de Hungría.

Marx le comunicó estas noticias de palabra a Biskamp, cuando este fue a visitarlo para pedirle colaboración para *El Pueblo*, añadiendo que era una debilidad de los del sur de Alemania recargar las tintas. Biskamp hizo uso de algunos de los informes de Blind sin consultar a Marx, e insertó en su periódico un artículo que pretendía ser ingenioso denunciando al "regente del Imperio como traidor al imperio"; de este número envió un ejemplar a Vogt. Este contestó en el *Correo comercial* de Biel, "advirtiendo" a los obreros contra aquellas "bandas de emigrados", a quienes los suizos, cuando se refugiaron en su país, habían bautizado como "cuadrillas de incendiarios", y que en la actualidad se habían vuelto a congregar en Londres bajo las órdenes

de su jefe Carlos Marx, para entretenerse en hilvanar conspiraciones entre los obreros alemanes, conspiraciones conocidas de los agentes secretos del continente desde el primer momento y que no servirían más que para llevar al fracaso a los obreros. Marx no creyó oportuno contestar a este "sucio ataque" y se contentó con que el propio *El Pueblo* lo despreciara.

Un tiempo después, a comienzos de junio, Marx se trasladó a Manchester para recaudar entre los amigos fondos para *El Pueblo.* Durante su ausencia, Liebknecht encontró en la imprenta del periódico las galeras de una hoja anónima contra Vogt, que retomaba las revelaciones de Blind y cuyo original, según testimoniaba el cajista Vögele, había sido compuesto por el propio Blind, de su puño y letra; las correcciones puestas en las pruebas eran también de su mano. Hollinger, el impresor, envió a Liebknecht, dos o tres días después, un ejemplar, que este remitió a la *Gaceta general de Augsburgo*, de la que era corresponsal hacía varios años, acompañando el envío con unas líneas en las que decía que la hoja tenía por autor a uno de los exiliados alemanes más respetables y que todos los hechos que en ella se invocaban podían probarse.

Al aparecer la hoja inserta en la *Gaceta General*, Vogt querelló al periódico por calumnias. La redacción pidió a Liebknecht las pruebas prometidas, para preparar su defensa, y Liebknecht buscó a Blind. Pero este se negó rotundamente a mezclarse en los asuntos de un periódico extraño, y no solo eso, sino que negó incluso que él fuese el autor de dicha hoja, aunque reconociendo haber comunicado a Marx los hechos que en ella se relataban, algunos de los cuales había publicado también en la *Free Press*, órgano de Urquhart. A Marx, aquel asunto no le interesaba, por el momento, y Liebknecht se había hecho a la idea de verse negado por él. Sin embargo, Marx se creyó obligado a hacer cuanto estaba a su alcance por desenmascarar a Vogt, que tan por los pelos había querido mezclarse en el negocio. Pero sus esfuerzos por hacer que Blind confesara también chocaron contra la obstinación de este, y Marx tuvo que conformarse con un testimonio escrito del cajista Vögele acreditando que el original de la hoja en cuestión había sido redactado de puño y letra por Blind, cuya escritura reconocía, habiendo sido compuesto e impreso en Hollinger. Claro está que con esto no se aportaba ninguna prueba de la culpabilidad de Vogt.

Pero antes de que el caso llegara a tribunales en Augsburgo, la fiesta de Schiller, con la que se conmemoraba el 10 de noviembre de 1859 el centenario del nacimiento del poeta, dio lugar a nuevos

conflictos entre los exiliados de Londres. Sabido es cómo se festejó aquel centenario entre los alemanes, lo mismo en el interior del país que en el extranjero, queriendo ofrecer con ello, para decirlo con Lassalle, testimonio de la "unidad espiritual" del pueblo alemán y una "alegre prueba de su resurgir nacional". También en Londres se planeaba celebrar la fiesta. La ceremonia habría de organizarse en el Palacio de Cristal, destinando el sobrante de los ingresos a crear una fundación Schiller, con una biblioteca y ciclos de conferencias anuales, que se iniciarían todos los años al cumplirse el aniversario del nacimiento del poeta. Desgraciadamente, la fracción de Kinkel se las ingenió para tomar en sus manos los preparativos de la fiesta, explotándolos de un modo repugnante y mezquino para sus propios intereses. Procuró alejar a los elementos proletarios de la emigración, invitando a participar de ella a un funcionario de la embajada prusiana, de muy dudosa reputación desde los días del proceso contra los comunistas de Colonia; un tal Bettziech, que firmaba como Beta sus artículos y que no era más que un instrumento periodístico de Kinkel, publicó en la *Gartenlaube* un repugnante reclamo de su amo y señor, en el que pretendía poner en ridículo, de una manera no menos repugnante, a los miembros de la Liga de Cultura Obrera que tenían la intención de participar en la fiesta del centenario de Schiller.

Así planteadas las cosas, Marx y Engels entendieron que era una pena que Freiligrath recitara un poema en la fiesta del Palacio de Cristal, en la que Kinkel tendría a su cargo el discurso principal. Marx pretendió disuadir a su viejo amigo de participar en el "homenaje a Kinkel". Freiligrath acordaba en que la cuestión no era clara y en que se trataba de alimentar ciertos egos personales, pero entendía que como poeta alemán no podía mantenerse alejado de aquella fiesta. Esta tenía un propio fin, que estaba por encima de todos los objetivos ocultos y las confabulaciones de un sector, cualquiera que fuera. Sin embargo, durante los preparativos de la fiesta, Freiligrath sufrió algunos "incidentes peculiares", que hicieron que sintiera, pese a su innata tendencia a ver el lado bueno de todo, hombres y cosas, que Marx probablemente tenía razón. No obstante, insistía en que su presencia e intervención contribuían más que su alejamiento a frustrar algunos intentos.

Pero Marx no estaba conforme con esto, y menos todavía Engels, quien expresaba su disgusto hablando del "ego de poeta y del intrusismo literario de Freiligrath, así como su obsecuencia". Estos reproches, por supuesto, iban demasiado lejos. En realidad, el homenaje a Schiller resultó ser algo más que las fiestas superficiales

con las que el buen burgués alemán está habituado a celebrar la memoria de un gran pensador o un gran poeta que ha pasado por encima de su copa como grúa de alto vuelo. La fiesta encontró eco, incluso, en la izquierda más extrema del país.

Cuando Marx criticó al poeta ante Lassalle, este le replicó: "Probablemente, hubiese sido mejor que Freiligrath no fuera a la fiesta; pero hay que reconocer que su cantata fue magnífica. Fue, por mucho, la mejor aparición de la fiesta". En Zúrich fue Herwegh quien compuso la poesía de homenaje, y en París el discurso de la fiesta estuvo a cargo de Schily. En Londres, también participó de la celebración del Palacio de Cristal la Liga de Cultura Obrera, después de que dejara a salvo su conciencia política en una fiesta celebrada un día antes, en honor a Roberto Blum, en la que habló Liebknecht. En Manchester, la fiesta fue organizada por Siebel, un joven poeta del Wuppertal, sin que Engels, que era pariente lejano suyo, interpusiera la menor objeción. Cierto es que le escribió a Marx para decirle que él no tenía nada que ver con la cuestión, aunque Siebel estaba a cargo del epílogo, "una declaración ordinaria, por supuesto, pero bastante decente. Además, el compañero dirige la representación del *Campamento de Wallenstein*. He estado en dos de los ensayos y, si los muchachos no se asustan, puede salir algo entretenido". Más tarde, el propio Engels fue nombrado presidente de la fundación Schiller, creada por aquel entonces en Manchester, a la que Guillermo Wolff dejó un legado bastante considerable en su testamento.

Por aquellos días, en los que crecía la tensión entre Freiligrath y Marx, se iniciaba en el tribunal de primera instancia de Augsburgo el proceso de Vogt contra la *Gaceta general*. La querella fue desestimada, con imposición de costas, pero la derrota jurídica se transformó en triunfo moral para el querellante. Los redactores acusados no lograron aportar ninguna prueba contra Vogt y rompieron, como decía Marx, con una frase bastante medida, en un "lenguaje políticamente desagradable". De hecho, su actitud merecía la más fuerte condena, no solo desde el aspecto político, sino también desde el aspecto moral, y su triunfo fue que el honor personal de un oponente político fuera un blanco político legítimo. ¿Cómo —preguntó la defensa— los jueces bávaros podía beneficiar a un hombre que había atacado violentamente al Gobierno de Baviera y a que fue obligado a vivir en el extranjero por sus actividades políticas? El Partido Socialista Democrático de Alemania, que hacía once años había ungido los sueños matinales de su libertad con el asesinato de los generales Latour, Gagern y Auerswald y del príncipe de Lichnowsky, tendría un

verdadero júbilo si el juez condenaba a los redactores acusados. Si Vogt se salía con la suya, pronto desfilarían, también, como acusadores, por delante de los tribunales de Augsburgo, Klapka, Kossuth, Pulski, Teleki y Mazzini.

Los redactores acusados no lograron aportar ninguna prueba contra Vogt y rompieron, como Marx decía, con una frase bastante moderada, en una "jerga políticamente desagradable", que merecía la más fuerte condena, no solo desde el aspecto político, sino también desde el aspecto moral. Se descolgaron con la tesis de que para ellos el honor personal de un oponente político estaba fuera de la ley; ningún juez bávaro podía darle la razón a un hombre que había atacado violentamente al Gobierno de Baviera y a quien sus manejos revolucionarios obligaban a vivir en el extranjero. El Partido Socialista Democrático de Alemania, que hacia once años había ungido los sueños mañaneros de su libertad con el asesinato de los generales Latour, Gagern y Auerswald y del príncipe de Lichnowsky, tendría una verdadera alegría si el juez condenaba a los redactores acusados. Si Vogt se salía con la suya, pronto desfilarían, también, como acusadores, por delante de los tribunales de Augsburgo, Klapka, Kossuth, Pulski, Teleki y Mazzini.

A pesar de su poca astucia, o quizás por eso mismo, la defensa impresionó a los jueces. Sin embargo, su conciencia jurídica fue suficientemente estrecha como para no absolver libremente a los acusados, que no habían aportado la más insignificante prueba. Pero fue, también, suficientemente ancha como para despojar de su derecho a un hombre al cual tanto el Gobierno como la población de Baviera odiaban fuertemente. El fiscal ofreció una manera de salir del dilema, que los jueces recibieron con avidez. Bajo pretextos formales, remitieron el caso a un tribunal con jurado, donde Vogt tenía asegurada la derrota, dado que en esa instancia no se admitían pruebas ni los jurados tenían que justificar su veredicto.

No hay por qué reprocharle a Vogt que no se quisiera arriesgar en aquel juego desigual. Le convenía mucho más quedarse con aquella doble aureola de mártir: la de aquel sobre quien recae una sospecha infundada y la del que no consigue hacer valer su derecho. Hubo, además, algunas otras circunstancias que contribuyeron a realzar su triunfo. Produjo una impresión fatal que sus contrincantes en el proceso exhibieran una carta de Biskamp, en la que este, primer acusador público de Vogt, confesando no tener ninguna prueba fehaciente, apuntaba algunas sospechas difusas, para concluir con la pregunta de si

la *Gaceta general de Augsburgo* no lo nombraría su segundo corresponsal en Londres, con Liebknecht, después de que desapareciera *El Pueblo*. El periódico augsburgués siguió murmurando, aun después de finalizado el proceso, que Vogt había sido juzgado ya por sus iguales, por Marx y por Freiligrath; que era bien sabido, desde hacía mucho tiempo, que Marx estaba muy por encima de Vogt como pensador, por su agudeza y consecuencia, y que Freiligrath sobresalía muy por encima de él en cuando a moral política.

En una defensa escrita entregada por el redactor Kolb ya se mencionaba a Freiligrath como colaborador de *El Pueblo* y acusador de Vogt. Kolb había interpretado mal una manifestación poco clara hecha en este sentido por Liebknecht en una de sus cartas. Tan pronto como la reseña de la *Gaceta general* acerca del proceso llegó a Londres, Freiligrath le envió una breve rectificación, haciendo constar que no había sido colaborador de *El Pueblo* y que su nombre se había incluido, sin saberlo ni quererlo, entre los acusadores de Vogt. De esta rectificación se quisieron sacar, luego, conclusiones poco plausibles, haciendo resaltar que Vogt era muy cercano a Fazy, de quien dependía la ubicación de Freiligrath en el Banco Suizo. Estas conclusiones poco plausibles habrían tenido alguna razón de ser si Freiligrath hubiera estado obligado por algún motivo a proceder contra Vogt, pero no había sido así. Hasta este momento, se había mantenido al margen de todo, y estaba en todo su derecho a pedir que Kolb no lo metiera en el problema, para atrincherarse tras su nombre cuando las cosas fueran mal. Y aunque en la lacónica y seca declaración de Freiligrath podía leerse, entre líneas, una repulsa indirecta contra Marx, este no vio en ella ni la más leve insinuación o intento de ruptura personal con él, ni de separación pública con su partido. La falta de esta nota podía, sin duda, explicarse por un equívoco del que era víctima Freiligrath; ya que Marx había pretendido prohibirle, en nombre del partido, que publicara una poesía inocente de homenaje a Schiller, era justo que él se mantuviera a la ofensiva, dispuesto a saltar, cuando Marx iniciaba una polémica innecesaria. A reforzar esta mala imagen contribuyó una declaración publicada por aquellos días por Blind en la *Gaceta general*, en la cual, aunque "condenando decididamente" la política de Vogt, decía que era una mentira deliberada la afirmación de que él había sido el autor de la hoja contra Vogt. Aportaba, para probar sus dichos, dos testimonios: el de Fidelio Hollinger, quien calificaba de "vil invención" la afirmación del cajista Vogele de que la hoja había sido dejada en su imprenta y redactada por Blind, y el del cajista Wiehe, confirmando el del impresor.

Un desafortunado incidente incrementó las diferencias que había entre Marx y Freiligrath. En estas circunstancias, la *Gartenlaube* publicó un artículo de Beta, en el que este sirviente literario de Kinkel ponía en el cielo al poeta Freiligrath, para terminar con una injuria contra Marx, a quien describía como un malicioso diseminador de odio venenoso, que le había robado a Freiligrath la voz, la libertad y el carácter. Desde que había entrado en contacto con el aliento abrasador de Marx, decía, el poeta apenas había vuelto a cantar.

Todas estas cosas parecían haberse hundido en el mar del olvido, con el agitado año 1859, después de unos cuantos intercambios epistolares entre Marx y Freiligrath. Pero volvieron a aflorar con el año nuevo, reavivadas "para su desgracia" gracias a los buenos oficios de Vogt.

4. ENTREACTO

A fin de año, Vogt publicó un panfleto titulado: "Mi proceso contra la *Gaceta general*", que contenía la reseña taquigráfica del proceso y una serie de declaraciones y otros documentos que se difundieron en ocasión de aquel litigio, todos completos y en su tono literal.

Pero entre estos figuraba también la transcripción *in extenso* de aquella acusación que acerca de la "cuadrilla de incendiarios" publicara Vogt en el *Correo comercial* de Biel. En este artículo se presentaba a Marx como jefe de una banda de estafadores, que vivía de comprometer a "gente dentro de la patria" para obligarla a comprarse con dinero el silencio de aquellos facinerosos. "No una —decía literalmente el artículo—, sino cientos de cartas ha escrito este hombre a Alemania amenazando descaradamente con denunciar la intervención del interesado en tal o cual acto de la revolución, si antes de una determinada fecha no se recibía una suma concreta en la dirección indicada". Era la calumnia más dura, aunque no la única ni mucho menos, que Vogt publicaba contra Marx. Pero, por falso que fuera aquel relato, venía salpicado con una serie de hechos medio verdaderos y medio inventados, tomados de la historia de la emigración, que daban al artículo visos de haber sido escrito por una persona bien informada, y hacía falta un conocimiento muy exacto de los detalles, que el buen burgués alemán estaba muy lejos de tener, para no dejarse engañar.

Se entiende, entonces, por qué aquel panfleto tuvo una tanta resonancia y fue aclamado, con gran entusiasmo, por la prensa liberal principalmente de Alemania. La *Gaceta nacional* publicó dos largos

artículos editoriales comentándolo, que, cuando a fines de enero llegaron a Londres, causaron una gran indignación en la casa de Marx, disgustando profundamente a su mujer. Como en Londres no era posible conseguir el panfleto, Marx se apuró a dirigirse a Freiligrath preguntándole si su "amigo" no le había mandado un ejemplar. Freiligrath, muy molesto, contestó diciendo que ni Vogt era su "amigo", ni poseía ningún ejemplar del panfleto.

Marx comprendió desde el primer momento que era necesario contestar a aquellas acusaciones, si bien no era un hombre presto a salir al cruce de injurias tan burdas; opinaba que la prensa estaba en todo su derecho de ofender a los escritores, los políticos, los comediantes y demás personajes públicos. Antes de que llegara a Londres el panfleto de Vogt, Marx tomó la decisión de querellar a la *Gaceta nacional*. En esta se lo acusaba de toda una serie de actos criminales deshonrosos ante un público que, propenso como era de por sí, con sus prejuicios partidistas, a creer las mayores monstruosidades, carecía del menor indicio para juzgar personalmente la conducta de un hombre que llevaba once años ausente de Alemania. No solo por razones políticas, sino por los cuidados que debía a su mujer y a sus hijos, se creía obligado a llevar ante los tribunales las acusaciones de la *Gaceta nacional* que atentaban contra su honor, reservándose la respuesta a Vogt para la vía literaria.

Lo primero que hizo fue saldar cuentas con Blind, de quien seguía creyendo que tenía en el bolsillo las pruebas contra Vogt, aunque no se decidiera a sacarlas por esta consideración personal que todo demócrata ordinario guarda, a fin de cuentas, con otro demócrata vulgar como él. Es probable que Marx se equivocara en esto y que estuviese más acertado Engels, al pensar que Blind no poseía prueba alguna en la que basar las acusaciones concretas de corrupción que había hecho contra Vogt, para refugiarse en la negativa cuando vio que la cosa iba en serio y hundirse cada vez más en el barro. El 4 de febrero, Marx dirigió al redactor de la *Free Press* una circular, redactada en inglés, en la que afirmaba públicamente que la declaración de Blind, Wiehe y Hollinger, según la cual la hoja anónima contra Vogt no se había copiado en la imprenta del último de los tres, era una mentira infame, calificando a Carlos Blind de infame y mentiroso, e invitándolo a que fuera ante un tribunal inglés a reclamar si se creía injuriado por estos calificativos. Pero Blind prefirió la prudencia y trató de escapar publicando en la *Gaceta general* un largo comunicado en el que se pronunciaba durísimamente contra Vogt; en

él volvía a hablar de sus corruptelas, aunque seguía negando la autoridad de la hoja.

Pero Marx no se conformó. Se las arregló para llevar ante los tribunales de policía al cajista Wiehe, obligándolo a jurar —es decir, exponiéndolo, si faltaba a la verdad, a todas las consecuencias penales del perjurio—, en vista de lo cual Wiehe corroboró que, en efecto, él mismo había ajustado en la imprenta de Hollinger la hoja para reproducirla en *El Pueblo*, habiendo visto en las galeras varias erratas corregidas a mano por Blind; declaró, además, que el testimonio anterior, contrario a la verdad, le había sido arrancado por Hollinger y Blind, por el primero mediante promesas de dinero, y por el segundo con promesas de retribuciones futuras. Con esto, Blind quedaba bajo el peso de la ley inglesa, y Ernesto Jones se mostró dispuesto a gestionar inmediatamente, en base al juramento de Wiehe, una orden de prisión contra Blind, pero añadiendo que, una vez presentada la denuncia, no podría revocarse, por corresponder a la vía criminal; él mismo se expondría a una pena, como abogado, si luego intentara llegar a un acuerdo.

Marx, por deferencia con la familia de Blind, no quería ir tan a fondo. Se limitó a mandarle a Luis Blanc, amigo de Blind, la declaración jurada de Wiehe, con una carta en la que le decía que deploraría, no por Blind, que se lo merecía con creces, sino por su familia, verse obligado a entablar una denuncia criminal contra él. La carta dio resultado. El 15 de febrero de 1860 apareció en el *Daily Telegraph*, que había reproducido hacía poco las calumnias de la *Gaceta nacional*, una noticia en la que un tal Schaible, que se decía amigo íntimo de Blind, se declaraba autor de la hoja. A pesar de que la maniobra no podía ser más burda, Marx no quiso ya insistir, ya que con aquello quedaba exento de toda responsabilidad, en lo que al contenido de la hoja se refería.

Antes de proceder contra Vogt, procuró reconciliarse con Freiligrath, a quien le envió copia de la circular contra Blind y de la declaración jurada de Wiehe, sin recibir respuesta. Volvió a dirigirse a él por última vez exponiéndole la importancia que había cobrado el caso Vogt para la reivindicación histórica del partido y para su posición ulterior en Alemania. En esta carta, se esforzaba disipar cualquier resentimiento que Freiligrath pudiera albergar contra él; "si alguna vez te he ofendido —le escribía—, estoy dispuesto a confesar mi falta en cuanto me lo pidas. Nada de lo humano me es ajeno". Le decía, también, que entendía perfectamente que, en su situación actual, la cuestión le resultara desagradable, pero que ya comprendería que era

completamente imposible mantener su nombre al margen del conflicto. "Teniendo como tenemos ambos la consciencia de que, cada cual a su manera, posponiendo todo interés particular y por los motivos más puros, nos hemos pasado años y años levantando la bandera de la clase *la plus laborieuse et la plus misérable* por encima de las cabezas de los filisteos, me parecería que cometeríamos un pecado mezquino con la historia si nos dejáramos llevar por pequeñeces —reductibles todas a equívocos— a una ruptura". La carta terminaba con el testimonio de la más sincera amistad.

Freiligrath tomó la mano que se le tendía, pero no con toda la cordialidad con la que aquel hombre "duro de corazón" se la ofrecía. Le decía que seguiría siendo fiel a la clase *la plus laborieuse et la plus misérable*, como siempre había sido, y que seguiría teniendo con Marx la misma lealtad que le debía como amigo y compañero. Pero añadía: "Durante estos siete años (desde que se disolvió la Liga Comunista), he estado alejado del partido, ausente de sus asambleas, ignorante de sus acuerdos y de sus actos. De hecho, mis relaciones con el partido hacía mucho tiempo que estaban rotas; ninguno de nosotros ignoraba esto: era una especie de acuerdo tácito. Y solo puedo decirte que esta situación me era bastante cómoda. Yo, como todo poeta, necesito, por naturaleza, la libertad. El partido es una jaula y canta uno mejor, incluso para el partido, afuera que adentro. Yo fui poeta del proletariado y de la revolución antes de pertenecer a la Liga y a la redacción de la *Nueva gaceta del Rin*. En el futuro, entonces, prefiero seguir moviéndome libremente, disponiendo de mi persona sin tener que rendirle cuentas a nadie". En estas palabras, se expresa nuevamente la vieja aversión de Freiligrath hacia las miserias de la agitación política, y esta aversión le hace, incluso, ver cosas que jamás existieron: aquellas asambleas del partido, de las que él había estado ausente, aquellos acuerdos tomados y aquellos discursos pronunciados sin que él los conociera, no eran más que una quimera suya.

A esto se refirió Marx al contestarle, y, después de disipar una vez más todos los malentendidos que podía haber entre ellos, le decía, en esta misma carta, citando una de las frases preferidas de Freiligrath: "Los filisteos están sobre nosotros, siempre será un mejor eslogan para nosotros que estar entre los filisteos. Ya te he expuesto, sincera y francamente, mi opinión, y espero que la compartas en lo sustancial. He procurado, además, aclarar la confusión de que cuando hablaba de partido me refería a una organización muerta hace ocho años o a la redacción de un periodo extinguido hace doce. No. Yo siempre he entendido por partido al partido, en el gran sentido histórico de esta

palabra". Era esta una frase tan exacta como conciliadora, debido a que, enfocados en un gran sentido histórico, ambos hombres formaban una unidad, a pesar de todos los malentendidos. Y la frase honraba a Marx tanto más cuanto que, después de aquellos ataques viles que Vogt le había dirigido, no hubiera sido mucho pedir que Freiligrath hubiese destruido públicamente toda imagen de entendimiento o amistad con el calumniador. Pero Freiligrath se limitó a reanudar el intercambio amistoso con Marx; por lo demás, se obstinó en su retraimiento. Marx, por su parte, procuró facilitárselo no volviendo a mezclar su nombre en aquel asunto más que en los casos estrictamente necesarios.

Un curso distinto tomó la tensión que se produjo entre Marx y Lassalle por el mismo episodio. Marx le había escrito a Lassalle por última vez en noviembre del año anterior, a propósito de su polémica italiana, en términos bastante "groseros", como él mismo confesaba. Como Lassalle no había contestado a su carta, entendió que se había sentido ofendido. Pero después de los ataques de la *Gaceta nacional*, extrañaba, como se comprende, una buena relación con Berlín, y le pidió a Engels que tratara de arreglar el problema con Lassalle, debido a que este era "un compañero de primera clase", comparado con los demás. Marx se refiere indirectamente, aquí, al caso de un abogado prusiano llamado Fischel, que se le había presentado como urquhartista y ofrecido su conexión con la prensa alemana. Lassalle se había negado a entablar ningún tipo de diálogo con este "compañero ignorante e incapaz", pues, cualquiera que la conducta de este hombre —que poco después tendría un accidente fatal, en Londres— hubiera sido, en Alemania figuraba en la guardia literaria de *corps* del Duque de Coburgo, cuya fama era —y más que merecida— muy mala.

Pero antes de que Engels tuviera tiempo de dirigirse a Lassalle, este le escribió directamente a Marx, excusando su largo silencio por falta de tiempo y pidiéndole encarecidamente que hiciera algo en aquel "asunto inimaginablemente fatal" de Vogt, dado que estaba tomando una gran resonancia y publicidad; en los que conocían a Marx, los ataques de Vogt no podían hacer ninguna mella, pero sí, en cambio, podían perjudicarlo mucho en la imagen de quienes no lo conocían, porque lo cierto era que estaban formulados muy hábilmente, a base de verdades a medias, y hacía falta un ojo bastante entrenado para no tragárselo todo al pie de la letra. Lassalle hacía resaltar sobre todo dos puntos. El primero era que Marx no estaba del todo limpio de culpa, debido a que le había dado crédito, sin prueba alguna, a un mentiroso tan descalificado como había resultado ser Blind, recogiendo de sus

labios las más fuertes acusaciones; y si no tenía ninguna otra prueba, no tendría más remedio que iniciar su defensa reiterando la acusación de deshonestidad formulada contra Vogt. Lassalle reconocía que hacía falta una gran mesura y autodisciplina para hacer justicia con quien había sido culpable de las más bestiales e infundadas calumnias contra él, pero Marx —añadía— no tenía más remedio que dar esta prueba de buena fe, si no quería condenar a la ineficacia desde el primer momento a su defensa. Otro de los puntos que resaltaba Lassalle, con la mayor indignación, era la colaboración de Liebknecht en un periódico tan reaccionario como la *Gaceta general*, ya que causaría en el público una explosión de asombro e indignación contra el partido.

Marx no había recibido todavía el panfleto de Vogt cuando se encontró con esta carta, y no podía, naturalmente, dar cuenta claramente de la cuestión. Pero se entiende fácilmente que no le hiciera ninguna gracia aquella sugerencia de empezar reconociendo la honorabilidad de Vogt, de cuyos manejos bonapartistas tenía él testimonios un poco más sólidos que el de Blind. Tampoco podía estar conforme con aquel juicio tan severo en relación con la colaboración de Liebknecht en la *Gaceta general de Augsburgo*. No podía decirse que él simpatizara mucho con este periódico, con el que había tenido fuertes polémicas en la época de las dos gacetas del Rin; pero, pese a su carácter contrarrevolucionario, era cierto que en relación con la política exterior daba una honrosa recepción a las miradas más diversas. En esto, siempre una excepción en la prensa alemana.

Marx contestó malhumorado, diciendo que la *Gaceta general* no era peor, a sus ojos, que la *Gaceta popular*; que querellaría a la *Gaceta nacional* y escribiría contra Vogt, pero haciendo saber en el prólogo que no le preocupaba el juicio del público alemán. Lassalle tomó demasiado al pie de la letra estas palabras, escritas en un momento de indignación, y replicó que no se explicaba que pudieran equipararse un periódico democrático vulgar como la *Gaceta popular* y el "periódico más escandaloso y desprestigiado de Alemania". Volviendo al fondo de la cuestión, le aconsejaba que no fuera a los tribunales a querellar al periódico, al menos antes de refutar los ataques de Vogt. Y terminaba expresando que confiaba en que Marx no sacara por aquella carta la conclusión de que había querido molestarlo, sino la certeza de su "amistad sincera y cordial".

Pero Lassalle se equivocaba. Marx, al recibir esta carta, le escribió a Engels en un tono fortísimo, y en su respuesta a Lassalle se refería a las

"acusaciones oficiales" que Lewy había trasladado en su momento a Londres contra él. Lo hacía, claro está, para justificar de este modo su anterior falta de confianza, pretendiendo mostrar que aquellas "acusaciones oficiales" y otras calumnias del mismo estilo contra Lassalle no le habían hecho perder la cabeza. Pero, dado el calibre de las denuncias, Lassalle no podía ver ningún mérito especial en el hecho de no hacerles caso, y se vengó de una manera digna de él: con un relato tan hermoso como convincente de los sacrificios y la lealtad a la causa que había demostrado a los obreros del Rin en los días de la más desenfrenada reacción.

Marx no trató a Lassalle como había tratado a Freiligrath, y la respuesta de Lassalle era diferente. Él le dio a Marx el mejor consejo que podría haberle dado, y no permitió que su voluntad de ayudar a su amigo se viera afectada por el hecho de que el consejo fuera ignorado.

5. *EL SEÑOR VOGT*

Rápidamente se demostró cuánta razón tenía Lassalle cuando intentaba disuadir a su amigo de pedir justicia en los tribunales alemanes. Por mediación de Fischel, Marx le dio un poder al abogado Weber para que querellara en los tribunales de Berlín a la *Gaceta nacional*, pero sin conseguir siquiera lo que Vogt había conseguido de los tribunales de Augsburgo: que su causa tuviera curso.

El tribunal competente declaró que la acción no podía sustanciarse por "falta de pruebas", ya que las manifestaciones calumniosas no procedían del mismo periódico, sino que consistían en "simples citas tomadas de otras personas". El tribunal de instancia superior, al que se apeló, desechó esta necedad, pero para sustituirla por otra mayor, afirmando que Marx no podía considerarse injuriado porque se lo presentara como jefe "refrenador y reflexivo" de una banda de estafadores y falsificadores. Habiendo apelado nuevamente, el tribunal supremo no encontró ningún "error de derecho" en esta peregrina interpretación, y Marx tuvo que retirar su querella, desechada por todas las instancias.

Ya no le quedaba más camino que contestar a los ataques de Vogt por la vía literaria, respuesta que le llevó casi un año entero. Para refutar todos los chismes y rumores recogidos por Vogt, mantuvo una cuantiosa correspondencia con gente de todo el mundo. Hasta el 17 de noviembre de 1860 no logró poner fin a su obra, a la que dio este

sencillo título: *El señor Vogt*[40]. Es la única obra suya publicada aparte que no se ha vuelto a reeditar y de la que seguramente hay muy pocos ejemplares en el mundo; se entiende debido a que, siendo ya de por sí extensa —doce pliegos de apretada letra, que en una impresión común hubiera hecho el doble, según el propio Marx—, esta obra requeriría hoy, además, un comentario muy prolijo para hacer inteligibles al lector todas sus referencias y alusiones.

En su mayor parte, la obra no merece el esfuerzo. Muchas de las historias de exiliados que en ella se cuentan y en las que Marx no tenía más remedio que entrar, obligado por su oponente, están hoy, y con razón, sepultadas en el más completo olvido, y uno se apena por ver a aquel hombre obligado a defenderse contra calumnias que no podían manchar ni la suela de sus zapatos. Claro está que estas páginas tienen un raro encanto para lectores de paladar literario fino. Ya en la primera página, Marx ataca con el ingenio de un Shakespeare el tema del "prototipo de Carlos Vogt, aquel inmortal Sir John Falstaff, que en su renacimiento zoológico no se ha quedado corto ciertamente por falta de materia". Sin embargo, nunca se vuelve monótona; su vasto conocimiento sobre literatura clásica y moderna le va suministrando flecha tras flecha, que él clava con mortal puntería en el insolente agresor.

En *El señor Vogt*, la "cuadrilla de incendiarios" aparece como un pequeño grupo de estudiantes alegres que, después de que fracasara el alzamiento de Badén y el Palatinado, se dedicaron durante el invierno de 1849 a 1850 a cautivar a las bellas ginebrinas y a asustar a los buenos burgueses de Ginebra con su humor frente a la adversidad; pero el grupo se había deshecho hacía diez años. Uno de sus integrantes, establecido ahora como comerciante en la City de Londres, Segismundo Borkheim, realizó una viva descripción de las inocentes bromas de los estudiantes, que Marx insertó en el primer capítulo de su obra contra Vogt. En Borkheim tenía un amigo leal, y era un gran consuelo para él, en general, que muchos de los emigrados, no solo en Inglaterra, sino también en Francia y en Suiza, por lejos que estuvieran de él y aunque no le conocieran cara a cara, le tendieran una mano, como sucedía en particular con Juan Felipe Becker, el veterano líder del movimiento obrero suizo.

No podemos detenernos a contar aquí, punto por punto, cómo Marx iba poniendo al desnudo las alusiones e intrigas de Vogt, hasta no

---

[40] Marx, K. (1974): *Señor Vogt*, Zero, Madrid.

dejar en pie ni un vestigio de ellas. Más importante que esto era el contraataque aplastante que le propinaba, al demostrar que toda la campaña de propaganda de Vogt era, tanto en su perfidia como en su ignorancia, un eco fiel de las consignas emitidas por el falso Bonaparte. En los papeles encontrados en las Tullerías y publicados por el Gobierno de la Defensa Nacional después de la caída del segundo Imperio, figuraba un recibo de 40 mil francos pagados a Vogt en agosto de 1859 de los fondos secretos del emperador, por mediación, probablemente, de los revolucionarios húngaros, para admitir la explicación que le es más favorable. Vogt tenía relaciones de amistad con Klap, sin comprender que la actitud de la democracia alemana para con Bonaparte no podía ser la misma que la húngara y que lo que en este podía ser lícito en aquél era una infame traición.

Pero fueran cuales fuesen los manejos de Vogt, y aun cuando no hubiese recibido dinero alguno de las Tullerías, Marx demuestra de la manera más concluyente e irrefutable que su campaña de propaganda no era más que un eco de las consignas bonapartistas. Estos capítulos, con los haces de luz cegadores que proyectan sobre la situación europea de la época, son los más interesantes de la obra, y todavía hoy pueden leerse con gran interés; Lotario Bucher, que en aquel entonces abrigaba más enemistad que simpatía por Marx, dijo de ella, cuando se publicó, que era un compendio de historia contemporánea. Y Lassalle, con su manera abierta y franca, después de saludar la aparición del libro "como una obra maestra en todos los sentidos", afirmaba que ahora se explicaba perfectamente, y estaba justificado, que Marx estuviera convencido de la deshonestidad de Vogt, dado que en su libro quedaba expuesta "la prueba intrínseca con una evidencia inmensa". Engels pone la obra incluso por encima de *El 18 brumario*; dice que es más simple en su estilo, certera en sus palabras, y que es el mejor trabajo polémico escrito por Marx. De todos modos, la historia no lo ha consagrado de esa manera; lo ha ido relegando, poco a poco, a la sombra, haciendo pasar al frente, en cambio, a *El 18 brumario* y la polémica contra Proudhon. La razón de esto reside, en gran parte, en el tema, debido a que, en realidad, el caso Vogt no era más que un episodio relativamente insignificante. Pero también contribuye a esto el propio Marx, con su gran capacidad y sus pequeñas debilidades.

No era alguien que se inclinara por descender a ese terreno mezquino de la polémica en el que se convence al buen burgués, a pesar de que en este caso no se trataba realmente de eso. La obra no convenció, como dice su mujer en una carta, inocente y certeramente, más que a las "personas importantes", es decir, a todos aquellos que

no necesitaban que nadie los convenciera de que Marx no era aquel truhán que describía Vogt, pero que tenían la inteligencia y el gusto suficiente para apreciar los méritos literarios de la obra. "Hasta Ruge, el viejo enemigo, dice que es un buen libro", añade la mujer de Marx. Para los buenos patriotas alemanes, resultaba demasiado abstrusa, y no se infiltró en sus círculos. Todavía en plena época de la ley contra los socialistas había escritores con pretensiones, como Bamberger y Treitschke, que sacaban a relucir lo de la "cuadrilla de incendiarios".

Hay que añadir, también, la especial mala suerte que Marx tenía en todos los negocios, y de la que no siempre estaba exento de culpa. Engels insistió con él en que publicara y editara el libro en Alemania, algo que ya era perfectamente factible dadas las condiciones de la época, y lo mismo le recomendaba Lassalle. Este solo lo hacía por la disminución de los costos; Engels, en cambio, tenía argumentos de más peso: "Ya hemos pasado cien veces por la experiencia de la literatura de la emigración, siempre la misma esterilidad, siempre dinero y trabajo tirados, y encima la rabia... ¿De qué nos sirve haberle contestado a Vogt, si la respuesta no llega a manos de nadie?" Pero Marx se obstinó en entregarle el libro a un joven editor alemán de Londres, compartiendo a medias las pérdidas y las ganancias, y adelantándole veinticinco libras para los gastos de impresión, de las cuales Borkheim puso doce y Lassalle ocho. Pero la nueva empresa era tan precaria, que no pudo organizar siquiera en su debida forma el despacho del libro a Alemania. A los pocos días se hundió, y Marx no solo no recibió ni un centavo del anticipo, sino que, demandado por un socio del editor, tuvo que pagar casi otro tanto porque, no habiéndose cuidado de firmar un contrato, se le hizo responsable de todos los gastos de la edición.

Al empezar la polémica con Vogt, le había escrito su amigo Imandt: "No quisiera yo tener que escribir sobre el asunto, y me dejarás admiradísimo si te animas a meter la mano en esa salsa". En el mismo sentido, disuadiéndolo, se dirigieron a Marx otros emigrados rusos y húngaros. Hoy, casi se ve uno tentado a desear que hubiera seguido estos consejos. Aquella disputa le valió unos cuantos amigos nuevos, y gracias a ella entabló nuevas relaciones de amistad con la Liga de Cultura Obrera de Londres, que intervino con gran entusiasmo y con toda su energía a favor suyo. Pero esta polémica fue más bien un obstáculo que un estímulo para la obra de su vida, por el gran sacrificio de fuerzas y de tiempo que exigió de él, sin darle nada a cambio, aparte de los enormes disgustos que le causó en el seno de su familia.

6. ASPECTOS FAMILIARES Y PERSONALES

Mucho más que a Marx, "la horrible indignación por los infames ataques" de Vogt había afectado a su mujer, identificada con él en cuerpo y alma. Le costó muchas noches de insomnio, y aun cuando se resistiera valientemente, copiando todo el extenso manuscrito para mandarlo a la imprenta, se derrumbó apenas estampó la última línea.

El médico dictaminó que era viruela y que había que alejar inmediatamente a los niños de la casa.

Siguieron días espantosos. De los niños se hizo cargo Liebknecht, y Marx se encargó de cuidar personalmente a su mujer, ayudado por Lenita Demuth. La enferma tenía dolores atroces, sufría de insomnio, estaba muerta de miedo por su marido, que no se apartaba de su lado, y tenía paralizados todos los sentidos, aunque conservaba lúcida la inteligencia. A la semana, se produjo la crisis salvadora, gracias a que la habían vacunado dos veces. Ahora, el médico dijo que aquella espantosa enfermedad había sido, en el fondo, una suerte. La excitación nerviosa en la que había vivido la mujer de Marx desde hacía dos meses era la causa de que hubiese contraído la infección en un comercio, en un tranvía o donde fuera, pero, sin ella, aquel estado de nerviosismo hubiera conducido a una fiebre mucho más peligrosa todavía, o a otra cosa parecida.

Apenas empezó su mujer a reponerse, cuando Marx cayó a su vez enfermo, por el gran susto que había pasado, los cuidados y las torturas de todo tipo. Por primera vez se le presenta, en forma aguda, su padecimiento crónico del hígado. El médico también atribuyó la enfermedad a la constante excitación. Encima de no recibir un centavo por el agotador trabajo de respuesta a Vogt, el *New York Tribune* lo pone a medio sueldo y los acreedores asedian la casa. Después de curarse, Marx, según escribe su mujer a Frau Weydemeyer, decide hacer "un crucero pirata a Holanda, el país de los padres, del tabaco y del queso", a ver si consigue sacar algo de su tío.

Esta carta tiene fecha de 11 de marzo de 1861; es una carta llena de radiante buen humor, testimonio elocuente de la "vitalidad natural", no menos fuerte en Jenny Marx, a su manera, que en su marido. Después de largos de silencio, los Weydemeyer, quienes también habían tenido su cuota de problemas en su exilio norteamericano, volvieron a escribir, y la mujer de Marx abrió inmediatamente su corazón ante "la valiente y fiel compañera de sufrimientos, luchadora y mártir". Le dijo que lo que la sostenía en medio de todos sus

sufrimientos y miserias, "el punto brillante de mi existencia, el lado luminoso de nuestra vida", era la alegría que le daban sus hijos. Jenny, que ya tenía diecisiete años, se parecía más el padre, "con su pelo negro, brillante y abundante, y sus ojos, también negros, resplandecientes y dulces, y aquella tez oscura de criolla, que poco a poco iba tomando un tono sonrosado, auténticamente inglés". Laura, que tenía quince años, había salido a su madre, "con el pelo castaño, ondulado y rizado, y aquellos ojos verdosos y tornasolados, que brillaban como eternas luces de alegría". "Son dos muchachas lozanas y muy bonitas, y tan modestas, las pobres, que muchas veces me quedo, para mí, admirada. Sobre todo, pensando en lo que era su mamá cuando tenía sus años; seguramente que sobre ella no podía decirse lo mismo".

Pero, por mucha alegría que las dos hijas mayores les proporcionaran a sus padres, "la idolatrada delicia de la casa" era la hijita más pequeña, Leonor o Tusy, como sus padres la llamaban. "Esta niña nació precisamente por los días en los que perdimos a nuestro pobre y querido Edgar, y todo el amor que teníamos por su hermanito, todo el cariño y la ternura de aquella criatura, los trasladamos a esta niña, a quien sus hermanas mayores han cuidado con un celo casi maternal. Seguramente que no hay en el mundo criatura más deliciosa; es bonita como una estampa y tiene un carácter risueño y alegre. Es un encanto oírla hablar y contar cuentos. Esto lo ha aprendido de los hermanos Grimm, que no se apartan de ella de día ni de noche. Todos tenemos que leerle, hasta cansarnos, el libro de cuentos, pero ¡hay de nosotros si nos salteamos una sola sílaba de Caperucita, del Rey Pico de Loro o de Copito de Nieve! Gracias a estos cuentos, la niña ha aprendido, además del inglés, que flota en el ambiente, el alemán, que habla con gran corrección. Esta niña es el encanto de Carlos, y con sus risas y charlas le aleja no pocas preocupaciones". Luego, pasa a hablar de Lenita, su fiel servidora. "Pregunte usted a su bonísimo marido por ella, y él le dirá el tesoro que tengo en esta criatura. Lleva dieciséis años con nosotros, haciéndole frente a todas las tormentas". Esta deliciosa carta termina hablando de los amigos, y aquellos que no se han demostrado totalmente fieles a su Carlos son juzgados, como por auténtica mujer, más severamente que por su propio marido. "A mí no me gustan las cosas a medias", escribe ella, explicando por qué había roto toda relación con las mujeres de la familia Freiligrath.

Mientras tanto, Marx había terminado su "crucero pirata" por Holanda, donde tuvo bastante suerte. Desde allí se dirigió a Berlín,

para estudiar sobre el terreno un plan que Lassalle no dejaba de recomendar: la fundación de un órgano propio del partido, cuya necesidad había justificado la crisis del año 1859 y cuya posibilidad creaba la amnistía decretada por el ya rey Guillermo, al subir al trono en el año 1861. Esta amnistía era bastante miserable, llena de trampas y reservas, pero, con todo, les permitía a los antiguos redactores de la *Nueva gaceta del Rin* reintegrarse a Alemania.

En Berlín, Marx fue recibido por Lassalle "con gran afecto", pero el "lugar" seguía "repeliéndole personalmente". Nada de alta política, sino los conflictos de siempre con la policía y la eterna lucha entre militares y civiles. El tono que domina en Berlín es insolente y frívolo. Las Cámaras son objeto del desprecio general. Aun comparadas con los negociadores de 1848, que no podía decirse que fuesen ningunos titanes, Marx veía en aquel parlamento prusiano, con sus Simsons y sus Vinckes, "una extraña mezcla de oficina y escuela"; las únicas figuras que, por lo menos, tenían un aspecto decoroso, en medio de aquella banda de pigmeos, eran Waldeck, de un lado, y del otro Wagener y el Don Quijote de Blankemburgo. No obstante, Marx creía percibir en un gran sector de público una corriente general de racionalismo crítico y un gran descontento con la prensa burguesa; gente de todos los rangos creía inevitable una catástrofe. Se daba por descontado que en las elecciones que habrían de celebrarse en el otoño saldrían elegidos los antiguos negociadores, a quienes el rey temía como a republicanos rojos y que sacarían adelante los nuevos planes militares. En estas condiciones, Marx creía que valía la pena deliberar acerca del proyecto de periódico de Lassalle.

Pero no tal y como Lassalle se lo proponía. Este aspiraba a ser redactor-jefe del periódico que se fundara, con Marx y Engels, pero a condición de que estos no tuviesen más votos que él solo, pues entonces su opinión no prevalecería nunca. Seguramente que Lassalle solo expondría esta idea, que condenaba de antemano al periódico a nacer muerto, en el curso de una charla superficial, pero lo interesante es ver cómo Marx se resistía a reconocerle una intervención decisiva en la empresa. Fascinado por el prestigio que en ciertos círculos eruditos le había otorgado su *Heráclito*, y en otros sectores de opinión su bodega y su cocina, Lassalle ignoraba, naturalmente —dice Marx—, que estaba completamente desprestigiado ante el gran público. "Además, su afán de tener razón siempre, su obstinado 'espíritu especulativo' (el compañero sueña incluso con una nueva filosofía hegeliana de segunda potencia, que él escribirá), su infección de viejo liberalismo francés, su ampulosa pluma, su intrusismo, su falta de

tacto, etcétera. Lassalle podría hacer un buen trabajo como uno de tantos redactores, y sujeto a una estricta disciplina. De otro modo, no hará más que ponemos en ridículo". Este era el informe que Marx le transmitía a Engels de las negociaciones con Lassalle, añadiendo que, para no molestar a su huésped, había postergado toda respuesta concluyente hasta consultar con Engels y Guillermo Wolff. Engels, que tenía los mismos reparos que Marx, también se opuso a la propuesta.

Por lo demás, todo el plan era un castillo en el aire, como Lassalle lo clasificara una vez, presintiendo lo que habría de ocurrir. Entre las miserias de la amnistía prusiana se contaba la de qué, aun en los casos en los que les concedía a los fugitivos de los años de la revolución, bajo condiciones aceptables a medias, el retorno impune al país, no les reintegraba, ni mucho menos, su carta de naturaleza, que según las leyes prusianas habían perdido al residir más de diez años seguidos en el extranjero. De este modo, quien volviese a instalarse en Alemania, quedaba expuesto a que, de la noche a la mañana, cualquier jefe policial, en un momento de mal humor, lo pusiese de patitas en la frontera. Y en el caso de Marx era todavía más grave, dado que, ya varios años antes de la revolución, aunque hubiese sido obligado por la persecución de la policía prusiana, había solicitado salirse del Estado de Prusia. Lassalle, como apoderado suyo, movió cielo y tierra para gestionar que le reintegraran la ciudadanía prusiana; para conseguirlo, halagó hasta el cansancio al director general de policía de Berlín y al ministro del Interior, conde de Schwerin, pero todo fue en vano. El primero le dijo sin vueltas que no había más obstáculo que se opusiese a la naturalización de Marx que sus "ideas republicanas, o por lo menos no monárquicas", y el segundo, contestando a la objeción que Lassalle le hizo de que no cayera en la misma "inquisición de ideas y en las mismas persecuciones por ideas políticas", que tanto había censurado en sus antecesores Manteuffel y Westfalia, formuló esta seca y sucinta respuesta: "por el momento al menos, no existe ninguna razón especial para concederle la naturalización a su recomendado Marx". Un Estado como el prusiano no podía tolerar en su seno al "recomendado Marx"; en eso tenían razón los oscuros ministros, así como el conde de Schwerin y sus antecesores Kühlwetter y Manteuffel.

Desde Berlín, Marx hizo una excursión al Rin, visitó a los viejos amigos de Colonia y a su anciana madre, que pasaba en Tréveris sus últimos días; a principios de mayo, estaba otra vez de vuelta en Londres. Esta vez, esperaba ponerle fin a la penuria que sufría su familia, y encontrar el tiempo y la calma suficiente para concluir su libro. En Berlín, había conseguido entablar las relaciones, tantas veces frustradas, con la

Wiener Presse, que prometió pagarle una libra por cada artículo y la mitad de este precio por cada informe. Las relaciones con la *New York Tribune* también parecían revivir. Esta revista publicaba ahora con continuidad sus artículos, destacando su importancia. "Son curiosos estos yanquis —opinaba Marx—, que alaban los artículos de sus propios corresponsales". También la *Wiener Presse* le daba "una gran importancia a sus colaboraciones". Pero las viejas deudas seguían sin pagarse, y la ausencia de ingresos en los días que había durado la enfermedad y el viaje a Alemania contribuyeron "a sacar otra vez la basura a la superficie"; el saludo de año nuevo de Marx a Engels fue, más que un saludo, una maldición: si el año que se iniciaba iba a ser como el que terminaba, podía irse al infierno.

Y, en efecto, el año 1862 no solo igualó a su antecesor, sino que incluso lo superó en miserias. La *Wiener Presse*, a pesar de todo lo que presumía de los artículos de Marx, se portaba de una manera todavía más miserable, si cabía, que la revista norteamericana. Ya en el mes de marzo, Marx le escribía a Engels: "Me es indiferente que no me publiquen los mejores artículos (a pesar de que me esfuerzo en escribirlos de manera tal que puedan publicarlos). Lo que no puedo consentir, económicamente, es que no me publiquen ni me paguen más que un artículo de cada cuatro o cinco. Esto me ubica muy por debajo de los cajistas". Con la *New York Tribune* perdió todo contacto en el transcurso de este año, por causas que no han podido conocerse en detalle, pero que dependerían, es seguro, más o menos directamente de la guerra de secesión.

Marx saludó con mucha simpatía aquella guerra, sin preocuparse de las desgracias que le causaba. "No hay que perder de vista —escribiría años más tarde, en el prólogo a su magnífica obra científica *El Capital* — que la guerra de la independencia norteamericana fue, en el siglo XVIII, la campana que puso de pie a la clase media europea, como la de secesión puso de pie a la clase obrera de América". En sus cartas a Engels, seguía con mucho interés e indagaba minuciosamente el curso de este conflicto. Se consideraba a sí mismo un lego en cuestiones militares y bélicas, y seguía con gusto las orientaciones de Engels, que aún hoy mantienen un gran interés, no solo histórico sino también político. En sus cartas aparece analizado hasta el fondo el problema militar y de las milicias, que resume en esta frase: "Solo una sociedad estructurada y educada de una manera comunista podrá acercarse al sistema de las milicias, e incluso así no podrá realizarlo por completo". Aunque en un sentido muy distinto al que tiene en boca del poeta,

también aquí se confirma, una vez más, aquello de que en la limitación es donde se ve al maestro.

La maestría que Engels había conseguido en sus análisis sobre cuestiones militares limitaba sus horizontes generales. La miseria táctica con la que los Estados del Norte combatían le hacía pensar, a veces, en su derrota. "Lo que me desorienta, en todos los éxitos de los yanquis —escribía Engels, en mayo de 1862—, no es la situación militar de por sí. Esta no es más que el resultado de la desidia y la inacción típica de todo el norte. ¿Dónde está, en aquel pueblo, la energía revolucionaria? Se dejan apalear, y se sienten orgullosos de los golpes que reciben. ¿Dónde hay, en todo el norte, un solo indicio que demuestre que aquel pueblo se toma algo en serio? Jamás he visto algo similar, ni siquiera en las peores épocas de Alemania. Parece como si a los yanquis les resultara más placentero estafar a sus acreedores". En julio daba todo por perdido para los del norte, y en septiembre los del sur, que al menos sabían qué querían, le parecían verdaderos héroes, comparados con el desastre de los otros.

Marx, sin embargo, estaba firmemente convencido de que triunfarían los del norte. "En lo que se refiere a los yanquis —decía en septiembre, en respuesta a Engels—, no hay quien me disuada de que triunfará el norte... El modo que tiene de librar la guerra es todo lo que puede esperarse de una República burguesa que por tanto tiempo ha estado gobernada por el fraude. El sur, que es una oligarquía en la que todo el trabajo productivo está a cargo de los negros, y los cuatro millones de blancos son todos explotadores de profesión, sabe hacer las cosas mejor. Pero, pese a eso, apostaría la cabeza a que esta gente tiene las de perder". Y la realidad le dio la razón a Marx, confirmando que también la guerra está determinada, en última instancia, por las condiciones materiales en las que los beligerantes viven.

Para entender en toda su magnitud aquella maravillosa lucidez, hay que leer el resto de la carta, en la que se ve la miseria agobiante en la que Marx vivía. Según le escribía a Engels, se había decidido a dar un paso, al que jamás pudo decidirse antes ni después: conseguir un trabajo. Había una posibilidad de que lo ubicaran en una oficina inglesa de ferrocarriles; pero el intento fracasó —y no sabía si alegrarse o lamentarlo— debido a su mala caligrafía. Mientras tanto, la penuria era cada día mayor. Marx se enfermaba reiteradamente. Además de su viejo problema en el hígado, empezaron a salirle carbunclos y forúnculos dolorosísimos, que podían durarle años enteros. Su mujer, con este complicado horizonte, no podría

mantenerse en pie mucho tiempo. Las niñas carecían hasta de vestidos y zapatos para ir a la escuela; era el año de la Exposición Universal de Londres y, mientras sus amigas se divertían, ellas, hundidas en la miseria, temblaban cada vez que alguien tocaba a la puerta. La hija mayor, suficientemente grande ya para entender la situación, sufría terriblemente; a espaldas de sus padres, hizo el intento de prepararse para el teatro.

Marx empezó a acercarse a una idea con la que ya venía debatiéndose hacía largo tiempo, aunque iba demorando su ejecución, preocupado por la educación de sus hijas. Dejaría sus muebles al propietario de la casa, que le había mandado a los oficiales de justicia, se declararía en quiebra con los demás acreedores, buscaría, por medio de sus amigos, alguna familia inglesa donde colocar como institutrices a las dos hijas mayores, pondría a Lenita Demuth a trabajar en otra casa, y él, con su mujer y su hija menor, se iría a vivir a una de las pensiones que habitaban los pobres.

Gracias a Engels, no tuvo necesidad de apelar a este recurso heroico. En la primavera de 1860 había muerto padre de este, dejándole una posición mucho mejor en la empresa Ermen & Engels, con la posibilidad de transformarse en socio, aunque esa mejora también significara que tendría que vivir con más estilo que antes. Pero la crisis norteamericana, que pesaba considerablemente sobre el mercado, restringió de un modo sensible sus ingresos. En los primeros días del año 1863 tuvo la desgracia de perder a Mary Burns, aquella hija del pueblo de Irlanda con quien se había casado hacía diez años. Profundamente conmovido, le escribió a Marx: “Me resulta imposible describir cómo me siento. La pobre me quería de todo corazón”. Pero Marx —y esto revela mejor que nada hasta qué punto estaba con el agua al cuello— no le contestó con la simpatía y el afecto que Engels esperaba; después de dedicarle unas cuantas palabras interiormente frías de pésame, pasaba a describirle minuciosamente la desesperada situación en la que se encontraba, diciéndole que si no conseguía sacar de algún lado una suma de importancia, su casa no se sostendría en pie ni dos semanas más. Cierto es que declaraba cuán “asquerosamente egoísta le parecía a él mismo irle al amigo, en momentos como este, con tales problemas”. “Pero ¿qué puedo hacer? En todo Londres no hay una sola persona con quien pueda hablar a abiertamente, y en casa tengo que mantener un silencio estoico, para compensar un poco las explosiones de la otra parte”. Engels se sintió dolido por la “fría recepción” que había encontrado su desgracia en Marx, y no se recató para decírselo en su respuesta, que retrasó unos

días. Le decía, también, que no podía disponer de tamaña suma, pero le hacía varias propuestas para sacarlo del apuro.

Marx también dilató su respuesta unos cuantos días, no porque se obstinara en su sinrazón, sino para dejar que se calmaran un poco los ánimos. En esta carta confesaba honradamente su culpa, aunque rechazando el reproche de "falta de corazón". Al igual que en la carta siguiente, le explica abiertamente, a la vez que de un modo conciliador y lleno de tacto —era evidente que Engels tenía que sentirse profundamente herido de que su mujer no le hubiera escrito ni una línea de condolencia por la muerte de su amada—, qué era lo que le había hecho perder la cabeza. "Las mujeres son unas criaturas muy cómicas, incluso las más inteligentes. Mi mujer se pasó toda la mañana llorando por Mary y tu desgracia, sin acordarse para nada de las suyas, que llegaron a su apogeo, precisamente, aquel mismo día; por la tarde, ya creía que ningún hombre del mundo podría sufrir tanto como nosotros, con todos nuestros hijos y los agentes de embargo en casa". Pero Engels no necesitaba de muchas palabras de arrepentimiento para reconciliarse. "No es posible convivir largos años con una mujer sin que a uno lo conmueva dolorosamente su muerte. Siento que con ella he enterrado todo lo que me quedaba de juventud. Cuando recibí tu carta, todavía tenía en casa su cuerpo. Te digo que esa carta no se me fue de la cabeza en toda la semana; no había modo de olvidarla. Pero tu última carta la ha borrado; no sabes la alegría que me da ver que con Mary no he enterrado también a mi viejo y mejor amigo". Fue la primera y la última tensión que hubo en la amistad de estos dos hombres.

Por medio de un "golpe muy audaz", Engels consiguió reunir cien libras esterlinas, que sacaron a Marx un poco a flote y le permitieron abandonar la idea de trasladarse a una pensión. Así se las fue arreglando para pasar el año 1863, al final del cual su madre murió. La herencia no debió ser mucha. Las que le ofrecieron algún respiro, sin embargo, fueron las 800 o 900 libras que heredó de Guillermo Wolff, quien lo dejó como principal heredero.

Wolff murió en mayo de 1864, dejando profundamente apenados a Marx y Engels. No había cumplido todavía cincuenta y cinco años; jamás se había fijado en sí mismo, entre las tormentas de una vida agitada, y Engels se lamentaba de que el sentimiento obstinado del deber con el que cumplía sus obligaciones de maestro había acelerado su muerte. La simpatía que tenían por él los alemanes de Manchester le había permitido tener, después de pasar en el destierro por muchas

penurias, una vida bastante holgada. La herencia paterna debió haber llegado a sus manos poco tiempo antes de morir. Marx le dedicó "a su amigo inolvidable, el valioso, leal y noble campeón del proletariado", el primer tomo de su inmortal obra maestra, en la que lo ayudó a trabajar tranquilamente durante una temporada el último gesto de amistad que tuvo por él Wolff.

Claro que esto no espantó para siempre los cuidados de la casa de Marx, pero la miseria no volvió a apropiarse jamás con la crueldad y desolación de aquellos años, ya que en setiembre de 1864 Engels cerró con los Ermen un contrato por cinco años, en el que se le daba participación en la empresa, y esto le permitía ir en auxilio de su amigo, con manos que, si siempre fueron incansables, ahora se veían más colmadas.

7. LAS CAMPAÑAS DE LASSALLE

En julio de 1862, en los días de mayor agobio para la familia de Marx, Lassalle fue a Londres a devolverle su visita.

"Para mantener ante él cierto decoro, mi mujer había procurado no trasladarlo todo, hasta el último clavo, a la casa de empeños", le escribía Marx a Engels. Lassalle no tenía idea de cuán desesperante era la situación por la que pasaba Marx y tomó como una realidad la imagen que él y su familia mantenían en torno suyo; Lenita Demuth, cocinera de la casa, no olvidó nunca el magnífico apetito de la visita. Todo esto produjo una "repugnante impresión", y en nada ensombrece la figura de Marx el que este, sobre todo tratándose de Lassalle, entre cuyos atributos no estaba, por cierto, la modestia, no se mantuviese muy lejos de aquel estado de ánimo en el que se encontraba Schiller cuando decía de Goethe: "¡Qué fácil se le hace la vida a este hombre, cuando yo tengo que luchar tan duramente por todo!"

No fue sino hasta el momento de irse, después de una estadía de varias semanas, que Lassalle pareció haberse dado cuenta de la real situación. Ofreció su colaboración y prometió enviar quince libras antes de fin de año; además, autorizó a Marx para que librara sobre él cuantas letras quisiera, siempre y cuando Engels o cualquier otra persona garantizara su pago. Con la ayuda de Borkheim, Marx trató de obtener de este modo 400 táleros, pero ahora Lassalle, por carta, condicionó su aceptación, pidiendo que "para ponerse a salvo de cualquier contingencia imprevista, pues somos mortales", Engels se comprometiera por escrito a hacerle llegar la suma librada ocho días

antes del vencimiento de la letra. Como se entiende, la desconfianza respecto a su persona no podía caerle nada bien a Marx, pero Engels le suplicó que no hiciera caso de "esas tonterías" e inmediatamente cumplió con el requisito solicitado.

El curso posterior de esta operación financiera no está muy claro; el 29 de octubre Marx le escribía a Engels diciéndole que Lassalle, "muy indignado" con él, había exigido que se le enviaran los fondos a su dirección particular, dado que no tenía banquero. El 4 de noviembre, decía que Freiligrath estaba dispuesto a hacerle llegar a Lassalle los 400 táleros. Engels contestó al día siguiente que "mañana" le enviaría a Freiligrath 60 libras. Ambos hablaban, al mismo tiempo, de la posibilidad de "renovar la letra". Pero alguna dificultad debió surgir, porque el 24 de abril de 1864 Lassalle le manifestaba a una tercera persona que hacía dos años que no se escribía con Marx, debido a que había entre ellos cierta tensión "por motivos financieros". La última carta escrita por Lassalle a Marx, acompañando su conferencia "¿Y ahora?", tiene fecha de fines del año 1862. La carta no se ha conservado, pero en otra dirigida por Marx a Engels, el 2 de enero de 1863, le decía que en aquella le rogaba la devolución de un libro, y el 12 de junio le escribía nuevamente a Engels, después de criticar con dureza las campañas de Lassalle: "No he podido decidirme a volver a escribirle a este individuo desde principios de año"; según esto, debió ser Marx quien rompió, por diferencias políticas, las relaciones.

Esto no quiere decir que ambas diferencias sean incompatibles; bien pudo pasar que las dos partes tomaran la misma decisión. Las condiciones extraordinariamente desagradables en las cuales se habían encontrado por última vez, contribuyeron sin duda a incrementar sus discrepancias políticas. Aparte de que estos desacuerdos no habían disminuido en lo más mínimo desde el último viaje de Marx a Berlín.

En el otoño de 1861, Lassalle viajó a Suiza y a Italia; en Zürich conoció a Rüstow y en la isla de Cabrera a Garibaldi; también en Londres hizo que le presentaran a Mazzini. Durante estos viajes, parece haberse interesado por un plan fantástico, que no llegó a realizarse, del Partido Italiano de Acción, consistente en que Garibaldi se trasladara con sus tropas a Dalmacia, impulsando desde allí una revuelta en Hungría. En lo que a Lassalle se refiere, no perduró ninguna prueba documental, y bien puede ser que todo se redujera, en el peor de los casos, a una idea pasajera. Lassalle tenía diferentes ideas en la cabeza, que ya había

empezado a poner en práctica con dos conferencias antes de trasladarse a Londres.

El conquistar en Marx a un camarada de lucha para esos planes le importaba muchísimo más que todas las historias italianas. Pero Marx se mostró aún más inaccesible que el año anterior. No tenía problemas con ser corresponsal en Inglaterra del periódico que Lassalle seguía planeando, siempre y cuando le pagaran bien, pero sin asumir ningún tipo de responsabilidad ni participación política alguna, porque no acordaba en nada con Lassalle, salvo en algunos objetivos lejanos.

La misma actitud negativa adoptó ante un plan de acción obrera que Lassalle le expuso. Según él, Lassalle se dejaba influenciar demasiado por las circunstancias del momento, queriendo transformar en eje de su campaña el enfrentamiento con un pigmeo como Schulze-Delitzsch: la iniciativa del Estado frente a la iniciativa individual. Con esto —añadía —, Lassalle no hacía más que renovar la fórmula con la que el socialista católico Buchez había combatido el verdadero movimiento obrero de Francia, en la década del cuarenta. Al lanzar en Alemania el grito cartista del sufragio universal, pasaba por alto la diferencia que había entre la situación alemana y la inglesa, ni tenía en cuenta tampoco las enseñanzas del segundo Imperio respecto a los derechos electorales. Y finalmente, renegando de toda conexión natural con el movimiento anterior de Alemania, incurría en el error de los sectarios, en el error de Proudhon, consistente en no ir a buscar la base real en los elementos genuinos del movimiento obrero, queriendo trazarle el rumbo de acuerdo a una determinada receta doctrinal.

Pero Lassalle, sin correrse de su camino por estas objeciones, continuó con sus campañas, que ya en la primavera de 1863 tomaron un carácter genuinamente obrerista. No renunciaba a la idea de convencer a Marx de que tenía razón; aunque hubieran dejado de escribirse, seguía mandándole puntualmente sus publicaciones, discursos, etcétera. Claro está que él ignoraba la recepción que les daba su destinatario. Marx comentaba estos documentos, en sus cartas a Engels, con una severidad cercana, a veces, a la más rabiosa injusticia. No hay por qué entrar en detalles poco agradables y que, además, todo el mundo puede leer en la correspondencia entre Marx y Engels. Es suficiente con decir que, para Marx, aquellas publicaciones, que habían de infundirle nuevas esperanzas y nueva vida a cientos de miles de obreros alemanes, no eran más que plagios de un estudiante de último año de carrera o tareas escolares en cuya lectura no había por qué perder el tiempo.

Hace falta ser un hipócrita de mente corta para pasar por alto todo esto, argumentando que Marx, como maestro suyo que era, tenía derecho a hablar así de Lassalle. Marx no era ningún superhombre; jamás pretendió ni quiso ser más que un hombre a quien nada de lo humano le era ajeno, y si algo había que a aquel hombre le asqueara era el culto ciego y servil. Quien quiera ser fiel a su memoria, no solo tiene que sancionar las injusticias que contra él se cometieron, sino también corregir las que él cometió. Y su figura saldrá más enaltecida que desprestigiada si analizamos, con una crítica libre de prejuicios, sus relaciones con Lassalle, ahondando en estas, y dejando que los fieles ortodoxos admiradores de la letra que sigan por el camino que él delineó, llevando sus zapatillas en la mano, para decirlo con la metáfora de Lessing.

Marx era y no era el maestro de Lassalle. Desde cierto punto de vista, podría haber dicho de este lo que cuentan que Hegel dijo de sus discípulos al morir: solo uno me ha entendido, y me ha entendido mal. Lassalle era, por mucho, el seguidor más brillante que Marx y Engels tenían, pero este seguidor no llegó nunca a comprender con perfecta claridad lo que era el alfa y el omega de su nuevo ideario: el materialismo histórico. La verdad es que no logró librarse nunca del "concepto especulativo" de la filosofía hegeliana, y aunque entendía claramente la trascendencia histórica de la lucha de clases, solo la entendía bajo esas formas idealistas del pensamiento que eran típicos, sobre todo, de la era burguesa, las formas de la filosofía y la jurisprudencia.

Como economista, además, quedaba muy por debajo de Marx, cuyas ideas nunca llegó a comprender en toda su magnitud. El propio Marx condenaba estas incomprensiones, con cierta indulgencia a veces, y otras, la mayoría, con excesiva dureza. Marx no encontraba más que "importantes malentendidos" en la exposición que de su teoría del valor hacía Lassalle, pero lo cierto es que Lassalle no lo entendió en absoluto. Tomaba de esta únicamente aquello que entonaba con su ideología de filósofo del derecho: la prueba de que la jornada general de trabajo social que determina el valor hace necesaria la producción colectiva de la sociedad para garantizarle al obrero el producto íntegro de su trabajo. Para Marx, su teoría del valor era la clave de todos los enigmas del régimen capitalista de producción, el hilo conductor que permitía analizar la formación del valor y la plusvalía como el proceso histórico llamado a transformar necesariamente la sociedad capitalista en socialista. Lassalle pasaba por alto la distinción entre el trabajo plasmado en valores de uso y el

trabajo que engendraba valores de cambio, aquel doble carácter del trabajo encarnado en la mercancía, que era para Marx el eje en torno al cual giraba la inteligencia de toda la economía política. Ante este punto decisivo, se abre el profundo abismo que separa a Lassalle de Marx, el abismo entre la concepción filosófico-jurídica y la concepción económico-materialista.

Pero ante otros problemas económicos, Marx juzga con excesiva severidad las debilidades de Lassalle, como sucede por ejemplo con los dos pilares económicos que sostenían su campaña: la que él llamó "ley de hierro de los salarios" y las cooperativas de trabajadores con créditos del Estado. Marx entendía que Lassalle había tomado la primera de los economistas ingleses Malthus y Ricardo, y la segunda del socialista católico francés Buchez. Sin embargo, no había sido así. De donde en realidad las había tomado era del *Manifiesto comunista.*

De la ley de la población de Malthus, según la cual los hombres se multiplican siempre con más rapidez que los medios de subsistencia, Ricardo había derivado la ley de que el salario obrero medio se limitaba a lo estrictamente necesario, según la práctica establecida dentro de cada pueblo, para sostenerse y procrear. Lassalle no hizo suya jamás esta fundamentación de la ley del salario sobre una pretendida ley natural; combatió siempre la teoría de la población de Malthus con la misma dureza que Engels y Marx. Él se limitaba a resaltar el carácter "de hierro" de la ley del salario dentro de la sociedad capitalista, "bajo las condiciones actuales, bajo el imperio de la oferta y la demanda de trabajo", y al hacerlo seguía los pasos del *Manifiesto comunista.*

Tres años después de morir Lassalle, Marx demostraba el carácter elástico de la ley del salario tal y como se presentaba en el apogeo de la sociedad capitalista, descubriendo su límite máximo en las necesidades de creación de valor del capital, y su límite mínimo en el grado de miseria que el obrero podía soportar sin morirse de hambre. Entre estos límites, los salarios no oscilan determinados por la dinámica natural de la población, sino por la resistencia que los obreros oponen a la tendencia constante del capital a exprimir de sus energías la mayor cantidad de trabajo no remunerado posible. Esto le da a la organización sindical de la clase obrera para la lucha proletaria para la emancipación, una importancia muy distinta a la que Lassalle le quería atribuir.

Y si en este punto Lassalle estaba muy por debajo de Marx en el aspecto económico, con su fórmula de las cooperativas de

trabajadores incurría en un craso error. No es cierto que hubiese tomado esta idea de Buchez, ni que la pregonara tampoco como receta universal para todos los males, sino simplemente como un paso hacia la socialización de la producción, en el mismo sentido en el que el *Manifiesto comunista* habla de la centralización del crédito en el Estado y de la organización de fábricas nacionales. Está claro que, a la par de estas, en el *Manifiesto* se propone toda una serie de medidas, diciéndose que "aunque parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento se superarán a sí mismas y se harán inevitables como medios para revolucionar todo el régimen de producción". Lassalle, en cambio, veía en sus cooperativas "la semilla orgánica que impulsaría inconteniblemente todo el proceso posterior y lo haría surgir de sí mismo". Es indudable que, con esto, Lassalle ponía al desnudo su "infección de socialismo francés", cada vez que creía que las leyes de la producción de mercancías iban a desaparecer, de este modo, sobre el propio terreno de la producción.

Reconocemos que estos errores económicos de Lassalle —y aquí nos limitamos a destacar solamente algunos, los más importantes— tenían que causar la indignación de Marx, viendo cómo se volvía a confundir y oscurecer lo que él se había esforzado, desde hacía tanto tiempo, por aclarar. Muchas de aquellas frases despectivas que la lectura de Lassalle le arrancaba se explican perfectamente. Pero, en su entendible indignación, Marx no veía que, en el fondo y pese a todos sus errores teóricos, Lassalle no hacía otra cosa que llevar a la práctica su política. Tomar por la espalda a un movimiento ya en marcha para empujarlo hacia adelante era precisamente la táctica que Marx había recomendado siempre y la que él mismo siguiera en el año 1848. Lassalle no se dejaba gobernar por las "circunstancias imperantes del momento", ni más ni menos que lo había hecho el propio Marx en los años de la revolución. Las acusaciones de sectarismo y de renegar de toda conexión natural con el movimiento anterior que se le hacían no tenían más viso de realidad que el no mencionar jamás en sus campañas a la Liga Comunista. Hojéense los varios cientos de números de la *Nueva gaceta del Rin* y no se encontrará tampoco una sola mención de ella.

Después de morir ambos, Lassalle y Marx, Engels justificaba indirectamente, aunque no por eso de un modo menos rotundo, la táctica del primero. Al iniciarse en los Estados Unidos, por los años 1886 y 1887, un movimiento proletario de masas con un programa muy confuso, Engels escribe a su viejo amigo Sorge: "El primer gran paso que tiene que dar todo país que se lanza al movimiento, es organizar a

los obreros en un partido político independiente, sea como sea, con tal de que se trate de un partido obrero". "No importa —añadía— que el primer programa de ese partido sea todavía confuso y altamente deficiente; estos inconvenientes son tan inevitables como pasajeros". Y en términos similares escribía a otros compañeros de Estados Unidos. La teoría marxista —les decía— no era ningún dogma para alcanzar la felicidad eterna, sino la exposición de un proceso histórico; y no había que agravar todavía más la inevitable confusión de las primeras acciones, obligando a la gente a tragarse cosas que por el momento no podían todavía comprender, aunque pronto se las enseñaría la experiencia.

Engels se remitía, para argumentar esto, a la conducta seguida por Marx y por él en los años de la revolución. "Al regresar a Alemania en la primavera de 1848, nos afiliamos al Partido Democrático, por ser el único medio del que disponíamos para llegar a los oídos de la clase obrera; éramos el ala más avanzada de este partido, pero ala suya al fin y al cabo". Y Engels les aconsejaba a sus amigos que no le impusieran al movimiento americano como bandera de lucha el *Manifiesto comunista*, cuya mención ellos habían evitado, como fue dicho, en la *Nueva gaceta del Rin*, dado que el *Manifiesto*, como casi todos los trabajos cortos de Marx y suyos, era todavía difícilmente entendible para América; los obreros del otro lado del Océano acababan de abrazar el movimiento, no estaban todavía suficientemente formados y su retraso, sobre todo teórico, era enorme. "Hay que apoyar la palanca directamente en la realidad, y para eso hace falta una literatura totalmente nueva. Una vez que los trabajadores estadounidenses estén encaminados, el *Manifiesto* podrá ser útil; ahora, no tendrá efecto más que en unos pocos". Y como Sorge objetó ese diagnóstico alegando la profunda impresión que le había causado el *Manifiesto* al aparecer, cuando todavía era un muchacho, Engels le respondió: "Hace cuarenta años, ustedes todavía eran alemanes y poseían el sentido teórico alemán, por eso el *Manifiesto* los impresionaba; en cambio, en los demás países, a pesar de haberse traducido al francés, al inglés, al flamenco, al danés, etcétera, no causó la más mínima sensación". En el año 1863, después de una larga época de opresión, la clase obrera alemana mantenía muy poco de ese sentido teórico del que habla Engels; también ella necesitaba de una larga educación para volver a comprender el *Manifiesto comunista*.

En relación con el que Engels, invocando siempre y con perfecta justificación el nombre de Marx, describe como el "primer gran paso" de un movimiento obrero incipiente, la campaña de Lassalle era

incuestionable. Y si como economista estaba muy por debajo de Marx, como revolucionario no tenía nada que envidiarle, a menos que se le quiera reprochar que el arrebato incansable de sus energías revolucionarias desbordara en él la infatigable paciencia del investigador científico. Todas sus obras —con la única excepción del *Heráclito*— perseguían una eficacia práctica inmediata.

Lassalle basó toda su campaña sobre los cimientos rigurosos y firmes de la lucha de clases y se puso siempre como meta inconmovible la conquista del poder político por la clase obrera. Y no trazaba al movimiento, ni mucho menos, como Marx le reprocha, el curso que debía seguir de acuerdo a una determinada receta doctrinal, sino que se limitaba a los "elementos reales" que ya por sí mismos, espontáneamente, habían puesto en marcha el movimiento entre los obreros de Alemania: el sufragio universal y el derecho de asociación. Lassalle supo ver en el sufragio universal una palanca de la lucha de clases, con una mirada más certera que, en su época al menos, Marx y Engels, y en cuanto a las cooperativas de trabajadores con crédito del Estado, cualesquiera que sean las objeciones que se les puedan oponer, es innegable que respondían, en su idea central, a una preocupación muy justificada: que —para decirlo en los términos en los que el propio Marx habría de expresarse años más tarde— "el trabajo cooperativo, si quería salvar a las masas obreras, tenía que tomar dimensiones nacionales y ser fomentado, en consecuencia, con medios públicos". Lassalle podrá parecernos un "sectario" si nos fijamos únicamente en la admiración, a veces un poco desmedida, que sus seguidores le profesaban, pero de esto no era él, al menos, el real y principal culpable. Él se esforzaba cuanto podía por evitar que "el movimiento asumiera, ante los ojos de los necios, los contornos de una sola persona". Hizo lo imposible por conquistar para su campaña no solo a Marx y a Engels, sino a Bauer, a Rodbertus y a algunos otros, y si no consiguió traer a su lado a ningún camarada de armas que pudiera medirse con él, era natural que la gratitud de los obreros tomara la forma, no siempre discreta, de un culto personal. Por otra parte, él no era, realmente, alguien que disimulara sus méritos; la modestia con la que Marx ponía siempre su figura en segundo plano, supeditándola a la causa, no era, ciertamente, una de las virtudes de Lassalle.

Hay que tener en cuenta, además, otro punto central para juzgar su conducta: la lucha aparentemente violenta de la burguesía liberal con el Gobierno prusiano, de la que había surgido la campaña de Lassalle. Marx y Engels venían siguiendo de cerca, desde el año 1859, los asuntos de Alemania, pero las cartas intercambiadas entre ellos hasta el año

1866 revelan de muy diversos modos que no se mantenían muy al tanto de aquella realidad. A pesar de toda la experiencia adquirida en los años de la revolución, seguían contando con la posibilidad de una revolución burguesa y hasta militar, y a la par que tendían a atribuirle demasiada importancia a la burguesía alemana, no le daban la importancia debida a la política prusiana de expansión. Nunca llegaron a superar las impresiones de su juventud, en la que los países renanos, orgullosamente conscientes de poseer una cultura moderna, miraban con desdén a los viejos territorios prusianos, y cuanto más concentraban su atención en los planes de hegemonía mundial del zarismo, más tendían a ver en el Estado prusiano un subimperio ruso. Para ellos, Bismarck no era, en el fondo, más que un instrumento de Rusia, aquel "hombre misterioso de las Tullerías", de quien ya en 1859 habían dicho que solo bailaba al son de la diplomacia moscovita; no podían concebir que la política de expansión prusiana, por aborrecible que fuera, pudiera llegar a términos dolorosamente inesperados, lo mismo para París que para San Petersburgo. Y creyendo todavía en la posibilidad de una revolución burguesa dentro de Alemania, era natural que la campaña de Lassalle les pareciera absolutamente prematura; nadie hubiera estado más dispuesto que este hombre a darles la razón, si su análisis se hubiese ajustado más fielmente a la realidad.

Pero Lassalle veía las cosas de cerca y las juzgaba más acertadamente. Arrancando de la realidad y bajo el signo de ella, no puede negarse que triunfó al afirmar que aquel movimiento filisteo de la burguesía progresista no podía conducir a nada, "aun cuando nos sentáramos a esperar siglos enteros, más aún, períodos geológicos enteros". Descartada la posibilidad de una revolución burguesa, Lassalle comprendió certeramente que la unificación nacional de Alemania, suponiendo que fuese posible, solo podía ser obra de una conmoción dinástica, en la que el vértice propulsor sería, en su opinión, el nuevo movimiento obrero. Claro está que, al negociar con Bismarck para hacer marchar sobre ruedas la política de expansión prusiana, infringía, sin violar por esto ningún principio, los postulados del tacto político, cosa que indignaba, como con razón indignó a Marx y a Engels.

Lo que en los años de 1863 y 1864 los separó de Lassalle fue, en última instancia, las mismas "irreductibles diferencias de criterio respecto a los supuestos de hecho", que ya los habían distanciado en 1859, con lo cual se caen abajo las apariencias de antipatía personal que rodean los durísimos conceptos formulados por Marx, por aquellos mismos días, acerca de Lassalle. La verdad, sin embargo, es que Marx no llegó nunca a sobreponerse por completo a sus prejuicios contra el hombre a quien la

historia de la socialdemocracia alemana mencionará siempre unido a su nombre y al de Engels. Ni la muerte, con su virtud conciliatoria, consiguió suavizar duraderamente estas esperanzas.

Marx se enteró de la muerte de Lassalle por Freiligrath, y le telegrafió la noticia a Engels el 3 de setiembre de 1864. "Ya te imaginarás —le escribía Engels al día siguiente— cómo me habrá sorprendido la noticia. Lassalle podrá haber sido lo que fuera, personalmente y en el campo literario y científico, pero políticamente no se puede negar que era una de las cabezas más notables de Alemania. Para nosotros era, hasta el momento, un amigo bastante incierto, y en el futuro hubiera sido, probablemente, un enemigo bastante cierto. Pero, de todos modos, es una pena ver cómo Alemania va acabando con todo aquel que tiene algún valor dentro del partido extremo. Hay que imaginarse la alegría que tendrán aquellos fabricantes y aquellos perros progresistas, dado que Lassalle era la única persona de Alemania a quien temían".

Marx dejó pasar unos cuantos días antes de responder, el 7 de septiembre: "La desgracia de Lassalle no se me ha ido estos días de la cabeza. Pese a todo, seguía siendo uno de los de la vieja guardia, y un enemigo de nuestros enemigos... Es deplorable que en estos últimos tiempos se hayan empañado nuestras relaciones con él, está claro que por culpa suya. Hoy, me alegro mucho de haber sabido resistir a la influencia de cierta gente, que me incentivaba a atacarlo durante su 'año santo', cosa que no hice. ¡Cualquiera sabe, el grupo se va achicando, y las bajas quedan sin cubrir!". A la condesa de Hatzfeld, le escribió Marx una carta de pésame, en que le decía: "Murió joven y luchando, como Aquiles". Y cuando, a poco de su muerte, el charlatán de Blind quiso apuntarse un triunfo a costa de Lassalle, lo despachó con estas ásperas palabras: "No tengo ningún interés en explicarle quién era Lassalle y cuáles eran las verdaderas tendencias de su campaña a un payaso grotesco a quien solo lo sigue su sombra. Lejos de eso, estoy firmemente convencido de que el señor Blind solo puede cumplir con el oficio que le ha impuesto la naturaleza, saliendo a escena después de muerto el león". Años más tarde, en una carta dirigida a Schweitzer, Marx reconocía el "mérito del inmortal Lassalle" que, pese a los "grandes errores cometidos en sus campañas", había vuelto a poner en pie al movimiento obrero alemán, después de quince años de sopor.

Pero vinieron también los días en los que Marx volvió a hablar de Lassalle muerto con dureza e injusticia, todavía mayores acaso que

cuando juzgaba al Lassalle vivo. Queda, entonces, en el análisis de estas relaciones, en el fondo, un penoso residuo, el cual solo se disuelve y volatiliza pensando que acaso el movimiento obrero moderno es demasiado imponente para que una sola cabeza, incluso la más poderosa, pueda comprenderlo en su totalidad.

CAPÍTULO XI
LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL

1. FUNDACIÓN

A las pocas semanas de morir Lassalle, el 28 de septiembre de 1864, fue fundada en Londres, en una gran reunión celebrada en el St. Martin Hall, la Asociación Obrera Internacional.

No era el resultado del trabajo de un individuo ni un "cuerpo pequeño con una gran cabeza", ni una banda de conspiradores errantes; no era ni una sombra fingida ni un monstruo voraz, como afirmaba, pintoresca y alternativamente, la fantasía de los heraldos capitalistas, estimulados por los escrúpulos de su conciencia. Era simplemente una forma transitoria de la lucha por la emancipación del proletariado, cuyo carácter histórico la hacía, a la par, necesaria y perecedera.

El sistema de producción capitalista, que es la más flagrante de las contradicciones, engendra los Estados modernos a la vez que los destruye. Fomenta y encumbra las diferencias nacionales, y al mismo tiempo crea todas las naciones a su imagen y semejanza. Esta contradicción es irresoluble en su seno y contra él han chocado todos los movimientos de fraternidad de los pueblos, de la que tanto hablan las revoluciones burguesas. La gran industria, predicando la libertad y la paz entre las naciones, convierte el planeta en un inmenso campo de batalla como jamás lo conociera la historia.

Sin embargo, con la desaparición del sistema capitalista, desaparece también la contradicción que entraña. Es cierto que las luchas de emancipación del proletarlado solo pueden plantearse dentro de las fronteras nacionales, ya que el proceso de producción capitalista se desarrolla por países y cada proletariado tiene que enfrentarse necesariamente con su propia burguesía. Pero sobre el proletariado no pesa esa competencia inexorable que destruyó despiadadamente todos los sueños internacionales de libertad y de paz de la burguesía. Tan rápido como el obrero adquiere la conciencia —y la adquiere en cuanto empieza a despertar en él la de sus intereses de clase— de que no tiene más remedio que acabar con la competencia interna con los demás trabajadores, para poder oponer una resistencia eficaz a la

supremacía del capital, da un gran paso hacia la etapa superior, consecuencia lógica de esta, en la que las clases obreras de los diferentes países dejan de competir entre sí para cooperar, unidas, contra el imperio internacional de la burguesía.

Esta tendencia internacional empieza a despuntar muy rápido en el movimiento obrero moderno. Lo que ante la conciencia de la burguesía, obstruida por sus intereses egoístas, no era más que antipatriotismo, falta de inteligencia y de cultura, es una condición vital para la lucha del proletariado por su liberación. Sin embargo, el hecho de que esta lucha pueda superar el permanente antagonismo entre las tendencias nacionales e internacionales, del que no puede escapar la burguesía, no quiere decir que el proletariado tenga, ni en este ni en ningún otro aspecto, una varita mágica capaz de convertir su sendero áspero y empinado en un camino liso y plano. La moderna clase obrera lucha bajo las condiciones que le ofrece la historia, y estas condiciones no pueden superarse en un asalto arrollador, sino que se deben enfrentar comprendiéndolas, de acuerdo con la frase hegeliana: comprender es superar.

Esta comprensión chocaba con una gran dificultad, y era que los orígenes del movimiento obrero europeo, que empezó a tomar enseguida una orientación internacionalista, coincidían en gran parte y se entrecruzaban con la creación de grandes Estados nacionales por obra del régimen capitalista. A las pocas semanas de proclamar el *Manifiesto comunista* que la acción armónica del proletariado en todos los países civilizados era una de las condiciones imprescindible para su emancipación, sucedía la revolución de 1848, que si bien en Inglaterra y en Francia hacía enfrentar a la burguesía y al proletariado como fuerzas antagónicas, en Alemania y en Italia generaba movimientos nacionales de independencia. Es cierto que allí donde el proletariado intervino en la lucha supo comprender certeramente que estas campañas de independencia eran, si no su meta final, una estación de tránsito hacia ella; el proletariado les dio a los movimientos nacionales de Alemania e Italia sus combatientes más corajudos, y desde ningún órgano se orientaron mejor a esos movimientos que desde la *Nueva gaceta del Rin*, dirigida por los autores del *Manifiesto comunista*. Claro está que estas luchas nacionales hicieron pasar a un segundo plano la idea internacionalista, sobre todo cuando la burguesía alemana e italiana empezó a refugiarse detrás de las bayonetas reaccionarias. En Italia se organizaron asociaciones de solidaridad obrera bajo la bandera de Mazzini, que, si bien no tenía nada de socialista, al menos era

republicano, y en Alemania, país más progresista, cuyos obreros ya tenían conciencia de la solidaridad internacional de su causa desde los tiempos de Weitling, se inició una guerra civil, que habría de durar diez años, en torno al problema nacional.

La situación de Francia y de Inglaterra era distinta, dado que aquí la unidad nacional ya estaba totalmente asegurada al formarse el movimiento obrero. Ya antes de las jornadas de marzo había comenzado a tomar cuerpo la idea internacionalista: París pasaba a ser la capital de la revolución europea, y Londres era la metrópoli del mercado mundial. Pero también aquí quedó rezagada esta idea, después de las derrotas sufridas por el proletariado.

El espantoso derramamiento de sangre en las jornadas de junio acabó con las energías de la clase obrera francesa, y la mano de hierro del despotismo bonapartista frenó su organización política y sindical. Los obreros volvieron a caer en el sectarismo de antes de marzo, y en esta confusión se veían claramente dos tendencias, en las que se escindían en cierto modo el elemento revolucionario y el socialista. Una de las corrientes seguía a Blanqui, que no tenía un verdadero programa socialista, sino que aspiraba a apropiarse del poder mediante un intrépido golpe de mano de una minoría decidida. La otra —mucho más fuerte— respondía a las influencias de Proudhon, quien, con sus bancos de intercambio, orientados hacia la obtención de créditos gratuitos y otros experimentos doctrinales del mismo estilo, distraía a las masas de la lucha política. Sobre este movimiento había dicho Marx en *El 18 brumario* que renunciaba a derrocar el régimen vigente, con todos sus recursos, y que solo aspiraba a redimirse a espaldas de la sociedad, por la vía privada, sin salirse de sus míseras condiciones de existencia.

Una evolución bastante parecida, al menos en ciertos aspectos, fue la que se produjo en la clase obrera inglesa después del fracaso del cartismo. Owen, el gran utopista, seguía viviendo, aunque ya muy viejo, pero su escuela iba convirtiéndose, cada vez más, en una secta religiosa de librepensadores. Al lado de ella, surgió el socialismo cristiano de Kingsley y Maurice, que —aunque resulte difícil identificarlo con sus caricaturas continentales— no quería saber nada tampoco de las luchas políticas, absorbido por completo, como estaba, por sus aspiraciones cooperativas y culturales. Pero también las organizaciones sindicales, que Inglaterra en contraste con Francia, se encerraban en una actitud de indiferencia política, para limitarse a la satisfacción de sus intereses más inmediatos, actitud que impulsaba la

fiebre industrial de aquella época (año 50 y siguientes) y la hegemonía inglesa en el mercado mundial.

Pero no por esto se elIminó repentinamente en Inglaterra el movimiento obrero internacional que venía gestándose. Todavía se mantienen indicios de él hasta muy cerca del año 1860. Los *Fraternal Democrats* no se disolvieron hasta los tiempos de la guerra de Crimea y, cuando finalmente desaparecieron, se conformó un Comité Internacional, seguido de una Asociación Internacional, por obra sobre todo de Ernesto Jones. Aunque estas organizaciones no tuvieron mucha importancia, demostraban al menos que la idea internacionalista no estaba del todo extinguida, sino que vivía como en brasa, que un golpe fuerte de viento podía volver a convertir en un vivo fuego.

Golpes de viento de este tipo fueron, sucesivamente, la crisis comercial de 1857, la guerra de 1859 y, sobre todo, la guerra civil desatada en 1860 en Estados Unidos entre los Estados del Norte y los del Sur. La crisis de 1857 le dio el primer golpe serio al esplendor bonapartista en Francia, y de nada sirvió el intento de frenar este golpe con una aventura afortunada de política exterior. La bola que había echado a correr el hombre de diciembre[41] ya no podía volver a sus manos. El movimiento de la unidad italiana podía más que él, y la burguesía francesa mostraba poca inclinación a dejarse engañar con laureles tan escasos como los de las batallas de Magenta y Solferino. Para acortar un poco su soberbia creciente, había un camino muy fácil: dejar un poco más en libertad a la clase obrera. En realidad, la existencia del segundo Imperio dependía principalmente del talento con que supiera resolver el problema de enfrentar y neutralizar recíprocamente a la burguesía y al proletariado.

Claro está que Bonaparte no pensaba precisamente en concesiones políticas, sino en libertades sindicales. Proudhon, que era quien más influía sobre la clase obrera francesa, estaba entre los oponentes al Imperio —aunque algunas de sus ocurrencias paradójicas pudieran hacer pensar lo contrario—, pero era también adversario de las huelgas. Precisamente el aspecto en el que más cohibido se encontraba el obrero francés. A pesar de todas las recriminaciones de Proudhon y de los severos castigos legales, durante los años 1853 a 1866 fueron condenados nada menos que 3.909 obreros, por haber participado en 749 coaliciones. El César de imitación inició su nueva

---

[41] Se refiere a Luis Bonaparte.

política indultando a los obreros condenados. Luego, siguió dando muestras de su buena voluntad al apoyar el envío de trabajadores franceses a la Exposición Universal de Londres de 1862. Los delegados fueron elegidos por sus compañeros de oficio; en París fueron instaladas 50 oficinas electorales para 150 oficios, que mandaron a Londres, en total, a 200 representantes; los gastos los financiaban el emperador y el municipio, a razón de veinte mil francos cada uno, y además se organizó una suscripción popular. A su regreso, los delegados podrían publicar informes detallados de su viaje, y la mayoría de los que vieron la luz se salían bastante de las cuestiones propias de sus oficios. La medida era de tal naturaleza, en aquellas circunstancias, que el prefecto de policía de París, hombre precavido, dijo al conocerla que el emperador, antes de aventurarse a semejantes bromas, hubiera hecho mucho mejor en derogar las penas contra las huelgas y coaliciones.

En efecto, los obreros le demostraron a su egoísta protector la gratitud que merecía, y no la que buscaba. En las elecciones de 1863, los candidatos del Gobierno no obtuvieron en París más que 82 mil votos, contra 153 mil que sacaron los de la oposición, mientras que en la votación de 1857 la diferencia había sido de 111 mil para los primeros, contra 96 mil a favor de los segundos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el cambio no se debía, en su aspecto principal, a un desvío de la burguesía, sino a los nuevos rumbos de la clase obrera, que ahora que el falso Bonaparte quería coquetear con ella, le daba esta lección de independencia, aunque por el momento se limitara a marchar bajo la bandera del radicalismo burgués. Pronto los hechos confirmaron esta hipótesis; en las elecciones parciales celebradas en París en 1864, sesenta obreros presentaron la candidatura de Tolain, un cincelador, dándole al país un manifiesto en el que le anunciaban el nuevo amanecer del socialismo. En este manifiesto se decía que los socialistas habían aprendido las lecciones del pasado. Que en 1848, los obreros, huérfanos de un programa claro, habían aclamado, más por instinto que por reflexión, la primera teoría social que se les presentara, pero que ahora se mantenían alejados de toda exageración utópica para luchar por sus reformas sociales. Entre ellas, el candidato obrero pedía la libertad de prensa y de asociación, la derogación de las penas contra las huelgas y coaliciones, la enseñanza obligatoria y gratuita, y la abolición del presupuesto de Culto y Clero.

Sin embargo, Tolain solo consiguió unos cuantos cientos de votos. Proudhon, conforme sin duda con el contenido del manifiesto, condenó la lucha electoral, ya que le parecía una protesta más eficaz

contra el Imperio votar en blanco; los blanquistas consideraban el manifiesto demasiado moderado, y la burguesía, de matiz liberal y radical, salvo raras excepciones, se burló sanguinariamente de aquellas ansias de independencia de la clase obrera, aunque el programa electoral de su candidato no tenía por qué inquietarlos en lo más mínimo. Fue un fenómeno bastante parecido al que se produjo en Alemania por la misma época. Envalentonado por esto, Bonaparte aventuró otro paso hacia adelante, y en mayo de 1864, si bien no se derogó la ley que prohibía las asociaciones profesionales —esto habría de hacerse cuatro años más tarde—, fueron abolidos los artículos del Código Penal en los que se castigaban las coaliciones obreras para conseguir mejoras en sus condiciones laborales.

En Inglaterra, aunque las penas contra las coaliciones ya habían sido derogadas en el año 1825, los sindicatos no tenían todavía una existencia consolidada, ni de hecho ni de derecho, y la masa de sus afiliados carecía del derecho político de sufragio que le hubiera permitido luchar por vencer los obstáculos legales que se interponían ante sus reivindicaciones. El auge del capitalismo en el continente europeo, al desplazar a un sinnúmero de existencias, los amenazaba con una competencia desleal muy peligrosa, ya que en cuanto hacían un gesto de pedir aumento de salario o disminución de la jornada laboral, los capitalistas les hablaban de importar obreros franceses, belgas, alemanes o de otros países. A esto se le añadía el cataclismo de la guerra de secesión, provocando una crisis algodonera que dejó en la más espantosa de las miserias a los obreros de la industria textil Inglesa.

Todo esto sacó a los sindicatos de su actitud contemplativa. Se produjo una especie de "nuevo sindicalismo", liderado principalmente por unos cuantos dirigentes expertos de los sindicatos más importantes: por Allan, del gremio de constructores de máquinas, por Applegarth, del gremio de carpinteros, Lucraft, del de ebanistas, Grener, del de albañiles, Odger, del de zapateros, y algunos más. Estos hombres reconocieron la necesidad de que las organizaciones sindicales abrazaran la lucha política, concentrando desde el primer momento su atención sobre la reforma electoral. Ellos fueron los impulsores de aquel mitin monstruo que se celebró en St. James Hall bajo la presidencia del político radical Bright y que protestó fuertemente contra los planes de Palmerston, partidario de intervenir en la guerra de secesión a favor de los Estados esclavistas del sur. Cuando Garibaldi fue a Londres, en la primavera de 1864, estos líderes le prepararon un gran recibimiento.

El nuevo despertar político de la clase obrera inglesa y francesa volvió a poner de pie la idea internacionalista. En la Exposición Universal de 1862 ya se había celebrado una "fiesta de fraternidad" entre los delegados franceses y los ingleses. Reforzó estos lazos la sublevación polaca de 1863. La causa de la independencia polaca había tenido siempre una gran popularidad entre los revolucionarios del Occidente de Europa; la opresión y el desmembramiento de Polonia convirtió en una sola a las tres potencias orientales, y la restauración de aquel país despedazado era un golpe dado en el corazón de la hegemonía rusa sobre Europa. Los *Fraternal Democrats* venían celebrando con toda regularidad los aniversarios de la revolución polaca de 1830; en estas fiestas se aclamaba con entusiasmo a Polonia, pero sin olvidar que la reconstitución libre y democrática de aquella Nación era una condición previa para la emancipación del proletariado.

En los mítines de homenaje a Polonia celebrados aquel año en Londres, a los que los obreros franceses también enviaron representantes, la nota social resonó con más fuerza que nunca, y esta nota le daba también el tono a un mensaje de salutación dirigido a los obreros franceses por un comité de trabajadores ingleses que presidía Odger, dándoles las gracias por haber participado en aquellos mítines. En aquel documento se hacía hincapié en que la competencia desleal que el capital inglés le hacía al proletariado de este país importando obreros extranjeros podía llevarse a cabo por no existir una organización sistemática entre las clases trabajadoras de todos los países.

Este mensaje fue traducido al francés por el profesor Beesly, un gran simpatizante de la clase obrera, encargado de la cátedra de Historia en la Universidad de Londres, y tuvo mucho eco en los talleres y fábricas de París, algo que culminó con la determinación de contestarlo personalmente enviando a Londres una delegación obrera. Para recibirla, el comité inglés convocó el 28 de septiembre de 1864 un mitin en el St. Martin Hall, presidido por Beesly; el local estaba repleto de público. Tolain dio lectura al saludo con el que los obreros franceses contestaban a sus camaradas de Inglaterra. Empezaba hablando de la insurrección polaca: "Nuevamente se ha visto ahogada Polonia por la sangre de sus hijos, y nosotros hemos tenido que ser espectadores impotentes", para exigir que la voz del pueblo fuese oída en todos los grandes problemas políticos y sociales. Era necesario, añadía, destruir el poder despótico del capital. La división del trabajo convertía al hombre en una máquina, y la libertad de comercio, si no se instauraba la solidaridad de la clase obrera, iba a engendrar una esclavitud

industrial mucho más despiadada y terrible que la abolida por la gran revolución. Era preciso que los obreros de todos los países se unieran para construir una frontera insuperable frente a este sistema criminal.

Después de un vivo debate en el que Eccarius llevó la voz de los alemanes, la asamblea acordó, a insistencia del sindicalista Wheeler, nombrar un comité, al que se le otorgaron poderes para incorporar nuevos miembros, y redactar los estatutos de una Asociación Internacional, que habrían de regir provisionalmente hasta que en el próximo año decidiera definitivamente un Congreso Internacional que se celebraría en Bélgica. Y se eligió, en efecto, el comité, integrado por una serie de miembros de los sindicatos y representantes extranjeros de la causa obrera, entre ellos, por los alemanes —la noticia publicada en los periódicos da su nombre al final—, Carlos Marx.

2. DISCURSO INAUGURAL Y ESTATUTOS[42]

Hasta entonces, Marx no había participado activamente en el movimiento. Invitado por el francés Le Lubez a que interviniese en nombre de los obreros alemanes y designara a uno de ellos como orador, propuso a Eccarius; él se limitó a seguir el mitin desde la tribuna, como personaje mudo.

Marx tenía demasiada estima por sus trabajos científicos, para anteponerlos a cualquier intento de organización cuando esta se mostraba estéril ya desde el inicio, pero los posponía con gusto siempre que se tratara de un trabajo beneficioso para la causa proletaria. Esta vez, se dio cuenta de que se debatían "cuestiones de importancia". En estos términos le escribía Marx a Weydemeyer: "El Comité Obrero Internacional que acaba de fundarse no carece de importancia. Los vocales ingleses son, fundamentalmente, los jefes de los sindicatos, es decir, los verdaderos reyes obreros de Londres, los mismos que le prepararon a Garibaldi aquel recibimiento imponente y los que con el mitin monstruo de St. James Hall, celebrado bajo la presidencia de Bright, le impidieron a Palmerston declararle la guerra a los Estados Unidos, como se disponía a hacerlo. Los vocales franceses del Comité carecen de significación, aunque sean los órganos directos de los obreros más destacados de París. Se ha establecido contacto también con las sociedades italianas, que no hace mucho celebraron su congreso en Nápoles. Aunque hace

[42] Se puede leer el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm.

algunos años que me niego sistemáticamente a participar de todo tipo de 'organizaciones', esta vez he aceptado la invitación porque se trata de algo que puede tener una real importancia". En términos similares les escribía, también, a otros amigos. Reconocía que "hay en la actualidad un resurgimiento de la clase obrera" y consideraba su deber orientarlos por el camino apropiado.

Por fortuna, las circunstancias pusieron en sus manos, espontáneamente, la dirección intelectual. El Comité que se había formado fue completado mediante la incorporación de nuevos miembros; estaba integrado por unos cincuenta vocales, la mitad de los cuales eran obreros ingleses. El país mejor representado, después de Inglaterra, era Alemania, con unos diez vocales, la mayoría de los cuales habían pertenecido, como Marx, Eccarius, Lessner, Lochner y Pfander, a la Liga Comunista. Francia tenía en el Comité nueve representantes, Italia seis, Polonia y Suiza dos cada uno. Una vez constituido, el Comité nombró de su seno una comisión encargada de redactar una propuesta de programas y estatutos.

Para esta comisión fue elegido también Marx, pero fuese por enfermedad o por no recibir el mensaje a tiempo, no pudo participar en ninguna de sus primeras reuniones. El comandante Wolff, secretario particular de Mazzini, el inglés Weston y el francés Le Lubez habían tratado en vano de cumplir con la tarea comisionada. Mazzini, pese a la popularidad que tenía por entonces entre los obreros ingleses, entendía muy poco acerca del movimiento obrero moderno para que su propuesta pudiera impresionar a sindicalistas tan disciplinados. No comprendía, y en consecuencia la odiaba, la lucha de clases del proletariado. Su programa no pasaba de unas cuantas muestras de fraseología socialista, superadas desde hacía mucho tiempo por las masas proletarias. Sus estatutos estaban inspirados en el espíritu de una época anterior; redactados con esa rigurosa centralización que demandan las conspiraciones políticas, eran incompatibles con las condiciones básicas del sindicalismo en particular, y en general de una organización internacional de trabajadores que no aspiraba a crear un nuevo movimiento, sino a unificar el movimiento obrero disperso en los distintos países. Tampoco las propuestas presentadas por Le Lubez y Weston se salían de estos moldes fraseológicos al uso.

Así de trabada estaba la cuestión cuando Marx la tomó en sus manos. Decidido a "no mantener", de ser posible, "ni una sola línea de las propuestas anteriores" y con el fin de liberarse completamente de

ellos, trazó —sin que estuviese establecido en los acuerdos que se hicieran en el mitin de St. Martin Hall— una propuesta de discurso a la clase trabajadora, una especie de recapitulación de su historia desde el año 1848, que le dejarían el camino libre para redactar unos estatutos mucho más claros y concisos. La comisión aprobó inmediatamente su idea, conformándose con incorporar en la introducción que precedía a los estatutos unas cuantas frases sobre "derechos, deberes, verdad, moral y justicia", pero Marx, según le escribía a Engels, supo colocarlas de manera tal que no causaran ningún perjuicio. Una vez hecha esta modificación, la comisión aprobó sin disidencias y con mucho entusiasmo el discurso y los estatutos.

Del discurso inaugural habría de decir más tarde Beesly que era probablemente el alegato más imponente e incuestionable de la clase obrera contra la clase media que jamás se había escrito, condensado en una docena de páginas bastante reducidas. En su inicio, se exponía el hecho contundente de que la miseria y las carencias de la clase obrera no habían disminuido en nada entre 1848 y 1864, a pesar de tratarse de un periodo único en los anales de la historia, por el desarrollo de su industria y el florecimiento de su comercio. Lo probaba comparando las espantosas estadísticas oficiales publicadas en los libros azules acerca de la miseria del proletariado inglés y las cifras que daba en sus discursos sobre el presupuesto el ministro de Hacienda Gladstone, para demostrar el incremento realmente sorprendente de poder y de patrimonio experimentado durante aquel periodo, del que solo se había beneficiado la clase propietaria. El discurso destacaba este contraste clamoroso de la realidad de Inglaterra, por ser este el país que estaba a la cabeza de la industria y el comercio de Europa, pero añadiendo que este contraste era, con sus matices locales y en diferentes grados, el de todos los países del continente en los que existía una gran industria.

El incremento imponente de poder y de riqueza solo beneficiaba, en todas partes, a las clases dominantes, y si en Inglaterra había un pequeño contingente de obreros que percibían salarios un poco más altos, la suba general de los precios nivelaba enseguida la diferencia. "Por todas partes vemos que la gran masa obrera se hunde en una miseria cada vez más profunda, en la misma proporción al menos en la que las clases altas suben en la escala social. En todos los países de Europa es hoy una verdad incuestionable, que ningún investigador imparcial puede negar y que solo discuten quienes tienen algún interés en despertar en otros ilusiones engañosas, que ni los progresos técnicos ni la aplicación de la ciencia a la agricultura o a la industria, ni

los recursos y artificios de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias y la emigración, ni la conquista de nuevos mercados, ni el librecambio, ni todas estas cosas juntas, son capaces de acabar con la miseria de las masas obreras, sino que, por el contrario, todo nuevo impulso que se imprima a la fuerza creadora del trabajo sobre la base falsa del régimen existente no conseguirá más que incrementar la desigualdad y agudizar el conflicto social. Durante este período de crecimiento económico incomparable, la muerte por hambre llegó casi a instaurarse como una institución social en la capital del Imperio británico. Este período quedará caracterizado en los anales de la historia por la acelerada reiteración, el dilatado margen de acción y los efectos mortíferos de esa plaga social conocida como crisis del comercio y de la industria".

Luego, el discurso repasaba las derrotas sufridas por el movimiento obrero en la década del 50, llegando a la conclusión de que también este periodo tenía características esenciales. Dos importantes hechos se destacaban por encima de todos. El primero era la aprobación legal de la jornada de diez horas, que había tenido efectos tan saludables para el proletariado inglés. Las luchas sostenidas por la disminución de la jornada laboral venían a interponerse en la gran disputa que se estaba librando entre la ley ciega, que era la ley de la oferta y la demanda, base de la economía política burguesa, y la producción reglamentada y dirigida por la sociedad, por la que abogaba la clase obrera. "Por eso la ley de las diez horas fue algo más que un triunfo práctico, fue el triunfo de un gran principio: por primera vez en la historia, la economía política de la burguesía sucumbió aquí ante la economía política de la clase obrera".

Pero la economía política del proletariado obtuvo un triunfo todavía mayor con el movimiento cooperativo, con las fábricas creadas sobre el principio de la cooperación. La importancia de estos experimentos sociales era extraordinaria. "Ya no era la razón, sino la realidad, quien venía a demostrar que la producción a gran escala y acorde a los postulados de la ciencia moderna, es posible sin que haya una clase empresarial que emplee a la clase obrera. Que los instrumentos de trabajo no necesitan, para rendir fruto, ser monopolizados como instrumentos de explotación y de dominio sobre los obreros. Que el trabajo asalariado no es, como antes era el trabajo de los esclavos y de los siervos, más que una forma condicionada y transitoria, condenada a desaparecer ante el trabajo cooperativo; el único que cumple su difícil tarea con mano predispuesta, espíritu optimista y corazón alegre". No obstante, el trabajo cooperativo, limitado a estos

experimentos ocasionales, no acabaría nunca con el monopolio capitalista. "Acaso sea precisamente por esto que unos cuantos aristócratas de ideología aparentemente noble, unos cuantos teóricos filantrópicos de la burguesía y hasta unos cuantos economistas conocedores del negocio, se han descolgado de repente haciendo una serie de elogios realmente repugnantes acerca del mismo sistema que habían tratado de reprimir desde sus inicios, burlándose de él como de una utopía de soñadores o difamándolo como una locura insensata de socialistas". Solo haciendo que tomara dimensiones nacionales, el trabajo cooperativo podría salvar a las masas. Pero los propietarios de la tierra y del capital tratarían siempre de ampararse en sus privilegios políticos, para perpetuar su monopolio económico. Por eso, el primer deber de la clase obrera es conquistar el poder.

Los obreros parecían haberlo comprendido así, como lo demostraba su revitalización simultánea en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, aspirando en todas partes a reorganizar políticamente a los obreros. "Tienen en sus manos un factor para el triunfo: el número. Pero el número solo pesa cuando la organización le da unidad y lo proyecta hacia un fin consciente". La experiencia del pasado enseñaba que el desdén hacia la fraternidad que debía existir entre los obreros de todos los países, incentivándolos a mantenerse unidos en todas sus luchas de emancipación, se traducía en el fracaso constante de sus esfuerzos dispersos. Esta conclusión es la que había llevado al mitin de St. Martin Hall a fundar la Asociación Obrera Internacional.

Pero en este mitin había, además, otra convicción. Si la liberación de la clase obrera exigía de ella una solidaridad fraternal, ¿cómo iban a alcanzar este gran fin con la política exterior de sus gobiernos, encaminada en su totalidad a objetivos criminales, construida sobre prejuicios nacionalistas y proyectada hacia guerras de rapiña, en las que se dilapidaban la sangre y el dinero del pueblo? No había sido la prudencia de las clases gobernantes, sino la resistencia heroica del proletariado contra su ceguera criminal, la que había evitado que el Occidente de Europa se lanzara a una cruzada infame, encaminada a eternizar y trasplantar la esclavitud al otro lado del Océano Atlántico. El aplauso escandaloso, la fingida simpatía o la estúpida indiferencia con las que las clases dominantes habían contemplado cómo Rusia se apropiaba de las montañas del Cáucaso y asesinaba a la heroica nación polaca, le marcaban a la clase trabajadora el deber de penetrar en los secretos de la política internacional, de seguir de cerca las intrigas diplomáticas de sus gobiernos y de oponerse a ellas por todos los medios, saliéndoles al cruce si no podían impedirlas,

solidarizándose mediante manifestaciones a ambos lados de las fronteras, y exigiendo que las simples leyes de la moral y el derecho que rigen las relaciones entre los individuos sean, también, las leyes supremas que regulen las relaciones entre las naciones. No había más remedio que luchar por esta política extranjera, identificada con la lucha general de emancipación de la clase trabajadora. El discurso terminaba con las mismas palabras del *Manifiesto comunista*: ¡Proletarios del mundo, uníos!

Los Estatutos se iniciaban con una serie de reflexiones que puede resumirse así: la emancipación de la clase obrera será conquistada por los propios obreros; luchar por ella no es luchar por nuevos privilegios de clase, sino por la abolición de todo régimen de clase. La subordinación económica del obrero al usurpador de los instrumentos de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, entraña la servidumbre en todas sus formas: miseria social, atrofia intelectual y dependencia política. La emancipación económica de la clase obrera es, en consecuencia, el gran objetivo al que todo movimiento político debe aportar. Hasta ahora, todos los esfuerzos orientados hacia ese objetivo han fracasado por falta de unidad entre las diferentes organizaciones obreras de cada país y entre las clases obreras de los diferentes países. La liberación de la clase obrera no es un problema local ni nacional, sino social: afecta por igual a todos los países que integran la sociedad moderna y no puede resolverse sin una cooperación sistemática y organizada de todos ellos. En esta argumentación clara y concisa aparecían, intercalados, aquellos lugares comunes de orden moral acerca de la justicia y la verdad, los derechos y las obligaciones, que Marx había incorporado en su texto tan a disgusto.

El órgano supremo de la Internacional era en un Consejo General, que estaba integrado por obreros de los diferentes países representados en la Asociación. Provisionalmente, hasta que se celebrara el primer Congreso, las funciones de este Consejo General pasaron a manos del Comité elegido en la Asamblea de St. Martin Hall. Sus atribuciones consistían en hacer de órgano internacional de enlace entre las organizaciones obreras de los diversos países, en tener constantemente informados a los obreros de cada país acerca de los movimientos de su clase en las demás naciones, en abrir investigaciones estadísticas sobre la situación de la clase obrera, en someter a debate en todas las sociedades obreras problemas de interés general, en iniciar y dirigir en caso de conflictos internacionales una acción uniforme y simultánea de las organizaciones unidas, en publicar informes periódicos, etcétera. El Consejo General era elegido

en el Congreso, que se reuniría una vez al año. El Congreso determinaría la residencia del Consejo General, así como el lugar y la fecha para el Congreso siguiente. Sin embargo, el Consejo quedaba autorizado para completar el número de sus vocales y para cambiar el lugar de reunión del Congreso en caso de necesidad, pero sin poder postergar bajo ningún concepto la fecha. Las sociedades obreras de los diferentes países afiliadas a la Internacional mantenían intacta su organización. No se prohibía a ninguna sociedad local independiente mantener relaciones directas con el Consejo General, si bien se promovía, como condición necesaria para la mayor eficacia de este organismo, que las sociedades obreras de cada país se agruparan, dentro de lo posible, en las corporaciones nacionales representadas por el órgano central.

Sería falso decir que la Internacional fue obra de un "gran cerebro", pero es evidente que tuvo la suerte de encontrarse, al momento de nacer, con un gran cerebro que supo marcar desde el primer momento su camino, evitándole extravíos y errores. Marx no hizo, ni quería hacer tampoco, otra cosa. La maestría incomparable del discurso inaugural y de los Estatutos consistía precisamente en eso, en responder estrictamente a las exigencias del momento, sin dejar por eso de exponer, como Liebknecht señaló con acierto una vez, las implicancias finales del comunismo, ni más ni menos que como lo había hecho el *Manifiesto comunista*.

Sin embargo, ambos documentos se distinguían de este por la forma y por el fondo. "Hay que darle tiempo al tiempo —le escribía Marx a Engels—, hasta que el movimiento vuelva a despertar y se permita la audacia en el discurso que supo tener. Ahora, es preciso ser fuerte en el fondo, pero moderado en la forma". Aparte de esto, el objetivo propuesto era muy distinto. Esta vez, se trataba de unir al conjunto del proletariado combativo de Europa y América en un gran ejército, de levantar un programa que —con las palabras de Engels— no les cerrara la puerta a los sindicatos ingleses, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles, ni a los lassalleanos alemanes. En cuanto al triunfo final del socialismo científico, tal como se establecía en el *Manifiesto comunista*, Marx se basaba exclusivamente en la evolución intelectual de la clase obrera, que resultaría de su acción conjunta.

No pasó mucho tiempo hasta que sus esperanzas se vieran sometidas a una difícil prueba; apenas había comenzado su campaña de propaganda para la nueva organización, cuando tuvo un choque

fuerte con aquella clase obrera europea a la que, precisamente, los principios de la Internacional eran más accesibles.

3. EL CONFLICTO CON SCHWEITZER

Es una leyenda, no por antigua menos reprobable y falsa, que los lassalleanos alemanes se negaron a afiliarse a la Internacional, tomando frente a ella una actitud hostil.

En primer lugar, es casi imposible encontrar una razón que los llevara a actuar así. Los Estatutos de la Internacional no hubieran afectado en nada su rígida organización, a la cual le daban tanta importancia, y el discurso inaugural podrían haberlo suscripto de principio a fin, y con particular satisfacción, incluso, el capítulo que decía que solo el desarrollo del trabajo cooperativo a nivel nacional y su fomento mediante los recursos del Estado podrían salvar a las masas.

La verdad es que los lassalleanos tuvieron desde el primer momento una actitud muy cordial ante la nueva organización, si bien cuando esta fue creada estaban muy absorbidos por sus propios problemas. Al morir Lassalle, y siguiendo su consejo testamentario, se había elegido presidente de la Asociación General de Obreros Alemanes a Bernardo Becker, pero rápidamente mostró su incapacidad para desempeñarse en ese cargo y se produjo una espantosa confusión. No existía más órgano de cohesión que el periódico *El Socialdemócrata*, que desde fines de 1864 se venía publicando bajo la dirección intelectual de Schweitzer. Este hombre, tan enérgico como capaz, gestionó insistentemente la colaboración de Marx y Engels, metió a Liebknecht en la redacción, a lo que nadie lo obligaba, y en el segundo y tercer número publicó el discurso inaugural de la Internacional.

Moses Hess, corresponsal del periódico en París, envió un artículo en el que sospechaba de la conducta de Tolein, acusándolo de ser un agente del Palacio Real, donde Jerome Bonaparte se hacía pasar por demagogo rojo; pero Schweitzer solo lo publicó después de obtener la autorización expresa de Liebknecht. Como Marx se quejó de las acusaciones, el director del periódico fue todavía más allá, ordenando que en lo sucesivo fuera el propio Liebknecht quien redactara personalmente todo lo referido a la Internacional. El 15 de febrero de 1865 le escribía a Marx, anunciándole que iba a proponer a su organización, la Asociación General de Obreros Alemanes, que se solidarizara plenamente con los principios de la Internacional y prometiera enviar representantes a sus congresos, absteniéndose de

afiliarse de un modo formal pura y simplemente por las leyes federales alemanas que prohibían la articulación de dos o más asociaciones diferentes. Schweitzer no recibió respuesta alguna después de esta propuesta; y Marx y Engels hicieron una declaración pública desligándose de colaborar en *El Socialdemócrata*.

Solo hace falta relacionar los hechos para entender que aquella lamentable ruptura no se vinculaba de ninguna manera con desacuerdos relacionados con la Internacional. En su declaración, Marx y Engels exponían abiertamente las causas. Ellos no ignoraban la difícil situación del periódico de Schweitzer, ni pretendían de él nada que no fuera congruente con el meridiano de Berlín. Lo único que pedían, y así lo hicieron saber reiteradamente, era que tratara al partido feudal absolutista con la misma dureza, al menos, que a los progresistas. Entendían que la táctica seguida por *El Socialdemócrata* no les permitía seguir colaborando en aquel periódico. Todavía suscribían, palabra por palabra, lo que habían expuesto en la *Gaceta alemana de Bruselas* acerca del socialismo gubernamental de la corona de Prusia y de la actitud del partido obrero ante semejante engaño, respondiendo a un periódico renano en el que se proponía una "alianza" del "proletariado" con el "Gobierno" contra la "burguesía liberal".

La táctica del periódico de Schweitzer no tenía nada que ver con tales "alianzas" ni con ningún "socialismo gubernamental prusiano". Frustradas las esperanzas de Lassalle, que había querido poner de pie a la clase obrera alemana, dándole un fuerte impulso, la Asociación General fundada por él se veía apretada, con sus dos mil afiliados, entre dos rivales poderosos, cada uno de los cuales era lo suficientemente fuerte como para aplastarla. Bajo las circunstancias de la época, el incipiente partido obrero no tenía absolutamente nada que esperar del odio idiota de la burguesía; en cambio, de la diplomacia astuta de Bismarck podía esperar, al menos, una cosa: que no pudiera llevar a cabo su política prusiana de expansión sin hacer ciertas concesiones a las masas. A Schweitzer no se le escaparon nunca los verdaderos valores y objetivos de tales concesiones, ni se hacía ilusiones acerca de ellas, pero en una época en que la clase obrera alemana carecía casi en absoluto de las condiciones legales necesarias para organizarse, en que no poseía derechos electorales efectivos, y en que la libertad de prensa, de reunión y asociación estaba a merced del capricho burocrático, un periódico como *El Socialdemócrata* no podía avanzar atacando con igual violencia a ambos rivales, sino poniendo al uno contra el otro. Sin embargo, esta política tenía una condición inexcusable, y era que el joven partido obrero se mantuviese

independiente frente a ambos bandos, tratando a la par de mantener viva en las masas la conciencia de esa independencia.

Esto era precisamente lo que se esforzaba por hacer Schweitzer, y no puede negarse que lo consiguió. En vano se buscará en el periódico una sola sílaba de la que se infiera la existencia de una "alianza" con el Gobierno contra el partido progresista. Si analizamos la actuación pública de Schweitzer, relacionándola con la marcha general de la política en aquella época, nos encontraremos con algunos errores, que tampoco trata de encubrir su propio autor, pero comprobaremos que su política era, en su esencia, una política hábil y consecuente, inspirada únicamente en los intereses de la clase obrera, y que ni Bismarck ni ningún otro reaccionario podía haberle dictado.

Schweitzer les llevaba de ventaja a Marx y Engels, ya que otra cosa no fuera, su conocimiento preciso de la realidad prusiana. Ellos la veían siempre a través del color de su cristal, y Liebknecht les falló en la función informadora y mediadora que las circunstancias le habían asignado. Retornó a Alemania en 1862, llamado por Brass, un republicano rojo, repatriado también del exilio, para fundar la *Gaceta general alemana del norte*. Pero, apenas se había incorporado Liebknecht a la redacción, cuando se descubrió que Brass había vendido el periódico al Gobierno de Bismarck. Liebknecht se separó inmediatamente, pero esta aventura, la primera que experimentó al volver a su país, dejó en él una marca desdichada. No por las consecuencias materiales, porque volviera a verse en medio del río, como en los largos años del exilio, ya que esto era lo que menos le preocupaba a quien como él ponía el interés de la causa por encima de su persona, sino porque aquella lamentable experiencia ya no le permitió tener una mirada desprejuiciada acerca de la nueva situación con la que se encontraba en Alemania.

Al pisar de nuevo tierra alemana, Liebknecht seguía siendo, en el fondo, el hombre del 48. Aquel hombre de la *Nueva gaceta del Rin*, para quien la teoría socialista y hasta la lucha de clases quedaban rezagadas ante la lucha revolucionaria de la nación contra el régimen de las clases dominantes. Pese a conocer los fundamentos básicos del pensamiento socialista, Liebknecht nunca fue un gran teórico. Y si algo había aprendido de Marx en los años de exilio, era la tendencia a buscar en los amplios campos de la política internacional todo posible germen revolucionario. Para Marx y Engels, que como renanos natos que eran despreciaban todo lo que viniera del Elba, el Estado prusiano no tenía gran importancia, y todavía menos tenía para Liebknecht, que

provenía del sur de Alemania y que solo había participado, como militante, en los movimientos de Badén y de Suiza, cunas de la política localista. Prusia seguía siendo, para él, como antes de marzo, un Estado vasallo del zarismo, un Estado que se alzaba frente al progreso histórico con los recursos abominables de la corrupción y que había que derribar antes que nada, ya que sin eso no podía ni pensarse en la moderna lucha de clases dentro de Alemania. Liebknecht no se daba cuenta de lo mucho que el progreso económico de los años 50 y siguientes había transformado al Estado prusiano, creando también dentro de él circunstancias nuevas que imponían como necesidad histórica que la clase obrera se separara de la democracia burguesa.

En estas condiciones, no era posible que el entendimiento entre Liebknecht y Schweitzer fuese duradero. A los ojos del primero, la gota que rebalsó el vaso fueron los cinco artículos que Schweitzer publicó acerca del gabinete de Bismarck, artículos que si bien trazaban un paralelo magistral entre la política de expansión prusiana y la política proletario-revolucionaria ante el problema de la unidad alemana, tenían el "defecto" de describir la peligrosa eficacia de la política de Prusia con tanta elocuencia, que más que condenarla parecía destacarla. Por su parte, Marx incurrió en el "error" de exponer a Schweitzer, en una carta fechada el 13 de febrero, que el Gobierno prusiano haría todas las concesiones superficiales y todas las piruetas que se quisieran en materia de cooperativas de producción, pero que no llegaría nunca a abolir las leyes contra las huelgas y coaliciones, ni a menoscabar su régimen burocrático y policíaco. Al decir esto, Marx parecía olvidarse de lo que, años antes, él mismo alegara tan elocuentemente contra Proudhon: que no son los gobiernos los que mandan sobre las realidades económicas, sino estas las que les marcan el camino a los gobiernos. No habrían de transcurrir muchos años antes de que Bismark se viese obligado, contra su voluntad, a derogar las leyes contra las coaliciones. En su respuesta del 15 de febrero —en aquella misma carta en la que Schweitzer prometía impulsar la incorporación de su organización obrera a la Internacional, insistiendo en que Liebknecht quedaba encargado de redactar personalmente todo lo referido a esta asociación—, Schweitzer afirmaba que recibiría con agrado todos los consejos teóricos que Marx creyera oportuno transmitirle, pero que, para decidir sobre cuestiones prácticas y tácticas inmediatas, era necesario estar en el centro del movimiento y conocer de cerca la realidad. Esta carta hizo que Marx y Engels concretaran la ruptura en la que ya venían pensando desde hacía mucho tiempo.

Para entender bien todos estos conflictos y alejamientos, es necesario no perder de vista los manejos, verdaderamente deplorables, de la vieja condesa de Hatzfeldt. La amiga de Lassalle ofendió gravemente, con esta conducta suya, la memoria del hombre que salvara su vida de la infamia. Quiso convertir la obra de Lassalle, su organización obrera, en una secta fanática en la que las palabras del maestro se erigían en dogma, pero no tal y como él, en vida, las había pronunciado, sino como a la condesa se le ocurría interpretarlas. Hay una carta dirigida por Engels a Weydemeyer, con fecha 10 de marzo, por la que podemos ver cuán terrible era la actuación de esta señora. En ella, después de referirse a la fundación de *El Socialdemócrata*, se dice lo siguiente: "Tu periodiquito se dedicó a rendir un culto verdaderamente insoportable a Lassalle, mientras nosotros averiguábamos de un modo positivo (la vieja Hatzfeld se lo contó así a Liebknecht, invitándolo a trabajar en ese sentido) que Lassalle estaba mucho más comprometido con Bismarck de lo que nosotros creíamos. Existía entre ellos una alianza formal por la que Lassalle se comprometía a ir a Sleswig-Holstein y abogar allí por el anexamiento de los ducados, mientras que Bismarck, por su parte, hacía unas cuantas promesas vagas respecto a la implantación de una especie de sufragio universal, y menos vagas en lo referente al régimen de coaliciones y concesiones sociales, ayuda del Estado para las asociaciones obreras, etcétera. El tonto de Lassalle no se aseguraba garantía alguna contra Bismark, que podía quitárselo de encima sin miedo a nada, en cuanto le resultara molesto. Los caballeros de *El Socialdemócrata* sabían esto, y sabiéndolo no tenían inconveniente en seguir rindiéndole culto, cada vez más desaforadamente, a Lassalle. Además, esos necios, intimidados por las amenazas de Wagener y de su periódico (el *Kreuzzeitung*), se pusieron a chuparle las medias a Bismarck, a coquetear con él, etcétera, etcétera. Teniendo en cuenta todo esto, hicimos pública una declaración y nos separamos del periódico, como lo hizo también Liebknecht". Se hace difícil creer que Marx, Engels y Liebknecht, que habían conocido a Lassalle y leían el periódico, dieran crédito a las fábulas de la condesa de Hatzfeld. Pero, si creían en ellas, era muy natural que se apartaran del movimiento iniciado por aquel.

Sin embargo, su condena no tuvo consecuencias prácticas para este movimiento. Un antiguo afiliado a la Liga Comunista, como Roser, que había defendido tan brillantemente los principios del *Manifiesto comunista* ante el tribunal de Colonia, votó por la táctica de Schweitzer.

4. LA PRIMERA CONFERENCIA DE LONDRES[43]

Como se ve, los lassalleanos fueron apartados desde el primer momento de la nueva organización, y la propaganda de la Internacional tampoco tenía muy buenos resultados, en un principio, ni entre los sindicatos ingleses ni entre los proudhonistas de Francia. Hasta aquel momento, no era más que un círculo reducido de dirigentes sindicales los que comprendían la necesidad de la lucha política, sin que, por otra parte, vieran en la Internacional más que un simple medio para los fines de sus organizaciones. Pero, al menos, estos hombres tenían una gran experiencia práctica en materia de organización; no así los proudhonistas franceses, que carecían también de una visión clara acerca de los rumbos históricos del movimiento obrero. La nueva organización se proponía una tarea imponente, y para cumplirla hacían falta dos cosas: un compromiso inagotable y una energía incansable.

Marx destinó ambas cosas a la causa internacional, pese a que se veía hostigado sin descanso por dolorosas enfermedades y de sus enormes deseos de continuar su obra científica. "Lo peor de estas tareas es que perturban demasiado, cuando uno se mete en ellas", suspiraba en una de sus cartas; en otra decía que la Internacional y todo aquello que se relacionara con ella pesaba "como un espíritu" sobre él, y que le gustaría poder sacudírselo. Pero ya no había escapatoria; iniciada la obra, había que continuarla, y Marx no habría sido quien era si, en realidad, el tener que soportar esta carga no le causara más alegría y satisfacción que verse librado de ella.

Pronto se puso de manifiesto que la verdadera "cabeza" del movimiento era él. Y no porque se hubiese insinuado, ni mucho menos, ya que sentía un desprecio sin límites por la fama gratuita y por esa manera democrática de darse importancia públicamente y no hacer nada; todo su afán para no ser de esos era trabajar entre bastidores, desapareciendo de la escena. Pero ninguno de los que actuaban en la reducida organización poseían, ni mucho menos, las destacadas cualidades que aquel trabajo de agitación requería: un conocimiento claro y profundo de las leyes del desarrollo histórico, energía para aspirar a lo necesario y la paciencia para conformarse con lo posible, una condescendencia generosa para los errores de buena fe y mano dura e inexorable contra todo lo que fuese ignorancia obstinada. Marx podía ejercitar ahora, en un plano incomparablemente más amplio que en la

[43] Para un análisis de la Primera Internacional se puede consultar Plá, A. (1985); *Historia del Movimiento Obrero*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

colonia revolucionaria de otros tiempos, su gran talento para dominar a los hombres, a la par que los dirigía y les enseñaba.

Las disputas y los conflictos personales que suelen ser inseparables de los inicios de todo movimiento de este tipo, le consumían "una gran cantidad de tiempo"; los afiliados italianos y sobre todo los franceses no dejaban de plantearle dificultades inútiles. En París, reinaba desde los años de la revolución una profunda antipatía entre los "trabajadores intelectuales y manuales"; los proletarios no se olvidaban fácilmente de las traiciones muy frecuentes de los intelectuales, y los intelectuales condenaban a todo movimiento obrero que se desentendiera de ellos. Además, en el seno de la clase obrera, bajo la presión del despotismo militar bonapartista, iba afianzándose la sospecha de que pudiera haber manejos por arriba, sospecha tanto más explicable en tanto que se carecía de todo recurso de información por medio de periódicos u organizaciones. Estos conflictos franceses le robaron al Consejo General más de una preciosa velada y más de un costoso acuerdo.

En cambio, Marx podía encontrar satisfacción y utilidad en los trabajos de la sección inglesa. Los obreros ingleses, que habían combatido la solidaridad de su gobierno con los Estados rebeldes del sur en la guerra de secesión, tenían ahora todo el derecho a felicitar a Abraham Lincoln, reelegido para la presidencia de los Estados Unidos. Fue Marx quien redactó la propuesta de mensaje al "sencillo hijo de la clase obrera a quien le había correspondido la misión de dirigir a su país en aquella lucha augusta por la liberación de una raza esclavizada"; mientras los obreros blancos de la Unión no comprendían que la esclavitud deshonraba a su República, mientras alardeaban ante el negro, vendido sin tener en cuenta su voluntad, del gran privilegio del obrero blanco, que no es otro que el de poder venderse a sí mismo eligiendo a su dueño y señor, mientras esto ocurría, habían estado incapacitados para conquistar la verdadera libertad y apoyar la campaña de emancipación de sus hermanos de Europa. Pero el mar rojo de sangre de la guerra civil había barrido estos obstáculos. El mensaje estaba escrito con una evidente satisfacción y amor por la causa, aunque Marx, que, como Lessing, gustaba de hablar en tono despectivo de sus trabajos personales, le escribía a Engels que había tenido que redactar aquel papel con mucho más esfuerzo que si se hubiera tratado de un trabajo serio, procurando, al menos, que el lenguaje al que ese tipo de documentos se limitaban siempre, se distinguiera de la fraseología democrática común. Lincoln se dio cuenta muy bien de la diferencia y contestó en un tono amistoso y

cordial, para sorpresa de la prensa de Londres, pues el *old man* acostumbraba a contestar los mensajes y felicitaciones de la democracia burguesa con unas cuantas frases protocolares.

Como "trabajo serio" era mucho más importante, sin duda, el estudio sobre "el salario, el precio y la ganancia[44]" que Marx expuso ante el Consejo General de la Internacional el 26 de junio de 1865, para refutar la opinión sostenida por algunos vocales de que un alza general de los salarios no beneficiaría en nada a los obreros y perjudicaría, en consecuencia, a los sindicatos. Esta mirada partía del error de que el salario determinaba el valor de las mercancías y de que si hoy el capitalista les pagaba a sus obreros cinco chelines en vez de cuatro, mañana, al aumentar la demanda, sus mercancías subirían también de cuatro chelines a cinco. Marx entendía que, por vulgar que fuera la explicación y por mucho que quisiera limitarse al costado superficial y aparente de los fenómenos, no era fácil hacerle comprender a un público ignorante todos los problemas económicos relacionados con esto; no podía condensarse en una hora todo un curso de economía política. Y, sin embargo, logró de un modo excelente el objetivo que se proponía, y los sindicatos le expresaron su gratitud por el gran servicio que les había prestado.

Pero los primeros logros claros de la Internacional se debieron al movimiento que empezaba a propagarse en torno a la reforma electoral inglesa. Ya el 1 de mayo de 1865 Marx le escribía a Engels: "La *Reform League* es obra nuestra. En el Comité de los doce (integrado por seis representantes de la clase media y seis de la clase obrera), todos los obreros son vocales de nuestro Consejo General (entre ellos, Eccarius). Todos los intentos mediocres de los burgueses por desorientar a los obreros, los hemos hecho fracasar nosotros... Si conseguimos regenerar el movimiento político de la clase obrera inglesa, nuestra asociación, sin hacer ruido, habrá hecho más por los trabajadores europeos que lo que en cualquier otro terreno hubiera podido conseguirse. Y hay razones para pensar que triunfaremos". A esta carta respondía Engels, el 3 de mayo: "La Asociación Internacional ha ganado, realmente, un terreno colosal, en muy poco tiempo y sin ostentar. No sale perdiendo nada con concentrarse, por ahora, en Inglaterra, en vez de dedicarse interminablemente a los conflictos franceses. Ya tienes ahí en qué ocupar tu tiempo". Rápido

[44] Marx, K. (2008): *Salario, Precio y Ganancia*, La Lucerna, Madrid. Se lo puede consultar en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm.

habría de demostrarse, sin embargo, que también este triunfo tenía su contracara.

En general, Marx no creía que la situación estuviese aún lo suficientemente consolidada para ir a un congreso público, como se había previsto para el año 1865 en Bruselas. Temía, y no sin razón, que aquello se convirtiera en una verdadera Babilonia de lenguas. Con mucho esfuerzo y venciendo sobre todo la resistencia de los franceses, consiguió convertir el proyectado congreso público en una conferencia provisional, que se celebraría en Londres a puertas cerradas y a la que solo podrían acudir los representantes de las Comisiones Directivas, para preparar, en ella, el congreso futuro. Marx argumentó su idea con la necesidad de establecer acuerdos previos, la campaña electoral inglesa, las huelgas que empezaban a estallar en Francia y, finalmente, la ley contra los extranjeros que acababa de sancionarse en Bélgica y que imposibilitaría la celebración del congreso en aquella capital.

La conferencia de Londres se realizó entre el 25 y el 29 de septiembre de 1865. El Consejo General, con su presidente Oger, su secretario general Cremer y algunos otros vocales ingleses, destacó a Marx y a sus dos principales colaboradores en los asuntos de la Internacional: Eccarius y Jung, un relojero suizo residente en Londres, que hablaba a la perfección el alemán, el inglés y el francés. De Francia, acudieron Tolain, Fribourg y Limousin, los cuales habrían de desertar años después de la Internacional junto a Schilly, un viejo amigo de Marx ya desde el 48, y Varlin, uno de los héroes y mártires de la Comuna de París. De Suiza vinieron el encuadernador Dupleix, en representación de los obreros francoitalianos, y Juan Felipe Becker, un antiguo cepillero e incansable agitador, representando a los obreros alemanes. De Bélgica, César de Paepe, que había estudiado medicina siendo aprendiz de cajista de imprenta, hasta alcanzar el título de doctor.

La conferencia de Londres se ocupó, ante todo, de la situación financiera; el primer año, según se dio cuenta, no había sido posible reunir más que unas 33 libras. No hubo acuerdo, por el momento, acerca del pago de una cuota periódica, decidiéndose solamente que, para fines de propaganda y para cubrir los gastos del congreso, se armaría un fondo de 150 libras, distribuidas en la siguiente forma: Inglaterra 80, Francia 40, Alemania, Bélgica y Suiza, 10 cada una. El presupuesto no llegó a tener un gran curso, dado que "el nervio de las cosas" no fue nunca el nervio de la Internacional. Años después, Marx decía con amargo sentido del humor que el presupuesto del Consejo General se componía de cifras negativas y en progresión ascendente;

tiempo después, Engels escribía que, a pesar de los famosos "millones de la Internacional", aquel Comité jamás había tenido más que deudas, añadiendo que seguramente no se había hecho nunca tanto con tan poco dinero.

El informe acerca de la situación en Inglaterra estuvo a cargo de Cremer, el secretario general. Dijo que en el continente se tenía a los sindicatos como organizaciones ricas, con posibilidades para ayudar a una causa que era también la propia, pero que se encontraban cohibidos por estatutos mezquinos y muy rigurosos. Que, a excepción de unos cuantos hombres, no querían saber mucho tampoco de política y que el entendimiento de la cuestión les era casi imposible. No obstante —continuaba—, se veía un cierto progreso. Años antes, no se hubiera accedido siquiera a oír a los emisarios de la Internacional; hoy, se los recibía cordialmente, se los escuchaba y se ratificaban sus principios. Era el primer caso en el que una organización relacionada con la política establecía contacto con los sindicatos.

Fribourg y Tolain hicieron el informe de Francia, exponiendo que la Internacional había encontrado allí un ambiente propicio; aparte de París, tenía afiliados en Rouen, Nantes, Elbeuf, Caen y otras localidades, habiendo logrado un número considerable de carnets de socios con una cuota anual de 1,25 francos, si bien el fondo formado con estas cotizaciones se había invertido en fundar una Oficina Central en París y en subvencionar el viaje de los delegados. Como consuelo, aseguraron ante el Consejo General que esperaban sumar todavía otros 400 carnets de afiliados. Los delegados franceses se lamentaron de la postergación del congreso, entendiendo que era un gran obstáculo para el crecimiento de la organización, y se lamentaron también de la persecución de los obreros por el régimen policíaco bonapartista; por todas partes se oía este reproche: cuando nos demuestren que son capaces de hechos, nos afiliaremos.

Los informes de Becker y Dupleix acerca de Suiza eran muy optimistas, pese a que allí las tareas de agitación no habían comenzado hasta hacía seis meses. En Ginebra existían ya 400 afiliados, 150 en Lausana y otros tantos en Vevey. La cuota mensual era de 50 peniques, aunque los afiliados pagarían hasta el doble, dado que comprendían completamente la necesidad de cotizar para mantener la organización. Tampoco los delegados suizos aportaron dinero, pero sí el consuelo de que habrían reunido una buena suma si no hubiesen tenido que pagar los costos de su viaje.

En Bélgica, la agitación no llevaba más de un mes de desarrollo. Sin embargo, el delegado informaba que existían ya 60 afiliados, con el compromiso de cotizar tres francos al año como mínimo, de cuya suma se destinaría la tercera parte al Consejo General.

Marx, en nombre de aquel organismo directivo, propuso que el congreso proyectado se celebrara en Ginebra, en septiembre u octubre de 1866. La sede se aprobó por unanimidad, pero la fecha fue adelantada, por insistencia de los franceses, hasta la última semana del mes de mayo. Los franceses exigieron también que todo aquel que exhibiera el carnet de afiliado tuviera voz y voto en el Congreso, declarando que esto era, para ellos, una cuestión de principios, y que así había que entender el sufragio universal. Tras un intenso debate, prevaleció el sistema de representación por medio de delegados, que defendieron principalmente Eccarius y Cremer.

El orden del día redactado por el Consejo General para este Congreso abarcaba una larga serie de puntos: trabajo cooperativo; reducción de la jornada laboral; trabajo de la mujer y del niño; pasado y futuro de las organizaciones sindicales; influencia de los ejércitos permanentes en los intereses de las clase obrera; etcétera. Todos ellos fueron aprobados por unanimidad, y no hubo más que dos puntos que provocaron desacuerdos de criterio.

Uno de ellos no había sido iniciativa del Consejo General, sino de los franceses. Estos exigieron que en el orden del día figurara el siguiente tema: "Las ideas religiosas y su influencia en el movimiento social, político e intelectual". Lo mejor y lo más breve, para saber qué los llevaba a plantear este problema y qué actitud adoptó Marx ante él, es citar algunas líneas de la necrológica de Proudhon, publicada por aquel pocos meses antes en *El Socialdemócrata* de Schwertzer (el único artículo, entre paréntesis, que envió a este periódico): "Los ataques dirigidos por Proudhon contra la religión, la Iglesia, etcétera, tenían un gran mérito local, en una época en la que los socialistas franceses creían oportuno anteponer el sentimiento religioso al voltairismo burgués del siglo XVIII y al ateísmo alemán del siglo XIX. Y si Pedro el Grande reprimía la barbarie rusa a fuerza de barbarie, Proudhon se esforzaba por dar la batalla al discurso francés a fuerza de frases". Los delegados ingleses tampoco eran partidarios de que se lanzara esta "manzana de la discordia"; pero la propuesta de los franceses prevaleció por 18 votos contra 13.

El otro punto conflictivo había sido propuesto por el Consejo General, y afectaba a un problema de política europea, al que Marx le

concedía una especial importancia: "la necesidad de ponerle trabas a la creciente influencia de Rusia en Europa, restaurando, en virtud del derecho de las naciones a gobernarse por sí mismas, una Polonia independiente sobre bases democráticas y socialistas". Ahora, eran los franceses quienes se oponían: ¿por qué confundir las cuestiones políticas con las sociales?, ¿por qué perder el tiempo con problemas tan lejanos, cuando había tanta opresión que combatir en casa?, ¿por qué empeñarse en salir al cruce de la influencia del Gobierno ruso, teniendo mucho más cerca al Gobierno prusiano, al austríaco, al francés y al inglés, cuyo poder no era menos nefasto? También el delegado belga se manifestó fuertemente en contra de la propuesta, entendiendo que la restauración de Polonia solo podía beneficiar a tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero.

Aquí es donde se ve más clara la influencia de Proudhon. Este se había manifestado más de una vez en contra de la restauración de Polonia; la última, en ocasión del levantamiento polaco de 1863, ante el cual, según las palabras de Marx en su necrológica, desplegó un cinismo idiota en beneficio del zar. En Marx y Engels, aquel alzamiento revivió, por el contrario, las viejas simpatías que habían expresado por la causa polaca en los años de la revolución, y hasta tuvieron el propósito de publicar los dos un manifiesto de homenaje a Polonia, que no llegaron a escribir.

Sin embargo, esta simpatía no estaba exenta de crítica; el 21 de abril de 1863, le escribía Engels a Marx: "Hay que reconocer se necesita una piel gruesa para entusiasmarse con los polacos de 1772. Cierto es que la nobleza de entonces sabía morir con dignidad, y hasta con algo de ingenio, en la mayor parte de Europa, aunque tuviese por ley general la de que el materialismo consiste en comer, beber, dormir, ganar en el juego y hacerse pagar por las indecencias. Sin embargo, tan imbécil en la manera de venderse a los rusos como la polaca, no había nobleza alguna". Pero, mientras no fuera posible pensar en una revolución dentro de la misma Rusia, no había más posibilidad de contrarrestar la influencia zarista en Europa que la restauración de Polonia; por eso Marx veía en la brutal represión de la insurrección polaca y en la penetración simultánea del despotismo zarista en el Cáucaso los dos acontecimientos europeos más importantes desde el año 1815. Ya había hecho hincapié en ello en el capítulo del discurso inaugural consagrado a la política exterior del proletariado; pasaron varios años y todavía se lamentaba amargamente de la oposición que este punto del orden del día había encontrado por parte de Tolain, Fribourg y otros. Sin embargo,

logró vencer su resistencia, ayudado por los delegados ingleses, y la cuestión polaca se mantuvo en el orden del día.

La conferencia deliberaba por las mañanas a puertas cerradas, bajo la presidencia de Jung, y por las noches en sesiones semipúblicas, que presidía Odger. En estas reuniones nocturnas se debatían, ante un público obrero, los puntos establecidos en las sesiones privadas. Los delegados de París publicaron un informe acerca de la conferencia y del programa planteado para el Congreso, que encontró mucho eco en la prensa parisina. Con visible satisfacción, acota Marx: "Los de París se han quedado un poco sorprendidos, cuando vieron que el asunto de Rusia y de Polonia, que ellos no querían que se tratara, era el que más sensación causaba". Y, con el paso de los años, disfrutaba de remitirse al "comentario entusiasta" que estos puntos en particular y todo el programa del Congreso en general merecieran de Henri Martin, el conocido historiador francés.

5. LA GUERRA ALEMANA

Personalmente, para él, la dedicación que le consagró a la Internacional tenía una consecuencia dolorosa y era que, al paralizar los trabajos que le generaban ingresos, volvían sobre él y los suyos todas las penurias de antes.

El 31 de julio le escribía a Engels diciéndole que hacía dos meses que vivía de la casa de empeños. "Te aseguro que con gusto me hubiera dejado cortar el dedo gordo, antes de escribirte esta carta. Es realmente demoledor esto de pasarse media vida dependiendo de otro. Lo único que me sostiene, cuando pienso en esto, es la idea de que los dos formamos una especie de sociedad, a la que yo aporto mi tiempo para las cuestiones teóricas y del partido. Es cierto que tenemos una casa demasiado cara para nuestras posibilidades, y que además este año hemos vivido mejor que otros. Pero no hay más remedio, si queremos que los niños, aparte de lo mucho que han sufrido y de lo que hay que remediarles, aunque solo sea por poco tiempo, puedan obtener conocimientos y establecer relaciones que les aseguren un porvenir, el día de mañana. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que, aun considerado el asunto en su aspecto puramente mercantil, no podemos irnos a vivir a un cuarto estrictamente proletario, como podríamos hacerlo si no fuéramos más que mi mujer y yo, o las chicas siguieran siendo pequeñas". Enseguida, Engels le tendió una mano a su amigo, pero las penurias y las preocupaciones

volvieron a invadir a Marx y a su familia, y continuaron haciéndolo por varios años.

Pocos meses después de esto, se le ofrecía a Marx una nueva fuente de ingresos, gracias a una propuesta tan particular como inesperada que le hizo por carta Lotario Bucher, con fecha 5 de octubre de 1865. En los años en que Bucher vivió su exilio londinense, no conoció, ni mucho menos estableció una relación de afecto, con Marx. Este siguió manteniendo una actitud crítica frente a él cuando Bucher, habiéndose destacado con cierto relieve en medio de la maraña de la emigración, se unió a Urquhart como partidario entusiasta suyo. En cambio, Bucher le habló muy bien a Borkheim de la obra polémica de Marx contra Vogt, diciendo que se disponía a hacer una reseña de ella en la *Allgemeine Zeitung*; la reseña, sin embargo, no llegó a publicarse, porque nunca fue escrita o porque la revista se negó a incluirla. Decretada la amnistía por el Gobierno prusiano, Bucher retornó a Prusia y estableció una amistad en Berlín con Lassalle; en 1862 fueron juntos a la Exposición Universal de Londres, donde el antiguo desterrado conoció personalmente a Marx, a quien le presentó su amigo. Marx lo recordó como "un hombrecito muy fino, aunque complicado", de quien no creía que estuviera de acuerdo con la "política exterior" de su amigo. Al morir Lassalle, Bucher se unió al servicio del Gobierno de Prusia, y hablando de él y de Rodbertus, Marx usaba en una carta a Engels esta expresión: "¡Son unos miserables, toda esa grupo de Berlín, Brandenburgo y Pomerania!"

Ahora, Marx se encontraba con esta carta de Bucher: "¡Ante todo, el negocio! El periódico *Staatsanzeiger* quiere un resumen mensual acerca de la marcha del mercado del dinero (incluyendo, naturalmente, el de las mercancías, cuando no sea posible separarlos). Me han preguntado si podía recomendar a alguien, y yo contesté que nadie podría hacerlo mejor que usted. En respuesta a ello, me pidieron que le escribiera, solicitándole esta colaboración. En cuanto a la extensión de los artículos, no se le ponen a usted límites; cuanto más extensos y rigurosos sean, mucho mejor. En lo que respecta al contenido, se sobreentiende que no tiene usted más norma que sus convicciones científicas; sin embargo, teniendo en cuenta quiénes son los lectores del periódico (*la haute finance*), no sería aconsejable, en cuanto a la redacción, que tocara usted demasiado el núcleo de los problemas, como si se tratara de un público especializado, y que evitara toda polémica". Seguían unas cuantas indicaciones respecto a la parte material de la cuestión, el recuerdo de una excursión que habían hecho juntos con Lassalle, cuya muerte seguía siendo un "misterio psicológico para él", y la noticia de que, como sabría, había retornado a su

primer amor, el papel sellado. "Nunca estuve de acuerdo con Lassalle en que el curso de las cosas habría de ser tan rápido como él pensaba. El progreso todavía tiene que cambiar muchas veces de piel, antes de morir, y quien en vida quiere hacer algo dentro del Estado no tiene más remedio que cerrar filas en torno al Gobierno". La carta terminaba con saludos respetuosos para la señora de Marx y para las jóvenes damas de la casa, sobre todo para la pequeña, y con la fórmula protocolar y usual de "su atento y fiel servidor".

Marx contestó rechazando la oferta, aunque no tengamos información concreta acerca de su respuesta ni de la opinión que le mereció la carta de Bucher. Poco después de recibirla, hizo un viaje a Manchester, donde debió hablar del asunto con Engels; en la correspondencia intercambiada con él no se trata en ningún momento este punto, y en las cartas escritas por Marx a otros amigos, por lo menos aquellas a las que tuvimos acceso, solo una vez y de pasada se habla de él. Pero, catorce años más tarde, cuando, después de los atentados de Hödel y Nobiling[45], se desencadenó en Berlín una persecución furiosa contra los socialistas, Marx publicó la carta de Bucher, que explotó con la fuerza arrasadora de una bomba. Bucher era, en aquel momento, secretario del Congreso de Berlín y autor, según el testimonio de su complaciente biógrafo, del proyecto de la primera ley contra los socialistas presentada al Reichstag después del atentado de Hödel y descartada por el parlamento.

Desde entonces, ha habido mucha discusión acerca de si Bismarck se proponía comprar a Marx por medio de la carta de Bucher. Es cierto que el Canciller, en el otoño de 1865, cuando el Tratado de Gastein puso un pequeña parche sobre la ruptura inminente con Austria, se inclinaba, para decirlo con su propia metáfora de cazador, a "soltar a todos los perros que quieren ladrar". Bismarck tenía demasiada sangre de Junker prusiano en sus venas para coquetear con la clase obrera a la manera de un Disraeli, ni siquiera de un Bonaparte; y conocida es la pintoresca idea que tenía de Lassalle, a pesar de haber estado más de una vez en contacto personal con él. Pero entre sus colaboradores había dos personas mucho mejor orientadas que él en este aspecto tan delicado: el propio Bucher y Hermann Wagener. Wagener, por su parte, hizo todo

[45] Se refiere a los dos atentados contra Guillermo I, emperador de Alemania entre 1871 y 1888. En el primero, cometido por el anarquista Max Hödel, resultó ileso, mientras que en el segundo, obra de Karl Nobiling, fue herido al parecer por dos balas. Aunque tenían una estrecha vinculación con el Partido Social Demócrata alemán, el atentado sirvió de pretexto para que el emperador y Bismarck prohibieran el partido a través de la ley anti-social.

lo posible por ponerle un señuelo al movimiento obrero alemán, valiéndose para esto, entre otros recursos, de la condesa de Hatzfeldt. Pero Wagener, como líder intelectual de los Junkers y viejo amigo de Bismarck, desde antes de los días de marzo, ocupaba una posición mucho más independiente que Bucher; este solo podía vivir de la buena voluntad del Canciller, ya que la burocracia lo miraba de reojo como a un intruso, y el rey, acordándose de los del 48, tampoco quería saber nada de él. Además, Bucher era un hombre de carácter débil, un "pez sin espinas", como solía decirle su amigo Rodbertus.

Es evidente, por todo esto, que si Bucher, con su carta, quería comprar a Marx, Bismarck no desconocía esta maniobra. ¿Pero, realmente, tenían aquel propósito? El accionar de Marx, usando la carta de Bucher contra las persecuciones socialistas de 1878, era una jugada hábil y perfectamente legítima, pero no prueba ni siquiera que Marx interpretara la carta de Bucher desde el primer momento como un intento de comprarlo, ni mucho menos que este intento fuera real. Bucher sabía perfectamente que Marx, desde que había roto relaciones con Schweitzer, no era alguien a quien los lassalleanos estimaran, aparte de que aquel resumen mensual acerca del mercado internacional de dinero y de mercancías para el más aburrido de todos los periódicos alemanes, no parecía la manera más adecuada para aplacar el descontento general con la política bismarckiana entre los obreros, ni mucho menos para atraerlos a esta política. Cuando Bucher afirma que al recomendar a su antiguo compañero de exilio para el periódico no tenía ninguna intención política oculta, probablemente diga la verdad, con la reserva de que la dirección seguramente rechazaría a un progresista manchesteriano. Después de la negativa de Marx, Bucher propuso a Dühring; este accedió, pero rápidamente suspendió la colaboración, al comprobar que el director del periódico no respetaba, ni mucho menos, aquellas "convicciones científicas" que Bucher destacaba en él.

Peor todavía que el agobio material en el que sumían a Marx sus esforzados trabajos para la Internacional y sus investigaciones científicas, era el deterioro cada vez mayor que experimentaba su salud. El 10 de febrero de 1866, Engels le escribía: "Ya es hora de que hagas algo para que se te vayan esos malditos dolores... Deja de trabajar por las noches durante un tiempo y trata de hacer una vida más normal". Marx le contestaba, el 14 de febrero: "Ayer los dolores volvieron a impedirme trabajar. Si tuviese suficiente dinero para mi familia y el libro estuviera terminado, me daría lo mismo entregarme a la parca y ser tirado al sumidero hoy o mañana. Pero, en estas

circunstancias, no es posible". Una semana después, Engels recibía una información alarmante: "Esta vez me he jugado el pellejo. Mi familia no sabía lo seria que era la situación. Y si la cuestión vuelve a repetirse tres o cuatro veces de la misma forma, estoy terminado. Me siento muy decaído y débil todavía; no de la cabeza, sino de los muslos y las piernas. Los médicos tienen mucha razón cuando dicen que la causa principal de la recaída es el trabajo excesivo por las noches. No voy a contarles a esos señores —aparte de que me sería inútil— cuáles son las razones que me obligan a seguir con esa vorágine". Esta vez, Engels pudo conseguir que Marx se tomara unas semanas de descanso en Margate, cerca del mar.

Marx recuperó enseguida el buen humor. En una carta alegre dirigida a su hija Laura, le decía: "Estoy muy contento de haberme alojado en una casa particular y no en un hotel, donde, quieras o no, te están torturando a toda hora con discusiones sobre política local, conflictos de familia y chismes de pueblo. Sin embargo, no puedo cantar, como el molinero de Dee, que 'no me preocupo por nadie, y nadie pregunta por mí', porque ahí está la señora, sorda como una tapia, y su hija, con su ronquera crónica. Pero es gente muy simpática, amable y para nada intrusa. Yo estoy convertido en un bastón ambulante, no hago más que ir de un lado para otro la mayor parte del día, respirando aire fresco. A las diez, ya estoy en la cama. No leo nada, escribo menos y, poco a poco, me acerco a ese estado de nirvana que el budismo considera como la consumación de la felicidad humana". Al final de la carta, había un comentario cariñoso, apuntando ya, sin duda, al futuro: "Ese maldito de Lafargue me está torturando con su proudhonismo, y no va a dejarme tranquilo hasta que no le pegue un golpe en su cráneo de criollo".

En aquellos días en los que Marx descansaba en Margate, sonaron en el cielo los primeros truenos de la tormenta guerrera que se cernía sobre Alemania. El 8 de abril, Bismarck había pactado con Italia una alianza ofensiva contra Austria, y al día siguiente presentaba ante la Dieta federal una propuesta pidiendo que se convocara un Parlamento alemán elegido por sufragio universal, para deliberar acerca de una reforma de la Confederación, sobre la base de la cual habrían de unirse los Gobiernos alemanes. La posición tomada por Marx y Engels ante estos hechos demostraba que habían perdido el contacto con la realidad alemana. Titubeaban en sus diagnósticos. El 10 de abril Engels escribía, respecto a la propuesta de Bismarck de convocar un Parlamento alemán: "¡Qué bestia tiene que ser este hombre, para creer que eso le va a servir para algo...! Si la propuesta llega a

aprobarse, por primera vez en la historia el curso de las cosas dependerá de la actitud que tome Berlín. Si los berlineses salen a la calle en el momento propicio, los hechos pueden tomar un rumbo deseable; ¿pero quién puede confiar en ellos?"

Tres días después, volvía a escribir, con una perspicacia formidable: "Parece que el buen burgués alemán, después de resistirse un poco, concuerda con la propuesta (del sufragio universal); no por nada el bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía. Cada vez veo más claro que la burguesía es incapaz de tomar directamente el poder y que allí donde una oligarquía no se hace cargo del Estado y la sociedad, como sucede aquí en Inglaterra, para gobernar de acuerdo a los intereses de la burguesía y obteniendo su recompensa por la tarea, la forma normal de gobierno es una semidictadura bonapartista que sostenga los intereses materiales de la burguesía, aun contra ella misma, pero sin dejarla participar en el poder. Por otra parte, esta dictadura se ve obligada a defender los intereses materiales de la burguesía, y ahí tenemos, sin ir más lejos, a monsieur Bismarck tomando el programa de la Liga Nacional. Claro está que una cosa es tomarlo y otra sostenerlo en la práctica, pero es difícil que Bismarck choque contra el buen burgués alemán". Se estrellaría, a juicio de Engels, contra el ejército austríaco. Benedek era, al menos, mejor general que el príncipe Federico Carlos; y Austria podría forzar a Prusia a firmar la paz, pero no Prusia a Austria, razón por la cual cada triunfo prusiano sería una interpelación a Bonaparte para que interviniese.

Marx describía la situación planteada casi con las mismas palabras, en una carta que le dirigía a un nuevo amigo, el médico Kugelmann, de Hannover, que ya desde chico, en el año 48, había sido un gran seguidor de Marx y Engels, y venía recopilando con esmero todos sus escritos, pero sin haber entrado en contacto personal con Marx hasta el año 1862, por intermedio de Freiligrath; al poco tiempo, ya era uno de sus íntimos. En cuestiones militares, Marx se subordinaba por completo al análisis de Engels, con una falta de crítica inusual en él.

Más asombrosa todavía que la sobreestimación de Engels sobre el poder austríaco, era su opinión respecto al estado de la armada prusiana. Asombrosa porque acababa de escribir una obra magnífica sobre la reforma militar, en ocasión del conflicto constitucional de Prusia, demostrando un conocimiento que lo ponía muy por encima de todos los burgueses democráticos. El 25 de mayo escribía: "Si los austríacos son lo suficientemente inteligente para no atacar, pronto empezarán los problemas en el ejército de Prusia. Jamás se han

mostrado estos hombres más rebeldes que en esta movilización. Desgraciadamente, solo se sabe una parte muy pequeña de lo que pasa, pero suficiente para asegurar que con estas tropas no hay ofensiva posible". Y el 11 de junio: "La segunda línea va a ser en esta guerra tan peligrosa para Prusia como fueron los polacos en 1806, que representaban más de un tercio de las brigadas y desorganizaron todo. Con la diferencia de que la segunda línea, en vez de dispersarse, se rebelará después de la derrota".

La batalla de Königgrätz disipó toda la niebla que les ocultaba a los exiliados la realidad; ya al día siguiente, Engels escribía: "¿Y qué me dices de los prusianos? Han sabido aprovecharse de sus triunfos con una energía enorme. Es la primera vez que se ve una batalla tan decisiva liquidada en ocho horas. En diferentes circunstancias, habría durado dos días. Pero el fusil de aguja es un arma mortífera y, además, no puede negarse que aquellos hombres pelearon con un carácter que es difícil encontrar en tropas como estas, acostumbradas a la paz". Engels y Marx podían equivocarse, y se equivocaban no pocas veces, pero jamás se resistían a reconocer los errores, cuando los acontecimientos se los mostraban. La victoria de las armas prusianas fue, para ellos, un bocado difícil de digerir, pero no se atragantaron con él. El 25 de julio, Engels, que era quien mantenía el liderazgo en estas cuestiones, resumía la situación en los términos siguientes: "La situación en Alemania me parece, ahora, muy simple. Desde el momento en que Bismarck sacó adelante, con las armas prusianas y un triunfo tan colosal, los planes de la burguesía alemana, el desarrollo de las cosas ha tomado otro camino de un modo tan decisivo que no tenemos más remedio, nosotros y los demás, que reconocer el hecho consumado, tanto si nos satisface como si nos molesta... La cosa tiene la ventaja de que simplifica la situación, facilitando la revolución al eliminar los conflictos en las pequeñas capitales, y acelerando, desde ya, el proceso. Al fin y al cabo, no puede negarse que un Parlamento alemán no es precisamente lo mismo que una Dieta prusiana. Toda esa acumulación de Estados en miniatura se verá arrastrada al movimiento, terminarán las lamentables tendencias localistas, y los partidos dejarán de ser locales para adquirir una dimensión realmente nacional". Dos días después, Marx contestaba, con mesura y sangre fría: "Comparto completamente tu opinión de que hay que tomar esa basura tal y como es. De todos modos, es agradable poder ver las cosas desde lejos, durante estos días torpes y románticos del primer amor".

Por aquellos mismos días, Engels le comunicaba a su amigo, y no precisamente en un tono halagador, que "el hermano Liebknecht se estaba dejando llevar por una fanática austrofilia"; era casi seguro que procedía de él una "furiosa correspondencia" enviada desde Leipzig a la *Frankfurter Zeitung*; este periódico llegaba, en sus excesos, hasta a reprocharles a los prusianos el trato infame que le habían dado al "venerable Elector de Hesse", mostrando sus simpatías por el pobre Güelfo ciego. En cambio, Schweitzer, desde Berlín, se manifestaba de la misma manera que Marx y Engels en Londres, por las mismas razones y en los mismos términos; pero su política "oportunista" le costó y todavía le cuesta la indignación moral de los mismos presumidos estadistas que convierten a Marx y Engels, aunque no los entiendan, en objetos de devoción.

6. EL CONGRESO DE GINEBRA

Pese al plan original, no se había celebrado todavía el primer congreso de la Internacional, cuando la batalla de Königgrätz decidió los destinos de Alemania. Tuvo que ser postergado de nuevo hasta el mes de septiembre de aquel mismo año, a pesar de que en su segundo año de existencia la organización había experimentado un progreso mucho más rápido que en el primero.

La ciudad de Ginebra empezó a destacarse en el continente como su centro más importante, y las secciones francoitaliana y alemana allí ubicadas fundaron, cada una, su propio órgano de prensa. El alemán era el *Vorbote*, revista mensual creada y dirigida por el viejo Becker. Se publicó durante seis años y su colección sigue siendo una de las fuentes más importantes para estudiar la historia de la Internacional. El primer número del *Vorbote* apareció en enero de 1866, con el subtítulo de "órgano central de la sección de habla alemana". Los afiliados alemanes de la Internacional, pocos o muchos, se concentraban también en Ginebra, para escaparse de las leyes alemanas que prohibían la creación de secciones de la Internacional en el país. Por razones análogas, la sección francoitaliana de Ginebra ampliaba su campo de acción a una buena parte de Francia.

En Bélgica se publicaba también un periódico, el *Tribune du Peuple*, que Marx incluía entre los órganos oficiales de la Internacional, con los dos de Ginebra. En cambio, no contaba como tales a una o dos hojitas que salían en París y que también defendían, a su modo, la causa obrera. La Internacional se extendía al mismo tiempo hacia Francia,

pero más como una chispa que como un fuego de hogar. Era muy difícil crear, al margen de toda libertad de prensa y de reunión, verdaderos centros de dirección del movimiento, y en un principio la ambigua tolerancia de la policía bonapartista tendía a aletargar, más que a despertar, a la clase obrera. A esto hay que añadirle la influencia predominante del proudhonismo, que no era la más indicada para infundirle al proletariado intensidad organizativa.

La principal tribuna desde la que se predicaban estas doctrinas era la *Joven Francia*, que llevaba una vida fugaz entre Bruselas y Londres. En febrero de 1866, una sección francesa formada en Londres criticó violentamente al Consejo General por haber incluido la cuestión polaca en el programa del Congreso de Ginebra. Muy a la manera de Proudhon, estos afiliados preguntaban cómo podía pensarse en contrarrestar la influencia rusa con la restauración de Polonia en un momento en que Rusia emancipaba a sus siervos, mientras que los nobles y sacerdotes polacos se habían resistido siempre a liberar a los suyos. Al desencadenarse la guerra alemana, los afiliados franceses de la Internacional, e incluso los de su Consejo General, causaron enormes problemas, también, con su "stirnerianismo proudhoniano", como Marx lo denominó una vez. Decían que la idea nación era obsoleta y que las naciones debían desintegrarse en pequeños "grupos", los cuales se asociarían para formar una "Liga", pero jamás un Estado. "Supongo que esta 'individualización' de la humanidad y su correspondiente 'mutualismo' se implantarán de forma tal que se detenga la historia en todos los países y el mundo entero se siente a esperar, hasta que sus habitantes hayan adquirido la capacidad suficiente para hacer una revolución social. Una vez conseguido esto, se hará el experimento y el mundo, asombrado y convencido por la prepotencia del ejemplo, seguirá el mismo camino". Esta sátira la dirigía Marx principalmente a sus "muy buenos amigos" Lafargue y Longuet, que eran sus yernos, pero que le habían proporcionado más de un disgusto con sus "ideas proudhonianas".

El centro de gravedad de la Internacional seguía siendo los sindicatos. Así lo entendía también Marx; en una carta dirigida a Kugelmann fechada el 15 de enero de 1866, expresaba su satisfacción por haber conseguido ganar para el movimiento a aquella organización obrera, la única realmente grande. Le produjo una gran alegría una reunión gigantesca celebrada unas semanas antes en St. Martin Hall en pos de la reforma electoral y bajo la dirección intelectual de la Internacional. En marzo de 1866, el Gabinete *whyg* de Gladstone redactó un proyecto de reforma electoral que le pareció

demasiado radical a un sector de su propio partido; esto produjo la renuncia del gobierno y el ascenso al poder del Gabinete *tory* de Disraeli, quien intentó postergar la reforma. Todos estos hechos hicieron que el movimiento tomara cada vez más impulso. El 7 de julio, Marx le escribía a Engels: "Las manifestaciones obreras de Londres, maravillosas en comparación con lo que veníamos viendo en Inglaterra desde 1849, son obra pura de la Internacional. Lucraft, por ejemplo, el caudillo de *Trafalgar Square*, es vocal de nuestro Consejo". En *Trafalgar Square*, donde se habían reunido unos veinte mil hombres, Lucraft convocó a la multitud a una reunión en los *White Hall Gardens*, donde "en otros tiempos, le cortamos la cabeza a uno de nuestros reyes", y poco después una manifestación de sesenta mil personas en el *Hyde Park* casi se convierte en una insurrección.

Los sindicatos reconocieron sin reservas los méritos de la Internacional en este movimiento, que abarcaba todo el país. En una conferencia de todas los sindicatos reunida en Sheffield se hizo el siguiente acuerdo: "La Conferencia, reconociendo en toda su dimensión los esfuerzos de la Asociación Obrera Internacional por unir a los trabajadores de todos los países con un lazo de fraternidad, recomienda fuertemente a todas las sociedades aquí representadas que se incorporen a esa organización, con la seguridad de que, haciéndolo, contribuirán de un modo eficaz al progreso y la prosperidad de toda la clase obrera". Esto hizo que se afiliaran a la Internacional toda una serie de sindicatos nuevos, pero este éxito, enorme en el terreno político-moral, no lo era tanto en su aspecto material. Los sindicatos afiliados quedaban en libertad para cotizar con la cuota que consideraran conveniente o con ninguna, y los que decidieron aportar no entregaban más que cantidades muy modestas. Así, por ejemplo, los zapateros, que contaban con cinco mil afiliados, no pagaban más que cinco libras al año; los carpinteros, cuyo censo de afiliados era de nueve mil, dos; y los albañiles, que tenían entre tres y cuatro mil miembros, solamente una.

Además, Marx se dio cuenta enseguida de que en aquel "movimiento de reforma" volvía a hacerse sentir "el desgraciado carácter tradicional de todos los movimientos ingleses". Ya antes de fundarse la Internacional, los sindicatos se habían puesto en contacto con los radicales burgueses para la reforma electoral. Y las relaciones se fueron afianzando todavía más, a medida que el movimiento prometía resultados tangibles; "pagos a cuenta" que antes se hubieran rechazado con la mayor de las indignaciones, pasaban a ser ahora objetivos conquistados. Marx extrañaba el ardor combativo de

los antiguos cartistas. Criticaba la incapacidad de los ingleses para hacer dos cosas al mismo tiempo. Cuanto más avanzaba el movimiento electoral, más se enfriaban los dirigentes londinenses "en nuestro propio movimiento"; "en Inglaterra, el movimiento de reforma al que nosotros dimos impulso, casi nos ha matado". Marx, que hubiera podido interponerse fuertemente con su intervención personal ante este curso de las cosas, se vio incapacitado para participar en el movimiento, por una temporada, por su enfermedad y por su descanso en Margate. También le causaba muchos problemas y preocupaciones *The Workman's Advocate*, un semanario elevado a órgano oficial de la Internacional por la conferencia de 1865 y que en febrero de 1866 pasó a llamarse *The Commonwealth*. Marx figuraba en el Consejo de Administración de la revista, que estaba luchando en todo momento con sus problemas financieros y, en consecuencia, dependía de la ayuda de los reformistas burgueses; se esforzaba todo lo que podía por contrarrestar esas influencias burguesas y por suavizar las pequeñas sospechas y los conflictos desatados en torno a la dirección editorial. Durante una temporada, esta estuvo a cargo de Eccarius, que publicó allí su conocida polémica contra Stuart Mill, en la que se ve, muy clara, la ayuda de Marx. Por último, después de mucho luchar, este no pudo impedir que *The Commonwealth* se convirtiera, "provisoriamente, en un órgano puramente reformista", como le dijo a Kugelmann en una de sus cartas, "por razones mitad económicas y mitad políticas".

Ante esta perspectiva, se entiende muy bien que Marx tuviera mucho temor respecto al primer congreso de la Internacional, preocupado por el peligro de que la nueva organización quedara en ridículo ante Europa. Como los de París insistieron en el acuerdo de la Conferencia de Londres, en el que se fijaba la fecha del congreso para fines de mayo, Marx habló de ir personalmente a convencerlos de la imposibilidad de respetar esa fecha; pero Engels lo disuadió, entendiendo que no valía la pena de que se arriesgara a caer en manos de la policía bonapartista, que no le tendría la menor consideración. Le decía, además, que el hecho de que el congreso hiciera o no acuerdos lógicos era secundario, con tal de que se evitaran los escándalos, cosa que él creía posible conseguir. En cierto sentido, concluía, cualquier manifestación de ese tipo los deslegitimaría; al menos ante ellos mismos, aunque no ocurriese lo mismo a los ojos de Europa.

Vino a deshacer aquel nudo un pedido de los ginebrinos para que el congreso se postergara hasta septiembre, argumentando que no habían concluido los preparativos. El pedido fue bien recibido en

todas partes, menos en París. Marx no pensaba ir personalmente al congreso, porque la preparación de su obra científica no le permitía ya muchas interrupciones y le parecía que aquellos trabajos tenían más importancia para la clase obrera que todo lo que personalmente pudiera hacer en ningún congreso. Invirtió, sin embargo, muchísimo tiempo en preparar el terreno para sus tareas y en redactar una memoria para los delegados de Londres, en la que con toda intención se limitaba a tocar aquellos puntos "que permitían un entendimiento y una cooperación directas entre los obreros, y que alimentaba e impulsaba de una forma inmediata la necesidad de la lucha de clase y la organización de los trabajadores como clase". De esta memoria podemos decir lo mismo que Beesly dijo del mensaje inaugural; en ella se condensan, resumidas en unas cuantas páginas, de una manera fundamental y tajante, como nunca se había hecho hasta entonces, los postulados más inmediatos del proletariado internacional. En representación del Consejo General, fueron a Ginebra Odger, su presidente, y Cremer, secretario general, acompañados de Eccarius y Jung, en quien Marx podía confiar más que en ningún otro.

El Congreso estuvo reunido entre el 3 y el 8 de septiembre bajo la presidencia de Jung, y asistieron a él sesenta delegados. Marx manifestaba que "había resultado mucho mejor de lo que se esperaba". Solo hablaba en términos muy críticos de los "caballeros de París". "Tenían la cabeza repleta de las frases proudhonianas más vacuas. No salía de sus labios la palabra *ciencia*, y eran absolutamente ignorantes. Despreciaban toda acción revolucionaria, es decir, basada en la lucha de clases, y todo reclamo social, planteado, entre otros, con medios políticos (como era, por ejemplo, la disminución legal de la jornada de trabajo). Bajo el pretexto de la libertad y el antigubernamentalismo o individualismo antiautoritario —esos señores que, desde hace dieciséis años, vienen soportando y soportan con tanta paciencia el más empecinado despotismo—, lo que predican en realidad es la simple economía burguesa, aunque idealizada proudhonianamente". Y, después, le dedica frases todavía más duras. Esta crítica es bastante severa, pero Juan Felipe Becker, que participó en el congreso y fue una de sus principales figuras, hablaría, años más tarde, con más dureza todavía, sobre el caos que se vivió en las sesiones. Con la única diferencia de que Becker criticaba con el mismo énfasis a los franceses y a los alemanes, y no se olvidaba de los schulze-delitzschianos por censurar a los proudhonistas. "¡Cuánta amabilidad se desperdició con esa gente, para evitar que se fueran del

congreso!" En términos muy distintos se hablaba en las crónicas publicadas en el *Vorbote* de Suiza sobre las sesiones, que es mejor leer con cierto cuidado.

Los franceses estaban muy bien posicionados en el Congreso, controlaban alrededor de dos tercios de los mandatos y desplegaron una gran oratoria; pero no les sirvió para mucho. Su propuesta de que en la Internacional no se admitieran más que obreros manuales y no intelectuales, fue descartada, así como también la que pedía que el programa de la Internacional incorporara los problemas religiosos, desaprobación que implicó el final de ese monstruo. En cambio, se sancionó una propuesta, bastante inocente, para que se estudiara el crédito internacional, con la cual se tendía, siguiendo los pasos de Proudhon, a crear en el futuro en la Internacional un Banco Central. Mucho más desagradable fue la propuesta presentada por Tolain y Fribourg, para declarar el trabajo femenino "como un principio de degeneración", limitando a la mujer a su rol en la familia. Sin embargo, esta propuesta chocó con la oposición del propio Varlin y de otros franceses, y se articuló con la posición del Consejo General acerca del trabajo de la mujer y del niño, con lo cual fue dejada sin efecto. Fuera de esto, los franceses solo consiguieron incluir de contrabando en los acuerdos algunas modificaciones proudhonianas, y se entiende perfectamente el disgusto que le causaron a Marx aquellos cambios que desfiguraban su paciente trabajo, aunque reconociera que no podía menos que estar contento con el resultado general del congreso.

No perdió más que en un punto que quizás fuera doloroso, y que, en efecto, era sensible: en la cuestión polaca. Después del antecedente de la Conferencia de Londres, fue muy cuidadoso en la elaboración de la propuesta para los delegados ingleses. Los obreros de Europa no tenían más remedio que hacerle frente a este problema, ya que las clases gobernantes, pese a todo su entusiasmo por cualquier tipo de nacionalismo, suprimieron la cuestión, porque la aristocracia y la burguesía veían en la sombría potencia asiática que se plantaba en el fondo, un último refugio contra los avances de la clase obrera. Para hacer inocuo aquel poder intimidatorio, no había más que un camino: la restauración de Polonia sobre bases democráticas. De esto dependía que Alemania fuera la avanzada de la Santa Alianza o la aliada de la República francesa. El movimiento obrero chocaría constantemente con obstáculos y dilaciones, mientras no se resolviera esta importante cuestión europea. Los ingleses defendieron fuertemente la propuesta, pero los franceses y un sector de los suizos francoitalianos se

opusieron a ella con no menos fuerza; finalmente, las fracciones se unieron para aprobar la propuesta de Becker, que, incluso manifestándose partidario de la resolución, quería evitar una discrepancia abierta sobre este punto. El acuerdo alcanzado consistía en esquivar la cuestión, afirmando que la Internacional, como opuesta que era a todo régimen violento, aspiraba a desterrar la influencia imperialista de Rusia y a restaurar a Polonia sobre bases socialdemocráticas.

Fuera de esto, el memorial inglés triunfó en toda la línea. Los Estatutos provisionales fueron aceptados con pequeñas modificaciones; el discurso inaugural no se puso en debate, pero desde entonces se cita en todos los acuerdos y manifestaciones de la Internacional como documento oficial. El Consejo General fue reelegido, con residencia en Londres. Se le encargó redactar una estadística amplia sobre la situación de la clase obrera internacional, haciendo, en cuanto sus recursos se lo permitieran, un informe detallado de todo lo que a la Asociación Obrera Internacional le pudiese interesar. Para cubrir sus gastos, el Congreso impuso a cada afiliado como tributo extraordinario para el año próximo la suma de 30 centavos, aconsejando como una cuota normal para la caja del Consejo la de uno o medio penique al año, aparte del precio señalado para el carnet de socio.

Entre los acuerdos programáticos más importantes del Congreso figuraban los referentes a la legislación obrera y las asociaciones sindicales. El Congreso proclamó el principio de que la clase obrera debía luchar por imponer leyes de protección del trabajo. "La clase obrera, al imponer por la lucha estas leyes, no elimina el poder público. Por el contrario, lo que hace es convertir ese poder, que hoy se ejerce contra ella, en su instrumento". Con una ley de carácter general consigue lo que hubiera sido estéril tratar de conseguir por medio de esfuerzos aislados e individuales. El Congreso recomendaba la disminución de la jornada de trabajo como condición previa inexcusable, sin la que todas las demás aspiraciones del proletariado por emanciparse iban forzosamente a fracasar. La reducción de la jornada laboral era necesaria para reponer las energías físicas y la salud de la clase obrera, para permitirle formarse y perfeccionarse intelectualmente, tener una vida social e intervenir políticamente. Como límite legal de la jornada, el Congreso proponía las *ocho horas*, concentradas en una determinada parte del día, de tal manera que este período de tiempo abarcara las ocho horas de trabajo y las interrupciones necesarias para las comidas. La jornada

de ocho horas debería regir para todos los adultos, hombres y mujeres, fijando como edad inicial la de los dieciocho años. El trabajo nocturno debía descartarse por razones de higiene, no admitiendo más que algunas excepciones indispensables que señalase la ley. La mujer debería eximirse con toda firmeza del trabajo nocturno y de todas aquellas otras actividades nocivas para el cuerpo de la mujer o inmorales para el sexo femenino.

En la tendencia de la industria moderna a incorporar a los niños y a los jóvenes de ambos sexos al proceso de la producción social, veía el Congreso un avance saludable y legítimo, por inmunda que fuese todavía la forma en la que se llevaba a la práctica bajo el imperio del capital. En una sociedad racional, todo niño, sin distinción, a partir de los nueve años, debería contribuir con su trabajo a la producción, sin que ninguna persona adulta pudiera tampoco exceptuarse de la ley universal de la naturaleza: trabajar para comer, y no solo con el intelecto, sino también con el esfuerzo manual. En la sociedad actual se imponía, según los acuerdos del Congreso, dividir a los niños y jóvenes en tres clases, a cada una de las cuales debía aplicarse un régimen distinto: niños de 9 a 12 años, niños de 13 a 15, y jóvenes y muchachas de 16 a 17. La jornada de trabajo de la primera categoría, tanto industrial como casera, debía reducirse a dos horas; la de la segunda a cuatro y la de la tercera a seis, reservándole a esta una interrupción de una hora al menos para comer, divertirse y descansar. Además, no se le debía asignar a los niños ni a los jóvenes ningún trabajo productivo que no fuera acompañado por una formación cultural, incluyendo en esta tres cosas: el desarrollo del intelecto, la gimnasia o la cultura física y, por último, la educación técnica, que instruye en los principios científicos generales de todos los procesos de producción, a la par que inicia a la nueva generación en el empleo práctico de los instrumentos de trabajo más elementales.

En cuanto a las organizaciones sindicales, el Congreso entendía que no solo eran legítimas, sino también necesarias. Eran el medio que tenía el proletariado para oponer al poder social concentrado en el capital el único poder social del que disponía: el número. Mientras existiera un régimen capitalista de producción, no podría prescindirse de las organizaciones sindicales; lejos de eso, sería necesario generalizar sus actividades mediante una unión internacional. Al oponerse de una manera consciente a los excesos continuos del capital, se convertirían sin saberlo en el centro de la organización de la clase trabajadora, algo similar a lo que las comunas medievales fueron para la burguesía. Librando incansablemente guerras de guerrillas, en

la lucha diaria entre el capital y el trabajo, los sindicatos tenían mucha más importancia todavía que si fuesen palancas para la abolición organizada del trabajo asalariado. Hasta entonces, las organizaciones sindicales —continuaba diciendo el Congreso— se habían concentrado demasiado en combatir directamente al capital; en el futuro, era preciso que no se mantuvieran tan alejadas del movimiento general, social y político, de su clase. Tendrían mucho más desarrollo y ganarían mucha más potencia cuando la gran masa del proletariado se convenciera de que sus objetivos, lejos de ser limitados y egoístas, se encaminaban a la liberación general de los millones de obreros oprimidos.

Inspirándose en el sentido de este acuerdo, Marx, poco antes de terminar el congreso de Ginebra, hizo un intento, en el que tenía puestas muchas ilusiones. El 13 de octubre de 1866 le escribía a Kugelmann: "El Consejo londinense de los sindicatos (su secretario es nuestro presidente Odger) está deliberando en estos momentos acerca de si debe declararse rama inglesa de la Asociación Internacional. Si lo hace, la dirección de la clase obrera aquí pasa en cierto modo a nuestras manos, y podremos impulsar mucho el movimiento". Pero el Consejo de aquellas organizaciones sindicales, a pesar de toda la simpatía que sentía por la Internacional, acordó mantener su independencia y además, si es que los historiadores de los sindicatos están bien informados, se negó a que un representante de la Internacional participara en sus sesiones para hacer un informe rápido acerca de problemas de los obreros en el continente.

Ya en los primeros años supo la Internacional que le esperaban éxitos importantes, pero que estos tendrían, sin embargo, sus límites. Con todo, bien podía disfrutar mientras tanto de sus triunfos, y Marx hacía bien en registrar con una mucha satisfacción en la magna obra que estaba por concluir que, coincidiendo con el congreso de Ginebra, un congreso obrero general celebrado en Baltimore había proclamado la jornada de ocho horas como la primera reivindicación que debía conseguirse, en el camino hacia la emancipación completa del trabajo de las cadenas del capitalismo.

Entendía que el trabajo no podía emanciparse en manos de los blancos mientras siguiera condenado en manos de los negros. Pero el primer fruto de la guerra civil estadounidense que había terminado con la esclavitud era el reclamo por la jornada de ocho horas. Impulsada por la moderna locomotora desde el Atlántico al Océano Pacifico, desde Nueva Inglaterra a California.

CAPÍTULO XII
EL CAPITAL

1. LOS DOLORES DEL PARTO

Cuando Marx se negaba a participar en el congreso de Ginebra, por creer que era de más interés para la causa obrera que terminara su obra fundamental —hasta entonces no creía haberse ocupado más que de pequeñeces—, se refería al primer volumen de su libro, que venía revisando y pasando en limpio desde el 19 de enero de 1866. Hasta el momento, la cosa iba bien, ya que "después de tantos y tan largos dolores para parirla, le alegraba, naturalmente, poder besar a la criatura".

Aquellos dolores habían durado casi el doble de años de lo que en meses requiere la naturaleza para que se geste un ser humano. Y con razón podía decir Marx que probablemente no se hubiese escrito nunca una obra como esa, en circunstancias tan difíciles. Una y otra vez se había puesto plazos nuevos para terminarla, "en cinco semanas", como en 1851, o en "seis semanas", como en 1859; pero las metas chocaban siempre contra su despiadado espíritu crítico y su incomparable conciencia, que lo conducían permanentemente a nuevas investigaciones, y contra las que nada podían ni las exhortaciones continuas de su mejor amigo.

Finalmente, en los últimos días de 1865 concluyó a su trabajo, pero solo en forma de un gigantesco manuscrito que nadie, fuera de él mismo, ni el propio Engels, hubiera podido editar. Sobre esta masa imponente fue modelado, desde enero de 1866 hasta marzo de 1867, el primer volumen de *El Capital* en su forma clásica, como un "todo artístico", y estos meses demuestran de un modo insuperable la fabulosa capacidad de trabajo de su autor. Fueron quince meses en los que a las tareas de revisión y redacción de su obra se añadían constantes enfermedades, que alguna vez, como en febrero de 1866, llegaron a poner en peligro su vida, así como también un conjunto de deudas que le "oprimían el cerebro" y, por si todo esto fuera poco, el agobio de los preparativos para el primer congreso de la Internacional.

En noviembre de 1866, el primer manuscrito salió con destino a Otto Meissner, un editor hamburgués de obras democráticas que ya había publicado el trabajo de Engels sobre el problema militar en Prusia. A

mediados de abril de 1867, Marx entregó personalmente en Hamburgo el resto de su obra, encontrando en el editor a un "hombre simpático", con quien se entendió sin dificultad, después de un breve intercambio de impresiones. Esperando las primeras pruebas de su obra, que se imprimiría en Leipzig, se fue a visitar a su amigo Kugelmann, de Hannover, donde aquella amable familia lo recibió de la manera más cordial. Pasó allí unas cuantas semanas felices, que él mismo contaba "entre los más hermosos y agradables oasis en el desierto de la vida".

No dejó de contribuir a su buen humor que los círculos más cultos de Hannover lo recibieran a él, que tan poco acostumbrado estaba a esto, con respeto y simpatía: "Tenemos los dos —le escribía a Engels, el 24 de abril—, muchas más simpatías entre la burguesía 'culta' de lo que nos imaginamos". Y Engels le respondía el 27: "Siempre me pareció que ese maldito libro que has tenido sobre ti tantos años era el principal culpable de todas tus desgracias, y que jamás te sentirías libre mientras no te lo sacaran de encima. Esa imposibilidad de terminarlo te agobiaba física, espiritual y financieramente, y entiendo muy bien que ahora, después de que te despegaras de él, te sientas otro, sobre todo porque el mundo, como verás en cuanto vuelvas a él, ya no tiene un aspecto tan triste como antes". Engels se mostraba, por su parte, esperanzado de liberarse del "maldito negocio". Mientras no se alejara de él, no podría hacer nada; además, desde que estaba al frente de la empresa, la gran responsabilidad había empeorado su situación.

A esta carta contestó Marx el 7 de mayo, en los términos siguientes: "Espero y creo firmemente que de aquí a un año volveré a levantar la cabeza, consolidando mi situación económica y volviendo, por fin, a ser independiente. Sin ti, jamás hubiera podido concluir mi obra. Y te aseguro que siempre me pesaba sobre la conciencia ver que estabas desperdiciando en las cuestiones comerciales y dejando anquilosarse por mí, principalmente, tus magnificas habilidades, obligado encima a asumir como propias todas mis preocupaciones y miserias". Marx no llegó, como esperaba, a "levantar cabeza", ni el año siguiente ni nunca, y Engels se resignó a continuar en el "maldito negocio" unos cuantos años más; pero, no obstante, el horizonte empezó a iluminarse.

En Hannover, Marx saldó finalmente una antigua deuda epistolar que tenía con un compañero, el ingeniero de minas Sigfrido Meyer, que había vivido hasta entonces en Berlín y que por aquellos días emigraba a los Estados Unidos; y le escribía en términos que, como tantas otras veces, son un vivo testimonio de su "insensibilidad". "Debe pensar muy mal de mí —le decía—, y peor si le digo que sus

cartas no solo me provocaron una gran alegría, sino que fueron para mí un verdadero consuelo en los días terribles en los que las recibí. Ver conquistado para nuestro partido a un hombre tan valioso, bien firme en sus principios, es algo que compensa los peores sufrimientos. Además, sus cartas venían colmadas de afectuosa amistad hacia mí, y ya comprenderá usted que yo, que libro la más dura de las batallas con el mundo (el oficial, se entiende), sé estimar cuánto valen esos testimonios. ¿Por qué, entonces, no le he contestado antes? Porque todo este tiempo he estado al borde de la tumba. Y no tenía más remedio que aprovechar los momentos en los que me sentía capaz de trabajar para terminar mi obra, por la que he sacrificado la salud, la felicidad y la familia. Confío en que esta explicación será suficiente. Yo me río de los llamados hombres 'prácticos' y de su sabiduría. Quien no tenga más aspiración que un burro, puede, naturalmente, darle la espalda a los sufrimientos de la humanidad y actuar en función de sus propios intereses. Pero yo me habría considerado realmente muy poco práctico, si hubiese muerto sin dejar mi obra terminada, al menos en forma de manuscrito".

El buen ánimo de aquellos días explica, también, que Marx tomara en serio lo que le dijo el abogado Warnebold, un desconocido para él, acerca de que Bismarck aspiraba a ponerlo a él y a su gran talento al servicio del pueblo alemán. No es que a Marx le entusiasmara o le tentara la idea; seguramente, al oírlo, pensaría lo mismo que Engels: "¡Qué bien retrata el modo de pensar y el horizonte de ese hombre, que quiera juzgar a todo el mundo por sí mismo!" Pero pensando sobriamente, como Marx lo hacía en circunstancias normales, no hubiese sido fácil que tomara en serio el mensaje del abogado. Dadas las circunstancias, poco sólidas, por las que pasaba la Confederación Alemana del Norte, diluido apenas el peligro de una guerra contra Francia por Luxemburgo, era difícil que Bismarck pensara en volver a confrontar con la burguesía, que acababa de incorporarse a sus filas y que ya miraba bastante de reojo a sus colaboradores Bucher y Wagener, integrando al autor del *Manifiesto comunista*.

Pero, aunque no personalmente con Bismarck, a su regreso a Londres Marx vivió con una pariente del Canciller una pequeña y graciosa aventura, de la que informó a Kugelmann con cierta satisfacción. En el barco, una señorita alemana, que ya le había llamado la atención por su postura casi militar, le pidió información acerca de las estaciones de ferrocarril de Londres. Como tenía que esperar varias horas por su tren, Marx, gentilmente, se ofreció a acompañarla a pasear por el Hyde Park. "Resultó llamarse Isabel von Puttkamer y ser sobrina de Bismarck, con

quien acababa de pasar unas cuantas semanas en Berlín. Llevaba encima la lista entera del ejército, al que su familia ha aportado una gran cantidad de caballeros de honor y de tamaño. Era una muchacha alegre y educada, pero aristocrática y nacionalista hasta la médula. Se sorprendió cuando supo que había caído en manos rojas". Pero no por esto perdió la señorita el buen humor. Le escribió a su acompañante una carta muy linda, en la que, con una "reverencia infantil", le "agradecía de todo corazón" por todo lo que había hecho por ella como "criatura inexperta", y sus padres le transmitían también su gratitud, muy contentos de saber que todavía había hombres buenos viajando por el mundo.

De vuelta en Londres, Marx envió las correcciones de su libro. Tampoco esta vez pudo reprimir alguna que otra queja por la lentitud con la que realizaban la impresión. Pero el 16 de agosto de 1867, a las dos de la mañana, pudo finalmente decirle a Engels que acababa de terminar la revisión del último pliego (el 49) de la obra. "Este tomo está, entonces, concluido. Y esto ha sido posible gracias a ti. Sin tus sacrificios por mí, jamás hubiera podido realizar los inmensos trabajos para los tres volúmenes. Te abrazo, lleno de gratitud. ¡Salud, amigo mío, mi querido amigo!"

2. EL PRIMER TOMO[46]

En el primer capítulo de su obra, Marx resume nuevamente las ideas expuestas en 1859 acerca de la mercancía y el dinero. Y no lo hace meramente por un afán sistemático, para que el estudio sea completo, sino porque incluso lectores inteligentes no habían comprendido del todo el problema, lo cual indicaba que el estudio tenía algún defecto, especialmente en lo referido al análisis de la mercancía.

Entre aquellos lectores inteligentes no estaban, por supuesto, los profesores alemanes, que repudiaron precisamente este mismo primer capítulo de la obra de Marx por su "confuso carácter místico". "A primera vista, una mercancía parece un objeto evidente y trivial. Sin embargo, su análisis muestra que es un objeto bastante confuso y complicado, repleto de pliegues metafísicas y de caprichos teológicos. Mientras no es más que valor de uso, no encierra nada de misterioso... La forma de la madera cambia cuando esta se convierte en una mesa.

[46] Marx, K. (2011): El Capital, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. También se lo puede leer en http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1/.

No obstante, la mesa sigue siendo un pedazo de madera, un objeto ordinario y material. Pero, en cuanto se nos presenta como mercancía, sufre una metamorfosis y se convierte en un objeto a la vez material e intangible. Por un lado, la vemos descansar tranquilamente con sus patas sobre el suelo y, por el otro, ponerse de cabeza frente a todas las demás mercancías, y que de su cabeza de madera empiecen a salir fantasías que causan mucha más sorpresa que si de pronto la mesa se pusiera a bailar por sus propios medios". Era natural que todas aquellas cabezas de madera que se pasan la vida produciendo grandes cantidades de falacias metafísicas y quimeras teológicas, pero que son incapaces de producir un solo objeto material y tangible, ni siquiera una ordinaria mesa de verdad, tomaran a mal estos argumentos.

Lo cierto es que este primer capítulo, juzgado desde un punto de vista puramente literario, se cuenta entre los más importantes que escribió Marx. De aquí pasa a investigar cómo el dinero se convierte en capital. Si en el proceso de circulación de las mercancías se intercambian valores iguales, ¿cómo puede el poseedor de dinero comprar mercancías por su valor, vendiéndolas también por lo que valen, y, sin embargo, obtener por ellas más de lo que pagó? Puede porque, en la sociedad actual, hay una mercancía especial que tiene como característica particular que, al consumirse, genera nuevo valor. Esta mercancía es el trabajo humano, y se hace carne en el obrero, un ser vivo que, para subsistir y mantener a su familia, encargada de reproducir la fuerza de trabajo después de su muerte, necesita de una determinada suma de víveres. El tiempo que precisa trabajar para producirlos representa el valor de su fuerza de trabajo. Pero este valor, que se le paga en forma de salario, es muy inferior al que el empresario, comprador de la fuerza de trabajo, puede extraer de ella. El trabajo que el obrero realiza después de haber trabajado el tiempo necesario para generar el valor representado por su salario, constituye la fuente de la plusvalía, de la constante y creciente acumulación de capital. El trabajo no remunerado del obrero se distribuye entre todos los miembros ociosos de la sociedad, y en él descansa todo el orden social bajo el cual vivimos.

Es cierto que el trabajo no retribuido no es de por sí una característica específica de la moderna sociedad burguesa. Dondequiera que ha habido clases poseedoras y desposeídas, estas han tenido que realizar un trabajo no remunerado. Y mientras una parte de la sociedad detente el monopolio de los medios de producción, el obrero, sea libre o esclavo, tendrá que trabajar más tiempo que el necesita para sostenerse, con el fin de alimentar a

quienes monopolizan los medios de producción. El trabajo asalariado no es más que una forma histórica especial del sistema de trabajo no remunerado, imperante desde que existe una división de clases; una forma histórica especial y que como tal debe ser examinada, si se la quiere entender correctamente.

Para convertir su dinero en capital, el poseedor de dinero necesita encontrar, en el mercado, obreros libres. Libres en un sentido doble; no basta que puedan disponer libremente de su fuerza de trabajo como de una mercancía, sino que además hace falta que no tengan otras mercancías que vender, que estén despojados y libres de todos los instrumentos necesarios para trabajar por su cuenta. No se trata de un estado natural, ya que la naturaleza no produce, por un lado, poseedores de dinero o mercancías y, por el otro, simples poseedores de su fuerza de trabajo. Pero tampoco es un estado social común a todas las épocas de la historia, sino el resultado de una larga evolución histórica, producto de muchos cambios económicos y de la desaparición de toda una serie de antiguas formas de producción social.

La producción de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de las mercancías, su circulación, primero simple y luego compleja, y el comercio, forman las condiciones históricas previas bajo las cuales nace el capital. La historia de los destinos modernos del capital data de la creación del comercio y del mercado mundiales en el transcurso del siglo XVI. Esa creencia ilusoria de los economistas vulgares de que el capital empezó gracias a una elite de hombres laboriosos que se dedicaron a acumular riquezas, mientras la masa seguía ociosa, sin tener nada que vender más que su piel, es una tontería sin sentido; igual que esa sombra en que los historiadores burgueses se representan la caída del régimen feudal de producción como la emancipación del obrero, sin reflexionar sobre la transformación del régimen de producción feudal en el sistema capitalista. En el momento en que los obreros dejaron de ser considerados medios de producción, como eran los esclavos y los siervos, los medios de producción dejaron de pertenecerles, como pertenecen al campesino o al artesano que trabaja por su cuenta. Por medio de una serie de métodos violentos y crueles, que Marx describe y detalla en *El Capital*, al hablar de la acumulación originaria, con pruebas tomadas de la historia inglesa, la gran masa de la población fue desposeída de la tierra que cultivaba y de los alimentos y de las herramientas de trabajo. Y así aparecieron en escena esos obreros libres, sin los cuales no podría existir el régimen capitalista de producción. El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo desde

la cabeza hasta los pies, por todos sus poros. Y ni bien pudo mantenerse por su cuenta, no solo sostuvo la separación entre el obrero y las condiciones necesarias para emplear su fuerza de trabajo, sino que reprodujo esa separación a una escala cada vez mayor.

El trabajo asalariado se distingue de las modalidades de trabajo no retribuido que le precedieron en la historia por el hecho de que el movimiento del capital no tiene límites y su hambre devoradora de plusvalía es insaciable. En sociedades en las que el valor de uso de un producto predomina sobre el valor de cambio, la plusvalía se restringe a un círculo más o menos amplio de necesidades, pero sin que el propio régimen de producción engendre, por sí mismo, una necesidad irrefrenable de plusvalía. Donde impera el valor de cambio, la situación es diferente. Como productor y promotor del esfuerzo ajeno, como poder absorbente de plusvalía y explotador del trabajo humano, el capital supera en energía, en imprudencia y en eficacia a todos los procesos de producción anteriores, basados en el trabajo forzoso. Al capital no le preocupa el proceso de trabajo en sí, la creación de valores de uso, sino el proceso de explotación, la creación de valores de cambio de los que pueda extraer más valor del que invirtió en ellos. El hambre de plusvalía no conoce la sensación de saciedad; la producción de valores de cambio no se detiene ante el límite que opone a la producción de los valores de uso la necesidad satisfecha.

Al igual que la mercancía, unidad de valor de uso y valor de cambio, el proceso de producción de la mercadería aúna y resume el proceso del trabajo y el de la creación de valor. El proceso de creación de valor termina donde el valor de la fuerza de trabajo invertida, pagado mediante el salario, es sustituido por otro valor igual. A partir de ahí, se convierte en un proceso que genera plusvalía, en proceso de explotación. Así concebido, como unidad de proceso de trabajo y de explotación o formación de valores nuevos, tenemos ante nosotros el proceso capitalista de producción, la forma capitalista de producción de mercancías. En el proceso del trabajo confluyen las energías del obrero y los medios de producción; en el proceso creador de valores, estos elementos integrantes del capital se nos presentan bajo la forma de capital constante y variable. El capital constante se invierte en medios de producción, en materias primas, material auxiliar, instrumentos de trabajo, y la magnitud de su valor se mantiene inalterable durante el proceso de producción. El capital variable se invierte en fuerza de trabajo, y su valor cambia en el proceso productivo; después de reproducir su propio valor, crea un superávit, la plusvalía, que puede, a su vez, variar y ser mayor o menor. De este

modo, Marx despeja el camino para el examen de la plusvalía, en la que distingue dos formas, la plusvalía absoluta y la relativa, que tienen un papel distinto, pero en ambos casos fundamental, en la historia del régimen de producción capitalista.

La plusvalía absoluta se produce cuando el capitalista extiende la jornada de trabajo más allá del tiempo necesario para recuperar lo invertido en la mano de obra. Si fuera por él, la jornada de trabajo tendría veinticuatro horas, ya que cuanto más se prolongue, mayor es la plusvalía que obtiene. Por el contrario, el obrero tiene la sensación justificada de que cada hora de trabajo que se ve obligado a hacer después de haber cubierto su salario, es una hora de trabajo de la cual se lo despoja abusivamente, y mantiene en su cuerpo, grabadas en su piel, las pruebas de ese abuso. La lucha en torno a la disminución de la jornada de trabajo comienza en el mismo momento histórico en el que aparece en escena el obrero libre, y llega hasta nuestros días, sin que esté, ni mucho menos, resuelta. El capitalista lucha por su interés, y la competencia lo obliga —cualquiera sea su personalidad, sea un gran hombre o un sinvergüenza— a prolongar la jornada de trabajo hasta el límite de lo humanamente soportable. El obrero lucha por su salud, por tener un par de horas de descanso por día, en las que pueda sentirse hombre, y no una bestia nacida para trabajar, comer y dormir. Marx describe nítidamente la guerra civil que durante medio siglo libraron en Inglaterra la clase capitalista y los obreros, desde el nacimiento de la gran industria, que llevó a los capitalistas a romper todos los límites que la naturaleza y las costumbres, el sexo y la edad, el día y la noche, ponían ante la explotación del proletariado, hasta la promulgación de la ley sobre la jornada de diez horas, arrancada por la clase obrera como un obstáculo insuperable que le impedía, aunque quisiera, entregarse atada de pies y manos, ella y su descendencia, a la esclavitud y al tormento del capital, mediante un contrato libremente acordado.

La plusvalía relativa se produce acortando el tiempo que es necesario trabajar para reproducir la fuerza de trabajo en beneficio de la plusvalía. El valor de la fuerza de trabajo disminuye consiguiendo que la fuerza productiva del trabajo se intensifique en aquellas ramas industriales cuyos productos determinan el valor de la mano de obra. Para esto, es necesario que el régimen de producción, las condiciones técnicas y sociales del proceso del trabajo, experimenten una constante transformación. Los desarrollos históricos, tecnológicos y de psicología social que Marx hace a propósito de esto, en toda una serie de capítulos dedicados a estudiar la cooperación, la división del trabajo y la manufactura, la tecnología y la gran industria, han sido

reconocidos como enormes aportes a la ciencia, incluso por los propios científicos burgueses.

Marx no solo demuestra que la maquinaria y la gran industria han generado una miseria tan espantosa como ningún otro régimen anterior de producción, sino que también demuestra que en la incesante transformación revolucionaria de la sociedad capitalista se está preparando el camino para una formación social superior. La legislación fabril es la primera reacción consciente y reflexiva de la sociedad contra las consecuencias monstruosas de su proceso de producción.

A primera vista, esta reglamentación del trabajo en las fábricas y manufacturas solo parece una intromisión de la ley en los derechos de explotación del capital. Pero la fuerza de los hechos no tarda en obligarla a reglamentar también el trabajo domiciliario y a ponerle un límite a la autoridad paterna, reconociendo que la gran industria, al destruir las bases económicas de la antigua sociedad familiar y del trabajo familiar que le correspondía, destruye también la institución misma de la familia tradicional. "A pesar de todo lo espantosa y repugnante que nos parece la destrucción de la familia antigua dentro del régimen capitalista, no puede negarse que la gran industria, al atribuirle un rol fundamental en los procesos productivos fuera del ámbito doméstico a las mujeres, a los jóvenes y a los niños de ambos sexos, sienta las nuevas bases económicas para una forma superior de familia y de relación entre los sexos. Sería, naturalmente, muy necio considerar inmutable la forma cristiano-germánica de la familia, como lo sería tomar por absoluta la vieja forma patriarcal romana o griega, o la oriental, entre las cuales existe, por lo demás, una serie histórica progresiva. Asimismo, es evidente que el trabajo combinado de los obreros, individuos de ambos sexos y diferentes edades, que, bajo la forma capitalista, primitivamente brutal, en la que el trabajador existe para el proceso productivo y no este para el trabajador, es una fuente horrorosa de corrupción y esclavitud, será, bajo condiciones adecuadas, la fuente del progreso humano". La máquina, que degrada al obrero al convertirlo en un apéndice suyo, crea a la vez la posibilidad de incrementar las fuerzas productivas de la sociedad a un nivel tal que haga posible un desarrollo igualmente digno y humano para todos los miembros de la sociedad, en comparación con el cual todas las formas sociales anteriores resultarán demasiado pobres.

Después de investigar la producción de la plusvalía absoluta y relativa, Marx elabora la primera teoría racional del salario que se

conoce en la historia de la economía política. El precio de una mercancía es su valor expresado en dinero, y el salario no es sino el precio de la fuerza de trabajo. No es el trabajo el que baja al mercado sino el obrero, que ofrece sus fuerzas al mejor postor; el trabajo surge al consumirse la mercancía así adquirida, la energía del trabajador. El trabajo es la sustancia y medida inmanente de todos los valores, pero ella de por sí no tiene valor. Parece, sin embargo, como si el salario remunerara el trabajo, pero es porque al obrero no se le paga sino después de cumplir con su labor. La forma en la que se pagan los salarios oculta, efectivamente, todo rastro de la división de la jornada laboral en el tiempo de trabajo retribuido y no retribuido. Sucede al revés con el esclavo. El esclavo parece que solo trabaja para su señor, aun durante la parte de la jornada en la que no hace más que saldar el valor de los víveres que consume, todo lo que el esclavo trabaja parece, a primera vista, trabajo no remunerado. Con el trabajo del jornalero pasa lo contrario; el trabajo no remunerado parece compartir también la retribución. En la esclavitud, la relación de propiedad oculta el trabajo que para su propia subsistencia realiza el esclavo; en el asalariado, el dinero pagado por el patrón, el salario, disfraza el trabajo gratuito realizado por el trabajador. Es fácil, entonces, dice Marx, comprender la importancia decisiva que tiene la transformación del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma del salario, o sea en el valor y precio del trabajo mismo. Bajo este modo de manifestarse, que oculta la verdadera realidad para no mostrarnos más que su reverso, descansan todas las mistificaciones del régimen capitalista de producción, todas las ilusiones liberales, todas las mentiras con las que los economistas ordinarios pretenden embellecer la realidad.

Las dos formas fundamentales del salario son el salario por tiempo y el salario por producción. Apoyándose en las leyes del salario por periodos de tiempo, Marx desenmascara principalmente la necedad interesada de todos esos discursos según los cuales la reducción de la jornada de trabajo tiene que conducir necesariamente a una baja en el salario. Lo que sucede es precisamente lo contrario. La reducción transitoria de la jornada laboral hace disminuir los salarios, pero, implantada con carácter permanente, determina su incremento; cuanto más larga sea la jornada de trabajo, más bajos serán los salarios.

El salario por producción no es más que una modalidad del salario por tiempo; es la forma de salario más adecuada al régimen capitalista de producción. Se difundió ampliamente durante el periodo actual de la manufactura, y en la época turbulenta de la gran industria en

Inglaterra sirvió de trampolín para alargar la jornada de trabajo y disminuir el salario. El salario por producción es muy beneficioso para el capitalista, porque permite suprimir en gran parte la vigilancia del obrero, y además ofrece múltiples oportunidades para hacerle descuentos en el salario y todo tipo de trampas. En cambio, es muy perjudicial para el trabajador: este se esfuerza hasta el límite para ganar más pero, en realidad, no hace más que disminuir su salario real; aumenta la competencia entre los obreros y debilita su sentimiento de solidaridad; aparecen, entre el capitalista y el proletario, una serie de intermediarios parásitos que muerden porciones considerables del salario del trabajador, etcétera.

La relación entre plusvalía y salario hace que el sistema de producción capitalista, a la vez que reproduce incesantemente el capital, crea, también incesantemente, la miseria del obrero: por una parte, el capitalista, propietario de todos los víveres, materias primas e instrumentos de trabajo; por la otra, la gran masa obrera obligada a venderle al capitalista su fuerza laboral, por una determinada cantidad de víveres que, en el mejor de los casos, alcanza para mantenerla en condiciones de seguir trabajando y producir una nueva generación de proletarios. Pero el capital no solo se reproduce, sino que se incrementa y multiplica incesantemente: a estudiar el "proceso de acumulación" del capital Marx dedica la última sección de este primer tomo.

No solo la plusvalía resulta del capital, sino que el capital resulta de la plusvalía. Una parte de la plusvalía que se produce cada año es consumida por las clases poseedoras, entre las cuales se reparte a modo de ingresos; el resto se acumula como capital. Y así, por esta vía, el trabajo no retribuido que se le extrae a la clase obrera sirve de medio para arrancarle nuevo trabajo no remunerado. En el fluir de la producción, todo capital inicial adelantado representa una partida insignificante y cada vez menor, si se la compara con el capital directamente acumulado, o lo que es lo mismo, con la plusvalía o plusproducto reinvertidos en capital, ya sea que se mantenga en mano del mismo capitalista que lo acumuló o en otras. La ley de la propiedad privada, basada en la producción y circulación de mercancías, se vuelve, por la fuerza inmanente e inexorable de su propia dialéctica, lo contrario de lo que es. Las leyes de la producción de mercancías parecían fundamentar el derecho de propiedad sobre el trabajo propio. Dos poseedores de mercancías iguales en derechos se enfrentaban el uno contra el otro; la apropiación de la mercancía del primero estaba condicionada por la enajenación de la del segundo, que debía su mercancía propia a su trabajo. Ahora, la

propiedad es, desde el punto de vista del capitalista, el derecho de este a apropiarse del trabajo ajeno no remunerado o su producto; desde el punto de vista del obrero, la imposibilidad de apropiarse de los productos de su trabajo personal.

Cuando los proletarios modernos empezaron a darse cuenta de esto y el proletariado urbano de Lyon tocó las campanas de la lucha y el proletariado campesino de Inglaterra se declaró en rebeldía, los economistas vulgares inventaron la "teoría de la abstinencia", según la cual el capital se forma por las "privaciones voluntarias" del capitalista, teoría que Marx desarma tan implacablemente como antes de él ya lo hiciera Lassalle. Las que en realidad alimentan la acumulación del capital son las "privaciones" no precisamente voluntarias de los obreros, la depresión violenta de los salarios por debajo del valor de la fuerza del trabajo, con el fin de convertir una parte del fondo necesario de consumo del obrero en fondo de acumulación del capitalista. Este es el verdadero origen de esos gritos histéricos de queja por la vida "lujuriosa" de los obreros, de los interminables lamentos por la botella de champán que, según dicen, tuvieron la osadía de beber unos albañiles, y aquí es también donde radican, en el fondo, todas esas recetas baratas de los socialreformistas cristianos y demás remendones capitalistas.

La ley general de la acumulación capitalista es la siguiente: el incremento del capital incluye el incremento del capital variable, o sea del invertido en fuerza de trabajo. Si la composición del capital se mantiene inalterable, y una determinada cantidad de medios de producción reclama siempre la misma masa de fuerza de trabajo para ponerlos en movimiento, es evidente que la demanda de trabajo y los fondos de subsistencia de los obreros crecerán proporcionalmente al capital y con la misma velocidad con que este aumente. Y así como la simple producción reproduce constantemente la propia proporción del capital, la acumulación reproduce la proporción del capital en una escala mayor: cuantos más capitales se reúnan en un polo o mayores sean sus capitales, más asalariados habrá en el otro. La acumulación del capital implica, entonces, el incremento del proletariado, que, además, en el supuesto del que partimos, se realiza bajo las condiciones más favorables para el obrero. Una gran parte del plusproducto que este genera y que pasa a alimentar los nuevos capitales, regresa a él en forma de víveres, permitiéndole ampliar el horizonte de sus necesidades, disfrutar más de la vida, incrementando su capacidad de consumo de ropa, muebles, etcétera. Pero esto no afecta para nada el régimen de sujeción en el que viven, del mismo

modo que un esclavo no deja de serlo mientras no se libere, por muy bien vestido y comido que esté. Siempre tendrá que entregar una determinada cantidad de trabajo no retribuido, cantidad que puede indudablemente disminuir, pero nunca hasta el punto de poner seriamente en peligro el carácter capitalista del proceso de producción. Si los salarios superan este límite, el aguijón de la ganancia se engrosa, y la acumulación del capital decae, hasta que los salarios vuelven a bajar, retrotrayéndose al nivel que corresponde a las necesidades de explotación de aquel.

Sin embargo, la cadena de oro que el obrero se forja a sí mismo va cediendo en peso y longitud cuando en la acumulación del capital no varía la relación entre los elementos constantes y variables que lo integran. En cambio, al progresar la acumulación, se produce una gran revolución en lo que Marx llama composición orgánica del capital. El capital constante aumenta a costa del capital variable. La productividad creciente del trabajo hace que la masa de los medios de producción se desarrolle más rápidamente que la masa de la fuerza de trabajo puesta a su servicio; la demanda, en el mercado de trabajo, no se incrementa al ritmo de la acumulación de capital, sino que mantiene un nivel proporcionalmente más bajo. Idénticos efectos produce otra modalidad de concentración del capital independiente de su acumulación y que se da por imperio de las leyes de la competencia capitalista, que determinan la absorción de los pequeños capitalistas por el gran capital. A la par que el capital adicional formado en el transcurso de la acumulación emplea cada vez a menos obreros en comparación con su magnitud, el capital primitivo, reproducido ahora bajo una nueva integración, tiende a eliminar a un número cada vez mayor de los obreros a los que ocupaba. Y así va formándose una población obrera relativa, es decir, sobrante para las necesidades de explotación del capital, un ejército industrial de reserva que en las épocas malas o regulares recibe salarios inferiores al valor de su fuerza de trabajo, y eso si encuentra ocupación y no tiene que vivir de la beneficencia pública; en todo caso, este ejército industrial de reserva sirve para vencer la resistencia de los trabajadores ocupados y mantener sus salarios lo más bajos posible.

El ejército industrial de reserva, producto necesario de la acumulación y el desarrollo de la riqueza dentro del régimen capitalista, es además una de las palancas de este sistema. Con la acumulación y el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, también crece el poder de expansión del capital, que exige grandes

masas de trabajadores que puedan ser empleados, con la mayor rapidez posible y sin que se resienta la producción en otros ámbitos, sobre nuevos mercados o sobre nuevas ramas. Los desarrollos característicos de la industria moderna, que forman ciclos de diez años, solo interrumpidos por pequeñas oscilaciones y en los que a períodos de mediana actividad le siguen otros de producción a toda máquina, de crisis y estancamientos, tienen su explicación es estas constantes vicisitudes de absorción, según sea esta más grande o más pequeña, con la consiguiente formación de ejércitos industriales de reserva. Cuanto mayor es la riqueza social, el capital activo, el volumen y la energía de su desarrollo, y en consecuencia la magnitud absoluta de la población obrera y la fuerza productiva de su trabajo, mayor es también la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva. Este crece en paralelo a la acumulación de la riqueza. Pero cuanto mayor sea el ejército industrial de reserva en relación con el ejército obrero activo, más extensas serán también las masas obreras, cuya miseria mantiene una relación inversa con su tormento laboral. Y, finalmente, cuanto mayor y más extendida la miseria de la clase obrera, y más nutridas las filas industriales de la reserva, mayor será el pobreza oficial. He ahí la ley general y absoluta de la acumulación capitalista.

De ella se deriva asimismo su tendencia histórica. A la par de la acumulación y la concentración del capital se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo en una escala cada vez más alta, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación sistemática de las tierras comunes, la transformación de los medios de trabajo de forma tal que solo puedan usarse colectivamente, al igual que ocurre con los medios de producción, economizados al utilizarse como medios de producción comunes, y puestos al servicio de un trabajo social combinado. Al decrecer incesantemente el número de los magnates del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la miseria, la opresión, el esclavizamiento, la degradación, la explotación, pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y disciplinada, unida y organizada por el propio proceso capitalista de la producción. El monopolio del capital se convierte en obstáculo del régimen de producción que ha prosperado con él y gracias a él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo, al desarrollarse, llegan a un punto en el que se vuelven incompatibles con su cáscara capitalista. A la propiedad privada del capitalismo le ha llegado su hora: los expropiadores son expropiados.

La propiedad individual, basada en el trabajo propio, vuelve a restaurarse, sobre la base de los logros de la era capitalista, pero también de la cooperación de los obreros libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y los medios de producción que genera el propio trabajo. Está claro que la transformación de la propiedad capitalista, que ya descansa hoy, de hecho, en un régimen colectivo de producción, en un régimen de propiedad social, no tendrá que recorrer, ni mucho menos, un camino tan largo, difícil y espinoso como tuvo que seguir la propiedad capitalista para absorber el patrimonio de los individuos, fruto de su trabajo personal. El capitalismo fue expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; el socialismo será la expropiación de este puñado de usurpadores por la masa del pueblo.

3. EL SEGUNDO Y EL TERCER TOMO[47]

El destino del segundo y el tercer tomo de la obra[48] fue similar al de su antecesor; Marx esperaba poder sacarlos poco después de que apareciera el primero, pero pasaron muchos años antes de que se publicaran, sin que tuviese la posibilidad de prepararlos él mismo para la imprenta.

Nuevos y cada vez más profundos estudios, largas enfermedades y finalmente la muerte le impidieron completar la obra, y fue Engels quien preparó los dos últimos tomos, recopilando los manuscritos que Marx había dejado sin concluir. Se trataba de copias, fragmentos, anotaciones, capítulos enteros ya terminados y observaciones rápidas, hechas al paso, como suelen hacer los investigadores para uso doméstico: el resultado de un trabajo realmente imponente que Marx había ido realizando, con largos intervalos, entre 1861 y 1878.

Todas estas razones explican por qué al segundo y tercer tomo de *El Capital* no debemos ir a buscar una respuesta concluyente y final a todos los problemas fundamentales de la economía política, sino, al menos en parte, un simple planteamiento de esos problemas, con orientaciones e hipótesis acerca del camino que debemos seguir para buscarles solución. *El Capital*, al igual que toda la obra de Marx, no es

---

[47] Este capítulo fue escrito por Rosa Luxemburgo para esta obra, a pedido de F. Mehring, como él mismo explica en el Prólogo.

[48] Marx, K. (2011): El Capital, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Marx, K. (2011): El Capital, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Se los puede leer en http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital2/ y http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital3/.

una biblia que contenga verdades definitivas, acabadas e irreversibles, sino una fuente inagotable de estímulos para seguir trabajando con inteligencia, para seguir investigando y buscando la verdad.

Esas mismas razones explican también por qué, en cuanto a su forma literaria, el segundo y el tercer tomo no son tan perfectos, ni brillan con la misma luz que el primero. Sin embargo, a algunos lectores les generan aún más placer, ya que los problemas se presentan sin tanta preocupación por la forma. Por su contenido, estos dos tomos, que hasta ahora no han sido, lamentablemente, difundidos de manera popular y que se mantienen, en consecuencia, ocultos a la gran masa de los obreros ilustrados, complementan y amplían de una forma esencial el primer tomo, siendo indispensables para la comprensión del sistema en su conjunto.

En el primer tomo, Marx se enfrenta con el problema fundamental de la economía política: ¿de dónde surge la riqueza?, ¿cuál es la fuente de la ganancia? Antes de la aparición de Marx, la respuesta dada a estas preguntas tomaba dos caminos diferentes.

Los defensores "científicos" del mejor de los mundos, este que habitamos, algunos de los cuales, como Schulze-Delitzsch, contaban con prestigio y confianza entre los trabajadores, explicaban la riqueza capitalista apelando a toda una serie de justificaciones más o menos plausibles y de arteras manipulaciones: para algunos, era el resultado del incremento sistemático del precio de las mercancías, con el que el empresario se "compensaba" por el capital generosamente "cedido" a la producción; para otros, la remuneración del "riesgo" que todo empresario corría; para otros, el pago de los servicios del empresario por su "dirección intelectual" de la empresa, y otras por el estilo. Como se ve, en estas explicaciones no se trata, cualesquiera sean sus variantes, más que de presentar como algo "justo", y en consecuencia inmutable, la riqueza de unos, con su obligado reverso: la pobreza de los otros.

Los críticos de la sociedad burguesa, es decir, las escuelas socialistas anteriores a Marx, declaraban, por su parte, en respuesta a esto, que la riqueza del capitalismo nacía, la mayoría de las veces, de la estafa e incluso el robo descarado contra el obrero, posible gracias a la intervención del dinero o a deficiencias en el proceso productivo. Y, partiendo de aquí, los socialistas desarrollaban varios planes utópicos, encaminados a terminar con la explotación mediante la abolición del dinero, la "organización del trabajo", etcétera.

En el primer volumen de *El Capital*, Marx descubre por fin la verdadera fuente del enriquecimiento capitalista. No pierde el tiempo buscando justificaciones para el capitalista ni haciendo acusaciones contra su injusto accionar: se limita a resaltar, por primera vez, cómo nace la ganancia y cómo va a parar a los bolsillos del capitalista. Marx explica esto por dos hechos económicos de importancia decisiva: el primero es que la masa obrera está formada por proletarios que no tienen más remedio que vender su fuerza de trabajo como mercancía, y el segundo es que esta mercancía, la fuerza de trabajo, posee hoy un grado tan alto de productividad, que durante un cierto lapso puede arrojar un producto muy superior al que se necesita para alimentarla y sostenerla durante ese mismo período. Estos dos hechos, puramente económicos, iluminados por el desarrollo objetivo de la historia, hacen que el fruto creado por el trabajo del proletariado caiga automáticamente en el regazo del capitalista, incrementándose mecánicamente, mientras perdure el sistema de salarios, hasta formar un capital cada día más imponente.

Es decir que, para Marx, la riqueza capitalista no es, de ninguna manera, la compensación del empresario por sus supuestos sacrificios, pero no es tampoco ningún producto de la estafa o el robo, en el sentido corriente de esta palabra, sino el fruto de un intercambio perfectamente legal y que el Código Penal no castiga, entre el capital y el obrero, intercambio que se ajusta exactamente a las mismas leyes a las que se ajusta toda compra y venta de mercancías. Para explicar con claridad este negocio impecable que le genera al capitalismo sus frutos de oro, Marx desarrolló hasta sus últimas consecuencias lógicas para aplicar al trabajo considerado como mercancía, la ley del valor formulada a fines del siglo XVIII y principios del XIX por los grandes economistas clásicos ingleses Smith y Ricardo, o sea la aplicación de las leyes internas del mercado. La ley del valor y, como conceptos derivados de ella, el salario y la plusvalía, es decir, la razón que explica cómo, sin ningún tipo de estafa ni violencia, espontáneamente, el producto del trabajo asalariado se convierte para el obrero en una mísera forma de vida, mientras que para el capitalista significa la riqueza sin esfuerzo, forma el contenido esencial del primer tomo. Y en esto reside su gran importancia histórica: en haber demostrado que la explotación solo y únicamente podrá terminarse cuando se haya abolido la venta de la fuerza de trabajo, que es lo mismo que decir cuando se haya abolido de raíz el sistema del salario que hoy impera.

Durante la lectura del primer volumen de *El Capital* no traspasamos los umbrales del espacio en el que tiene su sede el trabajo: la fábrica, la

mina, o la explotación agrícola moderna; y lo que se dice se aplica por igual a cualquier otra empresa capitalista. Nos encontramos ante al capital, privado como tipo de todo este régimen de producción. Y al cerrar el libro, vemos desfilar claramente ante nuestros ojos los orígenes diarios de la ganancia e iluminarse hasta en sus rincones más recónditos todo el mecanismo de la explotación. Delante de nosotros se alzan montañas de mercancías de toda clase recién salidas del taller, húmedas todavía del sudor del obrero, y en todas ellas nuestra mirada, afinada por la lectura, distingue ya nítidamente la parte de valor que proviene del trabajo no retribuido del proletariado y que, con los mismos títulos legales que toda mercancía, va a parar a manos del capitalista. Las raíces de la explotación quedan al desnudo ante nuestros ojos.

Pero esto no basta. El capitalista no ha puesto todavía su cosecha a resguardo en el granero. Ha recogido los frutos de su explotación, pero bajo una forma que no le permite todavía disfrutarlos. ¿De qué le sirven a él los galpones repletos de mercancías? El capitalista no es el dueño de esclavos del mundo antiguo, de Grecia o de Roma, ni es tampoco el señor feudal de la Edad Media, que solo maltrataban a la masa trabajadora para mantener su lujo personal y el esplendor de su casa. El capitalista necesita acuñar su riqueza en dinero contante y sonante, para aplicarlo, no solo a "mantener un nivel de vida como corresponde a su posición", sino también a ampliar incesantemente su capital. Para ello, necesita vender las mercancías producidas por el obrero asalariado, con la plusvalía que encierran. Necesita sacar de los galpones y los graneros las mercancías y lanzarlas al mercado; de las oficinas de su fábrica, el capitalista se traslada a la Bolsa, y de aquí al mostrador del local, y nosotros con él, siguiéndole los pasos, en el segundo tomo de *El Capital*.

En el reino del mercado o el intercambio de mercancías, donde se desarrolla la segunda etapa de las hazañas del capitalista, este se encuentra ya con ciertas dificultades. En su fábrica, en su fuerte, era amo y señor. Allí imperaban la organización, la disciplina y la centralización más estrictas. No así en el mercado al que desciende con su mercancía, donde prevalece la anarquía más desenfrenada, bajo el nombre de libre competencia. Aquí, nadie se preocupa por el otro ni hay una voluntad que todo lo gobierne. Y sin embargo, en medio de esta anarquía, es precisamente donde el capitalista advierte sensiblemente hasta qué punto depende de otro, hasta qué punto depende, en todos los aspectos, de la sociedad.

No tiene más remedio que apurarse, para que no lo dejen atrás sus competidores. Si se descuida en vender definitivamente sus mercancías y las tiene paradas más tiempo del estrictamente necesario, si no se provee del dinero suficiente para hacer a su debido tiempo las compras de materias primas y de los demás elementos que necesite, para que la marcha de la industria no sea interrumpida, si no procura con el mayor cuidado que el dinero que produce la venta de sus mercancías vuelva inmediatamente a sus manos, y no para quedarse ocioso, sino para ser invertido sin demora donde produzca, se verá irremisiblemente superado. El que llega tarde no encuentra espacio, y el industrial que no se cuide de que su negocio, en ese constante tránsito del taller al mercado, funcione con la misma precisión que en la fábrica misma, por muy concienzudamente que le saque el jugo a sus obreros, no alcanzará jamás la tasa de ganancia esperada. Una parte de esa "legítima" ganancia quedará en manos ajenas y no entrará a su bolsillo.

Pero esto no es todo. El capitalista solo puede acumular riqueza produciendo mercancías, es decir, objetos útiles. Para eso, tiene que lanzar necesariamente al mercado aquellas clases y tipos de objetos que la sociedad precisa y en la medida en que los necesita. En caso contrario, las mercancías quedarán sin venderse y frustrada la plusvalía contenida en ellas, Pero ¿cómo se las arregla el capitalista, por sí y ante sí, para saber lo que necesita, y en qué medida, la sociedad? Nadie se lo puede decir, por la sencilla razón de que nadie lo sabe. No se olvide que vivimos en una sociedad anárquica, sin norma ni plan. En la misma situación que este industrial se encuentran todos. Y, sin embargo, de este caos, de este enredo, tiene que salir una norma de conjunto que permita y haga posible los negocios individuales de cada capitalista y su enriquecimiento, así como la satisfacción de las necesidades y la subsistencia de toda la sociedad.

O, para ser más exactos, de la confusión anárquica que prima en el mercado tiene que surgir el ritmo cíclico y permanente del capital individual, la posibilidad de producir, vender, comprar y volver a producir, ciclo en el que el capital sufre la transformación constante de dinero en mercancía y de mercancía en dinero. Las fases de este proceso tienen que encajar con precisión, siempre debe haber dinero disponible para aprovechar las oportunidades favorables que ofrezca el mercado, y para cubrir los gastos constantes de toda industria; a su vez, el dinero que va ingresando paulatinamente a la caja por la venta de las mercaderías, no tiene que quedar estancado, sino invertirse rápidamente. De este modo, los capitalistas que nos parecían

perfectamente independientes unos de otros forman, en realidad, una gran hermandad, ya que, mediante las redes de créditos y de los bancos, se traspasan constantemente de unos a otros el dinero necesario, a la vez que le ofrecen una salida al sobrante, con lo cual hacen posible la continuidad de la producción y la venta de las mercaderías, tanto para el individuo como para la sociedad. Se ve, entonces, cómo Marx, en el segundo tomo de su obra, explica como condición de existencia del capital y nexo que articula entre sí las dos fases fundamentales del mismo, la producción y el mercado, integrando a la vez la dinámica aparentemente autónoma de los diferentes capitales, la institución del crédito, en la que los economistas burgueses no habían sabido ver más que una ingeniosa institución creada para "facilitar el intercambio de mercancías".

Pero no basta con esto. En esa confusión del capital individual tiene que haber, además, algo que impulse y alimente el ciclo constante de la producción y el consumo de la sociedad en su conjunto, de manera tal que a la sociedad se le garanticen las condiciones sobre las que descansa la producción capitalista: creación de medios de producción, sostenimiento de la clase obrera y enriquecimiento progresivo de la clase capitalista, o sea, acumulación y empleo progresivo del capital social en bloque. ¿Cómo se logra articular en un todo orgánico las vicisitudes infinitas e inconexas de los capitales aislados? ¿Cómo este desarrollo de conjunto, desplazado constantemente, algunas veces por el excedente de los años de prosperidad y otras por el colapso de las crisis, vuelve a entrar una y otra vez en su debido cauce, para salirse de él de nuevo al día siguiente? ¿Cómo de todo esto surge lo que para la sociedad actual no es más que un medio, su propio sostenimiento con el consiguiente progreso económico, y lo que constituye su fin, la acumulación progresiva del capital, en proporciones cada vez más imponentes? Tales son los problemas que Marx, si bien no resuelve, plantea en el segundo volumen de su obra, y por primera vez desde hace cien años, desde Adam Smith, el conjunto se presenta sobre las bases firmes de las leyes internas que lo rigen.

Pero no se crea que aquí termina el suplicio del capitalista. Ahora que la ganancia está, por fin, al menos en gran parte, convertida en dinero, queda por resolver el gran problema: el reparto del botín. Son varios los acreedores que aparecen alegando derechos: el industrial, el comerciante, el capitalista que adelantó el dinero, el terrateniente. Todos han contribuido, cada cual con su aporte, a la explotación del obrero y a la venta de las mercancías creadas por él, y todos reclaman su parte en la ganancia. Y este reparto es un problema más complicado del

que, en principio, pudiera parecer. No se crea que todos los empresarios son iguales. También entre ellos hay enormes diferencias, según el tipo de empresa, con respecto a la ganancia obtenida, tal como sale, fresca todavía, de los talleres de trabajo.

En algunas ramas de la producción, la elaboración de mercancías y su venta se desarrollan con gran celeridad, y el capital regresa rápidamente a manos del capitalista, incrementado con sus beneficios. En estas industrias, la marcha del negocio y el fomento de la ganancia no pueden ser más satisfactorios. Pero hay otras ramas en las que el capital se estanca años y años en la producción, y no empieza a generar beneficios hasta después de mucho tiempo. En determinadas industrias, el industrial tiene que destinar la mayor parte de su capital a medios de producción muertos: edificios, máquinas caras, etcétera, que de por sí no generan ningún beneficio, no incuban ganancia alguna, por muy necesarios que sean para facilitarla. En cambio, en otras, el industrial puede reducir sus inversiones al mínimo y destinar casi todo el capital a adquirir obreros, que son las gallinas humildes y aplicadas que ponen en su regazo los huevos de oro.

Al liquidar las ganancias surgen, entonces, grandes diferencias entre algunos capitalistas y otros, diferencias que a los ojos de la sociedad burguesa representan una "injusticia" mucho mayor y más flagrante que el singular "reparto" entre el capitalista y el obrero. No hay más remedio que implantar aquí una transacción, un reparto "justo" del botín, para que cada capitalista obtenga "lo suyo", lo que le "corresponde". Pero ¿cómo? Porque, además, no hay más remedio que resolver este conflicto al margen de toda reglamentación consciente y de todo plan reflexivo. En la sociedad actual, la distribución de la riqueza es tan anárquica como su producción. En rigor, no se trata de verdadera "distribución", que supondría un criterio social, una norma, cualquiera que ella fuese. Lo que hay es un mero intercambio, un simple tráfico de mercancías, compras y ventas. ¿Cómo, entonces, por esta vía ciega y arbitraria del intercambio de mercancías se consigue que cada grupo de explotadores y cada explotador individual dentro del grupo obtengan la parte "justa" —justa desde el punto de vista del capitalismo, naturalmente— de la riqueza generada por las energías activas del proletariado?

Estas cuestiones son las que Marx responde en el tercer tomo de su obra. Y del mismo modo que en el primer volumen había analizado la producción del capital, descubriendo en ella el secreto de la ganancia, y en el segundo sigue los pasos del capital entre la fábrica y el

mercado, entre la producción y el consumo de la sociedad, en el tercero observa y estudia el reparto de la ganancia. Y siempre sin apartarse de estos tres principios fundamentales: que nada de lo que sucede en la sociedad capitalista es obra de la arbitrariedad, sino que todo obedece a determinadas leyes que actúan de una manera regular, aunque los implicados las ignoren en absoluto; que el régimen económico actual no descansa sobre el robo violento ni el hurto descarado y, finalmente, que todo este conjunto no está regido por ninguna razón social que les trace una norma o un plan de acción a sus actividades. Marx va deduciendo todos los fenómenos y todas las relaciones de la economía capitalista, uno tras otro y con claridad, del mecanismo de intercambio; es decir, de la ley del valor y del concepto de plusvalía, corolario suyo.

En una ojeada de conjunto de esta obra magna, diríamos que el primer tomo, en el que se desarrollan la ley del valor, el salario y la plusvalía, pone al descubierto los cimientos de la sociedad actual, mientras que el segundo y el tercero nos hacen recorrer todos los pisos del edificio social. También podríamos decir, apelando a otra imagen, que el primer tomo nos presenta el corazón del organismo social, de donde parte la savia vivificadora, que luego, en el segundo y el tercer volumen, vemos funcionar, regando el aparato circulatorio y nutritivo hasta las últimas células de la piel.

Con el contenido también cambia, en los dos últimos volúmenes, el terreno que pisamos. El primer tomo nos lleva a los talleres, a las profundas capas sociales del trabajo, donde se alumbran las fuentes de la riqueza capitalista. Con los tomos segundo y tercero, salimos a la superficie, nos movemos ya en el escenario oficial de la sociedad. El primer plano de la escena lo ocupan los almacenes colmados de mercancías, los bancos, la Bolsa, las operaciones de crédito, la "penuria de los salarios", etcétera. El obrero no desempeña aquí ningún papel. Y la verdad es que tampoco se preocupa mucho de todas estas maniobras que los otros traman a sus espaldas, después de haberle curtido bien la piel. En medio de la algarabía de la multitud de banqueros, agentes de bolsa, industriales y comerciantes entregados a sus negocios, nos topamos quizás con los obreros que desfilan en grandes tropeles hacia sus fábricas bajo la luz insegura del amanecer, o que se derraman sobre las calles, escupidos de nuevo por la fábrica, al caer la noche.

A primera vista, parece como si todos estos esfuerzos de los capitalistas que se liquidan y reparten sus ganancias, y todos estos

conflictos que genera entre ellos el reparto del botín, no tuvieran el menor interés para los obreros. Pero no es así. Los tomos segundo y tercero de *El Capital* son tan necesarios como el primero para quien quiera tener un conocimiento integral del funcionamiento de la economía actual. Es cierto que no tienen para el movimiento obrero moderno la importancia histórica, fundamental y decisiva del primer volumen. Pero contienen, en cambio, una gran riqueza de perspectivas de valor incalculable para armar intelectualmente al proletariado, preparándolo para luchar prácticamente por sus intereses. Solo dos ejemplos para demostrarlo.

En el segundo volumen, al tratar sobre cómo este movimiento caótico de los capitales individuales puede traducirse en el alimento regular y constante de la sociedad, Marx toca, naturalmente, el problema de las crisis. No se trata de ningún estudio sistemático y doctrinal, sino de unas cuantas observaciones hechas a la pasada. Su difusión entre los obreros conscientes e ilustrados sería de gran utilidad. Uno de los temas que podríamos llamar "clásicos" en las campañas de agitación socialista, y sobre todo en la sindical, es que las crisis se producen, ante todo, por la miopía del capitalista, incapaz de comprender que tiene en las manos de sus obreros a sus mejores consumidores, y que con solo subirles el salario se asegurará una magnífica clientela, que lo resguardará de la crisis.

Esta idea, que se ha hecho muy popular, es completamente falsa, y Marx la refuta con las siguientes palabras: "Es una total redundancia decir que las crisis se producen por falta de consumo o consumidores sólidos. Consumidores que no paguen lo que consumen no son admitidos por el sistema capitalista, como no sea dentro de los cuadros de la beneficencia pública o bajo la forma de 'ladrones'. Decir que una mercadería es invendible vale tanto como decir que no encuentra comprador firme o, lo que es lo mismo, consumidor. Y si se le quiere dar a esta redundancia una apariencia de fundamentación razonada diciendo que la clase obrera solo recibe una parte insignificante de lo que produce y que el remedio más indicado para el mal es aumentarle esa participación, es decir, subirle el salario, nos limitaremos a observar que las crisis van siempre precedidas por un período de incremento general del salario, en el que la clase obrera obtiene una participación relativamente grande en la parte del producto anual destinada al consumo. Desde el punto de vista de estos paladines del sano y 'sencillo' sentido común, parece que estos períodos, lejos de augurar la crisis, deberían alejarla. Y es que la producción capitalista incluye condiciones que nada tienen que ver

con la buena o mala voluntad de nadie, y que solo momentáneamente permiten una prosperidad relativa de la clase trabajadora, prosperidad que es siempre, por otra parte, un pájaro de mal agüero".

Así es, en efecto. Las investigaciones del segundo y tercer tomo ofrecen un análisis profundo de las causas reales de las crisis, que se producen como otras tantas consecuencias inevitables de esa dinámica del capital que, en su sed insaciable de acumulación, de crecimiento, rompe todos los límites del consumo, por mucho que esta se quiera dilatar reforzando el poder de compra de un sector de la sociedad o conquistando nuevos mercados. No hay, entonces, más remedio que renunciar también a la idea de una armonía de intereses entre el capital y el trabajo frustrada por la miopía del capitalista, y desconfiar de todo lo que sea querer poner fin con paños fríos a la anarquía económica del capitalismo. Para luchar por mejoras en sus condiciones materiales, el proletariado tiene en su arsenal de ideas mil armas mucho mejores; no precisa apelar a un argumento teóricamente insostenible y prácticamente peligroso.

Otro ejemplo. En el tercer tomo de su obra, Marx nos da por primera vez una explicación científica de un fenómeno que la economía política, hasta entonces, no había hecho más que admirar con asombro. Es este: ¿por qué los capitales, en todas las ramas de la producción, por mucho que difieran las condiciones en que se invierten, suelen generar todos un beneficio que suele calificarse como "usual en el país"? En principio, este fenómeno parece contradecir una explicación dada por el propio Marx: la de que la riqueza capitalista solo se alimenta del trabajo no retribuido del proletariado. En efecto, ¿cómo el capitalista que tiene que invertir una gran parte de su capital en medios de producción inanimados, puede obtener la misma ganancia que aquel que, teniendo pocas erogaciones de este tipo, puede implementar una cantidad mayor de trabajo vivo? Marx nos explica este aparente misterio con una asombrosa sencillez, haciéndonos ver cómo, al ser vendidas unas clases de mercancías por encima de su valor y otras por debajo, se compensan las diferencias en las ganancias, dibujándose un "nivel medio de ganancias" para todas las ramas de la producción. Sin tener la menor idea de ello, sin que entre ellos medie un acuerdo consciente, los capitalistas proceden de tal forma en el intercambio de sus mercancías, como si aportaran a un fondo común la plusvalía obtenida de sus obreros, repartiéndose como hermanos los beneficios colectivos de la explotación, de acuerdo al volumen de sus capitales. Es decir que cada capitalista no disfruta precisamente de las ganancias obtenidas por él mismo, sino de la

parte que le corresponde en el acervo común. "Es como si los diversos capitalistas fuesen, en lo que a las ganancias se refiere, simples accionistas de una sociedad anónima, en la que los beneficios se reparten siempre en forma de dividendos, razón por la cual solo varían de acuerdo al volumen del capital aportado por cada uno de ellos a la empresa común, es decir, proporcionalmente a su participación relativa en la empresa social".

¡Qué profundas perspectivas abre esta ley, aparentemente tan seca, de las "cuotas medias de ganancia", y cómo explica la firme base materialista en la que descansa la solidaridad de clase de los capitalistas, que, aunque desgarrados en una diaria guerra civil, forman frente a la clase obrera una masonería indisoluble, ya que cuando se trata de explotar colectivamente a esa clase se olvidan todos los desacuerdos y reina, alentada por el supremo interés, la más firme unanimidad! Sin que los capitalistas tengan, naturalmente, la más leve conciencia de esta ley económica objetiva, en su instinto infalible de clase dominante se revela un sentido para los propios intereses de clase y su antagonismo con los del proletariado que, desgraciadamente, sale a flote de todas las tormentas de la historia mucho más indemne y seguro de sí mismo que la conciencia de clase de los obreros, iluminada e instituida científicamente por las obras de Marx y de Engels.

Estos dos ejemplos, expuestos brevemente y recogidos al azar, pueden darnos una idea de los tesoros que aún permanecen enterrados en los dos últimos volúmenes de *El Capital*, esperando la mano que los divulgue, y del estímulo intelectual que podría representar para los obreros ilustrados. Incompletos como quedaron, estos dos tomos contienen valores infinitamente más estimables que cualquier verdad definitiva: el incentivo para el pensamiento y el análisis crítico y autocrítico, que es la esencia de la teoría que nos ha legado Carlos Marx.

4. RECEPCIÓN DE LA OBRA

La esperanza manifestada por Engels al terminar el primer tomo, de que Marx, después de "sacarse ese peso de encima", se sentiría renovado, solo se cumplió en parte.

En relación con la salud, la mejora de Marx no fue permanente, y en lo que a la situación económica se refiere, siguió viviendo en la misma penosa inestabilidad. Por entonces, concibió seriamente la idea de

mudarse a Ginebra, donde la vida era mucho más barata, pero las circunstancias lo mantenían ligado, por el momento, a Londres, a los tesoros del British Museum. Además, confiaba en encontrar un editor para la traducción inglesa de su obra, y no podía tampoco, ni quería, dejar la dirección intelectual de la Internacional, mientras el movimiento no tomara el camino correcto.

El casamiento de su segunda hija, Laura, con Pablo Lafargue, su "médico criollo", le deparó una gran alegría. Se habían comprometido ya en el mes de agosto de 1866, pero se acordó que el novio finalizara su carrera de médico antes de casarse. Lafargue había sido expulsado por dos años de la Universidad de París, por haber participado en un congreso estudiantil de Lieja, y se había trasladado a Londres por asuntos de la Internacional; como seguidor que era de Proudhon no tenía mucha relación con Marx, en cuya casa se presentó a hacer una visita de cortesía, con una tarjeta de recomendación de Tolain. Y sucedió lo que en estos casos suele suceder: "El muchacho empezó a encariñarse conmigo —le escribía Marx a Engels, después de formalizarse las relaciones—, pero rápidamente trasladó el cariño del padre a la hija. Su situación económica es regular; es hijo único de una antigua familia de agricultores". Marx se lo describía a su amigo como un muchacho elegante, inteligente, activo y físicamente desarrollado, bueno como el pan, aunque un poco estropeado por la falta de una buena educación y no demasiado sofisticado.

Lafargue había nacido en Santiago, en la isla de Cuba, pero había llegado con sus padres a Francia de niño, a los nueve años. Por sus venas corría sangre negra por el lado de su abuela materna, que era una mulata. A él le gustaba hablar del tema, y su piel oscura, las grandes pupilas blancas de su cara, por lo demás de aspecto regular, dejaban ver aquel antecedente. De esta mezcla de sangre provendría seguramente aquella obstinación que de vez en cuando hacía que Marx se enfadara, medio en serio, medio en broma, con su "negro". Pero el tono de bondadosa provocación con el que se trataban demuestra lo bien que se entendían. Marx encontró en Lafargue no solo al yerno que habría de hacer feliz a su hija, sino también un auxiliar capaz e inteligente, y un custodio fiel de su obra[49].

La principal preocupación de Marx en aquel momento era el éxito de su libro. El 2 de noviembre de 1867, le escribía a Engels: "La suerte

---

[49] Su obra más conocida es *El derecho a la pereza*. Está incluido en Sartelli, E. (comp.) (2005): *Contra la cultura del trabajo*, Ediciones RyR, Buenos Aires. También se lo puede leer en http://www.marxists.org/espanol/lafargue/1880s/1883.htm.

que pueda correr mi libro me pone nervioso. No escucho ni veo nada. Los alemanes son buenos compañeros. Sus trabajos en este campo, al servicio de los ingleses, franceses e incluso italianos, les dan derecho a ignorar mi obra. La gente que tenemos allí no entiende de agitación. En fin, no hay más remedio que hacer lo que los rusos: esperar. La paciencia es el secreto de la diplomacia rusa y de sus triunfos. Pero a las pobres criaturas, que no vivimos más que una vez, es algo que nos colma de ansiedad". La impaciencia de la que habla en estas líneas era muy entendible, pero no estaba del todo justificada.

Aun no hacía dos meses que se había publicado *El Capital*, cuando Marx escribía en esos términos, y dos meses es muy poco tiempo para escribir una crítica seria sobre una obra como la suya. En cuanto al "ruido" generado por la aparición del libro, Engels y Kugelmann habían hecho todo lo posible para difundir el trabajo de su compañero; tarea que el propio Marx consideraba necesaria, para que la obra tuviera algún efecto también en Inglaterra. No se puede decir que Engels y Kugelmann hicieran un esfuerzo desmedido; sin embargo, consiguieron algunos resultados satisfactorios. Se las arreglaron para publicar, en toda una serie de periódicos, incluso burgueses, anuncios que anticipaban la aparición del libro, y hasta llegaron a reproducir su prólogo en algunos. Ya tenían preparado un anuncio sensacional —para la costumbre de la época—, que era publicar un artículo biográfico sobre Marx, acompañado de su retrato, en una revista ilustrada, cuando el propio Marx les rogó que se dejaran de "tonterías". "Para mí, esas cosas perjudican más que colaboran, y no concuerdan con el perfil de un hombre de ciencia. Hace mucho tiempo, por ejemplo, que los redactores de la *Enciclopedia* de Meyer me escribieron pidiéndome una biografía. Y no solo no se las entregué, sino que ni siquiera les contesté la carta. Cada cual es libre de entender la felicidad a su manera". El artículo biográfico escrito por Engels dirigido a la revista ilustrada *Gartenlaube* —"un panfleto escrito con apuro y de la forma más 'betaica' posible", como dice de él su propio autor— apareció finalmente en el *Die Zukunft*, órgano de Johann Jacoby, que se publicaba en Berlín y que dirigía Guido Weiss desde 1867, y fue reproducido por Liebknecht en el *Semanario democrático*, aunque recortado. Engels le escribió a Marx comentándole el hecho con disgusto: "Guillermo ha hecho tales progresos, que ya ni siquiera se anima a decir que Lassalle no ha hecho más que copiarte y, para eso, falsearte. Después de castrar de ese modo la biografía, no sé para qué quería reproducirla". Liebknecht, de hecho, estaba completamente de acuerdo con los fragmentos que cortó del artículo, pero los sacó, sin

embargo, para no ofender a algunos lassalleanos que acababan de separarse de Schweitzer y estaban participando en la fundación de la fracción de Eisenach.

Aunque no en los primeros meses, Marx no tardó en recibir algunas críticas serias de su obra. Una, de Engels, que se publicó en el *Semanario democrático*; otra publicada por Schweitzer en el *Socialdemócrata*, y otra, de José Dietzgen, también en el *Semanario democrático*. Prescindiendo de Engels, en quien la comprensión de la obra marxista era natural, Marx admitía que también Schweitzer, a pesar de algunas malas interpretaciones, había hecho un buen análisis y entendido dónde estaban los puntos centrales de *El Capital*; en Dietzgen, a quien hasta entonces desconocía, reconoció un cerebro filosófico bien formado, aunque sin concederle una gran importancia.

Tampoco la voz del primer "profesional" se dejó oír hasta el año 1867. Este profesional era Dühring, quien publicó una crítica de la obra en el suplemento de la *Enciclopedia* de Meyer sin dilucidar, según Marx, qué había de original y fundamental en su investigación, pero sin que Marx tuviera tampoco por qué sentirse disconforme con su crítica. Lejos de eso, la calificó de "bastante decente", aunque sospechaba que el crítico no la había hecho tanto por su interés y comprensión de la idea, sino más bien por el odio que tenía contra Roscher y demás figuras de la academia alemana. En cambio, Engels reprobó desde un principio el artículo de Dühring, y su acierto se comprobó enteramente cuando, algún tiempo después, el crítico alemán cambió radicalmente su posición e hizo todo lo posible para destruir el libro.

Marx no tuvo mejor suerte con otros "profesionales"; ocho años después de la publicación de su obra, uno de estos señores, ocultando discretamente su nombre, dijo que Marx era un "autodidacta", que había pasado por alto toda una generación de progresos científicos. Con tantas y tales experiencias, estaba plenamente justificada la dureza con la que Marx solía referirse a esta gente. Lo que sucedía era que quizás recargaba demasiado la cuenta de su mala fe, sin poner todo lo que debía en la columna de su ignorancia. La verdad era que su método dialéctico se les hacía incomprensible. Así lo demuestra el hecho de que hombres a quienes no les faltaba la buena predisposición ni los conocimientos económicos no pudieran entender el libro, mientras que otros, sin saber mucho de economía ni sentir ningún tipo de simpatía por el comunismo, hablaban con gran entusiasmo de él, por la sencilla razón de que conocían la dialéctica hegeliana.

Por ejemplo, Marx era demasiado rígido cuando decía, refiriéndose a la segunda edición del libro de M. A. Lange acerca de la cuestión obrera, en la que el autor se ocupaba detenidamente del primer tomo de *El Capital*: "El señor Lange se deshace en elogios hacia mí, pero solo para hacerse el importante". No era este, evidentemente, el fin perseguido por el autor, cuyo sincero interés por la cuestión obrera es indudable. Pero Marx tenía razón, en cambio, cuando decía que Lange no entendía nada del método hegeliano y que comprendía todavía menos de la aplicación crítica que le daba Marx. Es evidente que Lange confundió las cosas al decir que Lassalle tenía ante Hegel, en relación con la base especulativa de su doctrina, una posición más libre e independiente que Marx, cuya forma se plegaba fielmente a las de su modelo filosófico, y en algunos pasajes de la obra —como en la teoría del valor, a la que Lange no atribuía ninguna importancia— dominaba su materia con dificultad.

Mucho más extraño que este era el juicio formulado por Freiligrath acerca del primer volumen, del que Marx le regaló un ejemplar. La amistad entre ambos se mantenía desde el año 1859, aunque enturbiada de vez en cuando por la intromisión de terceras personas. Freiligrath estaba por volver a Alemania, donde la colección de publicaciones referida le había asegurado una vejez libre de preocupaciones, después de haberse quedado en la calle, con sesenta años, al cerrar la sucursal del banco que dirigía. La última carta que le dirigió a su viejo amigo —ya después no volverían a escribirse— fue para felicitarlo cordialmente por el casamiento de su hija Laura y para agradecerle con no menos cordialidad el envío del primer tomo de su obra. Freiligrath reconocía que el estudio del libro le había dejado grandes enseñanzas y que había disfrutado mucho de su lectura. Agregaba que su éxito no sería, quizás, rápido ni ruidoso, pero que sus frutos, aunque callados, serían mucho más profundos y duraderos. "Me consta que en el Rin hay muchos comerciantes e industriales que están entusiasmados con el libro. Dentro de este sector, cumplirá su verdadero objetivo, y además será indispensable como obra de consulta para el investigador". Aunque Freiligrath dijera que no era más que un "economista por intuición" y que toda su vida había odiado los "hegelianismos y las declamaciones filosóficas", no por eso resultaba menos extraño que un hombre que había vivido casi veinte años seguidos en el mundo cosmopolita de Londres, no viera en el primer tomo de *El Capital* más que una especie de vademécum para jóvenes americanos y, a lo sumo, una obra científica de consulta.

Muy distinto era el juicio de Ruge, enemigo jurado del comunismo y carente de toda ciencia económica, pero que no podía desmentir sus tradiciones neohegelianas. "Es una obra que hace época y arroja una luz brillante, cegadora a veces, sobre el desarrollo, las crisis, los dolores del parto y los espantosos sufrimientos mortales de las diferentes épocas de la sociedad. Las páginas en las que explica la plusvalía como producto del trabajo no retribuido, la expropiación de los obreros que trabajan para sí mismos y la expropiación inminente de los expropiadores, son clásicas. Marx posee una gran erudición y un talento asombroso. Y aunque el libro sobrepasa los horizontes de muchos lectores y periodistas, se impondrá sin ningún tipo de duda y ejercerá, a pesar de su gran envergadura, o, mejor dicho, gracias a ella, una poderosa influencia". Y en términos similares se expresaba Luis Feuerbach, con la diferencia de que a él, como correspondía a sus tradiciones, no le importaba tanto el método dialéctico del autor como los "hechos indiscutibles, interesantísimos, y espantosos también muchos de ellos, que llenan la obra" y que venían a confirmar su filosofía moral de siempre; allí donde falta lo necesario para vivir, no se conocen tampoco necesidades morales.

La primera traducción del primer tomo apareció en Rusia. Ya el 12 de octubre de 1868, Marx le informaba a Kugelmann que un librero de San Petersburgo lo había sorprendido con la noticia de que la traducción ya estaba en imprenta y con la solicitud de un autógrafo para la anteportada. No quise, seguía diciendo, negar esta pequeñez a sus "buenos amigos" los rusos; por una ironía del destino, resultaba que aquellos rusos a quienes venía combatiendo sin tregua desde hacía veinticinco años, no solo en alemán, sino también en francés e inglés, habían sido siempre sus "protectores"; su obra polémica contra Proudhon y su *Contribución a la crítica de la economía política* no habían encontrado mejor mercado que el ruso. Sin embargo, no había que darle demasiada importancia al asunto; era seguramente —decía Marx— pura curiosidad de *gourmands* por conocer lo más extremista que producía el Occidente de Europa.

Pero Marx se equivocaba. La traducción, aunque no vio la luz hasta el año 1872, era un trabajo serio, verdaderamente científico y "magistralmente" realizado, como el propio Marx reconoció cuando estuvo terminada. El traductor era Danielson, más conocido por su seudónimo de Nikolayon, con quien había colaborado en algunos de los capítulos más importantes Lopatin, joven e intrépido revolucionario, "una inteligencia crítica muy despierta, de carácter alegre y estoico como un campesino ruso, que se conforma con lo que

la suerte le depara". Así lo describía Marx, a quien Lopatin visitó en el verano de 1870. La censura rusa dio su consentimiento para que se editara la traducción, argumentándolo del siguiente modo: "Aunque el autor es, por sus convicciones, un perfecto socialista y todo su libro presenta el mismo carácter marcado, habida cuenta de que sus doctrinas no son, ni mucho menos, accesibles para cualquiera, y de que, además, revisten la forma de una argumentación científica rigurosamente matemática, la oficina de censura declara esta obra exenta de toda persecución judicial". La traducción fue publicada el 27 de marzo de 1872, y para el 25 de mayo ya se habían vendido mil ejemplares, la tercera parte de la tirada.

Por la misma fecha empezó a publicarse una traducción francesa, por entregas, al igual que la segunda edición alemana original. La edición francesa fue preparada por J. Roy, con la colaboración inestimable del propio Marx, quien se quejaba de que la corrección le daba un "enorme trabajo", tanto que a veces decía que hubiese preferido hacer la traducción por su cuenta. Gracias a esto, la versión francesa tiene un valor científico propio, independiente y original.

En Inglaterra, el primer tomo de *El Capital* no alcanzó el mismo éxito que en Alemania, Rusia y Francia. Parece que solo dio lugar a un pequeño comentario en la *Saturday Review*, en la que se elogiaba a la obra por darle cierto encanto a los más abstrusos problemas económicos. La redacción de la *Fortnightly Review* rechazó, por parecerle "demasiado áspero", un extenso artículo escrito por Engels para esta revista, a pesar de los esfuerzos que hizo Beesly, que tenía cierta influencia sobre ella, para conseguir que se publicara. Marx no alcanzó a ver la traducción inglesa de su obra, en la que tenía puestas tantas esperanzas.

CAPÍTULO XIII
AUGE DE LA INTERNACIONAL

1. INGLATERRA, FRANCIA, BÉLGICA

Poco antes de aparecer el primer tomo de *El Capital*, se celebró en Lausana, del 2 al 8 de septiembre de 1867, el segundo Congreso de la Internacional. No estuvo a la altura del Congreso de Ginebra.

Incluso el llamamiento a los afiliados hecho en julio por el Consejo General, para que fuera el mayor número posible de delegaciones, sorprendía por su gran sobriedad para resumir el trabajo de la Asociación en su tercer año de vida. Solo señalaba un progreso constante del movimiento en Suiza, así como en Bélgica, donde la masacre de los huelguistas de Marchienne había despertado al proletariado.

Fuera de esto, el mensaje se quejaba de los obstáculos con los que, por diferentes circunstancias, chocaba la propaganda en los diferentes países. Alemania, que hasta 1848 había demostrado un interés muy profundo por las cuestiones sociales, estaba actualmente absorbida por el movimiento de unificación del país. En Francia, la Internacional no había crecido como se esperaba, pese a su fuerte presencia en los conflictos obreros, debido a la falta de libertad imperante. La referencia era, sobre todo, al gran bloqueo de los broncistas de París en la primavera de 1867, que se había transformado en una lucha por la libertad de organizarse y había terminado con el triunfo de los obreros.

También a Inglaterra se le hacía un ligero reproche porque, entregada a la reforma electoral, había olvidado por un momento los reclamos económicos. Pero la reforma electoral ya estaba realizada. Disraeli, presionado por las masas, no había tenido más remedio que concederla, y más profunda aún de lo que en principio la había concebido Gladstone, ampliándola a todos los inquilinos de propiedades urbanas, cualquiera fuese el importe de los alquileres. El Consejo General confiaba, teniendo en cuenta esto, en que los obreros ingleses sabrían, por fin, apreciar la eficacia de la Internacional y trabajar por esta.

Para terminar, el discurso apuntaba a los Estados Unidos, en algunos de los cuales los obreros habían impuesto la jornada de ocho

horas. Se remarcaba que toda sección, fuese grande o chica, podía enviar al Congreso un delegado, y las que tuviesen más de 500 afiliados, uno por cada 500. En el programa del Congreso figuraban los siguientes puntos: 1) ¿Qué medidas prácticas debe tomar la Internacional para crear un eje central común para las luchas de emancipaciónde la clase obrera? 2) ¿Cómo puede la clase obrera usar, para los fines de su emancipación, el crédito conferido por ella a la burguesía y al gobierno?

Este programa, muy general, no aparecía, para peor, registrado en ninguna memoria. El Consejo General estuvo representado en Lausana, principalmente, por Eccarius, y por el constructor de instrumentos musicales Dupont, secretario corresponsal de la Asociación en Francia, un obrero muy capacitado, que ocupó la presidencia, ausente Jung. Asistieron 71 delegados: de los alemanes, Kugelmann, F. A. Lange, Büchnery Ladendorff, un buen demócrata burgués, pero fuerte opositor al comunismo. En este Congreso predominaba el elemento latino, principalmente los franceses y los suizos franceses, con unos cuantos belgas e italianos.

Esta vez, los proudhonianos se habían armado mejor y más rápidamente que el Consejo General: tres meses antes que estos, difundieron ya su programa, en el que figuraban como ejes de debate los siguientes: el mutualismo como base del comercio social, igual remuneración por la prestación de servicios sociales, el crédito y los bancos populares, establecimientos de seguros mutuos, posición del hombre y de la mujer ante la sociedad, intereses individuales y grupales, el Estado como defensor y garante de justicia, el derecho a castigar, y otra docena de problemas por el estilo. Todo esto generó una gran confusión, en la que no tenemos por qué entrar, ya que Marx no tuvo que ver con todo esto, ni los acuerdos realizados en este Congreso tomaron cuerpo alguno.

El trabajo práctico de este Congreso fue mucho más fructífero que su deliberación teórica. Confirmó los mandatos del Consejo General con sede en Londres, fijó en diez centavos la cuota anual de cada afiliado y condicionó al pago puntual de esta cantidad el derecho a enviar delegados a los congresos anuales. Además, acordó proclamar que la emancipación social de los obreros era inseparable de su accionar político, y la conquista de la libertad política una necesidad ineludible y primordial. Y tal importancia le daba a esta declaración, que decidió reiterarla todos los años. Finalmente, supo tener una actitud acertada frente a la Liga Burguesa de la Paz y la Libertad que

acababa de desprenderse del rezago de la burguesía radical y se disponía a celebrar su primer Congreso en Ginebra. A los intentos de acercamiento de esta Liga, opuso la siguiente declaración, simple y escueta: los ayudaremos con gusto, siempre y cuando nuestros fines coincidan con los suyos.

Lo curioso, aunque quizá no lo sea tanto, fue que este Congreso tan poco feliz despertó en el mundo burgués un interés mucho mayor que el primero, aunque no debe pasarse por alto el ambiente en el que este se celebró, reciente todavía la guerra alemana. Sobre todo, la prensa inglesa, con el *Times* –para el cual Eccarius reportaba– a la cabeza, mostró un vivo interés por el Congreso de Lausana, cuando casi había dejado pasar desapercibido el anterior. Y aunque no podían faltar, naturalmente, los chistes burgueses habituales, la Internacional empezaba a ser tomada en serio. "Comparado el Congreso de Lausana –escribía la mujer de Marx al *Vorbote*– con su hermanastro, el Congreso de la Paz, se ve la superioridad innegable del primero y la tragedia fatal e inminente que se encierra en él, mientras que en el segundo no hay más que farsa y caricatura". Con esto se consoló también Marx, aunque por supuesto era imposible que se sintiera satisfecho con los debates de Lausana. "La cosa marcha...¡ Y todo sin recursos! Pese a las intrigas de los proudhonistas de París, de Mazzini en Italia, de los envidiosos Odger, Cremer y Potter en Londres, y Schulze-Delitzsch y los lassalleanos en Alemania, tenemos motivos para estar contentos". Por su parte, Engels entendía que los acuerdos realizados en Londres serían letra muerta si el Consejo General continuaba en esa ciudad. Y así fue, en efecto, ya que, al entrar en el tercer año, el periodo pacífico de la Internacional le cedió el paso a una época de fuertes disputas.

Ya a los pocos días de cerrarse el Congreso de Lausana sucedió un episodio que habría de tener consecuencias muy importantes. El 18 de septiembre de 1867 fue interceptado en Manchester y asaltado en pleno día por un grupo de fenianos[50] armados un coche de la policía que trasladaba a dos compañeros suyos presos. Los asaltantes forzaron el coche y liberaron a los dos presos, después de matar a tiros a los policías que los escoltaban. Los autores del hecho no fueron identificados, pero de la gran masa de fenianos encarcelados fueron elegidos algunos, quienes fueron acusados por el crimen. Tres fueron condenados a muerte y ahorcados, pese a que en el proceso, que se

[50] Fenianos: es un término utilizado desde la década de 1850 para referirse a los nacionalistas irlandeses, que se oponían al dominio británico sobre Irlanda.

realizó con una gran parcialidad, no pudo presentarse ninguna prueba concluyente contra ellos. El asunto causó un gran impacto en toda Inglaterra, y un "pánico feniano" se generó cuando, en el mes de diciembre, estalló delante de los muros de la cárcel de Clerkenwell, barrio de Londres habitado casi exclusivamente por gente humilde y proletaria, una bomba lanzada por los fenianos, que dejó un saldo de doce muertos y más de cien heridos.

Con este complot no tenía nada que ver, de por sí, la Internacional, y Marx y Engels condenaron la explosión de Clerkenwell como un torpe error que perjudicaría más que a nadie a los propios fenianos, haciendo que se enfriara, y quizás matando en absoluto, la simpatía de los obreros ingleses por la causa irlandesa. Sin embargo, los métodos aplicados por el Gobierno inglés contra los fenianos, que no querían seguir soportando la descarada opresión secular de su patria irlandesa, aquel modo de tratarlos como a criminales comunes, tenía que sublevar a toda conciencia revolucionaria. En junio de 1867, antes de los hechos mencionados, Marx le escribía a Engels: "Estos delincuentes se vanaglorian llamando *humanismo inglés* al hecho de tratar a los presos políticos como si fueran asesinos, ladrones de caminos, estafadores y pederastas". En lo que se refería a Engels, hay que tener en cuenta, además, que Lizzy Burns, a quien había traspasado el cariño que sentía por su difunta hermana Mary, era una entusiasta patriota irlandesa.

Sin embargo, el vivo interés que Marx denotaba por el problema de Irlanda tenía bases más profundas que la simpatía hacia un pueblo oprimido. Sus estudios lo habían convencido de que la emancipación de la clase obrera inglesa, de la que a su vez dependía la del proletariado europeo, no podría llevarse a cabo sin emancipar a los irlandeses. Llegó a la conclusión de que era imposible derrocar la oligarquía de los grandes terratenientes ingleses, mientras estos mantuvieran en Irlanda una posición tan firmemente arraigada. En cuanto el pueblo inglés se hiciera cargo de su destino, en cuanto recobrara sus poderes de legislación y de gobierno con la conquista de su autonomía, la destrucción de la aristocracia de la tierra, formada en gran parte por terratenientes ingleses, resultaría allí infinitamente más fácil que en la propia Inglaterra, dado que en Irlanda no se trataba simplemente de un problema económico, sino también de una cuestión nacional. Allí, los señores de la tierra no eran, como en Inglaterra, los dignatarios tradicionales, sino los representantes de la opresión nacional, a quienes el pueblo odiaba a muerte. En cuanto se

retiraran de Irlanda el ejército y la policía ingleses, estallaría la revolución agraria.

La burguesía inglesa estaba tan interesada como la aristocracia en convertir a Irlanda en un gran terreno de pastoreo que suministrara al mercado inglés carne y lana baratas. Pero tenía también otros intereses mucho más importantes que defender en la economía irlandesa vigente. Irlanda, por efecto de la concentración creciente e incesante de los alquileres de tierras, alimentaba constantemente el mercado inglés de mano de obra con su exceso de población, contribuyendo a mantener bajos los salarios y a deprimir el nivel material y moral de la clase obrera inglesa. Las masas obreras de todos los centros industriales y comerciales de Inglaterra se separaban en dos bandos enemigos: el de los obreros ingleses y el de los irlandeses. En general, el obrero inglés odiaba al irlandés como a un competidor, sentía ante él el orgullo de pertenecer a la nación dominante y, convirtiéndose de este modo en instrumento de los aristócratas y capitalistas contra Irlanda, consolidaba el poderío al que él mismo se encontraba encadenado. El proletario inglés abrigaba contra el irlandés toda una serie de prejuicios religiosos, sociales y nacionales; se comportaba con este como en los antiguos Estados esclavistas de la Unión el obrero blanco frente al negro. El irlandés le pagaba, y con creces, con la misma moneda, no viendo en el obrero inglés más que al cómplice y al instrumento de la opresión inglesa sobre Irlanda. En este antagonismo, fomentado maliciosamente por la prensa, el púlpito, los periódicos satíricos, en una palabra, por todos los instrumentos de influencia de los que disponían las clases dominantes, radicaba la impotencia de la clase obrera inglesa, pese a su gran organización.

Y el mal se extendía al otro lado del océano. Aquel antagonismo entre los ingleses y los irlandeses impedía que se estableciera una cooperación sincera y seria entre el proletariado inglés y los obreros norteamericanos. La Internacional tenía por objetivo principal acelerar la revolución social de Inglaterra, la metrópoli del capital, y para conseguirlo no había más remedio que luchar por la independencia de Irlanda. La Internacional debía abrazar en todo momento y abiertamente la causa irlandesa y el Consejo General tenía el deber de despertar en la clase obrera inglesa la conciencia de que la emancipación nacional de Irlanda no era para ella un problema de justicia abstracta ni de sentimientos humanitarios, sino la condición primera para su propia emancipación.

Durante los años siguientes, Marx dedicó todos sus esfuerzos a esta tarea.Y así como había visto en la cuestión polaca, borrada del orden del día de la Internacional desde el Congreso de Ginebra, la palanca para terminar con la hegemonía de Rusia, ahora veía en la cuestión irlandesa el medio para acabar con la supremacía de Inglaterra. No le importaba que los obreros que aspiraban a entrar en el próximo parlamento –entre los cuales estaba el propio Odger, presidente hasta entonces del Consejo General–tomaran esto como excusa para unirse a los liberales burgueses, ya que Gladstone, ahora que la cuestión irlandesa estaba en auge, hacía de ella una consigna para apoderarse otra vez del Gobierno. El Consejo General dirigió al Gobierno inglés un pedido –desatendido, naturalmente–, en el que se protestaba contra la ejecución de los tres fenianos condenados en Manchester, calificando el hecho de asesinato judicial, y organizó en Londres varios actos para defender la causa irlandesa.

Al mismo tiempo que se ganaba el odio del Gobierno inglés, las autoridades francesas se disponían a embestir contra la Internacional. Bonaparte había contemplado durante tres años, sin interferir, los progresos de la Asociación, mientras le era útil para intimidar a la burguesía rebelde. Al abrir sus oficinas en París, los afiliados franceses informaron al Prefecto de Policía de París y al Ministro del Interior, sin obtener respuesta de ninguno de los dos. Es cierto que las autoridades gubernamentales procuraban molestar y hostigar todo lo que podían a esta organización. Como no confiaban en el Gabinete en las sombras bonapartista, enviaron las actas del Congreso de Ginebra al Consejo General por medio de un emisario oriundo de Suiza y súbdito inglés, y la policía se las retuvo al pasar la frontera francesa, sin que el Gobierno respondiera a las protestas formuladas por el Consejo General. Pero el Ministerio de Asuntos Extranjeros inglés intervino en el asunto, y no tuvieron más remedio que restituírselas. Tampoco acertó Rouher, mano derecha del emperador, cuando se negó a autorizar la publicación del manifiesto leído por los afiliados franceses en el Congreso de Ginebra, a menos que se "insertaran en él algunas palabras de gratitud hacia el emperador, que tanto había hecho por los obreros". Y aunque los afiliados franceses se cuidaban mucho de no hostigar a la bestia al acecho, actitud por la cual los radicales burgueses los tildaban de bonapartistas, el gran estratega no consiguió lo que se proponía.

No nos interesa averiguar aquí si, como afirman algunos escritores franceses, esos afiliados de la Internacional se dejaron empujar por estas sospechas a participar de algunas protestas mansas de la

burguesía radical contra el Imperio. Sea con fuera, es claro que las razones que impulsaron a Bonaparte a romper de un modo abierto con la clase obrera eran más profundas. El movimiento huelguista generado por la crisis asoladora de 1866 adquiría unas proporciones preocupantes; además, los obreros de París, influidos por la Internacional, habían intercambiado mensajes de paz con los obreros de Berlín cuando, en la primavera de 1867, parecía inminente la guerra entre Francia y la Confederación Alemana del Norte por la disputa de Luxemburgo; y, finalmente, la burguesía francesa pegaba un alarido tan ensordecedor pidiendo "venganza por lo de Sedova", que en las Tullerías surgió la ingeniosa idea, aunque algo desagradable, de taparle la boca con unas cuantas concesiones "liberales".

En estas circunstancias, Bonaparte se proponía matar dos pájaros de un tiro, al proceder contra las oficinas de la Internacional en París bajo pretexto de haber descubierto en ellas un centro de conspiración feniana. La realidad era que, pese a todos los registros domiciliarios con los que sus oficiales sorprendieron, en las horas más inoportunas, a los afiliados de esta sección, no pudo encontrarse ni el más mínimo indicio de tal conspiración. Para no hacer tanto el ridículo, no quedaba más opción que perseguir en la justicia al comité de París, por ser una asociación de más de veinte miembros no autorizada por la ley. La acusación fue difundida los días 6 y 20 de marzo contra quince miembros de la Internacional; el tribunal condenó al pago de una multa de 100 francos a cada uno de los acusados y decretó la clausura de las oficinas. Las instancias superiores, a las que se apeló, confirmaron el fallo.

Pero antes de la apelación, sin embargo, ya se había iniciado un nuevo proceso. Tanto el fiscal como el tribunal habían tratado a los acusados con una inusual consideración; mientras que Tolain, a quien le habían confiado la defensa, mantuvo un tono muy moderado. Sin embargo, no habían pasado más que dos días desde el inicio del proceso, cuando el 8 de marzo se abrían en París otras nuevas oficinas de la Internacional, y esta burla manifiesta sepultó las últimas ilusiones que aún tenía Bonaparte. El día 22 de mayo fueron sentados en el tribunal nueve integrantes del nuevo Comité y, después de un discurso tan brillante como duro de Varlin, fueron condenados a tres meses de cárcel. Con esto, se dejaba en claro cuáles eran, en realidad, las relaciones entre el imperio y la Internacional, y la sección francesa salía fortalecida de esta ruptura definitiva y abierta con los asesinos de diciembre.

Otro gobierno con quien la Internacional tuvo un fuerte conflicto fue el de Bélgica. Los propietarios de la cuenca minera de Charleroi terminaron por obligar a sus obreros, míseramente pagados, a rebelarse a fuerza de provocaciones, para luego soltar a las tropas del Estado sobre la multitud inerme. En medio del pánico, la sección belga de la Internacional hizo suya la causa de aquellos proletarios bestialmente reprimidos, describió en la prensa y en una serie de actos su preocupante situación, auxilió a las familias de los muertos y heridos, y defendió con su consejo procesal a los presos, a quienes el jurado puso en libertad.

El ministro de Justicia De Bara se vengó de todo esto profiriendo ante la Cámara belga una catarata de insultos contra la Internacional. Amenazó con aplicar medidas represivas y habló, sobre todo, de prohibir el próximo Congreso, que habría de celebrarse en Bruselas. Pero la Internacional no se dejó intimidar; contestó con una carta abierta en la que decía que no obedecería las órdenes de ningún personaje, quienquiera que fuese, y que el Congreso se celebraría en Bruselas, aunque al señor Ministro de Justicia no estuviese de acuerdo.

2. SUIZA Y ALEMANIA

La palanca más poderosa del gran auge de la Internacional durante estos años fue la ola general de huelgas producida en todos los países con un desarrollo más o menos capitalista por el *crash* de 1866.

El inicio de estas huelgas no fue responsabilidad del Consejo General, pero allí donde surgían espontáneamente, intervenía con el asesoramiento y la acción para asegurar el triunfo de los trabajadores, movilizando la solidaridad internacional de la clase obrera. Le sacaba de las manos a los capitalistas aquel arma tan cómoda que consistía en boicotear las huelgas trayendo mano de obra de otros países. Entre aquellas tropas que venían a colaborar, sin saberlo, con el enemigo común, la Internacional reclutaba además nuevos aliados, dispuestos a la lucha y el sacrificio; a la vez, buscaba convencer a los obreros de todos los países adonde llegaba su influencia de que era por su propio interés que debían acompañar los reclamos de clase de sus colegas extranjeros. Esta intervención le generó muchos beneficios a la Internacional, y la hizo merecedora de un gran prestigio en toda Europa, que sobrepasaba su poder real. La burguesía no quería, o quizás no podía, entender que las huelgas tenían su origen en la miseria de la clase obrera; trataba, al contrario, de explicarlas como el resultado del accionar de la

Internacional. En consecuencia, esta se convertía en una especie de monstruo al que había que combatir y, al mismo tiempo, no había huelga importante que no pasara a ser una lucha para la Internacional, lucha de la que esta salía, en general, fortalecida.

Casos típicos de esto fueron la huelga de obreros de la construcción planteada en Ginebra en la primavera de 1868, así como la de cinteros y tintoreros de la seda que explotó en Basilea en el otoño del mismo año y terminó en la primavera siguiente. En Ginebra, los obreros de la construcción fueron al paro para pedir un aumento de salario y una disminución de la jornada laboral; fue la patronal quien puso como condición para llegar a un acuerdo que los obreros se separaran de la Internacional. Los huelguistas rechazaron inmediatamente esta condición y, gracias a la colaboración del Consejo General en Inglaterra, Francia y otros países, lograron imponer sus demandas. Pero todavía fue más superficial y caprichoso el accionar de los capitalistas de Basilea, al negarle a los cinteros de una fábrica, sin argumento ni pretexto alguno, un par de horas de descanso que venían disfrutando por tradición antiquísima al llegar el último día de la feria de otoño, con esta amenaza: el que no obedece, se va a la calle. Una parte de los obreros se resistió y fue echada con violencia de la fábrica por la policía al día siguiente, sin que se le respetaran las dos semanas de plazo legales para el despido. Esta muestra de brutalidad e insolencia capitalista puso de pie a la clase obrera de Basilea, e inició una lucha que se prolongó por varios meses y que culminó en el intento del Gobierno de intimidar a los obreros a través de una serie de medidas militares y de una especie de estado de guerra.

Rápidamente se demostró que aquellas groseras provocaciones de Basilea no perseguían otro fin que el de combatir a la Internacional. Para conseguirlo, los capitalistas apelaban a los medios más crueles, desalojando a los obreros sin trabajo y haciendo que el panadero, el carnicero y demás comerciantes se negaran a fiarles; ni retrocedían tampoco ante medidas tartarinescas, como enviar un emisario a Londres para que investigara los recursos financieros con los que contaba el Consejo General. "Si estos buenos cristianos ortodoxos hubieran vivido en los inicios del cristianismo, su primera medida habría sido investigar la cuenta corriente del apóstol San Pablo en el Banco de Roma". Marx se refería, con esta sátira, a una frase del *Times* en la que se comparaban las secciones de la Internacional con las primeras comunidades cristianas. Pese a todas aquellas persecuciones, los obreros de Basilea se mantuvieron fieles a la Internacional, y cuando por fin los capitalistas no tuvieron más remedio que ceder,

celebraron su triunfo con una gran manifestación por las calles de la ciudad. También ellos recibieron un generoso apoyo de otros países. Los efectos de estas huelgas llegaron hasta los Estados Unidos, donde la Internacional empezaba a consolidarse; F. A. Sorge, fugitivo del 48 y ahora profesor de música, conquistó en Nueva York una posición parecida a la de Becker en Ginebra.

Lo más importante de este movimiento huelguístico fue que le abrió a la Internacional las puertas de Alemania, donde hasta entonces no había conseguido formar más que unas cuantas secciones aisladas. Después de enormes luchas y conflictos, la Asociación General de Obreros Alemanes había ido incrementándose y seguía creciendo de una manera magnífica, sobre todo desde que sus afiliados habían designado como su líder a Schweitzer. Este ocupaba en el parlamento del norte de Alemania una banca representando al distrito de Elberfel-Barmen, al lado de su antiguo contrincante Liebknecht, que representaba al distrito sajón de Stollberg-Schneeberg. No pasó mucho tiempo hasta que se enfrentaron violentamente por sus opiniones opuestas ante el problema nacional; mientras que el primero, fiel al criterio de Marx y Engels, aceptaba la situación posterior al conflicto de Königgrätz, el segundo combatía a la Confederación Alemana del Norte como instrumento de un poder despótico insolente, que era preciso destruir antes que nada, aun a riesgo de posponer por el momento las reivindicaciones sociales.

Liebknecht había colaborado en la fundación, en el otoño de 1866, del Partido Popular Sajón, que tenía un programa democrático-radical, aunque no socialista todavía, y cuyo órgano de prensa era, desde comienzos de 1868, el *Semanario democrático*, dirigido por él y publicado en Leipzig. Este partido estaba integrado en gran parte por la clase obrera sajona, aspecto en el cual tenía una gran ventaja por sobre el Partido Popular Alemán, en el que, junto a un puñado de intelectuales honestos, como Juan Jacoby, figuraba un tropel de demócratas bursátiles de Frankfurt, de republicanos suabos y de miembros moralmente indignados por el desafuero cometido por Bismarck al sacar del medio a unos cuantos príncipes de menor importancia. El Partido Popular Sajón tenía un par bastante más ameno en la Liga de Asociaciones Obreras Alemanas, fundada por la burguesía progresista frente a las primeras intervenciones de Lassalle y para contrarrestar su propaganda, y que, luchando contra los lassalleanos, se había ido inclinando hacia la izquierda, sobre todo desde que Augusto Bebel, en quien Liebknecht tenía a un compañero fiel, fue designado Presidente de esta organización.

En su primer número, el *Semanario democrático* describía a Schweitzer como un hombre a quien todos los líderes de la causa democrática le habían dado la espalda. Sin embargo, estas eran disputas antiguas, dado que la crítica que Schweitzer recibiera tres años antes de Marx y Engels no lo había corrido en lo más mínimo de su objetivo, que era amedrentar al movimiento obrero alemán manteniéndose fiel al espíritu de Lassalle, pero sin permitir que se transformara en una secta, servilmente aferrada a las palabras de su fundador. Él fue quien primero, y más a conciencia que el propio Liebknecht, intentó difundir entre los obreros alemanes el primer tomo de *El Capital*, y en abril de 1868 se dirigió personalmente a Marx para pedirle consejos sobre una baja en los aranceles del hierro, que planeaba el Gobierno prusiano.

Aunque solo fuera en su calidad de secretario corresponsal del Consejo General para Alemania, Marx no podía negarse a contestar una pregunta que le hacía el representante obrero en el parlamento de un distrito industrial. Aparte de esto, había llegado a formarse una opinión bastante distinta a la que antes tenía del accionar de Schweitzer. Aunque no la seguía más que de lejos, reconocía "sin reservas la inteligencia y la iniciativa" con las que Schweitzer participaba en el movimiento obrero, y en los debates del Consejo General lo trataba como a un hombre de su partido, sin referirse nunca a sus diferencias.

No es que estas se hubiesen resuelto ni mucho menos. Marx y Engels no dejaron de desconfiar de Schweitzer, y aunque ya no sospecharan de que fuera cómplice de Bismarck, desconfiaban de que su acercamiento a Marx tuviese como objetivo hacer que Liebknecht se fuera; no lograban liberarse de la idea de que la Asociación General de Obreros Alemanes era una "secta", ni de la sospecha de que lo que sobre todo le importaba a Schweitzer era tener "su propio movimiento". Pero no por eso dejaban de reconocer que su política era muy superior a la de Liebknecht.

Marx entendía que Schweitzer era, indudablemente, el más inteligente y el que más iniciativa tenía de todos los dirigentes obreros alemanes de su tiempo, y que, de no ser por él, Liebknecht habría olvidado que existía un movimiento obrero independiente del movimiento democrático pequeñoburgués. Engels pensaba también, coincidiendo esencialmente con esto, que aquel "sujeto" entendía mucho mejor que todos los demás la situación política y exponía más hábilmente, en general, su actitud respecto a los otros partidos.

"Calificaba a todos los partidos viejos que se enfrentaban con el nuestro como una sola masa reaccionaria, cuyas diferencias apenas tenían importancia para nosotros. Y aun reconociendo que los acontecimientos de 1866 y sus consecuencias habían deslegitimado la monarquía parcelaria y socavado la reacción poniendo al pueblo de pie, ahora arremete también contra las demás consecuencias, la opresión fiscal, etcétera, y adopta ante Bismarck una actitud mucho más 'correcta', como dicen los berlineses, que la que adopta, por ejemplo, Liebknecht frente a los 'ex príncipes'". Hablando de esta táctica de Liebknecht, Engels dice en otra ocasión que ya está cansado de que le digan una y otra vez que "no podemos pensar en hacer una revolución sin antes haber restaurado la Dieta federal, al güelfo ciego y al honrado Gran Elector de Hesse, y haber concretado una venganza implacable y cruel contra el imprudente de Bismarck". Aunque en estas palabras hubiese algo de impaciente exageración, no puede negarse que encierran también una gran parte de verdad.

Marx dijo una vez que hasta entonces se había creído que la formación del mito cristiano en Roma había sido posible gracias a que aún no estaba inventada la imprenta. No era así, sino al contrario. La prensa diaria y el telégrafo, difundiendo sus invenciones sobre el mundo entero, fabricaban más mitos –mitos que el burro burgués cree y propaga– en un día, de los que antes pudieran construirse en todo un siglo. Una prueba bastante contundente de que esto es así la tenemos en la leyenda, mantenida durante muchos años y que seguramente no creían solamente los "burros burgueses", de que Schweitzer había traicionado al movimiento obrero entregándolo a Bismarck, hasta que Liebknecht y Bebel intervinieron para rescatarlo.

La verdad es al revés. Schweitzer abogó desde el principio por una posición realmente socialista, mientras que el *Semanario democrático* de Liebknecht coqueteaba con los sectores particularistas de los "ex príncipes" y con la corrupción de los liberales en Viena, de una manera que no puede tener justificación ante ojos socialistas. Lo que dice Bebel en sus Memorias de que hubiese sido deseable el triunfo de Austria sobre Prusia, ya que la revolución se hubiera apropiado más fácilmente de un Estado internamente débil como Austria que de un Estado fuerte como Prusia, es una declaración añadida, de la que, cualquiera sea su base de realidad, no encontramos indicios en las manifestaciones de la época.

Marx, pese a la relación de amistad que tenía con Liebknecht y de su desconfianza hacia Schweitzer, supo percibir la realidad. Ante la

consulta que este le hiciera sobre la rebaja de los aranceles del hierro, le dio una respuesta completa y profunda, aunque muy cautelosa en relación con la forma. Schweitzer hizo la misma sugerencia que ya había hecho tres años antes: propuso a la asamblea general de la Asociación de Obreros Alemanes, reunida en Hamburgo a fines de agosto de 1868, la incorporación a la Internacional, aunque no pudiera efectuarse formalmente, para no infringir las leyes alemanas de asociación, sino bajo la forma de un mensaje de solidaridad y simpatía. A esta asamblea había sido invitado Marx como huésped de honor, para que los obreros alemanes le hicieran un homenaje por su obra científica. Consultado antes por Schweitzer, le contestó cordialmente, pero no llegó a presentarse en la asamblea de Hamburgo, pese a la insistencia con la que fue requerido para que fuera.

En la carta que escribió dando las gracias por la "honrosa invitación", alegaba que los trabajos preparatorios del Consejo General para el Congreso de Bruselas le impedían salir de Londres, pero "se alegraba", sin embargo, de ver que el orden del día de la asamblea de Hamburgo contenía los puntos de los que, en efecto, todo movimiento obrero serio debería partir: campaña de propaganda por la libertad política plena, reglamentación de la jornada de trabajo y cooperación internacional sistemática de la clase obrera. Marx le escribía a Engels diciéndole que con esta carta felicitaba a los lassalleanos por haber abandonado el programa de su referente, pero es difícil pensar que Lassalle hubiera objetado alguno de estos tres puntos.

El que en realidad rompió con las tradiciones lassalleanas fue el propio Schweitzer en la asamblea de Hamburgo, obteniendo para sí y para su colega en el Reichstag, Fritzsche, después de un fuerte debate en el que tuvo que terminar planteando la cuestión de la confianza, un mandato para hacer en Berlín, a fines de septiembre, un congreso general de obreros alemanes, con el fin de crear una organización obrera amplia y poderosa que dirigiera el movimiento de huelgas. Schweitzer había aprendido de las experiencias huelguistas de Europa y, aunque no sobredimensionaba su importancia, comprendía perfectamente que un partido obrero consciente de su misión no podía dejar que las huelgas crecieran de una manera confusa y caótica, generadas por el impulso de lo inevitable. No retrocedía, entonces, ante el temor de tener que fundar sindicatos, pero sin tener una idea clara de sus demandas, ya que quería organizarlos con la misma rigidez de la Asociación de Obreros Alemanes y someterlos, en cierta forma, como fuerzas de choque, a su dirección.

Fue inútil que Marx buscara disuadirlo de este grave error. De la correspondencia cruzada entre los dos se conservan todas las cartas de Schweitzer, pero de Marx solo la del 13 de octubre de 1868, seguramente la más importante de todas. En esta carta, impecable en su forma y llena de sincera cordialidad, Marx desarrolla las principales objeciones que opone a la organización sindical proyectada por Schweitzer, si bien la impresión de esta crítica resulta afectada, al calificar la Asociación fundada por Lassalle como una "secta" que debiera decidirse de una vez a disolverse en el movimiento de clases. En su carta de respuesta, la última que habría de dirigirle a Marx, Schweitzer hacía constar, con razón, que siempre había procurado mantenerse en la misma línea que el movimiento obrero de Europa.

Pocos días después de celebrarse la asamblea de Hamburgo, se reunía en Núremberg la Liga de Asociaciones Obreras Alemanas. También esta organización supo entender las exigencias del momento. La mayoría abrazó como programa político los ejes principales de los estatutos de la Internacional y admitió como órgano propio el *Semanario democrático*; la minoría, derrotada, se retiró para no volver. Luego, la mayoría descartó una propuesta sobre la fundación de cajas de auxilio a la vejez para obreros, bajo el control del Estado, optando por otra sobre la fundación de cooperativas sindicales, que eran, como la experiencia demostraba, las que mejor mantenían las cajas de auxilio a la vejez, enfermedades y traslados. Sin embargo, esta razón no era tan poderosa como la que invocaba la lucha entre el capital y el trabajo, de la que surgían las huelgas. En Hamburgo, la incorporación a la Internacional se había decidido también por el interés común de todos los partidos obreros; en Núremberg, la situación no fue tan clara y definida. Pocas semanas después, el *Semanario democrático* remarcaba la aceptación del programa de Núremberg votado por el Partido Popular Alemán, reunido en Stuttgart.

No obstante, se había conseguido un acercamiento entre la Asociación General de Obreros Alemanes y la Liga de Asociaciones Obreras, y Marx se esforzó cuanto pudo para unificar el movimiento obrero alemán, haciendo de mediador imparcial entre Liebknecht y Schweitzer. No lo consiguió, sin embargo. Las asociaciones de Núremberg se negaron, bajo un pretexto infundado, a mandar delegados al congreso sindical de Berlín. Este congreso, muy concurrido, determinó la fundación de una serie de "grupos", reunidos en una "Liga de Grupos Obreros", a cuyo frente estaba, de hecho, Schweitzer.

Por su parte, las asociaciones de Núremberg, tomando como base unos estatutos redactados por Bebel, mucho más plegados a las demandas sindicales que los de Schweitzer, procedieron a la fundación de "cooperativas sindicales internacionales"–así rezaba su pomposo título–, y se ofrecieron a negociar una fusión con la otra tendencia, de la cual recibieron un brusco rechazo. Se les reprochaba haber sido ellas las que rompieron la unión, diciéndoseles que se podían ahorrar el intento de restablecer la unidad y que si su interés por la causa era real se afiliaran a la Liga de Grupos Obreros, disputando desde adentro para implantar las reformas que estimaran apropiadas.

Marx fue incapaz, como vemos, de evitar la ruptura del movimiento obrero alemán, pero sí pudo ver con satisfacción que ambas ramas se adherían a la Internacional, y así nació en él la idea de trasladar el Consejo General para el año siguiente a Ginebra, ahora que la organización estaba ampliando, aunque solo fuera levemente, su campo de influencia.

A ello contribuían también los malos momentos que le hacía pasar la sección francesa de Londres, reducida en número, pero no por ello menos conflictiva. El aplauso tributado por esta sección a aquel comediante loco de Pyat, que predicaba el asesinato de Bonaparte, le generó a la Internacional más de un disgusto. Y como el Consejo General se esforzaba por ponerle un límite a sus desmanes, aquel los acusó de "dictadores" y preparó un pliego de cargos contra él para el Congreso de Bruselas.

Por fortuna, Engels disuadió enfáticamente a Marx de dar aquel paso. Por culpa de unos cuantos idiotas, no iban a dejarse las cosas en manos de gente que, por mucha que fuera su buena voluntad y por certero que fuese su instinto, no tenían condiciones para dirigir el movimiento. Cuanto más se desarrollara y más trascendiera a Alemania, más obligado estaba Marx a no sacar las manos de él. Y, en efecto, pronto habría de demostrarse, y precisamente en aquella misma Ginebra, que la buena voluntad y el instinto no bastaban para dirigir un movimiento como este.

3. **LAS CAMPAÑAS DE BAKUNIN**

El tercer Congreso de la Internacional se reunió en Bruselas entre el 6 y el 13 de septiembre de 1868.

Fue un congreso mucho más concurrido que los anteriores y también que los posteriores, si bien presentaba un carácter fuertemente local; más de la mitad de los delegados procedían de Bélgica. Alrededor de uno de cada cinco era de Francia. Entre los once delegados ingleses había seis representantes del Consejo General; los más destacados eran Eccarius, Jung, Lessner y el sindicalista Lucraft. De Suiza solo fueron ocho representantes y de Alemania tres, entre los cuales figuraba Moses Hess, de Colonia. Schweitzer, a quien se había invitado oficialmente, se vio imposibilitado de ir debido a que diferentes obligaciones judiciales requerían su presencia, pero hizo constar por escrito la adhesión de la Asociación General de Obreros Alemanes a los objetivos de la Internacional, si bien las leyes alemanas le impedían afiliarse formalmente a ella. Italia y España mandaron un delegado cada una.

En los debates de este congreso se vio claramente que en su cuarto año de historia el accionar de la Internacional había sido mucho más intenso. La resistencia opuesta en Ginebra y Lausana por los proudhonistas a los sindicatos y a las huelgas, se había transformado casi en lo contrario. Y aunque obtuvieron una resolución académica de homenaje a los "bancos de intercambio" y al "crédito gratuito", a Eccarius no le fue difícil demostrar sobre la experiencia inglesa la imposibilidad práctica de estos remedios ponderados por los proudhonistas, mientras Hess documentaba su fragilidad teórica valiéndose de la obra polémica escrita veinte años atrás por Marx contra Phoudhon.

En cambio, salieron completamente derrotados en la "cuestión de la propiedad". A propuesta de De Paepe fue votada una extensa resolución, minuciosamente argumentada, en la cual se decía que, en toda sociedad bien organizada, las canteras, las minas de carbón y demás explotaciones mineras, al igual que los ferrocarriles, debían pertenecer a la colectividad, es decir, al Estado nuevo que se creara sobre la ley de la justicia social, y que, mientras tanto, su explotación debía entregarse a compañías obreras, con las garantías necesarias para la colectividad. Asimismo debían pasar a ser propiedad común del Estado las tierras de cultivo y los bosques, entregándose, bajo idénticas condiciones y garantías, a sociedades agrícolas de campesinos. Y, finalmente, debían ser patrimonio colectivo de la sociedad todos los medios de transporte, canales, vías públicas, redes de telégrafos, etcétera. Con su violenta protesta contra este "comunismo en bruto", los franceses solo consiguieron dejar la

cuestión en pie para que se siguiera discutiendo en el siguiente congreso, que habría de reunirse en Basilea.

Marx no intervino personalmente, según él mismo dice, en la escritura de los acuerdos realizados en Bruselas, aunque no estaba disconforme con el rumbo de este congreso. No solo por la satisfacción personal y objetiva de que en él la clase obrera, como ya antes en Hamburgo y en Núremberg, le hiciera un homenaje por su obra científica, sino porque el congreso había desestimado también los cargos de la sección francesa de Londres contra el Consejo General. Únicamente calificaba de "absurdo" el acuerdo, surgido desde Ginebra, de tratar de impedir cuantas guerras amenazaran con declararse por medio de paros generales, organizando la huelga de los pueblos. En cambio, nada tenía que objetar contra el hecho de que el congreso rompiera definitivamente con la Liga de la Paz y la Libertad, que celebró su segunda reunión en Berna poco después. Esta Liga le había propuesto a la Internacional una alianza y el Congreso de Bruselas le contestó secamente que no tenía razón de ser, y que lo mejor que podía hacer era disolverse, invitando a sus afiliados a ingresar en la sección correspondiente de la Internacional.

El principal impulsor de esta alianza era Miguel Bakunin, que había asistido al primer congreso de la Liga de la Paz en Ginebra, incorporándose a la Internacional dos meses antes del congreso de Bruselas. Después de rechazada la alianza por la Internacional, Bakunin intentó convencer al congreso de Berna de que la Liga de la Paz y la Libertad abrazara un programa que tendía a la destrucción de todos los Estados para levantar sobre sus ruinas una federación de cooperativas de productores libres en todos los países. Quedó, sin embargo, en minoría, con el voto, entre otros, de Juan Felipe Becker, a quien se unió para fundar una nueva Alianza Internacional de la Democracia Socialista que, aunque habría de unirse con la Internacional, se propondría como objetivo propio estudiar los problemas políticos y filosóficos a base del gran principio de la igualdad humana y social de todos los hombres sobre la tierra.

Becker anunció en el número de septiembre del *Vorbote* este programa, cuya finalidad se dirigía a crear secciones de la Internacional en Francia, Italia, España y demás países a los que llegara su influencia. Sin embargo, hasta pasados tres meses, el 15 de diciembre de 1868, no solicitó al Consejo General la admisión de la Alianza en la Internacional, después de denegado el pedido por el Consejo General belga y el francés. A la semana siguiente, el 22 de

diciembre, Bakunin le escribía a Marx desde Ginebra: "Mi viejo amigo: nunca he entendido mejor que ahora cuánta razón tienes al seguir el camino de la revolución económica, invitándonos a ir contigo y despreciando a quienes se pierdan por senderos nacionales o únicamente políticos. Yo hago ahora lo mismo que tú haces desde hace más de veinte años. Desde aquella despedida pública y solemne con la que me separé de los burgueses del congreso de Berna, no conozco más sociedad ni otro mundo que el de los obreros. Mi patria es ahora la Internacional, entre cuyos más destacados fundadores estás tú. Ya ves, entonces, querido amigo, que soy discípulo tuyo, y me siento orgulloso de serlo. Tanto en cuanto a mi posición como a mis ideas personales". No hay razón alguna que nos permita dudar de la sinceridad de estas afirmaciones.

Para entender bien la relación que había entre estos dos hombres, nada mejor que leer aquel paralelo trazado por Bakunin años más tarde, entre Marx y Proudhon, cuando ya era decidida y franca su hostilidad contra el primero. "Marx –dice Bakunin– es un pensador serio y profundo de los problemas económicos. Le lleva a Proudhon la inmensa ventaja de ser un verdadero materialista. Proudhon, pese a todos los esfuerzos que ha hecho por desprenderse de las tradiciones del idealismo clásico, ha sido durante toda su vida un idealista incorregible, influido por momentos por la Biblia y por momentos por el Derecho Romano, como yo mismo le dije dos meses antes de su muerte, y metafísico, siempre y en todo, hasta los huesos. Su gran desgracia fue no haber estudiado jamás ciencias naturales ni haber absorbido sus métodos. Era un hombre de instinto y este le indicaba alguna que otra vez el camino acertado, pero, de la mano de sus malos hábitos, es decir, de los hábitos idealistas de su espíritu, volvía a reincidir enseguida en los viejos errores. Así se explica que Proudhon viviera en una contradicción permanente, un genio poderoso, un pensador revolucionario que luchó sin descanso contra las ilusiones del idealismo, pero sin llegar jamás a vencerlos". Hasta aquí, el perfil de Proudhon trazado por Bakunin.

A continuación, expone las características esenciales de Marx, tal como él las veía. "Como pensador, Marx va por el camino correcto. Proclama por principio fundamental que los desarrollos religiosos, políticos y jurídicos de la historia no han sido nunca las causas, sino los efectos de los desarrollos económicos. Es esta una gran y fecunda idea, que Marx no fue el primero en descubrir: ya antes la habían vislumbrado y en parte proclamado muchos otros, pero lo que no puede negársele es el honor de haberla desarrollado científicamente,

tomándola como base de todo un sistema económico. En cambio, la libertad supo comprenderla y sentirla Proudhon mucho mejor que Marx; aunque no fuesen tan grandes su doctrina y su imaginación, Proudhon poseía el verdadero instinto del revolucionario. Llevaba a Satán en su interior y predicaba la anarquía. Es muy posible que Marx haya elaborado un sistema más racional de libertad incluso que Proudhon, pero le falta el instinto de este. Como alemán y judío que es, es un autoritario de los pies a la cabeza". Así se expresaba Bakunin.

En lo que a él se refería, sacaba de esta comparación la conclusión lógica de que había incorporado la unidad superior de estos dos sistemas. Él había desarrollado el sistema anárquico de Proudhon, liberándolo de todos sus componentes doctrinarios, idealistas y metafísicos, y dándole una base de materialismo histórico científico. Pero esto era una ilusión exagerada de Bakunin. No puede negarse que este estaba muy por encima de Proudhon, a quien superaba en cultura europea, ni que comprendía a Marx mucho mejor que aquel. Pero no había pasado por la escuela de la filosofía alemana tan concienzudamente como Marx, ni había estudiado con la misma profundidad las luchas de clases de los pueblos occidentales. Y, sobre todo, su desconocimiento de la economía política era mucho más perjudicial para él que para Proudhon la ignorancia de las ciencias naturales. Es cierto que esta laguna en la formación de Bakunin se debía a que había tenido que pasarse sus mejores años purgando su accionar revolucionario en las cárceles de Sajonia, Austria y Rusia, y en las estepas siberianas, pero la laguna era real y había que reconocerla.

Lo de llevar "a Satán en su interior" era su fuerte, pero también su debilidad. El famoso crítico ruso Bielinsky explica, con palabras tan hermosas como justas, qué entendía Bakunin por esa expresión, que tanto le gustaba: "Miguel tiene la responsabilidad y la culpa de mucho de lo que le pasa, pero hay algo en él que supera todos sus defectos: el principio eternamente propulsor que vive en lo profundo de su espíritu". Bakunin tenía un carácter esencialmente revolucionario y poseía, como Marx y como Lassalle, el don de hacerse oír. ¿Cómo, si no, un pobre prófugo que no tenía más fortuna que su espíritu y su iniciativa, podía haber sentado las bases del movimiento obrero internacional en países como España, Italia y Rusia? Pero basta con nombrar a estos países para poner el dedo en la profunda diferencia que había entre Marx y Bakunin. Los dos veían a la revolución acercarse a pasos acelerados, pero mientras que Marx se había dado cuenta de que el proletariado industrial, al cual había estudiado en Inglaterra, Francia y Alemania, era la columna vertebral del cambio por

venir, Bakunin hacía sus cálculos con las tropas amontonadas de los jóvenes desclasados, las masas campesinas y el proletariado de los barrios marginales. Y aun reconociendo que, como pensador científico, Marx era muy superior a él, no dejaba de caer con su accionar, una y otra vez, en los errores propios de los revolucionarios de la generación anterior. Sin embargo, reconoció su destino y se consoló con la idea de que si bien la ciencia podía ser el compás de la realidad, no era la realidad misma, y que solo esta creaba cosas y seres reales.

Sería una locura, y al mismo tiempo una injusticia, calificar la relación de Marx y Bakunin tomando en cuenta solamente la discordia con la que terminó. Mucho más interesante, en el plano político y, sobre todo, en el psicológico, es observar cómo en el transcurso de treinta años, estos dos hombres no dejaron de atraerse y repelerse mutuamente. Ambos empezaron siendo neohegelianos; Bakunin, incluso, fue uno de los fundadores de los *Anales franco-alemanes*. Al producirse la ruptura entre Ruge, su antiguo protector, y Marx, tomó partido por este. Pero cuando en Bruselas vio qué era lo que Marx entendía por propaganda comunista, retrocedió espantado y, unos meses más tarde, se entusiasmó con la iniciativa de Herwegh y su grupo de emigrados, para volver a reconocer y confesar, enseguida y abiertamente, su error.

Poco tiempo después, en el verano de 1848, la *Nueva gaceta del Rin* lo acusó de ser un instrumento a sueldo del Gobierno ruso, error al que la revista había sido inducida por dos vías independientes la una de la otra y que enseguida rectificó, en términos tales que satisficieron plenamente a Bakunin. En Berlín, donde coincidieron este y Marx, reanudaron su vieja relación, y la *Nueva gaceta del Rin* defendió enfáticamente al proscripto ruso cuando este fue expulsado de Prusia. Poco después, la revista criticaba fuertemente su campaña paneslavista, pero anteponiendo esta afirmación: "Bakunin es nuestro amigo", y reconociendo expresamente que actuaba de buena fe, por motivos democráticos, y que sus errores en torno a la causa eslavista eran muy entendibles. Por lo demás, Engels, autor de estos artículos, se equivocaba en la objeción principal formulada contra Bakunin; los pueblos eslavos de Austria, a los que Engels les negaba todo futuro histórico, lograron imponerse. Marx y Engels fueron los primeros y los más entusiastas en reconocer la participación revolucionaria de Bakunin en el levantamiento de mayo, en Dresde.

Después de su retirada de aquella acción en Dresde, Bakunin fue tomado como prisionero y condenado a muerte por dos consejos de

guerra, primero en Sajonia y después en Austria, y en ambos casos "indultado" a cadena perpetua y enviado a Rusia, donde vivió años de tremendas torturas en el fuerte de Pedro y Pablo. Fue por entonces cuando un urquhartista publicó otra vez en el *Morning Advertiser* la acusación injuriosa de que Bakunin era un agente del Gobierno ruso y no estaba, ni mucho menos, encarcelado. Contra esta calumnia protestaron desde las columnas del mismo periódico Herzen, Mazzini, Ruge y Marx. Por una desgraciada coincidencia resultó que quien había escrito la acusación también se llamaba Marx, y aunque el señor en cuestión se negara a aclarar públicamente su nombre, no era un desconocido para quienes se mantenían informados. Esta coincidencia fue explotada después por el falso revolucionario de Herzen, para amar una cobarde confabulación. Cuando Bakunin, a quien sacaron de la cárcel en 1857 para deportarlo a Siberia, de donde logró fugarse en 1861, llegó a Londres, pasando por Japón y los Estados Unidos, Herzen lo persuadió de que Marx lo había denunciado en la prensa inglesa como espía ruso. Fue el primero de los chismes malintencionados que tanto habrían de complicar las relaciones entre ambos.

Hacía más de diez años que Bakunin estaba alejado de todo contacto con Europa; así se explica que al llegar a Londres se acercara a los emigrados rusos del estilo de Herzen, con los que, en el fondo, no tenía la más mínima afinidad. Incluso en su paneslavismo, si pudiese hablarse así, Bakunin se mantenía fiel a sus tradiciones revolucionarias, mientras que Herzen, insultando a aquella "Europa podrida" y haciendo un culto místico de la aldea rusa, no hacía más que representar los intereses del zarismo bajo la máscara de un liberalismo moderado. Nada dice contra Bakunin que mantuviese hasta la muerte de Herzen las relaciones de amistad que lo unían a él, de quien en su difícil juventud había recibido ayuda. Políticamente, ya lo había repudiado en 1876, criticándole que pretendiera hacer una revolución social sin una revolución política y que se lo perdonara todo al Estado con tal de que no tocara a la aldea rusa, de la que Herzen esperaba no solo la redención de Rusia y de todos los países eslavos, sino también la de Europa y el mundo entero. Bakunin sometía esta ilusión a una crítica demoledora.

Pero la realidad fue que al volver, fugado, de Siberia, se fue a vivir a la casa de Herzen, hecho que impidió cualquier contacto con Marx. No obstante –y esto es característico de la personalidad de Bakunin–, este tradujo al ruso el *Manifiesto comunista* y lo publicó en el *Kolokol*, órgano de Herzen.

La segunda vez que Bakunin se trasladó a Londres, en la época de la fundación de la internacional, fue Marx el que rompió el hielo y fue a visitarlo. Le aclaró no solo que él no había sido el autor de la injuria, sino que la había combatido con todo el énfasis posible. Después de esta explicación, se separaron como amigos; Bakunin estaba entusiasmado con los planes de la Internacional, y Marx le escribió a Engels, el 4 de noviembre: "Bakunin me ha mandado saludos para ti. Ha salido hoy para Italia (Florencia), donde reside. No he de ocultar que me ha causado una muy buena impresión, bastante mejor que antes... Es uno de los pocos hombres a quienes desde hace dieciséis años solo veo progresar, y no retroceder".

La alegría con la que Bakunin saludó el nacimiento de la Internacional habría de acabarse enseguida. Su estadía en Italia despertó en él al "revolucionario de la generación anterior". Había elegido para vivir este país por su clima y porque era económico, no teniendo, como no tenía, acceso a Francia ni a Alemania; pero también por cuestiones políticas. Veía en los italianos a los aliados naturales de los eslavos contra el Estado impuesto de Austria, y las heroicidades de Garibaldi habían estimulado ya en Siberia su imaginación, haciéndole creer que la marea revolucionaria volvía a subir. En Italia se encontró con una multiplicidad de sectas políticas secretas; se encontró con una intelectualidad sin clase dispuesta a embarcarse en todo tipo de conspiraciones, con una masa campesina que vivía constantemente al borde del hambre y, finalmente, con un proletariado harapiento, eternamente descontento, del cual eran una típica representación aquellos *lazaroni* de Nápoles, adonde trasladó su domicilio desde Florencia y donde residió varios años. Estas clases eran, a sus ojos, los verdaderos motores de la revolución. Pero, si consideraba a Italia como el país en el que la revolución social era más inminente, rápidamente se vería obligado a reconocer su error. En Italia seguían prevaleciendo las campañas de Mazzini y este era un firme opositor al socialismo; con sus gritos de guerra turbiamente religiosos y sus tendencias rígidamente centralistas, no luchaba más que por la república unitaria burguesa.

Durante los años de su residencia en Italia, el trabajo de agitación revolucionaria de Bakunin fue tomando una forma más concreta. Dada su carencia de formación teórica, a la que se le unía una gran celeridad intelectual y una impetuosa disposición para la acción, era natural que fuera creciendo la influencia de su entorno sobre él. El dogmatismo político y religioso de Mazzini fue impulsando a Bakunin a destacar cada vez más su ateísmo y su anarquismo, así como la

negación de toda autoridad por parte del Estado. Por otra parte, las tradiciones revolucionarias de aquellas clases en quienes él veía a los campeones de la revolución, iban afirmando más y más su propensión a las conspiraciones y a las revueltas locales. Bakunin fundó, en consonancia con estas inclinaciones, una liga secreta de socialistas revolucionarios, que habría de estar integrada en un principio solamente por italianos y que se proponía, en primer término, combatir "la repugnante retórica burguesa de Mazzini y Garibaldi", pero que pronto amplió su alcance fronteras afuera.

En Ginebra, adonde se trasladó en el otoño de 1867, se esforzó por llevar a la Liga de la Paz y la Libertad las influencias de esta sociedad secreta, y cuando fracasó buscó establecer contacto con la Internacional, de la que apenas se había preocupado durante los cuatro años anteriores.

4. LA ALIANZA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA

Pese a todo, Marx sostuvo hasta el fin de sus días su afecto por el viejo revolucionario y se opuso a los ataques, realizados o proyectados, contra Bakunin desde su círculo más cercano.

Los ataques a los que nos referimos partían de Segismundo Borkheim, un honrado demócrata, con quien Marx estaba en deuda desde el conflicto con Vogt. Pero Bakunin tenía dos flancos débiles: se creía un escritor ingenioso sin serlo, y padecía de una excéntrica rusofobia, que no tenía nada que envidiarle a la excéntrica germanofobia de Herzen.

Contra este iban dirigidos, en primer término, sus tiros, y le pegaba fuertemente en una serie de artículos que publicó en el *Semanario democrático* poco después de la aparición de este periódico, a principios del año 1868. Hacía ya mucho tiempo que Bakunin había roto con Herzen, pero esto no impidió que Borkheim lo acusara de"cosaco" de Herzen y lo fustigara, a la par que a este, como "negación indestructible". En efecto, Borkheim había leído en Herzen este "particular aforismo", pronunciado hacía algunos años por Bakunin: "La negación activa es una fuerza creadora", y se preguntaba, en un arranque de indignación moral, si semejante idea había podido ser concebida del lado de acá de los gendarmes que protegían la frontera rusa, causando la risa de los estudiantes alemanes. El bueno de Borkheim no sospechaba que aquella vieja frase de Bakunin,"el placer de la destrucción es un placer constructivo", había sido

publicada en los *Anales alemanes*, cuando Bakunin todavía alternaba con los neohegelianos y colaboraba, con Marx y Ruge, en la fundación de los *Anales franco-alemanes*.

Era natural que Marx siguiera con secreto terror estas y otras disputas escolásticas por el estilo, y se resistiera desesperadamente cuando Borkheim se proponía traducir a su jerga los artículos publicados por Engels contra Bakunin en la *Nueva gaceta del Rin*, ya que le venían "como anillo al dedo". No podía tolerarse, decía, que aquellos artículos se interpretaran ni se usaran con fines injuriosos, dado que Engels era un viejo amigo de Bakunin. Engels también protestó contra la idea, y el plan se vio frustrado. También Juan Felipe Becker le suplicó a Borkheim que no agrediera a Bakunin, pero aquel le contestó con una réplica petulante en la que le decía, con su "refinamiento habitual", según Marx le contara a Engels, que seguirían siendo amigos y que continuaría ofreciéndole su ayuda financiera (bastante insignificante, por cierto), pero que en sus cartas no se hablaría de política. Pese a la gran amistad que lo unía a Borkheim, Marx comprendía que su "rusofobia" había tomado dimensiones preocupantes.

Su afecto hacia Bakunin no cambió porque este participara en los congresos de la Liga de la Paz y la Libertad. El primero de estos congresos se había celebrado ya en Ginebra cuando Marx le envió un ejemplar dedicado de *El Capital*, y como no recibiera respuesta alguna ni acuse de recibo, le preguntó a un exiliado ruso de Ginebra, a quien le escribía sobre otras cuestiones, por su "viejo amigo Bakunin", aunque deslizando ya una ligera duda de si lo seguía siendo. La respuesta a esta pregunta indirecta fue aquella carta de Bakunin, fechada el 22 de diciembre, en la que le promete seguir en lo sucesivo el camino que Marx venía recorriendo desde hacía veinte años.

Pero, por los días en los que Bakunin le escribía a Marx, ya el Consejo General había decidido denegar la solicitud transmitida por Becker de que se admitiera en la Internacional a la Alianza de la Democracia Socialista. Quien había impulsado esta resolución había sido el propio Marx. Sabía de la creación de la Alianza, que había sido anunciada por el *Vorbote*, aunque la consideraba un engendro local ginebrino sin la menor posibilidad de prosperar; conocía al viejo Becker, un poco aficionado a fundar asociaciones, pero una persona íntegra, indudablemente. Becker transmitió el programa y los estatutos de la Alianza, declarando que esta entidad estaba ansiosa por aportar el "idealismo" del que carecía la Internacional. Esta frase

generó, según le informaba Marx a Engels, la "furia" del Consejo General, sobre todo la de los franceses, y la solicitud fue inmediatamente desechada. Marx recibió el encargo de comunicar la resolución. La carta que le escribió a Engels el 18 de diciembre, "pasada la medianoche", pidiéndole consejo, demuestra que tampoco él estaba del todo tranquilo con la decisión. "Esta vez, tiene razón Borkheim", añadía. Los estatutos de la Alianza lo indignaban más que su programa. Este declaraba que la Alianza era, ante todo y sobre todo, atea; y pedía la abolición de todo culto religioso, la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la humana. También reclamaba la igualdad política, económica y social de ambas clases y de ambos sexos, debiendo empezarse por la abolición del derecho hereditario; impulsaba que a todos los niños de ambos sexos se les ofrecieran, desde el momento en que nacían, las mismas posibilidades para su formación y desarrollo, o sea para su sostenimiento material y su educación en todas las áreas de la ciencia, la industria y las artes. Finalmente, el programa repudiaba toda actividad política que no se propusiera por fin directo e inmediato el triunfo de la clase trabajadora sobre el capital.

El veredicto de Marx sobre este programa no era muy halagador. Más tarde dijo que se trataba de "una olla podrida de manoseados lugares comunes", de "una retórica superficial, rosario de oquedades que pretendían infundir espanto, de una improvisación insípida a la que tan solo le preocupaba generar impacto". En cuestiones teóricas, la Internacional tenía una amplia tolerancia; pero su misión histórica consistía en ir sacando de su accionar práctico un programa común para el proletariado internacional.

Esto hacía que su organización adquiriera una importancia todavía mayor, considerada como condición previa para conseguir algún resultado práctico. Y en esta organización era donde se inmiscuían los estatutos de la Alianza. Esta, incluso considerándose como una rama de la Internacional, cuyos estatutos generales aceptaba en bloque, quería seguir siendo una organización independiente. Sus fundadores se constituyeron en Ginebra provisionalmente en Comité Central. Habrían de crearse oficinas nacionales en cada país, encargadas de organizar grupos en las diferentes localidades y que servirían de vehículo para incorporar estos grupos a la Internacional. En los congresos anuales de esta organización, los representantes de la Alianza, como rama de la Internacional, habrían de celebrar sus sesiones públicas en un local aparte.

Engels decidió sin titubear: no podía ser. Habría dos Consejos Generales y dos Congresos. Ante el menor conflicto, el Consejo General de Londres, con su misión práctica, y el Consejo General de Ginebra, "idealista", se declararían incompatibles. Por lo demás, Engels recomendaba calma, ya que una táctica violenta podía enojar inútilmente a los obreros de cabeza confusa (muy numerosos en Suiza) y perjudicar a la Internacional. Se debía rechazar la solicitud de la Alianza, pero sin perder el aplomo, haciéndole ver que habían delimitado un campo específico de intervención y que era mejor esperar a ver a qué resultados obtenían en él, sin que por el momento hubiera inconveniente en que los afiliados a una asociación pertenecieran también a la otra. Respecto al programa teórico de la Alianza, Engels también opinaba que jamás había leído algo tan lamentable. Bakunin, decía, parecía haberse vuelto un "perfecto bestia", frase que por el momento no implicaba una antipatía por Bakunin o que, al menos, no denotaba mayor hostilidad que la expresada por Marx cuando llama a Becker, su fiel amigo, un "viejo confusionista"; tanto uno como otro repartían títulos honoríficos de este estilo, en sus cartas íntimas, con gran prodigalidad.

Mientras tanto, Marx fue calmándose y redactó la resolución del Consejo General denegando la solicitud de la Alianza en términos de forma y de fondo contra los que nada se podía objetar. En el escrito se resaltaba, en referencia a Becker, que algunos fundadores de la Alianza ya habían resuelto la cuestión, como miembros de la Internacional, al oponerse, en el Congreso de Bruselas, a la fusión de aquella con la Liga de la Paz y la Libertad. El fundamento principal en el que se sustentaba el rechazo era que admitir una segunda entidad internacional que actuara en el interior y al margen de la ya existente sería la mejor manera de destruir la organización.

No parece muy verosímil que Becker, al conocer esta resolución del Consejo General, se indignara demasiado. Es más creíble la afirmación de Bakunin de que desde un principio se había opuesto a la fundación de la Alianza, pero sin conseguir que los afiliados a su secta acompañaran su postura.Su idea era mantener este núcleo secreto, cuyos miembros actuarían en un sentido uniforme en la Internacional, pero sugiriendo la incorporación incondicional a esta, para que no hubiese competencias. De cualquier forma, lo cierto es que el Comité Central de Ginebra respondió la resolución del Consejo General de Londres ofreciéndose a convertir las secciones de la Alianza en secciones de la Internacional, en el caso de que el consejo directivo de esta aceptara su programa teórico.

Mientras tanto, Marx había recibido la cordial carta de Bakunin fechada el 22 de diciembre, pero su indignación había tomado ya tal altura, que no le dio la más mínima importancia a esta "entrada sentimental". También la nueva oferta de la Alianza despertó su sospecha, si bien no se dejó influir por esta hasta el punto de no respetar en su respuesta los debidos criterios de objetividad. El Consejo General decidió, el 9 de marzo de 1869, que no era de su competencia analizar los programas teóricos de los diferentes partidos obreros que integraban la Internacional. La clase obrera de los distintos países se encontraba en fases de desarrollo tan heterogéneas, que su accionar práctico tenía que encontrar expresión, sí o sí, en formas teóricas diferentes. La unión en la acción que estaba creando la Internacional, el intercambio de ideas por medio de los diferentes órganos de las secciones en cada país y, finalmente, los debates directos mantenidos en los Congresos Generales contribuirían, poco a poco, a elaborar un programa teórico común para el movimiento obrero internacional. Por el momento, el Consejo General se limitaba a investigar si la orientación de los distintos programas obreros coincidía o no con el objetivo general de la Internacional, a saber: la completa emancipación de las clases trabajadoras.

En este aspecto–seguía argumentando la resolución–, en el programa de la Alianza aparecía una frase que abría la posibilidad de que se generaran peligrosos malos entendidos. La igualdad política, económica y social de las clases venía a traducirse, tomada al pie de la letra, en esa armonía del capital y el trabajo que predicaban los socialistas burgueses. El secreto del movimiento proletario y la gran meta de la Internacional no estaban ahí, sino en la abolición de las clases. Sin embargo, como el contexto del programa de la Alianza daba a entender que eso de "la igualdad de las clases" no era más que un lapsus de escritura, el Consejo General no dudaba que la Alianza renunciaría a esta frase poco acertada y, en consecuencia, quedaría el camino despejado para convertir las secciones de la Alianza en secciones de la Internacional. Cuando el hecho fuera definitivo, deberían comunicarse al Consejo General de Londres, de acuerdo a los estatutos de la Internacional, la residencia y número de afiliados de cada una de estas nuevas secciones.

La Alianza modificó la frase objetada por el Consejo General y anunció, con fecha de 22 de junio, que se había disuelto, invitando a todas sus secciones a convertirse en secciones de la Internacional. La sección de Ginebra, a cuyo frente estaba Bakunin, fue admitida por decisión unánime del Consejo General. La liga secreta de Bakunin también se decía disuelta, aunque seguía existiendo, con más o menos

cohesión, y el propio Bakunin seguía actuando en ella de acuerdo al programa que la Alianza se había propuesto. Desde el otoño de 1867 hasta el de 1869 vivió a orillas del lago de Ginebra, parte de este tiempo en la misma capital, parte en Vevey y Clarens, llegando a tener una gran influencia entre los obreros franco-italianos de Suiza.

Contribuía con ello la situación particular en la que estos obreros vivían. Para hacerse una idea precisa de los movimientos e incidencias de la época no debe olvidarse que la Internacional no era un partido con un programa teórico concreto, sino que en su seno convivían las tendencias más diversas, como el propio Consejo General había manifestado en la carta dirigida a la Alianza. Todavía hoy, leyendo el *Vorbote*, podemos comprobar que hasta pioneros tan prestigiosos de la Asociación como Becker descuidaban bastante los problemas teóricos. Así se explica que en las secciones ginebrinas de la Internacional se manifestaran dos tendencias muy dispares. De una parte estaba la *fabrique*, palabra que en el dialecto de Ginebra designaba a los obreros calificados y bien pagos de la industria joyera y relojera; trabajadores, casi en su totalidad, oriundos del país. De la otra parte, los *gros métiers*, que eran principalmente los obreros de la construcción, casi todos extranjeros y en su mayoría alemanes, que solo a fuerza de huelgas constantes habían logrado condiciones de trabajo un poco menos inhumanas. Aquellos poseían el derecho de sufragio, estos no. Pero la *fabrique*, escasa en número, no podía aspirar a conseguir ningún triunfo electoral por su cuenta, y tendía, por esta razón, a realizar acuerdos electorales con los radicales burgueses, mientras que los *gros métiers*, sustraídos como estaban,por sus propias circunstancias, a estas tentaciones, mostraban mucho más entusiasmo por la acción revolucionarla directa, tal como la predicaba Bakunin.

Este encontró un campo de reclutamiento todavía más fecundo entre los obreros relojeros del Jura, que no eran, como los de otras regiones, obreros de lujo calificados, sino pequeños industriales, en su mayoría domésticos, cuyas míseras condiciones empezaban a tambalear por la competencia estadounidense y la fabricación en serie. Desperdigados en pequeños pueblitos colgados de las montañas, estos obreros eran poco accesibles para un movimiento de masas orientado a fines políticos, aparte de que las lamentables experiencias de la política los hacían apartarse de este campo. El que primero empezó a hacer trabajo de propaganda para la Internacional en aquellos lugares fue un médico llamado Coullery, un hombre muy humano y afectuoso, pero de ideas políticamente confusas, que lo

habían hecho realizar acuerdos electorales no solo con los radicales burgueses, sino incluso con los liberales monárquicos de Neufchâtel, acuerdos de los que los obreros casi siempre salían perdiendo. Después de que se liberaron por completo de Coullery, los obreros jurasianos encontraron un nuevo referente en James Guillaume, un joyero maestro industrial de Locle, perfectamente compenetrado con su modo de pensar y que en el *Progrès*, una hojita publicada en Locle, defendía el ideal de una sociedad anarquista, en la que todos los hombres serían libres e iguales. Al presentarse en el Jura, Bakunin encontró el camino completamente despejado para sus ideas, y hasta es posible que aquellos pobres diablos influyeran más en él que él mismo en ellos, ya que, a partir de aquel momento, fue mucho más fuerte e inflexible su repudio a todo tipo de organización política.

Sin embargo, hasta entonces, seguía reinando la paz en las secciones de la Suiza franco-italiana. En enero de 1869, por obra principalmente de Bakunin, se unieron en Consejo Federal y empezaron a publicar un semanario muy influyente, el *Egalité*, en el que colaboraban Bakunin, Becker, Eccarius, Varlin y otros miembros destacados de la Internacional. Fue también Bakunin quien persuadió al Consejo Federal de solicitarle al Consejo General de Londres que pusiera en el orden del día del Congreso de Basilea, la cuestión del derecho de herencia. Bakunin tenía títulos para hacerlo, ya que la discusión de estos problemas era uno de los objetivos principales de los congresos, y el Consejo General accedió a lo que se le pedía.

Pero Marx consideró la acción como una especie de desafío que le hacía Bakunin y, como tal, lo aceptó sin problemas.

5. EL CONGRESO DE BASILEA

En el Congreso anual, reunido en Basilea los días 5 y 6 de septiembre de 1869, la Internacional pasó revista al trabajo hecho en su quinto año de existencia.

Había sido el más movido desde que se había creado, sobre todo por las "guerras de guerrillas entre el capital y el trabajo", huelgas sobre las cuales las clases dominantes de Europa afirmaban por todas partes que no eran precisamente resultado de la miseria del proletariado y del despotismo capitalista, sino obra de los manejos ocultos de la Internacional.

En consecuencia, el deseo de reprimir a la Internacional por medio de las armas crecía rápidamente. Incluso en Inglaterra se produjeron sangrientos choques entre los mineros huelguistas y los militares. En los distritos carboníferos del Loira, cerca de Ricamarie, la soldadesca embriagada disparó ferozmente contra los huelguistas, matando a veinte obreros, entre ellos dos mujeres y un niño, e hiriendo a muchísimos más. Pero una vez más fue en Bélgica donde la represión fue más brutal, "el Estado modelo del constitucionalismo continental, paraíso placentero y bien cercado de terratenientes, capitalistas y curas", como decía una vibrante proclama del Consejo General redactada por Marx, en la que se llamaba a los obreros de Europa y Estados Unidos a acudir en auxilio de las víctimas de la codicia capitalista desenfrenada que habían sido asesinadas en Seraing y en Borinage. "La Tierra no efectúa su vuelta anual con mayor seguridad que el Gobierno belga su masacre anual de obreros".

Este riego de sangre hizo que maduraran antes los frutos de la Internacional. Las primeras elecciones celebradas en Inglaterra en el otoño de 1868 de acuerdo a la ley electoral reformada, confirmaron plenamente las advertencias de Marx contra la política miope de la Liga Reformista. No salió elegido ni un solo representante de los trabajadores. Triunfaron las "bolsas de dinero" y Gladstone mantuvo en su poder el timón del Gobierno. No tenía la más mínima intención de abordar seriamente la cuestión irlandesa ni de atender los legítimos reclamos de los trabajadores. Esto le daba un gran impulso al nuevo sindicalismo. En el congreso anual de los sindicatos, celebrado en Birmingham en 1869, invitaron a todos los obreros organizados del Reino Unido, con cierto apremio, a entrar en la Internacional. Y no solo porque los intereses de la clase trabajadora eran en todas partes los mismos, sino también porque los principios de la Internacional se prestaban mejor que ningún otro a garantizar una paz duradera entre los pueblos del mundo. En el verano de 1869, había surgido la amenaza de una guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, motivando un discurso, redactado también por Marx y dirigido a la Unión Obrera Nacional de los Estados Unidos, en el que se decía: "Ahora, les ha llegado a ustedes el turno de evitar una guerra cuyo resultado más claro sería hacer retroceder al creciente movimiento obrero de ambos lados del Océano Atlántico". Este discurso encontró mucho eco entre los trabajadores estadounidenses.

También en Francia marchaba por buen camino la causa obrera. Las persecuciones policiales de las cuales era objeto la Internacional no conseguían más que aumentar su cantidad de afiliados. La útil

intervención del Consejo General en las numerosas huelgas determinó la fundación de diferentes sindicatos, que no podían prohibirse, por más que en ellos viviera el espíritu de la Internacional. Los obreros no participaron todavía en las elecciones de 1869 presentando candidatos propios, sino que se limitaron a acompañar a los de la extrema izquierda burguesa, que levantaban un programa electoral muy radical. Con ello contribuyeron, al menos indirectamente, a la dura derrota infligida a Bonaparte, sobre todo en las principales ciudades, aunque por el momento sus esfuerzos solo resultaran redituables para la democracia burguesa. Aparte de esto, el segundo Imperio empezó a crujir por todas sus fisuras, y la revolución española, que en el otoño de 1868 sacó del territorio de España a la reina Isabel, fue también un fuerte golpe que empeoró la situación del Imperio frente al exterior.

Un curso bastante distinto seguían las cosas en Alemania, donde el bonapartismo, lejos de caer, iba en ascenso. La cuestión nacional tenía escindida a la clase obrera alemana, y esta escisión era un obstáculo que se interponía ante el movimiento sindical en formación. El torpe camino que había seguido en su campaña de agitación sindical colocó a Schweitzer en una situación muy difícil, de la que no era capaz de salir. Las denuncias infundadas contra su honestidad, que no dejaban de caer, hicieron que muchos de sus seguidores desconfiaran de él, y no faltó quien le recomendara, para su perjuicio, poner en peligro su prestigio, un poco menoscabado nada más, con un pequeño golpe de Estado.

Esto hizo que una minoría de la Asociación General de Obreros Alemanes se separara para fundar, unida a las asociaciones de Núremberg, un nuevo partido socialdemócrata, a cuyos afiliados solía llamárselos "los de Eisenach", refiriendo al lugar de su fundación. Las dos fracciones empezaron peleándose fuertemente, aunque ambas tenían más o menos la misma actitud respecto a la Internacional; conformes e identificadas con ella en el fondo, aunque en la forma se mantuvieran aparte, para no infringir las leyes vigentes. Marx y Engels estaban muy disconformes con la actitud de Liebknecht de querer poner al Consejo Directivo de la Internacional en contra de Schweitzer, algo a lo que no tenía derecho. Aunque les pareciera muy bien el "proceso de disolución de la Iglesia lassalleana", no podían estar de acuerdo con la otra tendencia, mientras esta no se separara decididamente del Partido Popular Alemán, limitándose, si fuera imprescindible, a realizar acuerdos desde afuera con esa organización. Que en los debates Schweitzer estaba muy por encima de todos sus

oponentes, era algo que Marx y Engels habían reconocido siempre y seguían reconociéndolo.

El movimiento obrero austro-húngaro, surgido después de las derrotas de 1866, se desarrollaba con una mayor unidad. Aquí, no encontró ninguna base la tendencia de Lassalle; las masas, como remarcó el Consejo General en su informe anual ante el Congreso de Basilea,confluían bajo las banderas de la Internacional.

Como se ve, este Congreso se reunió bajo circunstancias muy favorables. Solo fueron 78 delegados; sin embargo, presentó un carácter mucho más "internacional" que los anteriores. En total, estaban representados en él nueve países. El Consejo General envió, como era habitual, a Eccarius y a Jung, a los que acompañaban dos de los más prestigiosos representantes sindicales: Applegarth y Lucraft. Francia aportó 26 delegados, Bélgica 5, Alemania 12, Austria 2, Suiza 23, Italia 3, España 4 y Estados Unidos 1. Liebknecht representaba a la nueva fracción de los de Eisenach, y Moses Hess a la sección Berlín. Bakunin traía un mandato francés y otro italiano, y Guillaume venía como delegado de los de Locle. La presidencia del Congreso volvió a ocuparla Jung.

Los primeros debates abordaron cuestiones de organización. A propuesta del Consejo General, el Congreso decidió, por unanimidad, recomendar a todas las secciones y entidades adheridas que abolieran los cargos de Presidente, como había hecho el Consejo General ya dos años antes. No era digno de una asociación obrera mantener en sus filas el principio monárquico y autoritario; el cargo de Presidente, aunque fuera meramente honorario, menoscababa la organización democrática. En cambio, el Consejo General pedía que se ampliaran sus facultades y que se le permitiera expulsar, sin perjuicio de someter la cuestión al siguiente congreso, a todas las secciones que transgredieran el espíritu de la Internacional. Esta solicitud fue aprobada con una sola modificación: que donde hubiese un Consejo Federal, debería consultársele a este antes de decretar la expulsión. Bakunin y Liebknecht abogaron fuertemente por la propuesta. En el segundo era natural, pero no así en el primero, que faltaba, al hacerlo, a sus principios anarquistas, impulsado por las razones oportunistas que fueran. Seguramente porque, queriendo combatir al diablo con Satanás, aspiraría a conseguir el acompañamiento del Consejo General en su cruzada contra toda actividad política parlamentaria, en la que él no podía ver más que puro oportunismo; para estos intentos podía sustentarse en el discurso con el que Liebknecht acababa de

pronunciarse violentamente contra la participación de Schweitzer y de Bebel en los trabajos del Parlamento alemán del norte. Pero Marx desaprobó el discurso de Liebknecht, algo con lo que Bakunin no contaba. Rápidamente habría de decepcionarse, viendo que las diferencias de principios se vengan siempre.

Entre los problemas teóricos que se trataron en el congreso figuraban, en primer término, los referentes a la propiedad colectiva sobre el suelo y al derecho de herencia. Sobre el primero se había pronunciado ya, en realidad, el Congreso de Bruselas; más sintéticamente que en el año anterior, se acordó por 54 votos que la sociedad tenía derecho a convertir el suelo en propiedad colectiva, y por 53 votos que esta transformación era necesaria para el interés de la sociedad. La minoría se abstuvo, en su mayor parte; contra el segundo acuerdo solo votaron ocho delegados, y cuatro contra el primero. En relación con la concreción práctica de estos acuerdos, surgieron criterios muy diversos, cuyo examen definitivo se postergó para el siguiente congreso, que habría de reunirse en París.

En lo que se refería al derecho de herencia, el Consejo General había redactado un dictamen en el que se resumían, expuestos en unas cuantas líneas, con la maestría con la que solo sabía hacerlo Marx, los aspectos decisivos. En él se decía que las leyes sobre la herencia, como toda la legislación burguesa, no eran la causa, sino simplemente el efecto, la consecuencia jurídica de la organización económica de una sociedad fundada en la propiedad privada sobre los medios de producción. El derecho de herencia sobre los esclavos no era la causa de la esclavitud, sino, al contrario, era esta la causa de la transmisión hereditaria. Al transformarse los medios de producción en propiedad común, el derecho de herencia desaparecería por sí mismo, en cuanto tenía de importancia social, ya que nadie podría dejar a su muerte más de lo que poseyera en vida. Por eso, a lo que debía aspirarse era a la abolición de las instituciones que ponían en manos de unos cuantos, mientras vivían, el poder económico de apropiarse los frutos del trabajo de muchos. Proclamar la abolición del derecho de la herencia como punto de partida de la revolución social sería tan lamentable como pretender derogar las leyes que regulan las relaciones entre compradores y vendedores mientras perdure el actual régimen de intercambio de mercancías; sería falso en teoría y reaccionario en la práctica. El momento de intervenir sobre la herencia llegará en la época de transición, cuando, de una parte, no esté transformada todavía la actual base económica de la sociedad y, de otra, las clases trabajadoras reúnan ya la fuerza necesaria para imponer las medidas

iniciales encaminadas a transformar radicalmente la sociedad. Entre estas medidas de transición, el Consejo General recomendaba el recargo de los impuestos sobre las herencias y la limitación de las sucesiones testamentarias que, a diferencia de la sucesión familiar, exageraba en términos arbitrarios y supersticiosos el principio de la propiedad privada.

Por su parte, la comisión nombrada para examinar el problema proponía declarar la abolición de la herencia como una de las consignas fundamentales de la clase trabajadora, pero sin lograr justificar esta propuesta más que con unos cuantos tópicos ideológicos sobre los "privilegios", "la justicia política y económica", el "orden social", etcétera. En el debate, relativamente corto, que se abrió sobre esta cuestión, tomaron la palabra, para acompañar el dictamen del Consejo General, además de Eccarius, el belga De Paepe y el francés Varlin; Bakunin, por su parte, defendió la propuesta de la comisión, algo muy natural ya que era su padre espiritual. La defendió por razones que pretendían ser prácticas, pero que no por eso eran menos ilusorias, afirmando que mientras no se aboliese el derecho de herencia, no podría implantarse la propiedad común. Los obreros, decía, se resistirían contra todo el que quisiera privarlos de su tierra, pero en cambio no se sentirían directamente amenazados por la supresión del derecho de herencia, y de este modo la propiedad privada sobre el suelo iría desapareciendo paulatinamente. Puesto a votación nominal el dictamen de la comisión, hubo 32 votos a favor, 23 en contra, 13 abstenciones y 7 ausentes; la votación sobre el dictamen del Consejo General tuvo este resultado: 19 a favor, 37 en contra, 13 ausentes y 6 abstenciones. Por lo tanto, no logró mayoría absoluta ninguna de las dos propuestas y el debate se cerró sin resultado positivo alguno.

El Congreso de Basilea tuvo muchas más repercusiones que los anteriores, tanto en la burguesía como en el proletariado. Los representantes más cultos de la burguesía pudieron comprobar, con una mezcla de espanto y maldad, el carácter comunista que al fin mostraba la Internacional; entre los proletarios, los acuerdos del congreso referentes a la propiedad común sobre el suelo generaron una explosión de alegría. El grupo correspondiente a la sección Ginebra publicó un manifiesto redactado en Alemania y dirigido a la población campesina, que luego se tradujo y difundió rápidamente también en lengua francesa, italiana, española, polaca y rusa. En Barcelona y en Nápoles se crearon las primeras secciones de obreros del campo. En Londres fue fundada, en una gran reunión, una Liga de

Campesinos y Obreros, en cuyo comité entraron diez vocales del Consejo General y que tenía por consigna: la tierra es para el pueblo.

En Alemania, como es sabido, los nobles señores del Partido Popular Alemán se enfurecieron por los acuerdos de Basilea. En un principio, esto intimidó a Liebknecht, que declaró que la fracción de Eisenach no tenía la obligación de cumplirlos. Afortunadamente, aquellos señores, presas de una gran indignación, no se conformaron con esto, sino que exigieron una declaración expresa renegando de tales acuerdos, con lo cual consiguieron que Liebknecht rompiera con ellos, dando finalmente el paso que Marx y Engels tanto esperaban. Pero sus primeras vacilaciones beneficiaron a Schweitzer, quien hacía años que venía "predicando" en la Asociación General de Obreros Alemanes la propiedad común sobre el suelo y no ahora, para combatir a sus oponentes, como Marx suponía y se lo echaba en cara a su "cinismo". Engels supo reprimir su furia acerca de aquel "rufián", al menos lo suficiente como para reconocer que era "muy hábil" para, ante la menor discusión teórica, dejar a sus oponentes al descubierto.

Por el momento, los lassalleanos seguían siendo no solo el más unido y coherente, sino también el más avanzado, en relación con los principios, de todos los partidos obreros alemanes.

6. **LOS CONFLICTOS DE GINEBRA**

En lo que los debates de Basilea sobre el derecho de herencia tenían de duelo intelectual, por decirlo así, entre Bakunin y Marx, ninguno de los dos había quedado definitivamente liquidado, aunque su desarrollo fue más perjudicial para el segundo que para el primero. No es cierto, sin embargo, como alguna vez se ha dicho, que el resultado de estas deliberaciones significara un fuerte golpe para Marx, impulsándolo a preparar una violenta respuesta contra Bakunin.

Marx estaba muy satisfecho con la marcha del Congreso de Basilea. Por aquellos días, se encontraba en Alemania, en viaje de descanso, con su hija Jenny, y el 25 de septiembre le escribía desde Hannover a su hija Laura: "Me alegro de que el Congreso de Basilea haya terminado y de que sus resultados hayan sido tan buenos. Siempre me preocupan estas exhibiciones públicas del partido con todas sus heridas. Ninguno de los actores ha estado a la altura de sus principios, pero la imbecilidad de la clase gobernante se encarga de subsanar las faltas de la clase obrera. No hemos pasado por ninguna ciudad o pueblo

alemana, por pequeña que fuera, cuya revistita no llenara sus columnas con las hazañas del 'terrible congreso'".

La marcha del Congreso de Basilea, entonces, no decepcionó a Marx y tampoco a Bakunin. Se ha dicho que, al presentar su propuesta sobre la cuestión hereditaria, no se proponía otra cosa que desafiar a Marx, tomando este triunfo teórico para imponer el traslado del Consejo General de Londres a Ginebra, y que, fracasada la maniobra, había arremetido contra el Consejo General desde las columnas de la *Egalité* de un modo muy violento. Tanto y con tal insistencia se han repetido estas afirmaciones, que han llegado a construir una verdadera leyenda. Y, sin embargo, no hay en ellas ni un ápice de verdad. Bakunin no publicó una sola línea en la *Egalité* después del Congreso de Basilea; antes, durante los meses de julio y agosto de 1869, había sido redactor-jefe de este periódico, pero inútilmente se buscará en toda la larga serie de artículos publicados por él en sus columnas ni el más mínimo indicio de ataque contra el Consejo General o contra Marx. Sus cuatro artículos sobre "los principios de la Internacional" están perfectamente inspirados en el espíritu con el que se fundara la gran Asociación; cierto es que en ellos Bakunin exterioriza alguna sospecha contra la fatídica influencia que tenía sobre los representantes proletarios del pueblo lo que Marx llamaba "cretinismo parlamentario", pero estos reproches, confirmados con mucha frecuencia desde entonces hasta acá, eran totalmente inocentes, si se los compara con la violencia con la que Liebknecht combatía por la misma época la participación de la clase obrera en el parlamentarismo burgués.

Además, por muy quiméricas que fueran las ideas de Bakunin acerca del problema hereditario, tenía todo el derecho a exigir que se discutieran; ideas mucho más quiméricas se debatían en todos los congresos de la Internacional, sin que por eso se les imputaran segundas intenciones a quienes las sostenían. Y en cuanto a la acusación de haber planeado el traslado del Consejo General de Londres a Ginebra, el propio Bakunin, al conocerla, la rechaza con estas pocas y terminantes palabras: "Si se hubiera propuesto semejante cosa, habría sido el primero en oponerme con todo el énfasis, ya que ese paso me hubiera parecido funesto para el futuro de la Internacional. Es verdad que las secciones de Ginebra han hecho progresos enormes en poco tiempo. Pero en Ginebra impera todavía un espíritu demasiado mezquino, demasiado específicamente ginebrino, localista, para que pueda trasplantarse a él el Consejo Directivo de la Internacional. Además, es evidente que mientras se mantenga la organización política actual de Europa, la única ciudad en

la que puede residir el Consejo General es Londres, y el que no lo entienda así o es un necio o un enemigo de la Internacional".

Hay quienes, sin embargo, considerando a Bakunin un mentiroso, no les dan a estas afirmaciones más valor que al de una artimaña a la que apela cuando se ve perdido. Pero esta objeción se cae también ante el hecho de que el propio Bakunin tenía decidido, con anterioridad al Congreso de Basilea, trasladarse de Ginebra a Locarno después que el congreso se clausurara, por razones que escapaban a su control. Tenía muchos problemas económicos y con su mujer, a la que habría de esperar en Locarno, estaba embarazada. Se proponía encerrarse allí a traducir al ruso el primer tomo de *El Capital*. Un joven admirador suyo llamado Liubavin había convencido a un editor ruso de que le pagara 1.200 rublos por la traducción, de los cuales Bakunin recibió 300 en concepto de anticipo.

Como se ve, todas las maniobras y conspiraciones atribuidas a Bakunin antes y después del Congreso de Basilea se desintegran en los hechos; pero esto no quiere decir que aquel congreso no dejara en él cierto sabor amargo.Influido por los manejos de Borkheim, Liebknecht había afirmado ante terceros que tenía pruebas de que Bakunin era un agente del Gobierno ruso, y Bakunin pidió en Basilea que se constituyera un tribunal de honor ante el cual Liebknecht pudiera probar sus acusaciones. Liebknecht no consiguió hacerlo, y el tribunal de honor repudió fuertemente su conducta. Entonces Liebknecht, que después del proceso de los comunistas de Colonia y de los años de emigración tendía un poco a ver por todas partes espías y provocadores, le ofreció la mano a su oponente, en señal de reconciliación,y Bakunin la aceptó.

Era natural que sintiera una gran indignación cuando, pocas semanas después, el 2 de octubre, Moses Hess volvió a reflotar aquellas acusaciones en el *Réveil* de París. Hess, que había ido como delegado alemán al Congreso de Basilea, se proponía escribir la historia secreta de aquel congreso; con este propósito, hablaba de las "maniobras" de Bakunin, destinadas, según él, a minar los fundamentos y principios de la Internacional trasladando el Consejo General de Londres a Ginebra, pero sin conseguirlo. El articulista terminaba insinuando la estúpida sospecha de que, sin cuestionar las buenas intenciones revolucionarias de Bakunin, no convenía olvidar que este ruso estaba estrechamente relacionado con aquel Schweitzer a quien los delegados alemanes en Basilea habían acusado de ser un agente secreto del Gobierno alemán. La desleal intención de esta

denuncia saltaba a los ojos con solo saber que entre las tareas de agitación de Bakunin y las de Schweitzer no mediaba ni "relación cercana" ni afinidad alguna. Personalmente, estos dos hombres no tenían tampoco, ni habían tenido nunca, el menor punto de contacto.

Es cierto que Bakunin hubiera procedido mucho más discretamente ignorando este artículo, lamentable bajo todo concepto. Pero se comprende que lo enfurecieran aquellas constantes acusaciones contra su honestidad política, tanto más naturalmente cuando mayor era la maldad con la que se difundían a sus espaldas. Se sentó, entonces, y escribió una réplica al artículo de Hess; pero, impulsado por su indignación, le salió tan larga que él mismo se dio cuenta de que el *Réveil* no podría reproducirla. En ella criticaba con especial violencia a los "judíos alemanes", aunque se preocupaba de exceptuar de aquella raza a la que pertenecían Borkheim y Hess a "gigantes" como Lassalle y Marx. Bakunin decidió incluir esta larga polémica como introducción a un libro sobre su profesión de revolucionario, y lo envió a París, a Herzen, para que este se encargara de buscar editor, adjuntando una pequeña nota para el *Réveil*. Pero como Herzen temía que tampoco la publicaran, se encargó de escribir él una defensa de Bakunin contra las injurias de Hess, que el periódico no solo publicó, sino que acompañó con un comentario editorial muy halagador hacia Bakunin.

Sin embargo, Herzen no estaba del todo satisfecho con el original que había recibido. Reprobó las críticas contra los "judíos alemanes", sorprendido sobre todo de que Bakunin se detuviera a combatir a hombres tan insignificantes como Borkheim y Hess, en vez de apuntar los tiros contra Marx. A esta carta contestó Bakunin con otra fechada el 28 de octubre, en la que dice que, aunque también él pensaba que Marx era el verdadero autor de estas violentas acusaciones, lo había dejado al margen y hasta se había referido a él como "gigante" por dos razones. La primera era la justicia. "Dejando de lado todas las cosas que nos ha hecho, no podemos, al menos yo, olvidar los inmensos aportes que este hombre ha realizado a la causa del socialismo, a la que viene contribuyendo desde hace cerca de veinticinco años, con un talento, una fuerza y una pureza en las que nos supera indiscutiblemente a todos. Es uno de los primeros fundadores, seguramente el principal, de la Internacional, y esto es, a mis ojos, un mérito inmenso que reconoceré siempre, por muy mal que se porte con nosotros".

Pero había, además, ciertas razones políticas y tácticas que loimpulsaban a tomar aquella actitud respecto a Marx, "que no puede verme y que no quiere a nadie más que a sí mismo, y quizás a quienes están cerca de él. No puede negarse que Marx está actuando con mucha eficacia en la Internacional; hasta el día de hoy, ha venido influyendo sabiamente en su partido y es la más firme columna del socialismo, el más fuerte baluarte contra la intrusión en él de ideas y aspiraciones burguesas. Yo no me perdonaría nunca si intentara siquiera socavar o tan solo debilitar su beneficiosa influencia, por el simple hecho de vengarme de él. Sin embargo, podría ocurrir, y hasta es posible que en un futuro no muy lejano, que hubiera de mantener con él una polémica, claro está que no para atacarlo personalmente, sino por una cuestión de principios, en torno al comunismo de Estado, del cual él es uno de sus principales impulsores, con los ingleses y los alemanes que lo siguen. Sería una lucha a vida o muerte. Pero todo tiene su hora, y la de esta lucha aún no ha llegado".

Finalmente, Bakunin expone un motivo táctico que le impide atacar a Marx. Si procediera abiertamente contra él, tendría enfrente a las tres cuartas partes de los afiliados a la Internacional. En cambio, creía poder conquistar a la mayoría apuntando sus disparos contra el tropel de mendigos que pululaban alrededor de Marx, y hasta este se alegraría maléficamente (*Schadenfreude* es el vocablo alemán que Bakunin usa en su carta, escrita en francés).

Poco después de escribir esta carta, Bakunin se trasladó a Locarno. Absorbido por sus cuestiones personales, apenas participó ya en el movimiento obrero de Ginebra: en las pocas semanas que vivió allí después del Congreso de Basilea, ni siquiera escribió una línea para la *Egalité*. Pasó a ocupar su puesto en la redacción de esta revista Robin, un maestro belga que se había instalado en Ginebra hacía un año, y con él, probablemente, aquel mismo Perron, pintor esmaltista, que ya había editado el periódico antes de Bakunin. Ambos eran compañeros suyos, aunque distaban mucho de actuar o de expresarse en el mismo sentido que este. Bakunin aspiraba a ilustrar y organizar, para que actuaran por su cuenta, a los obreros de los *gros métiers*, en quienes el espíritu proletario revolucionario vivía con mucha más fuerza que en los obreros de la *fabrique*, enfrentándolos incluso con sus propios comités –todavía vale la pena leer lo que Bakunin escribía acerca de los peligros objetivos de esta política burocrática– y mucho más, naturalmente, con la *fabrique*, que si bien había apoyado a los *gros métiers* en sus huelgas, sacaba de este mérito indiscutible la ilegítima conclusión de que los *gros métiers* la seguirían paso a paso. Bakunin

había combatido estas tendencias, teniendo en cuenta sobre todo la incurable propensión de la *fabrique* a pactar con los radicales burgueses.En cambio, los dos nuevos redactores de la *Egalité*, Robin y Perron, creían que su misión consistía en encubrir y remediarlas diferencias entre la *fabrique* y los *gros métiers*, diferencias que Bakunin no había creado, sino que tenían su base en un antagonismo social. Con esto, lo único que conseguían era caer en un oscilación que no beneficiaba a ninguno de los dos bandos, pero que, en cambio, dejaba la puerta abierta de par en par a todo tipo de maniobras.

Un maestro para estas maniobras era un emigrado ruso establecido por entonces en Ginebra, llamado Nicolás Utin. Este personaje había participado en las revueltas estudiantiles rusas de los años 1860 y siguientes, y cuando vio que la cosa se ponía mal escapó al extranjero, donde vivía cómodamente gracias a una interesante renta anual –se hablaba de una cifra de entre doce y quince mil francos– que obtenía del negocio de alcoholes de su padre. Esto le aseguraba a aquel hombre vanidoso y presumido una posición que jamás habría logrado por sus méritos intelectuales; sus triunfos se restringían al campo de los chismes, donde, como Engels dice en una ocasión, "los hombres que tienen cosas serias que hacer no pueden competir en ese terreno con quienes tienen todo el día a su disposición para hablar de chismes". Utin había intentado, al principio, meterse con Bakunin, quien lo rechazó sin contemplaciones. Ahora, al alejarse Bakunin de Ginebra, le quedaba un magnífico campo para vengarse, con las armas de los rumores, de su odiado enemigo. Los esfuerzos que destinó a esta noble causa no fueron estériles. Años después, se echó a los pies del zar implorando humildemente su misericordia. El zar demostró su benevolencia, y en la guerra ruso-turca de 1867 nos encontramos al antiguo emigrado convertido en concesionario zarista de suministros para las tropas, de donde seguramente sacaría una ganancia más importante, aunque no más limpia, que la del negocio paterno de alcoholes.

Con gente como Robin y Perron le era fácil a Utin confabular, ya que, aunque no podía negarse su buena fe, eran de una torpeza increíble. Para colmo de males, se enroscaron en una disputa con el Consejo Directivo de la Internacional, por cuestiones que no eran, ni mucho menos, de interés para los obreros de la Suiza francesa. La *Egalité* acusaba al Consejo General de interesarse en demasía por la cuestión irlandesa y de no crear en Inglaterra un Consejo Federal, de no dirimir la lucha entre Liebknecht y Schweitzer, etcétera. Bakunin era ajeno a todo esto, aunque el hecho de que Robin y Perron fueran

seguidores suyos y la hojita de James Guillaume fuera en el mismo sentido alimentaban la falsa creencia de que estos ataques partían de él o contaban con su adhesión.

En una circular privada fechada el primero de enero de 1870 y que solo fue enviada a Ginebra y a los consejos generales de habla francesa, el Consejo Federal condenaba los ataques de Robin. Aunque fuerte en la forma, esta carta se mantenía estrictamente dentro de los límites de una polémica objetiva. Todavía hoy conservan su interés las razones por las que el Consejo General se negaba a instituir un consejo federal en Inglaterra. Exponía que, si bien la iniciativa revolucionaria partiría probablemente de Francia, solo Inglaterra podía impulsar una revolución económica seria. Inglaterra era el único país en el que no había ya campesinos y en el que la propiedad de la tierra estaba concentrada en pocas manos. Era el único país en el que el modo capitalista se había adueñado de casi toda la producción y en el que la gran masa de la población estaba integrada por obreros asalariados. Era el único país en el que la lucha de clases y la organización de la clase obrera habían cobrado, gracias a los sindicatos, un cierto grado de universalidad y madurez. Y, finalmente, por la posición de hegemonía que ocupaba en el mercado mundial, toda revolución que experimentara su economía trascendía directamente al mundo entero.

Pero aunque en Inglaterra coincidieran todas las condiciones materiales necesarias para una revolución social, le faltaba, sin embargo, el espíritu de universalización y la pasión revolucionaria. Infundir esta pasión y este espíritu era la misión que tenía el Consejo General, y las manifestaciones de los periódicos burgueses más prestigiosos de Londres, en los que se lo acusaba de envenenar el espíritu inglés de la clase obrera, llevándola al socialismo revolucionario, denotaban que su esfuerzo no era estéril. Un Consejo Federal inglés no tendría prestigio alguno, ubicado entre el Consejo Directivo de la Internacional y el Consejo General de los sindicatos; en cambio, conseguiría que el Consejo General perdiera la influencia que iba conquistando sobre la gran palanca de la revolución proletaria. No iba a dejar esta palanca en manos inglesas, ni a dejar que su trabajo serio e invisible fuera sustituidopor las declamaciones y los gritos propios de una feria.

Todavía no había llegado esta circular a su destino cuando en Ginebra estalló la catástrofe. Siete de los miembros del comité de redacción de la *Egalité* seguían a Bakunin, y solo dos eran partidarios de sus oponentes; a propósito de un incidente sin importancia política,

la mayoría planteó la cuestión de la confianza, pero pronto habría de demostrarse que la política oscilante de Robin y Perron no tenía base alguna. El Consejo Federal se puso del lado de la minoría, y los siete miembros de la redacción tuvieron que renunciar, entre ellos el viejo Becker que, mientras Bakunin vivió en Ginebra, había sido un buen amigo suyo, pero que luego no había podido contemplar impasible los manejos de Robin y Perron. De este modo, la dirección del periódico fue a parar a manos de Utin.

7. EL COMUNICADO CONFIDENCIAL

Mientras tanto, Borkheim continuaba con sus maniobras en contra de Bakunin.

El 18 de febrero protestó ante Marx porque el *Zukunft*, órgano de Juan Jacoby, no había querido publicar, según Marx le escribía a Engels, "una carta monstruosa sobre cuestiones rusas, una ensalada increíble, en la que de cien se salta a mil". Al mismo tiempo, Borkheim, invocando el testimonio de Kathoff, compañero de Bakunin en su juventud, que luego saltara al campo de la reacción, insinuaba ciertas sospechas contra Bakunin, "por no sé qué cuestiones financieras", a lo que Marx no daba importancia alguna ni tampoco Engels, quien observaba, con filosófico desparpajo: "Pedir un préstamo sin la intención de devolverlo es una actitud demasiado habitual en Rusia, como para que un ruso pueda reprocharle a otro algo en ese sentido". Inmediatamente después de referirse a las maniobras de Borkheim, Marx escribía que el Consejo General habría de decidir si un tal Richard, que luego resultó ser un impostor, había sido echado con razón de la Internacional por la sección lyonesa, añadiendo que, fuera de su devoción por Bakunin y de la gran sabiduría que esto suponía, no creía que hubiese nada de reprochable. "Parece que nuestra última circular ha causado un gran impacto, y que tanto en Suiza como en Francia se ha desatado verdadera una cacería contra los bakuninistas. Pero tenemos que ser moderados en todo, y ya encargaré yo de que no se cometa ninguna injusticia".

A estas buenas intenciones contradecía abiertamente el "comunicado confidencial" que Marx hizo llegar pocas semanas después, el 28 de marzo, al comité directivo de los de Eisenach en Braunschweig, por intermedio de Kugelmann. El eje de este comunicado era la circular del Consejo General del 1 de enero, que solo estaba destinada a Ginebra y a los consejos federales de habla

francesa, y que no solamente había conseguido ya el fin práctico que se proponía, sino que había desencadenado incluso aquella "cacería" contra los bakuninistas que Marx reprobaba. ¿Qué era lo que lo impulsaba a dirigir ahora aquella misma circular, después de las consecuencias desagradables que había causado, a Alemania, donde Bakunin no tenía un solo partidario? No era posible saberlo.

Y era todavía más inexplicable que Marx incluyera en la circular una introducción y unas palabras finales más apropiadas para estimular aquella "cacería" contra Bakunin, considerada injusta, que para ponerle fin. La introducción empezaba con una serie de reproches hacia Bakunin, que primero había intentado inmiscuirse en la Liga de la Paz y la Libertad, desde cuyo comité ejecutivo se lo controlaba como a un "ruso sospechoso". Después de haber fracasado en la Liga, con sus absurdos programáticos, se había afiliado a la Internacional, con el fin de convertirla en su instrumento. Para esto, había fundado la Alianza de la Democracia Socialista. Cuando el Consejo General se negó a reconocerla, la disolvió nominalmente, pero de hecho seguía funcionando bajo la dirección de Bakunin, que ahora se proponía alcanzar sus fines por otros medios. Había conseguido incluir la cuestión del derecho de herencia en el programa del Congreso de Basilea, para derrotar teóricamente al Consejo General y preparar así el terreno para trasladarlo a Ginebra. Planeó "una verdadera conspiración"con el objetivo de conseguir la mayoría en el congreso, pero no logró que se aprobaran sus propuestas, y el Consejo General siguió en Londres. "La furia causada por este fracaso –el fracaso de los planes con los cuales, en caso de prosperar, tal vez animara Bakunin ciertas especulaciones de orden privado"– se había traducido luego en los ataques de la *Egalité* contra el Consejo General, a los cuales había respondido este con su carta circular del 1 de enero.

Marx inserta esta circular al pie de la letra en el comunicado confidencial, y continúa diciendo que, antes de que la carta hubiese llegado a Ginebra, ya había estallado aquí la crisis, que el Consejo Federal franco-italiano había aprobado los ataques de la *Egalité* contra el Consejo General y que sometería al periódico, en lo sucesivo, a una rigurosa vigilancia, debido a lo cual Bakunin se había retirado de Ginebra al Tesino. "Poco después, falleció Herzen. Bakunin, que desde los tiempos en los que había querido erigirse como líder del movimiento obrero europeo no había hecho más que renegar de su viejo amigo y mecenas, le dedicó, inmediatamente después de su muerte, una catarata de halagos. ¿Por qué? Herzen, a pesar de su gran fortuna personal, dejaba que todos los años el

partido paneslavista pseudosocialista ruso le pasara veinticinco mil francos para gastos de propaganda. Con su catarata de halagos, Bakunin quería atraer hacia sí este dinero, haciéndose cargo de la 'herencia de Herzen' sin ningún tipo de escrúpulos, pese a todo su odio por la institución hereditaria". Mientras tanto, había ido formándose en Ginebra una colonia de estudiantes emigrados rusos, entusiastas y con magníficas intenciones, que hacían de la lucha contra el paneslavismo el eje central de su programa. Estos estudiantes se inscribieron como rama de la Internacional y propusieron a Marx, provisionalmente, como representante suyo en el Consejo General, pedidos ambos a los que se había accedido. Al mismo tiempo, estos emigrados rusos declaraban que no tardarían en sacarle púbicamente la careta a Bakunin, poniéndole fin a las maniobras de este peligrosísimo urdidor, al menos en el campo de la Internacional. Con esto, terminaba el "comunicado confidencial" al que nos hemos venido refiriendo.

No hay por qué enumerar todos los errores en los que este escrito cae acerca de Bakunin. Los reproches que formula contra este carecen, en general, de fundamento, y son tanto más infundados cuanto más incrimimatorios parecen. Así sucede principalmente con la acusación referente a la caza de la herencia. En Rusia no hubo nunca un partido pseudosocialista y paneslavista que le pasara a Herzen veinticinco mil francos anuales para propaganda; el grano insignificante de realidad que había en esta fábula era que un joven socialista llamado Batmetiev había creado, alrededor de los años de 1850, un fondo revolucionario de veinte mil francos, que Herzen administraba. No hay ninguna prueba de que Bakunin tuviera jamás la ambición de apropiarse de ese fondo, ni hay derecho tampoco a interpretar en este sentido la afectuosa necrológica que publicó en la *Marseillaise* de Rochefort ante la muerte de su oponente público, que había sido su amigo antaño. A lo sumo, se le podía hacer, por esto, un reproche por su sentimentalismo, y lo cierto es que todas las faltas y las debilidades de Bakunin, por muchas que tuviese, eran casi siempre la contracara de esas cualidades que suelen acompañar a los "peligrosísimos urdidores".

Las últimas palabras del comunicado confidencial nos indican qué fue lo que indujo a Marx a estos errores. Se los había sugerido, evidentemente, el comité de emigrados rusos de Ginebra, es decir, Utin, ya fuese personalmente o por intermedio de Becker. Al menos, en una de las cartas de Marx a Engels hay un fragmento del que parece desprenderse que la más grave de las sospechas que le

imputaba a Bakunin, la de haber perseguido la herencia de Herzen, se la había transmitido Becker. Sin embargo, no concuerda con esto el que en una carta enviada en aquellos días por el propio Becker a Jung, y que aún se conserva, aquel, aunque lamentando mucho el conflicto que había en Ginebra, el antagonismo entre la *fabrique* y los *gros métiers*, los "ilusionistas perturbados como Robin y los obstinados e intransigentes como Bakunin", diga de este que es "mejor y más útil de lo que era antes". Las cartas dirigidas a Marx por Becker y la colonia de emigrados rusos no se han conservado. En sus respuestas oficiales y privadas a la nueva rama de la Internacional, Marx creyó más prudente no decir una palabra acerca de Bakunin; en estas, se limitaba a recordarle a la sección rusa que su principal misión era trabajar por Polonia, es decir, librar a Europa de su propio vecino. No dejaba de hacerle cierta gracia aquello de ser representante de la joven Rusia, y decía que uno nunca podía saber qué rara compañía le depararía el futuro.

A pesar de estas palabras en chiste, Marx se sentía visiblemente satisfecho por ver que la Internacional empezaba a hacerse presente entre los revolucionarios rusos. De otro modo, no tendría explicación que prestara oídos, viniendo de una persona a quien desconocía absolutamente, como era Utin, a las mismas sospechas contra Bakunin que había rechazado cuando procedían de su viejo amigo Borkheim. Un curioso azar quiso que por aquellos días Bakunin se dejara seducir por un emigrado ruso, en quien veía la golondrina de la revolución rusa que se acercaba, metiéndose, arrastrado por él, en una aventura que habría de ser mucho más funesta para su nombre que ningún otro episodio de su vida.

Unos cuantos días después de haber sido escrito el "comunicado confidencial", el 4 de abril, se reunió en La Chaux-des-Fonds el segundo congreso anual de la Federación Franco-Italiana en Suiza, en el que sucedió la ruptura abierta y franca. La sección ginebrina de la Alianza, que ya había sido admitida en la Internacional por el Consejo General, exigió que se la admitiera en la Federación Franco-Italiana y que dos delegados sayos pudiesen participar en las deliberaciones del congreso. Utin se opuso a este pedido. Interpeló violentamente a Bakunin y denunció a la sección de la Alianza en Ginebra como instrumento de sus maniobras, pero encontró un oponente decidido en Guillaume, que, aunque era un fanático cerrado, tan desleal con Marx, en los últimos años sobre todo, como Utin lo era con Bakunin, se diferenciaba bastante, tanto en cultura como en talento, de su miserable contrincante. Guillaume triunfó por 21 votos contra 18.

Pero la minoría se negó a acatar la voluntad de la mayoría, y el congreso se quebró. A partir de este momento, deliberaron dos congresos en vez de uno: el de la mayoría acordó trasladar la sede del Consejo Federal de Ginebra a La Chaux-des-Fonds, elevando a órgano de la organización a la *Solidarité*, que Guillaume habría de publicar en Neuenburg.

La minoría justificaba la obstrucción alegando que se trataba de una mayoría puramente circunstancial, dado que en La Chaux-des-Fonds solo estaban representadas quince secciones, cuando solamente Ginebra contaba con treinta, y todas o casi todas se oponían a que la sección de la Alianza estuviese en la Federación Franco-Italiana. La mayoría, en cambio, se amparaba en que una sección admitida por el Consejo General no podía ser despreciada por un Consejo Federal. El viejo Becker se lamentaba en el *Vorbote* de aquellas deplorables disputas sobre cosas insignificantes que solo denotaban una ausencia absoluta de espíritu fraternal en ambas partes. La sección de la Alianza, a la cual en el fondo solo le preocupaba la difusión de sus principios, podía renunciar perfectamente a ser admitida en una agrupación nacional, sobre todo si se la consideraba como un instrumento de las maniobras de Bakunin, que hacía mucho tiempo que ya no caía simpático en Ginebra. Pero si insistía, pese a todo, en ser admitida, era mezquino y pueril rechazarla o hacer de su admisión un pretexto para divisiones y peleas.

Sin embargo, la cosa no era tan simple como creía Becker. Los acuerdos realizados en ambos congresos, aunque tuvieran muchos puntos de contacto, diferían en la cuestión fundamental, en el desacuerdo del que habían surgido todos los conflictos de Ginebra. El congreso de la mayoría tomaba la posición de los *gros métiers*. Condenaba la política que solo aspiraba a generar cambios sociales mediante reformas nacionales, ya que todo Estado políticamente organizado no era más que el instrumento de explotación capitalista basado en el derecho civil, y por eso las intervenciones del proletariado en la política burguesa no servían, en última instancia, más que para fortalecer el sistema imperante y para paralizar la acción revolucionaria del proletariado. En cambio, el congreso de la minoría tomaba como propio el criterio de la *fabrique*; condenaba el abstencionismo político como sistema funesto para el movimiento obrero y recomendaba la participación electoral, no porque por esta vía fuese a conseguirse la emancipación de la clase trabajadora, sino porque la representación parlamentaria era para los obreros un

medio de propaganda y agitación del cual, por razones tácticas, no podía prescindirse.

El nuevo Consejo Federal de La Chaux-des-Fonds exigió que el Consejo General lo reconociera como órgano directivo de la Federación Franco-Italiana. El Consejo General no accedió al pedido, sino que dispuso, el 28 de junio, que el Consejo Federal de Ginebra, detrás del cual se agrupaba la mayoría de las secciones ginebrinas, se mantuviese en su puesto como hasta allí; y que el nuevo Consejo Federal se pusiera un nombre local cualquiera. Pero el nuevo Consejo no quiso someterse a esta decisión, perfectamente equitativa y que además él mismo había provocado, sino que protestó enfáticamente contra el ansia de mando y contra el "autoritarismo" del Consejo General, dándole a la oposición interna de la Internacional su segundo tópico. El primero era, como acabamos de ver, el abstencionismo político.

Por su parte, el Consejo general rompió todo tipo de relaciones con el nuevo Consejo Federal de La Chaux-des-Fonds.

8. LA AMNISTÍA IRLANDESA Y EL PLEBISCITO FRANCÉS

El invierno de 1869 a 1870 fue para Marx otro momento de sufrimientos físicos y de enfermedades, pero, al menos, ahora se veía libre de sus constantes problemas económicos. El 30 de junio de 1869, Engels se había librado finalmente del "vil comercio", y ya hacía medio año de que le preguntara a Marx si podría vivir con 350 libras al año. Al correrse de la empresa, le puso como condición a su socio que le aportara esta suma a su amigo, durante cinco o seis años. Por las cartas intercambiadas entre ellos, no podemos saber cómo llegó a cerrarse el acuerdo; pero lo cierto es que Engels solucionó los problemas económicos de Marx, no solo por los siguientes cinco o seis años, sino hasta su muerte.

Políticamente, los dos se ocuparon durante esta temporada de la cuestión irlandesa. Engels realizó profundos estudios acerca de sus orígenes históricos, cuyos resultados no llegaron, lamentablemente, a publicarse, y Marx despertó el interés del Consejo General de la internacional por el movimiento irlandés, que reclamaba la amnistía de los fenianos, condenados por medio de procedimientos alejados de la legalidad e infamemente maltratados en la cárcel. El Consejo General expresó su admiración por la firmeza, el ánimo y la valentía con las que el pueblo irlandés peleaba por sus derechos, y condenó la

política de Gladstone que, olvidándose de todas sus promesas electorales, les negaba la amnistía o la sometía a condiciones que eran un insulto para las víctimas del desgobierno y para el pueblo irlandés.En este manifiesto de adhesión a Irlanda, se criticaba fuertemente al Primer Ministro que, después de haber aplaudido con entusiasmo, sin preocuparse por el cargo que tenía, a los rebeldes sublevados contra los esclavistas de Estados Unidos, predicara ahora al pueblo inglés la doctrina del sometimiento, y se decía que toda su conducta en la cuestión de la amnistía irlandesa era una consecuencia de la"política de conquistas" que Gladstone había marcado con el hierro caliente de su fogosa palabra para eliminar del gobierno a sus contrincantes, los *torys*. En una de sus cartas a Kugelmann, Marx dice que combate a Gladstone igual que en otro tiempo había combatido a Palmerston: "Estos emigrados demagógicos que andan por aquí prefieren pegarles a los déspotas continentales manteniendo una prudente distancia. Para mí, los golpes solo tienen encanto cuando puedo ver al tirano cara a cara".

Marx estaba particularmente encantado de que esta campaña irlandesa representara un triunfo para su hija mayor. Como la prensa inglesa silenciaba constantemente las infamias cometidas contra los fenianos presos, Jenny Marx se decidió a enviar, bajo el seudónimo de Williams, que había empleado su padre en el año 1850, unos cuantos artículos a la *Marseillaise de Rochefort*, en los cuales retrataba con vivos colores el trato que a los presos políticos les daba la "libre" Inglaterra. Gladstone no pudo desmentir estas revelaciones, publicadas en larevista seguramente más leída de todo el continente. A las pocas semanas, la mayoría de los fenianos presos eran liberados y embarcaban rumbo a América.

La *Marseillaise* se había hecho famosa en Europa por sus audaces golpes contra el debilitado Imperio. A principios de 1870, Bonaparte realizó el último intento desesperado por mantener a flote al régimen cruento y putrefacto, haciendo concesiones a la burguesía, para lo cual nombró como Presidente del Consejo de Ministros al charlatán liberal de Ollivier. Este intentó imponer las llamadas "reformas", pero como ningún gato deja de cazar ratones ni siquiera cuando está en peligro, Bonaparte hizo que aquellas "reformas" tuvieran el sello, auténticamente bonapartista, de un plebiscito. Ollivier fue lo bastante débil para plegarse, y llegó a recomendar a los prefectos, incluso, que no escatimaran esfuerzos para sacar a flote la consulta plebiscitaria. Pero la policía bonapartista sabía más sobre esto de organizar plebiscitos que el ególatra charlatán, y en las cercanías de aquella gran

jornada política descubrió un supuesto complot de los miembros de la Internacional para, según decía, terminar con la vida del emperador. Ahora Ollivier fue también lo bastante cobarde para someterse a las órdenes de la policía. Al fin y al cabo no se trataba más que de obreros; no hubo en toda Francia "dirigente" de la Internacional, o persona calificada como tal, a quien no se molestara con registros domiciliarios y detenciones.

El Consejo General se apuró a publicar el 3 de mayo un repudio contra aquellos manejos policiales, en el que se decía: "Nuestros estatutos obligan a todas las secciones de la Asociación a actuar públicamente. Y si los estatutos no fueran lo suficientemente claros en este punto, ya el solo carácter de una asociación que está identificada con la clase obrera excluiría toda posibilidad de ser confundida con una sociedad secreta. Si las clases obreras, que forman la gran masa de las naciones, que crean su riqueza y en cuyo nombre gobiernan o dicen gobernar hasta los poderes más usurpadores, conspiran, lo hacen públicamente, como el sol conspira contra las tinieblas, con la conciencia plena y absoluta de que no hay ningún poder legítimo por fuera de su órbita... Las medidas sensacionalistas de violencia tomadas contra nuestras secciones francesas no tienen otro objetivo que servir a un fin: la manipulación del plebiscito". Así era, en realidad; aquel recurso indigno consiguió, una vez más, el fin indigno que se proponía. Por siete millones de votos contra un millón y medio fue consagrado en las urnas "el Imperio liberal".

Conseguido esto, no hubo más remedio que dejar que se esfumara el fantasma del complot. Es cierto que la policía decía haber descubierto en poder de los afiliados a la Internacional un diccionario cifrado, en el que solo pudo descifrar unos cuantos nombres propios, entre ellos el de Napoleón, y algunos términos químicos, como el de *nitroglicerina*; pero tan burdo era todo que ni los tribunales bonapartistas se lo hubieran creído. Y la acusación quedó reducida a aquel supuesto delito con el que ya en dos ocasiones anteriores habían procesado y condenado a los afiliados franceses de la Internacional: el crimen de pertenecer a sociedades secretas o no autorizadas.

Después de una brillante defensa, que esta vez estuvo a cargo del obrero del cobre Chatain, futuro miembro de la Comuna de París, el 9 de julio el tribunal decretó una serie de condenas, ninguna de las cuales excedía el año de prisión y la pérdida de los derechos civiles.

Casi al mismo tiempo, se desencadenaba la tormenta que habría de barrer al segundo Imperio.

CAPÍTULO XIV
OCASO DE LA INTERNACIONAL

1. HASTA SEDÁN[51]

Mucho se ha escrito acerca de la actitud de Marx y Engels ante la guerra franco-prusiana; en realidad, no hacen falta muchas palabras para definir su posición. Ellos veían en la guerra un elemento no del orden divino, como Moltke, sino del orden satánico, inherente e inseparable de la sociedad de clases, y muy especialmente de la sociedad capitalista.

Como historiadores que eran, no adoptaban, naturalmente, ese punto de vista antihistórico de que la guerra es la guerra, y de que todas deben medirse con la mismavara. Para ellos, cada guerra tenía sus propias causas y sus propias consecuencias concretas, y de esas causas y esas consecuencias dependían la actitud que ante una guerra hubiera de tomar la clase trabajadora. No era otro tampoco el punto de vista de Lassalle, con quien ambos habían discutido en el año 1859 acerca de las condiciones reales de la guerra entablada; en lo que estaban de acuerdo los tres era en lo fundamental: en la idea de explotar aquella guerra del modo más beneficioso para la lucha de emancipación del proletariado.

Este mismo punto de vista había determinado su posición ante la guerra de 1866. Fracasada la revolución alemana de 1848 en su intento de crear la unidad nacional, el Gobierno de Prusia buscó el modo de explotar en su beneficio aquel movimiento alemán de unidad que el desarrollo económico del país estaba fomentando constantemente, para instaurar, en vez de una Alemania unida, una Prusia grande, como el emperador Guillermo I habría de expresar en su vejez. Marx y Engels, Lassalle y Schweitzer, Liebknecht y Bebel estaban todos de acuerdo con que la unidad alemana, la que el proletariado alemán necesitaba como fase preliminar para su lucha por la emancipación, solo podía realizarse por medio de una revolución nacional, y esto los llevaba a combatir fuertemente todas las tendencias dinásticas y particularistas de la política de expansión prusiana.

[51] Se refiere a la Batalla de Sedán, que se libró entre el 1 y 2 de septiembre de 1870, durante la Guerra franco-prusiana.

Pero cuando la batalla de Königgrätz definió el conflicto, no tuvieron más remedio que ir mordiendo todos, algunos antes que otros, de acuerdo a la medida de su conocimiento sobre las "condiciones reales", esta amarga manzana. Demostraba la imposibilidad de una revolución nacional por la cobardía de la clase burguesa y la debilidad del proletariado, y siendo claro que aquella Prusia grande forjada por "la sangre y el hierro" le ofrecía a la lucha de clases del proletariado condiciones más propicias que la restauración –suponiendo que esta hubiera sido posible, que no lo era– de la Dieta Federal alemana, con su lamentable política localista, no había más que aceptar la situación. Marx y Engels llegaron inmediatamente a esta conclusión, al igual que Schweitzer, como sucesor de Lassalle: aceptaron la Confederación Alemana del Norte, con toda su miseria y todo el retroceso que implicaba, como un hecho consumado que, si bien no tenía nada de bueno ni de apasionante, ofrecía a las luchas de la clase obrera alemana una base más firme que aquel espantoso régimen de la Dieta Federal. En cambio, Liebknecht y Bebel no lograban desprenderse de sus ideas revolucionarias de una Alemania grande y trabajaron incansablemente, en los años que siguieron a 1866, por destruir la Confederación Alemana del Norte.

Después de la actitud que Marx y Engels habían tomado en 1866, su posición frente a la guerra de 1870 estaba, hasta cierto punto, resuelta. Jamás se pronunciaron respecto a los acontecimientos precedentes inmediatos; ni sobre la candidatura de un Hohenzollern al trono de España, digitada por Bismarck contra Bonaparte, ni sobre la alianza franco-austro-italiana, manejada por Bonaparte contra Bismarck. Bajo las circunstancias de la época, no era posible formular un juicio certero acerca de ninguna de las dos cosas. Sin embargo, tan pronto como la política bélica bonapartista se orientó contra la unidad nacional de Alemania, Marx y Engels reconocieron que esta peleaba a la defensiva.

Marx justifica detenidamente este modo de ver en el discurso redactado por él y publicado por el Consejo de la Internacional el 23 de julio. En él se dice que "el complot bélico de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del golpe de Estado de 1851", pero que ya sonaban las campanas de muerte del segundo Imperio, el cual terminaría como había empezado: como una parodia. Pero no debía olvidarse que habían sido los gobiernos y las clases dominantes quienes le habían permitido a Bonaparte pasarse dieciocho años seguidos representando aquella comedia cruel del Imperio restaurado. Si la guerra era, por parte de Alemania, una guerra defensiva, ¿quién había puesto a este país en la necesidad de defenderse?, ¿quién había

hecho posible que Luis Bonaparte le declarara la guerra a Alemania? Prusia. Antes de su triunfo en Königgrätz, Bismarck había conspirado con este mismo Bonaparte, y después de su victoria sobre Austria no había enfrentado a la esclavizada Francia una Alemania libre, sino que a todas las beldades innatas del viejo sistema le había añadido todos los trucos del segundo Imperio, haciendo que el régimen bonapartista floreciera a ambos lados del Rin. ¿Qué otra cosa podía salir de ahí sino la guerra? "Si la clase obrera alemana permite que esta guerra pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra el pueblo francés, será tan funesta la victoria como la derrota. Toda la miseria que recayó sobre Alemania después de las guerras llamadas de la Independencia, resurgiría con una furia redoblada". El discurso se refería a las manifestaciones antibélicas de los obreros franceses y alemanes, que no permitían anticipar un desenlace tan triste. Y remarcaba que en el fondo de esta lucha suicida acechaba la sombra infausta de Rusia. Todas las simpatías que los alemanes tenían derecho a sentir mientras se trataba de una guerra defensiva contra la soberbia bonapartista, se derrumbarían si se le permitiera al Gobierno prusiano solicitar o aceptar la ayuda de los cosacos.

Dos días antes de publicarse esta proclama, el 21 de julio, el Reichstag de Alemania del norte autorizó un crédito de guerra de 120 millones de táleros. Los representantes de los lassalleanos en el Parlamento, siguiendo la política que mantenían desde 1866, votaron a favor. En cambio, Liebknecht y Bebel, que representaban en el Reichstag a la fracción de Eisenach, se abstuvieron, para no concederle con sus sufragios un voto de confianza al Gobierno de Prusia, cuyo accionar en el año 1866 había determinado la guerra actual, y sin querer tampoco votar en contra para que no se interpretara esto como un voto favorable a la política escandalosa y criminal de Bonaparte. Liebknecht y Bebel se situaban ante la guerra en una actitud esencialmente moral, acorde a las ideas que el primero habría de exteriorizar más tarde en su obra sobre el envío de Ems y Bebel en sus Memorias.

Esta actitud encontró una oposición decidida en el seno de su fracción y sobre todo en el comité directivo de Braunschweig. En realidad, la abstención de los dos diputados no representaba una política práctica, sino más bien una afirmación moral, que por muy legítima que fuese, no respondía a las exigencias políticas del momento. Si en cuestiones privadas cabe y basta, a veces, decirles a ambos contendientes: ninguno de los dos tiene razón y no quiero entrometerme en sus conflictos, semejante actitud no es admisible en

la vida de los Estados, donde los pueblos tienen que lavar con su sangre las culpas y disputas de los reyes. La imposible neutralidad de los dos diputados empezó a generar sus frutos prácticos en la actitud, nada clara ni consecuente, que adoptó en las primeras semanas de la guerra el *LetpzigerVolkstaat*, órgano de la fracción de Eisenach. Esto vino a incrementar el conflicto planteado entre la redacción, o sea Liebknecht, y el comité directivo, que acudió a Marx pidiéndole ayuda y consejo.

Inmediatamente después de que estallara la guerra, el 20 de junio, antes por lo tanto de que Liebknecht y Bebel se abstuviesen de votar, Marx le había escrito a Engels en los términos siguientes, después de hacer una fuerte crítica de los "chauvinistas republicanos" franceses: "Los franceses necesitan un golpe. Si los prusianos vencen, la centralización del Estado favorecerá la centralización de la clase obrera. Además, la supremacía alemana desplazará el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa occidental de Francia a Alemania, y no hay más que comparar el desarrollo del movimiento en ambos países desde 1866 para acá, para convencerse de que la clase obrera alemana está por encima de la francesa, tanto en teoría como en organización. El triunfo de la primera sobre la segunda en el escenario del mundo representaría a la vez el triunfo de nuestra teoría sobre la de Proudhon, etcétera". Al recibir la solicitud del comité de Braunschweig, Marx se dirigió a Engels, como hacía siempre cuando se trataba decuestiones importantes, pidiéndole consejo, y fue Engels quien decidió, tal como había hecho en el año 66, la táctica de ambos amigos.

En su carta de respuesta, fechada el 15 de agosto, Engels dice: "A mí me parece que la situación es la siguiente: Alemania se ve obligada por Badinguet (Bonaparte) a una guerra para defender su existencia nacional. Si Badinguet triunfa, el bonapartismo se consolidará durante años, y Alemania quedará destrozada por muchos años también e incluso por varias generaciones. Ya no habría que pensar en un movimiento obrero alemán autónomo; la lucha por restaurar la unidad nacional lo absorbería todo, y en el mejor de los casos los obreros alemanes irían a la zaga de los franceses. La victoria de Alemania destruiría, desde luego, al bonapartismo francés, acabaría de una vez con las eternas disputas por la restauración de la unidad alemana, los obreros alemanes podrían organizarse sobre una base nacional muy distinta a la de hoy, y los franceses, cualquiera fuese el gobierno que siguiera, tendrían más libertad que bajo el bonapartismo. La masa del pueblo alemán, sin distinción de

clases, ha visto que en esta guerra está en juego en primer lugar su existencia como nación, y se ha puesto de pie sin dudar. Yo no creo posible que ningún partido político alemán deba, en estas circunstancias, predicar *a la* Guillermo (Liebknecht) la total obstrucción, anteponiendo toda una serie de consideraciones secundarias a la que debe ser la cuestión principal".

Engels condenaba con la misma dureza que Marx el chauvinismo francés, que contagiaba hasta a quienes adherían a la ideología republicana. "Badinguet no hubiera podido embarcarse en esta guerra de no ser por el chauvinismo de la masa del pueblo francés, burgueses, pequeñoburgueses y campesinos, a los que se une el proletariado de la construcción, oriundo del campo y creado en las grandes ciudades por obra de la política imperialista y bonapartista de Hausmann. Mientras no se le dé en la cabeza, sin piedad, a este chauvinismo, no habrá paz posible entre Alemania y Francia. Cabía esperar que se hubiese encargado de ello una revolución proletaria; pero, dado que ha estallado la guerra, a los alemanes no les queda más remedio que hacerlo, y pronto".

Las "consideraciones secundarias", a saber: el hecho de que la guerra estuviese liderada por Bismarck y compañía, y de que, en caso de triunfar, disfrutarían de una gloria efímera, se debía a la miseria de la burguesía alemana. Era lamentable, pero no había más remedio que aceptarlo. "Sería absurdo querer tomar el antibismarckismo como principio único y absoluto". En primer lugar, Bismarck, tanto ahora como en 1866, lo que hace es impulsar con su política nuestro movimiento, a su manera y sin saberlo, claro está. Nos deja el terreno libre para construir. Y, además, hay que tener en cuenta que ya no estamos en el año 1815. Ahora, no habrá más remedio que permitirles el ingreso al parlamento a los alemanes del sur, y con su entrada el prusianismo tendrá su contrapeso... Eso de querer cancelar toda la historia desde el año 1866 para acá como quiere Liebknecht, pura y simplemente porque no le satisface, es un sinsentido. Pero ya sabemos cuánto podemos esperar de nuestros ejemplares alemanes del sur".

Engels vuelve a insistir, en el transcurso de su carta, sobre la política de Liebknecht. "Es graciosa en Guillermo la posición de que porque Bismarck sea un antiguo cómplice de Badinguet no hay otra actitud correcta que mantenerse neutral. Si esa fuera la opinión de toda Alemania, pronto volveríamos a la vida del Rin, y el buen Guillermo vería qué papel le tocaba y adónde iba a parar el movimiento obrero. ¡Magnífico pueblo para hacer la revolución social, un pueblo que solo

puede apelar a sus puños y a sus pies, fraccionado en todos esos Estaditos por los que Guillermo siente tanta debilidad! Se ve que Guillermo especula con el triunfo de Bonaparte porque quiere ver la derrota de su Bismarck. Ya recordarás cómo lo amenazaba siempre con los franceses. Tú, naturalmente, estarás de parte de Guillermo". La última frase tenía un sentido irónico: se refería a unas palabras de Liebknecht, diciendo que Marx estaba de acuerdo con su actitud y la de Bebel, al abstenerse de votar los créditos de guerra.

Marx reconocía que había aplaudido la "declaración" de Liebknecht. Se trataba de un "momento" en el que mantenerse fiel a los principios constituía un acto de coraje, pero esto no quería decir que aquel momento perdurara, ni mucho menos que la posición del proletariado alemán ante una guerra que había adquirido carácter nacional pudiera resumirse en la antipatía de Liebknecht por los prusianos. Marx tenía buenas razones para referirse a la "declaración" y no a la abstención de votar, que era algo distinto. Mientras que los lassalleanos habían votado los créditos de guerra, uniendo sus voces al coro de la mayoría burguesa, sin destacar para nada su posición socialista, Liebknecht y Bebel habían emitido un "voto razonado". En él no se limitaban a explicar su abstención, sino que unían a ella como "republicanos socialistas y afiliados a la Internacional, que combatía contra todos los opresores sin distinción de nacionalidad, aspirando a unir a todos los oprimidos en una alianza fraternal", una protesta de principio contra esta guerra, igual que contra toda guerra dinástica, y expresaban la esperanza de que los pueblos de Europa, adoctrinados por estas terribles enseñanzas, hiciesen todo lo posible por conquistar su soberanía, derribando el régimen de sable y de clase imperante, que era la causa de todos los males políticos y sociales. Esta "declaración", que por primera vez había hecho flamear en un parlamento europeo la bandera de la Internacional, valientemente, ante una cuestión de suma importancia para la historia universal, era lógico que hubiese satisfecho a Marx.

Que era esto lo que él "aplaudía" y no otra cosa, se desprendía de sus propias palabras. La abstención de votar no significaba precisamente un acto de "fidelidad a los principios", sino que era más bien un pacto; en efecto, Liebknecht quería votar en contra, y fue Bebel quien lo convenció de que debían abstenerse. Además, la posición abstencionista coartaba su libertad de acción, y no solo en el "momento" de tomarla, como la política de su periódico demostraba a cada número. Finalmente, no representaba tampoco un "acto de coraje", en el sentido de que contenía en sí su propia justificación. Si

Marx hubiera hablado de "acto de coraje" en este sentido, habría tenido que aplaudir también, y con más razón aún, el coraje de Thiers que, bajo una lluvia de insultos de los mamelucos del Imperio, se levantó para criticar enfáticamente la guerra en la Cámara francesa, o la de los demócratas burgueses del estilo de Favre y Grevy, que no se conformaron con abstenerse de votar los créditos de guerra, sino que votaron directamente en contra, en medio de un ambiente patriótico que era, al menos, tan agresivo como el que reinaba en Berlín.

Las conclusiones que Engels sacaba de su modo de enfocar la situación, en cuanto a la política de los obreros alemanes, pueden resumirse de la siguiente manera: unirse al movimiento nacional en cuanto este se limitara a la defensa de Alemania (sin que esto excluyera la táctica ofensiva hasta el momento de la paz), subrayando en todo momento la distinción entre los intereses nacionales alemanes y los de la dinastía prusiana; oponerse a todos los planes de anexión de Alsacia-Lorena; en cuanto tomara el timón del pueblo francés un gobierno republicano no chauvinista, influir para que se acordara con él una paz honrosa; poner de relieve constantemente la unidad de intereses de los obreros franceses y alemanes, que no habían aprobado la guerra, ni peleaban tampoco entre sí.

Marx se declaró perfectamente identificado con esta posición, y en este sentido respondió al comité de Braunschweig.

2. **DESPUÉS DE SEDÁN**

Pero, antes de que este comité tuviese tiempo de poner en práctica las indicaciones recibidas de Londres, la situación experimentó un cambio radical y completo. Sucedió la jornada de Sedán, Bonaparte cayó prisionero, el Imperio se desmoronó y fue proclamada en París una República burguesa al frente de la cual se pusieron, formando un "Gobierno de la Defensa Nacional", los que hasta entonces habían sido diputados de la capital francesa.

Con esto, la guerra dejaba de ser para Alemania una guerra defensiva. El rey de Prusia, como jefe supremo de la Confederación Alemana del Norte, había asegurado reiterada y solemnemente que la guerra no era contra el pueblo francés, sino contra el gobierno del emperador de Francia; los nuevos representantes del poder en París se mostraban, además, dispuestos a pagar la indemnización de guerra que debieran. Pero Bismarck reclamaba la cesión de territorios y

sostuvo la guerra por la conquista de Alsacia-Lorena, incluso a cambio de pisotear la consigna de la guerra defensiva.

En esto no hacía más que seguir los pasos de Bonaparte, como los seguía también al armar aquella especie de plebiscito que tendía a eximir al rey de Prusia de sus compromisos solemnes. En vísperas de la jornada de Sedán, desfilaron frente al rey un tropel de "notables" de todos los tipos y linajes, aclamándolo en "masa" y pidiendo "fronteras seguras" para Alemania. Y tal impresión causaron al viejo rey los "unánimes deseos del pueblo alemán", que ya el día 6 de septiembre escribía a Berlín: "Se expondrían a perder su trono los príncipes que osaran resistir a estos deseos"; el 14 de septiembre, la *Correspondencia provincial*, periódico semioficial, declaraba que era "una ingenuidad creer que el supremo jefe de la Confederación Alemana del Norte se podía considerar obligado por sus propias manifestaciones espontáneas".

Sin duda para que no se manchara la pureza de los "deseos unánimes del pueblo alemán", se procuró reprimir por la fuerza todo indicio de oposición. El 5 de septiembre el Comité de Braunschweig había publicado una proclama invitando a la clase obrera a organizar manifestaciones públicas en favor de una paz honrosa con la República francesa y contra la anexión de Alsacia-Lorena; en esta proclama se insertaban literalmente algunos párrafos de la carta que Marx le dirigiera al Comité. El 9 de septiembre fueron detenidos por autoridades militares y conducidos bajo cadenas al fuerte de Lötzen los firmantes de la proclama. En esta misma prisión fue encerrado como prisionero de Estado Juan Jacoby, que en una reunión celebrada en Königsberg se había pronunciado también contra los planes de conquista de territorios franceses, osando pronunciar estas tremendas palabras: "Hasta hace pocos días, nuestra guerra era una guerra defensiva, una guerra santa por nuestra patria amada; hoy, es una guerra de conquista, una cruzada para imponer la supremacía de la raza germánica en Europa". Toda una serie de prohibiciones y secuestros, registros domiciliarios y detenciones vinieron a completar este régimen militar de terror con el que se protegían de toda posible duda los "unánimes deseos del pueblo alemán".

El mismo día en el que eran detenidos los vocales del comité de Braunschweig, el Consejo Directivo de la Internacional tomaba la palabra, y se dirigía al mundo con una segunda proclama, redactada por Marx con la colaboración de Engels, explicando la nueva situación. El documento empezaba poniendo de manifiesto cuán pronto se había

cumplido su predicción de que esta guerra le propinaría el golpe final al segundo Imperio, como también su temor de que Alemania transformarala guerra defensiva en una guerra ofensiva. La camarilla militar prusiana había optado por la guerra de conquista, no sin antes eximir, ¡y de qué modo!, al rey de Prusia de las obligaciones que él mismo asumiera en cuanto al carácter defensivo. "Los jefes de la escena hicieron ver que accedían a desgano a las demandas contundentes de la nación, y de inmediato ofrecieron una señal para la clase media liberal, con sus profesores, sus capitalistas, sus periodistas y sus concejales. Esta clase media, que en todas las luchas sostenidas por la libertad burguesa desde 1846 hasta 1870, ha dado un espectáculo jamás conocido de perplejidad, incapacidad y cobardía, se entusiasmaba, naturalmente, con poder pisar la escena de Europa como el león mugiente del patriotismo alemán. Y adoptó una falsa actitud de ciudadanía independiente para aparentar como si obligara al Gobierno de Prusia a aceptar... ¿qué? Ni más ni menos que los planes secretos de ese mismo Gobierno. Reclamando el desmembramiento de la República francesa, pagaba el precio por aquella larga serie de años que se había pasado creyendo, de un modo casi religioso, en la infalibilidad de Luis Bonaparte".

La proclama pasaba después a exponer "los pretextos plausibles" que "estos sólidos patriotas"alegaban para legitimar la conquista de Alsacia-Lorena. Claro está que no se animaban a sostener que los alsacianos-loreneses anhelaban el abrazo alemán, pero sí que esos territorios habían pertenecido, hacía mucho, muchísimo tiempo, al Imperio alemán, sepultado por los siglos. "Si vamos a rehacer de una vez el viejo mapa de Europa invocando los títulos históricos, no debemos olvidar que en sus tiempos el gran Elector de Brandemburgo era vasallo de la República de Polonia en sus posesiones prusianas".

Lo que más confundía a "mucha gente débil de mente", era que "los patriotas astutos" reclamaran las provincias de Alsacia-Lorena como "garantía material" contra futuras agresiones francesas. En una disquisición de ciencia militar, obra de Engels, el discurso demostraba que Alemania, como las experiencias de esta misma guerra habían probado, no necesitaba para nada que se fortalecieran sus fronteras contra Francia. "Si la actual campaña ha demostrado algo, ha sido precisamente lo fácil que es atacar a Francia desde Alemania". Pero, además, ¿no era un absurdo, un anacronismo, erigir las razones militares como principio normativo para trazar las fronteras de las naciones? "Aplicando esta regla, Austria todavía tendría derecho a reclamar para sí Venecia y la Minciolina, y Francia a ocupar la línea del

Rin para proteger a París, más expuesto indudablemente a los ataques del norte y del este que Berlín a los del oeste y del sur. Si el trazado de las fronteras hubiera de responder a razones militares, los reclamos no acabarían nunca, ya que toda línea militar es de por sí defectuosa, y habría que estarla rectificando constantemente por medio de nuevas conquistas; además, ningún trazado sería definitivo y justo, porque todos serían impuestos por el vencedor al vencido, albergando en su seno el germen de una nueva guerra".

La proclama recordaba las "garantías materiales" que se autoasignara Napoleón en el acuerdo de paz de Tilsit, y que no habían sido obstáculo para que, años después, su poder gigantesco se desmoronara como una caña podrida ante el empuje del pueblo alemán. "¿Qué son las 'garantías materiales' que Prusia puede o podría imponerle a Francia, en sus sueños más feroces, comparadas con las que Napoleón le impuso a Prusia? El desenlace será tan nefasto en un caso como en otro".

Los portavoces del patriotismo populista sostenían que no había que confundir a los alemanes con los franceses, que los alemanes no querían fama sino seguridad, que eran un pueblo esencialmente pacífico. "¡Naturalmente, no fue Alemania la que en 1792 invadió Francia, animada por el sublime anhelo de destruir a bayonetazos la revolución del siglo XVIII! ¡Ni fue tampoco Alemania la que manchó sus manos con el sometimiento de Italia, la opresión de Hungría y el desmembramiento de Polonia! ¡Su actual régimen militar, que divide a toda la población masculina capaz de luchar en dos partes, una que forma el ejército permanente en pie de guerra y otra que constituye el ejército permanente en uso de licencia, ambas obligadas por igual a mantener obediencia pasiva a un soberano de derecho divino, es, naturalmente, una 'garantía material' para la paz del mundo y, además, para los fines supremos de la civilización! En Alemania, como en todas partes, los cortesanos de todos los poderes reinantes envenenan la opinión pública, ponderándola y cubriéndola de halagos mentirosos. Estos patriotas alemanes que tanto se indignan al ver las fortificaciones francesas de Metz y Estrasburgo, no parecen sentir indignación alguna ante ese monstruoso sistema de fortificaciones moscovitas de Varsovia, Modlin e Ivangorod. Tiemblan de pánico ante los horrores de una posible invasión bonapartista, pero cierran los ojos cuando se trata del escándalo de la autocracia zarista protectora".

A continuación, la proclama de la Internacional exponía la tesis de que la conquista de Alsacia-Lorena empujaría a la Revolución Francesa

hacia los brazos del zarismo. ¿Realmente creían los pangermanistas que esta era la mejor manera de asegurar la libertad y la paz de Alemania? "Si la fortuna de las armas, la soberbia del triunfo y los conflictos dinásticos arrastraran a Alemania a despojar a Francia de una parte de su territorio, a Francia no le quedarían más que dos caminos: o echarse a los pies de Rusia, con todas sus consecuencias, dejándose esclavizar abiertamente por la expansión del zarismo, o prepararse para una nueva guerra 'defensiva', pero no para una de esas guerras 'localizadas' que ahora se estilan, sino para una guerra racial contra las fuerzas aliadas de los eslavos y los romanos".

La clase obrera alemana había apoyado enfáticamente esta guerra, que de todas formas no podía evitar, mientras había sido una guerra por la independencia de Alemania y por liberar a este país y a toda Europa de la tortura del segundo Imperio. "Fueron los obreros industriales y los trabajadores agrícolas alemanes los que aportaron sus nervios y sus músculos a los heroicos ejércitos, mientras sus familias, abandonadas en el país, languidecían de hambre". Diezmados por los combates, todavía causaba en ellos más mortandad la miseria de sus casas. Ahora, eran ellos quienes exigían garantías de que sus sacrificios sobrehumanos no habían sido inútiles, de que sus esfuerzos habían sido para conquistar la libertad, de que las victorias obtenidas por ellos contra los ejércitos bonapartistas no habrían de convertirse, como en 1815, en una derrota para el pueblo. La primera de estas garantías que exigían era una "paz honrosa para Francia" y el "reconocimiento de la República francesa". La proclama se refería a la manifestación organizada por el comité de Braunschweig. Desgraciadamente, no había que confiar en un triunfo inmediato. Pero la historia se encargaría de demostrar que los obreros alemanes no estaban hechos del mismo material flexible que la clase media del país. Sabrían cumplir con su deber.

Luego, la proclama pasaba a analizar el nuevo estado de cosas del lado francés. La República no había derribado el trono, se había limitado a ocupar su vacante. No había sido proclamada como una conquista social, sino como una medida de defensa nacional. El poder republicano estaba en manos de un gobierno provisional en el que había orleanistas explícitos y republicanos burgueses, algunos de estos marcados para siempre con el hierro de la insurrección de junio de 1848. El reparto de funciones establecido entre los ministros del gobierno provisional no prometía ser muy bueno. Los orleanistas se habían apropiado de las posiciones más importantes–el Ejército y la Policía–, dejándole a los supuestos republicanos los puestos oratorios.

Algunos de sus primeros actos demostraban con bastante claridad que no habían heredado del Imperio solamente un montón de escombros, sino también el miedo a la clase obrera.

"Todo esto coloca a la clase trabajadora francesa en una situación extremadamente difícil. Todo intento de derribar el nuevo gobierno, con el enemigo casi en la entrada de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber como ciudadanos, pero no deben dejarse llevar por los recuerdos de 1792, como los campesinos franceses se dejaron engañar por la quimera de los recuerdos del primer Imperio. Su misión no es copiar el pasado, sino construir el futuro. ¡Ojalá sepan aprovechar serena y decididamente los medios que les ofrecen las libertades republicanas para sacar adelante sólidamente la organización de su propia clase! Esto les infundirá nuevas fuerzas para trabajar por el renacer de Francia y para nuestro objetivo común: la emancipación del proletariado. De su fuerza y de su prudencia dependen los destinos de la República".

La proclama encontró un vivo eco entre los obreros franceses. Estos renunciaron a luchar contra el gobierno provisional y cumplieron con su deber como ciudadanos, sobre todo el proletariado de París que, armado y organizado en la Guardia Nacional, tuvo una intervención fundamental en la heroica defensa de la capital de Francia, pero sin dejarse fascinar por los recuerdos de 1792, sino trabajando activamente por su organización como clase. También los obreros alemanes supieron estar a la altura de su misión. A pesar de todas las amenazas y persecuciones, los lassalleanos y los de Eisenach se unieron para exigir una paz honrosa con la República. Reunido nuevamente el parlamento de la Alemania del Norte en el mes de diciembre para votar los nuevos créditos de guerra, los representantes de ambas fracciones respondieron con un no rotundo. Y Liebknecht y Bebel libraron la batalla con un énfasis tan intrépidoy desafiante, que esto –y no su abstención anterior, como dice la leyenda– asoció a sus nombres la gloria de aquellas jornadas. Al cerrarse el parlamento, fueron detenidos por supuesto delito de alta traición.

Marx volvió a pasar este verano agobiado de trabajo. Los médicos lo habían mandado en agosto a descansar en el mar, pero, estando ya en la playa, lo "tumbó" un fuerte resfriado y no pudo volver a Londres hasta el último día del mes, sin estar, ni mucho menos, repuesto del todo. No obstante, se hizo cargo de casi toda la correspondencia internacional del Consejo General, dado que la mayor parte de los corresponsales de las

secciones extranjeras se habían trasladado a París. No se iba a acostar ninguna noche antes de las tres de la mañana, según le escribía a su amigo Kugelmann el 14 de septiembre. ¡Y menos mal que para el futuro podía confiar en la ayuda de Engels, que por aquellos días había fijado su residencia en Londres!

Ahora, Marx esperaba que la República francesa opusiera resistencia frente a la guerra prusiana de conquista. La situación alemana –que le inspiraba a un caudillo ultramontano y güelfo tan distinguido como Windthorst el chiste sarcástico de que ya que Bismarck se empeñaba en conquistar de cualquier forma territorio francés, lo mejor que podía hacer era quedarse con la Cayena, donde sus habilidades de estadista tendrían un magnífico campo de aplicación– generaban en Marx una profunda amargura."Parece como si Alemania no se hubiera limitado a tomar como prisioneros a Bonaparte, a sus generales y a su ejército, sino que con él el país de los robles y los pinos se hubiera asimilado también al régimen imperialista, con todas sus miserias", le escribía a Kugelmann el 13 de diciembre. En esta carta, apuntaba con visible satisfacción que la opinión pública de Inglaterra, que al estallar la guerra era ultrapartidaria de Prusia, había modificado por completo su posición. Aparte de la simpatía decidida de la masa del pueblo hacia la República y de otras circunstancias, "el modo de llevar la guerra, el sistema de requisas, incendios de pueblos, fusilamientos de francotiradores, captura de rehenes y demás reminiscencias a la guerra de los Treinta Años, han provocado la indignación general de la gente. Claro está que los ingleses no se han portado mejor en la India y en Jamaica, pero los franceses no son precisamente indios, ni chinos, ni negros, ni los prusianos se pueden comparar con los ingleses de origen nativo. Es una idea muy hohenzolleriana la de que un pueblo que se sigue defendiendo después de que su ejército ha sido destruido está cometiendo un delito". Esta idea ya hizo sufrir mucho a Federico Guillermo III en la guerra entablada por el pueblo de Prusia contra el primer Napoleón.

La amenaza de Bismarck de bombardear París no era, para Marx, más que "un puro engaño". "Según todas las leyes del cálculo de probabilidades, esta amenaza no tendrá ningún efecto en París. Suponiendo que los prusianos destruyan un par de baluartes y unos cuantos surcos abiertos, ¿de qué les servirá, siendo como son los sitiados muchos más que los sitiadores? El único recurso eficaz es sitiar la ciudad por hambre". ¡Curiosa imagen! Aquel "hombre sin patria" que se abstenía de tener una opinión propia en cuestiones de ciencia

bélica, calificaba el bombardeo de París exigido por Bismarck como un "puro engaño", exactamente por las mismas razones que invocaban para votar en contra–calificándolo de "hazaña de cadete"–, en una violenta disputa mantenida durante más de una semana entre los bastidores del cuartel general alemán, todos los generales prestigiosos de este ejército, con la única excepción de Roon, a la vez que todo aquel tropel de profesores y periodistas patrióticos, estimulados por los agentes de Bismarck, prorrumpían en explosiones de indignación moral contra la reina de Prusia y la princesa consorte del heredero de la corona, porque estas damas, fuera por razones sentimentales o quién sabe si hasta animadas por sentimientos traidores, tiraban del brazo –al menos así se decía– a sus maridos, héroes dominados, para que no bombardearan París.

Y cuando Bismarck, por si esto fuera poco, se lamentaba en un discurso altisonante de que el Gobierno francés pusiera trabas a la libre expresión del pensamiento en la prensa y a los diputados en el parlamento, Marx tomó la pluma y analizó en el *Daily News* del 16 de enero de 1871 aquella "gracia berlinesa" haciendo un relato satírico del régimen policíaco que prevalecía en Alemania. El artículo terminaba así: "Francia –cuya causa, afortunadamente, está muy lejos de ser desesperada– lucha en este momento no solo por su propia independencia nacional, sino por la libertad de Alemania y de Europa". En estas palabras está resumida la actitud que adoptaron Marx y Engels después de Sedán ante la guerra franco-prusiana.

3. LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

El 28 de enero París se rindió. En el acuerdo de rendición, elaborado por Bismarck y Julio Favre, se afirmaba expresamente que la Guardia Nacional parisina mantendría sus armas.

Las elecciones para la Asamblea Nacional consagraron una mayoría monárquico-reaccionaria que designó como Presidente de la República al viejo astuto de Thiers. Su primera preocupación, después de admitidas por la Asamblea Nacional las condiciones preliminares para la paz –cesión de Alsacia-Lorena y una indemnización de cinco mil millones–, fue desarmar a París. Para este burgués reaccionario, así como para los terratenientes de la nueva Asamblea, París armado era la revolución.

El 18 de marzo, Thiers intentó robarle a la Guardia Nacional de París sus cañones, bajo la mentira de que eran propiedad del Estado, cuando

habían sido fundidos durante el sitio y reconocidos como propiedad de aquella en el acuerdo de rendición del 28 de enero. La Guardia Nacional se negó a entregarlos, y las tropas que debían encargarse el robo se pasaron a sus filas. Ya estaba en marcha la guerra civil. El 26 de marzo, París eligió a su Comuna, cuya historia es tan rica en gestas y sacrificios heroicos por parte de los obreros parisinos como en cobardes y traicioneras crueldades de los partidos del orden atrincherados en Versalles.

No es necesario destacar el fuerte interés con el que Marx seguía el desarrollo de los acontecimientos. El 12 de abril le escribía a su amigo Kugelmann: "¡Qué flexibilidad, cuánta iniciativa histórica y cuánto espíritu y capacidad de sacrificio tienen estos parisinos! Después de seis meses de hambre, golpeados por la traición interna más que por el enemigo externo, se rebelan ante las bayonetas prusianas, como si jamás hubiese habido una guerra entre Francia y Prusia y el oponente no estuviese todavía a las puertas de París. No hay en la historia un ejemplo similar de tamaña magnitud". Si los parisinos eran derrotados, sería por su "buen carácter". Deberían haber marchado inmediatamente sobre Versalles, después de que las tropas y los sectores más reaccionarios de la Guardia Nacional les dejaron el camino libre. Pero no habían querido desencadenar la guerra civil, por escrúpulos de conciencia, como si no la hubiese desatado antes ese engendro de Thiers, con el intento de desarmar a París. Pero, aunque cayera, la rebelión de los parisinos sería la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección de junio. "Comparemos a estos titanes de París con los esclavos del sacro romano Imperio prusiano-alemán, con sus mascaradas póstumas, apestando a cuartel, a iglesia, a hidalgos rurales y a toda clase de filisteos".

Al hablar del alzamiento de París como de una hazaña de "nuestro partido", Marx se expresaba, y muy legítimamente, en un sentido general, ya que la clase obrera de París era la columna vertebral del movimiento; pero sus palabras tenían también un sentido más concreto. Se refería a que los afiliados parisinos de la Internacional estaban entre los luchadores más conscientes y más osados de la Comuna, aun cuando solo representaran una minoría hacia su interior. Tanta importancia había adquirido la Internacional como causa de todos los problemas de la burguesía, que terminó convirtiéndose en el chivo expiatorio de las clases dominantes para todos los acontecimientos desagradables, y así no podía menos que atribuirse también a su diabólica incitación el alzamiento en armas de París. Pero, curiosamente, hubo un órgano de la prensa policíaca parisina que sintió la necesidad de absolver al *grand chef* de la Internacional de

la responsabilidad que se le imputaba de intervenir en esta acción; el 19 de marzo, este periódico publicó en sus columnas una supuesta carta de Marx, en la que este aparecía censurando a las secciones de París por ocuparse más de lo debido de la política, desatendiendo las cuestiones sociales. Marx se apuró a desmentir la carta en el *Times*, calificándola de "insolente falsificación".

Nadie sabía mejor que el propio Marx que la Comuna no era obra de la Internacional y, sin embargo, la reconoció y defendió siempre como carne de su carne y sangre de su sangre; claro está que dentro de los límites que marcaban el programa y los estatutos de la Internacional, según los cuales todo movimiento obrero encaminado a la emancipación del proletariado tenía cabida en ella. Marx no podía contar entre sus seguidores y compañeros ni a la mayoría blanquista de la Comuna, ni tampoco a la minoría que, aun perteneciendo a la Internacional, abrazaba y practicaba fundamentalmente las ideas de Proudhon. Con esta mantuvo contacto durante los días que duró la Comuna y en la medida en que lo permitían las circunstancias; desgraciadamente, no se han conservado más que fragmentos muy escasos de la correspondencia intercambiada.

Contestando a una carta suya, que se ha perdido, le escribía León Frankel, delegado en el departamento de Obras Públicas, el 25 de abril: "Le agradecería mucho si me ayudara con sus consejos, ya que por el momento puede decirse que estoy solo y que soy el único responsable de todas las reformas que se introduzcan en el departamento de Obras Públicas. Después de leer algunas de las líneas de su última carta, sé que hará usted cuanto esté a su alcance para demostrar a todos los pueblos, a todos los obreros, y sobre todo a los alemanes, que la Comuna de París no tiene nada que ver con los arcaicos organismos comunales de Alemania. Si lo hace, prestará usted, desde ya, un gran servicio a nuestra causa". No hay pruebas de ninguna carta de Marx respondiendo a esta ni de los consejos que hubiera podido ofrecer, a pedido de quien le escribía.

A su vez, se ha perdido una carta dirigida por Frankel y Varlin a Marx y contestada por este el 13 de mayo, de la siguiente manera: "He hablado con el portador. ¿No sería conveniente guardar en un lugar seguro los papeles, que tanto pueden comprometer a los canallas de Versalles? Nunca está de más tomar todas las precauciones. Me escriben de Burdeos que en las últimas elecciones municipales salieron elegidos cuatro de la Internacional. Las cosas empiezan a moverse también en las provincias. Desgraciadamente,

la acción está localizada y tiene carácter pacífico. Llevo escritas varios cientos de cartas abogando por la causa de ustedes a todos los rincones del mundo con los que tenemos relaciones. Por lo demás, la clase obrera ha demostrado desde el primer momento su entusiasmo por la Comuna. Hasta los periódicos burgueses de Inglaterra han depuesto la actitud decididamente hostil que adoptaran en un principio. De vez en cuando, he conseguido filtrar en sus columnas un artículo favorable. A mí me parece que la Comuna desperdicia demasiado tiempo en pequeñeces y disputas personales. Se ve que hay otras influencias además de la de los obreros. Pero todo esto no tendría la menor importancia si consiguieran ustedes recuperar el tiempo perdido". Al final, Marx remarcaba que convenía proceder con la mayor premura, porque hacía tres días que había sido firmado en Frankfurt del Maine el acuerdo de paz definitivo entre Francia y Alemania, y ahora Bismark estaba tan interesado como Thiers en reprimir y ahogar la Comuna, especialmente si se tiene en cuenta que hasta que eso se consiguiera no comenzaría Francia a pagar la indemnización de guerra de cinco mil millones.

Se verá que en esta carta, al dar consejos, Marx adopta una prudente reserva, y este sería seguramente el tono con el que les escribiría siempre a los miembros de la Comuna. Pero no porque temiera asumir toda la responsabilidad por las acciones y omisiones de la Comuna –no dejó de hacerlo bastante abiertamente y en público, después de sofocado el movimiento–, sino porque no quería ser autoritario, diciendo desde afuera qué debían hacer y dejar de hacer los que estaban en el terreno y podían ver mejor qué pedían las circunstancias.

El 28 de mayo cayeron en París los últimos defensores de la Comuna, y dos días después Marx presentaba al Consejo General la proclama sobre "La guerra civil en Francia"[52], uno de los documentos más interesantes que salieron de su pluma y el más esplendoroso, sin dudas, entre la cantidad imponente de literatura que se publicó acerca de la Comuna de París. Ante un nuevo problema difícil y complejo como era este, Marx sigue dando muestras de su asombrosa capacidad para reconocer la esencia histórica de las cosas, por debajo de la superficie engañosa de una confusión aparentemente insoluble y por medio de mil rumores imprecisos y contradictorios. Cuando se refiere a los hechos –y al relato de su desarrollo se consagran los dos

[52] Marx, K. (2009): *La Guerra Civil en Francia*, Anarres Buenos Aires. También se lo puede leer en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/.

primeros capítulos y el cuarto y último–, la proclama recoge siempre la verdad de lo sucedido, sin que haya podido ser rebatida desde entonces hasta acá en ninguno de sus puntos.

Es cierto que no nos ofrece una historia crítica de la Comuna, pero tampoco era ese su objetivo. Su propósito era defender el honor de la Comuna, contra los insultos y las injurias volcadas sobre ella por sus oponentes; no pretendía ser un estudio histórico, sino una obra polémica. Desde entonces, los socialistas se han encargado de criticar severamente, a veces por demás, siempre que la ocasión se los permitía, o buscándola ellos, las faltas y los pecados de la Comuna de París. Marx se conformaba con este comentario: "En todas las revoluciones se desliza, mezclada con sus verdaderos representantes, gente de otra extracción. Algunos son sobrevivientes de revoluciones anteriores, con las cuales se han agotado, gente sin claridad de visión para apreciar el momento, pero que mantienen todavía una gran influencia sobre el pueblo, por su coraje o por su carácter, o simplemente por el hábito. Otros son simples declamadores, que a fuerza de pasarse años y años repitiendo siempre el mismo discurso contra el gobierno de turno, sea cual fuere, terminan pasando por revolucionarios de la mejor cepa. También la jornada del 18 de marzo hizo pasar a primer plano a este tipo de personas y hasta puso en sus manos, en algunos casos, puestos de importancia. En lo que de ellos dependía, no sirvieron más que para estorbar la acción efectiva de la clase obrera, del mismo modo que habían estorbado el desarrollo pleno de todas las revoluciones anteriores". Era, concluía, un mal inevitable que se sacudiría con el tiempo; pero este tiempo era precisamente el que no le habían dejado a la Comuna.

Especial interés tiene el capítulo tercero del documento, en el que se analiza el carácter histórico de la Comuna de París. Con una gran claridad, se resaltan los aspectos que la separan de otras formaciones históricas anteriores en apariencia similares: desde la comuna medieval hasta el régimen municipal prusiano. "No se le podía ocurrir más que a un Bismarck, que, en los momentos que le dejan libres sus conflictos de sangre y sus maniobras de hierro, retorna a su viejo oficio de colaborador del *Kladderadatsch* que tan bien encaja con su calibre espiritual, solo a una cabeza como la suya se le podía ocurrir achacarle a la Comuna de París el anhelo de reproducir en Francia aquella caricatura del viejo régimen municipal francés de 1791 que era el régimen municipal prusiano, en el que los organismos municipales quedaban degradados a simples engranajes en la maquinaria del Estado de Prusia". En aquella variedad de interpretaciones a la que se

vio sometida la Comuna, reflejo de toda una variedad de intereses, la proclama veía una prueba de la gran flexibilidad y capacidad de adaptación de esta forma política, a diferencia de todas las formas de gobierno anteriores, que se caracterizaban por ser siempre, en el fondo, formas de opresión. El verdadero secreto de la Comuna estaba en ser esencialmente un gobierno obrero, fruto de la lucha de la clase proletaria contra la clase expoliadora, la única forma política, al fin descubierta, bajo la que se podía concretar la emancipación económica del trabajo".

El documento no podía probar esto por medio de ningún programa estricto de gobierno de la Comuna, ya que esta no llegó ni pudo llegar a plantearlo, obligada desde el principio hasta el fin a sostener una lucha a vida o muerte. Pero lo probaba en base a la política práctica desarrollada por la Comuna, cuyo eje pasaba por destruir el Estado, que, en su forma más prostituida, la que había tomado en Francia con el segundo Imperio, no era más que un "tumor parasitario" en el cuerpo social, que le chupaba la sangre y se interponía ante su libre desarrollo. El primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado. La Comuna despojó a la policía, instrumento hasta entonces del Gobierno, de todas sus funciones políticas, para convertirla en un instrumento responsable. Después de suprimir la policía y el ejército permanente, sobre los que se sustentaba el poder material del antiguo régimen, desmontó su instrumento de opresión espiritual: el poder eclesiástico, decretando la disolución y expropiación de todas las iglesias, en tanto tuvieran el carácter de corporaciones con bienes propios. Abrió al pueblo gratuitamente todos los establecimientos educativos, al tiempo que los liberaba de todas las intromisiones del Estado y de la Iglesia. Y, finalmente, extirpó de raíz la burocracia del Estado, disponiendo que todos los funcionarios públicos, sin excluir a los jueces, fueran elegidos por el pueblo y removibles en cualquier momento, y que sus sueldos no excedieran nunca la cifra máxima de seis mil francos.

Por agudas que fueran estas manifestaciones, representaban sin embargo una cierta contradicción con las doctrinas que Marx y Engels venían manteniendo desde hacía un cuarto de siglo y que ya expresaran en el *Manifiesto comunista*. De acuerdo con estas, aunque una de las consecuencias últimas de la futura revolución proletaria fuera la disolución de esa organización política denominada Estado, esa disolución habría de ser gradual y paulatina. La organización política del Estado había tenido siempre como objetivo principal garantizar por la fuerza de las armas la opresión económica de la

mayoría trabajadora por una minoría, monopolizadora de la riqueza. Al desaparecer esta minoría monopolizadora de la riqueza, desaparecería también la necesidad de mantener un poder armado opresor, el Estado. Marx y Engels se preocupaban por remarcar, al mismo tiempo, que para lograr esta meta y otras mucho más importantes de la futura revolución, era necesario que la clase obrera empezara por apropiarse del poder político organizado que era el Estado, para aplacar con ayuda de él la resistencia de la clase capitalista y reorganizar por completo la sociedad. No era del todo coherente con esta concepción el aplauso tributado a la Comuna de París en la proclama del Consejo General por haber empezado destruyendo desde sus bases aquel Estado parasitario.

Está claro que Marx y Engels no ignoraban esta diferencia; en el prólogo a una nueva edición del *Manifiesto comunista* que se publicó en junio de 1872, bajo la influencia inmediata de la Comuna, rectificaron, refiriéndose explícitamente a la proclama, su posición anterior, apuntando que la clase trabajadora no podía apropiarse de la máquina del Estado tal como esta funcionaba y subordinarla así como así a sus objetivos. Pero más tarde, después de la muerte de Marx, Engels eliminó esta rectificación, para combatir algunas orientaciones anarquistas en el movimiento obrero, retornando a la concepción antigua del *Manifiesto*. Era natural que los seguidores de Bakunin explotaran a su manera la proclama del Consejo General. Por su parte, Bakunin decía irónicamente que Marx, cuyas ideas se habían desmoronado ante la Comuna, no había tenido más remedio que sacarse el sombrero ante ella, rompiendo todas las leyes de la lógica, y hacer suyos su programa y sus objetivos. Y, en efecto, si un alzamiento que no estaba siquiera preparado, sino que había sido impuesto por un golpe repentino y brutal, podía desmontar con unos cuantos decretos la máquina de opresión del Estado, ¿no tenía razón Bakunin, con aquella posición que no se cansaba de sostener? Al menos, con un poco de buena o mala voluntad, no era difícil deducirlo así de la proclama del Consejo General, y de su inclinación exagerada a presentar como realidades ya existentes muchas de las posibilidades que encerraba, incipientemente, el régimen de la Comuna. Desde luego, el gran impulso que tomó en el año 1871 la campaña de Bakunin se debía a la profunda impresión que la Comuna de París causó entre la clase obrera de Europa.

La proclama terminaba así: "El París de los trabajadores con su Comuna perdurará hasta el fin de los tiempos en el recuerdo como la avanzada gloriosa de una nueva sociedad. Sus mártires viven

atesorados en el gran corazón de la clase obrera. En cuanto a sus exterminadores, la historia ya se ha encargado de clavarlos en esa picota de la que no conseguirán bajarlos todas las oraciones de los sacerdotes y párrocos". Ni bien apareció, el documento generó un impacto extraordinario. "Se ha armado un escándalo infernal, y a estas horas me cabe el honor de ser el hombre más calumniado y detestado de Londres", le escribía Marx a Kugelmann. "Por fin respira uno un poco, después del hastío de veinte años de idilio en el charco. El periódico del Gobierno –el *Observer*– amenaza con llevarme a los tribunales. ¡Vamos a ver si se anima! A mí me importan muy poco esos canallas". Apenas empezó el espectáculo, Marx se declaró autor de la proclama.

Con los años, a Marx se le reprocharía, desde algunos sectores de la socialdemocracia, haber puesto en peligro a la Internacional, al echar sobre sus hombros la responsabilidad por el movimiento de la Comuna, con la que no tenía por qué cargar. Estaba bien –se dice– que defendiera aquel movimiento contra las críticas injustas, pero cuidándose mucho de comprometerse con sus errores y defectos. Pero Marx no podía, sin dejar de ser Marx, seguir esa táctica tan cómoda, muy propia de los "estadistas" liberales. Él jamás concibió la idea de sacrificar el futuro de la causa por la engañosa ilusión de reducir de esta manera los peligros que la acechaban en el presente.

4. LA INTERNACIONAL Y LA COMUNA

Al hacerse cargo de la herencia de la Comuna, con todo su activo y su pasivo, la Internacional se enfrentó con todo un mundo de enemigos.

Lo que menos importaba eran las calumnias que recibía de la prensa burguesa de todos los países. En cierto modo y hasta cierto punto, eso le servía como forma de propaganda, ya que autorizaba al Consejo General para responder esos ataques por medio de declaraciones públicas, a las que no podían negarles sus columnas los grandes periódicos ingleses.

Una carga mucho más pesada para el Consejo General era tener que recibir y alojar a los numerosos fugitivos de la Comuna que habían ido a refugiarse a Bélgica, a Suiza y, sobre todo, a Londres. Como no disponía ni dispuso jamás de muchos recursos financieros, tenía que hacer enormes sacrificios para reunir el dinero necesario, y sacrificar en esta tarea todas sus energías y su tiempo durante una

serie de meses, descuidando sus funciones normales, tanto más urgentes ahora que todos los gobiernos del mundo se movilizaban contra la Internacional.

Pero esta guerra de los gobiernos no era tampoco lo que más le preocupaba. Aunque apenas había Estado en el continente que no participara en ella, con mayor o menor énfasis, los esfuerzos que se hacían para unirlos a todos en una lucha común contra el proletariado consciente de sus intereses de clase, fracasaron por el momento. El primer paso en esta senda lo dio el Gobierno francés ya el 6 de junio de 1871, en una circular de Julio Favre, pero la maniobra era tan burda y tan falsa que no encontró la menor recepción en los demás Gobiernos, ni siquiera en el de Bismarck, que tan predispuesto estaba a todo tipo de planes reaccionarios, sobre todo si iban contra los obreros y a quien, además, habían venido a sacar de su delirio de grandeza los socialdemócratas alemanes, tanto los lassalleanos como los de Eisenach, al tomar partido por la Comuna.

Poco después, fue el Gobierno español el que lanzó un segundo intento para organizar una acción común de los Gobiernos europeos contra la Internacional, también por medio de una circular de su Ministro de Estado. No basta, se decía en ella, que un Gobierno aislado tome las medidas más rigurosas contra la Internacional y las secciones que estaban a su alcance; es necesario que todos los Gobiernos aúnen sus esfuerzos para combatir el mal. Este reclamo hubiera encontrado un eco inmediato, si el Gobierno inglés no se hubiera cuidado de ahogarlo enseguida. Lord Granville respondió que en su país la Internacional se limitaba, primordialmente, a aconsejar a los obreros en sus huelgas, y que solo tenía a su disposición sumas insignificantes; que los planes revolucionarios que integraban su programa reflejaban más bien la opinión de los afiliados extranjeros que la de los obreros ingleses, cuya preocupación se concentraba casi exclusivamente en las cuestiones salariales. Pero añadía que en Inglaterra los extranjeros estaban bajo el amparo de las mismas leyes que los súbditos británicos; si las incumplían, participando en acciones armadas contra cualquier Estado amigo de Gran Bretaña, serían castigados, pero no había razón alguna para tomar medidas extraordinarias y preventivas contra los extranjeros residentes en territorio inglés. Este prudente rechazo a una demanda imprudente hizo que la hojita oficial de cámara de Bismarck dijera que sería inútil cuanto se hiciera por defenderse de la Internacional mientras el territorio de Inglaterra fuese un refugio desde el cual, al amparo de la ley inglesa, se pudiera hostigar impunemente a los demás Estados de Europa.

No fue posible, entonces, como se ve, poner en marcha una campaña conjunta de los gobiernos contra la Internacional, pero tampoco esta, por su parte, lograba organizar una defensa sólida contra las persecuciones a las que sus secciones estaban expuestas en los diferentes Estados del continente. Esta preocupación pesaba mucho en su ánimo, sintiendo cómo en los países en cuyas clases obreras había creído tener su base más firme, empezaba a temblar el suelo bajo los pies. Así sucedía en Inglaterra, en Francia y en Alemania, países en los que la gran industria estaba relativamente desarrollada y en los que los obreros poseían derechos electorales más o menos restringidos, que les permitían intervenir en las elecciones legislativas. La importancia de estos países para la Internacional se dejaba ver ya en el hecho de que su Consejo General estuviese formado por 20 ingleses, 15 franceses, 7 alemanes, solo 2 suizos y húngaros, y un vocal únicamente por cada uno de los siguientes países: Polonia, Bélgica, Irlanda, Italia y Dinamarca.

En Alemania, Lassalle le había dado a la campaña obrera, desde el primer momento, un carácter nacional, y esto, que le mereció fuertes reproches de Marx, hizo, como pronto habría de demostrarse, que el partido obrero alemán quedara al margen de la crisis por la que habría de pasar el movimiento socialista en los demás países del continente. Sin embargo, la guerra paralizó al movimiento obrero alemán; sus dos fracciones estaban muy ocupadas en resolver sus conflictos internos, y no tenían tiempo para preocuparse por la Internacional. Además, aunque ambas habían protestado contra la conquista de Alsacia-Lorena y tomado partido por la Comuna de París, los de Eisenach, única fracción que el Consejo General había reconocido como rama de la Internacional, se habían distinguido tanto en estas protestas y habían recibido tantas acusaciones de alta traición y otras por el estilo, que relegaron a los lassalleanos a un rol marginal. No en vano había sido Bebel quien, con su intenso discurso del Reichstag, en el que declaraba a los socialdemócratas alemanes solidarios de los *communards*, generó, según su propia confesión, el primer arranque de furia de Bismarck contra el movimiento obrero alemán, que pronto habría de traducirse en agresiones cada vez más violentas desde el poder. Sin embargo, la fracción de Eisenach empezó a distanciarse cada vez más abiertamente de la Internacional, desde el momento en que se declaró partido autónomo dentro de las fronteras del país.

En Francia, los señores Thiers y Favre hicieron que la Asamblea monárquico-reaccionaria aprobara una dura ley de excepción contra la Internacional, que ataba de pies y manos a la clase obrera, ya de

por sí bastante debilitada por la espantosa masacre de Versalles. No conformes con esto, aquellos héroes del orden impulsados por su sed salvaje de venganza, llegaron a reclamar de Suiza e incluso de Inglaterra la extradición de los fugitivos de la Comuna como supuestos delincuentes comunes, y en Suiza faltó muy poco para que prosperaran sus aspiraciones. El Consejo General estaba, entonces, poco menos que bloqueado, sin contacto alguno con Francia. Para que no faltara la representación de los trabajadores franceses, se ingresó en el Consejo a una serie de refugiados de la Comuna; algunos ya pertenecían a la Internacional; otros eran militantes que se habían destacado por su accionar revolucionario, y al distinguirlos quería reconocerse al alzamiento del país. Pero esto, que estaba muy bien, lejos de fortalecer al Consejo General, lo que hacía era debilitarlo. Los fugitivos de la Comuna tuvieron el mismo destino que todos los emigrados: perderse en una serie interminable deconflictos internos. Marx volvió a vivir con los emigrados franceses las mismas miserias que veinte años antes le habían hecho sufrir los alemanes. Y aunque él no era alguien que exigiera gratitud por lo que creía un deber, las eternas disputas de los emigrados franceses acabaron por arrancarle, en noviembre de 1871, esta expresión: "¡Así me pagan cinco meses perdidos trabajando por ellos y el haber defendido su honor en la proclama!"

Finalmente, la Internacional perdió el apoyo que hasta entonces había encontrado en los obreros ingleses. La ruptura se hizo visible por primera vez cuando los dos prestigiosos dirigentes sindicales, Lucraft y Odger, que integraban desde sus inicios el Consejo General, el segundo de los cuales como Presidente hasta la supresión de este cargo, se fueron del Consejo como consecuencia del discurso sobre la guerra civil. Esto hizo que se creara la leyenda de que los sindicatos se habían separado de la Internacional por discrepancias morales, ante la toma de partido de esta por la Comuna. En esta leyenda hay un granito de verdad, pero la cuestión tenía raíces mucho más profundas.

La alianza entre la Internacional y los sindicatos había sido siempre un matrimonio por conveniencia. Las dos organizaciones se necesitaban mutuamente, pero ninguna pensaba en fundirse con la otra ni en compartir sus días hasta que la muerte las separara. Marx, con una destreza maravillosa, había logrado elaborar, en el discurso inaugural de la Internacional y en sus estatutos, un programa común, pero los sindicatos, al suscribirlo, no tomaban de él, prácticamente, más que aquello que les convenía. En su nota de respuesta al Gobierno español, lord Granville describe con gran precisión la relación que

mantenían entre sí ambos movimientos. La finalidad que se proponían los sindicatos era conseguir mejoras en las condiciones de trabajo sin abandonar el solar de la sociedad capitalista, y si bien para conseguir este fin no le escapaban a la lucha política, en la elección de sus aliados y de su táctica no se dejaban llevar por el menor escrúpulo principista, en lo que no se relacionara con la consecución de sus objetivos propios y particulares.

Marx reconoció muy pronto que estas esquivas características de los sindicatos, que tenían profundas raíces en la historia y en la idiosincrasia del proletariado inglés, no eran fáciles de cambiar. Los sindicatos necesitaban de la Internacional para sacar adelante la reforma electoral, pero una vez aprobada empezaron a coquetear con los liberales, sin cuya ayuda no podían contar con entrar en el parlamento. Ya en 1868 hablaba Marx de aquellos "confabuladores" que no se preocupaban más que por trabajar sus candidaturas para el parlamento y entre los cuales estaba el propio Odger. Otra vez, justificando el hecho de que en el Consejo General figuraran unos cuantos seguidores del líder sectario Bronterre O'Brien, decía estas palabras, muy significativas: "Estos o'brienistas, con todas sus pintorescas idioteces, son, dentro del Consejo, un contrapeso muy necesario, con frecuencia, de los sindicalistas. Son más revolucionarios que estos, tienen una actitud más decidida ante el problema de la tierra, son menos nacionalistas e inasequibles a todo tipo de tentaciones y sobornos. Si no fuera así, ya hace mucho tiempo que los habríamos mandado a pasear". Y siempre que se reiteraba el pedido de crear un Consejo Federal inglés, Marx se oponía, como por ejemplo en la circular del Consejo General del 1 de enero de 1870, alegando como razón primordial que los ingleses carecían de espíritu de generalización y de pasión revolucionaria, sin los cuales el Consejo Federal se convertiría necesariamente en un juguete de los parlamentarios radicales.

Después de la deserción de los dirigentes obreros ingleses, Marx los acusó de haberse vendido al Gabinete liberal. Respecto de algunos, es posible que fuera verdad, pero respecto a otros no había razón para decir eso, aunque la acusación de soborno incluyera otras formas de pago que no fueran el dinero. Applegarth era tan prestigioso, al menos en el movimiento sindical, como Odger y Lucraft, y en ambas Cámaras del parlamento inglés se lo consideraba incluso como el representante oficial de los sindicatos. Ya después del Congreso de Basilea, sus protectores parlamentarios lo habían interpelado para saber qué actitud iba a tomar respecto a los acuerdos de aquel Congreso sobre la

propiedad colectiva, sin que esta amenaza bastante explícita lograra intimidarlo. Y en 1870, a la vez que era elegido para desempeñar un puesto en la Real Comisión de Estudios Legislativos contra las Enfermedades Venéreas, siendo el primer obrero a quien le cabía el gran honor de recibir del Soberano el tratamiento de Nuestro Leal y Bien Amado, Applegarth firmaba la proclama de la Internacional sobre la guerra civil en Francia, permaneciendo fiel al Consejo General hasta las últimos instancias.

Pero el ejemplo de este hombre personalmente intachable, que más tarde rechazó su designación para ocupar la cartera de Comercio, demuestra precisamente dónde estaba el punto débil de los líderes obreristas ingleses. El objetivo más inmediato que perseguían los sindicatos era la protección legal para sus organizaciones y sus cajas. Este objetivo parecía que iba a ser logrado cuando en la primavera de 1871 el Gobierno presentó un proyecto de ley según el cual todo sindicato tendría derecho a registrar legalmente sus cajas, teniendo para ellas la protección de las leyes, siempre y cuando sus estatutos no infringieran los preceptos penales. Pero lo que el Gobierno daba con una mano, lo sacaba con la otra.

En la segunda parte de la ley se suprimía la libertad de coalición, reiterando e incluso endureciendo las viejas normas creadas contra las huelgas, prohibiendo "actos de violencia", "amenazas", "coacciones", "injurias", "obstáculos", etcétera. Era, en realidad, ni más ni menos que una ley de excepción: los actos cometidos por los sindicatos o que tendieran a alentar sus fines se declaraban punibles, quedando en cambio exentos de pena si los cometían otras organizaciones. Con su estilo siempre cortés, los historiadores de los sindicatos dicen, refiriéndose a esto: "De poco servía declarar legal la existencia de asociaciones sindicales, si luego la ley penal se ampliaba hasta abarcar los recursos pacíficos y cotidianos por medio de los cuales solían estas asociaciones conseguir sus fines". Era la primera vez en la historia que se reconocían los sindicatos como corporaciones legalmente existentes y protegidas por el derecho; pero, a la vez que se hacía esto, se refrendaban expresamente, fortaleciéndose, las normas legales orientadas a combatir su accionar.

Es claro que los sindicatos y sus referentes rechazaron este regalo tan poco apetecible. Pero lo único que consiguieron con su resistencia fue que el Gobierno desglosara el proyecto en dos partes: en una ley de reconocimiento de los sindicatos y en una serie de preceptos adicionales al Código Penal, que le imponían a la acción sindical

fuertes sanciones. El triunfo, como se ve, no era grande, pero sí una trampa en la que se trataba de hacer caer a los dirigentes sindicales, y en la que estos, en efecto, cayeron. Para ellos, tenían mucha más importancia las cajas de los sindicatos que los principios sindicales, y todos, con Applegarth a la cabeza, inscribieron sus organizaciones adaptándose a la nueva ley, y en el mes de septiembre de 1871 el Comité de los Sindicatos Federados que representaba al "nuevo sindicalismo" y que había funcionado en otro tiempo como enlace entre la Internacional y los sindicatos, se disolvió a sí mismo, por "estar cumplida la misión para la cual se había creado".

Claro está que los líderes sindicales, al tomar este camino, podían descargar su conciencia pensando que, a fuerza de haberse ido aburguesando de a poco, también ellos habían acabado por no ver en las huelgas más que formas bárbaras e indeseables del movimiento obrero. Ya en el año 1867, uno de ellos declaró ante una Comisión Real que las huelgas generaban grandes pérdidas monetarias, tanto para los patrones como para los obreros. Por eso se esforzaron con todas sus energías para frenar el poderoso movimiento que se formó en 1871 en el proletariado inglés–cuyas masas no habían progresado tanto como sus líderes, convertidos en prudentes "estadistas", y que, además, estaban indignados con las nuevas leyes penales– en favor de la jornada de nueve horas. Este movimiento comenzó el 1 de abril con la huelga de los trabajadores metalúrgicos de Sunderland, se extendió rápidamente por los distritos fabriles de la misma rama y terminó en la huelga de Newcastle, mantenida durante cinco meses y en la que los obreros consiguieron un triunfo completo. El gran sindicato de trabajadores metalúrgicos adoptó una actitud de absoluta pasividad ante este movimiento de masas; pasaron catorce semanas antes de que los huelguistas afiliados al sindicato recibieran cinco chelines semanales del fondo de huelga, aparte del fondo normal de desempleo. Este movimiento, que prendió enseguida en muchos otros gremios, fue mantenido exclusivamente por la Liga de las Nueve Horas que se había fundado para esta lucha y que tuvo en John Burnett a un líder muy capaz.

La Liga de las Nueve Horas encontró el apoyo más decidido en el Consejo Directivo de la Internacional, que envió a sus vocales Cohn y Eccarius a Dinamarca y a Bélgica, con el fin de sabotear el reclutamiento de obreros extranjeros por medio de los representantes de los fabricantes ingleses. Los emisarios consiguieron en gran parte lo que se proponían. Durante el diálogo mantenido con Burnett, Marx no pudo reprimir la amarga observación de que era lamentable que las

organizaciones obreras se mantuvieran al margen de la Internacional hasta que se veían en peligro, en vez de acudir oportunamente para que se tomaran a su debido tiempo todas las medidas preventivas. Parecía, sin embargo, como si la Internacional fuera a verse compensada con la afluencia de las masas por lo que perdía con la ida de sus líderes; constantemente se estaban creando secciones nuevas, y las ya existentes veían crecer sin freno el número de sus afiliados. Pero cada vez apremiaban más los pedidos para que a Inglaterra se le asignara también su Consejo Federal.

Finalmente, Marx hizo esta concesión, a la que durante tanto tiempo se había resistido; como, después de sofocada la Comuna de París, no podía contarse con una nueva revolución en un plazo de tiempo previsible, no hacía ya tanto hincapié en que el Consejo General tuviera en sus manos, directamente, la palanca más firme de la revolución. Pero la realidad habría de justificar sus viejos temores; la implantación del Consejo Federal contribuyó a que las huellas de la Internacional se borraran en Inglaterra antes que en ningún otro país.

5. LA OPOSICIÓN BAKUNINISTA

Las dificultades con que la Internacional tuvo que luchar después de caer la Comuna de París, bastante numerosas ya en Alemania, Francia e Inglaterra, fueron todavía mayores en aquellos otros países en los que la organización no se había consolidado. El pequeño foco de crisis formado en Suiza ya antes de estallar la guerra franco-prusiana se corrió a Italia, España, Bélgica y otros países; parecía como si las ideas de Bakunin se impusieran sobre las mantenidas por el Consejo General.

Pero no debe creerse que este giro respondía a las maniobras de Bakunin, como entendía el Consejo General. Es cierto que Bakunin interrumpió sus trabajos de traducción de *El Capital*, ya a comienzos del año 1871, para dedicarse de nuevo a la actividad política, pero esta no tenía nada que ver con la Internacional, y se desarrolló en condiciones tales que dejó bastante dañada su reputación política. Nos referimos al célebre caso Netchaiev, que no es tan fácil pasar por alto como quieren los devotos incondicionales de Bakunin, limitándose a reprocharle su "exceso de confianza por su exceso de bondad".

Netchaiev era un joven de unos veinte años, de familia de siervos y que por la generosidad de sus patronos liberales había podido cursar la carrera de maestro. Se involucró en el movimiento estudiantil ruso de aquellos años, y llegó a tener una cierta posición en el mismo, no como

resultado de su educación, que era escasa, o su inteligencia, que era mediocre, sino a causa de su intensa energía y su ilimitado odio hacia la opresión zarista. Su principal característica era la falta absoluta de escrúpulos morales cuando se trataba de promover su causa. No aspiraba a demasiado para sí y podía hacer mucho con muy poco, pero cuando creía actuar en nombre de la revolución no retrocedía ante nada, por reprobable que fuera el acto en sí.

Se presentó en Ginebra en la primavera de 1869, con la doble aura de preso político fugado del fuerte de Pedro y Pablo, y de emisario de un comité omnipotente, del que se decía que estaba preparando en secreto la revolución en Rusia. Ambas cosas eran falsas; Netchaiev no integraba tal comité, que no existía, ni había estado recluido en el fuerte. Al ser detenidos algunos de sus compañeros más cercanos, se trasladó al extranjero, con el fin, según él mismo dijo, de influir sobre los viejos emigrados para que con sus nombres y sus escritos incentivaran a la juventud rusa. En lo que a Bakunin se refería, su plan tuvo un resultado casi increíble. Estaba profundamente impresionado con aquel "joven salvaje", aquel "pequeño tigre", como solía llamar a Netchaiev, en quien veía al representante de una nueva generación que destruiría, con su gran energía revolucionaria, a la Rusia zarista. Bakunin tenía una fe tan ciega en el "comité", que se comprometió a someterse incondicionalmente a sus órdenes, tal como Netchaiev se las transmitiera, mostrándose dispuesto a publicar en colaboración con este, para mandarlos a Rusia, una serie de escritos revolucionarios extremistas.

La responsabilidad de estas publicaciones le cabe indudablemente a Bakunin, sin que interese, para estos fines, investigar si los fragmentos más lamentables proceden de él o de Netchaiev. Además, no se discute su autoría ni en referencia a la proclama que intimaba a los oficiales rusos a mantener ante el "comité" la misma obediencia incondicional a la que el propio Bakunin se había comprometido, ni al manifiesto en el que se construía una imagen ideal acerca del bandidaje ruso, así como tampoco en cuanto al denominado catecismo revolucionario, donde se ve, de sobra, el placer que sentía Bakunin por las imágenes crueles y las palabras espantosas. En cambio, no está demostrado que Bakunin participara en las acciones imprudentes de Netchaiev, de las que habría de ser él mismo víctima hasta que, al descubrirlas, cuando ya era tarde, echó a su "pequeño tigre". El Consejo Directivo de la Internacional acusó a ambos de haber comprometido a una serie de personas inocentes en Rusia, a quienes les mandaban cartas, impresos o telegramas en una forma que

necesariamente tenía que despertar el interés de la policía rusa; estas acusaciones no debieron hacerse contra un hombre como Bakunin. Cuando se vio descubierto, el propio Netchaiev admitió cómo habían sido las cosas. Reconoció abiertamente y sin problemas su método, que consistía en comprometer a quienes no estaban completamente de acuerdo con él, hasta destruirlos o atraerlos al movimiento. Poniendo en práctica el mismo método, hacía que aquellos que confiaban en él firmaran en momentos de entusiasmo declaraciones comprometedoras, o bien les robaba cartas íntimas cuya posesión le permitía presionarlos para que hicieran lo que él quería.

Bakunin no conocía aún los pormenores de este método al retornar Netchaiev a Rusia en el otoño de 1869. Le extendió un poder por escrito, nombrándolo "representante autorizado" no de la Internacional, naturalmente, ni siquiera de la Alianza de la Democracia Socialista, sino de una Alianza Revolucionaria Europea que el talento inventivo de Bakunin había fundado, para que funcionara en cierto modo como respaldo de la Alianza encuestiones rusas. Y aunque esta organización no existía, hasta el momento, más que sobre el papel, el nombre de Bakunin bastaba para legitimar las campañas de agitación de Netchaiev entre la juventud estudiantil. Su principal arma seguía siendo la quimera del "comité", y como uno de sus nuevos adeptos, el estudiante Ivanov, empezó a desconfiar de la existencia de este organismo secreto, el "pequeño tigre" sacó del medio al escéptico, que podía ser un obstáculo para sus planes, asesinándolo. Al ser descubierto el cadáver, se realizaron numerosas detenciones, pero el asesino pudo pasar la frontera sano y salvo.

Volvió a presentarse en Ginebra en los primeros días de enero de 1870, y volvió a su viejo accionar. Bakunin defendió con énfasis la tesis de que el asesinato de Ivanov constituía un crimen político y no uno común, que no autorizaba al Gobierno suizo a conceder la extradición del autor, solicitada por el Gobierno ruso. Mientras tanto, Netchaiev permanecía tan bien oculto que la policía no pudo encontrarlo. A su protector le jugó una mala pasada. Hizo que Bakunin abandonara la traducción de *El Capital* para consagrarse por entero a la propaganda revolucionaria, prometiéndole que él se encargaría de arreglar con el editor la cuestión del anticipo que ya había recibido. Bakunin, que por entonces vivía sin que le sobrara demasiado, solo podía interpretar esta promesa en el sentido de que Netchaiev, o su misterioso "comité", se encargaría de devolverle al editor los 300 rublos que le había entregado. Pero lo que hizo el "pequeño tigre" fue enviarle una carta "oficial" del "comité", en un pliego que tenía el membrete de

este y estaba decorado además con un hacha, un puñal y un revólver, no al editor sino a Liubavin, quien había hecho de intermediario. En esta se le prohibía reclamar a Bakunin el reintegro del anticipo, si no quería que lo sacaran del medio. La primera noticia que Bakunin tuvo de esto fue una carta insultante de Liubavin. Se apuró a reconocer su deuda por medio de un nuevo recibo, así como la obligación que contraía de devolver el dinero tan rápido como sus posibilidades se lo permitieran, y rompió con Netchaiev, de quien mientras tanto había averiguado otras cosas bastante fuertes, como, por ejemplo, el plan de asaltar y robar el correo de Simplón.

La increíble –e imperdonable, además, para un cerebro político como el suyo– ingenuidad que Bakunin demostró en este episodio, el más inquietante de su historia, tuvo para él consecuencias muy desagradables. La noticia llegó a oídos de Marx en el mes de julio de 1870, esta vez de fuente muy clara, por el magnífico Lopatin, que en mayo, mientras se encontraba en Ginebra, se había esforzado inútilmente por convencer a Bakunin de que en Rusia no existía tal "comité", de que su amigo Netchaiev no había estado jamás recluido en el fuerte de Pedro y Pablo, y de que el estrangulamiento de Ivanov había sido un asesinato completamente indefendible. Y si había alguien que tenía razones para estar al tanto de estas cosas era Lopatin. Esto empeoraba, naturalmente, la opinión ya no muy buena que Marx tenía de Bakunin. Por su parte, el Gobierno ruso no desperdició la ocasión que se le ofrecía, al descubrir la verdad acerca de las actividades de Netchaiev como consecuencia de las numerosas detenciones realizadas después del asesinato de Ivanov. Para desacreditar a los revolucionarios rusos a los ojos del mundo entero, hizo que por primera vez se organizara un juicio político a puertas abiertas y ante un jurado. En el mes de julio de 1871 comenzaron en San Petersburgo las sesiones del proceso contra Netchaiev, en las que estaban acusadas más de ochenta personas, estudiantes la mayoría de ellas, y condenadas en gran parte a graves penas de cárcel unas, y a trabajos forzados en las minas de Siberia otras.

Mientras este proceso se desarrollaba, Netchaiev estaba todavía en libertad y vivía entre Suiza, Londres y París, donde estaba durante los meses del sitio y la Comuna. No fue hasta el otoño de 1872 que cayó en manos de la policía, denunciado en Zúrich por un espía. Nada dice en contra del honor de Bakunin el hecho de que todavía a estas alturas publicara en la imprenta de Schabelitz de Zúrich, junto a sus amigos, un manifiesto para impedir la extradición del detenido por delito común. Ni tampoco que, después de entregado el culpable, le

escribiera a Ogarev, al que también Netchaiev había hecho perder la cabeza, entregándole, en todo o en parte, los fondos de Batmetiev, administrados por él después de la muerte de Herzen. "Una cierta voz interior –escribía– me dice que Netchaiev, que está irremediablemente perdido y sin dudas lo sabe, volverá a sacar de lo profundo de su ser, confuso, empantanado, pero no vil, toda su energía y su firmeza primitivas, y sabrá morir como un héroe, sin traicionar a nadie ni a nada". Y, en efecto, Netchaiev no lo defraudó en diez años espantosos de cárcel, hasta su muerte; se esforzó por purgar en lo posible sus viejos pecados, y mantuvo una energía firme, que hizo someter a su voluntad hasta a los mismos vigilantes de la cárcel.

Por aquellos días en los que se produjo la ruptura de Bakunin con Netchaiev, estalló la guerra franco-prusiana. Este acontecimiento motivó enseguida un nuevo vuelco en los pensamientos de Bakunin; ahora, el viejo revolucionario daba por sentado que la invasión de los ejércitos alemanes terminaría de impulsar la revolución social en Francia. Ante una invasión como aquella, aristocrática, monárquica y militar, los obreros franceses no podían permanecer inactivos si no querían traicionar no solo su propia causa, sino también la causa del socialismo; el triunfo de Alemania sería el triunfo de la reacción europea. Y aunque Bakunin refutaba con razón el argumento de que una revolución en el interior del país paralizaría la resistencia del pueblo frente al invasor, citando el ejemplo de la propia historia de Francia, sus proyectos para poner de pie a la clase campesina, bonapartista y reaccionaria, y que abrazara la causa de la revolución unida a los obreros de las ciudades, no superaban, desgraciadamente, el terreno de la fantasía. Afirmaba que no se debía ir a los campesinos con ningún tipo de decretos, proyectos comunistas ni formas de organización; que esto no serviría más que para sublevarlos contra las ciudades; que lo que había que hacer era desencadenar en sus almas la revolución, y otros discursos por el estilo, igualmente fantásticos.

Después de derribado el Imperio, Guillaume publicó en la *Solidarité* un llamamiento para acudir con milicias armadas en auxilio de la República francesa. La proclama era una verdadera tontería, sobre todo puesta en boca de un hombre que predicaba fanáticamente el abstencionismo político de la Internacional; tampoco tuvo otro resultado que no fuera generar risa. Pero no debe merecer el mismo juicio el intento hecho por Bakunin para proclamar una Comuna revolucionaria en Lyon el 23 de septiembre. Bakunin había sido invitado a esta ciudad por militantes revolucionarios. Estos se habían apropiado de la Casa de la Villa, desmontando la "máquina

administrativa y política del Estado" y proclamando en su lugar la "Federación Revolucionaria de Municipios", cuando la traición del general Cluseret y la cobardía de algunas otras personas facilitaron el triunfo, nada difícil, de la Guardia Nacional sobre el movimiento. Bakunin no consiguió, pese a toda su presión, que se tomaran medidas contundentes, como la detención de los representantes del Gobierno. En cambio, fue a él a quien detuvieron, hasta que fue liberado casi de inmediato por un destacamento de voluntarios. Permaneció varias semanas en Marsella, con la esperanza de que el movimiento resurgiera, y cuando vio que esta esperanza no se hacía realidad, retornó a Locarno, a fines de octubre.

Para ser justos, a quien le correspondía burlarse de este fracaso era a la reacción. Un contrincante de Bakunin, quien, por intensa que fuera su antipatía por el anarquismo, no carecía de conocimiento ni de objetividad, escribe con razón: "Desgraciadamente, las voces burlonas resonaron hasta en la prensa socialdemócrata, aunque el intento de Bakunin sin duda no se merecía ese tratamiento. Era natural y obligatorio que quienes no compartían las doctrinas anarquistas de Bakunin y de sus seguidores se mantuvieran en una actitud de reserva crítica frente a sus esperanzas infundadas. Pero, dejando de lado esto, no puede negarse que su accionar de entonces constituía un valiente intento para despertar al dormido proletariado francés y dirigirlo contra el enemigo externo y, a la vez, contra el orden social capitalista. Fue más o menos lo mismo que más tarde habría de intentar la Comuna, calurosamente saludada por Marx, como es sabido". Estas palabras son, al menos, más objetivas y justificadas que las del *Leipziger Volksstaat*, comentando la proclama lanzada por Bakunin en Lyon de acuerdo a la consabida canción de que ni en la Oficina de Prensa de Berlín la hubieran podido redactar mejor para los fines de Bismarck.

El fracaso de Lyon afectó enormemente a Bakunin. Cuando ya creía tocar la revolucióncon las manos, la veía esfumarse otra vez en la remota lejanía, sobre todo cuando vio sofocado también el alzamiento de la Comuna, que le había infundido por un momento nuevas esperanzas. El odio que sentía contra la propaganda revolucionaria liderada por Marx crecía en la misma proporción en que le achacaba la culpa principal por la postración que él creía ver en el proletariado. Hay que añadir, también, que su situación material era apretadisima; sus hermanos no lo ayudaban, y había días en los que no tenía en el bolsillo más que unas monedas, y en los que no podía tomar ni la habitual taza de té. Su mujer temía que perdiera las energías y se

desmoralizara. Finalmente, se decidió a recopilar en una obra que iba escribiendo entre una cosa y otra sus opiniones acerca del desarrollo de la humanidad, la filosofía, la religión, el Estado y la anarquía. Esta obra habría de transformarse en su legado.

Pero no llegó a terminarla; rápidamente, su espíritu rebelde se vio en medio de nuevas batallas. Utin había continuado su actividad en Ginebra, hasta que en agosto de 1870 consiguió que Bakunin y algunos de sus amigos fueran expulsados de aquella sección central por pertenecer a la de la Alianza. Luego, echó a correr el rumor de que la sección de la Alianza no había sido nunca admitida por el Consejo de la Internacional; y que los documentos de admisión que afirmaba haber recibido de Eccarius y Jung eran falsificados. Mientras tanto, Robin se había trasladado a Londres y había sido admitido por aquel mismo Consejo General a quien tan violentamente había criticado desde la Egalité. Con esto el Consejo General daba una prueba de su imparcialidad, dado que Robin no había dejado de estar nunca entre los más incondicionales partidarios de la Alianza. El 14 de mayo de 1871 propuso que se convocara una reunión privada de la Internacional para dirimir el conflicto ginebrino. Y aunque el Consejo General, en vísperas de la Comuna, creyó que debía rechazar la propuesta, el 25 de julio acordó someter el litigio de Ginebra a una reunión que habría de realizarse en el mes de septiembre. En la misma sesión y a instancias de Robin confirmó la autenticidad de las cartas en que Eccarius y Jung le comunicaban a la sección de la Alianza en Ginebra su admisión en la Internacional.

Apenas había llegado esta carta a Ginebra, cuando la sección de la Alianza se disolvió el día 3 de agosto, comunicándose inmediatamente esta resolución al Consejo General. La cosa, según se la presentaba, era magnífica: después de recibir la reparación del Consejo General por las ofensas recibidas contra ella con las mentiras de Utin, la sección se sacrificaba en pos de la paz y de la unión. Pero por debajo había, en realidad, otros motivos, que Guillaume habría de confesar abiertamente más tarde. El hecho era que la sección había perdido toda importancia y aparecía a los ojos de todo el mundo, principalmente a los de los fugitivos de la Comuna refugiados en Ginebra, como un residuo muerto de disputas personales. En estos nuevos emigrados creyó encontrar Guillaume aliados propicios para entablar la lucha contra el Consejo Federal de Ginebra, en nuevas y más amplias proporciones. Por esto se disolvió la sección de la Alianza. Y, en efecto, pocas semanas después sus restos se unían a los

communards para formar una nueva "Sección de propaganda y acción socialista revolucionaria" que, si bien se declaraba identificada con los principios generales de la Internacional, se reservaba el derecho de hacer un uso pleno de la libertad que los estatutos y los congresos de la Internacional le concedían.

Por el momento, Bakunin no tenía absolutamente nada que ver con todo esto. Y su aparente omnipotencia como supremo jefe de la Alianza queda desmentida por el hecho de que la sección ginebrina no considerara necesario ni siquiera consultarlo en Locarno antes de disolverse. No porque se sintiera herido en su susceptibilidad, sino porque entendía que el disolver la sección era, en aquellas circunstancias, un manejo cobarde y traicionero, Bakunin protestó contra esta resolución en una carta muy dura: "No cometamos –dice en ella– una cobardía bajo pretexto de salvar la unidad de la Internacional". Al mismo tiempo, se puso a escribir un extenso relato de las disputas de Ginebra, con el propósito de poner en claro los principios en torno a los cuales giraba, a su parecer, el conflicto, y para que les sirviera de orientación a sus partidarios en la reunión de Londres.

De este trabajo se han conservado unos cuantos fragmentos, que se distinguen notablemente, en beneficio suyo, de aquellos manifiestos rusos que su autor fabricara hacía un año por pedido de Netchaiev. El relato aparece escrito, a excepción de algunas expresiones fuertes que usa de vez cuando, en un estilo sereno y objetivo, y cualquiera que sea la actitud que se tome respecto a Bakunin, no puede negarse que aporta pruebas sólidas de que los conflictos de Ginebra tenían raíces más profundas que las disputas personales y de que la mayor culpa de lo sucedido respecto a estas correspondía a Utin y compañeros.

Bakunin no niega en ningún momento las profundas diferencias que lo separan de Marx y de su "comunismo de Estado", ni trata a su oponente con una gran deferencia. Pero no por ello lo presenta como alguien indigno y despreciable, a quien no le preocupan más que los objetivos personales y reprobables que persigue. Después de demostrar que la Internacional se gestó en la entraña de las masas, de donde la alumbraron unos cuantos hombres capaces, consagrados a la causa del pueblo, añade: "Aprovechemos esta ocasión para homenajear a los famosos líderes del Partido Comunista Alemán, a los ciudadanos Marx y Engels, sobre todo, así como al ciudadano C. F. Becker, nuestro antiguo amigo y ahora enemigo irreconciliable, que, en la medida en que los individuos puedan crear algo, fueron los verdaderos creadores de la Internacional, y los homenajeamos con

tanto mayor placer cuanto que pronto nos veremos obligados a combatirlos. La devoción que por ellos sentimos es pura y profunda, pero no llega hasta la idolatría, ni nos llevará nunca a colocarnos ante ellos en la actitud de esclavos. Y aun reconociendo plenamente, porque es justo hacerlo, los inmensos servicios ofrecidos por estos hombres a la Internacional y los que le siguen ofreciendo, no nos cansaremos de combatir con todas las armas sus falsas teorías autoritarias, sus procedimientos dictatoriales y todas esas maniobras subterráneas, todos esos manejos presumidos y miserables, todas esas sucias injurias e infames calumnias, que son las formas que suelen distinguir a las luchas políticas de casi todos los alemanes, y que ellos, por desgracia, han ingresado consigo a la Internacional". Estas palabras son, como se ve, bastante groseras, pero nadie, leyéndolas, podrá afirmar que Bakunin se dejara nublar por la pasión hasta el punto de discutir los merecimientos inmortales de Marx como fundador y guía de la Internacional.

Tampoco este trabajo pudo terminar Bakunin. De él se ocupaba cuando Mazzini, en un semanario que publicaba en Lugano, se dedicó a criticar duramente a la Internacional y a la Comuna. Bakunin dejó enseguida su trabajo para contestar aquellas críticas con la "Respuesta de un internacional a Mazzini", a la que siguieron otros manifiestos inspirados en el mismo sentido, cuando vio que Mazzini y sus seguidores aceptaban la polémica. Después de todos los fracasos de los últimos tiempos, Bakunin conseguía por fin un triunfo completo: la Internacional, que hasta entonces había tenido en Italia una existencia mísera, empezó a extenderse rápidamente por el país. Pero este triunfo no se debía a las "maniobras" de Bakunin, sino a las palabras elocuentes con las que supo recoger la tensión revolucionaria en que la Comuna de París había puesto sobre todo a la juventud italiana.

En Italia, la gran industria apenas empezaba a desarrollarse, en el naciente proletariado iba despertando poco a poco la conciencia de clase y, además, no disponía de una sola arma legal para atacar ni para defenderse. Por otra parte, las luchas libradas durante medio siglo por la unidad nacional del país habían alimentado y mantenido despierta en las clases burguesas una tradición revolucionaria; después de perseguir aquel fin en un sinnúmero de conspiraciones y sublevaciones, acabó por realizarse en una forma que necesariamente tenía que decepcionar a todo espíritu revolucionario: amparada primero por las armas francesas y luego por las alemanas, fue una monarquía la que implantó en la península el más reaccionario de los Estados. En medio de esta amarga

decepción vinieron a levantar el espíritu revolucionario de la juventud las hazañas heroicas de la Comuna de París. Y si Mazzini, ya al borde de la tumba, se apartaba irritado de aquella nueva luz que venía a revolver su antiguo odio contra el socialismo, Garibaldi, más celebrado que él como héroe nacional, rendía un sincero homenaje, en la Internacional, al "sol del mañana".

Bakunin sabía perfectamente bien de qué sectores de la población italiana provenían sus nuevos seguidores. "Lo que hasta ahora ha faltado en Italia –escribía en abril de 1872– no era precisamente el instinto, sino la organización y la idea. Pero ahora se están desarrollando ambas con tal fuerza, que en la actualidad Italia es, quizás, después de España y con España, el país más revolucionario del mundo. En Italia existe lo que falta en otros países: una juventud apasionada y enérgica, sin posiciones, sin carrera, sin salida, que a pesar de su origen burgués, no está moral e intelectualmente agotada como la juventud burguesa de otros países. Y esta juventud se lanza hoy de cabeza al socialismo revolucionario bajo nuestro programa íntegro, el programa de la Alianza". Estas líneas iban dirigidas a un compañero español, a quien Bakunin quería transmitirle entusiasmo. Sin embargo, no era una ilusión, sino un hecho innegable, que Bakunin estimara sus éxitos en España, donde su doctrina tuvo una gran influencia, por medio de sus amigos y no por su presencia, tan importante, sino más, que en Italia.

También en España el desarrollo industrial estaba muy retrasado, y allí donde ya había un proletariado moderno, se veía tan restringido, tan despojado de todos los derechos y libertades, que solo podía pensar en la insurrección armada como única salida a sus miserias. Barcelona, el centro fabril más importante de España, contaba en su historia con más acciones de barricadas que ninguna otra ciudad del mundo. A esto había que añadir las largas guerras civiles que habían desgarrado el país y la gran decepción de todos los revolucionarios, que habían expulsado a la dinastía borbónica en el otoño de 1868, para estar ahora bajo la corona –muy débil, por cierto– de otro rey extranjero. También a España llegaron las chispas que se desprendían del alzamiento revolucionario de París.

Distinta a la de Italia y España era la situación de Bélgica, dado que aquí ya había un movimiento proletario de masas. Sin embargo, este movimiento se limitaba casi únicamente a los territorios valones y tenía su centro en los obreros decididamente revolucionarios de la cuenca del Borinage, en quienes las masacres que sucedían año tras

año a sus huelgas ahogaban desde el germen la posibilidad de mejorar su situación de clase por la vía legal. Pero sus líderes, que eran proudhonistas, tendían fácilmente a las orientaciones bakuninianas.

Siguiendo el movimiento de oposición bakuninista que se desarrollaba en el seno de la internacional después de sofocada la Comuna de París, observamos que si llevaba el nombre del revolucionario ruso era por creer que encontraría en sus ideas una solución para los conflictos y las tensiones sociales de las que surgían en la realidad.

6. SEGUNDA CONFERENCIA DE LA INTERNACIONAL EN LONDRES

Esta conferencia que el Consejo General había acordado convocar para el mes de septiembre, habría de sustituir al congreso correspondiente a este año. *En Basilea se había acordado en* 1869 que el próximo congreso se reuniría en París. Pero la persecución dirigida por Ollivier contra las secciones francesas en homenaje al plebiscito, impulsó al Consejo General, en julio de 1870, en pleno uso de sus facultades, a modificar la sede del congreso por la de Maguncia. Al mismo tiempo, el Consejo General les propuso a las federaciones nacionales que se trasladaran de Londres a otro país, propuesta que fue rechazada por unanimidad. La guerra hizo fracasar también la celebración del congreso en Maguncia, y el Consejo General fue facultado por los Consejos Federales para decidir de acuerdo a las circunstancias la fecha del próximo congreso.

Pero las circunstancias no se desarrollaron de una manera que recomendara la realización del congreso en el otoño de 1871. Era de suponer que la coacción bajo la cual vivían en los diferentes países los afiliados a la Internacional no les permitiera enviar delegados al congreso con la amplitud deseada y que, además, los pocos que fueran serían denunciados y entregados a la venganza de sus respectivos gobiernos. Y la Internacional no tenía ningún deseo de aumentar el número de sus víctimas, cuando la preocupación por sus mártires ya tenía completamente absorbidas sus energías y sus recursos.

Estas consideraciones impulsaron al Consejo General a convocar en Londres una conferencia privada en vez de un congreso público, como ya se había hecho en 1865, y la escasa concurrencia confirmó sus temores. A la reunión, que duró desde el 17 hasta el 23 de septiembre, fueron solamente 23 delegados: seis belgas, dos suizos, un español y

trece vocales del Consejo General, seis de los cuales tenían voz, pero no voto.

Entre los extensos y numerosos acuerdos realizados había algunos, referentes a la formación de una estadística general de la clase trabajadora y a las relaciones internacionales entre los sindicatos y los obreros del campo, que en las circunstancias dominantes no tenían más que un significado académico. Lo que más urgía era armar a la Internacional contra los furiosos ataques de sus enemigos, y consolidarla internamente contra los miembros disgregadores que se albergaban en su seno; pero ambas tareas, en realidad, eran la misma.

El acuerdo más importante de esta reunión fue el referente a la actividad política de la Internacional. El acuerdo se remite en primer término al discurso inaugural, a los estatutos, al acuerdo del congreso de Lausana y a otras manifestaciones oficiales de la asociación, en las que la emancipación política de la clase obrera se declara indisolublemente unida a su emancipación social. A continuación, se afirma que la Internacional tiene que hacer frente a una reacción desenfrenada que reprime cínicamente todas las aspiraciones emancipadoras de la clase obrera, intentando eternizar por medio de la violencia la distinción de clases y el régimen de gobierno de las clases propietarias, consecuencia suya; que la clase obrera solo puede actuar contra el poder colectivo de las clases propietarias organizadas como tales, constituyéndose ella misma en partido político independiente, frente a todas las organizaciones partidarias de las clases dominantes; que esta constitución del partido obrero como partido político es indispensable para el triunfo de la revolución social y de su objetivo último: la abolición de las clases; y, finalmente, que la unión de los diferentes sectores, que la clase obrera ya ha llevado a cabo hasta cierto punto por medio de sus fuerzas económicas, debe también utilizarse sin demora como palanca para luchar contra el poder político de sus explotadores. Por todas estas razones, la reunión de Londres les recordaba a todos los afiliados a la Internacional que, en la situación de lucha en la que se encontraba la clase obrera, su movimiento económico y su actuación política tenían que ir indisolublemente unidos. En lo referente a la organización, la Asamblea le rogaba al Consejo General que limitara el número de vocales con el que habría de completarse, manteniendo el equilibrio entre las nacionalidades. Que el nombre del Consejo General no pudiese usarlo más que él; que los consejos federales de los diferentes países se denominaran con el nombre de estos y las secciones locales con los de sus localidades respectivas. La Asamblea desterró de la

Internacional cualquier nombre sectario, como los de positivistas, mutualistas, colectivistas, etcétera, y ordenó que todos los miembros siguieran aportando, como hasta allí, un penique al año para el Consejo General.

En cuanto a Francia, la Asamblea recomendaba que se realizara una campaña de propaganda intensa en fábricas y talleres, mediante la difusión de hojas impresas, y en Inglaterra sugería la creación de un Consejo Federal propio, que el Consejo General habría de confirmar en sus funciones, una vez que estuviera reconocido por las ramas provinciales y los sindicatos. La Asamblea declaraba, además, que los obreros alemanes habían cumplido con su deber durante la guerra franco-prusiana. En cambio, declinaba toda responsabilidad en la denominada conspiración de Netchaiev, encargando a Utin que publicara en la *Egalité* de Ginebra un resumen del proceso de aquel, basado en las fuentes rusas, pero sometiéndolo antes de publicarlo a la aprobación del Consejo General.

La Asamblea declaró resuelto el conflicto de la Alianza, una vez disuelta voluntariamente la sección ginebrina y prohibida la adopción de nombres sectarios y de otra índole, por medio de los cuales se pudiera postular una misión específica, distinta del fin común perseguido por la Internacional. En lo referido a las secciones del Jura, la Asamblea refrendó el acuerdo realizado por el Consejo General el 29 de junio de 1870, en el que se reconocía como único órgano de la Suiza latina el Consejo General de Ginebra, pero al mismo tiempo invocaba el espíritu de solidaridad y concordia que, entonces más que en cualquier otro momento, debía regir entre los obreros, ante las persecuciones a las que se encontraba expuesta la Internacional. Esta razón la impulsaba a recomendarles a los obreros del Jura que volvieran a incorporarse al Consejo ginebrino. Pero si esto resultaba imposible la Asamblea determinaba que las diferentes secciones se englobaran bajo el nombre de “Federación Jurasiana”. Y se acordó asimismo que el Consejo General estaría obligado a desautorizar a todos los supuestos órganos de la Internacional que debatieran ante el público burgués los problemas internos de esta, como hacían el *Progres* y la *Solidarité* del Jura.

Finalmente, la Asamblea delegaba en el Consejo General la definición de la sede y la fecha de celebración del próximo congreso o de la reunión anual que, en todo caso, habría de sustituirlo.

Considerados en su conjunto, no puede negarse que los acuerdos de esta Asamblea están animados por un espíritu de moderación y

objetividad; la salida que se les ofrecía a las secciones del Jura, consistente en asignarse el nombre de Federación Jurasiana, ya había sido contemplada por ellas mismas. Solo los acuerdos relacionados con Netchaiev contenían una animosidad que no podía ser justificada con argumentos objetivos. El que la prensa burguesa hubiera explotado las revelaciones del proceso Netchaiev en contra la Internacional era una de las tantas calumnias que caían por entonces, de a docenas, sobre su cabeza, sin que se sintiera obligada a refutarlas todas. En casos similares, se había limitado a tirar la basura en el desagüe, pero ya que había decidido a hacer una excepción, no debió haber designado como representante a un hombre tan despreciable como Utin, de quien Bakunin podía esperar tanto respeto por los hechos como de la prensa burguesa.

Utin abordó la tarea que se le delegaba con una truculencia coherente con su historia. En Zúrich, donde se proponía realizar sus trabajos y donde afirmaba no tener más enemigos que unos cuantos esclavos aliancistas a las órdenes de Bakunin, cayeron sobre él un buen día, en un palacio solitario cerca de un canal, ocho individuos al parecer de habla eslava. Lo golpearon, lo tiraron al piso y lo hubieran rematado y arrojado su cuerpo al canal si no fuera porque pasaban por allí cuatro estudiantes alemanes, que salvaron aquella vida preciosa para que siguiera prestando servicios al zar.

Prescindiendo de este acuerdo, es innegable que todos los que surgieron de la reunión de Londres sentaban las bases para lograr una armonía, indispensable en momentos en que el movimiento obrero estaba rodeado por todos los frentes de enemigos. Sin embargo, el 20 de octubre se presentó al Consejo General solicitando ser admitida en la Internacional la Sección de Propaganda y Acción Socialista Revolucionaria conformada en Ginebra con los restos de la Alianza y unos cuantos fugitivos de la Comuna. El Consejo denegó esta solicitud, después de oír el informe del Consejo Federal de Ginebra, y la *Révolution Sociale*, que había venido a ocupar el puesto de la difunta *Solidarité*, empezó a dirigir violentos ataques contra el "comité alemán, presidido por un cerebro bismarckiano", que era lo que, según el parecer de este magnífico periódico, representaba el Consejo Directivo de la Internacional. La consigna encontró una rápida recepción, y Marx le escribió a un amigo estadounidense: "Se remiten al hecho imperdonable de que yo sea alemán de nacimiento y tenga una influencia intelectual decisiva sobre el Consejo Federal. *Nota bene*: El elemento alemán es, numéricamente, dentro del Consejo Federal, dos tercios más débil que el inglés y el francés. El pecado está,

por lo tanto, en que los integrantes ingleses y franceses se dejen dominar (!) teóricamente por los alemanes y encuentren beneficioso e incluso indispensable este predominio, o sea la ciencia alemana".

En un congreso celebrado el 12 de noviembre en Sonvillier, las secciones del Jura organizaron un golpe unificado contra la Internacional. Claro está que no eran más que nueve, de veintidós, representadas por seis delegados, y que además la mayor parte de estas secciones, que ya representaban una minoría, padecían una tisis galopante. Pero no por esto su golpe fue menos resonante. Se sentían profundamente ofendidas de que la reunión de Londres quisiera imponerles un nombre que ya por sí mismas habían pensado en asignarse, pero a pesar de todo se sometieron y decidieron titularse de cara al futuro Federación Jurasiana. Para vengarse de esto, declararon disuelta la Federación Latina, acuerdo que carecía, naturalmente, de importancia práctica. Pero lo más trascendente que hizo este congreso fue acordar la redacción y envío de una circular a todas las federaciones de la Internacional, protestando contra la ilegalidad de la reunión de Londres y apelando sus decisiones a un congreso general, que debería realizarse cuanto antes.

Esta circular, redactada por Guillaume, partía de la afirmación de que la Internacional estaba siguiendo un camino errado y fatal. En sus primeros tiempos, había querido ser una "protesta inmensa contra toda autoridad"; en los estatutos se garantizaba la autonomía de todas las secciones o grupos, asignándole al Consejo General, como organismo ejecutivo que era, poderes limitados. Pero, poco a poco, había ido arraigando la tendencia a otorgarle una confianza ciega, que en Basilea se había traducido en la abdicación de la soberanía del congreso, al otorgarle al Consejo General facultades para decidir hasta el próximo congreso respecto a la admisión, negativa a admitir o disolución de secciones. Lo que no se decía en la circular era que en el Congreso de Basilea, Bakunin había abogado vigorosamente por la adopción de este acuerdo, que había contado con la aprobación del propio Guillaume.

A partir de entonces –continuaba–, el Consejo General, integrado desde hacía cinco años por las mismas personas y constituido en el mismo sitio, se venía considerando como "jefe legítimo" de la Internacional. Y como sus miembros se consideraban a sí mismos como una especie de gobierno, era natural que estimaran sus ideas personales como la teoría oficial y única admisible en el seno de la organización. Las opiniones divergentes que surgían en otros grupos no eran, para ellos,

más que herejías. Y así se había ido formando poco a poco una ortodoxia que tenía su sede en Londres, y cuyos sacerdotes eran los miembros del Consejo General. No había por qué condenar sus intenciones, ya que obraban respetando las ideas de su propia escuela, pero sí era necesario combatirlos por todos los medios, ya que su omnipotencia tenía, y necesariamente debía tener, efectos corruptores; era absolutamente imposible que hombres que contaban con semejante poder sobre sus pares siguieran siendo hombres morales.

La reunión de Londres –seguía diciendo la circular– había venido a continuar la obra del Congreso de Basilea, adoptando acuerdos que convertían a la Internacional, alianza libre de secciones autónomas, en una organización autoritaria y jerárquica en manos del Consejo General. Y para coronar todo esto, había acordado que el Consejo General fuese incluso competente para señalar la sede y la fecha del próximo congreso o, en su defecto, de la reunión que hubiera de sustituirlo; con lo cual se dejaba al arbitrio del Consejo la posibilidad de suplantar los congresos generales, aquellas grandes audiencias públicas en las que la Internacional daba cuenta de sus actos, por reuniones secretas. Por todo esto, era necesario volver a reducir al Consejo General a sus funciones originales, que eran las de un simple centro de correspondencia y estadística, logrando por medio de la libre asociación de grupos autónomos aquella unidad que quería conseguirse a fuerza de dictadura y centralización. Era necesario que la Internacional fuera, en esto, el espejo de la sociedad del mañana.

A pesar de lo que recargaba las tintas, o quizá por esto mismo, la circular de los jurasianos no alcanzó la finalidad perseguida; su pretensión de que se convocara un congreso cuanto antes no encontró eco ni aun en Bélgica, Italia y España. En España se desconfiaba de que detrás de aquellas duras críticas dirigidas al Consejo General se escondieran celos y rivalidades entre Bakunin y Marx; los de Italia no querían dejarse gobernar por los del Jura ni por los de Londres; solo las secciones de Bélgica optaron por proponer una enmienda en los estatutos, en la que se declarara expresamente que la Internacional era una asociación de federaciones completamente independientes y el Consejo General un "centro de correspondencia e información".

En cambio, la circular de Sonvillier encontró una magnífica recepción por parte de la prensa burguesa de Europa, que cayó sobre ella como sobre un bocado exquisito. Todas las mentiras que se habían propagado acerca del siniestro despotismo del Consejo General, sobre todo desde la caída de la Comuna de París, se confirmaban desde el

seno de la Internacional. El *Bulletin Jurassien*, que había venido a relevar nuevamente a la *Révolution Sociale*, de corta vida, tuvo al menos el placer de imprimir los artículos en los que los periódicos burgueses los aplaudían con entusiasmo.

El ruidoso eco que generó la circular de Sonvillier impulsó al Consejo General a contestar con otra circular, titulada de la siguiente forma: "Las supuestas escisiones en el seno de la Internacional".

7. LA MANZANA DE LA DISCORDIA DE LA INTERNACIÓNAL

En la parte que recogía las críticas dirigidas al Consejo General en Sonvillier y en otros lugares por transgresión y falseamientos de los estatutos, por su intransigencia fanática y no se sabe cuántas cosas más, esta circular desplegaba una respuesta absolutamente triunfal, y en la que no había más que una cosa lamentable: que recayera, en gran parte, sobre cosas tan poco importantes.

En efecto, todavía le cuesta a uno trabajo, hoy, tener que ocuparse de estas cuestiones tan insignificantes. Así, por ejemplo, los afiliados de París, al fundar la Internacional, para no despertar la ira de la policía bonapartista, habían sacado del texto francés de los estatutos, en el artículo que decía que todo movimiento político debía subordinarse como medio a la emancipación económica de la clase obrera, las palabras "como medio". Y aunque la situación no podía ser más clara ni más simple, se difundió hasta el cansancio la mentira de que el Consejo General había incluido por sí y ante sí, sobre el texto original, aquellas dos palabras que no aparecían en el texto francés. Así, también, el acuerdo de la reunión de Londres que reconocía que los obreros alemanes habían cumplido con su deber durante la guerra, se tomaba como pretexto para acusar al Consejo General de tendencias "pangermanistas".

Su circular acababa de una vez con todas estas nimiedades y, sabiendo que no se alegaban con otros propósitos que el de minar el poder central de la Asociación, aunque el mantenimiento y la consolidación de ese poder central fuera la única posibilidad dehacer frente a los ataques de la reacción, es fácil entender el despecho de sus palabras finales, en las que se acusaba a la Alianza de trabajar al servicio de la política internacional. "Predica la anarquía en las filas proletarias como recurso infalible para destruir la poderosa concentración de las fuerzas políticas y sociales que tienen en sus manos los explotadores. Y bajo este pretexto exige de la Internacional,

en el momento en que el viejo mundo pugna por destruirla, que reemplace su organización por la anarquía". Cuanto más fuertemente se veía acosada la Internacional por sus enemigos, tanto más frívolos parecían los ataques que se le dirigían desde su interior, sobre todo cuando eran infundados.

Pero la claridad que se derramaba sobre este aspecto de la cuestión cegaba los ojos de la circular, impidiéndole mirar en otras direcciones. Como su propio título indicaba, no existían para ella, dentro de la Internacional, más que "supuestas" escisiones. Atribuía todo el conflicto, como Marx ya había hecho en el comunicado confidencial, a los manejos de "algunos integrantes", principalmente de Bakunin; volvía a hacer hincapié en las antiguas críticas a este por su pretendida "igualdad de clases", por su actitud en el Congreso de Basilea, etcétera. Lo acusaba de haber entregado a la policía rusa, junto a Netchaiev, a personas inocentes, y dedicaba un apartado especial a poner de manifiesto el hecho de que dos seguidores de Bakunin hubieran resultado ser espías bonapartistas, hecho muy desagradable sin duda para Bakunin, pero que en nada lo comprometía, como tampoco comprometía al Consejo General el que, pocos meses después, dos de sus vocales resultaran ser también confidentes de la policía. Y, finalmente, la circular, acusando al "joven Guillaume" de haber llamado en público a los "obreros fabriles" de Ginebra "burgueses" odiosos, pasaba por alto el hecho de que en Ginebra se englobaba bajo el nombre de *fabrique* a aquel sector de obreros de lujo bien remunerados, relacionado con los partidos burgueses por medio de acuerdos electorales más o menos defendibles.

Pero la parte más floja de la circular era aquella en la que se defendía de la crítica de "ortodoxia" que se le hacía al Consejo General. Ponía de relieve, como argumento en su defensa, el acuerdo tomado por la reunión de Londres prohibiendo a todas las secciones la adopción de nombres sectarios. El acuerdo era, sin duda alguna, justificado, teniendo en cuenta que la Internacional formaba un conglomerado multicolor de asociaciones sindicales, cooperativas y organizaciones de cultura y propaganda. Pero la interpretación que la circular daba a este acuerdo no podía ser más desgraciada.

Decía literalmente: "La primera etapa de la lucha del proletariado contra la burguesía se caracterizaba por los movimientos sectarios. Estos tienen su razón de ser en una época en la que el proletariado no posee todavía el grado suficiente de desarrollo para actuar como clase. Pensadores individuales realizan, cada cual por su cuenta, la crítica de

las contradicciones sociales y tratan de resolverlas por medio de fórmulas fantásticas, sin que la masa trabajadora tenga otra misión que aceptarlas, propagarlas y llevarlas a la práctica. Es natural que las sectas, precisamente por serlo, se formen en torno a estos pioneros, cada cual con su propia autonomía y absteniéndose de toda actividad efectiva, política, huelguística y sindical, en una palabra, de todo movimiento de masas. La masa del proletariado adopta ante estas propagandas una actitud indiferente e incluso hostil. Los obreros de París y Lyon no querían saber nada de san-simonianos, de fourrieristas ni de icarianos, del mismo modo que los cartistas y los sindicalistas ingleses ignoraban las doctrinas de Owen. De palanca propulsora del movimiento en sus orígenes, se tornan en un obstáculo tan pronto como este pasa por encima de ellos. A partir de este momento, su posición es reaccionaria. Testigos de esto, las sectas francesas e inglesas, y últimamente, en Alemania, los lassalleanos, que, después de haberse pasado varios años estorbando la organización del proletariado, acaban convirtiéndose en simples instrumentos de la policía". En otros pasajes de la circular se califica a los lassalleanos de "socialistas bismarckianos" que, fuera de su órgano policiaco, el *Nuevo socialdemócrata*, visten las camisas blancas del Imperio prusiano-alemán.

No hay ninguna prueba de que el autor de este escrito sea el propio Marx; por su contenido y su estilo, es probable que Engels haya hecho su aporte. Pero las manifestaciones referentes a las sectas son indudablemente de Marx; la idea que aquí se despliega aparece casi en los mismos términos en cartas escritas por él, por aquella misma fecha, a compañeros del partido, y en su polémica contra Proudhon vemos delineada ya por primera vez esta tesis. No puede negarse que, al señalar la importancia histórica de las sectas socialistas, Marx describe una realidad; en lo que no estaba acertado era en poner en la misma bolsa a los bakuninistas, y sobre todo a los lassalleanos, con los fourrieristas y los discípulos de Owen.

Por muy despectiva que sea la opinión de cada uno acerca del anarquismo y por mucho que quiera considerarlo, dondequiera que se manifieste, como una enfermedad del movimiento obrero, no se puede pensar –y mucho menos hoy, después de medio siglo de experiencia– que es una enfermedad que se le inocula desde afuera. Por el contrario, es claro que se trata de una enfermedad a la que la clase trabajadora muestra una predisposición natural y que se desarrolla en condiciones propicias, o mejor dicho desgraciadas. Y esto que hoy sabemos no podía ser ignorado tampoco en el año 1872. Nadie menos propenso que

Bakunin a establecer un sistema completo y acabado, para que los obreros aceptaran y llevaran a la práctica ciegamente; el propio Marx no se cansaba de repetir que Bakunin era teóricamente débil, que no era más que un confabulador y que su programa era una ensaladade ideas superficiales tomadas, arbitrariamente, a diestra y siniestra.

La característica más saliente de los fundadores de sectas es su hostilidad contra todo movimiento proletario de masas; hostilidad en el sentido de no querer saber nada de tales movimientos y de vivir, a su vez, constantemente ignorados por ellos. Y aunque resultara cierto que Bakunin solo quería apoderarse de la Internacional para sus fines, con esto no se demostraría más que una cosa: que él, como revolucionario, no contaba más que con las masas. Y por intensa que fuese la lucha que venía librándose entre él y Marx, no dejó nunca de reconocer, hasta el último momento, que era un mérito imperecedero de Marx haber creado en la Internacional el marco para un movimiento proletario de masas. Lo que los separaba era su diferencia de criterios en cuanto a la táctica que este movimiento de masas debía seguir para conseguir su objetivo; pero, por erradas que fueran las opiniones de Bakunin en este aspecto, no tenía absolutamente nada que ver con el sectarismo.

Y mucho menos los lassalleanos. Es cierto que en el año 1872 estos no habían llegado todavía a la cumbre de los principios socialistas, pero estaban muy por encima de todos los demás partidos obreros de Europa, tanto en formación teórica como en capacidad de organización, sin excluir a la fracción de Eisenach, que seguía nutriéndose intelectualmente, en gran parte, de las obras del propio Lassalle. Este había planteado sus campañas de agitación en el amplio terreno de la lucha de clases, cerrándole así el paso a todo posible sectarismo. Schweitzer, su sucesor al frente del movimiento, estaba tan convencido de la imposibilidad de separar el movimiento político del social, que Liebknecht le achacaba inclinaciones "parlamentarias", y si bien en la cuestión sindical había ignorado, para su desgracia, las advertencias de Marx, no era menos cierto que hacía largo tiempo ya que se había alejado del movimiento. Y los lassalleanos, principalmente gracias a las huelgas de la construcción triunfantes en Berlín, empezaban a sacar de su cuenta este borrón. Iban sobreponiéndose al breve paréntesis que la guerra había abierto en sus campañas, y las masas se acercaban a ellos cada vez en mayor número.

No habría motivo para hacer demasiado hincapié en los ataques contra los lassalleanos, sabiendo que Marx sentía una aversión incurable contra Lassalle y todo lo que viniera de él, si no cobraran una

importancia específica por el contexto en el que en la circular del Consejo aparecían. Estos ataques indicaban bien a las claras cuál era la verdadera manzana de la discordia de la Internacional, el conflicto irresoluble que se le había planteado a esta gran organización al caer la Comuna de París. Todo el mundo reaccionario se había movilizado a partir de ese momento contra la Internacional, y para poder defenderse de este ataque era necesario que concentrara disciplinadamente todas sus fuerzas. Pero, a su vez, la caída de la Comuna había demostrado la necesidad de la lucha política, y esta lucha no podía entablarse sin que se aflojaran considerablemente los vínculos internacionales, ya que solo se podía librar dentro de las fronteras de cada nación.

Y así como la posición del abstencionismo político, por mucho que se exagerara, tenía siempre, en el fondo, su origen en la justificada desconfianza contra las trampas del parlamentarismo burgués –desconfianza que Liebknecht expresaba fuertemente todavía en su célebre discurso de 1869–, el disgusto contra la dictadura del Consejo General, que después de ahogada la Comuna de París se manifestaba en casi todos los países, nacía, por muy exagerado que fuera, de la conciencia más o menos clara de que todo partido obrero nacional estaba sujeto muy en primer término a las condiciones que determinaban su existencia dentro de cada nación, de la nación de la que formaba parte y de la cual no podía desprenderse por mucho que se esforzara, como el hombre no puede desprenderse de su sombra; o, dicho en otros términos, que no podía dejarse gobernar desde el extranjero. Y aunque Marx ya había afirmado en los estatutos de la Internacional que las luchas políticas y sociales estaban conectadas indisolublemente, en la práctica priorizó siempre las demandas sociales comunes a las clases obreras de todos los países de régimen capitalista, y solo tocaba las cuestiones políticas cuando se desprendían de aquellas demandas sociales, como sucedía, por ejemplo, con la reducción legal de la jornada de trabajo. Los problemas políticos en el sentido estricto e inmediato de la palabra, como eran aquellos que decían relacionarse con el régimen constitucional del Estado y que se planteaban de manera diferente en cada país, Marx los ponía en segundo plano, hasta que el proletariado, educado por la Internacional, supiera verlos con mayor claridad. Y lo que más fuertemente censuraba en Lassalle era que enfocara sus campañas de agitación sobre un país determinado y concreto.

Se ha sugerido la hipótesis de que Marx habría mantenido esta distancia si la caída de la Comuna de París, por una parte, y la campaña

de agitación de Bakunin, por otra, no lo hubieran obligado a tomar un posicionamiento político. Es posible e incluso probable que así fuera, pero, fiel a su conducta habitual, se lanzó a la lucha ni bien las circunstancias lo pidieron. No ignoraba, de todas formas, que el problema que se le planteaba no tenía solución dentro de la Internacional, tal como esta se encontraba organizada, y que en la misma medida enque se concentrara y se hiciera fuerte contra sus enemigos exteriores, se desarticularía internamente. Ya el hecho de que el cerebro principal del Consejo General acusara al partido obrero más desarrollado entre los que compartían sus lineamientos, que era además el partido obrero de su mismo país, de ser una tropa policial, mostraba a las claras que la hora histórica de la Internacional había sonado.

Pero este no era el único síntoma. Dondequiera que comenzaban a formarse partidos obreros nacionales, se venía abajo la Internacional. ¡Cuántas violentas acusaciones había volcado Liebknecht en otro tiempo sobre Schweitzer, recriminándole la tibieza que según él demostraba frente a la Internacional! Ahora que él se encontraba al frente de la facción de Eisenach tenía que escuchar exactamente los mismos reproches de boca de Engels, y solo sabía contestarlos, ni más ni menos que como lo había hecho en su tiempo Schweitzer, remitiéndose a las leyes alemanas de asociaciones: "No seré yo el que ponga en peligro ahora, por ese asunto, la existencia de nuestra organización". Si aquel desafortunado Schweitzer hubiese osado –que no lo hizo nunca– emplear un lenguaje tan insolente y blasfemo, ¡cuánto no hubiera protestadoLiebknecht contra aquel "rey de los sastres" que a toda costa quería tener un "partido propio"! Al fundarse la fracción de Eisenach, el "grupo de secciones de habla alemana" de Ginebra había sufrido el primer golpe: el último se lo dio a esta organización, la más antigua y sólida que poseía la Internacional en el continente, la fundación de un partido obrero suizo en el año 1871. A fines de este año, Becker tuvo que suspender la publicación de su *Vorbote*.

En 1872, Marx y Engels todavía no se habían dado cuenta de las causas reales de esta situación. Al afirmar que la Internacional se había hundido por los manejos de un demagogo, no hacían más que atentar contra ellos mismos y contra sus títulos, ya que la verdad era que la Internacional podía abandonar la escena histórica con todos los honores después de cumplida una gran misión, que había llegado a ser superior incluso a sus propias fuerzas.Y hay que resignarse a darles la razón a los anarquistas de hoy cuando dicen que no hay nada menos

marxista que la idea de que un individuo, por muy pérfido que fuese, un "peligrosísimo confabulador", podía hacer saltar por sí solo una organización proletaria como la Internacional, sacándosela a esas almas postradas de creyentes a quienes hace temblar la menor duda de que Marx y Engels pudieran haberse equivocado nunca ni en una coma. Si hoy pudieran hablar aquellos dos hombres, serían los primeros en zarandear sin piedad a quienes pretenden que contra ellos no puede ejercitarse la crítica, esa crítica inexorable que fue siempre su arma más poderosa.

La verdadera grandeza de estos hombres no consiste en no haberse equivocado nunca, sino en no insistir jamás en mantener sus equivocaciones cuando comprendían que habían incurrido en alguna. Ya en 1874, Engels confesaba que la Internacional había sobrevivido a su tiempo. "Para crear una nueva Internacional al estilo de la antigua, una alianza de los partidos proletarios de todos los países, haría falta una depresión general del movimiento obrero como la que reinó en los años 1849 a 1864. Hoy, el mundo proletario es demasiado grande, demasiado vasto para eso". Y se consolaba pensando que la Internacional había gobernado durante diez años la historia de Europa en una dirección –en la dirección del porvenir– y podía volver la mirada con orgullo sobre el pasado.

Y en 1878, Marx refutaba en estos términos, desde una revista inglesa, la afirmación de que la Internacional había sido un fracaso y que ya estaba muerta: "En realidad, los partidos obreros socialdemócratas de Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda y Estados Unidos, más o menos organizados dentro de las fronteras nacionales, forman otros tantos grupos internacionales, no ya secciones aisladas, diseminadas acá y allá por los distintos países y mantenidas en cohesión en su periferia por un Consejo General. Son las masas obreras mismas las que mantienen una comunicación constante, activa y directa; las que se mantienen unidas por el intercambio de ideas, la colaboración mutua y los objetivos comunes... Es decir que la Internacional, lejos de morir, no ha hecho más que pasar de su primer ensayo a una fase más alta, donde sus tendencias originales han encontrado, en parte al menos, realización. Y todavía habrá de sufrir no pocas transformaciones en el transcurso de su desarrollo progresivo, hasta llegar a escribir el último capítulo de su historia".

En estas líneas, Marx volvía a demostrar su mirada profética. En una época en la que los partidos obreros nacionales comenzaban

apenas a germinar, más de diez años antes de que se fundara la nueva Internacional, supo predecir su carácter histórico, pero tampoco a esta segunda modalidad le daba un valor imperecedero. Solo estaba seguro de una cosa: de que entre los escombros volvería a florecer, una y otra vez, la nueva vida, hasta que llegara la hora de las realizaciones definitivas.

8. EL CONGRESO DE LA HAYA

En la circular enviada por el Consejo General el 5 de marzo, se anunciaba la convocatoria del Congreso anual para principios de septiembre. Durante estos meses, Marx y Engels decidieron solicitar que la sede del Consejo General se trasladara de Londres a Nueva York.

Mucho se ha discutido acerca de la necesidad y conveniencia de esta propuesta, así como respecto a sus motivos. Hay quienes ven en ella el propósito de hacerle a la Internacional un funeral de primera clase, entendiendo que Marx, con esta medida, se proponía ocultar su muerte inevitable. Sin embargo, esta interpretación se opone al hecho de que, después de acordarse el traslado, Marx y Engels siguieran apoyando con todas sus energías al Consejo General, haciendo todo lo posible por mantenerlo vivo. Otros dicen que Marx ya estaba cansado de la Internacional y que quería dedicarse por completo a su obra científica, tesis que apoya en cierta forma el testimonio de Engels. En una carta dirigida a Liebknecht el 27 de mayo de 1872, se refiere a la propuesta belga de suprimir el Consejo General, y añade: "Nosotros no tenemos ninguna objeción, ya que ni Marx ni yo volveremos a ser miembros. Tal como está la situación, no disponemos de tiempo para enfocarnos en el trabajo que tenemos que hacer, y eso debe modificarse". Sin embargo, esta era una manifestación hecha a la pasada y no carente de despecho. E incluso cuando Marx y Engels se negaran a ser reelegidos para integrar el Consejo General, este no era el motivo para reubicarlo.Además, Marx había rechazado más de una vez la idea de posponer la Internacional por sus trabajos científicos, antes de que estuviera firmemente encaminada, y es seguro que no podía pensar en abandonarla en el preciso momento en que pasaba por su peor crisis.

La verdadera explicación era, sin duda, la que aparecía en su carta del 29 de julio a Kugelmann: "El Congreso Internacional (de La Haya, abierto el 2 de septiembre), decidirá la continuidad o no de la Internacional, y antes de separarme de ella quiero protegerla, al

menos, de quienes pujan por su disolución". A protegerla de "quienes pujan por su disolución" tendía también, sin ningún tipo de dudas, el alejamiento del Consejo General de Londres, donde estaba sujeto a disputas cada vez más furiosas. Es cierto que las tendencias bakuninistas no estaban representadas en él, o su representación era tan débil que no implicaba ningún peligro. Pero la confusión que primaba entre sus vocales alemanes, ingleses y franceses era tal que había tenido que nombrarse un subcomité destinado especialmente a dirimir los conflictos.

Hasta entre Marx y los dos vocales del Consejo General que habían sido durante tantos años sus colaboradores más lúcidos y leales, Eccarius y Jung, se habían enfriado las relaciones, llegando con Eccarius, en mayo de 1872, a una franca ruptura. Eccarius, que vivía muy apretadamente, presentó su renuncia como Secretario General de la Internacional creyéndose indispensable, con el objetivo de que se le subiera al doble su modesto salario mensual de 15 chelines. Sin embargo, el inglés Hales fue elegido para ocupar su puesto, de lo que Eccarius, sin razón, hizo responsable a Marx. Lejos de tener la culpa, Marx lo había defendido siempre contra los ingleses. En cambio, había tenido que reprenderlo más de una vez por filtrarle a la prensa información sobre hechos internos de la Internacional, como los referentes, por ejemplo, a los debates secretos mantenidos en la conferencia de Londres. Por su parte, Jung hacía a Engels y a su conducta autoritaria responsable del retraimiento que percibía en Marx. Es posible que hubiera algo de cierto en ello. Puede ser que desde que mantenía contacto diario con Engels dejara de ver a Eccarius y a Jung, aunque sin ninguna mala intención, con la frecuencia de antes; y al "general", como le decían a Engels los íntimos, le gustaba usar, según el testimonio de sus mejores amigos, un tono militar fuerte y conciso; cuando le tocaba ocupar, por turno, la presidencia en las sesiones del Consejo General, rara era la vez en que no había tumulto.

Desde la designación de Hales para el cargo de Secretario General, se generó entre Engels y Eccarius una mortal enemistad, en la cual tomaban partido por el segundo una parte de los vocales ingleses. A su vez, Marx no encontró el menor apoyo en el nuevo Secretario General. Lejos de esto, al fundarse, concretando los acuerdos realizados en la conferencia de Londres, una federación inglesa, y al reunirse esta en su primer congreso, en el que participaron 21 delegados y que se celebró los días 21 y 22 de julio en Nottingham, Hales, fiel a la consigna bakuninista de la "autonomía de las federaciones en peligro",

presentó una propuesta orientada a establecer relaciones directas con las demás federaciones sin someterse a la mediación del Consejo General, manifestándose, además, partidario de que en el Congreso General se impulsara la reforma de los estatutos en el sentido de restringir las atribuciones del Consejo. Hales retiró la segunda propuesta, pero la primera fue aprobaba. En su aspecto programático, este congreso no mostró ninguna simpatía por el bakuninismo, aunque sí hacia las tendencias radicales inglesas; entre otras cosas, propuso que se socializara el suelo, pero no todos los medios de producción. Esta propuesta también fue acompañada por Hales, y tan descaradamente siguió conspirando contra el Consejo General, que este no tuvo otra opción que destituirlo en el mes de agosto.

Entre los vocales franceses del Consejo General predominaban las tendencias blanquistas, que en las dos cuestiones centrales sobre las que giraba la disputa, actuación política y rigurosa centralización, se mostraban firmes, pero, en cambio, podían poner en grave peligro a la Internacional con su propensión, habitual en ellos, a los golpes de mano revolucionarios, en circunstancias como aquellas, en las que la reacción europea buscaba el menor pretexto para lanzarse sobre ella, con todo el peso imponente de su superioridad, y aplastarla. La preocupación de que los blanquistas pudieran llegar a apropiarse del timón era la que más inducía a Marx a trasladar el Consejo General de Londres a Nueva York, donde podría seguir teniendo una estructura internacional y donde, además, estaría garantizada la seguridad de sus archivos, cosa que no ocurría en ningún lugar del continente.

En el congreso de La Haya, cuyas sesiones duraron desde el 2 hasta el 7 de septiembre, Marx pudo disponer de una mayoría segura, gracias a que entre los 61 delegados predominaban los alemanes y los franceses. Sus oponentes lo han acusado de haberse fabricado con recursos artificiales esa mayoría, reproche completamente infundado en lo que a la autenticidad de los mandatos se refiere; aunque el Congreso dedicó la mitad de su tiempo a revisar los mandatos, solo uno se impugnó. Por lo demás, es cierto que Marx había escrito a Estados Unidos ya en el mes de junio, pidiendo mandatos para los alemanes y franceses. Muchos delegados representaban a secciones de otra nación; otros actuaban bajo nombre falsos, para no caer en manos de la policía, o silenciaban, por idénticas razones, el nombre de las secciones a las que representaban. Por eso difieren tanto, según los distintos informes, los números acerca de la representación de los diferentes países.

En rigor, las organizaciones alemanas solo estaban representadas por ocho delegados: Bernardo Becker (Braunschweig), Cuno (Stuttgart), Dietzgen (Dresde), Kugelmann (Celle), Milke (Berlín), Rittinghausen (Múnich), Scoheu (Wurttemberg) y Schuhmacher (Solingen). Marx, además de representar al Consejo General, traía un mandato de Nueva York, otro de Leipzig y Maguncia, y Engels dos: uno de Breslau y otro de Nueva York. Nebner, de Leipzig, se presentó con un mandato de Nueva York, y Frielander, de Berlín, con otro de Zúrich. Otros dos delegados que parecían ser alemanes por el nombre, Walter y Swan, eran en realidad franceses, se llamaban Heddeghem y Dentraggues, y eran, ambos, personajes muy dudosos; el primero resultó ser espía de la policía bonapartista. Los delegados franceses, fugitivos de la Comuna, Frankel y Longuet, partidarios de Marx, y Ranvier, Vaillant y otros, amigos de los blanquistas, dieron sus nombres, pero, en cambio, escondieron la procedencia de sus mandatos. El Consejo General estaba representado, aparte de Marx, por dos ingleses (Roach y Sexton), un polaco (Wroblewski) y tres franceses (Serraillier, Cournet y Dupont), mientras que el delegado de la Asociación Comunista Obrera de Londres era Lessner. El Consejo Federal británico había enviado cuatro delegados, entre los que se encontraban Eccarius y Hales, que ya allí, en La Haya, coqueteaban con los bakuninistas.

Entre los partidarios de Bakunin, los italianos no enviaron delegado alguno a este congreso. Ya en el mes de agosto, en una conferencia celebrada en Rimini, hablan acordado romper relaciones con el Consejo General. Los cinco delegados españoles votaban, sin más excepción que la de Lafargue, con los bakuninistas, al igual que los ocho representantes belgas y los cuatro holandeses. La Federación Jurasiana envió a Guillaume y Schwitzguebel, mientras que Ginebra se mantuvo fiel al viejo Becker. De Estados Unidos acudieron cuatro delegados: Sorge, quienera, al igual que Becker, leal a Marx, y el blanquista Dereuge, antiguo miembro de la Comuna; el tercer mandato había correspondido a un bakuninista, y el cuarto fue el único que el Congreso declaró nulo. Dinamarca, Austria, Hungría y Australia estaban representadas cada una por un delegado.

La revisión de los mandatos, que duró tres días, generó algunos tumultos. El mandato español de Lafargue fue violentamente impugnado, pero finalmente se dio por válido, con unas cuantas abstenciones apenas. Al debatirse el mandato otorgado por una sección de Chicago a favor de un miembro residente en Londres, uno de los delegados del Consejo Federal inglés señaló que el mandatario

no estaba entre los líderes obreros más conocidos, objeción a la cual respondió Marx que eso era más un honor que otra cosa, ya que la mayoría de esos directivos se habían vendidos a los liberales. Estas palabras, aunque el mandato fuera refrendado, causaron una gran indignación en muchos y fueron explotadas concienzudamente contra Marx, después del congreso, por Hales y compañía; por su parte Marx, que no renegaba jamás de lo que hacía, no se arrepintió nunca de ellas ni las retiró. Terminada la revisión de mandatos, se nombró un comité de cinco miembros para que se encargara de examinar previamente toda una serie de pedidos y escritos relacionados con Bakunin y su Alianza; para este comité se procuró elegir a personas que no hubiesen intervenido mucho hasta entonces en los conflictos en torno a la Alianza. Estas personas fueron el alemán Cuno, presidente; los franceses Lucain, Vichard y Walter-Heddeghem, y, finalmente, el belga Splingard.

Hasta el cuarto día no se abrieron en realidad los debates, que se iniciaron dando lectura al informe del Consejo General. Lo había redactado Marx, que lo leyó personalmente en su versión alemana, haciéndolo luego Sexton, Longuet y Abeele, en sus versiones inglesa, francesa y flamenca, respectivamente. El informe fustigaba toda las violencias y arbitrariedades que venían cometiéndose contra la Internacional desde el plebiscito bonapartista, la sangrienta represión de la Comuna, las infamias de Thiers y Favre, las vergüenzas de la Cámara francesa, los procesos de alta traición en Alemania; hasta el Gobierno inglés recibía sus críticas por el terrorismo con que había procedido contra las secciones irlandesas y por las investigaciones que había ordenado hacer a sus embajadas sobre las ramificaciones de la Internacional.

La persecución organizada por los gobiernos del mundo civilizado, continuaba el informe, era acompañada por una intensa campaña de mentiras, con falsificación de documentos públicos incluida, como aquella obra maestra de la difamación, aquel despacho que achacaba a la Internacional el gran incendio de Chicago y que había dado la vuelta al mundo. Lo raro era que no atribuyeran también a la mano de esta organización el huracán que había asolado las Indias occidentales. Frente a estos manejos salvajes y cínicos, el Consejo General enumeraba los progresos incesantes alcanzados por la Internacional: su inserción en Holanda, Dinamarca, Portugal, Escocia, Irlanda, su difusión en los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Buenos Aires. El informe fue recibido con aplausos y, a propuesta de un delegado

belga, el congreso dejó constancia de su admiración y simpatía por todas las víctimas de la lucha por la emancipación del proletariado.

A continuación, se abrió el debate sobre el Consejo Federal. Lafargue y Sorge defendieron su necesidad por las exigencias de la lucha de clases; las luchas diarias de la clase obrera contra el capital no podían librarse sin un organismo central directivo, y si no existiera un Consejo General, habría que inventarlo. El orador principal de la oposición fue Guillaume, quien discutió la necesidad del Consejo General, excepto, a lo sumo, como oficina central de correspondencia y estadística, pero despojada de todo poder autoritario. La Internacional, dijo, no era obra de un genio, armado con una teoría política y social infalible, sino que, en opinión de los jurasianos, había surgido de las condiciones económicas de existencia de la clase obrera, que garantizaban suficientemente la unidad de sus objetivos.

El debate duró hasta el quinto día del congreso y finalizó con una sesión secreta; también los debates sobre la validez de los mandatos se habían desarrollado a puerta cerrada. En un largo discurso, Marx abogó no solo porque se mantuvieran, sino, más aún, porque se ampliaran lasatribuciones del Consejo General; era necesario que se le permitiera suspender interinamente, hasta el próximo congreso y con determinadas garantías, no solo las secciones, sino federaciones enteras. El Consejo General, que no disponía de policía ni de tropas, no podía dejar que se menoscabara su autoridad moral, y si se lo quería convertir en un buzón de correspondencia, era mejor suprimirlo de una vez. El congreso aprobó la propuesta de Marx por 36 votos contra 6 y 15 abstenciones.

Engels propuso entonces que el Consejo General se trasladara de Londres a Nueva York. Recordó que ya se había hablado varias veces de llevarlo a Bruselas, aunque esta ciudad se había rehusado siempre. Las actuales circunstancias imponían como impostergable aquella determinación, así como la sustitución de Londres por Nueva York. No había más remedio que tomar la decisión, aunque solo fuera por un año. La propuesta causó un asombro general, un asombro doloroso en la mayor parte de los congresistas. Los que más protestaron fueron los delegados franceses; consiguieron, al menos, que la propuesta se desglosara, votándose por separado primero el traslado del congreso y luego el lugar. Por una diferencia pequeñísima de votos, 26 contra 23 y 9 abstenciones, se acordó el traslado; luego, votaron por Nueva York 30 congresistas. A continuación, fueron elegidos doce vocales del

nuevo Consejo General, con facultades para completar el número eligiendo por sí mismo a los restantes.

En la misma sesión se puso en discusión el tema de la acción política. Vaillant había presentado una propuesta inspirada en el acuerdo realizado sobre este punto por la Conferencia de Londres, afirmando que la clase obrera debía constituir un partido político aparte, claramente independiente de todos los partidos burgueses y enfrentado con ellos. Vaillant y Longuet se remitieron en especial a la experiencia de la Comuna de París, que había fracasado por no tener un programa político. En cambio, no era tan convincente el argumento que aportó un delegado alemán de que el abstencionismo político había llevado a ser un espía a Schweitzer, aquel mismo Schweitzer que tres años antes había sido denunciado también como espía por los delegados alemanes en el Congreso de Basilea, por su "parlamentarismo". Por su parte, Guillaume invocaba la experiencia de Suiza, donde los obreros estaban siempre dispuestos a realizar acuerdos electorales con cualquiera, tanto con los radicales como con los reaccionarios. Los jurasianos no querían tener nada que ver con estos engaños. También ellos eran políticos, pero políticos negativos; no aspiraban a tomar el Poder, sino a destruirlo.

Esta discusión duró hasta el día siguiente, sexto y último del Congreso, que comenzó con una sorpresa: Ranvier, Vaillant y otros blanquistas habían abandonado el Congreso al acordarse el traslado del Consejo General a Nueva York. En un manifiesto que lanzaron poco después, se decía: "Intimada a cumplir con su deber, la Internacional no respondió. Esquivó la revolución y huyó al otro lado del Océano". Para ocupar la vacante de Ranvier en la presidencia fue elegido Sorge. Enseguida, se aprobó la propuesta de Vaillant por 36 votos contra 6 y 8 abstenciones. Una parte de los delegados se había ido ya, pero la mayoría dejó su voto escrito a favor de la propuesta.

Las últimas horas de la última sesión se dedicaron a examinar el informe de la comisión de los cinco sobre Bakunin y la Alianza. El informe dejaba sentado, por cuatro votos contra el del vocal belga, primero, que había pruebas de que existía una Alianza secreta, con estatutos que contradecían en todo a los de la Internacional, aunque no podía comprobarse de un modo terminante que siguiera existiendo. Segundo, que estaba probado, por un proyecto de estatutos y carta de Bakunin, que este había intentado, acaso con éxito, fundar una sociedad secreta dentro de la Internacional, con estatutos radicalmente distintos de los de esta, tanto en su aspecto

político como en su tendencia social. Tercero, que Bakunin se había valido de maniobras fraudulentas para apoderarse de propiedades de otros y que, para deslindarse de sus obligaciones, él o sus agentes habían apelado a la intimidación. Por todas estas razones, la comisión, por mayoría, proponía al Congreso la expulsión de Bakunin, Guillaume y algunos de sus partidarios. Cuno, que entregó al Congreso el informe de la comisión, no aportó ninguna prueba material; se limitó a decir que la comisión había llegado en su mayoría a aquellas conclusiones por certeza moral, y le pedía al Congreso un voto de confianza.

Invitado por el Presidente a defenderse, Guillaume, que ya se había negado a comparecer ante la comisión, renunció a su defensa, ya que no quería participar en una *comedia*. Afirmó que aquel ataque no iba dirigido contra determinadas personas, sino contra las aspiraciones federalistas. Pero sus representantes, los que aún continuaban en el Congreso, habían preparado la defensa, firmando un acuerdo de solidaridad. A continuación, un delegado holandés leyó este acuerdo, que llevaba las firmas de cuatro delegados españoles, cinco belgas, dos jurasianos, un holandés y un estadounidense. Para *no romper* la unidad de la Internacional, los firmantes se declaraban dispuestos a mantener todas las relaciones administrativas con el Consejo General, pero repudiando toda intromisión de este en los *asuntos internos* de la federación, en tanto que no se tratara de ataques contra los estatutos generales de la Internacional. Mientras tanto, debía invitarse a todas las federaciones y secciones a prepararse para el próximo congreso y hacer triunfar en él el principio de la libre asociación (autonomía federativa). El Congreso no aceptó abrir el debate sobre estos puntos, y procedió a expulsar a Bakunin por 27 votos contra 7 más 8 abstenciones, y a Guillaume por 25 votos contra 9 y 9 abstenciones. Las demás propuestas de la comisión fueron rechazadas, aunque autorizándola a publicar el material referente a la Alianza.

Esta escena final del Congreso de La Haya no era, en verdad, digna de él. Claro está que todavía no había razones para saber que los acuerdos realizados por la mayoría de la comisión eran nulos ya de por sí, por haber intervenido en ellos un espía; asimismo, hubiera sido humanamente explicable, al menos, que se hubiera expulsado a Bakunin por razones políticas, sencillamente por el convencimiento moral de que era un perturbador incorregible, aunque no se le pudieran probar documentalmente todas sus maniobras. Lo que no tenía perdón era manchar el nombre y el honor de Bakunin en cuestiones de propiedad, y desgraciadamente era a Marx a quien le cabía la culpa de esto.

Marx había obtenido aquel supuesto acuerdo de un supuesto "comité revolucionario" en el que se amenazaba a Liubavin en el caso de que insistiera en cobrar los 300 rublos adelantados a Bakunin por un editor ruso a cuenta de sus honorarios de traducción de *El Capital*. No conocemos el contenido literal de este documento, pero cuando Liubavin, que ahora era un enemigo encarnizado de Bakunin, se lo envió a Marx, lo acompañaba de esta advertencia: "Al recibirla, no dudé ni un momento que en esta carta estaba la mano de Bakunin, pero hoy, repasando fríamente el desarrollo de las cosas, comprendo que la participación de Bakunin en el hecho no está probada, ni mucho menos, ya que bien pudo haber escrito la carta Netchaiev sin contar para nada con él". Y así había sido, en efecto. No obstante, bastó esta carta, cuyo carácter criminal hasta su propio destinatario ponía en duda, para acusar a Bakunin en La Haya de vulgar estafador.

Aunque Bakunin reconoció más de una vez haber recibido el anticipo y prometió pagarlo de un modo u otro, no parece que llegara a hacerlo nunca, agobiado por su eterna falta de dinero. Por otra parte, en toda la tramitación de este lamentable asunto no se oye, ni una sola vez, la voz del único perjudicado, el editor, que seguramente se sometería con filosófica resignación a aquel destino al que por su oficio estaría, seguramente, acostumbrado. ¡Cuántos y cuántos escritores, sin excluir a las firmas más prestigiosas, se habrán quedado alguna que otra vez con un anticipo de su editor colgando! No es algo que se pueda recomendar, ya lo sabemos, pero tampoco es un delito como para llevar a nadie a la horca.

9. ÚLTIMOS ESTERTORES

Pese a los intentos de Marx y Engels por mantenerla viva, con el Congreso de La Haya terminó la historia de la Internacional. Ambos hicieron todo lo posible por facilitarle las tareas al Consejo General, ubicado ahora en Nueva York, pero no consiguieron que este lograra pisar firme en suelo estadounidense. También allí había discordia entre las distintas secciones, aparte de que faltaba la experiencia y faltaban los contactos, las fuerzas intelectuales y los recursos materiales. El alma del nuevo Consejo General era Sorge, que conocía bien la realidad estadounidense y se había opuesto al traslado del Consejo General, aceptando por fin, después de alguna resistencia, el cargo de Secretario; era un hombre demasiado leal y concienzudo para negarse, cuando las circunstancias lo reclamaban.

En cuestiones proletarias siempre da mal resultado apelar a la diplomacia. Marx y Engels habían temido con razón que su plan de trasladar a Nueva York el Consejo General encontrara resistencia en los obreros alemanes, franceses e ingleses, y habían postergado la decisión todo lo posible, para no echar antes de tiempo más leña al fuego, ya de por sí bastante alto. Pero no por ello tuvo consecuencias menos desastrosas el triunfo conseguido por sorpresa en el Congreso de La Haya. Esta sorpresa no disminuyó la resistencia que se temía, sino que más bien la incrementó, y la hizo más furiosa y resentida.

Los que más pacíficamente se comportaron, en comparación, fueron los alemanes. Liebknecht se oponía al traslado del Consejo General y siempre lo consideró un error, pero por aquellos días estaba con Bebel en Hubertusburg. Su interés por la Internacional había disminuido mucho, y más aún respecto a los de Eisenach, sobre todo después de la impresión con la que sus delegados volvieron de La Haya. Refiriéndose a esto, Engels le escribía a Sorge, el 8 de mayo de 1873: "Los alemanes, que según se ve no se dan cuenta de cómo se tiran de los pelos con los lassalleanos, están muy decepcionados y desanimados por el Congreso de La Haya, donde esperaban que, en contraste con sus propias disputas, todo fuera fraternidad y armonía". Es posible que fuera este motivo, ya de por sí bastante poco satisfactorio, el que explicara la calma relativa con la que los afiliados alemanes a la Internacional contemplaron el cambio de ubicación del Consejo.

Mucho más lamentable fue la separación de los blanquistas, con los que Marx y Engels contaban, a la vez que con los alemanes, para las cuestiones más importantes, sobre todo para enfrentar a los proudhonistas, la otra fracción francesa, que tendía por sus ideas al bakuninismo y solía acompañarlo en las votaciones. La indignación de los blanquistas se intensificó con la comprensión de que el traslado del Consejo General aspiraba principalmente a impedir que obtuvieran el control del mismo, para entorpecer su táctica golpista. Furiosos, se golpearon a sí mismos. Como no podían organizar una agitación en su propio país, disuelta la Internacional fueron víctimas del fatídico destino de los emigrados. "La emigración francesa –le escribía Engels a Sorge el 8 de septiembre de 1874– está deshecha, se enfrentan unos contra otros y todos entre sí por motivos puramente personales, conflictos de dinero la mayoría de las veces, y los hemos perdido casi por completo... La apatía durante la guerra, la Comuna y el exilio han desanimado espantosamente a estos hombres, y solo los tiempos

difíciles pueden recuperar a un francés desanimado". Era, por cierto, un consuelo bastante pobre.

Pero donde peores y más sensibles consecuencias tuvo el traslado del Consejo General fue en el movimiento obrero inglés. Ya el 18 de septiembre, Hales había propuesto en el Consejo Federal británico un voto de censura contra Marx por sus palabras acerca de la deshonestidad de los dirigentes obreros ingleses. La propuesta fue aprobada, rechazándose únicamente, por empate, una enmienda en la que se decía que el propio Marx no había creído en sus palabras y que, al pronunciarlas, solo perseguía fines personales. Hales anunció una propuesta pidiendo su expulsión de la Internacional, y otro miembro solicitó que fueran rechazados los acuerdos del congreso de La Haya. Hales continuó abiertamente las relaciones con los jurasianos, que ya había entablado secretamente en aquel congreso. El 6 de noviembre les escribió en nombre del Consejo Federal, diciéndoles que por fin estaba desenmascarada la hipocresía del Consejo General, que bajo pretexto de destruir otra sociedad secreta, cuya existencia había inventado porque así le convenía, pretendía organizar en el seno de la antigua Internacional una verdadera sociedad oculta al servicio de sus propios fines. A continuación, les hacía saber a los jurasianos, sin embargo, que los ingleses no pensaban como ellos en cuanto a la acción política, ya que estaban convencidos de su conveniencia, aunque respetaban en las demás federaciones la más completa autonomía, por exigirlo así las diferentes circunstancias en las que se encontraban los distintos países.

Hales encontró dos celosos aliados en Eccarius y en el propio Jung, quien, después de algunas idas y vueltas, se convirtió en uno de los opositores más furiosos contra Marx y Engels, casi más furioso todavía que los otros. Ambos cometieron el pecado de dejarse llevar, en su accionar de entonces, por consideraciones personales, hasta empañar y desfigurar completamente el juicio objetivo de las cosas; al principio, por celos y susceptibilidades, porque Marx escuchaba o parecía escuchar más a Engels que a ellos, y después por habérseles despojado de la posición prestigiosa e influyente que ocupaban como antiguos miembros del Consejo Federal. Desgraciadamente, con esto no se consiguió más que incrementar el daño que podían causar. Durante una serie de congresos, se habían dado a conocer en el mundo entero como los intérpretes más agudos y confiables de las doctrinas que Marx sostuvo; ahora, al remitirse, en defensa de estas mismas doctrinas, a la tolerancia de los jurasianos contra la intolerancia de los acuerdos de La Haya, parecían poner por encima de toda duda los anhelos dictatoriales de Marx y Engels.

También era un consuelo bastante pobre el que, al proceder así, fueran ellos los principales perjudicados. Las secciones inglesas, y sobre todo las irlandesas, opusieron una fuerte resistencia, igual que el propio Consejo Federal. E incluso hicieron una especie de golpe de Estado, difundiendo una proclama entre todas las secciones y sus afiliados, en la que declaraban que el Consejo Federal británico estaba tan dividido internamente que no era posible seguir manteniendo la colaboración, y pedían que se convocara un congreso en el que se decidiera acerca de la validez de los acuerdos de La Haya; acuerdos que la proclama interpretaba no en el sentido de que la acción política se declarara obligatoria –que era también el parecer de la mayoría–, sino en el de dejar a la competencia del Consejo General de cada federación el marcar la política que hubiera de seguirse en su país. Inmediatamente, la minoría, en una contraproclama, redactada al parecer por Engels, puso en claro todo esta confusión, rectificó las falsedades y protestó contra el congreso que se planificaba por ser ilegal, no obstante lo cual se celebró el 26 de enero de 1875. La mayoría votó por él, y ella fue también la única que estuvo representada.

Hales abrió los debates formulando graves acusaciones contra el viejo Consejo General y contra el congreso de La Haya, y fue calurosamente apoyado por Eccarius y Jung. El congreso votó por unanimidad contra los acuerdos de La Haya y se negó a reconocer el Consejo General con sede en Nueva York, sometiéndose, en cambio, a un nuevo Congreso Internacional, cuando las federaciones creyeran conveniente convocarlo por mayoría. Con esto, quedaba decretada la escisión en el seno de la federación británica, y ambas fracciones, que no eran más que escombros, resultaron impotentes para tomar una parte activa y eficaz en las elecciones de 1874, en las que salió derrotado el Gabinete de Gladstone, sin que a este resultado fueran ajenos los sindicatos, los cuales presentaron una serie de candidaturas propias y llevaron al parlamento por primera vez a dos representantes suyos.

El certificado de defunción de la primera Internacional, por decirlo así, se encargó de extenderlo el sexto congreso convocado en Ginebra por el Consejo General de Nueva York para el 8 de septiembre. Contrastando con el contracongreso bakuninista, reunido en la misma Ginebra el 1 de septiembre y al que, a pesar de todo, habían acudido 2 delegados ingleses (Hales y Eccarius), 5 belgas y otros tantos franceses y españoles, 4 italianos, 1 holandés y 6 del Jura, el Congreso marxista estaba compuesto sobre todo por suizos, la mayoría de ellos residentes en la misma Ginebra. Ni siquiera el Consejo General había enviado

representantes; tampoco comparecieron Inglaterra, Francia, España, Bélgica ni Italia; solo un alemán y un austríaco les hacían compañía a los suizos. Ante un auditorio de menos de treinta delegados, el viejo Becker se jactó de haber sacado poco menos que por arte de magia a trece, para incrementar el prestigio numérico del Congreso e imprimirle a la mayoría una dirección. Marx, que no era alguien que se engañara a sí mismo, confesó abiertamente el fracaso del congreso y recomendó al Consejo General que por el momento pasara a segundo plano la organización formal de la Internacional, pero manteniendo en sus manos, mientras fuera posible, el hilo central en Nueva York, para que no se apoderara de él, comprometiendo la causa, un idiota o un aventurero. Ya los acontecimientos y el curso inevitable de las cosas, y su complicación, se encargarían por sí solos de hacer que resucitara, corregida y depurada, la Internacional.

Era la decisión más inteligente y más digna que en aquellas circunstancias podía tomarse; desgraciadamente, su eficacia se desvirtuó por el último golpe que Marx y Engels se sintieron obligados a dirigir contra Bakunin. El congreso de La Haya le había encargado a la comisión de los cinco que propusiera la expulsión de Bakunin por publicar los resultados de sus investigaciones, pero la comisión, fuera realmente por "haberse desperdigado sus miembros por diferentes países" o porque su autoridad no tenía bases muy sólidas, ya que uno de sus miembros consideraba que Bakunin era inocente y otro había resultado ser confidente de la policía, no cumplió el encargo. Debido a esto, se hizo cargo del asunto la comisión de actas del congreso de La Haya (integrada por Dupont, Engels, Frankel, Le Moussu, Marx y Serrailler) y unas cuantas semanas antes del congreso de Ginebra publicó una memoria que llevaba este título: "La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional Obrera". Sus autores eran Engels y Lafargue; Marx no había intervenido más que en la redacción y en algunas páginas finales, sin que por ello sea, naturalmente, menos responsable de la Memoria que sus autores directos.

Analizar críticamente este panfleto relativo a la Alianza para contrastar la verdad o el error de todas sus afirmaciones nos llevaría al menos el mismo espacio que la Memoria ocupa. Y el lector no pierde nada con que prescindamos, por razones de espacio, de este análisis. En estos encuentros se cruzan los tiros de un bando a otro, y los bakuninistas tampoco se moderaban para disparar contra los marxistas, de modo que no tienen derecho a quejarse

lastimosamente si estos, de vez en cuando, los atacaban con excesiva dureza y un poco injustamente.

Pero hay otra razón que ubica a esta Memoria entre lo más flojo de lo escrito por Marx y Engels. Es la carencia de todo lo que le aporta su verdadero encanto y su valor imperecedero a los demás escritos polémicos de estos autores: el aspecto positivo de las nuevas ideas conjuradas por la crítica negativa. No se detiene para nada a indagar las causas internas que determinaron la decadencia de la Internacional; no hace más que seguir la línea del "Comunicado confidencial" y de la circular sobre las pretendidas divisiones en el seno de aquella organización, sin salirse del mismo tema: Bakunin y su Alianza secreta acabaron destruyendo la Internacional con sus conspiraciones y manejos. No, esta Memoria no es un documento histórico, sino un alegato parcial de acusación, cuya tendencia salta a la vista en cada una de sus páginas; no obstante, el traductor alemán se creyó obligado, por si esto era poco, a dar un paso más, embelleciendo su título con un magnífico estilo de fiscal: "Un complot contra la Asociación Obrera Internacional".

Pero, aparte de que la decadencia de la Internacional respondiera a causas que nada tenían que ver con la existencia de una Alianza secreta, la Memoria no logra aportar siquiera pruebas de que esta Alianza existiera y funcionara en la realidad. Ya la comisión investigadora nombrada por el congreso de La Haya había tenido que conformarse, en este punto, con posibilidades y verosimilitudes. Y por mucho que condenemos, sobre todo en un hombre de la categoría y de la posición de Bakunin, aquella tendencia suya a entusiasmarse con los proyectos que contaban con los estatutos más fantasiosos y con las proclamas más estruendosas, careciendo como carecemos de todo material concreto de acusación, no tenemos más remedio que suponer que todo se redujo, o poco menos, a un juego de su viva imaginación. La Memoria, queriendo suplir con esto el vacío de la primera parte, dedica su segunda parte a recoger las revelaciones del nobilísimo Utin sobre el proceso Netchaiev y sobre el destierro de Bakunin a Siberia, donde, según el informante, ya se reveló como un estafador y un ladrón vulgar. Tampoco estas acusaciones se sustentan con ninguna prueba. Todas las pruebas aportadas se reducen a poner en la cuenta de Bakunin, lisa y llanamente, las palabras y los hechos de Netchaiev.

El capítulo dedicado a su destierro en Siberia es el más fantástico de todos: aquí, la Memoria raya la novela por entregas. Se nos dice que el gobernador de Siberia era un pariente de Bakunin y que, gracias a este

parentesco y a los servicios prestados al Gobierno zarista, el desterrado se convirtió en una especie de regente secreto del país, poder que usaba para proteger a los empresarios capitalistas a cambio de "pequeñas propinas". Solo alguna que otra vez su "odio contra la ciencia" había dificultado sus negocios. Así, hizo fracasar el plan de unos comerciantes siberianos que querían fundar una Universidad en el país, para lo cual necesitaban la autorización del zar.

Utin bordaba y adornaba también la historia del pedido de dinero de Bakunin a Kathoff, historia que Borkheim había tratado de transmitir un par de años antes a Marx y a Engels, sin que entonces le prestaran oídos. Según Borkheim, Bakunin había escrito a Kathoff desde Siberia pidiéndole prestados unos dos mil rublos para organizar su fuga. Sin embargo, según Utin, Bakunin no le había pedido el dinero a Kathoff hasta después de llegar a Londres huyendo de Siberia, lleno de remordimientos, con el objetivo de restituirle a un fabricante de bebidas alcohólicas el dinero con el que este lo había sobornado durante su exilio. Al fin y al cabo, era un sentimiento noble, pero, para indignación de Utin, Bakunin solo podía ofrecer esta prueba de humanidad, por así decirlo, mendigando dinero de un hombre de quien le constaba que era "un informante y un ladrón literario a sueldo del Gobierno ruso". La fantasía de Utin se remontaba a alturas donde a cualquiera le hubiera dado vértigo, sin dejar ver por ello la menor muestra de cansancio.

Utin había ido a Londres a fines de octubre de 1873, a relatar "cosas todavía más sorprendentes" sobre Bakunin. "El hombre (es decir, Bakunin) –le escribía Engels, el 25 de noviembre, a Sorgo– ha sabido aplicar concienzudamente su catecismo a la realidad; hace varios años que él y su Alianza no viven más que del *chantage*, confiados en que no podría hacerse público ninguno de sus actos sin comprometer a otras personas que merecen consideración. No tienes idea de lo que es esa banda de sinvergüenzas". Fue una suerte que la Memoria sobre la Alianza llevara ya varias semanas de publicada cuando Utin se presentó en Londres; así, al menos, pudo guardarse en su seno amante de la verdad aquellas "otras sorpresas", hasta que finalmente volvió arrepentido a los brazos de su pobre padre, para incrementar las ganancias del comercio de bebidas o los beneficios de la guerra.

Esta parte rusa en la que culminaba la Memoria sobre la Alianza fue precisamente la que más daño hizo a su eficacia política. Hasta aquellos revolucionarios rusos que no querían saber nada con Bakunin se sintieron repelidos por estas páginas. Y mientras que la influencia

deBakunin sobre el movimiento ruso se mantuvo íntegra por aquellos años, Marx perdió muchas de las simpatías que había conquistado en aquel país. Y hasta en el éxito logrado por ella resultó ser aquella Memoria un golpe en el aire, ya que si bien movió a Bakunin a retirarse de la lucha, no afectó para nada el movimiento bakuninista.

Bakunin empezó contestando los ataques en una declaración enviada al *Journal* de Ginebra. En ella revelaba la profunda indignación que le había causado la Memoria contra la Alianza, poniendo de manifiesto su precariedad con el hecho de que en la comisión Investigadora de La Haya se hubieran sentado dos espías –en realidad, no habían sido dos, sino uno. Luego, invocaba sus sesenta años y una enfermedad del corazón que se iba agudizando con el tiempo, y que le hacía la vida cada vez más difícil. "¡Que los jóvenes sigan luchando! Yo, por mi parte, no tengo la fuerza, ni acaso tampoco la confianza necesaria para seguir empujando la roca de Sísifo contra la reacción triunfante. Me retiro, entonces, del campo de batalla, y solo les pido a mis queridos contemporáneos una cosa: olvido. En adelante, no turbaré el descanso de nadie, pero que nadie turbe el mío tampoco". Y aun acusando a Marx de haber convertido la Internacional en un instrumento de sus venganzas personales, le reconocía el mérito de haber sido uno de los fundadores de esta "hermosa y gran asociación".

En su carta de despedida a los jurasianos, Bakunin fue más duro con Marx, aunque se manifestara en el fondo más moderado y sereno. Decía que el centro de la reacción contra el cual tendrían que librar los obreros una batalla espantosa, sería tanto el socialismo de Marx como la diplomacia bismarckiana. También en esta carta justificaba su retiro de la lucha por sus años y su enfermedad, que hacían de él más un estorbo que una ayuda, aunque añadiendo que no hubiera tenido derecho a dar este paso antes de ver que los dos congresos celebrados en Ginebra mostraran bien a las claras el triunfo de su causa y la derrota de los adversarios.

Estas "razones de salud" alegadas por Bakunin no fueron, naturalmente, tomadas en serio, sin que se viera en ellas más que un pretexto, pero los pocos años que le quedaban de vida y que pasó en la mayor pobreza, quebrado por los dolores y las enfermedades, demostraron que sus fuerzas estaban agotadas. Y las cartas confidenciales escritas por él a sus amigos atestiguan que tampoco faltaba a la verdad cuando decía que "quizás haya perdido la confianza en el triunfo cercano de la revolución". Bakunin murió en Berna el 1 de julio de 1876. Había merecido una muerte mejor y un recuerdo más

leal que el que tienen de él, si no todos, al menos muchos sectores de esa clase obrera por la que tanto luchó y tan duramente sufrió.

A pesar de todas sus fallas y debilidades, la historia le reservará un puesto de honor entre los pioneros del proletariado internacional; poco importa que le discutan ese puesto los filisteos, mientras los haya en el mundo, tanto aquellos que se cubren las largas orejas con la gorra policial como los que pretenden encubrir sus miserias bajo la piel de león de un Carlos Marx.

CAPÍTULO XV
LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS

1. MARX EN SU HOGAR

Como había hecho a fines de 1853, después de los últimos estertores de la Liga Comunista, Marx, ahora, al final del año 1873, después de los últimos estertores de la Internacional, se retiró a su cuarto de trabajo, pero esta vez para no retornar jamás.

Se ha dicho que los últimos diez años fueron "una lenta agonía", pero esto es un poco exagerado. Es cierto que las luchas que siguieron a la represión de la Comuna afectaron su salud; durante el otoño de 1873 sufrió mucho de la cabeza y estuvo expuesto al peligro bastante inminente de una embolia. Aquel estado cerebral de depresión crónica lo incapacitaba para trabajar y le sacaba las ganas de escribir. Si se hubiese mantenido mucho tiempo, podría haberle generado consecuencias graves, pero Marx se repuso después de varias semanas de tratamiento en manos de un médico de Manchester, llamado Gumpert, amigo suyo y de Engels, en quien confiaba absolutamente.

Por consejo de Gumpert, fue a las aguas de Karlsbad en el año 1874, y también en los dos siguientes; en 1877 eligió, para variar, el balneario de Neuenahr. Los dos atentados contra el emperador de Alemania en el año 1878 y la posterior persecución contra los socialistas, le cerraron las fronteras del continente. Pero las tres temporadas en Karlsbad le habían sentado "de maravillas", curándolo casi por completo de su viejo padecimiento del hígado. Solo le quedaban las molestias crónicas del estómago y las depresiones nerviosas, que se traducían en dolores de cabeza y sobre todo en un insomnio persistente. Estos trastornos desaparecían más o menos radicalmente después de pasar una temporada de verano en cualquier balneario o lugar de descanso, para reproducirse con mayor algidez ya entrado el invierno.

Para restaurar por completo su salud tendría que haberse entregado al descanso que sin duda merecía, a punto de cumplir los sesenta años y después de toda una vida de trabajo y sacrificio. Pero lejos estaba de pensar en esto, siendo como era. Ansioso por concluir su obra científica, se entregó por completo a estudios cuyos alcances se habían ido estirando poco a poco. "Para un hombre que como él tenía que analizar los orígenes históricos y las condiciones previas de

todo –dice Engels, hablando de esto– era natural que cada problema entrañara, por concreto que fuera, toda una serie de problemas nuevos. La prehistoria, la agronomía, el régimen ruso y estadounidense de la propiedad territorial, la geología, etcétera: todo lo estudia a fondo para construir, con una integridad con la que jamás lo había hecho nadie, el capítulo del tercer tomo que trata de la renta del suelo. Además de los idiomas germánicos y latinos, que ya leía en su totalidad, se puso a estudiar la vieja lengua eslava, el ruso y el serbio". Y esto, que ya era mucho, no era más que la mitad de su trabajo diario, ya que Marx, aunque se hubiera retirado de la política activa, seguía interviniendo tanto como antes en el movimiento obrero europeo y americano. Intercambiaba cartas con casi todos los dirigentes de los distintos países, que no daban ningún paso importante sin antes consultarlo, siempre que fuera posible; poco a poco, iba convirtiéndose en un consejero muy solicitado y siempre dispuesto del proletariado militante.

Liebknecht nos pinta al Marx de mediados de siglo; este de los años 70 y siguientes aparece retratado muy sugestivamente en las páginas de Lafargue, su yerno. Su organismo, dice, tiene que haber sido muy fuerte para poder resistir un modo de vivir tan singular y un trabajo intelectual tan cansador. "Y era, en efecto, un hombre muy fuerte, de estatura más que mediana, ancho de hombros, pecho fornido y miembros bien proporcionados, si bien el torso era un poco largo en comparación con las piernas, como suele suceder con los judíos". No solo con los judíos; el cuerpo de Goethe era parecido: también él se contaba entre los "gigantes de sentados", como el pueblo suele denominar a estas figuras que por tener un torso desproporcionadamente largo parecen, estando sentadas, más grandes de lo que son.

Si Marx hubiera hecho gimnasia en su juventud, habría llegado a ser, en opinión de Lafargue, un hombre extraordinariamente fuerte. Pero el único ejercicio físico que había practicado con cierta regularidad era el paseo; podía recorrer, charlando, varios kilómetros o escalar una cumbre sin sentir la menor fatiga. Pero habitualmente tampoco hacía uso de estas cualidades más que para pasear de un extremo a otro de su cuarto de trabajo poniendo en orden sus pensamientos; desde la puerta hasta la ventana, la alfombra de su despacho estaba atravesada por un tramo deteriorado de tanto pisarlo, como sendero gastado en una pradera.

Aunque no se iba a la cama hasta altas horas de la noche, por la mañana se levantaba entre las ocho y las nueve, tomaba su taza de café negro, leía los periódicos, y se metía en su cuarto de trabajo. No salía de allí hasta la medianoche o la madrugada, más que para comer y cenar, o para pasear por Hampstead Heath al anochecer, cuando el tiempo lo permitía. A la tarde, a veces, se acostaba a dormir una o dos horas en su sofá. El trabajo era su pasión, hasta el límite de olvidarse más de una vez de comer. Su estómago pagaba las consecuencias de este imponente trabajo cerebral. Comía muy poco y sin hambre, procurando combatir la inapetencia con alimentos fuertemente salados, jamón, anchoas, caviar y pickles. Tampoco era un gran bebedor, aunque no tuviera nada de abstemio ni, como hijo que era del Rin, rechazara un buen vaso de vino cuando la situación lo ameritaba. En cambio, era un fumador empedernido y un dilapidador incurable de fósforos; siempre decía que *El Capital* no le pagaría ni los cigarrillos que fumó mientras lo escribía. Y como en los largos años de miseria había tenido que conformarse con fumar porquerías, esta pasión por el tabaco acabó por dañar su salud, y el médico tuvo que prescribirle en reiteradas ocasiones que la dejara.

Para reposar y recrear su espíritu, Marx apelaba a la literatura, que fue toda su vida su gran refugio. Poseía una amplia cultura literaria, sin que jamás la sacara a relucir ostentosamente; sus obras apenas la delatan, con la única excepción de la polémica contra Vogt, donde despliega al servicio de sus fines artísticos una vasta serie de citas tomadas de todas las literaturas europeas. Y así como su obra científica principal refleja toda una época, sus escritores preferidos eran los grandes poetas universales, cuyas creaciones también reflejaban una época: desde Esquilo y Homero hasta Goethe, pasando por el Dante, Shakespeare y Cervantes. A Esquilo lo leía, según nos cuenta Lafargue, una vez al año en su texto original; siempre se mantuvo leal a los clásicos griegos, y hubiera echado a latigazos del templo a esas miserables almas que siembran en los obreros el odio hacia la cultura de la antigüedad clásica.

Sus conocimientos de literatura alemana se remontaban hasta la Edad Media. Entre los modernos, sentía predilección, después de Goethe, por Heine; a Schiller parece haberle tomado cierta aversión en su juventud, en los tiempos en que los buenos burgueses alemanes se entusiasmaban con el "idealismo" más o menos bien entendido de este poeta, que para Marx no podía significar más que un intento por encubrir su miseria banal con frases de alto vuelo. Después de su ruptura definitiva con Alemania, Marx no pareció

haberse preocupado mucho por la literatura alemana; no cita nunca ni siquiera a los dos o tres autores que tal vez hubieran merecido su atención, como Hebbel o Schopenhauer; en cuanto a la malversación de la mitología alemana cometida por Ricardo Wagner, dicho está que merecía su más crítica reprobación.

Entre los franceses, ponía muy alto a Diderot; para él, el *Sobrino de Rameau* era una obra maestra única. Esta admiración se hacía extensiva a la literatura racionalista francesa del siglo XVIII, de la que Engels dice en alguna parte que es el fruto supremo del espíritu francés, tanto en la forma como en el contenido; que, en lo que al contenido se refiere, sigue ocupando un lugar muy alto a los ojos de todo el que conozca el estado de la ciencia en aquella época, y en cuanto a la forma no ha sido superada todavía. Era natural que Marx repudiara a los románticos franceses; Chateaubriand, con su falsa profundidad, sus exageraciones bizantinas, su policromática coquetería sensiblera, en una palabra, con su mezcolanza de mentiras sin igual, le repugnó siempre. Le entusiasmaba, en cambio, la *Comedia humana* de Balzac; no en vano captaba toda una época entre sus redes novelescas, y hablaba de escribir acerca de ella cuando terminara su obra magna; pero este plan, como tantos otros, quedó en la nada.

Cuando se instaló definitivamente en Londres pasó a primer plano, en sus aficiones literarias, la literatura inglesa, y en ella descollaba por encima de todas la figura imponente de Shakespeare, a quien toda la familia de Marx admiraba. Por desgracia, Marx no llegó nunca a expresarse acerca de la actitud de este autor frente a los problemas de su época. En cambio, decía de Byron y de Shelley que quien amara y comprendiera a estos poetas, tenía que alegrarse de que Byron hubiera muerto a los treinta y seis años, ya que de vivir más hubiera llegado a ser un burgués reaccionario, y, por el contrario, lamentarse de que Shelley hubiera encontrado la muerte a tan temprana edad, siendo como era una revolucionaria de pies a cabeza, que habría figurado siempre en la vanguardia del socialismo. Marx tenía también una gran estima por las novelas inglesas del siglo XVIII, sobre todo el *TomJones* de Fielding, que era asimismo, a su modo, la imagen de un mundo y de una época; pero también reconocía que ciertas novelas de Walter Scott eran un modelo en su género.

En sus opiniones literarias Marx se desnudaba de todo prejuicio político y social, como lo demuestran sus preferencias por Shakespeare y Walter Scott, lo cual no quiere decir que estuviera de acuerdo con el "esteticismo puro", tan propensa a confundirse con el indiferentismo,

o incluso el servilismo, en política. También en esto era un hombre cabal, una inteligencia original e independiente que repugnaba toda receta. No despreciaba ninguna lectura de antemano, ni les hacía asco a esos libros que los estetas de profesión miraban con horror. Marx era un lector voraz de novelas, como Darwin y Bismarck. Sentía especial predilección por los relatos humorísticos y de aventuras; de vez en cuando descendía desde Cervantes, Balzac y Fielding a los novelones de Paul de Kock y Dumas padre, aquel que tiene sobre su conciencia al *Conde de Montecristo*.

Otro terreno en el que Marx solía buscar reposo para su espíritu, sobre todo en días de profundo dolor espiritual o de agudo sufrimiento físico, eran las matemáticas, que ejercían sobre él un influjo apaciguador. No entraremos aquí a discutir si es o no cierto que Marx hizo descubrimientos originales en este campo, como Engels y Lafargue afirmaban; algunos matemáticos que han examinado sus manuscritos póstumos no comparten esta opinión.

Pero no se crea que Marx era como el siervo de Fausto que, recluido en su museo, no había visto jamás el mundo, ni desde lejos en un día de fiesta; como tampoco era ningún Fausto en cuyo pecho anidaran dos almas. "Trabajar para el mundo" era una de sus frases preferidas; decía que quien tuviera la suerte de poder consagrarse a la ciencia debía poner también sus conocimientos al servicio de la humanidad. Y esto era lo que mantenía en circulación la sangre de Marx y lo que le daba fortaleza a sus huesos. En el seno de su familia y entre sus amigos era siempre el conversador más alegre e ingenioso, sobre cuyo ancho pecho corría la risa a raudales, y quien iba a visitar al "doctor terrorista rojo", como algunos llamaban a Marx desde los sucesos de la *Commune*, no se encontraba con un sombrío fanático ni con un soñador recluido en la jaula de su estudio, sino con un verdadero hombre de mundo con quien podía conversar agradablemente de cualquier tema interesante.

Lo que con tanta frecuencia sorprende a quien lee sus cartas, la facilidad con la que esta rica inteligencia pasaba insensiblemente de sus espléndidas explosiones de ira tempestuosa a las aguas profundas, pero serenas, del análisis filosófico, parece que producía también una profunda impresión en quienes lo oían. Con estas palabras se expresa, por ejemplo, Hyndman acerca de sus conversaciones con Marx: "Cuando hablaba, con una violenta indignación, de la política del Partido Liberal, sobre todo de su política irlandesa, los ojos de aquel viajero guerrero, muy hundidos en sus cuencas, se iluminaban, las

pobladas cejas se juntaban ceñudas, la ancha y fuerte nariz y toda la cara se movían visiblemente por la pasión, y de sus labios brotaba un torrente de palabras condenatorias, que acreditaba a la par el fuego de su temperamento y el dominio maravilloso que poseía de nuestro idioma. El contraste entre su modo de comportarse cuando la indignación lo sacudía y el que adoptaba cuando pasaba a exponer sus ideas acerca de los fenómenos económicos de la época, era muy marcado. Sin ningún esfuerzo visible, pasaba del papel del profeta y acusador inflexible al del sereno filósofo, y yo comprendí desde el primer momento que tendrían que pasar muchos años antes de que dejara de ser, en aquel terreno, el discípulo que escucha al maestro". Marx seguía manteniéndose alejado, como siempre, de todo trato con la que llaman "sociedad", pese a que en los sectores burgueses su nombre era mucho más conocido que veinte años antes. A Hyndman, por ejemplo, le había llamado la atención acerca de él un diputado conservador. Pero su casa era, en la década del sesenta, un centro de reunión muy frecuentado, otra "posada de la justicia" para los fugitivos de la *Commune*, que iban allí en busca de ayuda y de consejos, y siempre los encontraban. Claro que aquel tropel inquieto de huéspedes aportaba también sus molestias y preocupaciones; cuando, poco a poco, fue desapareciendo, la mujer de Marx, a pesar de todas sus virtudes hospitalarias, no pudo reprimir un suspiro de satisfacción.

Pero también tenía sus compensaciones. En el año 1872, Jenny Marx se casó con Carlos Longuet, que había pertenecido al consejo de la *Commune* y dirigido su periódico oficial. El nuevo yerno no llegó a compenetrarse, ni personal ni políticamente, de modo tan íntimo como Lafargue, con la familia de su mujer, pero era siempre un hombre de valor. "Cocina, grita y argumenta como siempre –dice en una de sus cartas, hablando de él, la mujer de Marx–, pero debo decir en su honor que ha dado clases en el *King's College* con regularidad y para satisfacción de sus superiores". El feliz matrimonio pasó por la pena de ver morirse tempranamente a su primer hijo, pero pronto les nació y creció "un muchachón gordo, recio, espléndido", que era la alegría de toda la familia, sin excluir a la abuela.

Los Lafargue estaban también entre los exiliados de la *Commune* y vivían muy cerca de la casa paterna. Habían tenido la desgracia de perder a dos hijos en edad temprana; abatido por este golpe del destino, Lafargue había renunciado a ejercer la medicina, en la que no se podía prosperar sin una cierta dosis de charlatanería. "Es una pena que le haya sido infiel al viejo padre Esculapio", comenta la mujer de

Marx. Abrió un taller fotolitográfico, pero tenía muy poco trabajo y apenas progresaba, pese a que Lafargue, que seguía viendo todo color de rosa, afortunadamente, trabajaba como un verdadero negro, y de que su valerosa mujer lo ayudaba incansablemente. Pero era difícil hacer frente a la competencia del gran capital.

Por entonces, la tercera hija encontró también un pretendiente francés: Lissagaray, que más tarde habría de escribir la historia de la *Commune*, en cuyas filas había luchado. Eleonor parece que no lo veía con malos ojos, pero su padre tenía dudas respecto a la solidez del pretendiente, y por fin, después de muchas idas y vueltas, el asunto quedó en la nada.

Marx y su familia volvieron a cambiar de vivienda, una vez más, en la primavera de 1875, pero sin dejar el barrio; se mudaron al número 41 de Maitlandpark Road, Haverstock Hill, donde Marx pasó los últimos años de su vida, y donde murió.

2. LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

La socialdemocracia alemana se libró de la crisis por la que pasaron todas las demás secciones de la Internacional al desarrollarse como partidos obreros nacionales, gracias al hecho de haberse proyectado desde el principio hacia todo el país. A pocos meses del fiasco del Congreso de Ginebra, el 10 de enero de 1874, las elecciones al Reichstag le dieron su primer triunfo electoral, con trescientos cincuenta mil votos y nueve escaños, tres de las cuales correspondieron a los lassalleanos y seis a los de Eisenach.

Una de las circunstancias que más contribuyen a esclarecer, retrospectivamente, las causas a las que había obedecido la crisis de la primera Internacional, es que Marx y Engels, cerebros principales del Consejo General, solo acordaban a duras penas con aquel partido obrero floreciente con el que, por su origen, podrían haber estado más compenetrados, aunque no acabaran de estar conformes con su base teórica. La plataforma internacional desde la que enfocaban, con una mirada de conjunto, el panorama, les impedía ver con detalle qué pasaba en el interior de cada nación. Incluso, sus fieles admiradores de Inglaterra y Francia reconocen, pese a todo, que nunca llegaron a entender del todo la realidad inglesa y francesa. Tampoco con Alemania habían vuelto a establecer jamás un contacto realmente cercano, desde que salieron al extranjero; ni siquiera en cuanto a los problemas internos del partido, donde su desconfianza inalterable

contra Lassalle y todo aquel que sonara lassalleano nublaba su claridad deanálisis.

Así habría de ponerse de manifiesto en la primera sesión celebrada por el nuevo Reichstag. De los seis diputados de la fracción de Eisenach, dos –Bebel y Liebknecht– seguían presos, mientras que el accionar de los otros cuatro generaba una gran decepción, incluso en las filas de su propio partido. Bebel cuenta en sus Memorias que de todas partes le llegaban quejas porque aquellos cuatro diputados de su fracción se habían dejado arrebatar la primacía parlamentaria por los tres lassalleanos. Pero Engels veía las cosasde un modo muy diferente. "Los lassalleanos –le escribía a Sorge– han quedado tan desprestigiados por sus representantes en el parlamento, que el Gobierno está obligado a tomar contra ellos alguna medida que le dé a este movimiento una imagen más seria. Por lo demás, desde las elecciones los lassalleanos tienen que resignarse, quieran o no, a actuar a la zaga de los nuestros. Es una verdadera suerte que hayan mandado al parlamento a Hasselmann y a Hasenclever; no hacen más que desacreditarse ante los ojos de todos.Y una de dos: o se unen a los nuestros o se dedican a hacer tonterías por cuenta propia. Ambas cosas los arruinarán". Realmente, sería difícil imaginar una interpretación más desacertada de los hechos.

Los representantes parlamentarios de ambas fracciones se llevaban muy bien unos con otros y no se preocupaban mucho de si en la tribuna lo hacían mejor tales o cuales. Ambas fracciones habían llevado la campaña electoral de tal modo que ni a los de Eisenach se les podía hacer el reproche de ser socialistas a medias, ni a los lassalleanos se los podía acusar de coquetear con el Gobierno. Ambos habían obtenido casi el mismo número de votos; ambos se enfrentaban en el parlamento con los mismos enemigos y les planteaban las mismas reivindicaciones.Y contra ambos también puso en marcha el Gobierno, en vista de su triunfo electoral, la misma violenta persecución. En realidad, no discrepaban más que en cuanto a los problemas de organización, pero también este obstáculo desapareció gracias al celo arribista del fiscal Tessendorff, que supo arrancarles, sin esfuerzo, a los tribunales, sentencias que destruyeron tanto la organización más flexible de los de Eisenach como la más centralizada de los lassalleanos.

De este modo, la unión de las dos fracciones tendía a realizarse espontáneamente. Cuando, en octubre de 1874, Tölckele acercó a Liebknecht, a quien ya habían dejado en libertad, el mensaje pacificador

de los lassalleanos, este saltó enseguida hacia ellos, quizás en un exceso de poder personal, pero con una diligencia que no dejaba de ser meritoria, aunque en Londres se viera con malos ojos. Para Marx y Engels, los lassalleanos no eran más que una secta agonizante que, tarde o temprano, tendría que rendirse y entregarse sin condiciones. A su juicio, negociar con ella sobre la base de una absoluta igualdad de derechos era atentar frívolamente contra los intereses de la clase obrera alemana, y cuando en la primavera de 1875 se hizo público el proyecto de programa elaborado conjuntamente por los representantes de ambas fracciones, su indignación fue total.

El 5 de mayo, Marx les envió a los dirigentes eisenachianos la llamada Carta-programa[53]; ya antes Engels le había enviado a Bebel una minuciosa crítica. En aquella carta, Marx juzgaba a Lassalle con más dureza que nunca. Decía de él que se sabía el *Manifiesto comunista* de memoria, pero que lo había falsificado descaradamente para dar visos de justificación a su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía, declarando que todas las demás clases formaban una masa reaccionaria frente a la clase obrera y advirtiendo que el tópico de la "masa reaccionaria" no había sido acuñado precisamente por Lassalle, sino por Schweitzer, después de morir aquél, y con el aplauso de Engels. Lo que en realidad había tomado Lassalle del *Manifiesto comunista* era la ley que él había denominado ley de hierro del salario, que le valió el mote de partidario de la teoría malthusiana de la población, contra la que se había manifestado con no menos energía que Marx y Engels.

Pero, prescindiendo de este aspecto poco edificante, la Carta-programa era un estudio interesantísimo acerca de los principios fundamentales del socialismo científico, y no dejaba ni una piedra en su lugar respecto al programa de coalición. Sin embargo, aquella carta tan importante no consiguió más que mover a sus destinatarios a introducir unos cuantos cambios bastante insignificantes en su proyecto de programa. Liebknecht contó, unos veinte años más tarde, que la mayoría, aunque no la totalidad, estaba conforme con Marx, y que seguramente no hubiera sido difícil conseguir una mayoría a favor suyo en el congreso de fusión, pero que siempre habría quedado una minoría disconforme, que era lo que había que evitar, ya que no se trataba de formular doctrinas científicas, sino de unificar las dos fracciones.

[53] Marx, K. (1973): Crítica del Programa de Gotha, Anteo, Buenos Aires. También se lo puede leer en http://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/gothai.htm.

Pero, aunque no sea tan solemne, hay una razón más precisa que explica por qué se ignoró, en silencio, la Carta-programa, y es que excedía, sencillamente, el horizonte intelectual de los de Eisenach, más todavía que el de los lassalleanos. Pocos meses antes, Marx se quejaba de que en el órgano de los primeros aparecían de vez en cuando fantasías semieruditas, engendros que tenían por autores a maestros de escuela, doctores y estudiantes, y decía que iba a ser necesario tirarle de las orejas a Liebknecht para terminar con aquello. Sin embargo, daba por supuesto que las concepciones realistas que tanto trabajo había costado imbuir al partido, pero que finalmente se habían afirmado en él, serían arrolladas por la secta de los lassalleanos, con su ideología legalista tan afín a los demócratas y a los socialistas franceses.

En esto, Marx se equivocaba de cabo a rabo. En el aspecto teórico, ambas fracciones estaban poco más o poco menos a la misma altura, y si alguna diferencia había era a favor de los lassalleanos. El proyecto de programa de coalición no generó en los de Eisenach la menor objeción; en cambio, el congreso obrero de la Alemania occidental, integrado casi exclusivamente por lassalleanos, lo sometió a una crítica que en muchos puntos se aproximaba a la que Marx hiciera unas semanas antes. Sin embargo, no hay por qué insistir demasiado en esto; reconozcamos que ambas partes estaban bastante alejadas del socialismo científico que habían fundado Marx y Engels. Apenas tenían idea de lo que era la dialéctica del materialismo histórico, y el régimen capitalista de producción seguía siendo, para unos y otros, un misterio; así lo prueba de modo tajante la exposición que hacía de la teoría del valor C. A. Schramm, el teórico más prestigioso de la fracción de Eisenach en aquel momento.

En la práctica, la unificación se resolvió favorablemente, y Marx y Engels no tenían nada que oponer contra ella, más que el hecho de que los de Eisenach se habían dejado derrotar, en su opinión, por los lassalleanos: no en vano Marx había dicho en su Carta-programática que una medida práctica adoptada por el movimiento tenía más importancia que una docena de programas juntos. Pero como la confusión teórica, dentro del nuevo partido fusionado, aumentaba en vez de disminuir, vieron en esto una consecuencia de la fusión forzada, y su descontento, lejos de suavizarse, tomó formas más violentas.

Debió haberlos dejado perplejos ver que las causas de su indignación provenían generalmente del campo de la antigua fracción de Eisenach y no de los lassalleanos, de quienes Engels

opinara alguna vez que pronto llegarían a ser las cabezas más claras, ya que su periódico –que seguía publicándose al año de la fusión– acumulaba muchas menos idioteces que el otro. Decía, además, que la maldición de los agitadores a sueldo y de los hombres cultos a medias caía sobre la cabeza de su propio partido. Con quien más indignado estaba era con Most, que "había condensado todo *El Capital* sin entender una palabra de él", y que defendía a capa y espada el socialismo de Dühring. "Está claro –le escribía Engels a Marx el 24 de mayo de 1876– que, en la cabeza de estas personas, Dühring se ha hecho inmune frente a nosotros gracias a sus execrables ataques contra ti, y en cuanto queramos poner en ridículo sus necedades teóricas, dirán que es una venganza por aquellos agravios personales". Pero tampoco Liebknecht sale indemne. "Guillermo se desvive por suplir el defecto de nuestra teoría de no contener una respuesta para cada una de las objeciones que se le ocurran al filisteo ni trazar una imagen de la sociedad futura, sobre la que el filisteo también pregunta de vez en cuando; y se desvive asimismo por conseguir la mayor independencia teórica posible, cosa que, dada su carencia total de teoría, le ha sido siempre mucho más fácil de lo que él mismo se imagina". Como se ve, ahora los ataques no iban precisamente contra Lassalle ni sus tradiciones.

El rápido incremento de sus triunfos prácticos hacía que el nuevo partido fusionado tomara una actitud un poco indiferente frente a la teoría. E incluso esto es mucho decir. No era la teoría como tal lo que desdeñaba, sino aquello que, en su afán de avanzar y hacerse fuerte, consideraba disquisiciones teóricas sutiles. En torno a aquella constelación que iba subiendo en el firmamento, revoloteaba toda una camada de inventores y reformistas fracasados, adversarios de la vacuna, naturalistas y demás genios locos que esperaban encontrar en las clases obreras, tan activas y pujantes, la consagración que la sociedad les había negado. Bastaba tener un poco de buena voluntad y aportar un bálsamo cualquiera para el organismo social enfermo; con esto, todo el mundo era bien recibido, y no digamos la avalancha de intelectuales ansiosos de sellar la alianza entre la ciencia y el proletariado. Si se trataba de un profesor de Universidad a quien se le daba por abrazar, más o menos aparentemente, la causa del socialismo, en cualquiera de los matices de este amplio concepto, entonces ya podía decir todo lo que se le antojara sin temor a que nadie fuera a criticar sus ideas luminosas.

Quien más a resguardo se encontraba de toda crítica era Dühring, ya que había en él, en su persona y en sus ideas, cualidades que

atraíana los intelectuales de la socialdemocracia berlinesa. No puede negarse que poseía talento y capacidad, y el modo en que, habiendo salido de la pobreza y sufriendo una ceguera completa desde edad temprana, se había mantenido durante largos años en la difícil posición de un docente libre sin hacer la menor concesión a las clases dominantes, profesando desde la cátedra un franco radicalismo político que no se moderaba a la hora de halagar a hombres como Marat, Babeuf y los héroes de la Comuna, generaba mucha simpatía entre los obreros. Su costado sombrío, la arrogancia con la que pretendía dominar por completo media docena de campos científicos, sin que estuviera realmente familiarizado, debido a su enfermedad, con ninguno de ellos, y aquella megalomanía cada vez más acentuada con la que apaleaba a sus predecesores, tanto a los Fichte y a los Hegel en filosofía como a los Marx y a los Lassalle en las ciencias económicas, pasaban a segundo término o le eran disculpados como pequeños deslices perfectamente entendibles, dado el aislamiento intelectual en el que vivía y lo mucho que con la vida tenía que luchar aquel hombre.

Marx no había dado importanciaa los ataques "execrables" de Dühring, y la verdad era que no valía la pena que se dedicara a refutarlos. Tampoco le preocupaba mucho, en un principio, el entusiasmo que empezaba a suscitar Dühring entre los socialistas de Berlín, pese a que este hombre, poseído por la conciencia de su infalibilidad y con su sistema de "verdades inapelables", reunía todas las cualidades de un sectario por naturaleza. Y aun cuando Liebknecht, que en este caso estuvo alerta, les llamaba la atención sobre el peligro de una propaganda que pudiera hacer bajar el nivel de las ideas del partido, documentando su temor con el envío de cartas de varios obreros, Marx y Engels seguían resistiéndose a responderle a Dühring, por considerarlo "un trabajo demasiado subalterno". Una carta demasiado arrogante que Mostle dirigió a Engels en 1876 parece haber sido la gota que rebalsó el vaso.

Desde entonces, Engels se detuvo a examinar minuciosamente aquello que Dühring llamaba sus "verdades sistemáticas", cuya crítica hizo en una serie de estudios que empezaron a publicarse desde comienzos del año 1877 en el *Vorwaerts*, ahora órgano central del partido fusionado. Estos estudios fueron conformando el trabajo que constituye, con *El Capital*, el documento más importante y más fecundo del socialismo científico; pero la recepción que el partido le dispensó revela que, en efecto, el peligro que se temía era inminente. Faltó poco para que el congreso anual del partido celebrado en Gotha en mayo de 1877 inquiriera a Engels por hereje, lo mismo que el gremio

universitario hacía con Dühring. Most propuso que los estudios contra Dühring se desterraran en lo sucesivo del órgano central del partido, por "carecer totalmente de interés y ser, además, altamente escandalosos para la inmensa mayoría de los lectores del periódico", y Vahiteich, que no podía ver a Most, hizo causa común con este, diciendo que el tono adoptado por Engels tenía necesariamente que arruinar el paladar de los lectores, y hacer indigeribles los manjares intelectuales que el periódico servía. Por fortuna, pudo evitarse el funesto paso que se quería dar, votando una propuesta conciliadora, según la cual aquella polémica científica no seguiría publicándose, por razones prácticas de agitación, en el mismo periódico, sino en un suplemento científico del *Vorwaerts*.

El congreso acordó, además, que a partir del mes de octubre se publicara una revista científica quincenal, que sugirió y habría de apoyar financieramente Carlos Hóchberg, uno de aquellos adeptos burgueses al socialismo que tanto abundaban en la Alemania de entonces. Era hijo de un promotor de lotería de Fráncfort, un hombre muy joven todavía, pero de muy buena posición económica, y además muy generoso y altruista. Todos los que lo conocieron hablan de él en términos excelentes. En cambio, su personalidad literaria y política, al menos tal como se nos revela en sus publicaciones, sugiere un juicio menos halagador. En sus escritos, Höchberg denota un espíritu totalmente incoloro y seco, ignorante de la historia y la teoría del socialismo y sin el menor punto de contacto con las ideas científicas desarrolladas por Marx y Engels. No veía en la lucha proletaria de clases la palanca para la emancipación de la clase obrera, sino que aspiraba a ganar para la causa proletaria a las clases poseedoras y sobre todo a sus miembros cultos, por el camino del desarrollo pacífico y dentro de la ley.

Marx y Engels no sabían, sin embargo, nada concreto acerca de la personalidad de este hombre cuando negaron su colaboración al *Porvenir*, que fue el nombre que se le dio a la nueva revista; por lo demás, a ellos solo los habían invitado a colaborar, como a los otros, por medio de una circular anónima. Engels opinaba que los acuerdos del congreso, por respetables que fueran en el terreno práctico y de agitación, no tenían valor alguno dentro del campo de la ciencia ni eran quienes para fijar el carácter científico de una revista, que no podía definirse por decreto. Decía, además, que una revista científica socialista sin una orientación científica determinada y concreta era absurda, y que, dada la gran variedad o vaguedad de tendencias

dominantes en Alemania, no tenían la menor garantía de que la orientación adoptada les interesara.

Pronto habría de demostrarse, al aparecer el primer número de la revista, cuán acertado era su retraimiento. El artículo de Höchberg que la encabezaba era, por decirlo así, una nueva edición de todo aquello contra lo que tanto habían luchado ellos, en el movimiento socialista de la década del cuarenta, por considerarlo enervante y debilitador. Gracias a su abstención no se vieron inmiscuidos en nuevas y penosas controversias. Y cuando un compañero alemán les preguntó si estaban enojados por los debates del congreso de Gotha, Marx contestó: "Yo no me enojo como dice Heine, y Engels tampoco. A los dos nos importa poco la popularidad. Así lo prueba mi constante oposición a todas las formas del culto personal. En los tiempos de la Internacional, por ejemplo, no permití nunca que se concretaran los numerosos homenajes con los que me asediaban de todos los países y a las cuales no me paraba siquiera a contestar, como no fuera con alguna que otra reprimenda". Y agregaba: "Pero cosas como las que han ocurrido en el último congreso del partido –y que los enemigos del partido extranjero explotan fuertemente– nos han enseñado, desde luego, a ser un poco más prudentes en nuestras relaciones con los compañeros alemanes". Sin embargo, no había en estas palabras mala intención, ya que Engels siguió publicando tranquilamente sus artículos contra Dühring en el suplemento científico del *Vorwaerts*.

Pero, fuera ya de todo aspecto personal, Marx estaba preocupadísimo ante el "espíritu perezoso" que se revelaba, no tanto en las masas como entre los dirigentes. El 19 de octubre, le escribía a Borge: "El acuerdo con los lassalleanos ha llevado a los de Berlín a pactar también con otros pseudosocialistas (véase Most), con Dühring y sus 'admiradores', y además con toda una serie de estudiantes inmaduros y de académicos inflados, que pretenden darle al socialismo un 'giro ideal más elevado', es decir, suplantar la base materialista (que reclama un estudio objetivo y serio, si se quiere operar sobre ella) por una moderna mitología cuyas diosas son la Justicia, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. El señor Höchberg, que dirige *El Porvenir*, es un representante de esta tendencia, que ha entrado en el partido con su dinero –quiero creer que animado de las intenciones 'más nobles' del mundo, aunque poco me importan las 'intenciones'. Jamás se ha publicado con sus 'modestas pretensiones' nada más miserable que el artículo programático que apareció en las páginas de la revista".

Verdaderamente, Marx y Engels hubieran tenido que renegar de todo su pasado para acordar con esa "tendencia".

3. EL ANARQUISMO Y LA GUERRA RUSO-TURCA

En el congreso de Gotha se acordó, también, convocar un congreso socialista mundial, que se celebraría en Ginebra en septiembre del mismo año. Como representante del partido alemán fue designado Liebknecht.

La iniciativa de este congreso había partido de los belgas, que no parecían estar muy conformes con las doctrinas anarquistas y deseaban ver reunidas a las dos corrientes que se habían separado en el congreso de La Haya. La corriente bakuninista había celebrado otros dos congresos desde el de 1873 en Ginebra: uno en Bruselas, en 1874, y otro en Berna, en 1876; pero sus fuerzas estaban cada vez más mermadas. Se descomponían como habían surgido: bajo el peso de las necesidades prácticas de la lucha proletaria de emancipación.

En el mismo origen de aquellos conflictos, la disputa entre la *fabrique* y los *grosmétiers* de Ginebra, ya se revelaban las verdaderas causas de la ruptura. De un lado, una clase obrera bien remunerada, con derechos políticos que la capacitaban para las luchas parlamentarias, pero que, a la vez, la tentaban a realizar acuerdos bastante dudosos con los partidos burgueses; del otro lado, una masa obrera mal remunerada y privada de derechos políticos, que no podía confiar en nadie más que en su propias fuerza. Este era el verdadero eje práctico en torno al cual giraba el conflicto, y no, como cuenta la leyenda, en torno a una incompatibilidad teórica entre la razón, de una parte, y la irracionalidad, de otra.

El asunto no era tan simple y tampoco lo es hoy, como lo demuestra el hecho de que el anarquismo resucite una y otra vez cuando tantas veces se lo ha dado por muerto. No hace falta ser anarquista para conocery entender sus doctrinas. Del mismo modo que no hace falta renegar de la acción política parlamentaria por el hecho de que se afirme que sus reformas, perfectamente aceptables de por sí, pueden conducir al movimiento obrero a un punto en el que pierda todo su impulso revolucionario. Nada tiene de casual que Bakunin contara con partidarios que militaron muy meritoriamente en las luchas proletarias. Liebknecht no estaba, por cierto, entre los amigos de Bakunin, lo cual no era un obstáculo para que en el Congreso de Basilea defendiera con tanta energía como este, al menos, el

abstencionismo político. Otros, como Julio Guesde, en Francia, Carlos Casiero, en Italia, César de Paepe y Pablo Axelrod, en Rusia, eran, en el congreso de La Haya, fervientes bakuninistas, y siguieron siéndolo durante un largo tiempo; si luego se hicieron marxistas no menos fervientes no fue, como expresamente declararon algunos, porque tiraran por la borda sus convicciones anteriores, sino, simplemente, porque continuaron su desarrollo sobre la base de aquello que Bakunin y Marx tenían en común.

Ambos aspiraban a un movimiento proletario de masas, y solo discrepaban en el camino por el que este movimiento debía transitar. Los congresos de la Internacional bakuninista se encargaron de demostrar que la senda anarquista no conducía a ningún lado.

Nos llevaría demasiado lejos demostrar, a la luz de sus congresos, la rápida crisis del anarquismo. La destrucción avanzaba rápida y concienzudamente; fueron suprimidos el Consejo General y las cuotas anuales, prohibiéndose a los congresos tomar cualquier decisión sobre cuestiones de principio, y costó mucho esfuerzo evitar que no prosperara el intento de excluir de la Internacional a los trabajadores intelectuales. La parte constructiva, la redacción de un nuevo proyecto de programa y de una nueva táctica, ya no era tan fácil. En el congreso de Ginebra se debatió el problema de la huelga general como medio único e infalible de la revolución social, pero sin llegar a ningún acuerdo, como tampoco se llegó, en el siguiente congreso de Bruselas, respecto a la cuestión de los servicios públicos, objeto principal de los debates. De Paepe informó acerca de ella en términos que le valieron el reproche, más que justificado, de haber abandonado por completo las bases del anarquismo. Fácilmente se comprende cuán inevitable era aquel desvío, en cuanto De Paepe quisiera decir algo concreto acerca del tema. Tras fuertes debates, la cuestión fue postergada para el congreso siguiente, en el que tampoco hubo acuerdo. Los italianos declararon sin ambigüedades que "la era de los congresos había terminado" y exigieron "la propaganda por los hechos"; en el plazo de dos años llevaron a cabo, de la mano de una gran hambruna, unas sesenta intentonas, sin conseguir absolutamente nada.

Pero más que la confusión irresoluble de sus doctrinas teóricas, lo que contribuía a que el anarquismo degenerara en una secta fosilizada era su actitud negativa frente a todos los problemas prácticos que afectaban directamente los intereses del proletariado moderno. Al desarrollarse en Suiza un movimiento de masas a favor de la jornada laboral de diez horas, los anarquistas se negaron a intervenir, y lo

mismo cuando los socialistas flamencos emprendieron una campaña para conseguir que se prohibiera legalmente el trabajo de los niños en las fábricas. Asimismo se abstenían, naturalmente, de participar en las campañas para conseguir el sufragio universal, y de ejercitarlo allí donde ya existía. Sobre el fondo de esta política estéril y desesperada, los triunfos de la socialdemocracia alemana se destacaban con mucha más fuerza, mientras por todas partes las masas comenzaban a rechazar la propaganda anarquista.

La convocatoria de un congreso socialista mundial en Ginebra, que el congreso anarquista celebrado en Berna en 1876 acordó para el año siguiente, se debía al reconocimiento de que el anarquismo había fracasado en su intento de conquistar a las masas. El congreso se reunió en Ginebra del 8 al 15 de septiembre. Participaron cuarenta y dos delegados, entre los cuales los anarquistas no disponían más que de un núcleo sólido de 11 congresistas, bajo la jefatura de Guillaume y Kropotkin. Muchos de sus anteriores partidarios, entre ellos la mayoría de los delegados belgas y el inglés Hales, se pasaron al campo socialista, dirigido por Liebknecht, Greulich y Frankel. Entre Liebknecht y Guillaume se produjo un choque, que Guillaume provocó al afirmar que la socialdemocracia alemana se había guardado su programa en el bolsillo para solicitar los votos de sus electores. Pero, en general, los debates se desarrollaron pacíficamente; los anarquistas, que ya habían perdido la afición a las frases altisonantes, pronunciaban sus discursos en un tono menor y conciliador, que les permitía a sus contrincantes tomar una actitud más complaciente. Sin embargo, no fue posible llegar al "acuerdo de solidaridad" que se proyectaba; los desacuerdos existentes eran demasiado grandes.

Marx no esperaba otro resultado de aquel congreso; ahora, toda su atención se concentraba en otro rincón del mundo, del que esperaba que surgiera una tormenta revolucionaria: la guerra ruso-turca. La primera de las dos cartas que le escribió a Liebknecht aconsejándolo, fechada el 4 de febrero de 1878, comienza así: "Nosotros abrazamos decididamente la causa de los turcos, por dos razones: en primer lugar, porque hemos estudiado al campesinado turco –que es lo mismo que decir la masa del pueblo turco–, llegando a la conclusión de que es uno de los representantes más capaces y moralmente rectos de la clase campesina de toda Europa; en segundo lugar, porque la derrota de los rusos aceleraría considerablemente la revolución social, para la que existe una gran cantidad de elementos y que contribuiría al viraje de toda Europa". Tres meses antes, le había escrito a Sorge en estos términos: "Esta crisis es una nueva encrucijada de la historia europea.

Rusia –y conste que yo he estudiado su situación de las fuentes rusas originales, las no oficiales y las oficiales (estas accesibles a muy poca gente y que me fueron facilitadas por amigos de San Petersburgo)– hace mucho tiempo que está al borde de una revolución; todos los elementos necesarios están maduros. Los bravos turcos han acelerado la explosión unos cuantos años con esta cuña que meten, no solo al ejército ruso y a la hacienda del país, sino también a la dinastía (el zar, el príncipe heredero y otros seis Romanof que dirigen personalmente las tropas). Las tonterías que están cometiendo los estudiantes rusos carecen de importancia, pero son un síntoma. Todas las capas de la sociedad rusa están, económica, moral e intelectualmente, en plena descomposición". La realidad habría de confirmar plenamente estas observaciones; pero como solía sucederle, por su impaciencia revolucionaria y la claridad con la que veía la marcha de los acontecimientos, subestimaba una vez más el factor tiempo.

Las derrotas iniciales de los rusos se convirtieron en triunfos, gracias, según Marx, a los auxilios secretos de Bismarck, a la traición de Inglaterra y de Austria, y gracias también, y en una parte no pequeña, a la culpa de los propios turcos, que no lograron derribar con una revolución en Constantinopla aquel viejo régimen de Serail, que había sido uno de los mejores amigosdel zar. Un pueblo que en momentos de suprema crisis como estos no sabe actuar de una manera decididamente revolucionaria –concluía Marx–está perdido.

La guerra ruso-turca no terminó con una revolución europea, como Marx esperaba, sino con un congreso de diplomáticos, celebrado en el mismo sitio y por las mismas fechas en las que parecía que un golpe terrible iba a aplastar a la socialdemocracia alemana.

4. EL AMANECER DE UN NUEVO DÍA

Pese a todo, en el horizonte del mundo empezaba a mostrarse un nuevo amanecer. La ley contra los socialistas, con la que Bismarck se proponía acabar con la socialdemocracia, no hizo más que iniciar su período heroico, terminando de este modo con la confusión y los desacuerdos que había entre esta y los dos viejos maestros de Londres.

Está claro que para conseguir esto fueron necesarios algunos forcejeos. El partido alemán enfrentó de un modo muy valiente la persecución y las elecciones que, bajo estas condiciones, se celebraron en el verano de 1878. Pero, en su preparación contra el golpe final, no calculó bien la suma de odios que tendría que

combatir. Apenas fue firme la ley, se olvidaron todas las promesas de "manejo leal" con las que los representantes del Gobierno habían calmado los temores de la Cámara, y empezaron a destruirse tan despiadadamente todas las instituciones del partido, que cientos de personas fueron despojadas de sus medios de subsistencia. Pocas semanas después, se declaraba en Berlín y alrededores el estado de sitio, en franca y manifiesta contradicción con la letra de la ley, y se expulsaba a unos sesenta socialistas, quienes perdían no solo sus trabajos, sino también sus hogares.

Bastaba esto para generar una confusión absolutamente comprensible y difícilmente evitable. Después de la represión de la Comuna, el Consejo General de la Internacional se había quejado de que la necesidad de asistir a los fugitivos de París había impedido, durante meses y meses, la realización de sus actividades normales. Ahora, los dirigentes del partido alemán tenían una misión mucho más difícil que cumplir, perseguidos por la policía a cada paso como estaban, y hundidos en una espantosa crisis de recursos económicos. Por otra parte, no puede negarse que aquella tormenta separaba la paja del trigo; muchos de los burgueses que últimamente se habían acercado al partido demostraron ser poco confiables, y algunos de los dirigentes no se mostraron tampoco como hombres fuertes, mientras que otros, que sí lo eran, se sintieron abatidos por los golpes durísimos de la reacción y temieron irritar todavía más al enemigo, si ofrecían una resistencia más enérgica.

Todo esto indignó bastante a Marx y a Engels, que no conocían en toda su dimensión las dificultades con las que había que luchar. Pero también tenían, y con razón, mucho que objetarle a la actitud de la fracción socialdemócrata del Reichstag, integrada por los nueve diputados que habían sido elegidos en las urnas en el 78. Uno de ellos, Max Kayser, al someterse a debate un nuevo arancel aduanero elevando las tasas que gravaban la importación de hierro, creyó oportuno hablar y votar a favor, cosa que generaba, a la fuerza, una impresión muy dolorosa. Todo el mundo sabía que los nuevos aranceles no tenían otro objetivo que atraer a las arcas públicas del Imperio algunos cientos de millones más todos los años, defendiendo la renta de los terratenientes contra la competencia norteamericana y dándole a la gran industria facilidades para que se curara de las heridas que ella misma se había causado en el frenesí de los años de la fundación de empresas y sociedades, y que una de las verdaderas causas que habían determinado la ley contra los socialistas era

precisamente debilitar la resistencia de las masas contra la miseria que las amenazaba.

Cuando Bebel pretendió excusar el voto de Kayser con sus pacientes estudios sobre la cuestión de los aranceles aduaneros, Engels le contestó, concisa y terminantemente: "Si sus estudios tuvieran un ápice de valor, debería saber que en Alemania existen dos fundiciones, la Unión de Dortmund y la fábrica de Koning y Laura, cada una de las cuales puede cubrir las necesidades de hierro del mercado interno, sin contar muchas otras de menor tamaño, y que por lo tanto es una idiotez hablar, en esas condiciones, de protección aduanera, cuando la única solución es la conquista del mercado exterior; no hay, entonces, más que el librecambio absoluto o la quiebra. Y debería saber, también, que los propios fabricantes de hierro no pueden aspirar a que haya aranceles proteccionistas si no se organizan en un *trust*, en una conspiración que imponga en el mercado interno precios monopólicos, para luego lanzar al extranjero a precios irrisorios los productos sobrantes, como ya hacen hoy en buena escala. A ese *trust*, a esa conspiración de monopolizadores, es a la que Kayser le ha dado su voto, al apoyar los aranceles del hierro". Y como Calos Hirsch criticara fuertemente también, en la *Linterna*, la táctica de este diputado, la fracción parlamentaria tuvo la desgraciada idea de declararse ofendida, ya que Kayser había intervenido en el debate autorizado por ella. Con esto, su conducta terminó de indignar a Marx y a Engels: "Ya están tan contaminados del cretinismo parlamentario, que se creen por encima de toda crítica y truenan contra ella como si fuera un delito de lesa majestad", comentaba Marx.

Carlos Hirsch era un escritor joven que se había hecho un nombre como sustituto de Liebknecht al frente del periódico *Voiksstaat*, durante los años que aquel estuvo preso, trasladándose luego a París, de donde lo expulsaron al promulgarse en Alemania la ley contra los socialistas. Teniendo en cuenta esto, hizo lo que los dirigentes del partido hubieran debido hacer desde el primer momento: se instaló en Bélgica y empezó a publicar en Breda, desde mediados de diciembre de 1878, la *Linterna*, una hojita semanal de formato y estilo parecidos a los de la *Linterna de Rochefort* y que le permitían circular por correo bajo sobre y difundirse por Alemania, sirviendo de aglutinante del movimiento socialdemócrata. La idea era buena, y Hirsch una cabeza clara e inteligente, pero la forma elegida –una forma epigramática, concisa y sutil– no respondía a las necesidades de una hoja obrera. En esto estaba mejor la *Libertad*, un periódico semanal que Most empezó a publicar algunas semanas después en Londres con ayuda de la Liga

Comunista de Cultura Obrera; pero, después de un inicio bastante razonable, este periódico se perdió en un aventurerismo revolucionario sin meta.

La apariciõn de estas dos hojas socialistas, que habían nacido en cierto modo como plantas silvestres y por su cuenta, planteaba ante los dirigentes del partido alemán, con caracteres bastante firmes, la necesidad de lanzar un órgano propio desde el extranjero. Bebel y Liebknecht abogaron insistentemente para que saliera, hasta que lograron vencer la resistencia, bastante obstinada, de miembros influyentes del partido que creían que era mejor segúir con la táctica de la prudencia y el retraimiento. Con Most ya no era posible llegar a un acuerdo, pero Hirsch puso fin a su *Linterna* y se ofreció para dirigir el nuevo periódico. Marx y Engels, a quienes Hirsch les inspiraba plena confianza, también prometieron su colaboración. El nuevo órgano habría de aparecer en Zúrich como semanario, y los preparativos se les delegaron a tres miembros del partido residentes en aquella ciudad: el empleado de seguros Schramm, desterrado de Berlín, Carlos Hõchberg y Eduardo Bernsten, a quien Höchberg había atraído como consejero literario suyo.

Pero los tres delegados no parecían apurarse mucho para cumplir con el pedido que recibieran, y la razón de su lentitud se puso de manifiesto al difundirse, en julio de 1879, un *Anuario de ciencia y política social*, que habría de publicarse dos veces al año. Qué espíritu inspiraba a la nueva publicación lo revelaba bastante bien un artículo titulado "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento socialista", y firmado con tres estrellas. Sin embargo, sus verdaderos autores eran Höchberg y Schramm; Bernstein no había puesto en él más que unas cuantas líneas.

Este artículo no era más que un sermón de increíble mal gusto y falta de tacto, en el que le echaban en cara al partido sus pecados, su tono maleducado, su tendencia a insultar, su coqueteo con las masas y su desdén hacia las clases cultas; en una palabra, aquellas características de los movimientos proletarios que siempre indignaron tanto a las almas pequeñoburguesas. Todo para llegar a la conclusión práctica de que el partido debía aprovechar aquel ocio forzado por la ley contra los socialistas para reflexionar y corregirse. Márx y Engels se enfurecieron cuando leyeron aquel mamarracho, y enviaron una circular privada a los dirigentes del partido, en la que exigían categóricamente que a sujetos que pensaban de aquel modo, ya que había que tolerarlos por razones prácticas, al menos no se les debía

dejar hablar en representación del partido. Pero Höchberg no necesitaba que nadie le concediera este derecho, se lo tomaba él solo, como parece habérselo tomado también cuando afirmó que el "trío" de Zúrich tenía derecho a controlar el trabajo de Hirsch al frente del periódico, y que este debía modificar el estilo con el que dirigía la *Linterna*. Teniendo en cuenta esto, Hirsch y los dos viejos maestros de Londres se desentendieron en absoluto del periódico.

De las muchas cartas intercambiadas acerca de este asunto no se conservan más que algunos fragmentos. Pero de ellos se desprende que Bebel y Liebknecht no estaban de acuerdo, ni mucho menos, con las pretensiones del "trío"; lo que no sabemos es por qué no se enfrentaron a ellas más a tiempo. Höchberg hizo un viaje a Londres, donde solo vio a Engels, a quien le generó la más deplorable impresión con sus ideas confusas, aunque ni él ni Marx desconfiaron jamás de sus buenas intenciones. La mutua amargura causada por el asunto hacía difícil que pudieran entenderse; el 19 de septiembre de 1879, Marx le escribió a Sorge diciéndole que si el semanario iba a redactarse con el estilo de Höchberg, no tendrían más opción que salir a criticar públicamente semejante degradación del partido y sus principios. "Los caballeros están bien advertidos, y nos conocen lo suficiente para saber que con nosotros no hay más que someterse o romper. Si quieren comprometerse, peor para ellos. Lo que no estamos dispuestos a tolerar es que nos comprometan a nosotros". Por fortuna, no se llegó a lo que se temía. Vollmar se hizo cargo de dirigir *El socialdemócrata* de Zúrich, y aunque lo hacía bastante "deplorablemente", según Marx y Engels, no había ninguna razón para criticar públicamente su trabajo. Únicamente con los de Leipzig se mantenían en "constantes discusiones por carta, en términos, a veces, bastante fuertes". El "trío" resultó ser inofensivo. Schramm se retrajo por completo, Höchberg estaba casi siempre de viaje, y Bernstein se liberó, por la influencia de los acontecimientos, de la depresión causada por la embestida de la reacción, como hicieron muchos otros a quienes la situación los había angustiado en un principio. También contribuyó mucho a calmar los ánimos el hecho de que Marx y Engels empezaran a entender las inmensas dificultades con las que los dirigentes del partido en Alemania tenían que luchar. El 5 de noviembre de 1880, Marx le escribió a Sorge: "Los que viven en el extranjero relativamente tranquilos y a gusto no tienen derecho a complicar todavía más, para alegría de los burgueses y del Gobierno, la posición de quienes actúan dentro del país en circunstancias

dificilísimas y con grandes sacrificios personales". A las pocas semanas, se sellaba la paz con las formalidades del caso.

Vollmar había anunciado que dejaría el periódico el 31 de diciembre de 1880, y los dirigentes del partido acordaron designar como su sucesor a Carlos Hirsch, como muestra de sus intenciones de conciliar con Marx y Engels. Como Hirsch residía en Londres, Bebel se trasladó allí para ponerse de acuerdo con él; ya hacía mucho tiempo, además, que quería tener una larga charla con Marx y Engels. Bernstein fue con él, para disipar con su presencia los prejuicios que en Londres seguían teniendo contra este miembro del partido, cuyo accionar había sido, últimamente, satisfactorio. El viaje a Londres, en el que ciertos integrantes del partido veían una capitulación, consiguió plenamente los fines que se proponía; sin embargo, Carlos Hirsch pretendió después restringir su participación, en el sentido de dirigir el periódico desde Londres. No se aceptó la modificación, y el resultado fue que se le ofreciera la dirección del periódico, primero interinamente y más tarde con carácter definitivo, a Bernstein, que desempeñó sus tareas satisfaciendo a todos, incluso a los de Londres.

Y cuando, un año después, se celebraron las primeras elecciones al Reichstag bajo el imperio de la ley contra los socialistas, Engels exclamó lleno de entusiasmo: "¡Jamás el proletariado ha luchado tan espléndidamente!" También en Francia empezaba a asomar una buena estrella para el movimiento. Después de la sangrienta semana de mayo de 1871, Thiers había proclamado, para calmar al tembloroso burgués de Versalles, que el socialismo, en Francia, estaba muerto, sin acordarse de que ya había dicho lo mismo alguna vez, después de las jornadas de junio de 1848, y ya se ve cómo la realidad confirmó su augurio. Seguramente pensaba que la mayor cantidad de sangre derramada–en 1871 se calculaba en cien mil almas las pérdidas experimentadas por el proletariado de París, entre los combates callejeros, las ejecuciones, las deportaciones, las penas de galeras y la emigración– resultaría más efectiva. Pero se equivocaba de cabo a rabo. La represión de 1848 había sumido al socialismo en veinte años de postración, y tuvieron que pasar dos décadas antes de que despertara de su silencio; después de la represión de 1871, solo necesitó de cinco años para recuperarse y volver al frente de batalla. En el año 1876, cuando todavía los consejos de guerra seguían ejecutando su tarea de verdugos y los defensores de la Comuna caían fusilados, se celebró en París el primer congreso obrero.

Este congreso tenía todavía, ciertamente, más de promesa que de realidad. Se reunía bajo el auspicio de los republicanos burgueses, que buscaban el apoyo de los obreros contra los terratenientes monárquicos, y sus acuerdos giraban en torno al inocente régimen de cooperativas que Schulze-Delitzsch impulsaba en Alemania. Pero no era difícil ver que las cosas no se detendrían allí. La gran industria fabril que se había ido desarrollando lentamente desde el tratado de comercio celebrado por Inglaterra en el año 1803, había tomado después de 1870 un impulso considerable. Enormes posibilidades se abrían ante ella: habría de reparar los daños generados por la guerra en un tercio del territorio francés, acumular el capital necesario para construir un nuevo militarismo de una escala todavía mayor y, finalmente, llenar el vacío que había dejado en el país la pérdida de Alsacia, la provincia francesa más desarrollada industrialmente en el año 1870. La industria, en efecto, supo satisfacer la demanda que se le planteaba. Por todas partes abrían nuevas fábricas y surgía un proletariado industrial, que en los días de apogeo de la primera Internacional no existía, en rigor, más que en algunos centros del nordeste de Francia.

Esta situación explica los rápidos triunfos logrados por Julio Guesde al lanzarse con su fogosa elocuencia al movimiento obrero, cuya trayectoria había comenzado de nuevo en el congreso de 1876 en París. Guesde, que acababa de pasarse al socialismo desde el anarquismo, no se distinguía precisamente por su claridad teórica, como todavía hoy podemos comprobar leyendo los artículos de la *Egalité*, fundada por él en 1877. A pesar de haber sido ya traducido y publicado en francés *El Capital*, no sabía nada de Marx, en cuyas teorías lo inició Carlos Hirsch. Pero asimiló con gran firmeza y claridad la idea de la propiedad colectiva sobre el suelo y sobre los medios de producción, y equipado con esta arma fundamental de la lucha proletaria de emancipación, que era la que en los congresos de la vieja Internacional solía chocar con la resistencia más violenta de los delegados franceses, Guesde, un orador de primera clase y un agudo polemista, supo poner en pie de guerra a la clase obrera francesa.

En el segundo congreso obrero, reunido en Lyon en febrero de 1878 y que, en la cabeza de sus organizadores, no habría de ser más que una segunda edición del congreso de París, Guesde vio congregarse en torno a su bandera a una minoría de veinte delegados. Ahora, la cosa empezaba a ser peligrosa, tanto para la burguesía como para el Gobierno; comenzó la persecución y se consiguió hacer callar a la *Egalité* multando y encarcelando a sus redactores. Pero Guesde y sus

compañeros no se dejaron intimidar; siguieron trabajando sin pausa y en el tercer congreso obrero, reunido en Marsella en octubre de 1879, tuvieron de su lado a la mayoría, que se constituyó inmediatamente en partido socialista y se organizó para la lucha política. Volvió a publicarse la *Egalité*, en la que ahora colaboraba activamente Lafargue, de quien procedían casi todos los artículos teóricos; poco después, comenzó a publicarse la *Revue socialiste*, dirigida por Malón, antiguo bakuninista también, y a la que Marx y Engels enviaron algunos artículos.

Guesde se trasladó a Londres en la primavera de 1886 para redactar, con Marx, Engels y Lafargue, el programa electoral del nuevo partido. Se llegó a un acuerdo sobre el llamado programa mínimo, que, después de una corta introducción dedicada a explicar en pocas palabras el ideal comunista, solo contenía, en su parte económica, demandas originadas directamente en el movimiento obrero. Sin embargo, no hubo unanimidad acerca de todos los puntos; como Guesde insistía en que se incorporara al programa el postulado de un salario mínimo señalado por la ley, Marx objetó que si el proletariado francés era todavía tan infantil como para necesitar de esos señuelos, no valía la pena perder el tiempo en redactar para él un programa.

Pero no hay que tomar estas palabras demasiado al pie de la letra. En conjunto, Marx veía en aquel programa un gran paso que habría de contribuir considerablemente a sacar a los obreros franceses de su fraseología confusa para colocarlos en una base de realidad, y de la oposición que este programa generaba, así como de las adhesiones que recibía, deducía él que en Francia se estaba gestando el primer movimiento obrero auténtico. Hasta entonces, no había habido más que sectas, que naturalmente habían tomado sus fórmulas y soluciones de sus líderes sectarios, mientras la masa proletaria seguía a los burgueses radicales o que se hacían pasar por radicales, lanzándose a la lucha por ellos en las jornadas decisivas para ver cómo, al día siguiente, aquellos mismos a quienes había llevado al poder le disparaban, la encarcelaban y la enviaban al exilio. En estas condiciones, Marx vio con muy buenos ojos que sus yernos se trasladaran a Francia, en cuanto la amnistía que se había logrado arrancar al Gobierno para los *communards* les permitió volver; Lafargue para trabajar con Guesde, y Longuet para ocupar un importante puesto de redactor en la *Justice*, órgano de Clemenceau, que dirigía la extrema izquierda.

En Rusia, la situación, aunque muy distinta, era todavía más propicia, según el modo de ver de Marx. Entre los rusos, su obra maestra encontraba lectores más fervorosos y partidarios más decididos que en ningún otro país; Marx tenía admiradores entusiastas y amigos personales, sobre todo entre los intelectuales jóvenes. Pero las dos principales corrientes del movimiento de masas, en cuanto puede decirse que existía un movimiento de masas en la Rusia de entonces, el partido de la "voluntad del pueblo" y el del "reparto de la tierra", se movían todavía al margen de su teoría y de sus ideas. Las dos estaban influidas aún por Bakunin, al menos en su tendencia a dirigirse a la clase campesina. El problema que a ellos les preocupaba primordialmente, respecto a Rusia, lo formulaban Marx y Engels así: ¿puede el municipio campesino ruso, esta modalidad, aunque muy corrompida, del primitivo régimen comunal de la tierra, transformarse directamente en una modalidad comunista más alta de propiedad sobre el suelo, o tendrá que pasar antes por el mismo proceso de disolución que se ve en el desarrollo histórico de los países occidentales?

Marx y Engels daban la "única" respuesta "hoy posible" a esta pregunta, en su prólogo a una nueva edición rusa del *Manifiesto comunista*, traducido por Vera Sasullich, en los siguientes términos: "Si la revolución rusa da la señal para una revolución obrera en la Europa occidental, consiguiendo que ambas se complementen recíprocamente, el actual régimen ruso de propiedad comunal podrá servir de punto de partida para una desarrollo comunista". Este modo de ver la situación explica el interés apasionado con el que Marx seguía las campañas del partido de la "voluntad del pueblo", cuya política terrorista hacía del zar, recluido en Gachina, un prisionero de la revolución; en cambio, juzgaba con cierta dureza al partido del "reparto de la tierra" que, renunciando a toda acción política revolucionaria, se circunscribía a la propaganda. Y sin embargo, en este partido figuraban hombres como Axelrod y Plejanov, que tanto hicieron por infundirle al movimiento obrero ruso el espíritu marxista.

Finalmente, también en Inglaterra empezaba el amanecerde un nuevo día. En junio de 1881 apareció un librito titulado *Inglaterra para todos*. Su autor era Hyndman y pretendía, en él, representar el programa de la Federación Democrática, una asociación que acababa de formarse, integrada por diferentes sociedades radicales inglesas y escocesas, medio burguesasy medio proletarias. Los capítulos referentes al capital y al trabajo eran extractos literales o transcripciones de *El Capital* de Marx, aunque Hyndman se cuidaba de no citar la obra ni a su autor,

limitándose a advertir al final del prólogo que las ideas y una gran parte de la materia de su libro las debía a la obra de un gran pensador y escritor original. Y por si esta manera de citar no era ya bastante peculiar, Hyndman la hizo aún más ofensiva con las excusas a las que apeló para justificarse ante Marx, alegando que su nombre no se veía con buenos ojos, que a los ingleses no les gustaba dejarse adoctrinar por un extranjero, etcétera. Después de esto, Marx rompió con Hyndman, a quien consideraba, además, "muy poca cosa".

En cambio, le causó una gran satisfacción, en aquel mismo año, un artículo que Belfort Bax publicó acerca de él en el número de diciembre de una revista mensual inglesa. Y aunque los datos biográficos eran falsos en su mayoría, y en la exposición de sus principios económicos había también mucho de falsedad y confusión, era el primer trabajo inglés de este tipo escrito con un verdadero entusiasmo por las buenas ideas y en el que se desafiaba intrépidamente al filisteísmo inglés. Este artículo, cuya aparición se había anunciado con grandes carteles pegados en las paredes de los barrios elegantes de Londres, tuvo un muy buen recibimiento.

En la carta, dirigida a Sorge, en la que Marx cuenta esto, podría pensarse que aquel hombre de acero en quien los halagos, así como las censuras, no tenían efecto, tiene una pequeña debilidad que, de tenerla, sería completamente perdonable en él. Pero aquella carta estaba escrita con el ánimo conmovido por un suceso al que refieren las últimas líneas: "Lo que más me alegró fue que la revista llegara a mis manos el 30 de noviembre, a tiempo todavía para iluminar los últimos días de mi pobre mujer; tú conoces bien la pasión con la que ella tomaba todas estas cosas". La mujer de Marx había muerto el 2 de diciembre de 1881.

5. CREPÚSCULO

A la vez que el horizonte político y social –que seguía siendo para Marx, como lo había sido siempre, lo más importante– se iluminaba alrededor suyo, sobre él y sobre su casa iban cayendo ya las sombras de la noche. Desde que el continente, con sus benéficos balnearios, le había cerrado las fronteras, habían vuelto a incrementarse sus sufrimientos físicos, incapacitándolo para trabajar por temporadas. Desde 1878 no pudo volver a dedicarse a la escritura de su obra capital para terminarla, y por las mismas fechas, o un poco después, empezó también la preocupación por la salud de su mujer.

Esta había disfrutado de los días apacibles de la vejez con ese equilibrio feliz de un alma en la que jamás dejó de reinar la armonía; así lo explicaba ella misma en una carta de pésame que les escribió a los Sorge, a quienes se les habían muerto dos hijos en la plenitud de su vida. "Yo sé muy bien, por experiencia propia, cuán duro se hace, y cuánto tiempo se tarda en recuperar el equilibrio, después de pérdidas como estas. Luego viene en nuestra ayuda la vida, con sus pequeñas alegrías y sus grandes problemas, con todas las miserias cotidianas y sus torturas mezquinas; los dolores grandes quedan enterrados entre las pequeñas preocupaciones diarias y, sin que lo notemos, la angustia lacerante se va mitigando; no es que estas heridas lleguen a cerrarse jamás, sobre todo en el corazón de una madre, pero poco a poco el espíritu va generando una nueva capacidad de asimilación y hasta una nueva susceptibilidad para las nuevas penas y las nuevas alegrías, y así va una viviendo días y días, con el corazón herido y no obstante abierto siempre a la esperanza, hasta que por último deja de palpitar y nos envuelve la paz eterna". Si había alguien en el mundo digno de esta muerte fácil en el suave regazo adormecedor de la naturaleza, era esta mujer luchadora y mártir, pero su muerte no tuvo nada de dulce: tuvo que sufrir atrozmente antes del último suspiro.

En el otoño de 1878 Marx le escribió a Sorge, por primera vez, que su mujer estaba "muy mal". Un año después, le decía: "Mi mujer sigue muy enferma, y yo no he vuelto tampoco a estar bien". Después de largos titubeos, se demostró que la enfermedad que padecía la mujer de Marx era un cáncer que acabaría con su vida, lenta pero inevitablemente, con mucho dolor y sufrimiento. Para comprender lo que Marx tuvo que sufrir, basta pensar en lo que había sido para él esta mujer a lo largo de su vida. Ella llevaba su sufrimiento de una manera mucha más estoica que su marido y su familia. Con una increíble fuerza de voluntad, ponía cara de risa y les daba ánimos, ocultando todos sus dolores. En el verano de 1881, cuando la enfermedad había progresado mucho, tuvo el suficiente valor para emprender un viaje a París y visitar allí a sus dos hijas casadas; como, después de todo, no había remedio para su mal, los médicos no se opusieron a la intrépida aventura. En una carta dirigida a la mujer de Longuet, el 22 de junio de 1881, Marx le anunciaba la visita: "Contesta enseguida, ya que mamá no se pondrá en camino sin que le escribas qué ha de llevarte de Londres. Ya sabes que ella ama esos pedidos". La excursión resultó todo lo bien que podía resultar para la enferma en aquellas condiciones, pero en cambio Marx, a su regreso, cayó en cama con una fuerte pleuresía, complicada con bronquitis y principio de pulmonía. La enfermedad era peligrosísima, pero pudo

combatirse gracias a los cuidados y a los sacrificios de su hija Eleonor y de Lenita Demuth. Fueron días muy tristes. Esto escribió Eleonor Marx hablando de ellos: "En la gran habitación delantera estaba acostada nuestra pobre madre, y al lado, en la habitación pequeña, el Moro. Ellos, que tan compenetrados estaban el uno con el otro, tan íntimamente unidos, no podían ya alojarse en el mismo cuarto... El Moro se sobrepuso una vez más a su enfermedad. Nunca olvidaré aquella mañana en la que se sintió con suficientes fuerzas para ir al cuarto de mamá. Al reencontrarse, parecían de regreso a los días luminosos de su juventud, ella convertida en una novia y él en un muchacho enamorado que estaban por empezar una vida juntos. Viéndolos, no parecían un hombre viejo y arruinado por la enfermedad y una anciana moribunda que se despedían para siempre".

El 2 de diciembre de 1881, día en el que murió su mujer, Marx se sentía todavía tan débil que el médico le prohibió acompañar su cuerpo al cementerio. "Me plegué a la orden del médico –le escribía Marx a la mujer de Longuet–, porque tu pobre madre había expresado, días antes de morir, su deseo de que en su entierro no hubiera ninguna ceremonia. Nosotros, dijo, no le damos importancia a lo exterior. Es para mí un verdadero consuelo que sus fuerzas la abandonaran tan rápidamente. Como el médico había anticipado, la enfermedad tomó el carácter de una lenta agonía, como si se muriera por agotamiento. Incluso en las últimas horas, no luchó contra la muerte; fue quedándose dulcemente dormida, y hasta sus ojos parecían más grandes, más hermosos y más resplandecientes que nunca".

Engels pronunció unas palabras junto a la tumba de Jenny Marx. Después de expresar su más profundo respeto y admiración por haber sido la más fiel compañera de su marido, concluyó así: "De sus cualidades personales no tengo por qué hablar. Sus amigos, que las conocen, no las olvidarán jamás. Si ha habido en el mundo una mujer cuya mayor felicidad fuera hacer felices a otros, era esta a quien hoy enterramos".

6. **EL ÚLTIMO AÑO**

Marx no sobrevivió a su mujer más que unos quince meses, pero su vida fue desde entonces, más que una vida, una "lenta agonía", y Engels no se equivocaba cuando al morir su mujer dijo: "También el Moro ha muerto".

Como durante este breve período los dos amigos estuvieron la mayor parte del tiempo separados, su correspondencia cobró un último impulso, y en ella vemos desfilar, sombríamente augusto, el último año de la vida de Marx, que estremece por el relato de las crueles torturas con las que el destino inexorable de los hombres puso fin a este espíritu fuerte.

Lo único que lo mantenía vivo era el ardoroso anhelo de consagrar sus últimas fuerzas a la gran causa a la que le había dedicado su vida. "Salgo –le escribía a Sorge el 15 de diciembre de 1881– doblemente afectado de mi última enfermedad. Moralmente, por la muerte de mi mujer, y físicamente, porque me ha dejado una hipertrofia de la pleura y un aumento en la sensibilidad de los bronquios. Tendré que perder algún tiempo en maniobras para restablecer un poco mi salud". Este tiempo prolongó hasta el día de su muerte, ya que todos los intentos que se hicieron para reponer su salud resultaron inútiles.

Los médicos lo enviaron primero a Ventnor, en la Isla de Wight, y luego a Argelia. Llegó allí el 20 de febrero de 1882, con una nueva pleuresía que se agarró en el viaje. El invierno y la primavera, además, fueron tan húmedos y fríos como jamás se habían conocido. No le fue mejor tampoco en Montecarlo, adonde se trasladó el 2 de mayo y adonde llegó con una nueva pleuresía, causada por el frío y la humedad del viaje, encontrándose con un mal tiempo persistente.

Solo cuando, a principios de junio, se fue a vivir con su yerno Longuet y con su hija a Argenteuil, su salud mejoró un poco. A esto contribuyó, sin duda, el calor de la familia; además, le vinieron muy bien las aguas sulfurosas del cercano balneario de Enghien, que apaciguaron su bronquitis crónica. También contribuyeron a recuperar bastante su salud las seis semanas que pasó después con su hija Laura en Vevey, junto al lago de Ginebra. Al volver a Londres, en el mes de septiembre, tenía mucho mejor aspecto y subió varias veces con Engels, sin cansarse, la colina de Hampstead, que estaba unos noventa metros más alta que su casa. Mantenía la idea de volver a sus trabajos, ahora que los médicos le permitían pasar el invierno, si no en Londres, al menos en la costa del sur de Inglaterra. Al asomar las nieblas de noviembre, se trasladó a Ventnor, donde se encontró con el mismo tiempo que en Argelia y Montecarlo durante la primavera anterior: niebla y humedad que le generaban constantes enfriamientos y que, en vez de permitirle moverse al aire libre, lo condenaban a pasarse los días metido en la habitación, debilitándose. No podía pensar en volver a los trabajos científicos, aunque seguía con mucho interés todos los

descubrimientos de la época, incluso aquellos que estaban muy lejos de su campo, como los experimentos de Deprez en la Exposición de Electricidad de Múnich. En general, sus cartas acusan un estado anímico de abatimiento y malhumor. Cuando en el nuevo partido obrero de Francia empezaron a presentarse síntomas de las inevitables enfermedades de la infancia, se mostró disconforme con la defensa que sus dos yernos hacían de sus ideas: "¡Que se vayan al diablo Longuet, el último proudhoniano, y Lafargue, el último bakuninista!" Fue también por entonces cuando se le escapó esa frase satírica que tanto habría de airear y en la que tanto habría de edificarse más tarde el mundo de los filisteos, la frase de que personalmente él, Marx, no tenía nada de marxista.

El 11 de enero de 1883 sufrió el golpe decisivo: la inesperada muerte de su hija Jenny. Marx retornó a Londres al día siguiente con una fuerte bronquitis, complicada con una inflamación de la laringe que casi le impedía tragar. "Él, que había sabido resistir siempre con una firmeza estoica los dolores más grandes, prefería beberse un litro de leche (que toda la vida había aborrecido) antes que tragar la cantidad equivalente de alimento sólido". En febrero se le presentó un absceso en el pulmón. Los remedios ya no daban ningún resultado en aquel organismo repleto de medicamentos desde hacía quince meses; para lo único que servían era para sacarle el hambre y trastornarle la digestión. El enfermo iba adelgazando visiblemente día a día. Sin embargo, los médicos no abandonaban las esperanzas, ya que la bronquitis había desaparecido casi por completo, y ya le costaba menos trabajo tragar. El desenlace fue inesperado. Carlos Marx se durmió para siempre en su sillón, dulcemente y sin dolores, el 14 de marzo de 1883.

Pese al gran dolor que le causaba aquella pérdida irreparable, Engels comprendió que el golpe contenía el consuelo en sí mismo. "Tal vez el arte de los médicos hubiera podido asegurarle durante unos cuantos años más una vida vegetativa, la vida de un ser inerme que, en vez de morir de una vez, va muriendo a pedazos y que no representa un triunfo más que para los médicos que la sostienen. Pero nuestro Marx no hubiera podido resistir jamás esa vida. Vivir teniendo delante tantos trabajos inacabados, con la tentación de querer terminarlos y la imposibilidad de hacerlo, hubiera sido para él mil veces más duro que esta muerte dulce, que acaba de sacárnoslo. La muerte, solía decir él con Epicuro, no es un infortunio para quien muere, sino para quien sobrevive; antes de ver vegetar tristemente, como una ruina, a este hombre maravilloso y genial, para la gloria de

la medicina y la burla de los filisteos, a quien tantas veces aplastara cuando estaba en posesión de sus energías, preferimos mil veces verlo muerto, preferimos mil veces llevarlo a la tumba, donde descansa ya su mujer".

El 17 de marzo, un sábado, fue enterrado Carlos Marx junto a su esposa. La familia, muy acertadamente, prescindió de"toda ceremonia", que solo habría puesto una nota de estridente discordancia en aquella vida. Junto a la tumba abierta se congregaron unos pocos compañeros fieles: Engels, con Lessner y Lochner, dos viejos camaradas de la Liga Comunista; de Francia habían venido Lafargue y Longuet; de Alemania, Liebknecht. La ciencia estaba representada por dos de sus hombres más destacados: el químico Schorlemmer y el zoólogo Ray Lancaster.

El último saludo que Engels escribió en inglés para su amigo muerto resume de una forma sincera y directa, con palabras simples, lo que Carlos Marx había sido y seguiría siendo siempre para la humanidad. Que sean estas las palabras que pongan fin a nuestro libro: "El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador vivo. Apenas lo habíamos dejado solo dos minutos, cuando al volver lo encontramos serenamente dormido en su sillón, esta vez para siempre.

Imposible medir en palabras todo lo que el proletariado militante de Europa y América, todo lo que la ciencia histórica pierden con la ida de este hombre. Muy pronto se hará sensible el vacío que abre la muerte de esta imponente figura.

Así como Darwin descubrió la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley por la cual se rige el proceso de la historia humana: el hecho, muy simple pero que hasta él aparecía sepultado bajo una maraña ideológica, de que antes de dedicarse a la política, a la ciencia, al arte, a la religión, etcétera, el hombre necesita, por encima de todo, comer, beber, tener donde habitar y con qué vestirse, y que, en consecuencia, la producción de los medios materiales e inmediatos de existencia o, lo que es lo mismo, el grado de progreso económico de cada pueblo o de cada época, es la base sobre la que luego se desarrollan las instituciones del Estado, las concepciones jurídicas, el arte e incluso las ideas religiosas de los hombres de ese pueblo o de esa época y de la que, por consiguiente, hay que partir para explicarse todo esto y no al revés, como hasta Marx se venía haciendo.

Pero esto no es todo. Marx descubrió también la ley especial que rige la dinámica del actual modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa generada por él. El descubrimiento de la plusvalía puso en claro todo ese sistema, por entre el cual se habían perdido todos los investigadores anteriores, tanto los economistas burgueses como los críticos socialistas.

Dos descubrimientos como estos hubieran sido suficientes para cualquier vida, y con uno solo de ellos cualquier hombre podría considerarse feliz. Pero Marx dejó una marca en todos los campos que investigó, incluso en el de las matemáticas, y por ninguno de ellos, a pesar de ser muchos, pasó de largo.

Así era Marx en el mundo de la ciencia. Pero esto no llenaba ni la mitad de su vida. Para Marx, la ciencia era una fuerza creativa, histórica y revolucionaria. Y por muy grande que fuera la alegría que le causara cualquier descubrimiento que pudiera hacer en una rama puramente teórica de la ciencia, y cuya trascendencia práctica fuera muy remota y acaso imprevisible, era mucho mayor la que le producían aquellos descubrimientos que trascendían inmediatamente a la industria, revolucionándola, o al curso de la historia en general. Por eso seguía con tanto interés el giro de los descubrimientos en el campo de la electricidad, y últimamente los de Marc Deprez.

Porque Marx era, ante todo y sobre todo, un revolucionario. El gran objetivo de su vida era cooperar de un modo o de otro con el derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones del Estado creadas por ella, cooperar con la emancipación del proletariado moderno, a quien él por primera vez hizo consciente de su propia situación y de sus necesidades, consciente de las condiciones necesarias para su liberación. En esta lucha estaba en su elemento. Y luchó con una pasión, con una tenacidad y con un éxito que pocos hombres conocieron. La primera *Gaceta del Rin* en 1842, el *Vorwarts* de París en 1844, la *Gaceta alemana de Bruselas* en 1847, la *Nueva gaceta del Rin* en 1848 y 1849, el *New York Tribune* de 1852 a 1861, una gran cantidad de escritos polémicos, el trabajo de organización en las asociaciones de París, Bruselas y Londres, hasta que finalmente vio surgir, como coronación de toda su obra, la gran Asociación Obrera Internacional. Su autor tenía títulos verdaderos para sentirse orgulloso de esteresultado, aunque no hubiera dejado ningún otro detrás de sí.

Así se explica que Marx fuera el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Todos los gobiernos, los absolutistas y los republicanos, lo desterraban, y no había burgués, tanto desde el

campo conservador como desde el de la extrema democracia, que no lo cubriera de calumnias, en un verdadero torneo de insultos. Pero él pasaba por encima de todo aquello como por sobre una tela de araña, ignorándolo, y solo tomaba la pluma para responder cuando la extrema necesidad lo exigía. Este hombre muere venerado, amado, llorado por millones de obreros revolucionarios como él, desde las minas de Siberia hasta la punta de California, y puedo decir con orgullo que, si tuvo muchos adversarios, no conoció seguramente ni un solo enemigo personal.

Su nombre vivirá a lo largo de los siglos, y con su nombre, su obra".

NOTAS

No corresponde a la naturaleza de esta obra ni a sus objetivos ir recargada con un gran aparato de erudición. Me limitaré a hacer algunas indicaciones que facilitarán al lector que quiera ahondar en el tema el hilo conductor que lo lleve de la ruta principal a los caminos secundarios.

En la bibliografía sobre Marx, que crece en proporciones imponentes, son relativamente escasos los ensayos biográficos. Resúmenes rápidos de su vida hay muchos, pero suelen estar plagados de errores y no van ganando nada precisamente al trasladarse de unos libros a otros. Engels ha puesto un poco de orden en esta confusión, sobre todo con el esbozo biográfico publicado en el Calendario Popular de Bracke, del año 1878. Más tarde, escribió el artículo "Marx" para el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (ver páginas 1130 y siguientes) y que, aunque en general contiene datos auténticos, no está libre de ciertos errores de detalle.

De los demás aportes biográficos, merecen mencionarse el de W. Liebknecht, "Karl Marx zum Gedächtnis. Ein Lebensabriss und Erinnerungen" (Nuremberg, 1896); este relato aborda sobre todo los años 50 al 60, pero hace de esta época, aunque abunden en él inexactitudes en pormenores, una magnífica descripción. También se caracteriza por el temperamento de su autora, aunque en otro sentido, la conferencia de Clara Zetkin, publicada más tarde en una edición ampliada con el título de "Karl Marx und sein Lebenswerk" (Elberfeld, 1913); este estudio, basado en un conocimiento concienzudo de las cosas, adquiere un valor especial por el apéndice, una especie de guía que va orientando al lector paso a paso en el mundo de pensamientos que encierran las obras de Marx. La obra de John Spargo, "Karl Marx, His Life and Works" (Nueva York, 1910) es una compilación carente de todo valor.

Fuente de capital importancia para la biografía de Marx hasta el año 1850 es la edición de sus *Escritos varios*, en cuatro volúmenes, que viene conociéndose tradicionalmente con ese nombre (*Nachlassausgabe*), aunque desde entonces se han hecho otras ediciones de obras varias de Marx (*Aus dem literarischen Nachlass von Kart Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*, ed. por M. Mehring,

Stuttgart, 1902). Esta publicación ha ido saliendo bastante bien y tiene ya más de media generación de vida; en la segunda edición de 1913 se corrigen algunos errores sin importancia. El primer volumen ha sido completado de modo notable por los trabajos de Gustavo Mayer sobre la *Gaceta del Rin*, los *Anales franco-alemanes* y Federico Engels, y el cuarto tomo por cinco cartas de Lassalle a Marx descubiertas posteriormente por Bernstein y publicadas en la *NeueZeit*, 33 1, 19. En las introducciones y notas puestas en esta edición he recogido una gran cantidad de material biográfico sacado de fuentes manuscritas e impresas, que no he tenido más que resumir, en cierto modo, para trazar los primeros capítulos de la presente obra.

Otra fuente importantísima para los dos primeros decenios, del 50 al 70, es la *Correspondencia entre Marx y Engels*, que ocupa también cuatro tomos (*Der Briefwechse lzwischen Friedrich Engels und Karl Marx 1844 bis 1883*, ed. por A. Bebely E. Bernstein, Stuttgart, 1913). Esta obra monumental ha encontrado también la recepción que merecía, aun por parte de los adversarios; entre las críticas extensas publicadas por revistas científicas citaremos las de Bernstein, *Archiv. für Socialwissenschaft und Sozialpolitik*, t. 38; G. Mayer, *Zeitschrift für Politik*, t. 7; Mehering, *Archiv für die Geschichte des Sozialismusund der Arbeiterbewegung*, t. 6; Onckena, *Preus sieche Jahrbücher*, t. 156; Schiller, *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschat*, t. 39).

Otra fuente fundamental para la época que va desde 1870 hasta 1883 es la *Correspondencia de Sorge* (*Briefe und Auszüge aus Briefen von Joh Phil. Becker, Jos.Dietzgen. Friedrich Engels, Karl Marx an F. A. Sorgeundandere*, Stuttgart, 1906). Los originales de estas cartas, con todo el material manuscrito que poseía, fueron entregados por Sorge a la gran New York Public Library.

En su lugar, tendremos ocasión de referirnos a otras series más pequeñas de cartas (Cartas a Kugelmann, Weydemeyer, Freiligrath, etcétera). Y no quiero terminar estas notas preliminares sin consignar aquí mi gratitud hacia la revista de Carlos Grünberg, *Archiv für die Geschichte des Sozialismusund der Arbeiterbewegung*, por lo mucho que me ha ayudado en mis trabajos. Esta revista se ha convertido, a pesar de llevar relativamente poco tiempo de vida y gracias a la magistral dirección que su editor sabe imprimirle, en el centro de la investigación socialista[54].

---

[54] Explicación de las iniciales empleadas a continuación: N. A.: Nachlassausgabe; B. M. E.: Briefwechsel Marx-Engels; B. S.: Sorges Briefwechsel; G. A.: Grünbergs Archiv.

AÑOS DE JUVENTUD. Los protocolos de donde he tomado los datos genealógicos de Marx fueron consultados por mí en la magnífica biblioteca de los señores Mauthner y Pappenheim, de Viena. Mehring, "Splitter zur Biographie von Karl Marx", *NeueZeit*, 29 1, 4 (con datos detallados acerca del examen de bachiller). Mehring, "Die von Westphalen", *NeueZeit*, 10 2, 481.

EL DISCÍPULO DE HEGEL. La carta a los padres de Marx fue comunicada oralmente por su hija Eleonor en *NeueZeit*, 16 1, 4. Bibliografía neohegeliana: Koppen, *Friedrich der Grosse und seine Widersacher* (Leipzig, 1840); Bruno Bauer, *Kritische Geschichte der Synoptiker* (Leipzig, 1841); Ruge, *Briefwechsel und agebuchblätter* (Berlín, 1886); Tesis doctoral, N. A., t. 1, página 63; *Anécdota de la filosofía y la publicística contemporánea* (Zúrich, 1843); *Gaceta delRin* (1 de enero de 1842-31 de marzo de 1843): existe una serie completa en la Biblioteca Nacional de Berlín. G. Mater, *Die Anfänge des politisch en Radikalismus im vormärzlichen Preuseen, Zeitschrift für Politik*, t. 6, contiene datos documentales sacados de los archivos acerca de la historia de este periódico, con abundantes noticias sobre la moda de los neohegelianos en política. Para estudiar las crisis internas del periódico tienen importancia ocho cartas dirigidas por Marx a Ruge y publicadas por Bernstein, julio de 1902, en sus *Documentos del socialismo*. Los artículos más importantes publicados por Marx en el periódico se encuentran ahora recogidos en N. A., t. 1, página171. Ludwing Feuerbach, *Briefwechsel und Nachlass* (Heidelberg, 1874).

DESTERRADO EN PARÍS -*Anales franco-alemanes*. El único cuaderno que llegó a publicarse, un cuaderno doble con las dos primeras entregas, apareció en París, en marzo de 1844. La correspondencia que le sirve de introducción y los dos ensayos de Marx y Engels fueron recogidos en N. A., t. 1, página 360. Muchos datos sacados de los archivos sobre la historia de esa revista se encuentran en G. Mayer, *Der Untergang der Deutsch-Französischen Jahrbücher und des Pariser Vorwaerts*, G. A., t. 8; Ruge, *Ausfrüherer Zeit* (Berlín, 1866). Lo que Marx reivindicaba como propiedad intelectual suya en la teoría de la lucha de clases aparece expuesto en una carta a Weydemeyer fechada el 6 de marzo de 1852. Mehring, "Neue Beiträgezur Biographie von Marx und Engels", *NeueZeit*, 36 3, página 163. Cfr. también Plejanov, "Ueber die Anfänge der Lehrevom Klassenkampf",*NeueZeit*, 31 3, página 376, y Rothstein,"Verkünder des Klassenkampfes von Marx",*NeueZeit*, 36 1,página 836. La Biblioteca Municipal de Viena posee ejemplares del *Vorwaerts*; el único artículo publicado por Marx en sus columnas se ha recogido en N. A., t. 2, página 41.

FEDERICO ENGELS. La juventud de Engels nos ha sido redescubierta en cierto modo por G. Meyer, "Ein Pseudonym von Fridrich Engels", O. A., t. 4. Tienen mucho interés las cartas dirigidas por Engels a unos cuantos amigos jóvenes y publicadas por Mayer en los números de septiembre y octubre de la *Neue Rundschau* de 1913. Es de esperar que no tarde en aparecer el amplio estudio que Mayer se propone editar sobre los orígenes literarios y políticos de Engels. Engels y Marx, *La sagrada familia*, N. A., t. 2, con detallados comentarios. Engels, *La situación de las clases obreras en Inglaterra*, Leipzig, 1846.

DESTERRADO EN BRUSELAS. En sus *Documentos del socialismo*, Bernstein reproduce unos cuantos fragmentos bastante extensos de la polémica sostenida por Marx y Engels con Stirner. Sobre sus relaciones con el *verdadero socialismo*, ver N. A., 2. Weitling, *Garantien der HarmonieundFreiheit*; con una introducción biográfica y notas de Mehring, Berlín, 1908. Proudhon, *Correspondance*, t. 2, página 198. Marx, *La Miseria de la filosofía*, Stuttgart, 1886. De la *Gaceta alemana de Bruselas* se conserva un catálogo casi completo en el archivo del partido; los artículos más importantes publicados en ella por Marx y Engels se han recogido en N. A., t. 2. En Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*, con una introducción de Engels y documentos (4ª reimpresión, con Introducción y notas de Mehring, Berlín, 1914), aparecen los datos, relativamente escasos, que se han conservado acerca de la Liga. Bertrand, "Die Sozialdemokratische Bewegungin Belgienvor 1848", *NeueZeit*, 23 2, página 377. Rothstein, "Aus der Vorgeschichte der Internationale", *NeueZeit*, suplemento 17. W. Wolff, *Gesemmelte Schriften*, ed. por Mehring, Berlín, 1909. Marx, *El trabajo asalariado y el capital*; con una introducción de Engels, Berlín, 1891. Marx y Engels, *Manifiesto comunista* (la última edición dirigida por uno de los dos autores se publicó en Berlín, 1890).

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN. *Nueva gaceta* del *Rin*, una serie de artículos editoriales de este periódico figuran en N. A., t. 3. Mehring, "Freiligrath und Marx in ihrem Brifwechsel, *NeueZeit*, suplemento 19. Lassalley Marx, N. A., t. 4 y B. M. K., ts. 2 y 8.

DESTERRADO EN LONDRES. *Revista de la nueva gaceta del Rin*. Reimpresiones: Marx, Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850; con una introducción de Engels, Berlín, 1895. De Engels, además de varios resúmenes mensuales e informes, se recoge en N. A., t. 3, el estudio sobre la campaña constitucional alemana. El caso Kinkel se ha puesto en claro por primera vez en 1914, en varios artículos basados en datos de los archivos y publicados en los *Preussische Jahrbücher*.

Acerca de la vida de los emigrados en Londres, ver Mehring, *Neue Beiträge*, basado en las cartas intercambiadas por Marx y Weydemeyer. Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Stuttgart, 1914. Marx, *Revelaciones*.

ENGELS-MARX. Sobre este capítulo, construido fundamentalmente sobre la correspondencia mantenida entre ambos, sobran las indicaciones de fuentes para los detalles.

LA GUERRA DE CRIMEA Y LA CRISIS. No me ha sido posible consultar para este capítulo, por estar ya impreso, la obra Marx y Engels, *Gesammelte Schritten 1852 bis 1862*, ed. por N. Riazanoff, Stuttgart, 1917. Han aparecido dos volúmenes que llegan hasta fines de 1855, abarcando ya más de mil páginas impresas. A estos seguirán otros dos. Sin embargo, el valor de los volúmenes ya publicados como fuente biográfica es tan pequeño, que no he tenido para qué corregir ni completar a la vista de ellos el texto de mi obra. Se refuerza la impresión de que los trabajos para el *New York Tribune* no fueron la parte más pequeña del martirio que Marx tuvo que soportar. El hecho de que Dana no fuera el verdadero propietario del periódico, sino una especie de esclavo y capataz de los verdaderos dueños, Greeley y Mac Ekrath, no llevará seguramente a todos los lectores a la conclusión del editor de estos escritos, que entiende que Dana, pese a todo, se comportó correctamente con Marx. En los diez años de trato común, Marx no pudo ni sospechar siquiera que Dana no fuera más que un compañero de torturas que padecía con él. Los ensayos y artículos de Marx y Engels reunidos por N. Riazanoff en estos dos volúmenes no tienen todos el mismo valor: unos vienen a redondear como obras secundarias las grandes publicaciones científicas de sus autores, de modo gustoso y agudo, y otros –principalmente los publicados en el segundo tomo– se cuentan entre esas "verdaderas correspondencias periodísticas" que a Marx y Engels no les hubiera alegrado nada ver desenterradas del olvido. Sobre Urquhart, Harney, Jones y acerca de las demás relaciones personales estudiadas en este capítulo, ver B. M. G. Mayer publicó en la *Frankfurter Zeitung* del 10 de agosto de 1913 dos cartas desconocidas de Marx a Lassalle, del año 1855. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, Berlín, 1899.

CONMOCIONES DINÁSTICAS. Engels, "Po y el Rin" y "Saboya, Niza y el Rin", dos estudios editados por Bernstein, Stuttgart, 1915; Lassalle, *La guerra italiana y el deber de Prusia*, Berlín, 1892. Vogt, *Mi proceso contra la"Gaceta general"*, Ginebra, 1859.Marx, *El señor Vogt*. Cartas a Lassalle, Freiligrath, Weydemeyery B. M. E.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL. La literatura antigua sobre la Internacional (Testut, Villetard), etcétera, está hoy completamente superada. Con reservas, puede consultarse todavía para algunos puntos la obra de Dudole Meyer, *Emanzipation skamf des vierten Standes* (Berlín, 1874). El primer autor que se impuso el esfuerzo de intentar exponer científicamente la gran Asociación fue Jaeckh, *Die Internationale* (Leipzig, 1904). Esta obra, que comenzó siendo un trabajo de ocasión, una memoria de homenaje en el 40° Aniversario de la Internacional, constituye hoy un tomo pequeño, digno de lectura todavía y solo anticuado en un punto aunque sea esencial: en el juicio parcial y brusco que le merecen a su autor todos los integrantes de tendencia no marxista y principalmente Bakunin. Jaeckh no supo entender bien los manejos de Utin ni las debilidades de Borkheim, y se confía por completo al panfleto de la Alianza. Con la obra de Jaeckh, la mejor guía para orientarse a través de la historia de la Internacional siguen siendo los seis años (1866 a 1871) del *Vorbote*, publicado en Ginebra por J. Felipe Becker. En el texto, no malgasto, naturalmente, ninguna palabra más en defender a Schweitzer de sus supuestas traiciones. V. Schweitzer, *Politische Aufätze und Reden*, editado por Mehring (Berlín, 1912). G. Mayer, *J. B. von Schweitzer und die Sozialdemocratie* (Jena, 1909). H. L . Laufenberg, *Geschichte der Arbeiterbewegung in Hamburg, Altonaund Umgegend* (Homburg, 1911), traza también una buena imagen de la persona y la política de Schweitzer. Bebel, *Ausmeinem Leben*, t. 2, páginas 1 a 137 ("El período del señor Von Schweitzer"), se limita a repetir las viejas acusaciones, refutadas desde hace ya mucho tiempo, sin adoptar una actitud crítica ante la refutación. Sobre la conferencia de la Internacional en Londres, en 1865, ver M. Bach, *Neue Zeit*, 20 1, página 649. "Cartas de Marx a Kugelmann", *NeueZeit*, 20 2, página 26.

EL CAPITAL. Los fragmentos que han podido encontrarse para la redacción de un cuarto tomo, en el que se habría de exponer la historia de la teoría, han sido reunidos y publicados por Kautsky bajo el título de *Teorías sobre la plusvalía* (Stuttgart, 1904). Las obras de vulgarización de *El Capital* son todas anticuadas, aunque no sea más que por limitarse al primer volumen: Kautsky ha publicado una "edición popular" de este volumen (Stuttgart, 1914). La imponente literatura provocada por la obra clásica de Marx se distingue más por su cantidad que por su contenido, y con esto no nos referimos solamente a los adversarios. La obra que más se acerca a su modelo, por la riqueza de conocimientos, la brillantez de lenguaje, la agudeza lógica en la investigación y la independencia en el juicio, ensanchando

las fronteras científicas trazadas por su maestro, es la obra de Rosa Luxemburgo, *Die Akkumulation das Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus* (Berlín, 1913). El desdén con el que esta obra ha sido tratada, principalmente por los llamados austromarxistas (Eckstein, Hilferding, etcétera), se cuenta entre los hechos más destacables del clero marxista.

AUGE DE LA INTERNACIONAL. Para este capítulo y el siguiente se debe consultar, además de la correspondencia entre Marx y Engels y la colección del *Vorbote*, la literatura bakuninista. Michel Bakunin, *Oeuvres*, ts. I-VI, París, 1907 a 1913. James Guillaume, *L'internationale. Documents et Souvenirs*, ts. I-IV, París, 1905 a 1910. Max Nettlau, *Bakuninund die Internationale in Italiem bis zum Herbet, 1872*.G. A., t. 2, página 275; Max Nettlau, *Bakunin und die Internationale in Spanien, 1868 bis 1873*;G. A., t. 4, página 243; Max Nettlau, *Bakunin un die russische revolutionäre Bewegung von 1868 bis 1873*.G. A., t. 5, página 367. Brubpacher, *Marx undBakunin*, Munich, 1913. Que yo estime indispensable consultar estas obras para el estudio de la historia de la Internacional no quiere decir que todo lo que contienen sean verdades y sabidurías; lejos de eso, hay que deplorar que sus autores no hayan sabido tratar a Marx con la justicia que ellos reclaman para Bakunin. También en la historiografía rige el viejo axioma de que hay que oír a las dos partes. Una obrita muy meritoria es la de Steklow, *Michael Bakunin*, Stuttgart, 1913; el autor es un auténtico marxista y, por serlo, exige a los socialdemócratas alemanes que acaben tratando con la debida justicia a la memoria de Bakunin. El *Comunicado confidencial* se reproduce literalmente en las "Cartas a Kugelmann", *NeueZeit*, 20 2, página 473.

OCASO DE LA INTERNACIONAL. Marx, *La guerra civil en Francia*, con una introducción de Engels (Berlín, 1891), contiene las tres intervenciones de la Internacional sobre la guerra y la *Commune*. Cartas de Marx sobre la *Commune* en *Neue Zeit*, 30 1, página 708. Ver en *Neue Zeit*, 39 1, página 734, los escasos fragmentos que se conservan de la correspondencia sostenida por Marx durante el alzamiento con algunos miembros de la *Commune*.

* * *

Ha llegado el momento de que digamos algunas palabras acerca de la tentativa de asesinato cometida por K. Kautsky y N. Riazanoff contra este libro, cuando todavía se encontraba en estado embrionario.

Sin preocuparme por la reprimenda pública debido a mi supuesto"antimarxismo" ni por la imputación de un supuesto "abuso de confianza" contra la hija de Marx que había recibido por parte de Kautsky debido a ciertas manifestaciones heréticas mías acerca de Lassalle, persistí públicamente en mi proyecto de biografía y hasta tuve la audacia de hacer en el folletín de la *NeueZeit*, dirigido entonces por mí–ver *Neue Zeit*, 31 2, página 985–, la crítica del libro de Brupbacher sobre Marx y Bakunin sin rebajarlo desconsideradamente. Censuraba en el libro, está claro, ciertas críticas injustas que en él se le hacían a Marx, entendiendo no obstante que se trataba de "una obrita meritoria y útil" en cuanto venía a demostrar la falta de fundamentosde toda una serie de injustos reproches formulados por Marx y los marxistas, sin exceptuarme, ni mucho menos, a mí mismo, contra Bakunin. La idea central de mi crítica era la tesis de que la Internacional había sucumbido cumpliendo una gran misión histórica, es decir, una muerte indescriptiblemente más honrosa que las míseras conspiracionesde unos cuantos demagogos sin escrúpulos.

Con esto, fui demasiado lejos, y N. Riazanoff disparó contra mis pobres seis páginas aquel panfleto de más de sesenta, al que Kautsky abrió de par en par las columnas de su revista (N. Riazanoff, "Máscara socialdemócrata y mercancía anarquista", *Neue Zeit*, 83 1, números 5, 7, 8, 10, 13). Riazanoff no se refería para nada, naturalmente, a las ideas objetivas que inspiraban mi posición: los dos o tres errores que quiso probarme, retorciendo las palabras salidas de mis labios o resaltando desmedidamente descuidos debidos al correr de la pluma y absolutamente laterales al tema tratado, no tenían nada que ver con mis ideas. La finalidad de toda aquella maniobra era presentarme como a un hombre carente de los conocimientos y hasta de la buena fe necesarios para hablar sobre Marx. Me pintaban, digámoslo así, como a esas caricaturas embadurnadas de rojo vivo que cuelgan en los puestos de feria y delante de los cuales grita el charlatán: ¡pasen, señores; pasen a ver a la fiera!

Y ciertamente que Riazanoff se prestaba muy bien para este papel. Riazanoff es un maestro de ese estilo que ha aprendido de su admirado Borkheim y del que Marx dijo certeramente en una ocasión: "Cuando toma la pluma, hay que temblar. No posee ni un ápice de tacto ni de buen gusto. Carece, además, de toda preparación. Se parece a esos salvajes que creen embellecerse el rostro pintándose con los colores más fuertes y abigarrados. La banalidad y los chismes de pasillo se le enredan a cada paso entre las piernas. Y apenas hay en él una frase que no se ponga instintivamente el gorro de cascabeles".

Pero en Riazanoff es algo más que el instinto. Este "serío investigador", como suele titularse a sí mismo y a sus amigos, no tiene inconvenientes en convertirse en el más vil de los embusteros solo por hacer una mueca o un gesto grotesco a su gusto. Para lanzar en su panfleto unos cuantos chistes malos contra mí, no tiene el menor reparo en hacerme responsable de unos cuantos artículos que Borkheim publicó en el *Zukunft* de Guido Weiss contra Bakunin, en el verano de 1869. Para ello, trae a colación una cita mía, en la que yo digo que pertenecí en mi juventud a la redacción de ese periódico, pero digo también, en el mismo escrito citado, que ingresé a ella en enero de 1870. Riazanoff tira despreocupadamente al cesto de los papeles esta fecha y, en cambio, saca de la manga la afirmación de que el 25 de junio de 1869 –ese día, precisamente, y no otro– se publicó un artículo mío en el *Zukunft*. De este modo, con una pequeña estafa y una pequeña falsificación, se abre paso y se abalanza sobre el "intrépido joven" que yo debía ser allá por el verano de 1869 en la redacción de aquel periódico, cuando aún no tenía ni la más remota relación con el *Zukunft*. ¡Y a estos mamarrachos, que cualquier revista burguesa se avergonzaría de esgrimir como arma contra un escritor socialdemócrata, les da Kaustsky una franca acogida en la *Neue Zeit*, de la que yo venía siendo desde hacía veinte años el más diligente colaborador!

Pero veamos cuáles son las acusaciones de este Cicerón contra Catilina. Ya en la primera página se me inculpa de pasar de contrabando, en mi crítica del libro de Brubpacher, la "más podrida mercancía", despertando el peligro de que "bajo una máscara socialdemócrata se deslicen en la literatura del partido todas las acusaciones que hasta ahora venían formulando los anarquistas contra Engels y Marx, Bebel y Liebknecht, las acusaciones de calumnia y desvergonzada falsedad, de falsificaciones, estafas y otras aberraciones inauditas del sentido moral". Pero este peligro, que en la primera página del panfleto no es más que una "amenaza", en la segunda se ha convertido ya en una realidad, y resulta que yo he "volcado sobre el gran panteón un montón de infamias moralmente adornadas y farisaicamente vestidas". Enseguida, nos encontramos con que mi delito más terrible es descartar a Marx como el más grande pensador del movimiento obrero moderno, para poner en su lugar y proclamar como verdadero mesías a Bakunin. Pero, oigamos cómo suena el gorro de cascabeles: "Marx de Claudio, Bakunin de padre de Hamlet, la socialdemocracia alemana de reina, y Mehring de Hamlet, que trata de convencerla de que eche a la calle a la mitad malvada, para vivir en paz y en pureza con la otra mitad". Está claro que

Riazanoff no tarda en descender nuevamente de estas alturas trágicas al valle, más familiar para él, de las piruetas de clown, para reprocharme que me haya entregado en cuerpo y alma al "repugnante" lodo de los Brubpacher y los Guillaume, según los cuales la Internacional marxista no fue nunca más que una ficción "detrás de la cual se esconde una banda infame de jesuitas sin conciencia ni sentido de la moral".

Es cierto que se me reconocen magnánimamente dos atenuantes. El primero es una supina ignorancia, "conocimiento superficial del tema y total desconocimiento de los libros en los que se trata, fuera de los alemanes". El segundo, los cargos de conciencia que me asaltan por haber agredido en otro tiempo a Bakunin más fuertemente todavía que Utin y compañía, afirmación que Riazanoff tampoco puede apoyar más que en una cita falsificada por él. Se cuida de omitir que en el mismo pasaje de mi historia del partido que trae a colación, defiendo a Bakunin del reproche de haber roto con Marx por motivos puramente personales y me esfuerzo en explicar sus teorías anarquistas por el proceso de su vida y su educación; en cambio, reproduce y subraya la observación de que no puede negarse que en la campaña de Bakunin contra Marx "intervinieron también" el orgullo y los celos personales. Hoy, después de los nuevos datos auténticos que se conocen sobre Bakunin, abandono con gusto esta observación; pero decir que, atormentado por mi conciencia, llego hasta a convertir a Bakunin en el primer campeón intelectual del socialismo, como hace Riazanoff, podrá ser una afirmación muy ingeniosa, pero es fundamentalmente falsa. Y, además, al decir que esta observación mía es la agresión más dura que se ha hecho contra Bakunin, demuestra que o no conoce a sus preferidos Borkheim y Utin –cosa que se nos hace difícil de creer en un "investigador" tan "serio" como Riazanoff–, o no está bien de la cabeza.

Esta pequeña antología bastaría para demostrar que, si las acusaciones que se me hacen son justas, yo sirvo para biógrafo de Marx poco más o poco menos que un asno para tocar el laúd. Si son justas o no, el propio lector de este libro lo dirá, cuando haya posado la mirada en los capítulos XIII y XIV, donde no hago más que desarrollar y fundamentar aquel rápido esbozo expuesto en la crítica de la obra de Brubpacher. Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de los sacerdotes marxistas, consiste en dos cosas: primero, en haber oído a los testigos bakunianos y a los marxistas para exponer el conflicto entre Bakunin y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber puesto el foco, cumpliendo con el deber que es al menos el de todo historiador

marxista, en la historia de la Internacional como una tragicomedia en la que un vil confabulador derriba a un héroe intachable, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso solo pueden explicarse por razones y desarrollos históricos igualmente importantes.

Pero dejemos estar ya a los sacerdotes marxistas, que el propio Kautsky se ha encargado de definir bien el 4 de agosto de 1914, con su política de veleta y su famoso descubrimiento de que la Internacional es, "en rigor, un instrumento de armonía", pero "no un arma eficaz en tiempos de guerra".

LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS. Lafargue, "Recuerdos personales de Carlos Marx", *Neue Zeit*, 9 1, página 10. Marx, "Carta-programa", *Neue Zeit*, 9 1, página 561. Una carta semejante de Engels, en Bebel, *Ausmeinem Leben*, 2 2, página 318. Sterlow, "Die bakuninistische Internationale nach dem Haager Kongress", *Neue Zeit*, suplemento 28. Marx. "Sobre la guerra de Oriente", B. S., página 156 y apéndice a Liebknecht, *Zur orientalischen Frage*, Leipzig, 1878. Sobre los litigios que surgieron en los primeros años de la ley contra los socialistas, B. S. Bebel, *Ausmeinem Leben*. La última carta de la mujer de Marx, B. S. 151. Sobre la última enfermedad, la muerte y entierro, Engels, B. S. 186 en el *Sozieldemokrat* de Zúrich, número del 22 de marzo de 1883.

APÉNDICE

CARTA DE ROSA LUXEMBURGO A FRANZ MEHRING[35]

Mi venerado amigo: Tiene usted que permitirme que reproduzca aquí las pocas palabras con las que he intentado transmitirle verbalmente por qué su personalidad y su obra me resultan y me seguirán resultando siempre tan caras. Desde hace muchos años, ocupa usted cerca de nosotros, por derecho propio, un puesto que nadie le puede disputar: el de representante de la auténtica cultura del siglo en todo su brillo y esplendor. Y si según Marx y Engels el proletariado alemán es el heredero histórico de la filosofía alemana clásica, usted es el albacea de esa herencia. Ha salvado usted del campo de la burguesía para traerlo al nuestro, al campo de los socialmente desheredados, todos los tesoros que aún guardaba la cultura en otro tiempo espiritual de la burguesía. Sus libros y sus artículos han familiarizado íntimamente al proletariado alemán no solo con la filosofía alemana clásica, sino también con los poetas clásicos, no solo con Kant y Hegel, sino también con Lessing, Schiller y Goethe. Con cada línea escrita por su pluma maravillosa, ha enseñado usted a nuestros obreros que el socialismo no es, precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento cultural, una concepción grande y soberana del mundo. Defenderla, permanecer en su altura a pie firme, es la misión que usted se ha impuesto desde hace más de una generación. Es cierto que hoy –desde la espantosa bancarrota de la guerra mundial– los herederos de la filosofía clásica andan como míseros mendigos llenos de carencias. Pero las férreas leyes de la dialéctica histórica que usted ha sabido exponer ante el proletariado, día tras día, con mano maestra, harán que los mendigos, los "desarrapados" de hoy, vuelvan a erguirse y sean, otra vez, feroces e indomables luchadores. Tan pronto como el espíritu del socialismo vuelva a soplar en las filas del proletariado alemán, su primer movimiento será para alargar la mano hacia sus obras, hacia los frutos del trabajo de su vida, cuyo valor es imperecedero y en los que fluye siempre el mismo aire de ideas fuertes y nobles. Hoy, cuando las

[35] Rosa le escribió esta carta al cumplir Mehring los setenta años (el 27 de febrero de 1916).

inteligencias de origen burgués nos traicionan y desertan de nosotros en manada para retornar al pesebre de los que mandan, podemos verlos marchar con una sonrisa de desprecio y decirles: ¡Se han ido en buena hora! ¿Qué nos importa que se vayan, si le hemos arrancado a la burguesía alemana lo último y lo mejor que le quedaba de espíritu, talento y carácter: a Franz Mehring?

Siempre suya, cordialmente,

R. Luxemburgo